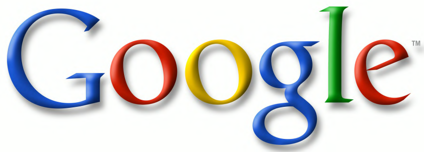
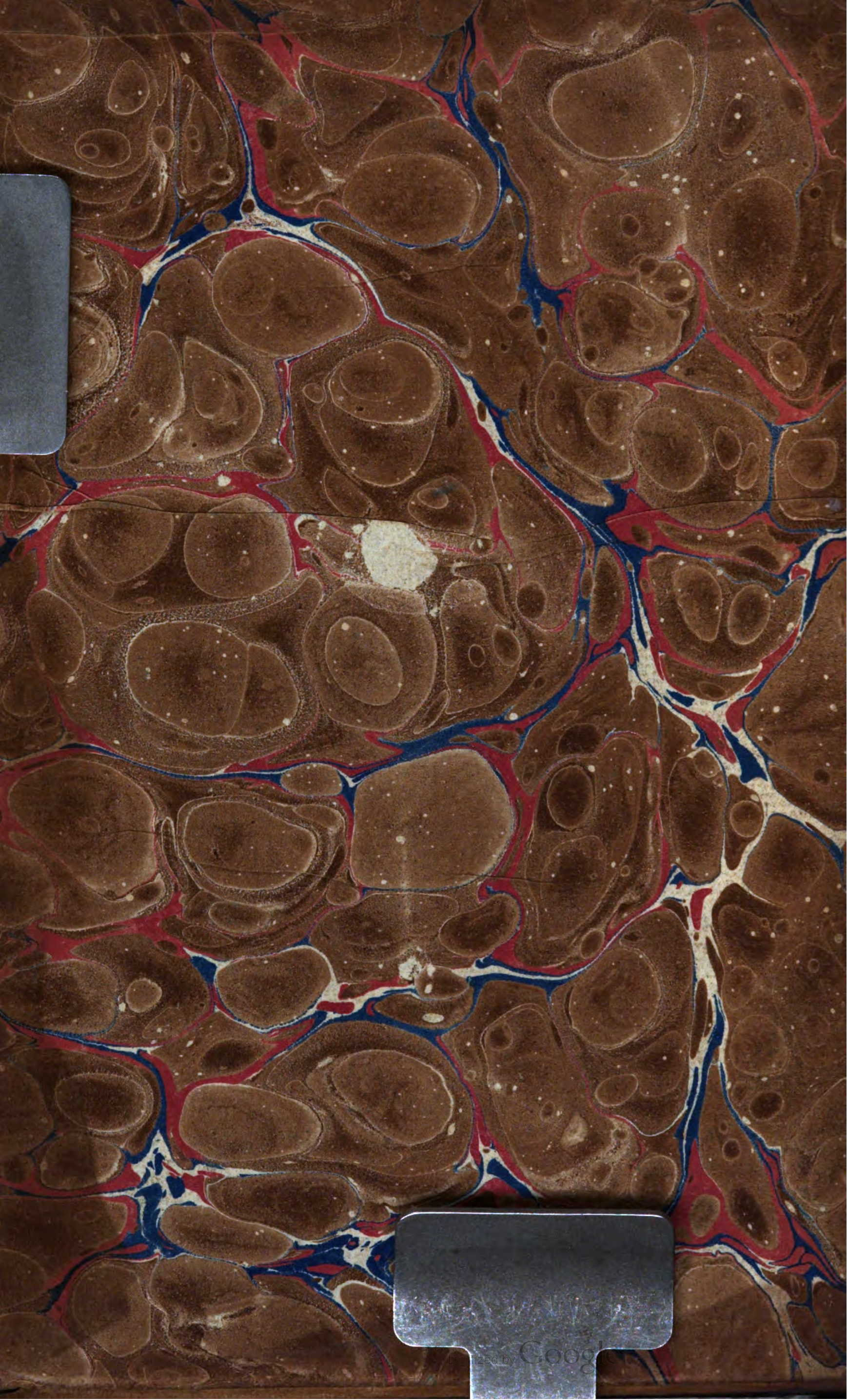
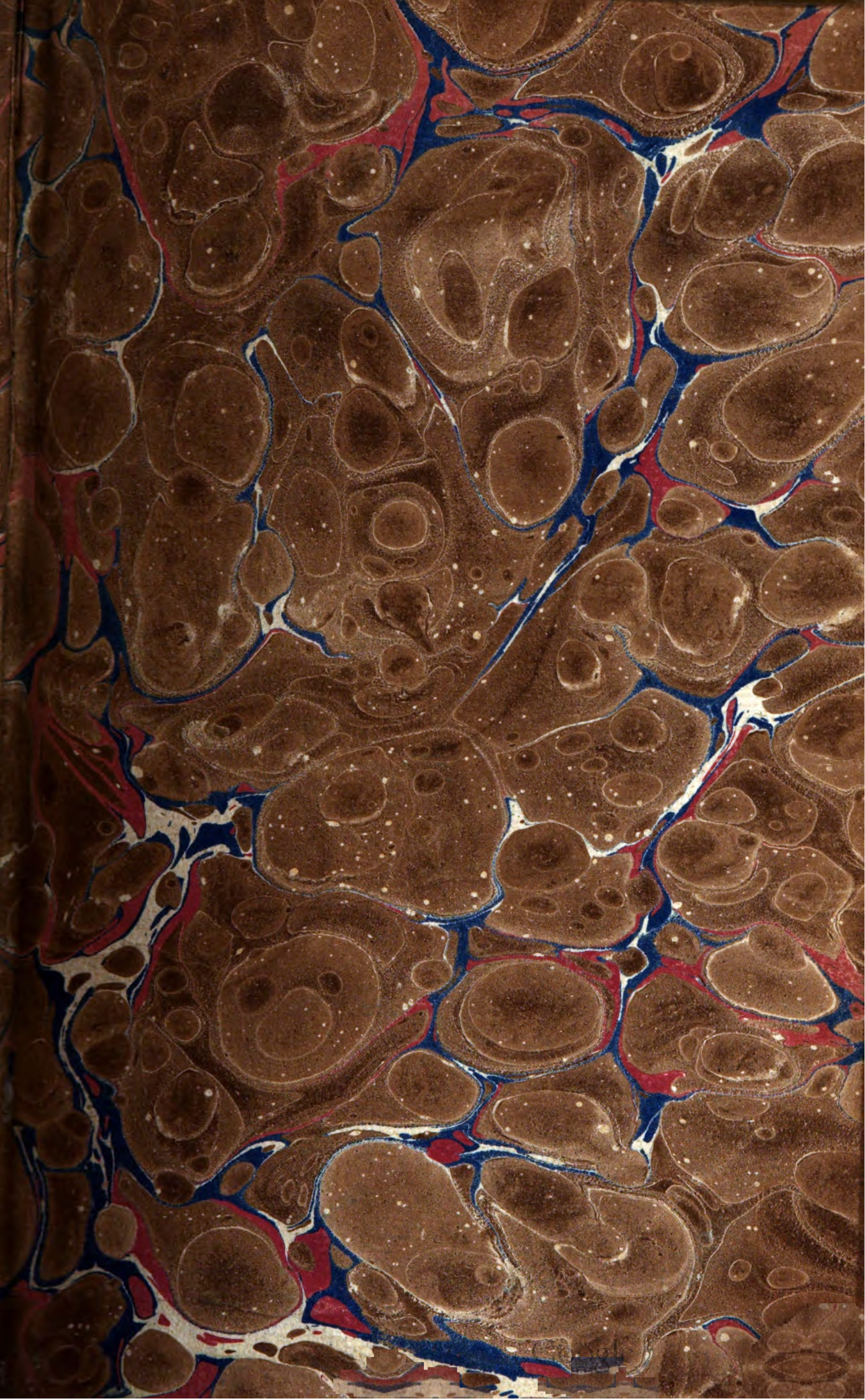






AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

TOMO XV.

Varios Prelados de España han concedido 1300 dias de indulgencia á todas las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

CONTIENE LA HISTORIA Ó EXPOSICION DEL MISTERIO
Ó DE LO MAS DIGNO DE SABERSE EN TALES DIAS; ALGUNAS REFLEXIONES
SOBRE LA EPÍSTOLA;
UNA MEDITACION DESPUÉS DEL EVANGELIO DE LA MISA,
Y ALGUNOS EJERCICIOS PRÁCTICOS DE DEVOCION Ó PROPÓSITOS ADAPTABLES Á
TODO GÉNERO DE PERSONAS.

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL P. JUAN CROISSET,
de la Compañía de Jesús,

Y TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. JOSÉ MARÍA DIAZ JIMENEZ,
Presbítero.

ÚLTIMA Y COMPLETA EDICION.

TOMO III.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA.—1855.
LIBRERÍA RELIGIOSA,
IMPRENTA DE D. PABLO RIERA.



AÑO CRISTIANO,

ó

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,

DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

DOMINGO

DE LA

RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,

ó sea

DOMINGO DE PASCUA.

Este es el dia feliz, dice el Profeta, que ha hecho el Señor: celebremos este dia con todo el gozo y alegría que nos sea posible. ¿Hubo nunca un motivo mas justo de regocijo que la resurreccion del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los demás; es el fundamento de nuestra Religion, el gaje seguro de nuestra felicidad, la base de nuestra fe y de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice san Atanasio, ha hecho una fiesta continua de la vida de los hombres: ya no debe turbar nuestro reposo ninguna pena, ningun temor; nuestra esperanza ya no es vacilante ni incierta; y pues que nuestro Señor vuelve á vivir para no morir mas, nosotros no podemos morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo; justo es que habiendo sentido los dolores y las ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en la alegría de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los Profetas; resuene todo el mundo en este dia dichoso con voces y cánticos de alegría para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos felices. (*Joel*, II). La muerte está vencida; el infierno deja libres sus mas ilustres cautivos; la

tierra, antes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volver á muchos Santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria; el cielo envia sus Ángeles para anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurreccion de su Redentor; los Apóstoles salen por fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este dia victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado en la creencia de este misterio; todo gira sobre esta verdad fundamental. *Si Jesucristo no ha resucitado,* dice san Pablo, *en vano predicamos, en vano creemos.* Si Jesucristo no ha resucitado, dicen los Padres, todas sus promesas son vanas, toda nuestra esperanza viene á tierra, nuestra fe se desvanece, se extingue. Por mas que la divinidad de Jesucristo hubiese sido comprobada suficientemente, ya por las obras sobrenaturales que habia hecho durante el curso de su vida mortal, ya por los oráculos de los Profetas que tan exactamente se referian todos á las diversas circunstancias de su vida, de su pasion y de su muerte; los demonios arrojados de los cuerpos, los ciegos curados, los muertos de cuatro dias resucitados; aunque tantas maravillas le autorizaban al parecer bastantemente en la cualidad de Hijo de Dios que tomó, con todo eso era necesario que resucitase, para que una verdad tan importante quedase fuera de todo ataque á todos los tiros de la calumnia. Puede, pues, asegurarse que la revelacion de la divinidad de Jesucristo estaba aneja principalmente á su resurreccion. Esta es la prueba que él mismo daba. El Evangelio está lleno de las expresas declaraciones que tan frecuentemente hacia á sus discípulos, no solo de los oprobios de su muerte, sino de sus gloriosas consecuencias, y singularmente de la resurreccion de su cuerpo al tercer dia. No bastaba habérselo confiado á sus discípulos, si lo hubiera reservado de sus enemigos; por tanto tambien se lo manifestaba á estos cuando se presentaba la coyuntura. Unas veces se servia de expresiones misteriosas y figuradas para despertar su atencion y su curiosidad. Vosotros me preguntais, les decia, con qué autoridad arrojo á latigazos á los que por un tráfico indigno profanan el templo; destruid, pues, este templo, y yo le volveré á edificar en tres dias. Y el templo de que hablaba era, dice san Juan, su propio cuerpo. Después que hubiéreis destruido por una muerte cruel é ignominiosa este templo visible, que es mi cuerpo, yo mismo lo restableceré al tercer dia en el mismo estado, y en un estado todavía mas perfecto. Vosotros me pedís, les decia en otra parte, un nuevo milagro para convencer vues-

tra incredulidad; los que he hecho, y de cuya mayor parte habeis sido testigos, podrian bastaros; pero yo haré uno que pondrá el sello á todos los demás, y que ningun hombre puede hacer sino Dios. Este será el que representó en figura el profeta Jonás, arrojado con vida del vientre de la ballena. No obstante que eran figuradas, los judíos comprendieron bien estas expresiones; tanto se penetraron de su verdadero sentido, que apenas murió fueron incontinenti á Pilato y le dijeron: *Nos acordamos que aquel seductor ha dicho muchas veces durante su vida que resucitaria al tercer dia;* preciso es por consiguiente prevenir el error y cerrar todos los caminos á la impostura, tomando todas las precauciones posibles para impedir que sea robado del sepulcro. En efecto, tomáronse estas precauciones: la autoridad del príncipe, la desconfianza de los sacerdotes, los artificios de los fariseos, la vigilancia de los guardas, el sello de los magistrados, todo se puso por obra para impedir cualquiera sorpresa; y todo sirvió á despecho de ellos para hacer mas incontestable y mas sensible la verdad de la resurreccion. Si Pilato se hubiese contentado con enviar simplemente su guardia y dar las órdenes para que se velase en derredor del sepulcro, los judíos, dice san Crisóstomo, hubieran podido desconfiar de la fidelidad de unos soldados extranjeros que no les reconocian como señores; y para quitar este pretexto á su incredulidad, Dios quiere que Pilato lo deje todo á la disposicion de los judíos, tan encaprichados en la idea de abolir la memoria del Salvador, y tan interesados en falsificar la prediccion de su resurreccion. Así es que para ello nada omiten; la piedra sola con que cuidan de cerrar la entrada del sepulcro, hubiera bastado por su peso enorme para asegurarles. No contentos con haber establecido una guardia de soldados aguerridos y de confianza al rededor del sepulcro, ponen el sello sobre la piedra. Hé aquí el sepulcro cerrado, sellado, y por decirlo así, sitiado. ¡Qué aparato mas glorioso para la majestad del Salvador! dice un santo Padre; pero ¿hay alguna cosa mas brillante para la gloria de la sabiduría y del poder de Jesucristo? porque en este mismo cuidado tan perspicaz y tan vivo de los judíos para procurar cuanto pudiese ser obstáculo á su designio, dice uno de los mas célebres oradores cristianos, encuentra con que confundirlos. Quiere que aquellos furiosos nada tengan que acusarse respecto de la vigilancia, á fin de que en nada tengan que recusarle respecto de la verdad. Los guardias establecidos para quitar á la resurreccion los medios de difundirse por el mundo, quitan á sus enemigos el medio de contestarla. Segun sus miras, lo hecho eran otros tantos obstáculos á la im-

postura; segun las miras de Dios, eran otros tantos apoyos á la verdad. Sin los soldados, hubiera sido necesario que los Apóstoles hubiesen sido los primeros denunciadores de este prodigio; gentes sospechosas é interesadas en publicar este hecho; en lugar de que los mismos soldados son los que, testigos oculares de la resurreccion, la denuncian á los pontífices, y confunden de este modo su malignidad. Porque acusar, como ellos lo hicieron, la negligencia y el sueño de los soldados, es un efugio ridículo, dice san Agustin, que hace todavía mas incontestable la milagrosa resurreccion del Salvador. Porque si los soldados velaban, ¿cómo han podido dejar á sangre fria romper el sello, trastornar la piedra y robar el cuerpo? Si dormian, ¿son admisibles para negar el prodigio? La ficcion es muy grosera para que tenga ni el menor vislumbre de probabilidad. ¿Es verosímil que todo un cuerpo de guardia se haya dormido? ¿que ni uno solo de tantos soldados se haya despertado al ruido que necesariamente ha debido hacer un gran número de gentes para remover la piedra, para sacar el cuerpo del sepulcro, y hacerle pasar por una abertura tan estrecha á fuerza de brazos? ¡Qué letargo á prueba de tanto ruido y tanto tumulto! Pero, ¿y quién ha podido inspirar un ánimo tan repentino, un atrevimiento tan peligroso á un puñado de pobres pescadores que habian huido apenas supieron la prision del Salvador, y de los que el mas determinado habia jurado que no era su discípulo, cuando una criada le acusaba de ello? Mas aun; si los discípulos se ven reducidos á robar el cuerpo de su Maestro, era preciso que estuviesen convencidos de que no podia resucitarse, despues de tantas seguridades como les habia dado, y viesen claramente que no era mas que un insigne impostor. Si es un impostor sobre este artículo esencial, ¿qué quieren hacer de su cuerpo? ¿qué pueden esperar del resto de sus promesas? ¿qué interés tenian en engañar á toda una nacion por sostener un impostor que les habia engañado á ellos? ¿Cuánto mayor por el contrario les resultaba de ganar las potestades, y aun ser recompensados de los escribas y de los fariseos, descubriendo ellos mismos la impostura? No teniendo ya nada que esperar de un hombre muerto que les ha engañado, ¿se hubieran expuesto sin provecho alguno á los mas horrorosos tormentos? *Decid que vinieron sus discípulos de noche y lo han robado estando vosotros durmiendo.* ¿Podian servirse los judíos de un artificio mas grosero, ni de una trapacería mas marcada? A fuerza de quererla disfrazar, manifiestan mas su negra malicia. Porque al fin si los soldados se han dormido, ¿quién no ve que deben ser castigados por un descuido tan

criminal? y si los discípulos, esto es, aquellos pobres, aquellos tímidos pescadores han sido tan atrevidos que han forzado el cuerpo de guardia; si han osado arrebatar un cuerpo puesto en depósito bajo del sello público, ¿qué investigaciones se han hecho? ¿qué castigo se ha exigido de un crímen tan enorme? Se recompensa largamente la pretendida negligencia de los soldados, y no se dice una palabra á los que se les acusa de un crímen tan atroz. ¡Qué pruebas tan brillantes, dicen los Padres, son de la verdad de este misterio, la irregularidad de esta conducta, estas contradicciones, estos artificios, estas suposiciones é inútiles sutilezas! ¡qué prueba tan incontestable de la divinidad de Jesucristo es la verdad de este gran misterio, y por consiguiente de la verdad, de la santidad, de la infalibilidad de nuestra Religion que él ha establecido! Así es que en virtud de la seguridad y de la fe de esta resurreccion tan milagrosa del Salvador, el cristianismo se ha multiplicado, el Evangelio ha hecho en el mundo progresos infinitos, y la divinidad del Salvador, á pesar del infierno y de todas sus potestades, ha sido creida hasta los últimos confines del mundo. Jamás predicaban los Apóstoles á Jesucristo sin que produjesen su resurreccion como una prueba sin réplica. En el primer sermon que hizo san Pedro en medio de Jerusalen cincuenta dias despues que Jesucristo habia resucitado, y por medio del que convirtió á tres mil judíos; en este sermon, repito, no habló de otra cosa que de este misterio, sin que ni un escriba, ni fariseo, ni sacerdote se atreviese á desmentirle. El que os predicamos, decian altamente los Apóstoles, es el que vosotros habeis crucificado, el que ha espirado en la cruz, y el que se ha resucitado á sí mismo después de tres dias. La evidencia de esta resurreccion es la prueba evidente de todas las verdades de fe, y la demostracion de todos los demás misterios. Puede decirse que en el nacimiento de la Iglesia toda la fuerza del celo de los Apóstoles se reducia á dar testimonio al público de la resurreccion del Salvador. Ellos no se califican al parecer mas que de testigos de la resurreccion del Señor. ¿Es necesario asociarse un nuevo discípulo en lugar del pérfido Judas? no se procura otra cosa sino que haya sido como ellos testigo de la resurreccion de Jesucristo. Y en efecto, añade san Lucas, todo el mundo se rendia á la fuerza de este testimonio. Toda la Religion, todo el Evangelio están contenidos, por decirlo así, en este solo artículo de nuestra fe. ¿Jesucristo ha resucitado? Luego es el Hijo de Dios; luego es Dios, como él mismo nos lo ha asegurado; sus palabras son oráculos de verdad; su Evangelio es la única regla de las costumbres; su Iglesia el único

camino de la salud; su religion la única religion verdadera que puede haber en el mundo.

Por la excelencia de este misterio juzguemos de la solemnidad de la fiesta de este dia. La fiesta de Pascua es la primera y la mas augusta de todas las fiestas de la religion cristiana. La Iglesia la ha mirado siempre en particular como el *dia del Señor* por excelencia, y la ha consignado el nombre augusto de *Domingo*, después de haber transferido á ella todos los honores y los deberes del sábado, que hasta entonces habia sido el dia singularmente consagrado al Señor. No se ha contentado con circunscribir la solemnidad al dia de la Resurreccion ni á los términos de una octava ordinaria; ha querido que los regocijos espirituales de la fiesta continuasen los cincuenta dias, que es lo que se llama tiempo pascual, y que durante el año, el primer dia de la semana, que por esto ha ocupado el lugar del sábado, nos renovase la memoria del misterio de la Resurreccion, celebrase en algun modo la solemnidad, y cada domingo fuese como la octava perpétua de la fiesta de Pascua.

San Basilio dice que la fiesta de Pascua es como el principio de la fiesta de la eternidad, ó á lo menos como la representacion de la fiesta de la eternidad bienaventurada. Otros santos Padres la llaman la fiesta de las fiestas. La fiesta de Pascua, dice san Gregorio Nacianceno, es tan superior á todas las demás fiestas del Señor, como estas son superiores á las fiestas de los Santos; y el papa san Leon queriéndonos dar una justa idea de esta gran solemnidad, dice, que entre todos los dias que se honran con un culto particular en la religion cristiana, no hay ninguno mas augusto ni mas excelente que el de la fiesta de Pascua, de la cual reciben su dignidad, y por decirlo así, su consagracion todas las demás solemnidades de la Iglesia. Conforme á este espíritu, en los ocho ó nueve primeros siglos, la semana entera de Pascua se componia de tantas fiestas como dias; y propiamente no era mas que una sola fiesta solemne y festejada que duraba ocho dias. El concilio segundo de Macon celebrado en el año 585 renueva expresamente, y recomienda de un modo singular la cesacion del trabajo y de toda obra servil durante los seis dias que siguen al domingo de Pascua, no debiendo emplearse este por los fieles mas que en celebrar con devocion y con una santa alegría el triunfo de nuestro Redentor, y darle gracias por el beneficio de la redencion. *Ninguno, durante estos seis dias tan santos*, dice el Concilio, *se atreva á hacer obra alguna servil, sino antes bien, reunidos todos juntos en la iglesia, no cesen de celebrar con alegría por medio de himnos y cánticos la fiesta de*

Pascua, y asistiendo todos los dias al divino sacrificio no cesemos de alabar y dar gracias á nuestro Salvador, singularmente por la mañana, á mediodia y la noche. (*Can.* 2). Teodulfo, obispo de Orleans en el siglo IX, después de haber ordenado en su Capitular que se comulgase el Jueves santo, quiere que se comulgue tambien todos los dias de la semana de Pascua. El concilio de Maguncia, año de 813, ordena cuási lo mismo. (*Can. 41*). El de Meaux en 845 amenaza hasta con excomunion á los que violasen la santidad y la solemnidad de estos ocho dias. (*Can. 77*). En fin, el concilio de Engelheim en Alemania renovó en el siglo siguiente el mismo decreto en órden á la celebracion de estos ocho dias de solemnidad (*Can. 97*), y hasta al principio del siglo XI no se redujeron estos ocho dias de fiesta á solos tres.

Siendo la fiesta de Pascua no solo la mas solemne de las fiestas de la Iglesia, sino tambien la época célebre que fija el tiempo de todas las demás, era necesario que se celebrase el mismo dia en todo el mundo cristiano. Los judíos han celebrado siempre su pascua el 14 de la luna de marzo en memoria de su libertad de la cautividad de Egipto. La Iglesia celebra la Pascua en memoria de la resurreccion del Salvador el domingo después del plenilunio de marzo, el cual cae inmediatamente después del equinoccio de la primavera, conformándose con el concilio de Nicea, á fin de no encontrarse con los judíos.

Antes del concilio de Nicea celebrado el año de 325, los Cristianos del Asia celebraban la Pascua el dia 14 de la luna, en cuyo dia habia sido Cristo crucificado, mientras que en el Occidente no se celebraba sino el domingo. Esta diferencia de usos excitó á mediados del siglo II grandes cuestiones entre los occidentales y los asiáticos; pretendiendo estos que debia celebrarse la Pascua el dia 14 de la luna de marzo como los judíos, lo cual hizo que se les llamase *cuarto-decimanos;* y sosteniendo aquellos que no debia celebrarse sino en el domingo. El papa Víctor amenazó separar de su comunion á las iglesias de Asia que se obstinaban en conformarse con los judíos. Terminóse, en fin, este debate por el célebre concilio ecuménico de Nicea, que declaró que la Pascua debia celebrarse en toda la Iglesia el domingo después del 14 de la luna de marzo, esto es, el domingo después de la luna llena, que concurre precisamente en el equinoccio de la primavera, ó inmediatamente después de este equinoccio, el cual se fijó desde entonces invariablemente al 21 de marzo, y de aquí viene la variacion del dia de Pascua, porque la luna,

cuyo dia 14 cae en el equinoccio, pertenece al mes precedente, y el 14 de la luna de marzo es siempre el que se halla en el equinoccio, ó inmediatamente después del equinoccio; de consiguiente, como el primer dia de esta luna se encuentra constantemente entre el 8 de marzo y el 5 de abril, la Pascua nunca puede subir mas arriba del 22 de marzo, ni retrasarse mas allá del 25 de abril; en este intervalo es en el que rueda necesariamente.

Es sabido que el nombre de Pascua viene de la palabra hebrea *Pesach*, que significa pasaje, y que entre los judíos significaba el paso del mar Rojo á la salida de Egipto, y el paso del Ángel exterminador, el cual viendo la sangre del cordero pascual sobre las puertas de los israelitas pasaba sin hacerles ningun mal, al mismo tiempo que entraba en las casas de los egipcios para quitar la vida á todos los primogénitos de los hombres y de las bestias. Entre los Cristianos la palabra Pascua tiene la misma significacion; pero en un sentido mucho mas espiritual y con relacion al misterio, del cual no era mas que la figura el paso del Ángel y de los hebreos. Propiamente significa el paso de la muerte á la vida en la resurreccion de Jesucristo; de la servidumbre del pecado á la dichosa libertad de hijos de Dios en los Cristianos; de la ley antigua á la ley nueva, y del desierto de esta vida, dicen los Padres, á la verdadera tierra prometida que es el cielo, á la cual nos dan derecho la muerte y la resurreccion del Salvador.

En muchas iglesias, y especialmente en muchas comunidades religiosas, se trata de honrar hoy el momento glorioso en que Jesucristo resucitó, con procesiones que se hacen al amanecer al rededor de las iglesias, ó en los baptisterios, y con la misa de resurreccion que se celebra en un altar levantado fuera de la iglesia, para honrar la santa solicitud de las tres Marías que antes del dia fueron al sepulcro del Salvador. Los griegos y los orientales hacen una especie de fiesta particular, que llaman la fiesta del triunfo de Jesucristo que sale glorioso del sepulcro. Al amanecer, ya que la aurora comienza á esclarecer, se van á la iglesia, y despues de algunas oraciones y lecturas se canta un cántico de la resurreccion, durante el cual el sacerdote oficiante besa la imágen de Jesucristo resucitado; la da en seguida á besar al mas respetable del concurso, el cual la comunica al siguiente, y así de uno en otro. Las mujeres hacen lo mismo en su estrado, y esta santa ceremonia pasa hasta los niños. El que la da á besar dice: *Jesucristo ha resucitado;* el que la recibe responde: *Verdaderamente ha resucitado.* No solamente en la iglesia era

en donde se daba esta señal de alegría cristiana; en todos estos tres dias no se saludaba de otro modo en las calles y en las casas. En Occidente se observaba la misma ceremonia. Para saludarse, se decia: *El Señor ha resucitado verdaderamente;* y se respondia: *Rindamos á Dios eternas acciones de gracias.* Servíanse de esta ocasion para reconciliarse por el beso de paz, que estaba muy en uso. En lo sucesivo no se dió este beso mas que en la misa, hasta que por último se ha reducido á solos los ministros del altar y á los clérigos. El himno ó cántico de regocijo mas comun que se cantaba en las procesiones que se hacian al amanecer, comenzaba por estas palabras: *Salve dia festivo...* cuyo primer dístico era intercalar, como el *Gloria alabanza...* del domingo de Ramos, y el *Cruz fiel...* del Viernes santo. En fin, todo está lleno de una santa alegría, todo inspira en el oficio pascual aquel santo regocijo de que la Iglesia está penetrada. Salmos, himnos, cánticos, antífonas, versículos, todo concurre á celebrar con solemnidad el triunfo del Salvador en este dia, y el mas interesante y el mas consolador de los misterios. Esto es lo que ha hecho decir á san Gregorio que la fiesta de Pascua es no solo la primera y la mas interesante de todas, sino que es tambien la solemnidad de las solemnidades; porque abriéndonos el cielo nos hace gozar anticipadamente de los regocijos celestiales, por la fe, por la esperanza y por la caridad. Nada extraño debe sernos que la Iglesia celebre con tanta solemnidad un misterio que mira no solo como el fundamento de nuestra fe, sino tambien como la causa y el símbolo de la vida eterna y bienaventurada que es el objeto de nuestra esperanza. La Cuaresma que ha servido de preparacion á esta fiesta, era la figura de la vida penitente y laboriosa que debemos llevar en este lugar de destierro; la fiesta de Pascua representa la vida gloriosa que debe ser la recompensa de la vida presente. Por esto la Iglesia en todo el oficio de esta semana entra ya en espíritu en la patria celestial. No quiere alabar á su Dios con los himnos ordinarios; en lugar del himno repite sin cesar la *Alleluya* que cantan eternamente los bienaventurados en la gloria, dice san Juan. *Yo oí*, añade, *como la voz de muchas turbas en el cielo, que decian* ALLELUYA. *A nuestro Dios es á quien pertenece la cualidad de Salvador, la gloria y el poder. Así sea,* ALLELUYA. *Cantad incesantemente alabanzas á nuestro Dios, vosotros que sois sus siervos.* ALLELUYA, y repetian: ALLELUYA; *porque el Señor nuestro Dios omnipotente ha tomado posesion de su reino.* Regocijémonos, hagamos resaltar nuestra alegría, y rindámosle la gloria. Hé aquí, segun san Juan, lo que pasa en el cielo, y esto es lo que la Iglesia trata de imi-

tar en la tierra con esta frecuente repeticion de la palabra ALLELUYA durante el tiempo pascual.

El introito de la misa de este dia está tomado del salmo CXXXVIII. Habla Jesucristo á su Padre en el dia de su triunfo: *Yo he resucitado*, le dice, *sin haber jamás dejado de estar contigo: alabanza á nuestro Dios. Has extendido tu mano sobre mí, jamás se ha ostentado tu poder infinito en mí con mas brillantez que en el triunfo de mi resurreccion. Gloria eterna te sea dada; tu ciencia se ha hecho admirar; alabad á Dios, sí, no ceseis de cantar en su honor cánticos de alabanza.* Como no hay otro que tú, Señor, que me conozca perfectamente, dice el Salvador; como no hay ninguno sino yo que conozca perfectamente lo que tú eres, tu poder infinito, tus divinas perfecciones y tu esencia; tú has hecho conocer en este dia lo que yo soy: tú has conocido mi muerte y mi resurreccion. Tú has conocido el fin, la causa y el mérito de mi muerte, por la cual he satisfecho plenamente á tu justicia; y no ignoras que en virtud del mismo divino poder que me es comun contigo, he resucitado glorioso y triunfante de la muerte y del sepulcro.

La Epístola de la misa de este dia se ha tomado de la primera carta que san Pablo escribió á los corintios. Hermanos mios, les dice, desprendeos de la antigua levadura para que llegueis á ser una pasta nueva. Acababa el santo Apóstol de reprender á los fieles de Corinto, porque toleraban entre ellos á un incestuoso público, que él mismo entregó á Satanás y excomulgó, á fin de que en adelante, estando separado del cuerpo de la Iglesia, como un miembro dañado, no tuviesen ningun comercio con él. ¿Ignorais, les dice, que un poco de levadura echa á perder la masa entera? y tomando de aquí ocasion para hacerles comprender cuál es la pureza y la inocencia que Dios exige de todos los Cristianos, cortando del cuerpo de la Iglesia el miembro podrido, les dice: Sabed que debeis alejar toda inmundicia de vuestro corazon, para que así esteis puros y sin tacha, tales como deben ser los Cristianos purificados y reengendrados por el Bautismo, que tienen la dicha de celebrar una Pascua continua, en la que el mismo Jesucristo es la víctima. Pongámonos, pues, en estado de participar de este celestial banquete por medio de una vida pura é inocente, y enteramente diversa de la que llevábamos antes de nuestra regeneracion. El Apóstol, dice un sábio intérprete, hace aquí una alusion continua á lo que practicaban los judíos antes de comer el cordero pascual. Con el cuidado mas escrupuloso purgaban su casa de toda levadura y de todo lo que estaba fermentado. Por la levadura debe entenderse aquí el pecado y todo lo que mancha el alma. Los ju-

díos tenian por manchada toda una masa de pasta por poca levadura que se le mezclase durante los siete dias de Pascua. Habia pasado esto como proverbio para significar que las compañías mas santas perdian su reputacion, y se ponian á riesgo de ver introducirse muy pronto en ellas el desórden, luego que sufrian impunemente consigo gentes de malas costumbres y de una vida escandalosa. Esta expresion, *Epulemur*, celebremos nuestro banquete, no significa un banquete ó una accion particular, para la cual san Pablo exigia de los Cristianos esta virtud y esta pureza tan exacta; significa todo el tiempo de la vida, el cual todo debe pasarse en la inocencia y la santidad. Entiéndese tambien de la comunion pascual. *Epulemur:* Hagamos la Pascua cristiana, comiendo la divina Eucaristía, que es el verdadero cordero pascual, no con la vieja levadura, con las disposiciones viciosas con que estábais antes de haber abrazado la fe, y haber sido despojados del hombre viejo, para revestiros del nuevo. Acercaos sí á la sagrada mesa, comed el Cordero divino que se ha inmolado por nosotros; pero comedle con las disposiciones que pide un alimento tan santo, con un corazon puro, una fe viva, una conciencia limpia, y con la ropa nupcial que es la que indica una pureza tan grande.

El Evangelio de la misa de este dia contiene en compendio toda la historia del misterio.

Pasado el Sábado que habia comenzado el Viernes santo á las seis de la tarde, y habia durado hasta el Sábado á la misma hora, María Magdalena, María, madre de Santiago el menor, y Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, no habiendo podido acabar de preparar el Viernes por la tarde todas las drogas aromáticas de que necesitaban para embalsamar el cuerpo del Salvador, segun la costumbre de los judíos, no bien hubo concluido el sábado, cuando por la tarde fueron á acabar de proveerse de lo que les era necesario para ir al otro dia por la mañana al sepulcro. Impacientes de rendir este último obsequio al Salvador, parten de Jerusalen al amanecer, y cerca de la salida del sol llegan al sepulcro. Cuando se acercaban á él, se dijeron unas á otras: ¿Y quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro? ellas habian sido testigos del trabajo que les habia costado á muchos hombres el removerla y traerla rodando para cerrar la entrada del sepulcro. Si estas santas mujeres hubiesen tenido menos amor á Jesucristo, la dificultad que se les ofrecia las hubiera detenido en su casa; pero cuando se ama verdaderamente al Señor, nada se halla imposible en su servicio. Sábese que la Provi-

dencia tiene recursos infinitos, y que nuestra confianza la obliga á que los emplee. A una alma cobarde la detienen en el camino de la virtud las menores dificultades; una alma fervorosa nada encuentra que no sobrepuje fácilmente con el auxilio de la gracia. ¿De cuánto consuelo, de cuántos bienes se hubieran privado, si escuchando la razon natural se hubiesen desanimado á vista de una dificultad tan razonable? No se necesita mas que una resolucion generosa en el servicio de Dios para allanar y aun hacer desaparecer todos los obstáculos. En un momento sucede un gran terremoto, y un Ángel bajado del cielo, presentándose en la primera gruta en donde estaban los soldados de la guardia, les inspira tal espanto, que todos huyen, y trastornando el Ángel al mismo tiempo la piedra, se sienta sobre ella. Poco después llegaron las santas mujeres, las cuales quedaron agradablemente sorprendidas de no encontrar allí soldados; pero lo quedaron mucho mas cuando presentándose á la puerta de la primera gruta, apercibieron abierta la entrada de la segunda en donde se habia puesto el cuerpo del Salvador, y un Ángel sentado sobre la piedra que se habia puesto para cerrarla. El brillo resplandeciente del espíritu celestial bajo la forma de un jóven las detuvo, y aun les inspiró algun susto; estaba su rostro tan brillante que despedia de sí rayos semejantes á los relámpagos, y sus vestidos aparecian blancos como la nieve. Advirtiendo el Ángel la admiracion de las mujeres que se acercaba al espanto: Tranquilizaos, les dice, nada teneis que temer; vosotras venís á buscar el cuerpo del Salvador para embalsamarle; ¿y por qué venís á buscar entre los muertos al que está vivo, y aun es el autor de la vida? *No está aquí, ha resucitado.* Acordaos que os dijo un dia, estando con vosotras en Galilea, que era necesario que el Hijo del hombre fuese entregado en manos de los pecadores, que fuese crucificado, y que resucitaria tres dias después de su muerte. Todo esto ha sucedido como él lo habia predicho; podeis convenceros por vuestros propios ojos; hé aquí el lugar en donde se le habia puesto; entrad sin miedo, y no hallaréis mas en él que el sudario en que habia sido envuelto. Y así convencidas por vosotras mismas de su gloriosa resurreccion, volveos, buscad á sus discípulos que están reunidos, y dadles esta dichosa nueva, sobre todo á Pedro á quien ha elegido cabeza de su Iglesia, y que está impaciente por verle resucitado. El Ángel, dicen los intérpretes, nombra á Pedro en particular, tanto porque estaba reconocido como el primero de los doce, cuanto porque habiendo tenido la desgracia de negar á su buen Maestro, hubieran podido imaginarse los demás discípulos que ha-

bia caido de su primacía, ó él mismo hubiera podido creer que Jesucristo no le miraba ya sino como un apóstata. Para asegurarle, para consolarle y para hacerle comprender, dicen san Juan Crisóstomo y san Gregorio, que su dolor y sus lágrimas no habian sido vanas, quiso el Hijo de Dios que fuese avisado en particular.

Quedaron las santas mujeres de tal modo sorprendidas de lo que veian y de lo que oian, que aparecieron todas cortadas. Vueltas en sí de su asombro, entraron en el sepulcro, y le hallaron vacío. Mientras ellas estaban consternadas se les presentaron dos Ángeles. Este objeto renovó su espanto; salen entonces del sepulcro, y van á decir á los discípulos lo que han visto. Pedro y Juan corren al sepulcro para ver con sus ojos lo que las mujeres les decian; síguenles ellas; entran en él los dos discípulos, y no encuentran allí mas que los lienzos. Todos asombrados; agitado su corazon con diversos sentimientos, y como suspendido entre el dolor y la alegría, la admiracion y el temor, se vuelven. Magdalena fue la única que quedó cerca del sepulcro, no pudiendo resolverse á volver sin saber lo que habia sido del cuerpo de su divino Maestro; su celo, su solicitud, su ardiente amor á Jesucristo la ocupaban de tal modo, que no pensaba ya en lo que las habia dicho el Ángel; está toda embebida en el objeto de su amor, que ella cree que lo han robado, y que quiere hallar á toda costa. Su empeño mismo la hace desconfiar de sus propios ojos: cree que la primera vez no ha mirado bien; vuelve á entrar, deshaciéndose siempre en lágrimas, y habiéndose bajado para ver de nuevo el sepulcro, ve dos Ángeles vestidos de blanco que estaban sentados en el sitio en donde habia sido colocado el cuerpo de Jesús, el uno á la cabeza, y el otro á los piés. La vista de los Ángeles no la indemnizó de la pérdida que creia haber hecho en aquel á quien buscaba. Mujer, la dicen, ¿por qué lloras? Porque han robado, les responde, á mi Señor, y no sé dónde le han puesto. San Crisóstomo cree que Magdalena notó entonces en los Ángeles una veneracion súbita como si adorasen á alguno. Volvióse para ver quién era, y vió á Jesús que estaba allí; pero todavía no creyó que fuese él. *Mujer*, la dijo el Salvador, *¿qué tienes que llorar? ¿á quién buscas?* No lo ignoraba; pero le gusta que le abra uno su corazon, que se le diga que se le ama; quiere que se multipliquen, que se renueven las pruebas y los testimonios de nuestro amor. Magdalena al pronto creyó que era el hombre que cuidaba del huerto en que estaba el sepulcro. Señor, le dijo, si eres tú el que le ha quitado, díme dónde lo has puesto, y yo iré á tomarlo. Cuando uno está vivamente tocado de una cosa, se ima-

gina que todos saben el motivo que nos hace llorar. Este conato, este amor, esta perseverancia hechizaron al Sàlvador, y no pudo diferir por mas tiempo el manifestarse á Magdalena. María, la dice; á esta sola palabra Magdalena reconoce al Salvador, y transportada por la alegría mas viva de que es capaz el corazon: ¡ Ah divino Maestro mio! exclama, y arrojándose á sus piés los tenia abrazados. Entonces Jesús la dijo: *No pienses en tocarme:* que es como si la hubiese dicho, dicen los Padres, no te detengas en tocarme así, como si no debieses verme ya mas sobre la tierra; sosiégate; tendrás tiempo de verme y de hablarme despacio, puesto que aun no estoy á punto de dejaros para subir al cielo: todavía estaré por algun tiempo visiblemente con vosotros para consolaros, para animaros y para instruiros. Y aunque me ves con el mismo cuerpo que me has visto antes de mi resurreccion, no me mires ya con los mismos sentimientos naturales, elévate por la fe á otros sentimientos mas espirituales, y á un conocimiento sobrenatural: de hoy mas debes ya pensar y obrar de un modo mucho mas perfecto, y no imaginarte que yo deba vivir entre vosotros como viven los que he resucitado. Yo apareceré corporalmente muchas veces entre vosotros; me manifestaré á vosotros; pero de una manera siempre milagrosa, hasta que habiéndoos instruido suficientemente, y enseñádoos á no mirarme ya con los ojos corporales, sino con ojos de la fe, suba al cielo para sentarme á la diestra de mi Padre, y prepararos allí el lugar que os he merecido por mi muerte; esto es lo que yo te mando que vayas á decir á mis discípulos. Nótese que en todas las apariciones del Salvador nada ha hablado de la santísima Vírgen, porque Jesucristo en el momento de su resurreccion se la habia áparecido, siendo muy justo que fuese la primera que tuviese parte en el gozo y en la gloria de su triunfo, y estando por otra parte perfectamente instruida en estos misterios, no tenia necesidad de estas lecciones. *No pienses en tocarme,* dice san Leon, *de una manera puramente temporal, y con el mismo afecto material que lo hacias antes; de hoy mas debes ya obrar de una manera mucho mas perfecta. Cuando yo hubiere subido á mi Padre, pensarás de mí de un modo mucho mas justo. Entonces me reconocerás verdadero hombre, y me creerás verdadero Dios.* Inmediatamente aquella santa enamorada fué corriendo á contar á los discípulos lo que la habia sucedido. En seguida se presentó Jesucristo á las otras santas mujeres en el camino. En el mismo dia apareció el Salvador á los dos discípulos que iban á Emaús, y á san Pedro antes de dejarse ver de los demás Apóstoles; quiso darle esta señal de distincion, como cabeza de los Apóstoles y de toda la

Iglesia. En fin, la tarde del mismo dia de su resurreccion se dejó ver de todos los discípulos reunidos.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui hodierna die per Unigenitum tuum aeternitatis nobis aditum, devicta morte, reserasti: vota nostra, quae praeveniendo aspiras, etiam adjuvando prosequere. Per eumdem Dominum...

Ó Dios, que en el dia de hoy nos habeis abierto la entrada de la eternidad por la victoria que vuestro Hijo único ha conseguido sobre la muerte: favoreced con vuestro divino auxilio las oraciones y los votos que Vos mismo nos habeis inspirado, previniéndonos por vuestra gracia. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, etc.

La Epístola es de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo v.

Fratres: Expurgate vetus fermentum, ut sitis nova conspersio, sicut estis azymi. Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus. Itaque epulemur non in fermento veteri, neque in fermento malitiae et nequitiae, sed in azymis sinceritatis et veritatis.

Hermanos mios: Desembarazaos de la antigua levadura, para que seais una pasta nueva, segun conviene que seais (esto es) sin levadura. Porque nuestra Pascua es Jesucristo, el cual ha sido inmolado. Por esto celebremos nuestro banquete no con la antigua levadura de la malicia y de la iniquidad, sino con los ázimos de la sinceridad y de la verdad.

REFLEXIONES.

Desembarazaos de la antigua levadura. ¿En qué consiste que haya tan pocas conversiones verdaderas, habiendo tantos que se quieren convertir? Esto consiste en que hay pocos que celebren el divino banquete con los ázimos de la sinceridad y de la verdad de una nueva vida; pocos que cuiden de desprenderse de la antigua levadura. Por poca razon y reflexion que haya, conoce uno sus desarreglos, siéntese la corrupcion del propio corazon, horrorízase uno de sus desórdenes. Hay pocos hijos pródigos que no lamenten por fin su infelicidad, que no condenen sus extravíos, que no echen menos la casa de su padre. El tiempo de Cuaresma en el que todo concurre á espantar al pecador y á moverle, en el que todo convida á sola penitencia; el tiempo de Pasion y el de la Semana Santa trastornan los pecadores mas endurecidos. Estos dias de misericordia son demasiado claros para que no se advierta en ellos el peligro; son muy tranquilos para que no

se haga oir en ellos la voz de una conciencia justamente alarmada. La santidad, la celebridad de nuestros mayores misterios, el ejemplo edificante de tantas gentes buenas, las amorosas solicitaciones de la gracia que Dios derrama con mayor abundancia en estos santos dias: todo concurre á inspirar en el alma el deseo de convertirse; todo contribuye á proporcionarle los medios; todo tiende á hacer eficaz este deseo. Resuélvese en fin uno á morir al pecado para resucitar con Jesucristo; detéstanse, confiésanse las iniquidades, rómpense los lazos, empréndese una vida nueva. Hé aquí al parecer una perfecta conversion, cimentada por el cuerpo y la sangre de Jesucristo en la comunion pascual; hé aquí una verdadera resurreccion, segun todas las apariencias; ¿en qué consiste, sin embargo, que haya tan pocas conversiones que perseveren? Las mejores resoluciones se desvanecen, los antiguos lazos se anudan de nuevo, los hábitos vuelven, todo aquel nuevo edificio que parecia iba á ser eterno viene á tierra, y las recaidas hacen que se dude muy pronto si la resurreccion ha sido verdadera. ¿De dónde nacen estas tristes revoluciones después de unos pasos al parecer sinceros? No se ha cuidado de desprenderse de la antigua levadura. No ha faltado precaucion para no ponerla nueva en la masa; pero se ha descuidado el registrar y el quitar toda la antigua, y esta poca levadura que ha quedado, que se ha escapado á la investigacion, ha corrompido la masa entera. Hase uno resuelto á convertirse: la confesion ha sido entera, la contricion sincera, nada mas decidido que los propósitos: hase uno desterrado de los lugares vedados y aun de los sospechosos; se ha entredicho todo comercio contagioso, toda conversacion demasiado libre; pero se ha dejado en el corazon un fondo de inclinacion, que se mira solamente como natural, ó un resto de aversion hácia aquellas personas con quienes se habia uno reconciliado sinceramente: hanse proscrito las ocasiones próximas; pero no se cree hacer mal en concurrir á ciertas reuniones mundanas. Condénase el vicio, pero se contempla el respeto humano: dómanse las pasiones violentas, pero se halaga la pasion favorita; se exceptúa siempre alguna pasion; y hé aquí la levadura antigua que corrompe toda la masa. ¿Queremos que nuestra conversion persevere? *Desprendámonos de la antigua levadura para llegar á ser una masa nueva, segun conviene á nuestro estado, que consiste en estar sin levadura.* Errores, ilusiones, flaquezas, pasiones, inclinaciones, amor propio, todo desaparece, todo lo extingue una verdadera resurreccion.

SECUENCIA [1].

Victimae Paschali laudes
Immolent Christiani.

A la Víctima Pascual
Rindan todos los Cristianos
Homenajes sempiternos,
Pues Cristo ha resucitado.

Agnus redemit oves:
Christus innocens Patri reconciliavit peccatores.

El Cordero á sus ovejas
Redimió ya, restaurando
A la amistad de su Padre
El Inocente al culpado.

Mors et vita duello confixere mirando: dux vitae mortuus, regnat vivus.

Con admirable valor
Vida y muerte batallaron;
Murió el Autor de la vida,
Y salió vivo y triunfando.

Dic nobis, Maria, quid vidisti in via?
Sepulchrum Christi viventis, et gloriam vidi resurgentis.
Angelicos testes, sudarium et vestes.

María, ¿dínos qué viste
En el camino? Ví vacuo
De Cristo vivo el sepulcro,
Y la gloria de mi amado.
Y ví celestes testigos,
Los vestidos y el sudario:
Ya Cristo resucitó
Mi esperanza y mi regalo.

Surrexit Christus, spes mea: praecedet vos in Galilaeam.

Antes que llegueis vosotros
A Galilea, llegado
Habrá ya mi dulce Dueño;
Allí le veréis bien claro.

Scimus Christum surrexisse à mortuis vere: tu nobis, victor Rex, miserere.
Amen. Alleluia.

Que Cristo de entre los muertos
Resucitó confesamos:
Rey vencedor, por quien sois,
Perdonad nuestros pecados.

El Evangelio de la Misa de este dia es tomado del capítulo XVI *de san Marcos.*

In illo tempore: Maria Magdalene, et Maria Jacobi, et Salome emerunt aromata, ut venientes ungerent Jesum. Et valde mane una sabbatorum veniunt ad monumentum, orto jam sole. Et dicebant ad invicem: Quis revolvet nobis lapidem ab ostio monumenti? Et respicientes, viderunt revolutum lapidem. Erat quippe magnus valde. Et introëuntes in monumentum, viderunt juvenem sedentem in dextris, coopertum stola candida, et obstupuerunt. Qui dicit illis: Nolite expavescere. Jesum quaeritis Nazarenum, crucifixum: surrexit: non est hic: ecce locus ubi posuerunt eum.

En aquel tiempo: María Magdalena, María, madre de Santiago, y Salomé, compraron drogas aromáticas para ir á embalsamar á Jesús. Salieron muy de mañana el primer dia de la semana, y llegaron al sepulcro salido ya el sol. Decíanse entre tanto la una á la otra: ¿Quién nos quitará la piedra que está delante de la entrada del sepulcro? Pero mirando hácia él, vieron que estaba quitada: era en efecto la piedra demasiado grande; y entrando en el sepulcro vieron un jóven sentado á la parte derecha, vestido con una ropa blanca, y se espantaron. No temais, las dijo; vosotras buscais á Jesús Nazareno, el

[1] Esta SECUENCIA se dice todos los dias hasta el Domingo siguiente exclusive.

Sed ite, dicite discipulis ejus, et Petro, quia praecedit vos in Galilaeam: ibi eum videbitis, sicut dixit vobis.

cual ha sido crucificado; resucitó, no está aquí: este es el lugar en que lo pusieron; id, pues, ahora, y decid á sus discípulos y á Pedro, que estará antes que vosotros en Galilea; allí es donde le veréis, conforme él ós lo ha dicho.

MEDITACION.

Sobre el misterio de la Resurreccion.

Punto primero. — Considera cuál fue la gloria de Jesucristo en el momento de su triunfante resurreccion. Seria necesario que fuésemos capaces de comprender el exceso de sus dolores y la profundidad inmensurable de sus humillaciones, para concebir la gloria de su triunfo. Tres dias habia que el Salvador estaba muerto, y que su sagrado cuerpo estaba en el sepulcro (habiendo querido que permaneciese todo este tiempo en el sepulcro, para que no se pudiese dudar de la verdad de su muerte), cuando al amanecer del otro dia siguiente al sábado, que con motivo de este misterio llamamos nosotros al santo dia del domingo, dia del Señor por excelencia, volviendo la alma de este divino Salvador del limbo, gloriosa y triunfante de todo el infierno, se reunió á su santísimo cuerpo, del cual jamás se habia separado la divinidad; y comunicándole todas las cualidades de un cuerpo glorioso y resucitado; esto es, la impasibidad, la inmortalidad, la agilidad, la penetrabilidad, etc., salió este divino cuerpo lleno de vida del sepulcro, sin necesidad de que se le quitase la piedra. En aquel momento vinieron todos los Ángeles á adorar á su divino Señor y á su Rey, y celebrar su triunfo. Es muy probable que en aquel mismo momento apareciese á su santísima Madre, que habiendo tenido mas parte que nadie en sus humillaciones, debia tener tambien mas parte que ninguno en su gloria. Concibamos, si es posible, cuál seria el gozo inefable de esta divina Madre, volviendo á ver en estado de gloria á su divino Hijo: de qué torrente de dulzura, de consuelo y de alegría quedaria entonces inundada su santísima alma. Entre tanto, habiendo un Ángel excitado un gran terremoto, quitó la piedra del sepulcro, á fin de que las santas mujeres y los Apóstoles que debian llegar muy pronto para ofrecer sus últimos obsequios á su buen Maestro, viesen que habia resucitado, mientras que los guardas huian espantados. ¡Buen Dios! ¡quién pudiera comprender la gloria y todas las maravillas de esta triunfante resurreccion, fundamento incontrastable

de nuestra Religion, basa sólida de nuestra fe y de nuestra esperanza! Hé aquí al Salvador bien indemnizado de todas sus humillaciones y de sus tormentos. Nada es ya capaz de atormentarle. Jesucristo ha resucitado; la muerte ya no tiene potestad sobre él; porque si ha muerto para expiar nuestros pecados, no ha muerto mas que una vez; pero cuando vive ya, vive para Dios, esto es, vive con una vida divina, gloriosa, inmortal, y se ha resucitado á sí mismo para no morir ya mas. Por una cruz en la cual ha sido inmolado este divino Cordero, ¡en cuántos altares se ofrecerá á sí mismo por su gloria! por un pueblo miserable y tan poco numeroso sepultado en un rincon del mundo, que se ha negado á reconocerle por su Mesías y por su Rey, ¡con qué fe y con qué piedad será reconocido y adorado como único verdadero Dios por todas las naciones del mundo! Veráse todo el poder de la orgullosa Roma doblar sus rodillas al nombre de aquel Hombre Dios á quien Jerusalen ha quitado la vida en una cruz. Veráse toda la sabiduría de la Grecia reconocer su locura, y que no hay verdadera sabiduría sino en la doctrina del Salvador. En fin, por un apóstol que ha apostatado, ¡qué innumerable multitud de santos anacoretas y de santos religiosos, qué prodigioso número de hombres apostólicos! Judas ha hecho traicion á Jesucristo, una turba de malos sacerdotes, de escribas y de fariseos le han hecho morir como un impostor; y mas de diez y siete millones de Mártires han dado su sangre y su vida por la gloria de su nombre, y han confirmado la fe de su divinidad tanto con su muerte como con sus milagros. Seais, Señor, eternamente bendito, y todas las inteligencias celestiales unan sus cánticos de alegría á los nuestros para celebrar la gloria y el triunfo de vuestra portentosa resurreccion.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que jamás hubo regocijo mas justo que el que hoy se ostenta en el semblante de todos los fieles. La simple memoria de la resurreccion del Salvador del mundo debe ser para ellos motivo de una eterna alegría. Este dia no solamente es la mas grande de todas las fiestas, es el principio de una fiesta que nunca debe concluirse. Jesucristo resucitado, dicen los santos Padres, ha hecho de la vida de los hombres una fiesta continua. En efecto, bien comprendido este misterio, ya no debe turbar nuestro reposo ningun dolor, ningun temor, ninguna desgracia; nuestra fe es incontrastable apoyada sobre un fundamento semejante; nuestro amor á este divino Redentor halla en este misterio con que hacerse todos los dias mas puro y mas ardiente, y nuestra esperanza nada tiene ya de va-

cilante ni de incierta, puesto que si nuestro Maestro resucita para no morir mas, nosotros no podemos ya morir sino para resucitar: y pues él triunfa del pecado y del infierno, nosotros no podemos ya resucitar sino para ser eternamente bienaventurados, si queremos. ¡Qué motivo de consuelo, qué alegría para todos aquellos fieles discípulos, cuando vieron al Salvador resucitado! Nosotros no nos hemos engañado cuando nos hemos juntado con él, podian decir; antes bien hemos obrado con prudencia cuando lo hemos dejado todo por seguirle. Por mas superiores que sean al entendimiento humano los dogmas de la religion que nos ha enseñado; por mas contraria que sea á los sentidos y al amor propio su moral; ¡cuán desgraciados hubiéramos sido, si no lo hubiéramos creido! Nosotros no tenemos menos motivo que ellos para alegrarnos; el beneficio es comun; la fiesta debe ser general. Jesucristo ha muerto por nosotros, motivo poderoso para que amemos la cruz y los dolores; pero Jesucristo ha resucitado, soberano motivo de esperanza, de confianza y de regocijo, puesto que su resurreccion asegura nuestra recompensa.

¡Ó divino Salvador mio! inspiradme esta alegría, y haced que vuestra resurreccion sea el modelo de la mia; que yo haya muerto al pecado, y que no viva ya mas que para Vos. Sí, Dios mio, yo creo que habeis resucitado, y espero que me resucitaréis tambien, y que me haréis esta gracia para vivir con Vos en el cielo.

Jaculatorias.— Yo sé que mi Redentor vive, y que yo resucitaré de la tierra en el último dia, y que veré á mi Dios con esta misma carne. (*Job*, XIX).

Hé aquí el dia venturoso que ha hecho el Señor, celebrémosle con júbilo y alegría cristiana. (*Psalm.* CXVII).

PROPÓSITOS.

1 ¿No sabeis, dice san Pablo, que hemos sido bautizados en la muerte de Jesucristo, esto es, que este divino Salvador nos ha lavado y purificado del pecado con su sangre? Debemos, pues, estar verdaderamente muertos al pecado, para no vivir mas que una vida nueva á ejemplo de Jesucristo resucitado. Porque si hemos sido engertados en la semejanza de su muerte, continúa el Apóstol, lo serémos tambien en la de su resurreccion; esto es, que así como un engerto muere, ó vive dependientemente del árbol en donde se ha engertado, del cual saca todo su jugo; así tambien, estando unidos á Jesucristo por el Bautismo, como miembros de un mismo cuerpo, es

preciso que por su resurreccion sea el principio y el modelo de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. Y puesto que el que está muerto está libre del pecado, esto es, así como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre, del mismo modo la muerte espiritual debe librarnos de toda sujecion y servidumbre con respecto al pecado. Y como Jesucristo que ha resucitado no muere mas, del mismo modo habiendo vosotros muerto al pecado en estos santos dias, no debeis vivir ya sino para Dios en Jesucristo, y no morir mas por el pecado. Meditad bien hoy esta importante leccion de san Pablo, y tomad todos los medios, hasta sacrificarlo todo para no perder mas la vida de la gracia.

2 Si hay algun dia en el año que deba consagrarse todo entero al Señor, es ciertamente el santo dia de Pascua, que por excelencia se llama el dia del Señor: empleadle todo, sin dar nada al mundo, á vuestros placeres, ni á vuestros negocios; echad fuera hasta el menor pensamiento de todo esto. Un padre, una madre de familia deben tener mucho cuidado de que sus hijos y sus domésticos empleen tambien todo este dia en el servicio de Dios: no exijais de ellos hoy mas que los servicios indispensables. Oraciones, lecturas piadosas, uso de los Sacramentos, oficios divinos, visitas de las iglesias y de los pobres: hé aquí lo que debe ocupar hoy á todo cristiano. Aun cuando hayais verificado ya tal vez vuestra comunion pascual, no dejeis de comulgar tambien en este santo dia. No falteis á la misa parroquial, y si puede ser, asistid tambien á las vísperas y al sermon á la parroquia; al menos pasad allí una hora ó media por la tarde, y no os dispenseis de asistir á la salutacion.

LUNES DE PASCUA.

Hase dicho ya que la octava entera de Pascua era una sola fiesta compuesta de ocho dias; y que el segundo concilio de Macon, el de Meaux y el concilio de Constantinopla, llamado *in Trullo*, porque se celebró en una sala del palacio imperial llamado *Trullum* á causa de su embovedado en forma de copa, todos estos concilios y muchos otros prohiben bajo de graves penas toda obra servil durante estos ocho dias, y mandan que esta fiesta de ocho dias se celebre con una piedad ejemplar. La reduccion de los siete dias de fiesta á los tres que hoy se guardan no se hizo hasta el fin del siglo XI ó principios

del XII. No por esto deja de ser toda la semana solemne y privilegiada en sus oficios; y como la Iglesia celebrando la triunfante resurreccion del Salvador nos hace celebrar al mismo tiempo nuestra resurreccion, es decir, nuestra regeneracion por el Bautismo, toda esta semana no es otra cosa que la continuacion de esta doble fiesta: por esto entre los griegos se llama *Diaccnesima*, esto es, renovacion ó estado de nueva vida en la resurreccion, y no pasa mas que por un dia que dura toda la octava. Nosotros la llamamos tambien semana *Pascual*, ó las ferias *in albis*, esto es, de los vestidos blancos, á causa de la ropa blanca que llevaban toda la semana de Pascua los neófitos bautizados el Sábado santo.

Todos los dias de esta semana se han celebrado siempre en la Iglesia con una solemnidad muy distinguida, aun después que ya no son festivos. Cada dia tiene su misa particular; siempre es la historia y una nueva prueba de la resurreccion del Salvador, y no hay ninguna que en alguna de sus partes no haga mencion de la regeneracion del nuevo hombre. La solemnidad del lunes y la del martes de Pascua es igual á la del domingo de Resurreccion. Como el Señor propiamente por su resurreccion es por la que nos ha introducido en aquella dichosa region en la que corren rios de leche y miel, y de la que la tierra prometida no era mas que la figura; el intróito de la misa de este dia está tomado del capítulo XIII del Éxodo y del salmo CII, y refiriéndonos lo que Dios ha hecho en nuestro favor, nos enseña lo que nosotros debemos hacer para reconocer un beneficio tan grande, y para agradecerle.

El Señor os ha hecho entrar en una tierra abundante en leche y miel: ¡qué alabanzas y qué acciones de gracias no debeis rendirle! claro es que por esta abundancia de leche y miel, de que está inundada aquella tierra, nos quiere representar el Espíritu Santo las dulzuras celestiales y las delicias espirituales, de las que en el idioma del Profeta están hartos los bienaventurados en el cielo, y las que, segun san Pablo, son superiores á toda idea y á todo cuanto puede imaginarse. De esta region afortunada, de esta mansion de los bienaventurados, de esta celestial Jerusalen, de esta tierra prometida es de la que Jesucristo nos ha abierto la entrada por su resurreccion: nosotros adquirimos el derecho de entrar en ella por el Bautismo, que es nuestra regeneracion espiritual, con tal que guardemos la ley nueva que Jesucristo nos ha dado, y que en el dia de su resurreccion ha sustituido en lugar de la antigua. *No cesemos de alabar al Señor* y de tributarle gracias por un beneficio tan señalado. *Cantemos las*

alabanzas del Señor, é invoquemos su nombre; demos á conocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra. David exhorta aquí á todos á alabar y dar gracias á Dios por todos los beneficios de que nos ha colmado. Este salmo es un cántico de accion de gracias, tiene por título *Alleluya*, alabanza, alabanza al Señor. Créese que este salmo es uno de los que se llaman proféticos, y se aplica á la libertad de la cautividad de Babilonia; y en efecto, le cantaron los judíos á su vuelta de esta cautividad. En este sentido le toma la Iglesia, y le emplea en el intróito de la misa.

La Epístola está tomada de los Hechos de los Apóstoles, y contiene un compendio del gran misterio de la resurreccion, y de la vocacion de los gentiles á la fe, en la persona de Cornelio centurion y de un gran número de sus domésticos y de sus parientes que creyeron en Jesucristo, y fueron instruidos y bautizados por san Pedro.

Habia en Cesarea un oficial romano que mandaba una parte de una legion romana llamada Itálica. Era hombre de una probidad universalmente reconocida, y no obstante estar educado en las supersticiones paganas, las miraba con sumo desprecio, y no adoraba mas que al único verdadero Dios. La Escritura dice que era hombre religioso, esto es, temeroso de Dios, que hacia grandes limosnas al pueblo, y que practicaba una vida tan ejemplar que se le habria tenido por un fervoroso cristiano, aun antes que hubiese tenido conocimiento de la religion cristiana. Santo Tomás cree que Cornelio cuando se le apareció el Ángel tenia ya la fe sobrenatural del verdadero Dios con la fe implícita en Jesucristo. Sea lo que quiera, una virtud tan rara en un militar fué sin duda una bella disposicion para la gracia singular que recibió.

Estando un dia este oficial en oracion, hácia las tres de la tarde (era esta hora el tiempo de la oracion y del sacrificio de la tarde para los judíos, y es probable que Cornelio á ejemplo suyo consagraba tambien aquel tiempo á la oracion), tuvo en ella una vision en la cual vió claramente un Ángel de Dios, que llamándole por su nombre: *Cornelio*, le dijo, *tus oraciones y tus limosnas, como otros tantos sacrificios de excelente olor, han subido hasta Dios, él los ha recibido, y quiere recompensarlos liberalmente.* El Ángel no tuvo reparo en hablar así á un hombre todavía pagano é idólatra. Cornelio despues de haber leido los libros sagrados, que sin duda habia podido obtener de los judíos, se habia ya hecho fiel. Él creia en un Dios y en un Mesías, y que este Mesías seria el Salvador de los hombres, y haria el oficio de mediador entre Dios y ellos; pero no sabia aun nada

mas. No tenia todavía ningun conocimiento distinto de Jesucristo Redentor del mundo, y necesitaba un maestro que le instruyese sobre este punto de fe tan necesario para la salvacion. Bien pudiera el Ángel haberle hecho este servicio tan importante; pero el Señor, que acostumbra enseñar á los hombres por medio de los mismos hombres, hizo que el Ángel solo le intimase el que inmediatamente enviase á Joppe á suplicar á cierto Simon, apellidado Pedro, que viniese á su casa; que le hallaria en casa de un tal Simon, curtidor de profesion, cuya casa estaba próxima al mar, y que de él sabria lo que debia hacer. Habiendo desaparecido el Ángel, Cornelio no difirió un momento la ejecucion de las órdenes que habia recibido del cielo. En la misma hora envió dos de sus domésticos y un soldado, hombre temeroso de Dios, y después de haberles contado lo que le acababa de suceder, los envió á Joppe. Entre tanto Dios instruyó á san Pedro de lo que debia hacer por medio de aquella maravillosa vision, que fue como el grito de vocacion de los gentiles á la fe. Habiéndose retirado el Apóstol á mediodia á la azotea, que formaba el techo de la casa en donde estaba alojado (eran llanos los techos en aquel país, y se retiraban á ellos para lograr mas reposo, y estar mas apartados del ruido), fue en un momento arrebatado en espíritu; vió el cielo abierto, y que de él bajaba una cosa en forma de un mantel suspendido por las cuatro puntas, y que descendia desde el cielo hasta la tierra; habia en aquel mantel de todo género de animales cuadrúpedos, reptiles de la tierra y pájaros del cielo. Al mismo tiempo una voz le decia: Levántate, Pedro, mata, y come. Segun los intérpretes, esta especie de mantel representaba la Iglesia, y las cuatro puntas del mantel figuraban las cuatro partes del mundo, y las diferentes naciones que habian de abrazar el Cristianismo y componer la Iglesia sin distincion del judío y del gentil. La respuesta de san Pedro manifiesta bien que todos aquellos animales eran inmundos, esto es, de los que prohibia comer la ley de Moisés. La comparacion que Dios queria que Pedro comprendiese entre aquellos animales y los infieles, que eran tenidos por impuros y por inmundos, confirma esta aplicacion. No haré tal, Señor, respondió el santo Apóstol, no comeré lo que es inmundo é impuro. No llames impuro ni inmundo, repuso la voz, lo que Dios ha purificado. Hasta tres veces se repitió la vision, después de lo que habiéndose recogido al cielo el mantel, desapareció. Vuelto en sí san Pedro de su éxtasis, no sabia aun lo que queria decir lo que habia visto, cuando llegaron los enviados de Cornelio. Entonces el Espíritu Santo le dijo interiormente: Baja;

ahí hay tres hombres que te buscan, y no obstante que sean extranjeros, vé con ellos sin titubear; porque soy yo el que te los he enviado; júntate sin temor con ellos. Habiendo sabido por ellos lo que habia sucedido á Cornelio, comprendió fácilmente lo que significaba su vision; y al otro dia por la mañana partieron para Cesarea. Entre tanto Cornelio, que los esperaba, habia reunido en su casa á sus parientes y á sus amigos, deseando, movido por un celo ya cristiano, que tuviesen parte en la gracia que el Señor queria hacerle. Cuando Pedro entraba le salió Cornelio al encuentro, se echó á sus piés, y le adoró: la palabra *adorar* no se toma aquí, lo mismo que en otros pasajes de la Escritura, mas que para indicar la postura humillada del centurion, y su profundo respeto á san Pedro. La asamblea era numerosa; y después de los saludos ordinarios: Vosotros sabeis, les dijo el Apóstol, que es cosa abominable para un judío el formar sociedad con un extranjero, ni tener con él comercio alguno; pero Dios me ha hecho ver en una vision que á ningun hombre debe tratarse como profano y extranjero para el cielo. Por esto luego que se me ha llamado he venido sin titubear: decidme, pues, os ruego, ¿cuál es el motivo porque me habeis hecho venir? Hace cuatro dias, le dijo entonces Cornelio, que á esta misma hora estando en mi casa en oracion se presentó de improviso delante de mí una persona, cuyo vestido era de una blancura resplandeciente, y me dijo: Que mis oraciones habian sido oidas, y que mis limosnas no se habian despreciado delante de Dios, y que te enviase á buscar para que me instruyeses. Ahora, pues, á todos nos tienes aquí delante de tí, prontos á oir lo que el Señor te manda que nos digas. Segun el texto griego parece que Cornelio habia ayunado y orado por espacio de cuatro dias, cuando Dios le hizo esta gracia. Entonces tomando Pedro la palabra: En verdad, les dijo, estoy convencido que Dios no hace aceptacion de personas, sino que se agrada de todo el que le teme y hace obras de justicia, de cualquiera nacion que sea.

Dios ha enviado á predicar su palabra, continuó, á los hijos de *Israel*, anunciando la reconciliacion y la paz por Jesucristo, el cual es el *Señor* de todos. San Pedro comienza á anunciar á Jesucristo á Cornelio, y desde luego se le anuncia como Dios, al paso que en sus discursos á los judíos le habia anunciado solamente como el Mesías y el libertador de Israel. La paz de que habla san Pedro es aquella abundancia de bendiciones, aquella dichosa felicidad, que es el fruto de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, y que los Ángeles habian anunciado en su nacimiento. Vosotros sabeis, hermanos mios,

añadió, que esta palabra ha sido publicada por toda la Judea, comenzando por la Galilea después del Bautismo que Juan ha predicado. San Pedro quiere indicar aquí únicamente, que san Juan se habia presentado en cualidad de precursor, y habia anunciado á Jesucristo, segun la prediccion de los Profetas, antes que el Salvador mismo se presentase. Sabeis como Dios ha dado la uncion del Espíritu Santo y de su virtud á Jesús de Nazareth, el cual por todas partes por donde ha pasado ha hecho bien, y ha curado á todos los que estaban bajo de la opresion del demonio, porque Dios estaba con él. Nótase que entre tantos milagros como el Salvador ha obrado durante su vida mortal, no leemos que los haya hecho jamás para castigar á sus enemigos, ni para hacerse temer; era siempre su bondad la que ponia en movimiento su poder para el alivio de los desdíchados; la compasion y la bondad han sido siempre su carácter. Un sabio del paganismo exceptuaba para hacerles bien á los jóvenes y á los viejos, á aquellos porque no pueden todavía dar pruebas de su reconocimiento, á estos porque á poco tiempo los han olvidado ya. ¡Qué diferente es el espíritu de Jesucristo de esta moral interesada! Dábase en la antigua Ley la uncion del óleo á los Reyes, á los Sacerdotes y á los Profetas. Jesucristo habia recibido la uncion de la misma divinidad, que habitaba en él en toda su plenitud, y que estando unida personalmente con su humanidad le consagraba de una manera divina. Esta union era la que distinguia de un modo particular la monarquía, el sacerdocio y la mision de Jesucristo; es la que hace que Jesucristo sea verdaderamente Dios, Hijo de Dios, Mesías, Salvador y Redentor del género humano. La uncion del Espíritu Santo de que habla aquí san Pedro, indica principalmente la cualidad de Mesías ó de Rey del cielo y de la tierra, que el Padre ha comunicado al Hijo.

Vosotros habréis sin duda oido hablar de las grandes maravillas que Jesucristo ha obrado en toda la Judea; tan revestido estaba de la fortaleza y de la omnipotencia de Dios. Como Rey del cielo y de la tierra, y como Mesías, habia recibido la uncion divina del Espíritu Santo. Su ocupacion por espacio de tres años ha sido el recorrer las villas, los lugares y las ciudades para anunciarles el reino de Dios, haciendo bien á todos, dejando por donde quiera que pasaba señales de su bondad y de su poder. Nosotros hemos visto con nuestros ojos las brillantes maravillas que ha obrado en todos los países de los judíos, y singularmente en Jerusalen; y no obstante por la ingratitud mas negra y mas escandalosa, contra toda justicia y contra todos los sentimientos de la Religion, le han quitado la vida en una cruz co-

mo á un malvado, siendo la inocencia misma; pero Dios le ha resucitado tres dias despues, y ha querido que saliendo del sepulcro vivo y glorioso, se dejase ver, no de todo el pueblo, porque quiere salvar á los hombres por la fe, sino de nosotros, á quienes ha escogido y destinado antes de todos los siglos para publicar como fieles testigos lo que ha hecho por la salud de todo el género humano; á nosotros, digo, que hemos bebido y comido con él despues de su resurreccion; á nosotros, á quienes ha mandado que prediquemos al pueblo, y hagamos saber á toda la tierra que él es á quien Dios ha establecido juez supremo de los vivos y los muertos, y esto es, hermanos mios, lo *que hacemos*. Nosotros lo declaramos altamente con los Profetas *que han* hablado de ello antes que nosotros, y que todos á una voz *testifican* que en su nombre y por sus méritos, todos los que creen en *él obtendrán* la remision de sus culpas. Todavía hablaba san Pedro, cuando descendió visiblemente el Espíritu Santo sobre todos los que le escuchaban, probablemente en forma de lenguas de fuego, poco mas ó menos como lo habia hecho sobre los Apóstoles el dia de Pentecostes. Esta maravilla sorprendió á los judíos que habian acompañado al santo Apóstol; no podian ellos concebir cómo se habia derramado tambien la gracia del Espíritu Santo sobre los gentiles, y lo que aumentaba su asombro era el oirles bendecir al Señor en diversas lenguas. Pero el hombre de Dios que tenia un corazon de padre para todos los pueblos de quienes debia ser el Pastor universal, les dijo: Y ¿qué es lo que nos detiene para no dar el Bautismo á estas gentes, que han recibido el Espíritu Santo lo mismo que nosotros? Y en aquella misma hora fueron todos bautizados. Ni aun los judíos convertidos podian persuadirse que la gracia del Evangelio debiese comunicarse á los gentiles. Fue necesario un milagro tan grande, dice san Crisóstomo, para convertirles sobre este artículo. Por él hizo Dios ver que es el dueño de sus dones, y haciendo que bajase de este modo el Espíritu Santo sobre los gentiles, aun antes de que hubiesen *sido* bautizados, enseñaba á san Pedro y á los otros judíos, que no podia ya excluirse á nadie de la gracia del Bautismo. Comprendió *perfectamente* esto el Apóstol, cuando dijo: ¿Puede negarse el agua del Bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros?

El Evangelio refiere la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban á la aldea de Emaús en el mismo dia de la resurreccion.

No obstante que era incontestable y evidente el testimonio de los Apóstoles y de las santas mujeres á quienes Jesucristo resucitado se habia aparecido, aquellos discípulos, empero, de quienes todavía no

se habia dejado ver el Salvador, no podian creer que hubiese resucitado, y trataban de visionarias á aquellas santas mujeres. De este número eran los dos discípulos que en aquella misma tarde iban hácia la aldea de Emaús, distante cerca de tres leguas de Jerusalen; llamábase el uno Cleofás, y del otro se ignora el nombre. Por el camino iban hablando de lo que acababa de suceder en la persona de su buen Maestro. No podian dudar que no fuese enviado de Dios, habiendo sido ellos mismos testigos de la santidad de su vida y de sus milagros; pero la ignominia de su muerte era para ellos un misterio que no comprendian, y no daban fe á todo lo que se decia de su resurreccion, teniendo por sueños y vanas imaginaciones las apariciones publicadas. Mientras conversaban entre sí de un asunto tan triste, vieron venir detrás de ellos un hombre que luego se juntó con ellos: era el mismo Jesucristo; pero ellos no le conocieron, porque *tenian los ojos como vendados*, dice el Evangelio; esto es, porque el Salvador impedia que su cuerpo hiciese en los ojos de los discípulos la impresion que hubiese debido hacer naturalmente, ya que Jesucristo apareciese en efecto bajo de una figura extraña, ya que hubiese impreso alteracion en la vista de los viajeros. Despues de haberse saludado segun costumbre, les preguntó Jesús cuál era el asunto de su conversacion, y de qué provenia la tristeza que se dejaba ver en su semblante. Pues qué, le respondió Cleofás, ¿serias tú el único extranjero entre todos los que han concurrido á Jerusalen para la fiesta de la Pascua, que no supieses lo que ha pasado allí en estos dias? Pues ¿qué es lo que ha sucedido de extraordinario, repuso el Salvador? Extraño es, replicó Cleofás, que ignores lo que ha sucedido á aquel grande hombre, Jesús Nazareno, de quien jamás hubo semejante; aquel Profeta tan poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo. Nosotros hablábamos de la manera indigna y atrozmente injusta con que ha sido tratado por nuestros sacerdotes, por nuestros pontífices, y por nuestros primeros magistrados, los cuales por una envidia sin ejemplar, habiéndole entregado á Pilato, le han hecho condenar injustamente á morir en una cruz, habiendo el mismo Pilato reconocido y publicado su inocencia. Lo que pone el colmo á nuestra afliccion es que nosotros le mirábamos como el Redentor de nuestro pueblo, y esperábamos que nos restableceria á nuestra primera libertad, y ahora nos encontramos frustrados en nuestras esperanzas; porque ha muerto, y no nos queda ya otra sino que debe resucitar. Á la verdad, él nos habia predicho su muerte y todo lo que ha sucedido; pero nos habia tambien asegurado que tres

dias después de su muerte saldria vivo del sepulcro, y hoy es el tercer dia, cuási pasado ya, sin que hayamos visto el cumplimiento de su promesa. Sin embargo de que, añadieron, ha habido algunas buenas mujeres del número de las que le seguian y creian en él como nosotros, que nos han atolondrado mucho, porque habiendo partido muy de mañana para ir á su sepulcro, no han encontrado en él el cuerpo; y ellas tambien nos han referido que se les habian allí aparecido Ángeles que las aseguraban que habia resucitado, y que le veríamos vivo en Galilea. Tambien algunos de los nuestros han ido al sepulcro, y han hallado que las mujeres habian dicho la verdad, y que el cuerpo no estaba allí. Pero ¿quién ha de creer una maravilla tan grande sobre unos testimonios tan débiles?

Cuando no hay mas que una fe flaca, no puede haber una esperanza viva; la esperanza vacila siempre con la fe. *Nosotros esperábamos*, dicen, como si dijeran que ya apenas esperan. Estas palabras demuestran bien cuál era la idea y la disposicion del espíritu de aquellos discípulos: ellos no tomaban la redencion de Israel mas que como una libertad de la servidumbre corporal; esperaban que el Mesías debia libertarles del yugo de los romanos, y restablecer su antiguo gobierno. En materia de religion las luces solas del entendimiento humano sin las de la fe extravian.

El Salvador se compadeció de la fe moribunda de aquellos dos discípulos vacilantes: ¡Qué ciegos sois! hombres poco sensatos en materia de religion, les dijo; ¡qué poco comprendeis lo que los Profetas han dicho del Mesías! ¿No era necesario, añadió, que el Cristo, esto es, el Mesías, padeciese de este modo, y que por este camino de los sufrimientos y de las humillaciones entrase en su gloria?

Costábales mucho trabajo á los discípulos conciliar el oprobio y la infamia de la cruz en donde habian visto espirar á Jesucristo, con la resurreccion y el reinado glorioso del Mesías. El Salvador les hace ver que puesto que su muerte no habia sido predicha por los Profetas con menos claridad que su resurreccion gloriosa, habiendo visto el cumplimiento de las profecías de su muerte, no debian dudar que lo que se habia predicho de su resurreccion dejase tambien de cumplirse; y para convencerles, tuvo el Salvador la bondad de referirles por sí mismo todo lo que habian predicho del Mesías los Patriarcas de la antigua Ley, todo lo que habian dicho Moisés y los Profetas; explicándoles y haciéndoles ver que todo esto se habia cumplido en la vida, en la pasion, en la muerte y en la resurreccion de aquel Jesús Nazareno que era el asunto de su conversacion.

Entre tanto se hallaron cerca de la aldea á donde iban. Entonces el Salvador hizo ademan de querer pasar mas adelante; pero los dos discípulos le detuvieron como por fuerza, rogándole que tuviese á bien quedarse con ellos en la aldea, porque se hacia tarde. Puntualmente era esto lo que el Salvador deseaba; porque aunque Dios tenga algunas veces el designio de hacernos las mayores gracias, quiere, sin embargo, que se le ruegue: la oracion entra ordinariamente como condicion para sus beneficios. No se hizo mucho de rogar el Salvador; entró con ellos en la casa, que se cree haber sido la de Cleofás, y habiéndose puesto á la mesa con ellos, tomó desde luego uno de sus panes sin levadura, pues que no era permitido á los judíos el comer otros en los siete dias que duraba la fiesta de Pascua, y habiéndole bendecido, esto es, dicen los Padres y los intérpretes, habiéndole consagrado en su cuerpo, del mismo modo que lo habia hecho en la institucion de la Eucaristía en la última cena, lo partió y se lo presentó.

Abriéronse en aquel momento sus ojos, esto es, conocieron entonces en el aire, en las formas del rostro, y en su voz, que el que les hablaba era verdaderamente el mismo Jesucristo; pero desapareció inmediatamente de su vista, haciéndose repentinamente invisible. Si su alegría fue sensible, no fue menos vivo su sentimiento. Echábanse en cara su ceguera: ¿Es posible, se decian entre sí, que hayamos conversado tanto tiempo con él, sin conocerle? Las luces con que iluminaba nuestro entendimiento, explicándonos el verdadero sentido de la Escritura, y aquel fuego extraordinario que abrasaba nuestro corazon mientras que nos hablaba, ¿no nos decian que era él? La ansia y el conato de dar parte á los hermanos de lo que les acababa de suceder, les hizo partir al instante para volverse á Jerusalen. Allí encontraron á los Apóstoles y á los discípulos reunidos, los cuales, apenas les vieron, les dijeron que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Pedro. Ellos por su parte les contaron lo que les habia pasado en su viaje, y como habian reconocido á su divino Maestro en la fraccion del pan, esto es, al darles la Eucaristía. Este divino Sacramento es siempre una fuente de luces para quien le recibe dignamente.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui solemnitate Paschali mundo remedia contulisti: populum tuum, quaesumus, coelesti dono pro-

Ó Dios, que por medio de la solemnidad de la Pascua habeis dado al mundo el remedio soberano de todos los

sequere; ut et perfectam libertatem consequi mereatur, et ad vitam proficiat sempiternam. Per Dominum nostrum...

males, dignaos derramar sobre vuestro pueblo vuestros celestiales dones; á fin de que recibiendo de Vos la perfecta libertad, se adelante siempre mas y mas en la vida del cielo que no debe nunca acabar. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de los Hechos apostólicos, capítulo X.

In diebus illis: Stans Petrus in medio plebis, dixit: Viri fratres, vos scitis quod factum est verbum per universam Judaeam: incipiens enim à Galilaea post baptismum, quod praedicavit Joannes, Jesum à Nazareth: quomodo unxit eum Deus Spiritu sancto, et virtute, qui pertransiit benefaciendo, et sanando omnes oppressos à diabolo, quoniam Deus erat cum illo. Et nos testes sumus omnium, quae fecit in regione Judaeorum et Jerusalem, quem occiderunt suspendentes in ligno. Hunc Deus suscitavit tertia die, et dedit eum manifestum fieri non omni populo, sed testibus praeordinatis à Deo: nobis, qui manducavimus et bibimus cum illo, postquam resurrexit à mortuis. Et praecepit nobis praedicare populo, et testificari, quia ipse est, qui constitutus est à Deo judex vivorum et mortuorum. Huic omnes prophetae testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus omnes, qui credunt in eum.

En aquellos dias estando Pedro en pié en medio del pueblo, dijo: Hermanos mios, vosotros habeis oido hablar de lo que ha sucedido en toda la Judea, y que ha comenzado por la Galilea después del bautismo que Juan ha predicado. Como Dios ha dado la uncion del Espíritu Santo y de su virtud á Jesús Nazareno, el cual por donde quiera que ha pasado ha hecho bien, y ha curado á todos los que estaban bajo la opresion del demonio, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todas las cosas que ha hecho en la Judea y en Jerusalen, y de que los judíos le han quitado la vida clavándole en la cruz. Dios le ha resucitado al tercero dia, y ha querido que se dejase ver, no de todo el pueblo, sino de los hombres destinados para ser testigos de ello; á nosotros que hemos bebido y comido con él después de su resurreccion. Él mismo nos ha mandado que prediquemos al pueblo, y testifiquemos que él es á quien Dios ha establecido juez de los vivos y de los muertos. Todos los Profetas dan testimonio de que todos los que creen en él, reciben por su nombre la remision de los pecados.

REFLEXIONES.

Él mismo nos ha mandado que prediquemos al pueblo, etc. Que doce pescadores pobres, groseros, que cuási habian envejecido en la mas espesa ignorancia, gentes de un genio, de un corazon encogido, de una alma naturalmente baja y tímida, sin educacion, sin recursos, sin otro arte que el de la pesca y de las redes; que estos doce pescadores hayan podido convencer al universo que Jesús Nazareno, el cual

habia espirado en la cruz, habia resucitado; es un prodigio que á primera vista parece tan sorprendente como el de la resurreccion. Pero cuando se para la reflexion en que unos hombres que no tenian un interés en fingir, no han podido querernos engañar con peligro cierto de su vida; que unos hombres tan incrédulos durante la vida de su Maestro no han podido ser engañados después de su muerte, y creerle resucitado sin tener para ellos las pruebas mas manifiestas; en fin, que unos hombres tales como estos, que obraban los mayores milagros para establecer la fe de la resurreccion, no han podido en efecto engañarnos; ¿no tenemos motivo para extrañar que haya habido incrédulos que hayan podido resistir á su testimonio? Y bien ¿nuestra creencia es mas cristiana? y creyendo á Jesucristo verdaderamente resucitado, ¿somos nosotros mas cristianos? Como el misterio de la resurreccion encierra, por decirlo así, ó á lo menos confirma todos los misterios; la creencia de este misterio ha convertido á todo el universo. Nosotros le creemos, pero ¿qué efecto produce hoy en el espíritu y en el corazon de los Cristianos la fe de este misterio? La resurreccion del Salvador es la prenda segura, y debe ser al mismo tiempo el modelo de la nuestra. Ella es el fundamento de nuestra fe, debe serlo tambien de nuestra esperanza, y la una y la otra deben reglar nuestras costumbres. Y ¿en dónde se halla el dia de hoy esta reforma? Muertos al pecado por la penitencia, que debe ser el fruto del grande ayuno que acabamos de hacer, una nueva vida debe ser el efecto ordinario de la fiesta de Pascua; pero ¿hay muchos que hayan resucitado? Es necesario saber primeramente si hay muchos que hayan muerto al pecado, á los hábitos criminales del pecado, á las ocasiones peligrosas y voluntarias del pecado; si hay muchos que hayan resucitado á la Gracia: la mudanza, la reforma es visible después de una verdadera resurreccion. ¿Reconócese mucho en los fieles después de esta fiesta? Y los que se han dispensado de los saludables rigores de la penitencia, ¿gustarán en la Pascua dulzuras espirituales de una santa resurreccion?

El Evangelio de la Misa es del capítulo XXIV *de san Lucas.*

In illo tempore: Duo ex discipulis Jesu ibant ipsa die in castellum, quod erat in spatio stadiorum sexaginta ab Jerusalem, nomine Emmaüs. Et ipsi loquebantur ad invicem de his omnibus, quae acciderant. Et factum est, dum fabularentur, et secum quaere-

En aquel tiempo, dos de los discípulos de Jesús iban á un caserío llamado Emaús, distante de Jerusalen como sesenta estadios. Iban hablando de todo lo que acababa de suceder. Mientras que ellos hablaban y razonaban entre sí, se les juntó el mismo Je-

rent: et ipse Jesus appropinquans ibat cum illis: oculi autem illorum tenebantur, ne eum agnoscerent. Et ait ad illos: Qui sunt hi sermones, quos confertis ad invicem ambulantes, et estis tristes? Et respondens unus, cui nomen Cleophas, dixit ei: Tu solus peregrinus es in Jerusalem, et non cognovisti quae facta sunt in illa his diebus? Quibus ille dixit: Quae? Et dixerunt: De Jesu Nazareno, qui fuit vir propheta, potens in opere et sermone coram Deo et omni populo: et quomodo eum tradiderunt summi sacerdotes et principes nostri in damnationem mortis, et crucifixerunt eum. Nos autem sperabamus quia ipse esset redempturus Israël: et nunc super haec omnia, tertia dies est hodie quod haec facta sunt. Sed et mulieres quaedam ex nostris terruerunt nos, quae ante lucem fuerunt ad monumentum, et non invento corpore ejus, venerunt, dicentes se etiam visionem Angelorum vidisse, qui dicunt eum vivere. Et abierunt quidam ex nostris ad monumentum: et ita invenerunt sicut mulieres dixerunt: ipsum vero non invenerunt. Et ipse dixit ad eos: O stulti, et tardi corde ad credendum in omnibus, quae locuti sunt prophetae! Nonne haec oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? Et incipiens à Moyse, et omnibus prophetis, interpretabatur illis in omnibus Scripturis, quae de ipso erant. Et appropinquaverunt castello quo ibant: et ipse se finxit longius ire. Et coëgerunt illum, dicentes: Mane nobiscum, quoniam advesperascit, et inclinata est jam dies. Et intravit cum illis. Et factum est, dum recumberet cum eis, accepit panem, et benedixit, ac fregit, et porrigebat illis. Et aperti sunt oculi eorum, et cognoverunt eum: et ipse evanuit ex oculis eorum. Et dixerunt ad invicem: Nonne cor nostrum ardens erat in nobis, dum loqueretur in via, et aperiret nobis Scripturas? Et

sucristo y caminaba con ellos; pero ellos tenian los ojos como vendados de modo que no le conocian. Díjoles, pues: ¿Qué viene á ser de lo que hablais, y por qué estais tristes? Respondióle uno de ellos que se llamaba Cleofás: Qué ¿eres tú acaso el único extranjero en Jerusalen, que no sabes lo que allí ha pasado en estos dias? ¿Qué es ello? les dijo, y ellos le respondieron: En órden á Jesús Nazareno, que era un Profeta poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo, y como los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados le han entregado para que fuese condenado á muerte, y le han crucificado. Nosotros esperábamos que seria el libertador de Israel, y ahora cumplen tres dias que estas cosas han sucedido. Por otra parte, algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han sorprendido; porque habiendo ido antes del dia al sepulcro, y no habiendo hallado en él su cuerpo, han venido á decir que ellas han visto Ángeles que dicen que está vivo. Algunos de nosotros han ido al sepulcro y han hallado lo que han dicho las mujeres; pero á él no le encontraron. Hablóles entonces Jesús de este modo: Gentes sin razon, y duros para creer lo que han dicho los Profetas: ¿no era necesario que el Cristo padeciese de este modo, y así entrase en su gloria? En seguida, tomando la palabra, comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les explicó las cosas que miraban á él en todas las Escrituras. Entre tanto se hallaron en las inmediaciones de la casa de campo, y el Salvador hizo demostracion de pasar adelante. Detuviéronle ellos como por fuerza, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el dia declina; de modo que Jesús entró con ellos. Estando con ellos á la mesa, tomó el pan, lo bendijo, y habiéndole partido se lo presentó. Abriéronse entonces sus ojos, y le conocieron; pero él desapareció de su vista: sobre lo

surgentes eadem hora, regressi sunt in Jerusalem : et invenerunt congregatos undecim, et eos qui cum illis erant, dicentes: Quod surrexit Dominus vere, et apparuit Simoni. Et ipsi narrabant quae gesta erant in via : et quomodo cognoverunt eum in fractione panis.

cual se dijeron el uno al otro : ¿No sentíamos nuestro corazon inflamado cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? Y partiendo en la hora volvieron á Jerusalen, y hallaron á los once Apóstoles, y á los que estaban reunidos con ellos, que les decian: El Señor ha resucitado verdaderamente, y ha aparecido á Simon. Ellos por su parte les refirieron lo que les habia pasado en su viaje, y como le habian conocido en la fraccion del pan.

MEDITACION.

Sobre la resurreccion espiritual.

Punto primero. — Considera que la resurreccion corporal de Jesucristo debe ser el modelo de la resurreccion espiritual de todos los fieles. Consideremos las principales circunstancias de la resurreccion del Salvador, y confrontémoslas con las que deben acompañar á nuestra resurreccion espiritual: 1.ª Jesucristo habia muerto verdaderamente en la cruz, y á fin de que la verdad de esta muerte fuese mas visible é incontestable, habia querido que su cuerpo adorable, siempre unido á la divinidad, permaneciese tres dias sepultado en el sepulcro, antes de darle una nueva vida por su resurreccion. Tal debe ser nuestra muerte espiritual, antes de nuestra resurreccion á la Gracia. Es preciso estar verdaderamente muertos al pecado, y muertos en la cruz, esto es, por una verdadera y sincera penitencia. Hay muchos que parece haber muerto al pecado en estas fiestas; pero no es mas que una muerte aparente, puesto que el afecto y el apego secreto al pecado subsiste siempre, aunque imperceptiblemente, en el fondo del corazon; por esto la resurreccion de estos pecadores no es mas que una resurreccion aparente. La verdad de la resurreccion depende de la verdad de la muerte, y de aquí nace que hay tan pocas conversiones verdaderas, aunque haya tantas conversiones aparentes: y ¿cómo puede uno resucitar si no ha muerto? Y de aquí tan pocas conversiones verdaderas y tan poca reforma de costumbres, á pesar de ser tantas las confesiones y las comuniones que se hacen en la quincena de Pascua. Pocos hay, por poca religion que tengan, que no tengan deseo de resucitar en este santo tiempo con Jesucristo; confiésase, comúlgase, lisonjéase de haber resucitado; la alegría pintada en el ros-

tro de estos cristianos parece que anuncia su resurreccion á la Gracia; pero si ha faltado la verdadera contricion en las confesiones; si el hábito del pecado no ha sido mas que suspendido; si solo se han aflojado, sin haberlos roto, los lazos desgraciados que atan al pecador; á lo mas no se ha hecho otra cosa que mortificar al hombre viejo sin haberle muerto; lisonjearse de muerto sin haber sido crucificado: falsa resurreccion, pues, á causa de la falsa penitencia. La alegría que la mayor parte de los pecadores experimentan en estas santas festividades no es una alegría espiritual, regocíjanse á lo mas de que ha pasado la Cuaresma. ¡Dios mio! ¡qué de ilusiones, aun en nuestras pretendidas devociones y en nuestra penitencia! ¿Queremos resucitar verdaderamente á la Gracia? muramos antes verdaderamente al pecado.

Punto segundo.—Considera que resucitando Jesucristo vuelve á tomar en verdad el mismo cuerpo que tenia cuando murió; pero ¿qué gloriosas cualidades no le comunica dándole una nueva vida? Segunda circunstancia de la resurreccion del Salvador, y esto mismo es lo que debe suceder en nuestra resurreccion espiritual. No se pide que mudemos de condicion ni de estado al convertirnos, y entrar en una vida totalmente nueva, si el estado y la condicion en que nos hallamos nada tiene de incompatible con la salvacion; porque si lo son, es indispensable la mutacion de estado: lo que exige la verdadera resurreccion espiritual es que el estado, la condicion en que Dios nos ha puesto sean santificados por las cualidades cuyo modelo presenta la resurreccion del Salvador. Agilidad, claridad, impasibilidad, inmortalidad, tales fueron las cualidades gloriosas que Jesucristo comunicó á su santo cuerpo en su resurreccion. La pesadez que se siente, las dificultades que se encuentran, la tibieza, la languidez, aquella devocion ceñuda, inquieta, enfadosa, que se experimenta después de la pretendida conversion, todo esto prueba bien que no hay mas que una conversion, una resurreccion falsa. Una alma verdaderamente resucitada experimenta todo lo contrario. Experiméntanse, á la verdad, las dificultades que se encuentran al principio en el nuevo camino de la virtud, pero se experimenta al mismo tiempo un nuevo valor, una nueva resolucion que está pronta á emprenderlo todo en los caminos de Dios y en el curso de una vida verdaderamente cristiana. Hállanse algunas dificultades que sobrepujar, pero solo son en órden á los sentidos y al amor propio; y al mismo tiempo se siente un valor que inspira la gracia y que hace que en las mismas dificultades se encuentre dulzura. La alegría, lo mismo que la resurreccion, es toda espiritual.

Encuéntrase un nuevo gusto en todo lo que Dios pide de nosotros, y un verdadero disgusto en todo lo que agrada al espíritu del mundo. Se piensa, se juzga muy de otra manera que antes de los regocijos y de las máximas mundanas. Hállase una dulzura, un placer en cumplir con los deberes de cristianos, y una satisfaccion, una paz superior á todo lo que puede pensarse en los ejercicios de piedad y de religion. 3.ª Habiendo resucitado Jesucristo, ya no se encontró su cuerpo adorable en el sepulcro. ¿En qué pensais cuando venís á buscar á vuestro Maestro en el sepulcro? dicen los Ángeles. *Resucitó, ya no está aquí.* Hé aquí lo que debe decirse después de estas fiestas de una persona espiritualmente resucitada. ¿En qué pensais cuando venís á buscar á ese hombre en las concurrencias mundanas; á esa mujer en las academias de placer y de juego; á esos amigos en los espectáculos profanos, en los lugares de la disolucion que deben mirarse como los sepulcros de tantas gentes? Ha resucitado verdaderamente; no puede ya estar aquí. 4.ª En fin, Jesucristo ha resucitado, y ya no muere mas; la muerte no tiene ya poder sobre él. Este es el efecto de una verdadera resurreccion espiritual, y la señal mas segura de una verdadera conversion. Perseverar en la gracia y en la práctica de la piedad; vivir en adelante con una vida verdaderamente cristiana, efecto y prueba cierta de una verdadera resurreccion.

Haced, Señor, por vuestra misericordia que yo experimente esto mismo, y que todas estas circunstancias consoladoras acompañen de hoy mas mi resurreccion; esto es lo que lleno de confianza espero de vuestra bondad infinita y de vuestra gracia omnipotente.

JACULATORIAS. — He hallado, en fin, al que mi alma ama con ternura; le poseo, y no le perderé ya. (*Cant.* III).

¿Quién nos separará jamás del amor de Jesucristo? (*Rom.* VIII).

PROPÓSITOS.

1 La alegría es inseparable de la resurreccion espiritual. La paz del corazon, la alegría de una buena conciencia, el amor que tiene á Jesucristo una alma espiritualmente resucitada, la dulce confianza que tiene en su misericordia, todo esto hace que se goce desde esta vida un preludio de las alegrías celestiales; no omitais nada para hacer de ello una dichosa experiencia. Y para esto procurad que todas las circunstancias de la verdadera resurreccion que acabais de meditar acompañen vuestra resurreccion espiritual. No os contenteis con haber muerto al pecado por medio de vuestra sincera penitencia; mo-

rid de nuevo á él todos los dias por una nueva y cada vez mas sincera contricion.

2 La resurreccion da una vida totalmente nueva; procurad en toda vuestra conducta que parezca que habeis olvidado la antigua. No concurrais ya á esos lugares profanos y mundanos, que por lo comun son el sepulcro de la inocencia. El lugar santo, las iglesias, las casas de los pobres, prisiones, hospitales, los lugares donde se ejercita la caridad, sean en donde sea preciso ir á buscaros y donde se os encuentre. En fin, sea uno de los rasgos mas marcados de vuestro verdadero retrato la alegría espiritual, madre de la dulzura, de la afabilidad, de la compasion.

MARTES DE PASCUA.

La solemnidad de este tercer dia no es mas que la continuacion de la del primero, puesto que no es mas que la misma celebridad, el mismo misterio, la misma fiesta. El intróito de la fiesta de ayer nos anunciaba el derecho que el Salvador nos habia adquirido por su resurreccion á la tierra prometida, inundada de leche y de miel; esto es, á la celestial Jerusalen, dulce mansion de los bienaventurados, y ahora nuestra patria celestial. El intróito de la misa de hoy nos descubre las principales ventajas de esta rica herencia que nos ha merecido Jesucristo. *El Señor les ha dado á beber la agua de la sabiduría,* aquella agua viva que salta hasta la vida eterna. Hechos hijos adoptivos del Padre celestial, no se verán ya forzados como esclavos á abrirse cisternas en donde no encontraban mas que una agua cenagosa, incapaz de apagarles la sed; en adelante encontrarán en la casa del padre de familias, esto es, en la Iglesia, una fuente de agua viva que iluminará su entendimiento, y les dará la inteligencia de las verdades mas sublimes, y el don de la sabiduría que les enseñará el camino del cielo, y evitará el que se extravien. Bendigamos al Señor por una misericordia tan grande. Este don de la sabiduría no será pasajero, antes bien *permanecerá en los hijos de Dios:* esta fuente no se agotará en la Iglesia. Las mas crueles persecuciones, los escombros, por decirlo así, de tantos millones de cuerpos de Mártires, no han podido hacerle tomar otro curso; la fuente de agua viva, esta agua saludable de la sabiduría no podia encontrarse en las sectas; no se halla ni puede hallarse mas que en la verdadera Iglesia; solo los hijos de la Iglesia son los que se sacian con ella. Bendigamos eternamente al Se-

ñor. El mundo, cuya pretendida sabiduría no es mas que locura, despreciará altamente á los hijos de Dios, que son verdaderamente los hijos de la luz; pero la sabiduría pura, santa y verdadera, cuya fuente han encontrado, les colmará de gloria eternamente; no cesemos de tributar acciones de gracias á Dios por un beneficio tan singular, y cantemos sus alabanzas con una santa alegría. *Cantad las alabanzas del Señor, invocad su nombre, dad á conocer la grandeza de sus obras á todos los pueblos de la tierra.* La Iglesia no puede contener su alegría en todo el tiempo pascual; así es que continuamente tiene en la boca cánticos de alegría y de acciones de gracias, y su reconocimiento por el beneficio de la redencion, la lleva hasta querer inspirar sus mismos sentimientos á todos los pueblos de la tierra.

En la Epístola de la misa de este dia se ve á san Pablo predicando á los judíos de Antioquía de Pisidia, achacar el crímen cometido en la persona de Jesucristo á los judíos de Jerusalen, los cuales no conociendo á Jesús ni queriendo conocerle como quien era, ni entendiendo las palabras de los Profetas que se leian todos los sábados, las habian dado cumplimiento persiguiéndole hasta hacerle morir en la cruz; pero que al tercer dia aquel Jesús crucificado por los judíos habia resucitado, y se habia presentado á un gran número de hermanos que estaban vivos y daban testimonio de esta verdad.

Habiendo recibido la fe de Jesucristo por la predicacion de los Apóstoles la ciudad de Antioquía, capital de la Siria, veia crecer todos los dias el número de fieles; y en esta iglesia tan floreciente fue en donde estos tomaron por primera vez hácia el año 43 de Jesucristo, el nombre de *cristianos*. Habia en esta iglesia muchos profetas y doctores, entre los cuales estaban Saulo, que muy luego tomó el nombre de Pablo, y Bernabé. Habiendo escogido el Espíritu Santo á san Pablo y á san Bernabé para que fuesen á predicar á los gentiles, partieron sin dilacion los dos Apóstoles, y la primera poblacion en donde se detuvieron fue en Seleucia, ciudad marítima de Siria, poco distante de Antioquía; de allí pasaron á la isla de Chipre, predicando en todas partes con mucho fruto, y haciendo muchos milagros. Habiendo san Pablo y san Bernabé partido de Pafos, se embarcaron con muchos fieles que se habian agregado á ellos. Llegaron á Pergo, ciudad de Panfilia, y pasando adelante fueron á Antioquía de Pisidia en donde habia un gran número de judíos establecidos que hacian allí un gran comercio. Habia en el Asia muchas ciudades que se denominaban Antioquía: contábanse hasta doce; esta estaba en Pisidia, provincia del Asia Menor, con la Frigia al Norte y la Panfilia al Mediodía. Habia

en la ciudad una sinagoga célebre. No dejaron los dos Apóstoles de ir á ella el sábado, y habiendo entrado en ella tomaron lugar, sentáronse, y oyeron la lectura. Acostumbraban los judíos leer todos los sábados en sus sinagogas un capítulo de la ley, y añadir á él algun pasaje de los Profetas. En seguida el que presidia la asamblea convidaba á alguno, y en especial á los extranjeros, á que hiciesen alguna instruccion al pueblo sobre lo que se acababa de leer. Después de la lectura ordinaria el que presidia envió á decir á los dos Apóstoles que si tenian alguna palabra de consuelo que decir al pueblo, se les oiria con placer. Levantóse entonces san Pablo, y haciendo señal con la mano que se guardase silencio, les hizo el discurso que se contiene en esta *Epístola*.

Á vosotros, hermanos mios, hijos de la estirpe de Abraham, y á vosotros los que temeis á Dios (estas palabras se dirigian á los prosélitos y á los gentiles que creian en el verdadero Dios, y que concurrian el sábado á las sinagogas para instruirse y para oir hablar de la ley), á vosotros es á quien yo dirijo mi palabra. Vosotros sabeis que Dios ha sido siempre el protector particular de nuestra nacion; que ha escogido y amado á nuestros padres, hasta darles la preferencia sobre todos los pueblos del mundo. Vosotros no ignorais todas las maravillas que ha obrado en favor de este pueblo escogido. ¡Qué de prodigios para sacarle de la servidumbre de Egipto; con qué bondad sufrió su mala conducta en el desierto por espacio de cuarenta años; qué de victorias conseguidas; cuántos enemigos vencidos para ponerles en posesion de la tierra prometida! ¿Qué proteccion mas señalada que la que les franqueó bajo del gobierno de los jueces por espacio de cerca de cuatrocientos cincuenta años? Y ¡qué bondad la que les dispensó bajo del dominio de los reyes, y sobre todo en el de David, de este rey segun su corazon! De su estirpe ha hecho Dios, consiguiente á su promesa, que naciese para Israel un Salvador, el cual es Jesús, cuya venida ha anunciado Juan Bautista; ese admirable precursor del Mesías prometido tantos siglos hace, nada ha omitido para dar á conocer el divino Salvador á quien anunciaba. Vosotros no me conoceis, *decia* á los judíos que iban en tropas al desierto para oirle; vosotros me teneis por el Mesías; no lo soy; es el que va á presentarse después de mí, del cual no soy digno ni aun de desatarle sus zapatos. Hablaba no solo á sus oyentes, sino tambien á vosotros mis amados hermanos, dignos hijos de Abraham; á vosotros lo mismo que á ellos dirigia esta palabra de salud. Tambien ha sido enviado á vosotros la palabra eterna, el Verbo divino. Ya se habia manifestado bas-

tante por sus Profetas, cuyas predicciones leeis todos los sábados en vuestras sinagogas. En fin, se le ha visto, se le ha oido á él mismo, y los brillantes milagros que ha hecho demuestran sobradamente quién era; mas no obstante que ha venido á su propia heredad, no ha sido recibido por los suyos. El pueblo de Jerusalen, y no menos sus cabezas, no han querido reconocerle por el Mesías, y ellos han realizado condenándole, las palabras de los Profetas que se leen todos los sábados; y por una impiedad, una injusticia que jamás ha tenido semejante, sin hallar nada en él que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida. Por este medio han ejecutado enteramente sin saberlo, todo lo que habia sido dicho de él en los libros de los Profetas; y hartándole de oprobios y haciéndole espirar en la cruz, han servido tambien en alguna manera sin saberlo á su gloria; porque habiendo sido puesto en el sepulcro, Dios le ha resucitado al tercero dia, y su muerte ha sido nuestra salud y su triunfo. Esta noticia es incontestable, tiene tantos testigos como discípulos tenia. Todos los que habian venido con él de Galiléa á Jerusalen, le han visto muchas veces después de su resurreccion; y ahora todavía dan un testimonio público é irrecusable de ello. Este misterio ha sido la consumacion de la grande obra de la redencion de los hombres, la cual fue antes prometida á nuestros padres, y nosotros os anunciamos hoy. La promesa está cumplida por la resurreccion de Jesucristo, la cual es una prenda y una seguridad de la nuestra. La resurreccion es el cumplimiento y como el compendio de las promesas. Es en efecto la prueba de los demás misterios, el fundamento de las verdades que creemos, la prenda y como las arras de los bienes que debemos esperar.

El Evangelio del dia es la relacion que hace san Lucas de la aparicion de Jesús resucitado á todos sus Apóstoles y á los demás discípulos reunidos hácia el principio de la noche, después que los viajeros de Emaús habian vuelto á Jerusalen, y hubieron contado lo que les habia sucedido en su viaje. Era esta la quinta aparicion en el primer dia de su resurreccion.

Habia aparecido el Salvador en este dia á Magdalena, á sus compañeras cuando volvian del sepulcro, á san Pedro y á los discípulos que habian ido á Emaús; mas no quiso dejar pasar el dia sin conceder á todos los Apóstoles y á los discípulos reunidos la misma gracia. Los de Emaús no hacian mas que llegar; y apenas habian contado á toda la asamblea su dichosa aventura, cuando Jesucristo se presentó en medio de ellos. Habia entrado en la sala estando cerradas todas las puertas: esto era la tarde del domingo mismo de la resurreccion; era

de noche, y estaban ya á punto de ponerse á la mesa; pero antes habian cuidado de cerrar bien todas las puertas para no ser sorprendidos y maltratados de los judíos. Á este tiempo, pues, fue cuando el Salvador se presentó repentinamente en medio de ellos, les saludó segun su costumbre, diciéndoles: La paz sea con vosotros: yo soy; no temais. Tenian en verdad necesidad de ser asegurados, porque bien que esta visita tan inesperada les regocijase y reanimase su esperanza; sin embargo, una aparicion tan súbita les habia asustado, y el miedo se habia de tal modo apoderado de ellos, que creian no ver mas que un fantasma ó un espíritu revestido como los Ángeles de un cuerpo aparente ó supuesto. No lo ignoraba el Salvador, por tanto les aseguró con bondad y una afabilidad amable: No temais, hijos mios, les dijo, no os entregueis á las ideas que os atribulan y que aumentan vuestro espanto. Vosotros no podeis comprender cómo un cuerpo pueda entrar estando cerradas las puertas, y pensando que en mí no veis mas que un espíritu, temeis el ser engañados; no, hijos mios, tranquilizaos: yo soy vuestro Salvador, vuestro Maestro, vuestro Padre: este cuerpo que veis no es un cuerpo fantástico ó extraño, es el mismo cuerpo que ha sido clavado en la cruz; mirad todavía las cicatrices en mis manos y en mis piés: no os fieis de vuestros ojos; aplicad la mano, tocad este cuerpo, y convenceos que aquí no hay ni fascinacion en vuestros ojos, ni el aire configurado en un cuerpo, sino que lo que hay aquí es un cuerpo palpable, un cuerpo real, que es mi propio cuerpo compuesto de carne y de huesos, lo cual no puede tener ni contrahacer un espíritu. Después de lo cual levantando la fimbria de su vestidura les mostró sus piés y sus manos. Hay motivo para creer que los Apóstoles y discípulos tocaron efectivamente y manosearon el cuerpo de Jesucristo. El pecado de santo Tomás, dice un sábio intérprete, no consistió en haber creido después de haber visto, sino en haber rehusado el creer si no veia, y no haberse rendido al testimonio de todos los discípulos. Tanta era la alegría que tenian, *dice* el Evangelio, que todavía no creian, y estaban todos asombrados. Una alegría extraordinaria de improviso suspende el ánimo y el raciocinio, y aun inspira una especie de desconfianza. No puede uno persuadirse que se posea realmente lo que se desea demasiado: la posesion súbita de un bien que se deseaba ardientemente, y que apenas se atrevia uno ya á esperar, ordinariamente hace que se fie uno con dificultad hasta de sus propios ojos: tal era la disposicion de los Apóstoles. *No creian por el gran gozo* que les poseia. Estas palabras indican mas gozo y emocion en el corazon que desconfianza é incre-

dulidad en su entendimiento. La dificultad que tienen los Apóstoles y discípulos en rendirse á las pruebas tan visibles de la resurreccion del Salvador ha contribuido para hacer incontestable la verdad de este misterio, mucho mas que hubiera podido hacerlo una precipitada credulidad; pero queriendo el Salvador acabar de convencerles, les preguntó si tenian alguna cosa que comer. Inmediatamente le presentaron un pez asado y un panal de miel. Aunque en el estado glorioso en que estaba el Salvador no tenia necesidad de alimento, comió verdaderamente para convencer á sus Apóstoles de la realidad de su cuerpo. *El que comiese*, dice san Agustin, *prueba fue de su poder, no de su necesidad.* ¿Quién no admirará aquí la bondad y la complacencia infinita del Salvador con todos sus discípulos? No contento con haberse manifestado á algunos en particular, se deja ver de todos, se presta y se acomoda á su flaqueza; les convence de la verdad de su resurreccion por todos los caminos que pueden exigir. Se muestra, les habla, les asegura, responde á sus dificultades, resuelve sus dudas, quiere que se cercioren por sus ojos y por sus manos de la realidad de su cuerpo; come y bebe con ellos sin embargo de que no tenia necesidad ni de lo uno ni de lo otro. ¿Tenemos nosotros la misma condescendencia, la misma complacencia con los flacos? ¡Dios mio! ¡cuándo aprenderémos del Salvador á ser dulces y humildes de corazon como él!

Lo que cuenta san Lucas de Jesucristo en la continuacion del Evangelio de este dia, puede mirarse como el compendio de las instrucciones que el Salvador dió á sus Apóstoles en las conversaciones que tuvo con ellos en lo sucesivo. Es probable sin embargo que en esta aparicion les dijese alguna cosa en general. Viendo, pues, Jesucristo á los Apóstoles y á los discípulos vueltos ya en sí de su asombro y tranquilos en su presencia: Si renovais en vuestro ánimo, les dijo, lo que me habeis oido decir cuando estaba con vosotros antes de mi muerte, os acordaréis que he predicho todo lo que ha sucedido, que era necesario que todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en las profecías y en los salmos se cumpliese. Abrióles entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras. En efecto, no basta que Dios nos hable en las Escrituras, es preciso que nos dé tambien la inteligencia de ellas; esto es lo que hizo entonces el Salvador en favor de sus Apóstoles y de sus discípulos: hablando á sus oidos, iluminaba su entendimiento, y les hacia comprender lo que nunca habian podido creer, ni aun pensar, esto es, que era necesario que el Cristo, el Mesías sufriese todo lo que habian visto sufrir al Salvador, afrentas, calumnias, oprobios, irrisiones, flagelacion cruel, cruci-

fixion tan ignominiosa como dolorosa; que era necesario, en fin, que muriese en la cruz, que fuese encerrado en el sepulcro, y que al tercer dia resucitase. Hé aquí, les dijo, las condiciones con que Dios mi Padre queria que yo entrase en mi propia gloria: no debia yo ser el Salvador de los hombres sinó mediante mis tormentos y mi muerte; y por mi gloriosa resurreccion he triunfado de todo el infierno y de la muerte misma, y he abierto el cielo á los mismos hombres para quienes estaba cerrado por el pecado que yo he expiado. Esto es lo que yo quiero que vayais á predicar á todas las naciones del mundo, exhortándolas á la penitencia y prometiéndolas de mi parte y en mi nombre la remision de sus pecados. Quiere el Salvador que sus Apóstoles prediquen á todos los hombres la remision de los pecados; pero al mismo tiempo la penitencia, porque no hay pecado que se perdone sin una penitencia sincera; sin penitencia no hay remision de los pecados.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui Ecclesiam tuam novo semper foetu multiplicas: concede famulis tuis, ut Sacramentum vivendo teneant, quod fide perceperunt. Per Dominum...

Ó Dios, que renovais sin cesar vuestra Iglesia por los nuevos hijos que le dais: dignaos hacer que vuestros siervos conserven mediante una vida verdaderamente cristiana la gracia del bautismo que han recibido por la fe. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo XIII.

In diebus illis: Surgens Paulus, et manu silentium indicens, ait: Viri fratres, filii generis Abraham, et qui in vobis timent Deum, vobis verbum salutis hujus missum est. Qui enim habitabant Jerusalem, et principes ejus ignorantes Jesum, et voces prophetarum, quae per omne sabbatum leguntur, judicantes impleverunt: et nullam causam mortis invenientes in eo, petierunt à Pilato, ut interficerent eum. Cumque consummassent omnia, quae de eo scripta erant, deponentes eum de ligno, posuerunt eum in monumento. Deus vero suscitavit eum à mortuis tertia die: qui visus est per dies multos his, qui simul ascenderant

En aquellos dias, levantándose Pablo é indicando con la mano que guardasen silencio, dijo: Hermanos mios, hijos de la estirpe de Abraham, á vosotros y á los que temen á Dios entre vosotros es á quienes se dirige esta palabra de salud. Porque los que habitaban en Jerusalen y sus principales cabezas no reconociendo á Jesús han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los Profetas, que se leen todos los sábados, y sin hallar en él cosa alguna que mereciese la muerte, pidieron á Pilato que le quitase la vida; y después que hubieron ejecutado enteramente todo lo que habia sido escrito de él, fue quitado de la cruz y

cum eo de Galilaea in Jerusalem: qui usque nunc sunt testes ejus ad plebem. Et nos vobis annuntiamus eam, quae ad patres nostros repromissio facta est: quoniam hanc Deus adimplevit filiis nostris, resuscitans Jesum Christum Dominum nostrum.

puesto en el sepulcro. Pero Dios le resucitó al tercero dia, y apareció por espacio de muchos dias á los que le habian seguido de Galilea á Jerusalen, los cuales hasta ahora dan testimonio de él al pueblo. Os anunciamos, pues, que la promesa hecha á nuestros padres, nos la ha cumplido Dios á nosotros que somos sus hijos, resucitando á Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Los que habitaban en Jerusalen, y sus principales cabezas, no reconociendo á Jesús han dado cumplimiento, condenándole, á los vaticinios de los Profetas. Los judíos entregan á Jesús á la muerte á fin de hacerle pasar por un seductor; han recurrido á los gentiles para hacer su muerte mas ignominiosa, y á él mas criminal á los ojos de los pueblos; toman las precauciones mas seguras y las mas estudiadas para impedir que sus discípulos pudiesen robarle del sepulcro; cierran la entrada con una piedra suficiente por sí sola para hacer cuási imposible este robo; ponen en ella el sello público, y colocan al rededor del sepulcro un cuerpo de guardia. No era necesario tanto para alejar de él á un puñado de pescadores, que muy léjos de pensar no solamente en acercarse al sepulcro, ni aun se atrevian á comparecer en público. Y el mismo suplicio que es el cumplimiento de las profecías, le da á conocer por el Mesías; y todas estas medidas tomadas con la precaucion mas sutil vienen á servir de prueba la mas convincente de su resurreccion, y los soldados tan vigilantes son los primeros predicadores y los heraldos de su triunfo. ¡Vanos proyectos de los hombres, ellos no son otra cosa que locura y flaqueza cuando se forman contra Vos, ó Dios mio! Los príncipes de los sacerdotes, los doctores de la Ley, los oráculos del concilio, los jefes del pueblo, ¿podian tomar medidas mas propias para impedir, para prevenir todo lo que podia favorecer la creencia de la resurreccion del Salvador? ¿Qué prevision mas sabia, qué precauciones mas eficaces contra la artimaña, contra la astucia, contra los artificios? pero ¿qué puede toda la prudencia mundana contra los designios de la Providencia y de la sabiduría de Dios? Todo esto sirve maravillosamente para probar invenciblemente y para publicar universalmente la verdad de este misterio. Sabiduría humana ¿cuándo dejarás de engañar? y nosotros ¿cuándo dejarémos de ser los juguetes de las ilusiones de nuestro entendimiento y de nuestras

escasas luces? ¿Sobre qué giran todos esos ambiciosos designios, todos esos vastos y pomposos planes de fortuna? consultemos esos sueños profundos, esas meditaciones extenuantes, ese estudio continuo y sombrío de un hombre que quiere adelantarse, de una persona que quiere hacer fortuna. Recorramos todos los estados, en el campo como en la corte, entre los grandes como entre el pueblo: sabiduría humana, propia industria, apoyo de los hombres, favor, habilidad, estos son los ídolos á quienes se ofrece incienso, el oráculo á quien se consulta, y en quien se pone toda su confianza; pero con el Señor no se cuenta para nada. Esas gentes de negocios embarcadas en un mar lleno de escollos y célebre en naufragios, ¿consultan mucho al Señor antes de entrarse á alta mar? todas esas personas que se forjan tantos sistemas de engrandecimiento y de fortuna, ¿se dirigen á Dios en todas sus ambiciosas empresas? ¡Ah! no se piensa en esto, porque se cuenta poco con sus auxilios y con su proteccion. Pónense en movimiento todos los medios humanos, y se deja á los devotos el procurar los divinos, con los cuales cuentan. Que los paganos se apoyen no mas que en su prudencia, no es de extrañar, ellos tienen por divinidad á la fortuna; pero que los Cristianos observen la misma conducta ¿no es preciso clamar impiedad, irreligion? Y después de esto ¿se extrañan tan extraordinarias revoluciones como suceden? Extrañemos todavía mas las que no suceden; en la otra vida es en donde Dios se reserva el castigo.

El Evangelio es del de san Lucas del capítulo XXIV.

In illo tempore: Stetit Jesus in medio discipulorum suorum, et dicit eis: Pax vobis: ego sum, nolite timere. Conturbati vero, et conterriti, existimabant se spiritum videre. Et dixit eis: Quid turbati estis, et cogitationes ascendunt in corda vestra? Videte manus meas et pedes, quia ego ipse sum: palpate, et videte: quia spiritus carnem, et ossa non habet, sicut me videtis habere. Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus et pedes. Adhuc autem illis non credentibus, et mirantibus prae gaudio, dixit: Habetis hic aliquid, quod manducetur? At illi obtulerunt ei partem piscis assi, et favum mellis. Et cum manducasset coram eis, sumens reliquias, dedit eis.

En aquel tiempo apareció Jesús en medio de sus discípulos, y les dijo: La paz sea con vosotros: yo soy: no temais. Pero en medio de la turbacion y del espanto en que estaban, creian ellos que no veian mas que un espíritu. Díjoles: ¿Qué motivo teneis para estar tan atribulados? ¿y por qué os apurais con esos pensamientos que teneis? Mirad mis manos y mis piés; yo soy, tocad y ved. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo; y habiendo dicho esto, les mostró sus manos y sus piés. Tan grande era el gozo que tenian que todavía no se determinaban á creer, y estaban todos como asombrados. Díjoles, pues: ¿Teneis alguna cosa que comer? Presen-

Et dixit ad eos: Haec sunt verba, quae locutus sum ad vos, cum adhuc essem vobiscum, quoniam necesse est impleri omnia, quae scripta sunt in lege Moysi, et Prophetis, et Psalmis de me. Tunc aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas. Et dixit eis: Quoniam sic scriptum est, et sic oportebat Christum pati, et resurgere à mortuis tertia die, et praedicari in nomine ejus poenitentiam, et remissionem peccatorum in omnes gentes.

tároule parte de un pez asado y un panal de miel, y habiendo comido delante de ellos, tomó lo que quedaba, y se lo dió; después les dijo: Esto es lo que yo os decia cuando estaba aun con vosotros, que era necesario que se cumpliese todo lo que ha sido escrito de mí en la ley de Moisés, en los Profetas y en los salmos. Abrióles entonces el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras, y les dijo: Así está escrito, que era necesario que el Cristo padeciese de este modo, que resucitase al tercero dia, y que se predicase en su nombre la penitencia y la remision de los pecados á todos los pueblos.

MEDITACION.

De las señales de la verdadera resurreccion espiritual.

Punto primero. — Considera que las señales seguras de la verdadera resurreccion espiritual son, por decirlo así, los efectos de la resurreccion. La resurreccion de Jesucristo á la vida gloriosa es el modelo de nuestra resurreccion á la nueva vida de la gracia. La resurreccion de Jesucristo comprende dos cosas: una mutacion de estado, y la constancia en este estado. Nuestra resurreccion á la nueva vida debe tambien incluir particularmente una mutacion de estado; por esto nos dice san Pablo que para participar de la resurreccion de Jesucristo, es preciso, como él, caminar en una nueva vida, revistiéndonos del hombre nuevo. ¿De qué sirve llorar, gemir, acusar los pecados, humillarse por la penitencia, si no se muda de vida? Llantos inútiles, vanos gemidos, confesion infructuosa, sacrílega, si no se sale del estado de pecado. Ni aun basta el mudar de estado; la resurreccion á la nueva vida debe incluir la constancia en este estado, la perseverancia. Habiendo resucitado Jesucristo, ya no muere. Del mismo modo, si hemos resucitado verdaderamente á la gracia, no debemos ya morir por el pecado, sino que á ejemplo de la resurreccion del Salvador, la nuestra debe ser acompañada de la vida en la gracia. Si hemos resucitado verdaderamente á la nueva vida, no debemos ya vivir sino para Dios, y en la gracia y amistad de Dios. La Escritura hace mencion de tres géneros de resurrecciones: la primera es la de Samuel, el cual por un encantamiento pareció presentarse resucitado á Saul. Era fácil engañarse, y efectivamente se engañó;

y el que veia y creia que era Samuel, halló poco después que no era en la realidad mas que un fantasma. Tal es la pretendida resurreccion de un gran número de pecadores que al parecer han resucitado en estas fiestas, porque parece que han detestado sus pecados; pero esta aparente resurreccion desaparece con las ceremonias de la fiesta. La segunda fue la resurreccion de Lázaro. Era, en efecto, verdadera; pero era imperfecta, puesto que Lázaro no habia resucitado verdaderamente sino para morir, y tal es la resurreccion de innumerables gentes, que habiendo resucitado verdaderamente á la gracia en estas fiestas de Pascua por una sincera penitencia, no perseveran, y recaen en el pecado, al cual habian renunciado. En fin, la tercera especie de resurreccion es la de Jesucristo, única verdadera y perfecta, y que únicamente debe ser el modelo de la nuestra, si queremos que lo sea, puesto que Jesucristo es el único que ha resucitado verdaderamente para no volver á morir. ¡Cuán lamentable es el hacer grandes gastos, y no sacar de ellos utilidad alguna! Consideremos á cuál de estos tres géneros de resurrecciones es semejante la nuestra. Muchas confesiones en la Pascua; pero ¿hay muchas conversiones? ¡Buen Dios! ¡qué de resurrecciones aparentes! ¡qué de resurrecciones imperfectas! ¡cuán pocas verdaderas y perfectas resurrecciones! Juzguemos por los efectos, que son la prueba de ellas.

Punto segundo.—Considera que no basta haber resucitado verdaderamente á una nueva vida por la gracia; es preciso valerse de todos los medios para conservar esta nueva vida, y precaver y evitar todo lo que pueda hacer que se pierda ó se debilite. Una de las causas ordinarias de nuestras recaidas es que contamos demasiado con nuestras resoluciones, con nuestro fervor, con nuestra disposicion presente. Semejantes en esto á los que han estado peligrosamente enfermos, y habiendo recobrado las primeras fuerzas, y con ellas un nuevo vigor, cuentan tanto con su salud, que se exponen sin temor á los mas grandes peligros de perderla: no tienen reserva alguna, ningun régimen de vida tan necesario para conservar su robustez. Síguese su apetito, cométense muchos excesos, expónese sin precaucion á un aire frio, muchas veces hasta contagioso; diríase que ya no se debe morir, porque se ha estado mas peligrosamente enfermo; nada se rehusa, desafíase todo, y se muere á la primera recaida, la cual se ha acelarado por las indiscreciones y la imprudencia. Hagamos la aplicacion; la analogía es perfecta. ¿De dónde vienen tantas recaidas funestas después de las santas solemnidades de Pascua? de nues-

tra falsa seguridad, de nuestras indiscreciones, de la facilidad, de la imprudencia, de la temeridad con que sin preservativo nos exponemos al peligro. Hase resucitado á la gracia por una penitencia saludable, hase recobrado una nueva vida, siéntese un nuevo fervor, gústase de Dios, tiénese devocion; son poco equívocas estas señales de salud y de una renovacion espiritual. Duermen las pasiones, y el enemigo de la salvacion no se atreve á removerlas; sin embargo no por eso está menos atento á nuestra pérdida. En esta seguridad y con tan buenas disposiciones de nada se desconfia. Vuélvese al gran mundo, expónese al aire corrompido, mézclase indiferentemente con todo género de compañías. No permita Dios que en todo esto intervengan malos fines; hácese siempre con la resolucion especiosa de ser de Dios, y de sacrificarlo todo por conservarse en la inocencia. Á la verdad el pecado grave causa horror, pero no asustan ya las faltas ligeras. Éntrase, por decirlo así, en el mundo y en sus partidas de placer, familiarízase uno con los objetos, cométense indiscreciones en materia de diversiones, no es ya uno tan rígido observador de su arreglo de vida. Dispénsase de muchas prácticas de devocion, no se acerca con tanta frecuencia á los Sacramentos, ni se guardan ya los sentidos con tanta vigilancia. La conciencia á la verdad da sus latidos, pero la voluntad que se tiene de perseverar asegura. En fin, nuestro propio corazon nos hace traicion. Muérese uno cuási sin percibir que está enfermo, y en un momento se pierden todas las ventajas de la resurreccion.

No permitais, Señor, que me suceda esta última desgracia. Haced por vuestra misericordia que yo viva continuamente en el temblor y en el temor de perder la gracia. Yo os prometo mediante los auxilios de esta gracia tener tanto horror á las ocasiones del pecado, como al pecado mismo.

Jaculatorias. — Traspasad mi alma y mi carne con vuestro santo temor, á fin de que yo evite vuestros terribles juicios. (*Psalm.* CXVIII).

Yo vivo, pero no soy ya yo el que vivo, es Jesucristo el que vive en mí. (*Ad Galat.* II).

PROPÓSITOS.

1 Cuanto mas consolatorias son las señales de nuestra resurreccion, tanto mas nos interesa el hacer sus frutos eternos. Estais ya libres del demonio, estais curados, decia el Salvador á aquellos en cuyo favor acababa de hacer estos milagros. No volvais á caer ya en el pecado, no sea que os suceda otra cosa peor. Esto es tambien lo

que os dice el Salvador, y lo que debeis deciros sin cesar á vosotros mismos. Para evitar esta desgracia tomad todas las medidas necesarias para conservaros en esta nueva vida que habeis recibido por vuestra resurreccion. Estad continuamente alerta, acordaos que estais en país enemigo, y sobre un mar célebre por los naufragios. No perdais jamás de vista el cielo: huid hasta de las menores ocasiones de pecado, y desconfiad de vosotros mismos.

2 Además de la fuga de todo lo que puede serviros de ocasion de pecado, además de una fidelidad constante en todos vuestros ejercicios de piedad, y una delicadeza exquisita de conciencia, acercaos con frecuencia á los Sacramentos; tened una devocion diaria y tierna á la santísima Vírgen y á vuestro Ángel de guarda: esta constante devocion es un poderoso medio para obtener de Dios la gracia tan necesaria de la perseverancia. Pensad frecuentemente en lo que vale la gracia, que es el precio de toda la sangre de Jesucristo. ¡Qué desdicha perderla! Es un tesoro, guardaos bien de exponerle, conservadle con cuidado, y sacrificadlo todo, bienes, honor, salud, la vida misma antes que perder la gracia. Pedid todos los dias la perseverancia y la gracia final; es este un puro don de Dios que es necesario pedirle todos los dias.

DOMINGO DE CUASIMODO.

Este domingo tan privilegiado en la Iglesia es propiamente el fin de la célebre octava de Pascua, la cual no era mas que una fiesta que duraba ocho dias. Observábanse estos siete dias de fiesta principalmente por los neófitos ó recien bautizados, á fin de fortificarles con auxilios espirituales, dice san Juan Crisóstomo, contra todos los combates que tendrian que sostener después del Bautismo; puesto que el demonio jamás nos hace una guerra mas cruda, que cuando nos ve enriquecidos con mayores dones del cielo. En esto consiste que cada uno de los siete dias tiene todavía Evangelios y misas propias, á fin de que pueda predicarse en todos ellos. San Agustin dice que esta octava de fiesta se habia establecido no solo para la solemnidad de la fiesta de la resurreccion, sino tambien para que contribuyese á fortificar el nuevo nacimiento de los que habian sido reengendrados, y su infancia espiritual; por esto se les obligaba á comulgar todos estos ocho dias, y en cada uno de ellos se les hacia una nueva instruccion. Habiendo cesado hácia el siglo XIII el uso de no confe-

rir el Bautismo mas que en la Pascua y Pentecostes, se redujo á tres el número de siete dias de fiesta.

Los griegos llaman á este domingo el *Domingo nuevo*, en atencion á todos los que han sido reengendrados, porque es la primera vez que los neófitos, dejado ya el hábito blanco, comparecen en la iglesia con el hábito ordinario como el comun de los fieles. Danle tambien el nombre de *Anti-Pascual*, esto es, el domingo que está en oposicion al domingo de Pascua, cuya octava y solemnidad termina.

Entre los latinos se califica este domingo con diversos nombres. En los mas antiguos Sacramentarios se llama *la Octava de Pascua*, y está considerado como el término no solo de esta célebre octava, la mas solemne de todas las octavas de la Iglesia, sino tambien de la quincena pascual, de la cual hacia la abertura el domingo de Ramos, y á la que este domingo ponia el sello; de aquí ha venido el nombre de *Pascua cerrada*, que es el que se le da todavía en Francia. El nombre de domingo de *Cuasimodo* es en el dia de hoy el mas comun y el mas usado: está tomado de la primera palabra del intróito de la misa de este dia. Por fin, entre los eclesiásticos se llama el domingo *in Albis*, esto es, el domingo que sigue á la semana en que los neófitos llevan el hábito blanco en señal de la inocencia que habian recibido en el Bautismo. *Hoy*, dice el Padre san Agustin, *queda terminada la solemnidad de la Pascua, y por esto los neófitos mudan de hábito; bien entendido, que no porque muden el hábito blanco, deben abandonar jamás la blancura de su alma*, que consiste en la inocencia. No por esto deja de ser aun la solemnidad de este dia la fiesta, por decirlo así, de los nuevamente bautizados; á ellos principalmente hace relacion el intróito y la Epístola de este dia.

Tambien en este dia, especialmente en Roma, distribuian los diáconos á los fieles después de la Comunion los *Agnus Dei* de pasta de cera que el Papa habia bendecido solemnemente, como se ha dicho en otra parte, y que habia comenzado él mismo á repartir la víspera entre el *Agnus Dei* y la Comunion. En todos tiempos ha dado Dios á estas medallas de cera una virtud singular sobre los espíritus malignos, contra las injurias del aire, y contra las enfermedades contagiosas: la bendicion especial del soberano Pontífice les imprime esta eficacia, y esta es la causa por qué en todas las naciones se conservan con tanta veneracion entre los fieles.

El intróito de la misa está tomado de la primera Epístola del apóstol san Pedro. *Como niños que acaban de nacer*, sean vuestros primeros acentos *alabanzas al Señor*, y acciones de gracias á este Padre de

las misericordias por los señalados beneficios de que os ha colmado. Dirígese propiamente la Iglesia á los neófitos, y es esta una especie de exhortacion que les hace. *Desead con ardor la leche pura de la sabiduría*, y no ceseis de prorumpir en cánticos de alabanzas y en bendiciones á un Dios que del fondo de las tinieblas os ha llamado á su admirable luz, á vosotros que antes no érais pueblo de Dios, y ahora lo sois. *Desead sinceramente la leche*. Sigue siempre la misma alegoría á la infancia espiritual de los neófitos, que no habiendo mas que ocho dias que habian nacido por el Bautismo, tenian necesidad de ser alimentados con leche, pero con una leche pura y sin mezcla. Tened ansia por la doctrina santa y pura del Evangelio. Algunos santos Padres entienden por esta leche pura la Eucaristía, la cual, en efecto, es la leche de los flacos y el alimento sólido de los que son fuertes; por esto se les daba todos los dias de la octava á los recien bautizados. Tened hambre de este divino alimento, á fin de que por medio de esta leche, dice el santo Apóstol, crezcais hasta llegar á la robustez.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la primera carta de san Juan, en que este Apóstol sienta que los que han nacido de Dios quedan victoriosos del mundo, y que esta victoria es el efecto de la fe que tenemos en Jesucristo; esto es, que todos los hijos de Dios, los verdaderos cristianos constituidos verdaderos hijos de Dios por el Bautismo, quedan victoriosos del mundo, victoriosos del imperio que el demonio habia establecido en el mundo, y en donde no deja, aunque vencido, de tener partidarios que sostienen lo que sus leyes, sus costumbres, sus máximas han prescrito en él. Hasta la muerte de Jesucristo, el demonio ufano por la desgracia en que el hombre habia incurrido por el pecado, á nada tenia consideracion en el mundo, habia erigido un imperio cuási absoluto sobre este hombre en desgracia de Dios, hasta hacer que se le erigiesen altares, se le diesen inciensos, se le hiciesen votos, y en todas partes reinasen sus tiránicas leyes y sus perniciosas máximas. De aquí los templos, los ídolos, los sacrificios: de aquí el torrente de la idolatría que habia inundado todo el universo. Habiendo quedado exenta del contagio general por una singular predileccion de Dios sola la nacion judía, aun esta en cuási todos los siglos habia tambien sido tocada de él. Jesucristo por su muerte habia ciertamente vencido á este fuerte armado, y triunfado de todas las potestades, de todos los señores de este mundo, de este lugar de tinieblas; pero el mundo, acostumbrado á vivir bajo de este tirano, habia retenido sus máximas y su espíritu. Por esto aunque la religion cristiana haya purgado el

mundo del paganismo, los Cristianos han tenido siempre que combatir el espíritu y las máximas del mundo que se han atrincherado entre los mundanos. Pero los verdaderos hijos de Dios han conseguido y consiguen aun todos los dias la victoria sobre este mundo perverso; y esta victoria que hace victoriosos del mundo, de las máximas perniciosas del mundo, del espíritu contagioso del mundo, es nuestra fe. El mundo inspira el amor del placer, de las riquezas, de los falsos honores, de las comodidades de la vida; la fe de los Cristianos les inspira sentimientos del todo contrarios, y esta moral, aunque opuesta á los sentidos, á las inclinaciones de la carne, al amor propio y á las máximas del mundo, ha triunfado de todas las preocupaciones á pesar de su prescripcion. Los hombres mas orgullosos y mas sensuales han abrazado la doctrina del Evangelio en el claustro y en los desiertos, en medio del mundo mas brillante y hasta en el trono mismo: sabios del mundo, grandes del mundo, partidários del mundo, todo ha cedido, todo se ha rendido, todo se ha sometido al yugo de Jesucristo; á la fe, animada por la caridad, es á quien se debe esta victoria. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, continúa el santo Apóstol, sino el que cree que Jesús es Hijo de Dios? Ciertos pretendidos sabios paganos, ciertos pretendidos espíritus fuertes se han jactado, hasta han hecho ostentacion de despreciar el mundo, y al mismo tiempo han sido esclavos suyos; solo la fe de los Cristianos ha podido subyugarle. Hanse visto gentes fuera de la Iglesia que han podido despreciar los honores y las riquezas; pero ¿se han hallado quienes hayan resistido á los atractivos del deleite, quienes hayan tenido ánimo para perdonar las injurias, quienes hayan llevado la caridad hasta amar con ternura á sus mas mortales enemigos? Nótese que el Apóstol no dice simplemente que la fe es la que ha conseguido esta victoria; en este caso el hereje podria lisonjearse de poder tener parte en esta victoria; sino que dice *nuestra fe*, la fe que tenian los Apóstoles y los primeros fieles, y que no se encuentra mas que en la Iglesia romana; solo la fe de los Católicos es la fe de los Apóstoles y de los primeros cristianos. El mismo Jesucristo, añade el Apóstol, es el que ha venido en el agua y en la sangre, lo que prueba que es tan verdadero hombre como verdadero Dios: Juan Bautista no ha venido mas que en el agua, esto es, con solo el bautismo del agua; así es que su bautismo no quitaba el pecado del mundo; Jesucristo no ha venido en el agua sola, sino con el agua de su bautismo y con la sangre de su pasion, la cual ha dado á su bautismo de agua toda su eficacia para la remision de los pecados. El designio

del Apóstol en esta Epístola es demostrar que Jesucristo nuestro Salvador es juntamente verdadero Dios y verdadero hombre; y que como el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, que no son entre sí mas que una misma cosa, dan testimonio en el cielo de la divinidad del Salvador del mundo; tres cosas tambien en la tierra, á saber, el espíritu, el agua y la sangre, dan testimonio igualmente de que Jesucristo es tan verdadero hombre como verdadero Dios. El espíritu de Jesucristo es el que nos vivifica; el agua del Bautismo es la que nos purifica; la sangre del Redentor es la que expia nuestros pecados y nos reconcilia con Dios; y estas tres cosas no son mas que una, esto es, la misma persona, el mismo hombre, que es Jesucristo nuestro Señor. El testimonio de un Dios es mucho mas grande y mas auténtico que el de los hombres. Ahora bien, si no deja de creerse el de los hombres, con mucha mayor razon debe creerse el que Dios mismo ha dado públicamente de su propio Hijo, ya en el Jordan al tiempo de su bautismo, ya en el monte Tabor en su transfiguracion, y ya en el templo después de su entrada solemne en la ciudad de Jerusalen. Jesucristo ha dado de sí mismo este glorioso testimonio en muchas ocasiones, y sobre todo delante de Caifás y delante de Pilato; en fin, el Espíritu Santo le ha dado visiblemente, apareciendo sobre él en forma de una paloma, y descendiendo sensiblemente en forma de lenguas de fuego sobre los Apóstoles, haciéndoles publicar en diversas lenguas y probar con milagros la divinidad de Jesucristo. De todo lo que concluye el Apóstol, que el que cree en el Hijo de Dios, el que cree que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre no puede errar, puesto que él lleva en sí mismo el testimonio de Dios. Todo esto puede referirse al estado de los recien bautizados, en razon de que habiendo recibido el bautismo del agua, de la sangre, y del Espíritu Santo, han nacido de Dios por esta regeneracion, y han quedado victoriosos del mundo, que es con Satanás el enemigo que han tenido que combatir y del que han triunfado por la fe.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la historia de una aparicion de Jesucristo resucitado, acaecida precisamente ocho dias después de su resurreccion. Al parecer la hizo principalmente en favor de santo Tomás, único de los Apóstoles que por no haberse hallado con los demás, no le habia visto todavía resucitado.

San Crisóstomo cree que habiendo huido los Apóstoles cuando el Salvador fue preso en el huerto, se reunieron unos después de otros á medida que se repararon de su espanto. Tomás no habia vuelto aun la tarde del dia de la resurreccion cuando se apareció el Salvador á

toda la reunion, estando cerradas las puertas. Á su vuelta, por mas que le contaron todo lo que habia pasado en su ausencia, las circunstancias de la resurreccion de Jesucristo, su aparicion á Magdalena, á las otras mujeres, á Pedro, á los dos discípulos que iban á Emaús, en fin, á todos los hermanos juntos en la misma tarde; Tomás no pudo rendirse á tantos testimonios, tan poco sospechosos; declaró que no deferiria mas que á su propia experiencia; y que á menos que no viese con sus ojos y tocase con sus manos el cuerpo de su divino Maestro, no creeria que habia resucitado: añadiendo aun que no se contentaria con ver en sus manos las señales de los clavos que las habian traspasado, sino que queria tambien meter el dedo en la abertura que estos clavos habian hecho, y la mano en la llaga de su costado. Permitió Dios esta criminal obstinacion en un Apóstol, adherido por otra parte á la persona del Salvador, y que hasta habia asegurado que estaba pronto á dar su vida por la gloria de su buen Maestro, para que fuese una nueva prueba de la verdad de su resurreccion. La incredulidad de Tomás, dicen los Padres, no ha servido poco á la fe de los fieles. Un hombre de este carácter no estaba ciertamente dispuesto á creer ligeramente. La infidelidad de santo Tomás nos ha sido mas ventajosa que la fe sencilla de los demás Apóstoles, dice san Gregorio, porque no habiendo querido creer sino después de haber visto y tocado, ha afirmado nuestra fe, y ha desvanecido de nuestro entendimiento hasta las menores dudas.

Dignóse Jesús tener esta condescendencia con un discípulo á quien trataba de curar de su incredulidad. Le concedió lo que cuási siempre habia negado á los fariseos y á los demás judíos cuando le pedian ciertas pruebas de su mision que no juzgó á propósito el concederles. Puédese atribuir esta diferencia de conducta á la diferente disposicion de sus corazones. Los fariseos aborrecian á Jesucristo, y no querian que fuese lo que ya tantas veces y tan evidentemente les habia probado que era, y de lo que no pedian nuevas pruebas sino para combatirlas; al paso que santo Tomás en una situacion absolutamente contraria de entendimiento y de corazon, amaba en el fondo á su Salvador, deseaba ardientemente su resurreccion y su gloria, y el mismo deseo tan grande que tenia le impedia el creerla sin tener con que asegurarse sensiblemente: un deseo demasiado grande de ver llegar una cosa que se ansia con ardor, hace que se resista uno á creer aun á aquellos que nos dicen que ha sucedido. Por el ansia con que se desea que ella sea, no se quiere creer que haya sido, hasta cerciorarse por sus propios sentidos; tal era acaso la incredulidad de

este Apóstol: sin embargo esto no podia justificarla, y Jesucristo le reprende de ella, aunque en términos llenos de mansedumbre y de ternura después de haberle concedido todas las pruebas que pedia de su resurreccion.

Ocho dias después, esto es, el domingo siguiente, que era el primer dia de la semana, estando juntos los discípulos y habiendo cerrado las puertas de miedo de que los judíos no viniesen á insultarles, estando tambien Tomás con ellos, se apareció Jesús repentinamente en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros: esta era la manera con que ordinariamente saludaba; la alegría fue general; pero Tomás quedó muy sorprendido cuando este divino Salvador, que venia principalmente para reducir la oveja descarriada, dirigiéndose á él: Tú no quieres creer, le dijo, que yo he resucitado, si no metes tu mano en mis cicatrices: yo quiero que te convenzas de la verdad de mi resurreccion por el testimonio de tus ojos y de tus manos, y que dejes de ser incrédulo. Mira en mis piés y en mis manos las aberturas que han hecho los clavos: no te fies de tus ojos; mete en ellos tu dedo, adelanta tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. No hay motivo para dudar que Tomás no haya metido las manos en las llagas del Salvador. Jesucristo quiso que tocase su cuerpo este discípulo incrédulo, á fin de convencerle á él de una manera sensible, y dar á todos los fieles una prueba incontestable de su resurreccion. Santo Tomás, confuso por su terquedad, y penetrado del dolor mas vivo y de la contricion mas perfecta de su falta, se arrojó á los piés del Salvador, y animado de una fe viva, exclamó: Yo conozco, divino Maestro mio, que sois verdaderamente mi Señor y mi Dios. Contento el Salvador con la vuelta de esta oveja descarriada, le reprende á la verdad, pero como buen pastor y como padre: Porque me has visto, le dice con un aire sereno y con un tono de voz lleno de dulzura y que reanimaba su confianza, porque me has visto has creido; pero sabe que serán bienaventurados los que no habiéndome visto no se negaron á creer. Santo Tomás creyó con una fe divina: él creyó aun mas de lo que veia, puesto que creyó la divinidad de Jesucristo, que no caia bajo de los sentidos; y aun aquí se ve la confesion mas expresa de la divinidad de Jesucristo, que aparece en el Evangelio. Pero quiso el Salvador darle á entender que su fe hubiera sido mas perfecta, si sin esperar prueba sensible se hubiera atenido desde luego á la palabra de Jesucristo, y á lo que le habia dicho tantas veces de su resurreccion y de su divinidad, durante su vida mortal. *Dichosos los que no vieron y creyeron.*

¡Qué consolatorio es este oráculo para todos los fieles! Aquí estamos señalados, particularmente nosotros, por el Salvador, dice san Gregorio, nosotros que no habiéndole visto en su carne mortal, le contemplamos solamente con los ojos del entendimiento, y le conservamos invisiblemente en nuestro corazon, con tal que nuestras obras correspondan á nuestra fe. Porque hacer profesion de conocer á Dios y negarle con las obras, es ser fiel no mas que de nombre.

Concluye san Juan la historia de esta aparicion, diciendo que el Salvador ha hecho todavía en presencia de sus discípulos muchos otros milagros que no están escritos en este libro, y que estos se han escrito á fin de que creamos que Jesús es el Cristo Hijo de Dios, y que creyéndole tal tengamos la vida en su nombre. En efecto, en ningun otro hay salvacion; porque bajo del cielo no hay otro nombre dado á los hombres en virtud del que debamos ser salvos. Es como si dijera que de todas las apariciones, por medio de las cuales quiso Jesucristo asegurar á sus discípulos de la verdad de su resurreccion, no ha creido necesario el santo Evangelista referir mas que estas, las que le han parecido suficientes para convencer á los fieles de que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador de los hombres. Las demás apariciones que ha hecho con bastante frecuencia hasta el dia de su gloriosa Ascension, todas se han ordenado á otro objeto que el de probar su triunfante resurreccion; ya para establecer á san Pedro por vicario suyo y cabeza de su Iglesia, y ya para instruirles sobre los misterios y otros puntos de la Religion.

HIMNO.

Ad regias Agni dapes *Stolis amicti candidis* *Post transitum maris Rubri* *Christo canamus Principi.*	Al manjar del Cordero inmaculado Lleguémonos con blancas vestiduras, A Cristo sumo Rey de las alturas Cantemos, el mar Rojo ya pasado [1].
Divina cujus Charitas *Sacrum propinat Sanguinem,* *Almique membra Corporis* *Amor Sacerdos immolat.*	Su ardiente Caridad tanto se explica, Que nos brinda su Sangre generosa, Y el Amor en ofrenda misteriosa Los miembros de su Cuerpo sacrifica.
Sparsum cruorem postibus *Vastator horret Angelus:*	Las puertas que con sangre son rociadas [2] El Angel exonera del castigo:

[1] Esto es: Cantemos las glorias de su resurreccion pasada ya la tormenta de sus penas. O bien: Cantémosle por habernos sacado del cautiverio del demonio, significado en Faraon, y franqueándonos el paso á la tierra de promision, en que está simbolizada la gloria, después de haber pasado el mar Bermejo, en el que se simbolizan la Pasion del Salvador, la Penitencia y el Bautismo.

[2] Esto alude á cuando Dios ordenó (en el Éxodo) al Angel que rociase con sangre

Fugitque divisum mare:
Merguntur hostes fluctibus.

Abrese el mar, é incauto el enemigo
Se anega entre sus olas encrespadas.

Jam Pascha nostrum Christus est,
Paschalis idem Victima,
Et pura puris mentibus
Sinceritatis azyma.

Ya Cristo es nuestra Pascua verdadera
Es Víctima pascual la mas preciosa,
Es ázimo sin mezcla de otra cosa
Para el alma devota, fiel, sincera.

O vera coeli Victima,
Subjecta cui sunt tartara,
Soluta mortis vincula,
Recepta vitae praemia!

¡O Víctima del cielo esclarecida,
Que al abismo sujetas de tal suerte,
Que rompes las prisiones de la muerte
Y nos logras los premios de la vida!

Victor subactis inferis
Trophaea Christus explicat,
Coeloque aperto, subditum
Regem tenebrarum trahit.

Ya Cristo del infierno victorioso
Ostenta sus trofeos, ya las puertas
Del cielo están al hombre abiertas,
Y avasallado el rey mas tenebroso.

Ut sis perenne mentibus
Paschale Jesu gaudium:
A morte dira criminum
Vitae renatos libera.

Para que al alma seas fiel consuelo,
Y alegría pascual, Jesús amado,
De la muerte terrible del pecado
Libra á los renacidos para el cielo.

Deo Patri sit gloria
Et Filio qui à mortuis
Surrexit ac Paraclito
In sempiterna saecula.
Amen.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo Soberano, que glorioso
Resucitó triunfante y victorioso,
Y al Espíritu Santo eternamente.
Amen.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut qui Paschalia festa peregimus; haec, te largiente, moribus et vita teneamus. Per Dominum...

Dignaos, ó Dios omnipotente, concedernos que habiendo concluido estos dias consagrados á la solemnidad de la Pascua, conservemos siempre su espíritu en nuestras acciones y en toda la conducta de nuestra vida. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola es tomada de la primera carta de san Juan, capítulo v.

Charissimi: Omne, quod natum est ex Deo, vincit mundum: et haec est victoria, quae vincit mundum, fides nostra. Quis est, qui vincit mundum, nisi qui credit quoniam Jesus est Filius Dei? Hic est, qui venit per aquam

Amadísimos mios: Todo lo que trae su orígen de Dios, vence al mundo; y esta victoria que hace victoriosos del mundo, es nuestra fe. ¿Quién es el que consigue la victoria sobre el mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo

las puertas de los hebreos, para que sus primogénitos fuesen exentos de la muerte que debian sufrir los de los egipcios. Esta sangre es figura de la que derramó el Cordero inmaculado de Dios, con la cual, rociado el género humano, está libre de la muerte eterna, si se aprovecha de ella.

et sanguinem, Jesus Christus: non in aqua solum, sed in aqua et sanguine. Et spiritus est, qui testificatur, quoniam Christus est veritas. Quoniam tres sunt, qui testimonium dant in coelo: Pater, Verbum, et Spiritus sanctus: et hi tres unum sunt. Et tres sunt, qui testimonium dant in terra: Spiritus, et aqua, et sanguis, et hi tres unum sunt. Si testimonium hominum accipimus, testimonium Dei majus est: quoniam hoc est testimonium Dei, quod majus est, quoniam testificatus est de Filio suo. Qui credit in Filium Dei, habet testimonium Dei in se.

de Dios? Este es el mismo Jesucristo que ha venido por el agua y por la sangre; no con el agua sola, sino con el agua y con la sangre. El espíritu da testimonio de que el Cristo es la verdad. Porque hay tres que dan testimonio en el cielo; el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, y estos tres son uno. Hay tambien tres que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre, y estas tres cosas no son mas que una. Si aceptamos el testimonio de los hombres, mayor peso tiene el testimonio de Dios. Porque este es el testimonio de Dios, el cual tiene tanto mayor peso, cuanto que se dirige á testificar de su propio Hijo; que el que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios.

REFLEXIONES.

Esta victoria que hace victoriosos del mundo es la fe. Preciso es que haya el dia de hoy muy poca fe entre los fieles, puesto que es tan rara esta victoria, y que léjos de estar vencido el mundo, reina con imperio cuási en todas partes. Jamás hizo tantos progresos el espíritu del mundo; nunca fueron sus leyes mas universalmente aplaudidas: ¿en qué siglo se vieron nunca mas que en este tan generalmente establecidas sus perniciosas máximas? No solo sobre el trono encuentra vasallos el espíritu del mundo; no es ya la corte la única region donde nace. Pocas condiciones hay, ningun estado, sin exceptuar los mas santos, en donde este enemigo de Jesucristo y de su Evangelio no tenga inteligencia. Déjase ver, por decirlo así, su ídolo hasta en el lugar santo: ingenioso para disfrazarse, disimular, doblegarse, se desliza por todas partes, y en todas es escuchado, aplaudido, aprobado, y autorizadas sus falsas máximas. Por mas que Jesucristo ha declarado que el mundo es su mayor enemigo y que nada hay mas contagioso que el espíritu del mundo; por mas que ha condenado sus máximas, proscrito sus contemplaciones, descubierto la malignidad de su espíritu, anatematizado sus partidarios, el espíritu del mundo subsiste en todas partes, y por todas prevalece sobre el espíritu y las máximas del Evangelio. ¿A dónde no ceden á este tirano la conciencia y aun la Religion misma? ¿á dónde no se encuentra la fe débil y aun reducida á una especie de servidumbre por esto que se llama mun-

do? Se trata de emprender un comercio, de abrazar un estado, hay que formar un establecimiento; ¿es el espíritu de Dios, son miras ó motivos de Religion los que se consultan? ¡Ah! No hay otro oráculo en verdad. Sin embargo, ¿sabemos si es siempre este oráculo el único á quien se consulta? El mundo es el que regula las condiciones; á su tribunal es al que se llevan todas las causas; apenas se mira mas que al mundo en la eleccion que se hace, no se ambicionan otros sufragios. ¿Qué dirá el mundo? ¿qué pensará el mundo? No es del gusto del mundo; es preciso seguir al mundo; es necesario acomodarse al mundo; este es el mundo; así se vive en el mundo; vivir de otro modo es pasar por salvaje, es hacerse el objeto y la fábula del mundo; ó es necesario desterrarse para siempre del mundo, ó es indispensable seguir sus máximas, sus modas y su espíritu, y hé aquí cómo se raciocina el dia de hoy en el mundo. Pero no hay motivo para preguntar ¿si los que así raciocinan son paganos? Porque ¿quién no ve que jamás se raciocinó así en el Cristianismo? ¿Quiénes son los verdaderos fieles? ¿Á dónde está hoy la fe que hace victoriosos del mundo? Y si nuestra fe está tan debilitada, ¿cuál será nuestra suerte?

El Evangelio de la Misa es lo que sigue del de san Juan, capítulo XII.

In illo tempore: Cum sero esset die illo una sabbatorum, et fores essent clausae, ubi erant discipuli congregati propter metum Judaeorum, venit Jesus, et stetit in medio, et dixit eis: Pax vobis. Et cum hoc dixisset, ostendit eis manus, et latus. Gavisi sunt ergo discipuli, viso Domino. Dixit ergo eis iterum: Pax vobis. Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. Haec cum dixisset, insufflavit, et dixit eis: Accipite Spiritum sanctum: quorum remiseritis peccata, remittuntur eis: et quorum retinueritis, retenta sunt. Thomas autem, unus ex duodecim, qui dicitur Didymus, non erat cum eis quando venit Jesus. Dixerunt ergo ei alii discipuli: Vidimus Dominum. Ille autem dixit eis: Nisi videro in manibus ejus fixuram clavorum, et mittam digitum meum in locum clavorum, et mittam manum meam in latus ejus, non credam. Et post dies octo, iterum erant discipuli ejus in-

En aquel tiempo, á la caida de la tarde del primer dia de la semana, estando cerradas las puertas de la casa en donde estaban reunidos los discípulos, porque tenian miedo de los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos, y les dijo: La paz sea con vosotros. Y habiéndoles dicho esto, les mostró sus manos y su costado. Al ver los discípulos al Señor se llenaron de gozo, y por segunda vez les dijo: La paz sea con vosotros. Yo os envio, como mi Padre me ha enviado; y dichas estas palabras, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: aquellos á quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados, y aquellos á quienes los retuviéreis, les serán retenidos. Uno de los doce llamado Tomás, esto es, Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos las aberturas que han hecho en ellas los clavos, si no meto mi

tus, et Thomas cum eis. Venit Jesus januis clausis, et stetit in medio, et dixit: Pax vobis. Deinde dicit Thomae: Infer digitum tuum huc, et vide manus meas, et affer manum tuam, et mitte in latus meum: et noli esse incredulus, sed fidelis. Respondit Thomas, et dixit ei: Dominus meus, et Deus meus. Dixit ei Jesus: Quia vidisti me, Thoma, credidisti: beati qui non viderunt, et crediderunt. Multa quidem, et alia signa fecit Jesus in conspectu discipulorum suorum, quae non sunt scripta in libro hoc. Haec autem scripta sunt, ut credatis, quia Jesus est Christus Filius Dei: et ut credentes, vitam habeatis in nomine ejus.

dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no lo creeré. Ocho dias después, estando todavía los discípulos retirados en la casa y estando Tomás con ellos, vino Jesús estando las puertas cerradas, y poniéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros; y en seguida dijo á Tomás: Introduce aquí tu dedo, y mira mis manos; alarga tu mano y métela en mi costado, y no seas ya incrédulo, sino fiel. Inmediatamente exclamó Tomás: Señor mio y Dios mio. Díjole entonces Jesús: Tomás, porque me has visto has creido: bienaventurados los que no han visto y han creido. Muchos otros milagros hizo todavía Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Mas estos se han escrito á fin de que creais que Jesús es el Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo tengais la vida en su nombre.

MEDITACION.

De la fe.

Punto primero.—Considera que el justo vive de la fe; sin la fe no hay verdadera justicia; por la fe vive el justo en esta vida, y merecerá vivir eternamente en la otra. La ley es santa, la observancia de la ley es indispensable; pero no hay virtud, no hay mérito sin la fe. Abraham creyó á la palabra de Dios, dice san Pablo, y su fe le fue reputada á justicia. Creyó que tendria un hijo, aunque su edad avanzada y la de Sara, su mujer, le representase esta promesa naturalmente imposible. Creyó que este hijo tendria una larga posteridad: aun cuando se prestó prontamente á inmolar este hijo en cumplimiento de la órden que Dios le dió para que se le ofreciese en sacrificio, esperó contra toda esperanza. De este modo ha querido Dios que la fe fuese como el alma del justo, y que no se le pudiese agradar sin la fe. La fe es la base de las cosas que tenemos que esperar, y la conviccion de las que no vemos. La fe humilla el entendimiento del hombre; en el sacrificio de la razon humillada y como anonadada es en lo que consiste la esencia y el mérito de la fe. Si este sacrificio nos parece difícil, pensemos que sin la fe ya no tiene la razon guia segura, ni las pasiones freno bastante fuerte que las contenga. No solo nos es necesaria la fe para humillar nuestro entendimiento:

ninguna otra luz puede descubrirnos las verdades sobrenaturales que únicamente pueden hacernos felices. Podemos por las luces de la razon conocer la existencia de un Ser primero y soberano, la existencia de un Dios; pero solo por la fe podemos tener una idea menos imperfecta de este Ser infinito, y oir sus divinas órdenes. Puede decirse que la verdadera Religion no ha podido ni ha debido fundarse mas que sobre la fe. Por la fe ofreció Abel á Dios mas víctimas que Caín, y por ella ha merecido ser llamado el Justo. Por la fe ha sido Enoc sacado de este mundo sin gustar la muerte, habiendo querido Dios desde entonces darnos en su persona una prueba de la inmortalidad y de la felicidad eterna. Si Noé no hubiese creido, no se hubiera salvado del diluvio. San Pablo demuestra en su carta á los hebreos que no ha habido un Santo en el Antiguo Testamento que no haya sobresalido en la fe, y que por la fe han sido amados de Dios, y han tenido la dicha de agradarle. Tanta verdad es que sin la fe es imposible agradar á Dios. Pero esta fe divina ha triunfado mucho mas en la Iglesia; ella es la que ha sometido y subyugado el universo: y ¡cuántas maravillas han acompañado este triunfo! ella es la que ha poblado los desiertos y los claustros de una infinidad de Santos; ella la que ha anegado, por decirlo así, la idolatría en la sangre de mas de diez y siete millones de Mártires; ella es, en fin, la que con la gracia de Jesucristo llenó el mundo de héroes cristianos, y el cielo de predestinados de todas condiciones, de todos sexos y de toda edad. Admiremos la virtud de la fe divina; comprendamos bien cuán necesaria es para la salud, y examinemos si esta divina virtud que caracteriza á todos los elegidos es la que forma nuestro carácter.

Punto segundo. — Considera que aun cuando la fe sea una virtud del entendimiento, la poca fe es un vicio de la voluntad. No todas las infidelidades están únicamente en el entendimiento, las hay tambien en el corazon. La razon porque no se cree, es porque no se quiere creer. Es cierto que es necesario creer para amar á Dios; pero no lo es menos que es preciso amar á Dios para creer bien. No es la razon la causa de la incredulidad de los hombres, puesto que nunca se ha visto un hombre de razon dudar de las cosas de la Religion, si antes no estaba corrompido en sus costumbres. De aquí nace que ninguno de los herejes se convirtió de buena fe, si no se ha preparado para esta gracia con una vida arreglada é inocente, y que jamás se haya visto católico apóstata, que por otra parte no fuese muy mal cristiano. De aquí es tambien que jamás se ha visto abandonada la

Iglesia, sino por los hijos que la deshonran, y que ella misma hubiera debido separar de su cuerpo místico á causa de la corrupcion de sus costumbres. En esto consiste aquella aversion, aquel odio que todos los herejes han tenido siempre al soberano Pontífice; lo que atacan en él, no es propiamente ni su rango, ni su superioridad; lo que no pueden sufrir es el derecho, la obligacion que tiene de velar tanto sobre las costumbres como sobre la doctrina. Sea enhorabuena tan ensalzado como se quiera, con tal que los pierda de vista; pero lo que disgusta á un corazon corrompido, lo que incomoda á un hombre libertino, lo que pone de mal humor á una alma poco cristiana, es la cualidad importuna de censor universal y de juez de las costumbres de los Cristianos, y sobre todo de los ministros de la Iglésia, que reside en el Vicario de Jesucristo, como reside en los Obispos respecto de sus ovejas particulares, y esto es lo que en todos tiempos ha engresado todos los cismas. Tengamos costumbres puras, é infaliblemente tendrémos una fe viva. ¿Corrómpese el corazon? inmediatamente comienza á dudar el entendimiento. Declámese cuanto se quiera contra esta verdad, pocos hay que no la experimenten: bambolea la fe, luego que la virtud se desmiente. Creamos con simplicidad, puesto que nuestra fe se apoya en la infalibilidad de la palabra de Dios. Piérdese nuestro limitado entendimiento luego que sale de su esfera. ¡Ah, y qué limitada es esta esfera! ¿y cómo se atreverá á sublevarse contra la ciencia de Dios? La demasiada crítica siempre ha debilitado la fe. Creamos con docilidad, esclavizando nuestro entendimiento bajo de la obediencia de Jesucristo. Santo Tomás no se ha llamado dichoso porque ha visto las cicatrices de Jesucristo resucitado, sino porque ha creido lo que no veia. Bienaventurados los que creen con la simplicidad cristiana que caracteriza á todos los Santos.

Concededme, Señor, esta fe viva, esta fe simple, esta fe exenta de todas las perplejidades, de todas las dudas, puesto que el dudar ya no es creer.

Jaculatorias. — Sí, divino Salvador mio, yo creo firmemente que Vos sois mi Señor y mi Dios. (*Joan.* xx).

Yo creo, Señor; fortaleced mi poca fe. (*Marc.* ix).

PROPÓSITOS.

1 De todos los estados el mas miserable es el de un cristiano que cree poco; valdria mas, por decirlo así, no creer nada; es mas fácil convertir un infiel que un medio cristiano. ¿En qué consiste que se

cree á la hora de la muerte? No es otra la causa sino que se ha perdido entonces la esperanza de todas las cosas del mundo; que el velo se ha roto; que las pasiones están apagadas; vense sí entonces desesperados, pero pocos ateos. Una pasion en un corazon al cual ha enervado ya la relajacion, es como un fuego que se aplica á una materia húmeda; excita un humo espeso que ciega la razon, y la impide el ver las cosas sobrenaturales. ¡Cosa extraña! nos ciega la pasion aun con respecto á los objetos sensibles, ¿será extraño que nos absorba el conocimiento de las cosas espirituales y divinas? Hácese uno fiel, desde que se hace hombre de bien. Comenzad por purificar el corazon, y prontamente será ilustrado el entendimiento con las luces de la fe. Domad vuestras pasiones, y ya no tendréis dificultad en creer, y no olvideis que la moral del Evangelio es tan de fe como el dogma. Si es preciso creer un Dios en tres personas, no lo es menos el creer firmemente que es necesario mortificarse, perdonar de buena voluntad las injurias, hacer limosna, aborrecer la carne, y domar las pasiones. Haced á menudo estas reflexiones prácticas.

2 La fe se ha dado como un suplemento, por decirlo así, á la razon, para elevarnos sobre la razon. De aquí es que mas bien ayuda ella á la razon, que esta la ayuda á ella. Haced un estudio en tener una fe pura, humilde, sencilla: ¿le está bien á un entendimiento tan limitado como el nuestro, que no puede comprender una hormiga, pretender adquirir razones sensibles de los mas sublimes misterios? Guardaos bien de querer fortalecer vuestra razon criticando las verdades de la Religion. No leais jamás ningun libro sospechoso, ó que proceda de una fuente emponzoñada. Huid las críticas desmedidas que no sirven mas que para hacer dudar de todo. Nada debilita tanto la fe como esta pretendida ciencia, cuando quiere ella medirlo todo con sus sombrías luces, y pesarlo todo en la balanza de su flaca razon. Someteos con una sumision humilde, entera, universal, ciega aun á todas las decisiones de la Iglesia; y á cualquiera que no escuche á la Iglesia, miradle como un pagano y un publicano.

DOMINGO SEGUNDO DESPUÉS DE PASCUA.

Llámase comunmente este domingo el domingo del Buen Pastor, en razon del asunto del Evangelio que se lee en la misa. Parece que la Iglesia en la misa de este dia se ha propuesto celebrar, por decirlo así, ó á lo menos honrar particularmente la mansedumbre del Sal-

vador del mundo. El intróito, la Epístola, el Evangelio, todo nos predica la bondad de este Padre de las misericordias, el ejemplo de mansedumbre de este divino Redentor, la caridad extrema que este buen Pastor tiene por sus ovejas, por las cuales ha venido, no solo para conducirlas al redil, sino tambien para dar su vida por ellas. Aunque la mansedumbre sea uno de los rasgos mas bien marcados del verdadero retrato del Salvador, y aunque haya hecho de ella como su virtud favorita durante su vida mortal, puede decirse que jamás se ha ostentado mas sensiblemente que después de su resurreccion. No hay mas que traer á la mente sus diversas apariciones, sus instrucciones, sus reprensiones mismas y todas sus palabras.

No obstante que la solemnidad particular de la gran fiesta de Pascua se termina en su octava, esto es, en el domingo de *Cuasimodo*, sigue del mismo modo llamándose tiempo pascual, el cual dura hasta el sábado de la octava de Pentecostes. Tiene de peculiar suyo el tiempo pascual el que se le considere por los Cristianos como una especie de fiesta; *festividad perpetua y continuada*, dijo el autor del sermon atribuido á san Agustin: no porque los Cristianos cesasen en sus trabajos naturales y ordinarios durante estos cincuenta dias, sino que esta fiesta consistia en hallarse con mas frecuencia en la iglesia, en asistir todos los dias al divino sacrificio, y en comulgar á lo menos todos los domingos. Con el mismo espíritu observa la Iglesia en todo este tiempo pascual en sus oficios de feria el mismo rito que en el de los dias de las fiestas, y cuási con las mismas solemnidades. En todo este tiempo el oficio es mas alegre, cargado por todas partes de *Alleluya*, no se arrodilla cuando se reza el oficio divino, y todo esto en memoria de la resurreccion; no se ayuna segun los cánones, y en muchas iglesias no se dice mas que un nocturno de tres salmos y de tres lecciones como la semana de Pascua. San Ambrosio llama á todo el tiempo pascual una octava de semanas; porque las siete semanas hacen cuarenta y nueve dias, y la octava semana es la de Pentecostes. Estos cincuenta dias se celebran lo mismo que el domingo, y por tanto, dice este Padre, el oficio es todo semejante al de los domingos. Y como en el domingo no se ayuna, y se ora á Dios en pié, dice Tertuliano, la Iglesia en todo el tiempo pascual guarda tambien la misma costumbre. Desde el siglo II de la Iglesia se ha mirado como una falta grave, como una especie de irreligion el ayunar el santo dia del domingo, el cual se ha considerado siempre como la octava perpetua de la fiesta de la Resurreccion. ¿De quién han aprendido los herejes de estos últimos tiempos á no ordenar los ayunos públicos mas

que en el santo dia del domingo? *Todo el tiempo que el esposo está con ellos*, decia el Salvador (*Marc.* II), *no pueden ayunar*. Por esto no se ayuna en la Iglesia hasta después de la Ascension. Los convidados al festejo y á la ceremonia de las bodas, entre los judíos, pasaban los primeros dias del matrimonio entre el regocijo y los festines; eran llamados los amigos del esposo. *¿Por ventura pueden entregarse al llanto los amigos del esposo, cuando este está con ellos?* (*Matth.* IX). Jesucristo es el verdadero esposo de la Iglesia, con la cual ha contraido la alianza mas estrecha. Así es que mientras sus discípulos tenian la dicha de poseerle no era justo que estuviesen afligidos. Luego que le perdieron de vista por su gloriosa Ascension al cielo, su vida no fue ya mas que una sucesion de penas, de trabajos, de persecuciones y de penitencia. Todo el tiempo pascual es propiamente el tiempo que los amigos de este divino Esposo han estado visiblemente con él; y por esto la Iglesia pasa todo este tiempo en un santo regocijo y en una alegría espiritual.

El intróito de la misa de este dia comienza por estas consoladoras palabras del salmo XXXII: *Toda la tierra está llena de los efectos de la misericordia del Señor, bendigámosle* porque con tanta abundancia derrama sobre nosotros los tesoros de su misericordia. *Con una sola palabra ha producido los cielos*, y esta maravilla tan brillante la ha obrado en nuestro favor, y estos cielos mismos anuncian altamente su poder y su bondad para con nosotros: *no cesemos, pues, de bendecirle y de cantar sin cesar sus alabanzas. Justos, celebrad con gozo la gloria del Señor, á vosotros sienta bien el publicar sus alabanzas.* Después de haber ensalzado David en el salmo XXXI la dicha de los que viven en la inocencia, exhorta en este á los justos á que alaben al Señor, y les ofrece los motivos en el poder y en la sabiduría de Dios omnipotente, y sobre todo en su misericordia que se hace admirar en todas sus obras.

El asunto de la Epístola que se lee en la misa de este dia está tomado de la primera carta de san Pedro, en la que nos propone la paciencia y la mansedumbre de Jesucristo como el modelo de la que debemos tener en todos los accidentes molestos de esta vida. Ninguna cosa mas propia ni mas eficaz para inspirarnos esta paciencia y esta mansedumbre que el ejemplo del mismo Jesucristo. *Jesucristo*, dice el Apóstol, *ha padecido por nosotros, dejándoos un ejemplo, á fin de que sigais sus huellas.* ¿Puede darnos una leccion de paciencia mas eficaz que el ejemplo del mismo Jesucristo? Quéjanse en el mundo de esa inundacion de adversidades, de esas cruces tan abundantes

que nacen en todos los estados, de esas aflicciones que derraman tanta amargura en todas las edades y en todas las condiciones de la vida. Si tuviésemos un jefe, criado en las prosperidades mundanas y en las delicias, harto de honores y de gloria, segun el espíritu y el gusto del mundo, podríamos tal vez quejarnos de la dureza de nuestra condicion; pero cuando se ve á nuestro soberano Maestro, nuestro Rey, nuestro Dios, nuestro modelo, nacido en una condicion oscura, en la mas extrema pobreza, criado en las humillaciones, harto de penas y de oprobios, ¿tendrémos motivos para quejarnos? Si ha sido necesario que el Maestro, el Hijo único, el heredero de la gloria padeciese para tomar posesion, y entrar en ella; ¿nos atreverémos nosotros, miserables esclavos, á mirar con extrañeza que se nos la haga merecer, que se nos la dé al mismo precio y sobre el mismo título? Pero al fin, se dice, que los impíos sean tratados con dureza, que vivan en la afliccion, pase, nadie tiene derecho para sindicarlo; pero que los justos, que las almas inocentes pasen su vida entre el llanto y las humillaciones, repugna altamente. Y ¿habrá algo que replicar cuando se considere que este hombre de dolores, tratado toda su vida como el último de los hombres, es la inocencia misma, el que jamás ha cometido ni podido cometer pecado alguno? ¿Se ha quejado de los malos tratamientos que se le hacian? ¿ha declamado contra la injusticia? ¡Con qué paciencia se entregaba al que le condenaba injustamente! Jesucristo, aunque inocente, ha querido padecer por los pecadores; ¿qué no debemos, pues, hacer nosotros para expiar nuestros propios pecados, y para completar en nuestra carne, á ejemplo de san Pablo, lo que falta á los tormentos de Jesucristo? ¿qué no debemos hacer para hacernos semejantes á él, á Aquel que sobre el madero de la cruz ha llevado nuestros pecados en su cuerpo, á fin de que muriendo á los pecados, vivamos á la justicia, esto es, á Aquel que ha muerto en la cruz para expiar nuestros pecados, que ha llevado en su cuerpo la pena de nuestros pecados, á fin de reconciliarnos con su Padre? La sangre que ha corrido de las llagas de Jesucristo ha sido como un bálsamo sagrado que ha curado todas las llagas de nuestra alma. Desterrados de la casa de nuestro Padre y fuera del redil, después de la desobediencia del primer hombre, éramos como ovejas errantes; este divino Pastor ha venido á reunirnos en el redil; éramos ovejas descarriadas, porque cada uno seguia las ilusiones de su entendimiento, y las pasiones predominantes de su corazon. Por el mérito de su muerte hemos vuelto felizmente al pastor y al obispo de nuestras almas. La palabra obispo dice algo mas

que la de pastor; significa originariamente celador é inspector, y expresa mejor el soberano dominio de Jesucristo que la de pastor, que es un término de bondad y de ternura. Á vista de un ejemplo tan excelente, no hay nadie que no tenga por qué confundirse, midiendo nuestra inocencia, nuestras adversidades y nuestras penas con la inocencia, la cruz y los dolores de Jesucristo.

Fácilmente se advierte la relacion que tiene el Evangelio de la misa de este dia con esta Epístola. Después de haber hecho el Salvador el verdadero retrato de los sacerdotes, de los doctores de la Ley y de los fariseos, haciendo el de los mercenarios y de los malos pastores que huyen viendo venir el lobo, y que en lugar de apacentar las ovejas las degüellan para mantenerse ellos mismos, hace aquí el suyo con los colores mas vivos. *Yo soy el buen pastor*, dice, y lo prueba de una manera que no admite réplica: el buen pastor ama tanto á sus ovejas que no solo las lleva á apacentar á pastos escogidos y abundantes; no solo vela incesantemente sobre el rebaño, temiendo que alguna oveja no se salga de ellos, ó que entre algun lobo; no solo evita que se extravien cuando van al campo, sino que, si una sola se extravia, deja el rebaño para ir á buscar á la que se ha perdido, y habiéndola encontrado, la carga sobre sus espaldas, y la vuelve á traer al aprisco. Extiéndese todavía á mas, dice, la solicitud y la ternura del buen pastor, porque da su vida por sus ovejas: juzguemos si escaseará sus cuidados y sus penas; mientras que el mercenario, el que no es el pastor, al que no pertenecen las ovejas, viendo venir al lobo huye y abandona á la rabia del lobo las ovejas que debia defender: huye, añade el Señor, porque es mercenario, y no mira mas que su persona y su propio interés, y de ningun modo el de sus ovejas.

¡Qué lecciones tan importantes en esta sencilla alegoría! Jesucristo se pinta en ella á sí mismo; pero no nos da un retrato menos semejante de los falsos doctores y de los malos pastores. El buen pastor da su vida por sus ovejas, se expone á todos los peligros por salvar á su rebaño, sufre las incomodidades de las estaciones, nada le importa el hambre y la sed con tal que paste su rebaño. Jesucristo ha llevado mas léjos su solicitud: no contento con sacrificar su reposo, su gloria misma, se ha ofrecido en la cruz como una víctima á su Padre, para rescatar con su sangre y con el sacrificio de su vida unas ovejas que habiéndose extraviado estaban á merced del lobo, bajo del poder del demonio. Este divino Pastor, dice san Gregorio, nada satisfecho con haber dado su vida por su rebaño, quiere toda-

vía alimentar y saciar con su propia carne las ovejas que ha rescatado, y nada omite para su salvacion. Tal es el retrato y el modelo del verdadero pastor, muy diferente de el del mercenario y del ladron. Este, dice Jesucristo, no salta el vallado sino para robar, degollar y hacer estrago; el mercenario no usa de maneras tan violentas, pero no daña menos al ganado. Como no busca mas que su propio interés, como no escucha mas que su pasion, ni lleva otra mira que lo que le acomoda, le da muy poco cuidado del rebaño. ¿Quién no ve en el retrato que hace el Salvador del ladron que entra con destreza en el coto, y el mercenario que sacrifica el rebaño á sus propios intereses, el carácter bien marcado del hereje, de los falsos doctores y de los directores mercenarios? Acaso tienen bastantes luces para ver de tiempo en tiempo que el camino por donde conducen las ovejas no es seguro, y que los pastos en donde las apacientan están emponzoñados. Nada les importa con tal que allí satisfagan sus intereses; les mueve muy poco la pérdida de las almas. En la calma de la Iglesia, continúa san Gregorio, algunas veces parece que vela el pastor mercenario en guarda de las ovejas, lo mismo que el verdadero pastor; pero si se presenta el lobo, luego se conoce el espíritu con que el uno y el otro guardaba su ganado. Cuando el lobo arrebata y dispersa las ovejas, esto es, cuando las almas perecen por haberse salido del redil, ¿se ve en el pastor mercenario un gran celo para hacerlas entrar otra vez? Siendo tal vez él el primer extraviado, y no buscando otra cosa que las ventajas exteriores, mira con indiferencia los males interiores que padece el rebaño. *Yo,* añade el Salvador, *yo soy el buen Pastor, yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen.* Después de haber sabido, hermanos mios muy amados, continúa el mismo san Gregorio, el peligro que corremos nosotros los pastores, reconoced tambien por las mismas palabras de Jesucristo cuál es al que vosotros estais expuestos. Mirad si sois verdaderamente del número de sus ovejas; mirad si os habeis salido de su redil; mirad si le conoceis bien con un conocimiento práctico; quiero decir, por el amor y por la práctica de las buenas obras, y no por una simple y estéril creencia.

Tengo todavía otras ovejas, dice el Salvador, que no son de este redil, al cual es preciso que yo las traiga; ellas oirán mi voz, y no habrá mas que un aprisco y un pastor. Todo el universo ha visto el cumplimiento de esta profecía. Las otras ovejas son los gentiles, las cuales no eran del aprisco de los judíos, que eran á quienes hablaba Jesucristo. Los gentiles convertidos á la fe no han formado mas que

un mismo rebaño con los judíos que han reconocido á su Mesías. Obra solo de una religion toda divina era el romper el muro de division que separaba á estos dos pueblos. Jesucristo, soberano pastor de las almas, no tiene mas que un solo rebaño, un solo aprisco, y no puede tener dos. Desgraciadas las ovejas que se separen de este rebaño, que dejen este aprisco; siempre son presa ó de algun mercenario ó del lobo.

Con ocasion de este Evangelio los Obispos, que son los verdaderos pastores de sus diocesanos, establecidos por Jesucristo sobre su rebaño, esto es, sobre los fieles, convocan su sínodo en cada un año en esta semana, que se llama la semana del Buen Pastor. Este sínodo es una convocatoria que hace el Obispo de todos los curas de su diócesis, para formar algunos reglamentos, hacer algunas correcciones, y para conservar la pureza de las costumbres en su diócesis. Hacíanse en otros tiempos dos veces al año; á saber, esta semana y en las calendas de noviembre, esto es, cerca de seis en seis meses.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui in Filii tui humilitate jacentem mundum erexisti: fidelibus tuis perpetuam concede laetitiam; ut, quos perpetuae mortis eripuisti casibus, gaudiis facias perfrui sempiternis. Per eumdem Dominum nostrum...

Ó Dios, que por la prodigiosa humildad de vuestro Hijo habeis levantado al mundo caido, derramad en el alma de vuestros fieles una alegría pura, constante y perpetua, á fin de que aquellos á quienes habeis librado de caer en la desgracia eterna, gocen mediante vuestra gracia de la felicidad perdurable. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, etc.

La Epistola está tomada del capitulo II *de la primera carta del apóstol san Pedro.*

Charissimi: Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. Qui peccatum non fecit, nec inventus est dolus in ore ejus: qui cum malediceretur, non maledicebat: cum pateretur, non comminabatur: tradebat autem judicanti se injuste: qui peccata nostra ipse pertulit in corpore suo super lignum: ut peccatis mortui, justitiae vivamus: cujus livore sanati estis. Eratis enim sicut oves errantes, sed conversi estis

Hermanos mios muy amados: Cristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigais sus huellas. El que no ha cometido pecado, y en cuya boca no se ha encontrado nada falso; que cuando se le maldecia, no correspondia del mismo modo; que en sus padecimientos no amenazaba, antes bien se abandonaba al que le condenaba injustamente; que en el madero de la cruz ha llevado en su cuerpo nuestros pecados, á fin de que quedando

nunc ad pastorem et episcopum animarum vestrarum.

muertos al pecado vivamos á la justicia; aquel, en fin, en cuyas llagas hemos sido curados. Porque érais como ovejas errantes, mas ahora habeis vuelto al que es el pastor y el obispo de vuestras almas.

REFLEXIONES.

Jesucristo ha padecido por nosotros, dejándoos ejemplo para que vosotros sigais sus huellas. ¿Síguese mucho este ejemplo? y Jesucristo después de haber hecho todos los gastos de nuestra redencion, después de haberse puesto al frente de todos los elegidos en cualidad de cabeza nuestra, ¿encuentra muchos que sigan sus huellas? En medio de esto él mismo es el camino, y cualquiera que no le sigue se extravia. Este camino es estrecho, es escabroso, está sembrado de cruces, es verdad; pero es el camino que nos ha enseñado Jesucristo, y que él mismo ha llevado; es la ley evangélica, penosa á los sentidos y al amor propio. El Salvador no nos ha enseñado otro camino; por el contrario, nos dice positivamente que cualquiera otro aleja de la salud, y conduce á una eternidad desgraciada. Hállanse ciertamente muchos otros caminos, todos muy espaciosos, llanos, floridos, pero ninguno de ellos, aunque tan risueños y tan anchos, conduce sino á la perdicion; el número de los que entran por estos es muy grande, nos dice él mismo. Apoyámonos algunas veces, con respecto á la salvacion, en que seguimos la costumbre, y que hacemos lo que hacen los demás; esta es la jerigonza ordinaria de los mundanos, la máxima dogmática del mundo; vívese, óbrase, piénsase, háblase como los demás; pero el obrar como los demás es obrar como el mayor número; y el mayor número segun la sentencia de Jesucristo toma el camino de la perdicion. No hay camino mas fácil de andar que el de la perdicion: es ancho, es espacioso, todo en él es cómodo, todo rie, todo agrada, todo lisonjea. De aquí es que nada hay mas fácil que el perderse en el mundo; vívese en él como si fuera imposible condenarse. Hasta en el estado religioso hay caminos anchos. No es Jesucristo quien los ha enseñado; no son los santos fundadores los que los han hallado ni trazado; no es el instituto ni las reglas los que los han dictado; este descubrimiento funesto se debe solo á la relajacion. Desgraciados los que la siguen; ¡y quiera Dios que no sea el mayor número! ¡Qué error! digámoslo mejor: ¡qué barbarie! el imaginarse que porque se camina en numerosa compañía, nada hay que temer: como si no fuese una verdad de fe que el

número de los que caminan á la perdicion es el mayor. ¿Queremos labrar nuestra salvacion? caminemos por el camino estrecho, sigamos las huellas de Jesucristo; él ha padecido por nosotros, dejándonos un grande ejemplo á fin de que sigamos sus vestigios. Extravíase, piérdese uno siguiendo cualquiera otro sendero.

El Evangelio de la Misa es lo que sigue tomado del de san Juan, capítulo x.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisaeis: Ego sum pastor bonus. Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis. Mercenarius autem, et qui non est pastor, cujus non sunt oves propriae, videt lupum venientem, et dimittit oves, et fugit: et lupus rapit, et dispergit oves: mercenarius autem fugit, quia mercenarius est, et non pertinet ad eum de ovibus. Ego sum pastor bonus; et cognosco meas, et cognoscunt me meae. Sicut novit me Pater, et ego agnosco Patrem, et animam meam pono pro ovibus meis. Et alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili: et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile, et unus pastor.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas. Pero el mercenario, el que no es pastor y á quien no pertenecen las ovejas, ve venir el lobo, abandona las ovejas, y huye; entre tanto el lobo las arrebata, y las dispersa. El mercenario huye porque es mercenario, y no tiene interés por lo que mira á las ovejas. Yo soy el que es buen pastor; yo conozco mis ovejas, y mis ovejas me conocen. Como mi Padre me conoce, así yo conozco á mi Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Otras ovejas tengo aun que no son de este aprisco, y es necesario que yo las traiga á él; ellas oirán mi voz, y no habrá mas que una cabaña y un pastor.

MEDITACION.

De la misericordia de Dios con los pecadores.

Punto primero. — Considera que nada hay, al parecer, que el Salvador nos haya querido persuadir tanto como la misericordia y la bondad que tiene con los pecadores. Su encarnacion y los misterios de su pasion y de su muerte, sus discursos, sus expresiones, las parábolas de que se ha servido, sus ejemplos, todo nos predica, todo nos demuestra esta misericordia y esta predileccion, por decirlo así, hácia los pecadores. Su misericordia es el mas glorioso de sus atributos, y aun puede decirse que es su atributo favorito. En efecto, ¡un Dios haberse dignado hacerse hombre por salvar á los hombres que se habian perdido por el pecado! Comprended, si es posible, el misterio inefable de la Encarnacion, y comprenderéis entonces la grandeza inmensa y la incomprensibilidad de su infinita misericordia; pero puede decirse que nunca se descubren mas los

tesoros de la misericordia de nuestro Dios que en las parábolas de que se ha servido el Salvador para pintárnosla, y la manera dulce y obligante con que ha obrado. Si ha hecho el retrato del pecador en la persona del hijo pródigo, se ha pintado á sí mismo en la manera solícita, amable, preveniente, con que el padre de este hijo perdido le recibe. No espera que llegue á la casa; apenas le percibe á lo léjos, corre á él, le abraza, y ni aun le echa en cara sus extravíos; la alegría que le causa el ver que vuelve á él, le hace olvidar sus desórdenes. Su conducta corresponde á sus palabras. ¿En dónde se ha ostentado con mas brillo la mansedumbre y la misericordia del Salvador con los pecadores que en la mujer adúltera? Satisfecho con la humillacion y la contricion de aquella pecadora, ¡con qué bondad la absuelve! Mujer, la dice, ¿nadie te ha condenado? Nadie, Señor. Ni yo tampoco te condenaré; vete, y no peques mas en adelante. Pero sin salir de nuestro Evangelio, ¿qué prueba mas brillante ni mas señalada de la misericordia de Dios con el pecador, que el símbolo del buen pastor que es su verdadera imágen? yo soy el buen pastor. Este pastor que movido de la pérdida de una sola oveja que habiéndose extraviado, se ha puesto en peligro de ser devorada, deja noventa y nueve para ir á buscar la que se ha perdido. Habiéndola encontrado la carga sobre sus espaldas para ahorrarla el trabajo de andar, lleno de contento por haberla vuelto á encontrar. Pero ¿á qué título quiere ser reconocido por el buen pastor? no lo ignoramos; dando su vida por sus ovejas, alimentándolas con su propia carne. ¿Puede darnos el Salvador una idea mas justa de su bondad, de su mansedumbre y de su misericordia.

Punto segundo.—Considera que si la gran misericordia de Dios con los pecadores es para estos un gran motivo de confianza, no por esto debe servirles de ocasion para perseverar en sus pecados. Nada hay mas pernicioso ni mas criminal que la falsa confianza. No salva la misericordia á aquellos para quienes es ella misma un motivo de que se condenen. ¿Para qué se ostenta la misericordia de Dios? Para inspirar al pecador el deseo sincero de volverse á él; porque este es uno de los efectos de la misericordia de Dios, y por tanto no hay señal mas fija de que no hay ya misericordia para un hombre, que cuando se prevale de ella como de una razon para no convertirse. La misericordia debe inspirar la confianza, pero una confianza inseparable del arrepentimiento. Apenas puede ir mas léjos la malicia que hasta abusar de la bondad de Dios, de la paciencia y de la miseri-

cordia de Dios para perseverar en el crímen. ¿Qué, porque Dios es bueno, puedo yo tranquilamente ser malo? porque Dios es misericordioso, ¿quiero yo ofenderle impunemente? Dios es paciente, y por eso no debo yo temer en apurar su paciencia; Dios es misericordioso, y por lo mismo nada arriesgo en ultrajarle; cuando me hubiere cansado de ofenderle, entonces recurriré á su misericordia. Si Dios fuese mas severo y menos bondadoso, yo seria menos malo, yo le tendria mas consideracion. ¡Hombre impío! ¡comprendes bien la malicia y la impiedad que encierra esa falsa confianza! ¡concibes ya si la justicia, digo mas, si el honor de Dios no está interesado en castigar con el último rigor un crímen tan horrible, que incluye en su obstinacion la malignidad, por decirlo así, de todos los demás! Dios es infinitamente misericordioso, es verdad; y esta infinita misericordia se demuestra bien en la bondad con que recibe á los mayores pecadores, luego que arrepentidos se vuelven á él con sincera contricion y confianza. No, Dios no se retrae ni por el número de los pecados, ni por la enormidad de los mayores crímenes, con tal que encuentre en el pecador el sentimiento sincero y sobrenatural de haber pecado; y en esto es en lo que resplandece su grande misericordia. Pero cuando ve que la idea misma de esta infinita misericordia alimenta en el pecador la inclinacion y el apego al pecado, parece como que no sufre ya la justicia de Dios el que se trate con misericordia á un pecador tan monstruoso. *Vendrá tiempo en que invocarán mi misericordia, y yo no los escucharé. Se levantarán de mañana, y no me encontrarán.* (*Prov.* I).

Mucho espero, Señor, en vuestra misericordia, y yo he formado la idea mas justa de ella para que jamás me suceda semejante desgracia. Sí, Dios mio: Vos sois misericordioso, y por lo mismo vengo á Vos desde este mismo momento; y como el deseo que tengo de convertirme es un efecto de esta misericordia, me guardaré bien de abusar de ella difiriendo mi conversion un solo momento.

JACULATORIAS. — Yo cantaré para siempre las misericordias del Señor. (*Psalm.* LXXXVIII).

Haced, Señor, que yo sienta los efectos de vuestra misericordia, y viviré. (*Psalm.* CXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La misericordia de Dios debe preservaros de caer en la desesperacion; pero yo os tengo por desesperado, decia un gran siervo de

Dios, si os sirve de ocasion para caer en la impenitencia. La misericordia de Dios nos salvará, inclinándonos á amar á Dios y á detestar de lo íntimo de nuestro corazon todo lo que le desagrada; nos salvará inspirándonos un horror y un dolor extremo de nuestros pecados, y una confianza en la bondad de Dios que nos excite á la penitencia. Tal debe ser el efecto de la confianza que debeis tener en la misericordia de Dios. Esperadlo todo de su bondad; pero no difirais un solo dia vuestra penitencia. Detestad diariamente vuestros pecados, y de dia en dia reanimad vuestra confianza en su misericordia; pero guardaos bien de cometer jamás una falta, por ligera que parezca á la vista, con la esperanza de obtener el perdon por la misericordia de Dios; no hay cosa que así irrite su justicia.

2 La gran misericordia de que Dios usa con nosotros debe ser el motivo, y como la medida de la que nosotros debemos tener con nuestros hermanos. Sed indulgentes con todo el mundo; y cuando la pasion, el interés, la razon misma os inclinen á castigar, no dejeis de pensar en la bondad de Dios con vosotros por mas pecadores que seais, y en la misericordia con que os perdona. Nunca reprendais sino con dulzura; corregid las faltas; pero jamás con palabras desabridas, ni con términos de desprecio. Es necesario que la indulgencia sea prudente y siempre cristiana; un señor, un superior deben siempre ser un padre; es preciso velar sobre todo, informarse de todo; pero corregir con discrecion, con moderacion, y disimular muchas cosas, corrigiéndolas por otra parte.

DOMINGO TERCERO DESPUÉS DE PASCUA.

Todo el tiempo pascual es, por decirlo así, una fiesta continua que inspira á los verdaderos fieles un regocijo espiritual, tal como el que sienten los esclavos cuando acaban de ser rescatados después de una larga cautividad. Hemos salido de la esclavitud mediante la muerte y la resurreccion del Salvador, justo es que disfrutemos la alegría pura y perfecta que debe inspirarnos nuestra dichosa libertad en todos los dias que se llaman tiempo pascual, y puntualmente es esto mismo lo que nos inspira la Iglesia en sus oficios.

La misa de este dia comienza por las palabras del salmo LXV, el cual puede llamarse un cántico de alegría que los judíos no cesaban de cantar después de su cautividad. *Pueblos de toda la tierra, demostrad al Señor vuestra alegría, celebrad su nombre con vuestros himnos,*

dadle la gloria que le es debida, no ceseis de bendecirle y de darle gracias, de cantar sus alabanzas, de amarle y de glorificarle. *Decid á Dios, qué terror inspiran, Señor, vuestras obras: cuando os place desplegar vuestro poder, haceis ver demasiado á vuestros enemigos que en vano se lisonjean de resistiros.* Nada conviene mejor que estas expresiones á un tiempo en que la Iglesia celebra el triunfo de la Resurreccion del Salvador, la gloriosa victoria que ha conseguido sobre todos sus enemigos; el terror y el espanto que ha causado á los soldados que guardaban su cuerpo en el sepulcro, y á todos los que habian contribuido á su muerte, y habian tomado tantas medidas para impedir, ó á lo menos para hacer inútil su resurreccion gloriosa.

Este salmo de donde está sacado el intróito de la misa tiene por título: *Cántico ó salmo de la resurreccion*. En efecto, todo él puede perfectamente aplicarse á la resurreccion de Jesucristo, segun el parecer de san Agustin y de otros santos Padres. Aquí da gracias á Dios todo el pueblo judío por su libertad. Los judíos libres de su cautividad son la figura de los gentiles en particular, y de todos los hombres libres de la esclavitud del demonio por el Bautismo.

La Epístola de la misa contiene una exhortacion patética que san Pedro hace á los fieles para moverles á que se consideren como extranjeros y viajeros en este mundo. Habiéndonos Jesucristo por su muerte y su resurreccion hecho hijos adoptivos de Dios y coherederos de la gloria que nos ha merecido, nos ha hecho al mismo tiempo ciudadanos de la patria celestial: *Vosotros no sois ya extranjeros ni advenedizos*, dice el Apóstol, *sois de la ciudad de los Santos y de la casa de Dios*. Debemos, pues, mirar el cielo como nuestra verdadera patria; somos ciudadanos de él; esta vida no es mas que un viaje que hacemos por un país extranjero; la tierra es para nosotros un lugar de destierro, y el mundo es para todos los Cristianos una tierra extraña. La vida es muy corta para creer que el viaje debe ser largo; con frecuencia se toca su término cuando apenas se ha comenzado. En este concepto, dice el apóstol san Pedro, yo os conjuro como extranjeros y viajantes, que os abstengais de los deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu. Llama aquí san Pedro deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu, aquellos movimientos involuntarios de la concupiscencia, aquella propension, aquella inclinacion al mal de que son esclavos los pecadores, y que se convierte en ocasion de mérito para los justos por la violencia que se hacen para resistir á ella. En este mismo sentido dice san Pablo en su Epístola á los romanos, que ve en los miembros de su cuerpo una ley que se opone

á la ley de su espíritu. (*Rom.* VII). Esta ley del espíritu es la ley de Dios, la voz de la conciencia, los piadosos movimientos de la gracia, las inspiraciones santas que nos mueven á la justicia y á la virtud. Dentro de nosotros tenemos este enemigo doméstico, esta concupiscencia, esta inclinacion al mal, contra la cual es preciso estar continuamente sobre aviso. La guerra es continua; no hay paz, no hay treguas; es preciso siempre combatir para no ser nunca vencido.

Los Cristianos, dice san Justino mártir escribiendo á Diognetes, están en el mundo como en un destierro: considéranse como ciudadanos de la Jerusalen celestial. Están en medio de las ciudades, pero como viajeros; toman parte en las cosas de esta vida, pero como gentes que esperan otra; viven en una tierra extranjera como en su casa, y en su casa como en una tierra extranjera. Viven en la carne, pero no viven segun la carne: moran sobre la tierra, y su comercio es en el cielo. Tal es la pintura que hace san Justino de los Cristianos: ¿es esta la nuestra?

Guardad entre los gentiles, continúa el Apóstol, *una conducta regular*, á fin de que al mismo tiempo que ellos no omiten nada para desacreditaros en el mundo hablando mucho mal de vosotros, se llenen de confusion al verse desmentir ante todo el mundo por el bien que haceis. Cárguesenos enhorabuena de injurias, ennegrézcasenos con las calumnias mas horribles, impónganseños crímenes enormes como lo hacian los paganos con los primeros cristianos; suframos nosotros con paciencia y en silencio como lo ha hecho Jesucristo; una conducta sabia, irreprensible, cristiana, aunque muda, es la mas elocuente, y la mas concluyente de todas las apologías. La maledicencia, el odio, la pasion pueden maltratar y aun despedazar á las gentes de bien; pero la malicia mas negra no será capaz de oscurecer ó debilitar la inocencia; ella se deja ver á través del humo negro y espeso que levantan las pasiones, y tarde ó temprano se le hace justicia. Observemos con todo el mundo una conducta regular; no respondamos á la malignidad de nuestros adversarios mas que por la pureza de nuestras costumbres, y por la regularidad de una conducta edificante que jamás se desmienta. Sea en todas partes pura, santa y ejemplar la conducta de los Cristianos; y muy pronto será todo el mundo cristiano. Siempre que no se nos acuse de otra cosa que de ser cristianos, de ser mas modestos, mas reservados, mas devotos que los demás, tales acusaciones deben honrarnos. Al fin, nuestros enemigos harán justicia á nuestra virtud delante de Dios, á lo menos en el dia de su visita, esto es, en el gran dia del juicio.

Someteos á todo género de personas mirando á Dios; sea al rey como soberano de todos, sea á los magistrados, como á quienes han recibido la autoridad del príncipe, y son sus enviados para administrar justicia. Era una acusacion muy comun en los primeros siglos contra los Cristianos el decir que inspiraban á los pueblos el espíritu de rebelion contra las potestades legítimas y el desprecio de los dioses. Por lo que hace á este último capítulo, era evidente; los Cristianos no adoraban mas que al único Dios verdadero, y miraban con horror á los ídolos; pero solo calumniosamente podia acusárseles de que eran rebeldes á los príncipes, aun á los paganos. La religion cristiana no inspira mas que sumision, fidelidad y dependencia; se ve bien la solicitud y el celo con que los apóstoles san Pedro y san Pablo se han aplicado á inspirar á todos los fieles este espíritu de obediencia y de sumision. No hay pretexto, no hay razon que autorice jamás la rebelion contra su príncipe. Su potestad es la del mismo Dios. Si abusan de su poder, si su vida es poco cristiana, si tienen la desgracia de profesar una religion falsa, no es esto una razon, dice Tertuliano, para negarles la obediencia que les es debida. Ellos han recibido de Dios el derecho que tienen para mandarnos. No basta tampoco obedecerles, es preciso amarles, honrarles, desearles todo género de prosperidades y de bendiciones en esta vida, y la salvacion en la otra. No se contenta san Pedro con una simple obediencia: quiere que esta proceda de un motivo de amor de Dios, ó como habla san Pablo, por conciencia: Someteos no solo por el castigo, sino tambien por la conciencia. Los motivos de temor, de interés, ó de necesidad, pueden contener á los súbditos por algun tiempo; la religion cristiana les propone motivos mas nobles, mas sublimes, mas interesantes, que obligan siempre y en todas circunstancias. El temor, el interés, hasta el mismo amor al príncipe pueden entibiarse y desaparecer; pero el órden de Dios, el motivo de religion, la ley de la conciencia jamás pueden faltar. *Porque la voluntad de Dios es que obrando bien, hagais callar la ignorancia de los que juzgan sin conocimiento y sin razon,* y que solo forman sus juicios por pasion y por capricho. Quiere Dios que por una vida pura, santa y ejemplar cerremos la boca á los que murmuran de nosotros. ¿Trátase de hacer sospechosa nuestra fidelidad? rindamos una obediencia pronta y perfecta á todas las personas constituidas en dignidad. ¿Se nos acusa de crímenes monstruosos? seamos irreprensibles en nuestras costumbres, llevemos una vida pura é inocente; esta es la mejor de todas las apologías. Obrando como personas libres, no usemos de nuestra libertad como de un pre-

texto para hacer el mal. Dios nos ha dado la libertad; no abusemos de ella para perdernos, antes bien hagamos un buen uso de ella. ¡Qué sentimiento por toda la eternidad haber podido ser eternamente dichosos con el auxilio de la gracia, y haberse atraido por haberla despreciado una desgracia eterna! Honrad á todo género de personas. El honor y el respeto se deben á nuestros superiores á causa de su dignidad. Nuestros iguales y nuestros inferiores son nuestros hermanos, todos son hijos del Padre celestial, todos son herederos de Dios y coherederos de Jesucristo. No debemos nunca despreciar á nadie; el desprecio es siempre una injuria; no hay hombre por vil y abyecto que pueda ser á los ojos de los hombres, cuya alma no haya costado tanto á Jesucristo como la del mayor príncipe; aquel que nos parece despreciable es muchas veces un objeto querido y agradable á los ojos de Dios. Amad á vuestros hermanos. De cualquiera nacion, de cualquiera condicion, de cualquier humor que sean, son nuestros hermanos. La diversidad del país, de la condicion, del natural, del genio, no puede debilitar la obligacion del precepto; todos somos, por decirlo así, de una misma familia con respecto á Dios, todos tenemos derecho á la misma herencia, todos pertenecemos á la misma patria que es el cielo. *Temed á Dios;* el temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría. Respetad al rey, él es como la imágen de Dios; nosotros le debemos el honor, el respeto, la sumision, la fidelidad, la obediencia: el Apóstol coloca este deber inmediatamente después del que debemos á Dios. En fin, *siervos, estad sumisos á vuestros señores con toda especie de respeto: no solo á los que son buenos y moderados, sino tambien á los que son de un humor díscolo.* Por mas duro, molesto y arrebatado que sea el señor, basta que sea el señor para que tenga derecho á ser servido con fidelidad, y ser obedecido en todo lo que manda, y que visiblemente no sea contrario á la ley divina; cuanto mas duro es el servicio, es mas meritorio, obrando en él por un motivo santo. Puede decirse que esta Epístola es un compendio de los mas instructivos y mas minuciosos que tenemos de la moral cristiana.

El Evangelio de la misa de este día contiene una parte de aquel admirable discurso que el Salvador hizo á sus Apóstoles después de su última cena la noche misma de su pasion, en el que, después de haberles dicho que habia llegado su hora, esto es, el tiempo de consumar su grande obra, que era la de la redencion y de su ascension al cielo, les consuela sobre su partida, con la seguridad que les da de enviarles en su lugar al Espíritu Santo, y les anima á sufrir va-

lerosamente las persecuciones que el mundo suscitará contra ellos. Después de haberles declarado que muy pronto subirá al cielo, y que no le verán ya de una manera sensible, les promete que volverá á ellos, y que los visitará, no por sí mismo, sino por el Espíritu consolador, que les consolará de su ausencia, y les sostendrá en sus aflicciones.

Dentro de poco tiempo, les dice, no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver, porque me voy á mi Padre. Como era en la misma noche de su pasion en la que Jesucristo decia esto á sus Apóstoles, muchos han creido que el Salvador hablaba de su ausencia durante los tres dias que debia estar en el sepulcro, y que le volverian á ver inmediatamente después de su resurreccion, lo cual les causaria una alegría que les indemnizaria bien de la tristeza que les habria causado su ausencia. Sin embargo, lo que sigue hace ver que Jesucristo entendia tambien de la privacion de su presencia visible sobre la tierra después de su ascension, y de las persecuciones que tendrian que sufrir sus discípulos en el mundo. Los Apóstoles no comprendieron desde luego el misterio. ¿Qué es lo que quiere decir por esta alternativa de presencia y ausencia que nos predice? se decian en secreto unos á otros: no entendemos lo que dice. El Salvador les previno: nuestras necesidades y nuestros deseos, si son justos, equivalen para con él á unas verdaderas súplicas. Querer pedirle, es ya haberle pedido; muchas veces es hasta haber obtenido lo que se desea. Vosotros discurriréis, les dice, sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver. Esto es todavía para vosotros un enigma, muy pronto sabréis el verdadero sentido de ello. Mi muerte, mi resurreccion, mis frecuentes apariciones, mi ascension al cielo, la descension del Espíritu Santo sobre vosotros os desenvolverán todo este misterio; y ninguna cosa os lo hará entender mas que lo que tendréis que sufrir por la gloria de mi nombre. Todas las potestades del infierno y de la tierra se sublevarán contra vosotros, os perseguirán á todo trance; parientes, amigos, compatriotas, domésticos, extranjeros, todo se desencadenará contra vosotros; seréis mirados como la cosa mas vil del mundo, como la escoria de todos los hombres; mientras que el mundo se alegrará, viviréis vosotros sumergidos en la tristeza. No, mis queridos hijos, yo no os disimulo cuál ha de ser vuestro patrimonio sobre la tierra; vosotros no sois de mejor condicion que yo que soy vuestro Padre, por esto no seréis tampoco mejor tratados del mundo que yo lo he sido. Vosotros pasaréis vuestra

vida en la afliccion, vuestra alma estará llena de amargura, mientras que el mundo se regocijará, y todos los dias serán dias de fiesta para las gentes del mundo; pero consolaos, la escena no será muy larga; vuestra tristeza se convertirá muy pronto en alegría, así como por el contrario su alegría se cambiará muy pronto en tristeza; con esta diferencia, que vosotros por algunos dias de llanto endulzados con tantos consuelos interiores obtendréis una alegría que nadie podrá quitaros, gozaréis de una felicidad eterna que os hará muy pronto olvidar todo lo que hubiéreis sufrido por mi amor en esta vida; y al contrario, por algunas horas de placeres acompañados, ó mejor dicho, empapados en tanta amargura, que los mundanos no han gustado mas que como de paso, ¡qué duracion infinita de sentimientos, de llantos, de amargos arrepentimientos, de desolacion, de suplicios, de rabia! Consolaos, vuestra tristeza apenas durará, y será muy pronto seguida de un contentamiento perfecto. Cuando una mujer está de parto gime, padece, porque aquella es la hora de su trabajo; pero luego que ha pasado, ya no hay mas que alegría; olvida todos sus dolores, porque ha dado un hijo al mundo. Del mismo modo á vosotros ahora os afecta la tristeza á causa de mi muerte y de todo lo que debe afligiros en vuestra vida y acabo de predeciros; pero me volveréis á ver muy pronto, no solo resucitado, sino tambien en el cielo, á donde habré ido ya para prepararos un lugar en él. Así como habréis tenido parte en mis trabajos, en mis dolores y en mis ignominias, así tambien la tendréis en mi gozo y en mi gloria; y este gozo puro, lleno, satisfactorio, jamás se alterará, ni esta gloria se oscurecerá por ningun accidente.

¿Qué se han hecho los perseguidores de los Apóstoles? dice un sabio intérprete. El tiempo de su poder y de sus goces ha pasado, y el de sus suplicios no pasará jamás. Hace diez y ocho siglos que los Apóstoles después de algunos años de una vida trabajosa gozan en el cielo de la felicidad mas perfecta; y de aquí á cien mil millones de años esta felicidad será todavía nueva para ellos, nuevo gusto, nueva dicha, nuevo encanto. Entre tanto, esos fieros y crueles perseguidores de los Apóstoles y de los discípulos de Jesucristo, hechos el oprobio y la execracion de los Ángeles y de los hombres, rabian entre los mas horribles suplicios, y arden en las llamas sin esperar jamás el menor alivio.

Ve un cristiano una concurrencia profana, en donde el siglo reune lo que hay en él de mas brillante, y se dice á sí mismo: de todos estos hombres tan dichosos en la apariencia que adornan hoy la escena

del mundo, ¿cuántos quedarán de aquí á cincuenta años, y dónde estarán entonces los que hubiesen desaparecido de ella?

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui errantibus, ut in viam possint redire justitiae, veritatis tuae lumen ostendis: da cunctis, qui christiana professione censentur, et illa respuere, quae huic inimica sunt nomini, et ea, quae sunt apta, sectari. Per Dominum...

Ó Dios, que descubrís la luz de vuestra verdad á los que están extraviados, á fin de que puedan volver al camino de la justicia; conceded vuestra gracia á todos los que llevan la cualidad de cristianos, para que rechacen de sí todo lo que es contrario á un nombre tan santo, y abracen todo lo que exige de ellos una profesion tan digna. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está sacada de la primera del apóstol san Pedro, capítulo II.

Charissimi: Obsecro vos, tamquam advenas et peregrinos abstinere vos à carnalibus desideriis, quae militant adversus animam, conversationem vestram inter gentes habentes bonam: ut in eo, quod detrectant de vobis tamquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis. Subjecti igitur estote omni humanae creaturae propter Deum: sive regi quasi praecellenti; sive ducibus tamquam ab eo missis ad vindictam malefactorum, laudem vero bonorum; quia sic est voluntas Dei, ut benefacientes obmutescere faciatis imprudentium hominum ignorantiam: quasi liberi, et non quasi velamen habentes malitiae, libertatem, sed sicut servi Dei. Omnes honorate: fraternitatem diligite: Deum timete: regem honorificate. Servi, subditi estote in omni timore dominis, non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis. Haec est enim gratia: in Christo Jesu Domino nostro.

Amadísimos mios: Yo os ruego que como advenedizos y viajeros os abstengais de los deseos de la carne que hacen la guerra al espíritu, guardando entre los gentiles una conducta arreglada; de suerte que al tiempo mismo que detestan de vosotros como de unos malhechores, llegando á consideraros de parte de vuestras buenas obras, glorifiquen á Dios en el dia de su visita. Someteos, pues, por Dios á todo género de personas, sea al rey, como al que es superior á todo; sea á los magistrados, como á enviados del príncipe para hacer justicia de los malos y para honrar á los buenos. Porque esta es la voluntad de Dios, que portándoos bien, hagais callar la ignorancia de los imprudentes; obrando como personas libres, pero sin hacer uso de vuestra libertad como de un pretexto para hacer el mal, sino conduciéndoos como siervos de Dios. Honrad á todo género de personas; amad á vuestros hermanos, temed á Dios, respetad al rey. Siervos, estad sumisos á vuestros señores con todo género de respeto, no solo á los que son buenos y moderados, sino tambien á los que son de un humor acre; porque todas estas cosas son agradables á Dios en Jesucristo nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Yo os ruego como advenedizos y viajeros que os abstengais de los deseos de la carne. El raciocinio del Apóstol es concluyente. La carne no desea mas que bienes terrenos y perecederos, falsos bienes. To-

das sus inclinaciones se dirigen á la tierra de donde ha salido; el fiel, pues, no debe mirar esta tierra sino como un país extranjero para él, y como un lugar de destierro. ¡Buen Dios, qué poco apreciada es esta verdad! Nosotros estamos en la tierra como viajeros, y el viaje no debe ser muy largo; cada dia andamos una jornada de camino hácia nuestro término. Los unos tienen un poco mas de camino que andar, los otros están menos alejados; pero todos al terminar su peregrinacion llegan á la muerte. Amontonemos títulos sobre títulos; seamos poderosos en dominios y en tesoros; todo esto á lo mas son títulos que estamos precisados á dejar para que los disfruten los que nos sobrevivan; porque nada podemos llevar con nosotros del país que dejamos. ¿Qué se pensaria de un extranjero que viajando con ánimo de volver á su casa, se detuviese en todos los lugares que le agradasen? ¿Qué encantado en uno de la dulzura del clima, hiciese edificar en él una casa magnífica; hechizado en el otro de la fertilidad de su territorio, comprase allí campos, jardines y praderas? ¿Sin duda se diria, que este extranjero no piensa ya tornar á su país, ni volver á ver su patria? De ningun modo: tiene precision de dejar al otro dia esta region tan deliciosa, no ignora que su estancia en ella no debe ser larga, sabe ciertamente que no hace mas que pasar por ella, y que no debe volver ya nunca á ver un país en donde hace tan grandes gastos para alojarse con mas comodidad. Duda aun con razon, si tendrá tiempo antes de su partida para ver acabar el magnífico edificio que hiciera edificar, si permanecerá lo necesario para recoger la primera cosecha de las tierras nuevamente compradas. Esta comparacion hace eco; se conoce, aunque no se quiera, el ridículo de los irracionales empeños de este extranjero, que se apura por edificar y por hacer adquisiciones de que tal vez no debe gozar, ó á lo menos de que no debe gozar sino muy pocos dias durante su viaje. Si tiene hacienda, ¿por qué no se da prisa para volver á su casa? ¿por qué no guarda sus tesoros para el lugar en que debe hacer su morada? ¿Puédese menos de censurar una conducta tan poco sabia, y de mirarla como una imbecilidad de espíritu? ¿Á cuántos puede decírseles con razon como el Profeta decia á David: *tú eres este*; tú te portas tan neciamente como este viajero: el mundo no es nuestro verdadero país; el cielo es nuestra verdadera patria; todos somos extranjeros en este mundo, y no obstante se obra como si él debiera ser nuestra mansion eterna. ¡Qué locura no pensar que nuestra vida no es mas que un viaje que hacemos por la tierra, y que todos somos en ella extranjeros y caminantes! ¿Considéranse como tales esas gen-

tes del mundo, esas personas del todo terrenas, esas almas ambiciosas, esos cristianos absolutamente mundanos? Pero entonces ¿habríase de vivir en la ociosidad, no emprender nada, abandonarlo todo durante esta vida? falsa consecuencia: lo que debe concluirse es, que mientras dura esta vida es menester aprovechar el tiempo y cumplir las obligaciones de su estado para procurarse la bienaventuranza en el cielo; que es preciso negociar con los bienes ó los males de la region en que vivimos, y con todo lo que puede sernos de alguna utilidad en la otra vida.

El Evangelio de la Misa es tomado del de san Lucas, capítulo XVI.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Modicum, et jam non videbitis me: et iterum modicum, et videbitis me: quia vado ad Patrem. Dixerunt ergo ex discipulis ejus ad invicem: Quid est hoc, quod dicit nobis, Modicum, et non videbitis me; et iterum modicum, et videbitis me, et quia vado ad Patrem? Dicebant ergo: Quid est hoc, quod dicit, Modicum? nescimus quid loquitur. Cognovit autem Jesus, quia volebant eum interrogare, et dixit eis: De hoc quaeritis inter vos quia dixi, Modicum, et non videbitis me; et iterum modicum, et videbitis me. Amen, amen dico vobis: quia plorabitis, et flebitis vos, mundus autem gaudebit: vos vero contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium. Mulier cum parit, tristitiam hàbet, quia venit hora ejus: cum autem peperit puerum, jam non meminit pressurae propter gaudium, quia natus est homo in mundum. Et vos igitur nunc quidem tristitiam habetis, iterum autem videbo vos, et gaudebit cor vestrum; et gaudium vestrum nemo tollet à vobis.

En aquellos dias dijo Jesús á sus discípulos: Dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver; porque me voy á mi Padre. Dijéronse inmediatamente unos á otros sus discípulos: ¿Qué quiere decirnos con esto, dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver, y yo me voy á mi Padre? Decian, pues, ellos: ¿Qué es lo que quiere decir esto, dentro de poco tiempo? Nosotros no entendemos lo que quiere decir. Conoció muy bien Jesús que ellos deseaban preguntarle, y les dijo: Vosotros cuestionais sobre lo que yo acabo de deciros; dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo después volveréis á verme. En verdad, en verdad os digo, vosotros seréis afligidos y lloraréis, pero el mundo se regocijará; vosotros estaréis sumergidos en la tristeza, pero vuestra tristeza se cambiará en alegría. Cuando una mujer está de parto padece, porque ha llegado su tiempo; mas luego que ha dado á luz á su hijo, olvida todo lo que ha pasado por la alegría que le causa el que ha nacido un hombre al mundo. Del mismo modo, pues, vosotros ahora estais poseidos de la tristeza; pero yo volveré á veros, y se alegrará vuestro corazon, y nadie os quitará vuestra alegría.

MEDITACION.

Que en este mundo no hay ni puede haber verdadera alegría sino en el corazon de los buenos.

Punto primero. — Considera que no hay cosa mas universal ni mas comun en el mundo que la alegría, y sin embargo nada es mas raro que la verdadera alegría. Todo respira alegría, todo tiende á la alegría, todo el mundo ama la alegría, y nada hay mas universalmente aborrecido que la tristeza: estrecha demasiado el corazon para que no sea odiosa; quiérese alguna cosa que le dilate; el alma busca naturalmente lo que la regocija, todo lo que la contenta, todo lo que embelesa, todo lo que agrada. El placer dejaria de ser tal si no causase regocijo. Todo lo que es triste incomoda, aflige y desagrada. Puede decirse que esta satisfaccion, este contento, esta agradable emocion del alma, causada por la posesion de algun bien que experimenta, es el gran resorte que de ordinario la hace obrar. El mundo es la region en donde la alegría parece que reina con mas soltura y libertad. Todo rie en él, ó á lo menos todo parece que rie: todo aire sombrío, todo lo que se resiente de la tristeza está desterrado de él. La alegría hace, por decirlo así, la felicidad del mundo; mírase con lástima á todos los que no participan de ella. Está tan autorizada en el mundo, que induce cierto género de descrédito el no presentarse con ella, y de aquí nacen tantas alegrías simuladas. Todo lo que alimenta el comercio en el mundo, ocupaciones, diversiones, reuniones, todo es en él ó el efecto, ó la fuente de esta satisfaccion que se busca.

Juegos, espectáculos, paseos, convites, fiestas, todo tiende á inspirar esta alegría. El fausto, la suntuosidad, el lujo, cuási no tienen otro objeto ni otro fin: al ver todo lo que pasa en el mundo, ¿quién no diria que la alegría es el patrimonio de los mundanos? Sin embargo, á pesar de toda su farsa y de todos sus artificios, el fondo de tristeza que les roe se deja ver al través de la máscara y del artificio. El mundo es la region del llanto; puede decirse que las lágrimas son el único rocío que cae sobre esta tierra estéril; así es que no crecen en ella mas que abrojos, espinas y cruces. Todo lo que se llama diversiones no son mas que invenciones, y como artes establecidos para poner, por decirlo así, la alegría en comercio; es una especie de tráfico de juego en que cada uno espera ganar la alegría, pero en el que cada uno pierde su reposo, su libertad, su tranqui-

lidad, la paz de su conciencia, y en donde se gana en cada partida mucha inquietud y disgusto. Un aire sombrío, triste y melancólico no fue jamás bien recibido en el mundo; hay alegría en el mundo, es verdad; pero por mas que se diga, por mas que se haga, no es mas que una alegría artificial que se consume, y que desaparece con el disfraz. Ni aun el disfraz basta ya el dia de hoy en el mundo para presentarse en él con un aspecto alegre, es preciso pintarse tambien el rostro para agradar; pero por mas que se haga, ni artificio, ni arrebol, ni añagazas podrán suavizar los disgustos. Hay alegría en el mundo, ó á lo menos, el estudio ordinario de los mundanos es el hacer creer á los simples que es una alegría dulce, una alegría satisfactoria y tranquila; pero se distingue lo fingido del aire natural; si hay alegría, es una alegría inquieta, tumultuosa, una alegría amarga, y como dice la Escritura, una alegría de ajenjo y de hiel. De aquí nace aquel mal humor que acompaña esas partidas de placer, esas diversiones, esas fiestas mundanas; demasiado experimentan los domésticos y los hijos la amargura y los disgustos de esta especie de regocijos. Engáñese enhorabuena cuanto se quiera con tan brillantes exterioridades, solo podrá hacerse con los que sean tan simples que quieran engañarse con ellas. Ríese en el mundo, cuando hay acaso mas gana de llorar; ríese y no se piensa mas que en divertirse, mientras el alma puede estar sumergida en una tristeza mortal. Todo el arte consiste en tener una alegría tumultuosa y multiplicada que estorbe el que se sientan por algunos momentos los disgustos y la amargura del corazon, y vé aquí por qué no hay alegría en el mundo que no sea alborotada y quisquillosa, no hay pura y verdadera alegría.

Punto segúndo.—Considera que no hay ni puede haber verdadera alegría mas que en el corazon de los buenos; ella es el fruto de la buena conciencia; una alegría pura, llena, satisfactoria, sólida, no puede nacer de otro fondo. Una persona verdaderamente cristiana, un corazon puro, un hombre de bien que pone toda su ambicion en agradar á Dios, y su gloria en cumplir con sus obligaciones, y que ocupado enteramente en el negocio de su salvacion, no estudia mas que en sobresalir en la ciencia de los Santos, experimenta una alegría muy diferente de esa alegría de embriaguez y de pasion, de esa alegría muelle y juguetona con que están emponzoñados los sentidos de los mundanos. La alegría que goza es una alegría racional, siempre pura, siempre igual, y que arrebata al alma sin tur-

barla; es una alegría que viene de una region enteramente espiritual, y por consiguiente conforme á la naturaleza del alma, y única capaz de satisfacerla, de contentarla y de hartarla. Libre de la tiranía de las pasiones, por la victoria que se ha conseguido sobre los enemigos de nuestro reposo; penetrado de las grandes verdades de la fe, que hacen tan fácil y tan dulce todo lo que se presenta crudo en el servicio de Dios, ayudado de las gracias del Redentor que hace el yugo tan ligero, y que proporciona el goce de las dulzuras que los mundanos no pueden ni imaginarse ni comprender, ¿qué alegría no gusta en el servicio de un Señor que no quiere ser servido sino por amor, que él mismo allana lo escabroso del camino por donde nos conduce, y que siendo omnipotente, se apura, por decirlo así, para recompensar nuestros débiles servicios? ¿Qué estado mas dulce, qué condicion mas dichosa que la de una persona que es toda de Dios, y cuyos intereses toma Dios de su cuenta, á quien Dios favorece, y á quien ama? La alegría mas pura y la mas perfecta solo es patrimonio de las gentes de bien. Alegría dulce, alegría tranquila, alegría abundante, que nada puede turbar, y que es necesario gustar para tener una justa idea de ella. Nada digo de la uncion secreta con la que Dios endulza el yugo de su ley; de aquellos momentos dichosos en que se comunica á las almas justas; de aquella esperanza tan dulce que les inspira como preludio de las alegrías del cielo; de aquellos rayos de luz que les descubren con toda claridad la vanidad del mundo y sus falsas alegrías; de aquellas lágrimas tan consoladoras que derraman alguna vez á los piés del Crucifijo, en las que encuentran un placer mas puro y mas exquisito que en las mas agradables fiestas del mundo. Esto es lo que no pueden comprender los mundanos; y esto es, sin embargo, lo que hace gustar á las almas santas una alegría tan pura y tan dulce, que el pensamiento de la muerte hace todavía mas deliciosa, mientras que este pensamiento solo es capaz de empapar en la mayor amargura la alegría mas triunfante de los libertinos.

Haced, Señor, que yo guste de esta santa alegría, puesto que ya no quiero buscar otras. Yo detesto toda alegría mundana, y solo trato de hallar toda mi alegría en vuestro servicio.

JACULATORIAS. — Yo lo sé, y lo veo, Señor, que no se halla sino desgracia y amargura en alejándose uno de Vos. (*Jerem.* II).

Por lo que á mí toca, toda mi alegría y mi bien consiste en estar unido á mi Dios. (*Psalm.* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 He considerado la risa como una locura, dice el Sabio, y he dicho á la alegría: ¿por qué tratas de engañarnos? Es como si dijera: yo no he encontrado mas que error, locura, vanidad en las risas y regocijos de este mundo. Salomon despues de haber concedido á su corazon todo cuanto podia deleitarle, y de haber sido el mas feliz del mundo, concluye que la alegría es la herencia única del hombre de bien, y la afliccion la del pecador. No olvideis nunca esta verdad, meditadla con frecuencia, aleccionad con ella á vuestros hijos, y acostumbraos á mirar con lástima las alegrías del mundo. Huid de los festejos mundanos: es una práctica de piedad muy útil el emplear entonces mas tiempo en el servicio de Dios.

2 Estudiad cada dia mas en servir á Dios. Es un artificio del demonio el inclinar los Cristianos á que se diviertan mas en el tiempo pascual, y al mundo á que multiplique en este tiempo sus fiestas. Por vuestra parte, guardaos bien de caer en este lazo. Sed mas fiel que nunca en vuestros ejercicios de piedad, y sobre todo en los dias santos del domingo. Empleadlos en buenas obras; asistid perennemente al servicio divino y á la oracion; poned toda vuestra atencion y vuestra aplicacion en agradar á Dios, y no constituyais vuestra alegría sino en llenar con fidelidad los deberes de cristiano.

EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ,

CUYA FESTIVIDAD SE CELEBRA EN LA DOMINICA III DESPUÉS DE PASCUA.

En los primeros siglos de la Iglesia, sin embargo de que por institucion de los sagrados Apóstoles y de los prelados que les sucedieron, se celebraba la memoria de la Vírgen María, y la de los Mártires que derramaron su sangre por la confesion de Jesucristo, no encontramos que se tributase veneracion alguna en las liturgias al glorioso san José. Sin duda las mismas causas que movieron á nuestro Dios para llevarse de este mundo al santo Patriarca antes de que el Hijo de Dios manifestase al mundo su doctrina, y obrase nuestra salud en medio de la tierra, le movieron tambien para que su Padre putativo estuviese sin el culto de los fieles por muchos centenares de años. La causa de la divinidad de Jesucristo, que impugnaron tantos herejes, y la de la virginidad perpetua de su sacratísima Madre, pedian que no se expusiese por entonces á los ojos de los fieles, todavía rudos y tiernos en la fe, la festividad de un justo con el nom-

bre de Esposo de la Vírgen y de Padre de Jesús. Fortalecidos los Cristianos en la doctrina del Evangelio, y bien instruidos en sus dogmas, les proveyó la Iglesia de todas las ayudas que podia suministrarles la Religion en sus trabajos, y les señaló las fuentes donde podian beber dulcísimos consuelos en sus tribulaciones. Enseñóles que los bienaventurados son en el cielo unos poderosos intercesores para con el Padre de misericordias, por cuyos méritos é influjo les concede liberalísimamente el tesoro de sus gracias.

Aunque el nombre de san José se halla en algunas liturgias griegas y latinas de tiempos muy remotos, es constante que su festividad no fue ordenada en la Iglesia latina hasta que el papa Gregorio XV lo mandó, arreglándose sin duda al espíritu de la misma Iglesia, que celebraba ya á este gran Santo de tiempo inmemorial, como se deduce de los Breviarios Muzárabe, el de Milan y otros muchos. Y es digno de notarse, que el fervor y cuidado de su culto se ha debido siempre con especialidad al sagrado Órden mendicante de Carmelitas, quienes tanto en el Oriente, cuando florecia allí la cristiandad, como en Occidente, cuando en el siglo XI decayó notablemente, conservaron siempre una particular devocion á san José, celebrando su festividad con sumo esmero. La experiencia hizo conocer á los fieles cuán provechosa les era la intercesion del Esposo de María; y así para desahogar sus corazones clamaron á fin de que tuviese una festividad propia y peculiar su Patrocinio. Los intérpretes de sus votos fueron los Carmelitas descalzos de la congregacion de España, que siguiendo fielmente el espíritu de su santa madre santa Teresa de Jesús, dirigieron á la Silla de san Pedro sus humildes ruegos, para que concediese celebrar la fiesta del Patrocinio de san José. En efecto, el dia 6 de abril del año de 1682 concedió benignamente el papa Inocencio XI que en la Dominica tercera después de la Pascua de Resurreccion pudiesen celebrar esta festividad, dando á todos los Cristianos el consuelo espiritual de enviar al cielo sus votos, alegrándose del poderoso patrocinio que disfrutan en el santísimo y virginal Esposo de la Madre de Dios y Madre de los pecadores.

Que los Santos que reinan con Cristo ofrecen á Dios sus oraciones por los hombres, que es bueno y útil invocarlos humildemente, y acogerse á sus ruegos, á su favor y auxilio para alcanzar beneficios de Dios por los méritos de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que es nuestro solo Redentor y Salvador; es un dogma de fe conocido siempre en la Iglesia, establecido en los Concilios, y singularmente en el de Trento, cuyas son estas palabras. (*Sess.* XXV). Ignoramos el grado de gloria y va-

limiento para con Dios que tiene cada uno de los bienaventurados; pero conjeturando prudentemente de sus virtudes y dignidad que nos son notorias, es preciso afirmar, que el patrocinio de san José es de los mas poderosos que tenemos en el cielo. De dos principios podemos deducir esta verdad, que son el poder y la voluntad de favorecernos, y ambos están afianzados en la gran santidad de nuestro santo Patriarca, y en la dignidad de Padre putativo del Hijo de Dios, á que le destinó la eterna Sabiduría, y de Esposo de la Reina de los Ángeles. Porque, ¿qué dignidad no contiene en sí ser Esposo de María? Si el Discípulo amado del Señor es elogiado sin término solo por haber tenido la dicha de recibirla á su cuidado, ¡cuál será la dignidad de aquel que fue verdadero marido suyo; que tuvo en ella legítimo dominio y potestad; que fue su señor y cabeza; que la cuidó, la alimentó, y tuvo en su compañía hasta su dichosa muerte! Si el Bautista fue santificado en el vientre de santa Isabel luego que María la saludó, ¡cuánta gracia, cuántos dones, cuánta santificacion causaria en nuestro Santo la conversacion continua de su Esposa! Si es imponderable la venturosa dignidad del santo Discípulo porque la llamó madre, ¡cuánto será la de san José, á quien la Vírgen llamaria señor y esposo! ¡Ó sumamente admirable sublimidad de José! ¡ó dignidad incomparable, que la misma Madre de Dios, Reina del cielo y Señora del mundo no se desdeñase de llamarte señor! Así exclama el devotísimo Juan Gerson. Esta dignidad se percibe todavía con nuevos brillos de grandeza y de poder, atendiendo á que Dios mismo con una particular providencia le destinó para esposo de María, como sienten uniformemente todos los Padres. El mismo Dios dijo, que la mujer habia de ser una ayuda del varon hecha á su semejanza; de lo cual se forma esta reflexion, que es muy obvia: Si María es semejante á José, y es al mismo tiempo la pura criatura, ¡qué mas gracia, qué mas dignidad y poder tuvo ni tendrá hasta la consumacion de los siglos! ¡Cuánta será la dignidad, cuánta la gracia y cuánto el poder de este Santo para decir con verdad que es semejante á su Esposa! Y si la semejanza es causa de amor, ¡cuánto seria amado de la Señora quien tanto se la parecia en las virtudes y en la gracia!

Sabia María, dice san Bernardino de Sena, cuánta era la unidad matrimonial en el amor espiritual: sabia que san José le habia sido dado por el Espíritu Santo por esposo suyo, por fiel custodio de su virginidad, y para ser participante en el amor de caridad y obsequiosa solicitud de la prole divina que habia de nacer de su seno; y

por tanto, le amaba sencillísimamente con todo el ahinco de su virginal corazon. Mas siendo del varon ó del marido lo que es de la mujer, creo que la bienaventurada Vírgen comunicaba á su Esposo todo el rico tesoro de su corazon, extendiéndose su liberalidad á donde llegaba la capacidad de nuestro Santo. Hasta aquí son palabras de san Bernardino: de donde puede inferirse la dignidad, la grandeza y esclarecidos merecimientos del bienaventurado Esposo. Porque si la mujer prudente es un don de Dios, como se dice en los Proverbios (*cap.* XIX): si es bienaventurado el varon fiel que logra una mujer honesta y virtuosa, y es esta el premio que le concede el Señor en remuneracion de sus buenas obras, como dice el Eclesiástico (*cap.* XXVI); ¡cuánta será la ventura, el mérito y la dignidad de quien mereció la mas prudente, la mas santa de todas las mujeres, de quien mereció á la misma Madre de Dios! ¡cuánto será su poder, su virtud y su valimiento! Mídalo aquel Dios de bondad, que supo y quiso darle tanta gracia; que á nosotros los mortales solo nos es permitido admirarlo sin llegar á comprenderlo: y el mejor modo de conocer la dignidad de san José, es el sencillo con que dijo san Gregorio Nacianceno las virtudes del marido de su hermana Gorgonia: ¿Quereis saber, dice este Santo, quién fue este grande varon? Yo os lo diré en pocas palabras: Fue un digno marido de Gorgonia. De la misma manera podemos decir, y con infinita mas razon: ¿Quereis saber quién es José? Es un digno esposo de María; y con esto parece que está dicho cuanto se puede desear para formar concepto de la alteza de su dignidad y de la grandeza de su patrocinio.

Esta consideracion cobra nueva fuerza atendiendo al título de *Padre de Cristo*. Prescindamos de la gloria y dignidad que le podria resultar, de que este título de *Padre* le convenga propiamente sin el adito de *putativo* ó *existimado*. El sabio varon Cornelio Alápide prueba con mucha erudicion y solidez que á san José le conviene propiamente el título de *Padre de Cristo,* y cita en prueba de su modo de pensar á muchos teólogos de reputacion, y al gran Padre san Agustin. Las razones que para ello propone, ya de la familia y genealogía de Cristo; ya del derecho legítimo con que el Santo poseia el cuerpo santísimo de la Vírgen, y de consiguiente aquella purísima sangre de que fue formado el que unió y llevó á sí el Verbo divino; ya del derecho de posesion comun al esposo y á la esposa acerca de los bienes legítimamente adquiridos durante el matrimonio; ya porque Jesús tenia el derecho filial respecto de san José, por el cual le pertenecia el reino de Judá, y de consiguiente san José tambien ha-

hia de tener el derecho paterno, y otras semejantes, son razones bastante bien fundadas y que ningun teólogo cuerdo podrá tachar de frívolas. Pero sin recurrir á ellas, y quedando el título de san José en el de *Padre putativo de Cristo*, es suficiente para argüir de él una dignidad y un poder cási inmenso, que hacen admirable su patrocinio.

De luego á luego basta para llamarle de algun modo Padre del Salvador del mundo; y si este título en María arguye una dignidad sobre todos los Ángeles y Serafines, ¿cuál será la que se suponga en el santo Patriarca? Por este título *estaba sujeto Cristo á san José*, como dice san Lucas (*cap.* II): y así como en el Señor arguye esta sujecion una humildad infinita, dice Gerson, así en el santo José denota una dignidad incomparable. Con razon exclama el gran Padre san Agustin (*Serm. 24 de Nativ. Dom.*): *Gózate, José santo, gózate y complácete en la virginidad de María, pues mereciste tú solo poseer, juntamente con los honores y privilegios del matrimonio, la gloria de un virginal afecto; pues por amor á esta angelical virtud, de tal modo te separaste de los derechos que tenias sobre tu santísima Esposa, que en premio eres llamado Padre del Salvador*. ¡Cuántos favores podemos pensar que haria Jesús á su Padre putativo! ¡qué don, qué privilegio le reservaria! Si al Discípulo amado le llenó de gracias con solo reclinarle una vez sobre su amoroso pecho, y llamarle hijo de su Madre santísima; José, que continuamente le hablaba, le tenia en sus brazos, le estrechaba á su pecho, y gustaba sus dulcísimos ósculos, ¡qué privilegios, qué dones no recibiria! Por eso dice Juan Gerson en la oracion de la Natividad de la Vírgen que predicó en el concilio Constanciense, que se puede creer piadosamente que este Santo fue santificado en el vientre de su madre: y afirma que se contiene así en el oficio jerosolimitano de este Santo; y que no solo este beneficio, sino el de haber subido en cuerpo y alma gloriosos al cielo juntamente con Jesucristo. Y á la verdad, prosigue este piadoso varon, si el mismo Cristo afirmó, que en donde él estuviese allí habia de estar su servidor y ministro, sin duda que san José está en cuerpo y alma en el cielo, y tanto mas inmediato al trono de la Majestad, cuanto fue mas cercano y esmerado en el ministerio con que le sirvió en la tierra después de María.

De todo lo dicho se infiere cuánto es el poder de san José para favorecernos, y se puede formar el siguiente raciocinio: Si justamente el padre tiene dominio en los bienes del hijo, luego se puede decir de este santo Patriarca, que tiene en cierto modo á su arbitrio y en sus manos toda la potestad de Jesús para favorecer á sus devotos;

luego tiene un poder, á cuya extension no puede poner límites la necesidad mas extrema; un poder tan vigoroso que no se le puede representar necesidad ó calamidad que no sea inferior á su beneficencia; un poder, en fin, que junto con una voluntad finísima, con que siempre está pronto á oir nuestras miserias, forma un patrocinio completo y perfectísimo: un patrocinio con tanta confianza, seguridad y poderío, como que sus súplicas á Jesús y María se pueden reputar por preceptos de un marido á su mujer, y de un padre á su hijo. Así lo dice su enamorado devoto Juan Gerson en la admirable obra que compuso á san José, titulada *la Josefina*, obra dulcísima, poema precioso en verso latino, que dedicó á su héroe, y de que no tenemos que tener envidia los españoles, teniendo en nuestra lengua otro poema de no inferior mérito, y dirigido igualmente á celebrar las glorias de san José, compuesto por el sabio maestro Valdivieso, que con tanta aceptacion anda, no solo en las manos de los eruditos, sino tambien en las de los verdaderos devotos.

No basta que un sugeto pueda favorecernos y librarnos enteramente de calamidad y de miseria, si su voluntad no se inclina á tan piadosa ejecucion; así como no basta tampoco querer proteger á uno, y darle auxilio en sus fatigas, si falta poder y fuerzas para poner por obra lo que se quiere. Por tanto, habiendo ya declarado algun tanto cuán grande es el poder y valimiento del patriarca san José, resta decir algo de la prontitud y fineza de su voluntad, para que así se pueda formar concepto de la grandeza de su patrocinio, y con cuánta razon la santa madre Iglesia le propone con festividad especial á los fieles sus hijos para su consolacion y provecho. Muchas razones se pudieran traer para hacer ver que nuestro Santo tiene una voluntad sencilla y verdadera de favorecer á sus devotos; pero sin mas que considerar la piedad del santo Patriarca y nuestras propias miserias, hallarémos suficiente fundamento para deducir lo que deseamos. No tiene duda que cuanto mayores son las aflicciones de un desdichado, otro tanto mas mueven los corazones humanos á la compasion. Nunca experimentó el pueblo de Dios mas pronta la proteccion divina, que cuando el cautiverio de Egipto llegó á lo sumo de la opresion: cuando se vió perseguido de un rey pérfido y soberbio: cuando en el desierto llegó á secarse de sed: cuando en Babilonia gemia entre la dureza de las cadenas y grillos: cuando Betulia estaba cercada de la sed, de la hambre y de la fiereza de los asirios, y cuando por todas partes le oprimian las desgracias; entonces las mismas miserias arrancaban del corazon del Todopoderoso la misericordia, aun-

que por otra parte tuviesen sus ingratitudes irritada su justicia.

Aunque el hombre quiera cerrar los ojos de la razon para no conocer cuánto en este valle de lágrimas distamos de la verdadera felicidad y ventura, se la harán percibir y confesar sus mismas pasiones, y la inquietud perpetua con que vive. ¡Cuántas miserias nos afligen! ¡cuántos peligros nos cercan! ¡cuántas penas nos ahogan! ¿Á dónde volvemos los ojos que no nos sorprenda el temor? ¿qué paso fijamos que no nos haga estremecer el precipicio? Nuestros tratos, nuestras ocupaciones, nuestros ejercicios, las mismas personas con quienes comunicamos, ¿son otra cosa que una continua cadena de tropiezos, y una serie de desconfianzas, de sustos y de peligros? Vemos á Saul que corre riesgo de perecer estando durmiendo; y lo mismo le sucede á David, cuando por el contrario, estaba sujeto á un continuo cuidado y vigilancia: la comida es un peligro para el aborrecido Esaú; y no comiendo, encuentra Jonatás el mismo peligro: Noé pierde el juicio y la razon bebiendo; y el no beber lleva á Ismael á la muerte: en la mar es sepultado Jonás en el vientre de una ballena; y corriendo por la tierra queda Absalon colgado de una encina pasado el corazon á lanzadas. En todas partes, en todo tiempo, en todas circunstancias es nuestra suerte infeliz; necesitamos de patrocinio y ayuda, y es tal nuestra infelicidad, que aun cuando el hombre se apartase del ruido y comercio de los demás hombres, y habitase en un yermo, donde ni fieras ni serpientes hubiese que le persiguieran, allí mismo tendria que guardarse de sus pasiones, se veria acosado de toda suerte de desventura, y tendria consigo todas las lástimas solo con tenerse á sí mismo. Siendo, pues, tanta nuestra desventura; si cuando clamamos, clamamos con una voz flaca, formada entre las angustias de nuestro corazon; ¿cómo es posible que deje de moverse á piedad el que es digno esposo de la Madre de misericordia? ¿cómo será posible que no se conmuevan sus entrañas piadosas, teniendo una alma formada de la misma piedad y ternura? ¿cómo es posible que no sea pronto y seguro el patrocinio de quien nos ama como á hijos, y no desea otra cosa que libertarnos de la opresion y de la miseria?

Ni esto quiere decir que sea precisamente necesario ser desdichados para hallar pronto el patrocinio de san José; porque su generoso espíritu se rige por mas favorables motivos. El asemejarse á su sacratísima Esposa, el seguir las huellas y el ejemplo de aquel que no se desdeñó ser reputado por hijo suyo, y colocó en el nombre de Jesús ó Salvador todo el timbre de su gloria: el concurrir por su par-

te, como tan interesado en ello, á que logre toda su eficacia la sangre que vertió Jesucristo por nosotros, y que no nos sea su pasion estéril por nuestra flaqueza: su alma misma ricamente abastecida de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, son el motivo mas poderoso de la fuerza de su voluntad. Verá á su dulcísima esposa María tan pródiga de piedades y misericordias, que á semejanza de la granada, como se dice en los Cantares, abre su seno para derramar el fruto de su proteccion, aun en los mas perezosos en solicitarla: y ¿estará el santo Esposo mirando tanta piedad con rostro sereno y con entrañas de dureza? Verá á su santísimo hijo Jesús ofrecerse en víctima por el hombre: tomarle como solícito pastor sobre sus hombros para librarle de la perdicion: saltar los montes y los collados para socorrerle, y darle su sangre echando á las espaldas y al olvido sus ingratitudes y sus yerros, y ¿no abrirá san José el seno de su piedad? y ¿tendrá cerrada su boca el silencio para que no pronuncie súplicas por nosotros? Mirará nuestra perdicion, verá desperdiciada en nosotros la sangre preciosa que él alimentó con su trabajo, que cuidó con tanto esmero, y que del cielo le fue singularísimamente encargada como de un valor infinito, y ¿se estará ocioso, sin precaver, en cuanto le sea posible, nuestros precipicios, sin socorrer nuestras miserias, y sin explicar con nosotros la poderosa virtud de su patrocinio? Es tan al contrario, que, segun san Bernardo, él mismo abre su pecho para que de sus piedades se surtan y provean todos largamente.

Es dificultoso apurar del todo esta materia, y por otra parte, es ella de suyo tan clara, y está tan apoyada con la experiencia, que aun cuando faltaran razones en su abono, ó no fueran bastantes las dichas, suplirian por todo las mismas obras. Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes, ¿quién podrá negar que apenas ha abierto la boca para implorar el patrocinio de san José, cuando ya ha visto con alegría que le enjuga las lágrimas con beneficios? Cualquiera que sea verdadero devoto del Santo, y quiera repasar su memoria, hallará que muchas veces le sacó del ahogo, que le libró del apuro, que templó sus miserias, que remedió sus desgracias, y que previno su total ruina. Esto mismo han atestiguado muchos devotos de san José; pero los acaecimientos de santa Teresa de Jesús, y sus recomendaciones sobre este punto son de tanto peso, que bastará citar á esta gran Santa, y al mismo tiempo gran maestra de espíritu, para que quede suficientemente comprobado con la autoridad y con ejemplos cuanto se ha dicho de lo poderoso que es el patrocinio de san José,

de la fina voluntad con que favorece á los que se le encomiendan, y últimamente, de lo provechosa que es esta devocion, tanto para los males del cuerpo como para los del alma.

En el capítulo sexto de la vida de la santa Madre escrita por ella misma, después de haber dicho la necesidad en que se hallaba, sigue de esta manera, y con estas elocuentísimas palabras: «Tomé por «abogado y señor al glorioso san José, y encomendéme mucho á él: «ví claro que ansí de esta necesidad, como de otras mayores de honra «y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con mas bien «que yo le sabia pedir. Ni me acuerdo hasta ahora haberle suplicado «cosa que la haya dejado de hacer: es cosa que espanta las grandes «mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado «Santo, de los peligros que me ha librado, ansí de cuerpo como de «alma. Que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para so-«correr en una necesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia «que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender que «ansí como le fue sujeto en la tierra (que como tenia nombre de Pa-«dre, siendo ayo le podia mandar) ansí en el cielo hace cuanto le «pide... Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso «Santo por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza «de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga «particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la vir-«tud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se en-«comiendan. Paréceme ha algunos años, que cada año, en su dia, «le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la «peticion, él la endereza para mayor bien mio... Solo pido por amor «de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por la expe-«riencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca, «y tenerle devocion. En especial personas de oracion siempre le ha-«bian de ser aficionadas... Quien no hallare maestro que le enseñe «oracion, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el «camino.»

Todas las sabias, altísimas y elocuentes obras de esta gran Santa están recomendando la misma devocion con palabras semejantes á las que quedan referidas, que no pueden ser ni mas sólidas, ni mas sencillas, ni mas vivas y afectuosas para recomendar el patrocinio de san José. La misma Santa refiere en diversos lugares de sus obras los particulares beneficios que consiguió de Dios por la mediacion de este gran Santo; pero entre todos merece una particularísima atencion el que la misma Santa refiere en una carta que escribió á un

hermano suyo desde la cárcel de Toledo, en donde se hallaba presa de órden del Nuncio, que la juzgaba una mujer hechicera, bruja, engañadora y andariega, como se explica la misma Santa. Allí experimentó toda la fineza con que este santo Patriarca socorre á sus aficionados y devotos; allí entre los horrores de la cárcel vió la Santa que se rompian los cielos, y que bajaba san José cercado de resplandores y de gloria á consolarla, y darla cuenta del dia en que habian de tener fin sus trabajos, y comenzarian sus prosperidades, como efectivamente se cumplió: y en agradecimiento á tamaño beneficio la Santa dedicó el convento de monjas Carmelitas de Toledo al glorioso patriarca san José. De todo se infiere, que bien se atienda á las razones, bien se consulte la autoridad, ó bien se quieran examinar los ejemplos y la experiencia, siempre resulta para consuelo de los Cristianos que san José es su protector, su amparo, su sombra y su refugio: que su patrocinio no solamente es seguro, sino tambien poderosísimo: que la representacion de nuestras miserias, su piedad y ternura, el ejemplo de su misericordiosísima Esposa y de su Hijo, los intereses de la sangre del Unigénito de Dios vertida por nosotros; y últimamente, la experiencia testificada por los Santos, todo está acreditando una voluntad finísima, un patrocinio seguro, tan lleno de firmeza como ajeno de todo recelo. Demos, pues, infinitas gracias á Dios, que quiso prepararnos en su Padre putativo un protector en nuestras miserias y trabajos. Demos gracias á nuestra madre la Iglesia, que solícita y amorosa nos propone esta festividad para que de ella saquemos copiosos frutos, no solamente para el cuerpo, sino tambien para el espíritu. Y últimamente, procuremos aprovecharnos de las larguezas con que el cielo manifiesta su misericordia y beneficencia hácia nosotros: bien seguros, de que si no recibiésemos en vano la gracia de Dios, como nos amonesta el apóstol san Pablo, serán tan opimos y copiosos los frutos que sacarémos del patrocinio de san José, que ni las asechanzas del enemigo comun podrán enredarnos en sus lazos; ni los pasatiempos y falsedades del mundo aficionarán nuestros corazones; ni el fuego de la concupiscencia ennegrecerá con su humo pestífero nuestras almas, ni nos abatirán los trabajos, miserias y desventuras; ni las prosperidades y fortuna henchirán nuestros pechos de vanidad y de soberbia; en una palabra, serémos con el *Patrocinio de san José* verdaderamente venturosos, verdaderamente felices y verdaderamente cristianos.

La Misa es del Patrocinio de san José y en honor de este Santo, y la Oracion la siguiente:

Deus, qui ineffabili providentiâ beatum Joseph sanctissimae Genitricis tuae sponsum eligere dignatus es; praesta, quaesumus, ut quem protectorem veneramur in terris, intercessorem habere mereamur in coelis. Qui vivis et regnas in unitate Spiritus sancti, Deus per omnia saeculà saeculorum. Amen.

Ó Dios, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu santísima Madre; concédenos, que ya que en la tierra le veneramos por nuestro protector, merezcamos que interceda por nosotros en los cielos: Tú que vives y reinas con Dios Padre en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

La Epístola es del capítulo XLIX *del Génesis.*

Filius accrescens Joseph, filius accrescens et decorus aspectu. Filiae discurrerunt super murum; sed exasperaverunt eum, et jurgati sunt, invideruntque illi habentes jacula. Sedit in forti arcus ejus, et dissoluta sunt vincula brachiorum et manuum illius per manus potentis Jacob: inde pastor egressus est lapis Israël. Deus patris tui erit adjutor tuus, et Omnipotens benedicet tibi benedictionibus coeli desuper, benedictionibus abyssi jacentis deorsum, benedictionibus uberum et vulvae. Benedictiones patris tui confortatae sunt benedictionibus patrum ejus: donec veniret desiderium collium aeternorum: fiant in capite Joseph, et in vertice Nazaraei inter fratres suos.

Hijo que vas creciendo José, hijo que estás creciendo y hermoso de semblante. Las doncellas corrieron sobre el muro; pero le exasperaron, y riñeron con él, y le tuvieron envidia los flecheros. Su arco se apoyó sobre el (Dios) fuerte, y las ligaduras de sus brazos y de sus manos fueron desatadas por las manos del poderoso (Dios) de Jacob: de allí salió el pastor y la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo, con las bendiciones del abismo que yace abajo, con las bendiciones de los pechos y del vientre. Las bendiciones de tu padre sobrepujan á las de sus padres; hasta que venga aquel que es el deseo de los collados eternos: caigan sobre la cabeza de José, y sobre la corona del Nazareno entre sus hermanos.

REFLEXIONES.

Los Patriarcas antiguos tenian la loable costumbre de llamar á todos sus hijos al tiempo de morir, y á cada uno le daban su bendicion. Como hablaban por la mayor parte inspirados de Dios, cada bendicion era una profecía del bien ó del mal que habian de experimentar en el resto de su vida; y á las veces en estas bendiciones se contenian altísimos misterios, que figuraban en sombra las verdades que

cumplió después Jesucristo, ya en su misma persona, y ya en la doctrina de su ley, de que hizo promulgadores á los santos Apóstoles. En la Epístola que propone hoy la Iglesia nuestra madre se contiene la bendicion que dió Jacob al menor de sus hijos José, y en ella, además de enseñarle las divinas cualidades que habia de tener el prometido, del cual fue figura José, le da á entender implícitamente en dónde habia de colocar su confianza para hallar un patrocinio seguro contra las adversidades de esta vida. Por eso le dice: *El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con las bendiciones de lo alto del cielo y con las bendiciones del abismo.* Toda la confianza deben constituirla los hombres en Dios, si quieren que sus deseos logren el fin á que anhelan; porque solo Dios es el que sabe lo que les es conveniente, y solo él tiene poder para dispensarles beneficios. El mismo Dios quiso misericordiosamente ensanchar nuestros corazones y ampliar mas nuestras esperanzas, haciendo que los justos sus amigos y amados suyos, fuesen tambien para nosotros unos poderosos intercesores, que le hiciesen presente nuestras miserias, y que en atencion á sus merecimientos lograsen mas fácilmente el remedio de nuestras penas y fatigas. Estas nos rodean y nos afligen continuamente mientras vivimos esta vida mortal y trabajosa. Como no tenemos en este mundo cosa alguna que sea capaz de saciar un corazon que fue hecho para amar á Dios, vivimos despedazados por nuestros mismos deseos, que siempre que no se terminen al fin debido, causan en nuestra alma una inquietud miserable, y la disipan en trabajosas é infelices pretensiones.

El hombre por sí mismo no es capaz de darse paz en sus pensamientos; sino que continuamente lucha con un tropel de vanidades que le quitan el sosiego, deseando honras, riquezas, puestos, dignidades, y subir siquiera un escalon sobre el sitio en que se halla. Conoce fácilmente que en el mundo no hay un protector ó medianero que pueda darle la mano con la felicidad de discernir si le será ó no conveniente el logro de lo que pretende, y con la voluntad y poder necesarios para satisfacer sus deseos cuando son justos y razonables. Se ciega miserablemente para no advertir en aquellos protectores que le destinó la divina misericordia, que pueden favorecerle con todas estas ventajas. Deseamos un patrocinio para precaver nuestras desdichas y ruinas, y alcanzar beneficios y venturas; pero apelamos por él á los hombres, que ó no pueden protegernos, siendo ellos por sí miserables y flacos, ó caso que nos favorezcan, suele ser para nuestro daño, y nunca pudieran ser para nosotros mas crueles, que cuando

al parecer quieren hacernos dichosos. Está bien que se desee con ansia un favorecedor en las desventuras, un medianero en las pretensiones, un protector en la fortuna, y uno como columna y estribo donde se puedan colocar con seguridad las esperanzas: pero ¿en dónde se hallarán tantos bienes?

Yerra enormemente quien consiente encontrarle en el mundo, y siempre será una verdad eterna la bendicion de Jacob á su hijo: *El Dios de tu padre será tu ayudador*. En Dios enjugará sus lágrimas el afligido, templará sus miserias el menesteroso, encontrará el triste la risa y el gusto, poder el flaco, certeza el mal seguro, estimacion el despreciado, grandeza el abatido, el pecador misericordia, el justo gracia, y todos amparo seguro y ventura completa sin recelos. ¡Ó Dios, y cuán errados han sido mis pasos cuando los he dirigido á las criaturas para obtener de ellas los bienes que no podia encontrar sino en tí solo! Aunque esta luz y este convencimiento hayan venido tarde á mi alma, yo haré que de aquí adelante se regulen por ellos todos mis deseos, y que no se extravie mi corazon.

El Evangelio es del capítulo III *de san Lucas.*

In illo tempore: Factum est autem cum baptizaretur omnis populus, et Jesu baptizato, et orante, apertum est coelum: et descendit Spiritus sanctus corporali specie sicut columba in ipsum; et vox de coelo facta est: Tu es Filius meus dilectus; in te complacui mihi. Et ipse Jesus erat incipiens quasi annorum triginta, ut putabatur, filius Joseph.

En aquel tiempo sucedió, que bautizándose todo el pueblo, y habiéndose bautizado Jesús, y estando este orando, se abrió el cielo: y bajó el Espíritu Santo sobre él en forma corporal como una paloma; y se oyó del cielo esta voz: Tú eres el Hijo mio amado, en tí me complací. Y el mismo Jesús comenzaba ya á tener cerca de treinta años, hijo, segun se creia, de José.

MEDITACION.

Sobre la vanidad del favor humano.

Punto primero. — Considera cuánta es la debilidad de los hombres para darte ayuda y favor en tus necesidades, y por cuántas bajezas tienes que pasar para haber de conseguirle. El hombre débil, flaco y miserable por su naturaleza no muda de constitucion aunque se siente en un dorado trono; aunque adorne sus miembros con oro, púrpura y piedras preciosas; aunque le cerquen muchos criados pendientes de sus labios para ejecutar sus órdenes ó sus caprichos; aunque por su voluntad, finalmente, se regulen y distribuyan las fortunas de los otros hombres, y se repartan las dignidades. Tu co-

razon, tus pasiones, tus deseos, tu tristeza, tus remordimientos, la inquietud de tu conciencia, la poca seguridad de la justicia de tu alma, no están en la mano de ningun hombre, ni caen bajo del poder de ninguna jurisdiccion criada. Si estos afectos te hacen infeliz y miserable, en vano procurarás el favor humano, pensando que este puede hacerte venturoso. Lo que no tiene para sí mal podrá darlo á sus favorecidos. En medio de aquellos resplandores con que brilla la grandeza, hay unas tinieblas densísimas en que están envueltas las almas de los que la disfrutan; en medio de aquella gran copia de oro y abundancia de todas las cosas, apenas encuentran una que les cause un pequeño gusto, y con que dén una satisfaccion á su alma. Esta misma abundancia les aumenta los deseos, y estos les multiplican las necesidades, que por su multitud son tan insaciables como una sola en la baja fortuna. Si te fuera posible ver claramente el corazon de un poderoso, de quien tal vez esperas favor, auxilio y consuelo, quedarias lastimado viendo las feas pasiones que le despedazan, los cuidados que le carcomen, las necias esperanzas que le entretienen, los deseos que le atormentan, los disgustos que le martirizan, y el lleno de miseria y de desventura en que vive sumergido. Si duerme, es con un sueño interrumpido, que jamás pueden tranquilizar la holanda y los brocados: si vela, una multitud de negocios enfadosos le disipan, y hacen que descuide de sí mismo por atender á los intereses ajenos: si se sienta á la mesa, la salud débil, y los humores enfermizos le hacen insípidas las mas exquisitas viandas: si va, en fin, al espectáculo, al festin, al pasatiempo, la misma costumbre de disfrutarlo se lo hacen zonzo, fastidioso, cansado y aun molesto. ¿Y es posible que has de poner en este hombre tu esperanza para que te dé consuelo, para que te libre de miserias, para que te haga venturoso?

¿Y esto á cuánta costa? A costa de humillaciones, de bajezas, de mil sufrimientos vergonzosos, que comparados con el bien que pretendes, son realmente un mal mucho mayor que el que estás padeciendo. Unas veces te finges humilde, otras te aparentas modesto, otras afectas una afabilidad risueña, otras te ves precisado á simular con el semblante benigno y amoroso un secreto despecho que está royéndote el corazon. Tienes que frecuentar los palacios, esperar por mucho tiempo en las antesalas, confundido con una multitud de truhanes, que como te ven humillado, se atreven á tratarte con la altanería de sus señores: ¿qué mas? Te constituyes en una necesidad de hacer traicion á tu alma, á tus ideas, á tus conocimientos, para

lisonjear á aquel personaje de quien esperas la dignidad, el puesto, ó acaso mucho menos. Porque ¿cómo es posible que tú te atrevas á llamar blanco á lo blanco, ni á decir bueno á lo bueno, si oyes que lo llama ó reputa por negro y por malo? ¿cómo osarás manifestar la verdad, aunque te la hagan conocer con evidencia tus estudios, delante de aquel que deseas tener benévolo, y ves que se declara partidario de la mentira? Pero aun esto es poco: ese hombre cuyo favor pretendes, te desprecia, y llevas con paciencia sus desprecios. Ese hombre te insulta, y lleno de rubor bajas los ojos haciendo el sacrificio mas humillante y vergonzoso que puede hacerse á la ambicion ó al capricho. Y este hombre exige de tí una gratitud anticipada, que apenas puedes verificar con tantas bajezas, con tantos sinsabores, con tantos sufrimientos, cuantos bastarian para hacerte su esclavo. ¿Y un favor de tan poca utilidad, un favor tan inútil y tan vano le has de comprar á tanta costa? ¿merece tanto aprecio tu misma inquietud, tu mismo abatimiento, tu deshonor mismo? ¿Serás todavía tan necio que conociendo todo esto quieras seguir con esa pretension caprichosa que te ha costado ya tantos trabajos, y que será acaso la ruina de tu familia?

PUNTO SEGUNDO. — Considera que aun cuando el favor humano sea para tí tan eficaz y efectivo, que contra su costumbre verifique con los efectos las esperanzas que tienes concebidas, en esto nada mas ha hecho que doblarte un peso que te oprime, agravarte mas el yugo, y hacerte responsable de mil maneras delante de Dios y delante de los hombres. Al mismo tiempo que te veas favorecido, te verás nuevamente ligado con unas fuertes cadenas que se llaman gratitud; pero que en realidad no son otra cosa que unos lazos que atan mas fuertemente á tu alma la miseria y la desventura. El que te hizo un favor, te mira como un esclavo de sus caprichos, y ó los has de seguir ciegamente, ó has de quedar con el remordimiento de haberle sido ingrato. Pero supongamos por un momento que tengas valor para resistir á sus injustas pretensiones; supongamos que aquel que te favoreció es tan comedido y ajustado que deja en tu mano la responsabilidad del cargo que lograste; ¿evitarás por eso los peligros que traen consigo los puestos y dignidades? ¿No es cierto que en los lugares encumbrados hieren los rayos mas fruecuentemente y con mas violencia? ¿No ves como los huracanes arrancan los altos y robustos pinos que están en las cimas de las montañas, cuando en los valles los humildes juncos se burlan de su bravura? Trae á la me-

moria aquel árbol frondosísimo de extraña grandeza y hermosura que vió en sueños el rey de Babilonia, y de que habla Daniel en el capítulo IV, verás que su misma grandeza fue la causa de su ruina. Esto enseña que los puestos y altas dignidades no son otra cosa que un recinto de peligros, y un iman que atrae hácia sí las desgracias.

Pero considera esto mismo con una razon superior á la humana filosofía; mira la superioridad, la dignidad, el cargo con los ojos sobrenaturales de la fe; precisamente te estremecerás cuando consideres que ha de llegar un dia en que te pida cuenta estrecha de todo un juez recto, infinitamente sabio, y delante de quien nada podrán ni la adulacion, ni la mentira, ni el artificio, ni el soborno. Esta consideracion hacia á los Crisóstomos, á los Ambrosios, á los Agustinos huir las dignidades con mas empeño que el que ponen muchos mortales en conseguirlas. Esta misma consideracion hizo que san Bernardo escribiese al papa Eugenio, admirándose de que hubiese aceptado la tiara, diciéndole (*epist.* 237): «Considero la altura del pues«to, y temo la caida: miro la cumbre de la dignidad en que estás, «y veo á su lado un profundo despeñadero que acaba en el abismo.» Lograste tu pretension; el favor te ensalzó; pero ¿te dió talento y fuerzas para cumplir exactamente tus obligaciones? ¿te eximió de la responsabilidad de las cargas? ¿no se puede decir con verdad que pretendiste tu misma inquietud, tu opresion, tu peligro y tu ruina?

JACULATORIAS.—Los que tuvieron la dicha de conocer tu sacrosanto nombre, deben, Señor, poner en tí toda su confianza; bien satisfechos de que jamás desamparas á aquellos que te buscan como á protector y padre. (*Psalm.* IX).

Mi Dios es mi ayudador, mi protector y mi patrono, y en él solo esperaré. (*Psalm.* XVII).

PROPÓSITOS.

Todas las cosas de este mundo dice el Espíritu Santo que son vanidad de vanidades; pero entre todas ellas apenas hay una á que con mas razon le convenga que al favor que con tanta ansia solicitan los hombres de sus semejantes. Cuando me vea oprimido, cuando las tribulaciones aneguen mi corazon, me servirán estas reflexiones y conocimientos para buscar alivio en donde pueda seguramente encontrarle. La razon y la experiencia me han enseñado que fuera de Dios y de sus Santos no se encuentra consuelo verdadero; que las pretensiones humanas, además de los trabajos, sinsabores y bajezas que

traen consigo, no producen mas frutos que nuevas fatigas, nuevos cuidados, y la responsabilidad tremenda delante del Juez de vivos y muertos, que se verificará sin remedio en el dia terrible de la muerte. Ya es tiempo de conocer al mundo y de detestar sus engaños; ya es tiempo de entrar en cordura, y de decir á mi corazon, Dios solo es tu tesoro y tu riqueza. La mayor dignidad es contentarte con aquella suerte en que te ha puesto su adorable Providencia. Harto tiempo has perdido corriendo neciamente tras de una sombra que siempre huye de tí. Favor especial del cielo ha sido el que hayas conocido tu locura antes de que te la hiciese conocer un precipicio. Si hubieras logrado lo que pretendias, acaso te sucederia lo que á la ignorante mariposa, que deslumbrada con los resplandores de la llama, ella misma hace diligencias para convertirse en cenizas. De hoy mas Dios es mi ayudador, mi protector y patrono, y en él solo esperaré.

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE PASCUA.

Nada particular ofrece este domingo, sino lo que es comun á todo el tiempo pascual; esto es, la renovacion de la alegría espiritual, que es el efecto de la resurreccion del Salvador, y una continuacion del fervor que debe ser el fruto en el corazon de los fieles. Los griegos le llaman el domingo de *Semi-Pentecostes;* esto es, de la semana que divide los cincuenta dias que hay desde Pascua hasta Pentecostes, pues que el miércoles siguiente es el dia vigésimoquinto desde el domingo de Resurreccion. Aunque la Iglesia convida á todos sus hijos á las demostraciones de una alegría santa que la Gracia produce en una conciencia tranquila y en un corazon puro, convida principalmente á los gentiles á que celebren con cánticos de alegría su vocacion á la fe, y á que reconozcan con himnos de accion de gracias el beneficio singular que el Señor les ha hecho sacándolos de las espesas tinieblas del paganismo. No formando ya los judíos y los gentiles sino un solo pueblo en la Iglesia por la vocacion á la fe del Salvador, deben tener los mismos sentimientos y el mismo idioma; á esta union de los dos pueblos hace alusion la Iglesia en la oracion de la misa de este dia, que es una de las mas bellas oraciones que pueden dirigirse á Dios, y que deberia estar continuamente en la boca y en el corazon de los fieles.

El intróito de la misa está tomado del salmo XCVII, que es una accion de gracias por la libertad del pueblo judío de la cautividad de

Egipto ó de la cautividad de Babilonia, ó tal vez de alguna otra calamidad. El real Profeta, con bastante verosimilitud, designa bajo de esta figura la redencion de los hombres por Jesucristo, cuya venida predice.

Cantad, dice, *hijos de los hombres, un cántico nuevo á la gloria del Señor, que ha obrado tantos prodigios en nuestro favor*; y no ceseis de multiplicar vuestras alabanzas en su honor, de bendecirle, de glorificarle y darle gracias. *El Señor ha hecho brillar á vista de las naciones su fidelidad*, su omnipotencia en sus maravillas, su misericordia en sus beneficios, librando á su pueblo de una cautividad tan peligrosa. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho nuevos prodigios en vuestro favor, librándoos de la esclavitud y de la servidumbre por caminos inesperados, y por una misericordia de que no os hubiérais atrevido á lisonjearos: tantas maravillas de su parte, con razon merecen vuestras acciones de gracias. Como la servidumbre de Egipto y la cautividad de Babilonia no eran otra cosa que la figura de la servidumbre fatal del pecado bajo de la cual vivíamos, la libertad y manumision de estas esclavitudes eran la figura de la dichosa libertad que felizmente nos ha adquirido Jesucristo con su muerte y con su gloriosa resurreccion. ¡Qué motivo, pues, mas justo de alegría, de acciones de gracias, y de amorosos transportes! Dios, dice el texto sagrado, *ha manifestado al mundo á su Salvador*, la Sabiduría eterna, su Hijo único, su Verbo, la fuente de todo bien y de toda justicia, nuestro Redentor, *y nos le ha manifestado* singularmente en el dia de su resurreccion *á todas las naciones*. Ha difundido la luz del Evangelio por todo el mundo. *Los pueblos que vivian en las tinieblas han percibido, en fin, esta gran luz, y la luz se ha descubierto á los que habitaban en la region de la sombra y de la muerte*. (*Isaias*, IX).

El Señor ha empleado la virtud de su diestra y toda la fortaleza de su brazo para conservar su pueblo y para salvarnos. Quiere decir, que el Señor para sacarnos de la cautividad, para salvarnos no ha empleado una fuerza extraña, ha venido él mismo en nuestro auxilio: con su propia muerte y con su triunfante resurreccion es con lo que ha vencido al infierno, destruido el imperio del demonio y del pecado, y nos ha librado de la mas dura de todas las servidumbres.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la Epístola católica del apóstol Santiago, obispo de Jerusalen, que se apellida hermano, esto es, primo de Jesucristo, cuyo designio principal es hacer ver que la fe no puede salvarnos sin las obras, aun cuando seamos justificados por la fe. Lo que constituye el asunto de la Epístola

de la misa de este domingo, es el pasaje en que este Apóstol declara á todos los fieles que toda gracia y todo don viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, que es la fuente de todo bien. Este Apóstol es llamado el Menor para distinguirle de Santiago, hermano de san Juan, el cual es Mayor que él, por decirlo así, en el apostolado, y que por la misma razon se llama el Mayor en los fastos de la Iglesia. Llámase católica su Epístola porque no se dirige á ninguna iglesia particular, sino que es comun á todas las que profesan la fe de Jesucristo, ó á lo menos á las que se componian de judíos convertidos al Cristianismo, y esparcidas entonces en cuási todas las partes del mundo, á lo cual alude el nombre de *católica*, que significa propiamente universal.

Todo favor insigne, dice el santo Apóstol, *y todo don perfecto viene de lo alto*. Era un error muy comun entre los judíos el creer que muchas bellas cualidades, y aun muchas virtudes, crecian dentro de nosotros como de nuestra propia cosecha, y que eran frutos de nuestro libre albedrío. Los fariseos sobre todo creian poder por sí mismos resistir á la concupiscencia, y practicar la ley sin necesidad de la oracion ni de la gracia. Santiago previene á los fieles contra esta perniciosa presuncion; y como aquellos á quienes se dirige principalmente su carta se habian criado en el judaismo, temiendo no estuviesen imbuidos en este error, les enseña desde luego que todo el bien que hay en nosotros viene de Dios, y que no hay verdadera virtud que no sea un don de su misericordia. No nos atribuyamos el mérito de nuestras buenas obras, ni pensemos que con solo nuestras fuerzas podemos resistir á los halagos de la concupiscencia; para esto necesitamos del auxilio sobrenatural de Dios, y de aquella gracia que no niega á nadie. Es menester esta gracia para querer el bien, para hacer el bien, para perseverar en el bien; sin este auxilio no hay bien alguno que sea meritorio de la vida eterna. Luego toda gracia, todo don excelente viene del Padre de las luces. Llama á Dios Padre de las luces, porque él es, dice san Agustin, el que ilumina á todo el que viene al mundo, y el que imprime en nuestras almas las verdades de salud, el que nos inspira el amor, y el que nos le hace poner en práctica con el auxilio de su gracia.

Después de haber indicado Santiago en los versículos precedentes el orígen del mal, dice un sábio intérprete, indica el del bien, y enseña que todos los bienes de la naturaleza y de la gracia, por excelentes que sean, nos vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces. Esta proposicion asegura dos verdades importantes: la una, que

todo lo que viene de Dios es bueno y excelente; lo cual destruye la impiedad de Manés que hace á Dios autor del pecado: la otra, que todo lo que nosotros tenemos bueno, piadosos deseos, buenos pensamientos, obras de justicia y de caridad, todo esto viene de Dios como de su orígen; lo cual refuta el error de Pelagio, que hacia al hombre autor de todo el bien sobrenatural que hace.

Todo don perfecto, continúa el Apóstol, desciende del Padre de las luces, el cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. ¡Qué dulce es depender en todo de un Señor semejante! ¡qué consolatorio el que nuestra fortuna y nuestra suerte dependan de él! Con ninguna criatura se puede contar seriamente; todo se doblega al menor viento, todo falla, todo cambia sobre la tierra; solo Dios no está sujeto á la vicisitud ni á la mutacion. Siempre amará la inocencia, siempre recompensará la virtud, siempre tendrá horror al vicio, y siempre castigará el pecado. El humor, la aversion, el capricho son los grandes resortes que mueven á obrar á los hombres, y son el principio de sus variaciones y de sus mudanzas. Dios está exento de todos estos defectos. Siempre es la sabiduría misma, siempre la justicia, la misericordia, la bondad. Porque *por sola su voluntad*, añade el Apóstol, *nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que en alguna manera tengamos el primer rango entre lo que él ha creado*. Para inclinar á los fieles á que se dirijan á Dios, á que pongan toda su confianza en Dios, Santiago les hace notar que Dios Padre no ha enviado por necesidad á su Hijo único, su Verbo, para reengendrarnos, y para enseñarnos el camino de la salud. Siendo el Verbo hecho carne la verdad por esencia, no ha podido menos de enseñarnos la verdad en todos los misterios sagrados que nos ha explicado, y en la doctrina que nos ha dictado, y todo esto lo ha hecho por un puro efecto de su bondad. Podia Dios dejarnos en las tinieblas de la muerte en que habíamos nacido; mas este Padre de las luces se ha dignado libremente reengendrarnos por el Bautismo é iluminarnos. ¡Qué confianza no debe inspirarnos esta pura misericordia! y viniendo de él todos los bienes, y no pudiendo derivarse de otro que de él, ¿debemos temer que nos los niegue, después de habérnoslo dado todo, dándonos su Hijo que es la fuente de todos los dones? ¿Cómo no nos habrá dado todas las cosas con él? Nuestra dependencia de él constituye nuestra abundancia y nuestra dicha. Los hebreos, á quienes escribia Santiago, habian recibido mas abundantemente que los otros el espíritu de Dios y sus dones. Eran los primeros de la Iglesia cristiana, y los primeros llamados á la fe. La

salud habia salido de Sion, y la palabra del Señor de Jerusalen. Eran como los primogénitos y los primeros herederos de la familia de Jesucristo. Todas estas prerogativas, esta predileccion debian inspirarles una nueva confianza en el Padre de las misericordias, y una fidelidad mas exacta.

Después de haber enseñado Santiago á los fieles que todos los bienes y todas las gracias vienen del Señor, se aplica en esta Epístola á reglar sus costumbres y su conducta, para que por la práctica de las virtudes cristianas pudiesen merecer estos dones. *Que todo hombre*, les dice, *esté pronto para oir; que no hable fácilmente, y que no sea propenso á encolerizarse.* Son muy importantes estos tres puntos de moral. Oir mucho, y hablar poco, es siempre señal de sabiduría; y la modestia y la reserva son inseparables de la verdadera virtud. Esos grandes habladores, esas gentes que dogmatizan tanto, no suelen ser siempre los mas poderosos en obras; no los que predican ó escuchan la ley, sino los que la practican, son justificados delante de Dios. En consecuencia de esta verdad recomienda Santiago la mansedumbre y la paciencia á todos los fieles. La cólera es una pasion, luego es contraria á la virtud. Lisonjéase uno á las veces de que no obra sino por celo, y no es mas que el movimiento de su pasion el que se sigue. Dios no ha elegido nuestros arrebatos para ejercer su venganza, para esto ha establecido jueces y potestades. El celo ardiente, el celo amargo, en los particulares que no están deputados para la reforma de los otros, no es propiamente otra cosa que una ira disfrazada: cuando se limita á reformarse á sí mismos, entonces podrá pasar por celo; pero luego que el celo sale de su esfera y se derrama como torrente por la tierra del vecino, ya es estrago, ya es pasion. *Por esto*, concluye el mismo Apóstol, *renunciando á todo lo que es impuro, y á todos los excesos de la iniquidad, recibid con un espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene la virtud de salvar vuestras almas;* que es como si dijera: puesto que deseais la sabiduría, y que quereis llegar al puerto de la salud, alejad de vosotros todo lo que puede impediros el llegar á este fin, todo lo que puede suscitar nieblas y borrascas en vuestro corazon. ¿Quereis vivir en la calma y gozar de un cielo sereno? vivid en la inocencia; domad las pasiones tan enemigas de vuestro reposo, y tan opuestas al espíritu de Jesucristo; ignorad hasta el nombre mismo de la impureza; vivid en una grande inocencia; arrojad de vuestro corazon la codicia, la avaricia, el demasiado amor de vosotros mismos. ¿Quereis que las verdades que se os han enseñado, que la divina palabra

que se os ha predicado, que el espíritu de Jesucristo que ha sido como ingerido en el vuestro, produzcan mucho fruto? tened aquella dulzura cristiana que, en alguna manera, caracteriza las almas puras. El fruto de esta divina palabra es la salud.

El Evangelio de la misa de este dia está tomado de aquel paraje de san Juan, en que viendo el Salvador que se acercaba su ascension al cielo, prepara sus Apóstoles para esta separacion sensible que debia privarles de su presencia corporal, y por consiguiente debia afligirles. Les hace ver que es necesario que los deje, y que el don que les hará les indemnizará bien de esta satisfaccion puramente natural de que gozaban viéndole corporalmente con ellos.

Todo el tiempo que Jesucristo estuvo visiblemente con sus Apóstoles desde su resurreccion hasta su ascension, lo empleó en instruirles en los grandes misterios de la Religion, de los cuales se habian hecho ya mas capaces desde que en su primera aparicion les hubo dado el Espíritu Santo. Esta comunicacion, esta infusion del Espíritu Santo era necesaria para espiritualizar, por decirlo así, gentes tan materiales, y hacerles capaces de las verdades que hasta entonces les habian sido tan incomprensibles.

El Salvador en este admirable discurso, tan instructivo y tan lleno, que hizo á sus Apóstoles después de la última cena, habiéndoles hecho un compendio de cuanto aflictivo y horroroso debia sucederles en el establecimiento maravilloso de su Iglesia, les añade: No me habia aun franqueado antes con vosotros, porque mientras yo estaba en vuestra compañía nada teníais que temer; pero ya no es tiempo de ocultaros nada. Ha llegado mi hora, y yo estoy en vísperas de dejaros, por esto os he manifestado sin embozo, y aun sin figura, todo lo que tendréis que sufrir en el mundo; pero no temais nada, aunque vais á perder mi presencia corporal, yo estaré siempre invisiblemente con vosotros. Acércase el tiempo en que debo volver al cielo de donde he venido. Yo me voy á Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta ¿á dónde vas? Esta pequeña reconvencion que Jesucristo hace aquí á sus Apóstoles, es una leccion importante que les da el Salvador, lo mismo que á nosotros. *Porque os he dicho que me voy, estais afligidos, la tristeza se ha apoderado de vuestro corazon*, os habeis todos consternado; pero lo que así os afecta no es mas que la pérdida de mi presencia sensible, sin que tengais presente en ninguna manera la gloria que voy á recibir subiendo al cielo, en donde debo estar sentado á la diestra de mi Padre, ni las grandes ventajas que debeis reportar de mi gloriosa ascension. Vosotros es-

tais apegados á los sentidos, y no os mueve mas que lo sensible; por esto ninguno de vosotros piensa en preguntarme sobre la excelencia, sobre la felicidad de aquella dulce mansion de los bienaventurados, en donde Dios hace ostentacion de su majestad, en donde mi sagrada humanidad va á recibir toda la gloria que le es debida, de donde he de enviaros el Espíritu Santo, el cual debe dar la última perfeccion á mi grande obra, y derramar sobre vosotros todos mis dones. Yo os digo que me voy á Aquel que me ha enviado, que vuelvo al cielo de donde he venido; y en lugar de regocijaros conmigo, tanto á causa de la felicidad que debo recibir allí, cuanto á causa de la ventaja que os resultará de mi exaltacion, os afligís, no decís palabra, os veo pensativos y en profundo silencio. El pensamiento solo de mi partida os ha llenado de tal modo el corazon de tristeza, que os ha sobrecogido á todos. ¿De este modo debeis mirar lo mas ventajoso que hay para vosotros? Os digo la verdad: os interesa que yo me vaya, y que os prive de esta presencia corporal que hace que el amor que me teneis sea menos espiritual y menos perfecto. Por otra parte, si yo no me fuese, el Espíritu Santo, que es el consolador y el maestro que os he prometido, no vendria, y yéndome yo, os le enviaré. Ahora bien, vosotros no ignorais cuánto importa que venga; porque él es el que ha de convencer al mundo sobre el pecado, sobre la justicia y sobre el juicio. El Espíritu Santo por la predicacion de los Apóstoles y por los milagros que obrarán convencerá al mundo de pecado; esto es, hará conocer cuál ha sido la corrupcion de costumbres, y el lamentable error en que los hombres han vivido hasta aquí, sumergidos en la ignorancia del verdadero Dios, en los desarreglos mas horribles y en una corrupcion de costumbres universal; hará conocer cuán criminales son los hombres, en particular los judíos, por no haber creido en Jesucristo después de tantas maravillas. Esos espíritus orgullosos y esos corazones indóciles, que habrán resistido tanto tiempo á las luces de la fe; conociendo al fin la virtud del espíritu de Dios por los brillantes prodigios que obrará, y por la admirable santidad que comunicará á los fieles, confesarán para confusion suya, que se han engañado cuando no han querido creerle. El mismo Espíritu Santo les convencerá tambien de la justicia y de la inocencia del Hijo de Dios, haciendo ver que aquel á quien tan injustamente han condenado á muerte ha resucitado, y ha subido al cielo para reinar allí enteramente con su Padre. En fin, convencerá al mundo y á todos sus partidarios de la equidad del juicio hecho contra el demonio que se habia como atribuido el imperio del mundo, en donde reinaba con tanta

tiranía y se habia hecho erigir tantos altares; conocerán la justicia con que ha sido destruido el reino de este tirano, abolido sus leyes perniciosas é injustas, condenado sus falsas máximas, y extinguido su poder, no solo por la destruccion de la idolatría, sino tambien por el establecimiento de una religion tan santa, la cual será la obra, y la obra maestra del Espíritu Santo, y el fruto de la predicacion del Evangelio. Estos son los tres efectos principales de la venida del Espíritu Santo que yo os enviaré. Él convencerá al mundo del pecado de los judíos, y de todos los que han rehusado creer en mí, después de las brillantes é incontestables pruebas de mi divinidad; convencerá al mundo de la justicia, haciendo ver á los judíos y á los paganos que no habrá justicia ni verdadera virtud mas que en la religion cristiana; convencerá, en fin, al mundo del juicio, destruyendo el imperio que tenia el demonio en el mundo sobre el espíritu y el corazon de todos los pueblos, por las falsas y perniciosas máximas que habian tenido fuerza de ley hasta la venida de Jesucristo.

Después de una instruccion tan importante y que viene á sér el compendio, por decirlo así, de nuestra Religion, añade Jesucristo que aun tenia muchas cosas que decirles; pero que no estaban todavía en disposicion de comprenderlas, y que no queria cargar su entendimiento de lo que no podia aun digerir: que les reservaba el conocimiento de ellas hasta la venida del Espíritu de verdad, el cual les enseñaria todas las verdades necesarias para su perfeccion, para su salvacion y para la de los demás. Habia dicho el Salvador á sus Apóstoles, que les habia descubierto todo lo que él habia oido de su Padre, esto es, todo lo que eran capaces de comprender antes de haber recibido la plenitud del Espíritu Santo, y aquella inteligencia sobrenatural que era uno de sus principales dones; pero habia aun muchas mas cosas misteriosas, cuyo verdadero sentido no eran todavía capaces de comprender. Estos grandes misterios, estas verdades superiores al alcance del entendimiento humano eran: la union sustancial de la divinidad y de la humanidad en la persona adorable de Jesucristo; la espiritualidad de su reino eterno y temporal; su estado de humillacion y de gloria, de poder y de flaqueza, de víctima por los pecados del mundo, y de hombre sin pecado. Era necesario que viniese el Espíritu Santo para que les diese el don de inteligencia; para que disipase todas sus oscuridades, y para que conciliase todas estas contradicciones aparentes; y esto es lo que ha hecho el Espíritu Santo, esta es su obra.

Cuando venga aquel Espíritu de verdad, continúa el Salvador, *os*

enseñará todas estas verdades, y os comunicará una inteligencia clara de todos estos misterios. *No hablará de sí mismo*, es decir, así como el Hijo nada dice de sí mismo, esto es, así como lo que este dice no lo dice solo, sino que su Padre lo dice con él; del mismo modo el Espíritu Santo nada dice de su propia autoridad, esto es, absolutamente solo, porque procediendo del Hijo lo mismo que del Padre, y recibiendo de ellos la misma naturaleza y la misma ciencia, nada dice, nada puede decir, sino lo que el Hijo dice con su Padre, no siendo las tres divinas personas mas que un solo Dios: así que no penseis que el Espíritu Santo deba enseñaros una doctrina diferente de la mia; es la misma doctrina de la cual os dará un conocimiento mas perfecto y os desenvolverá el verdadero sentido. El Salvador se habia explicado en otra parte poco mas ó menos en el mismo sentido, cuando decia á los judíos: Mi doctrina no es mia, sino de Aquel que me ha enviado. Todas estas maneras de hablar nos dan una idea muy clara del misterio adorable de la Trinidad, probándonos un solo Dios en tres personas.

Por fin, *el Espíritu Santo os dará á conocer claramente el porvenir*, añade el Salvador, llenándoos del espíritu de profecía necesaria en el nacimiento de la Iglesia que vosotros debeis establecer. *Todo lo que hará este Espíritu Santo será para mi gloria, porque es mi Espíritu*, como es espíritu de mi Padre; porque tendrá parte en lo que á mí pertenece, y os lo dará á conocer. Cuási todos los intérpretes despues de los santos Padres, no dudan que Jesucristo por estas palabras *tendrá parte en lo que á mí me pertenece*, haya querido indicar que el Espíritu Santo procede del Hijo como del Padre, y que los dos le comunican la naturaleza y las perfecciones divinas que el Hijo mismo recibe del Padre por su generacion eterna, y que el Espíritu Santo tiene por su eterna procesion de los dos. Es como si dijese el Hijo de Dios: El Espíritu Santo vendrá como un enviado que no habla en su nombre y solo por sí. Como procede de mi Padre y de mí, y nosotros somos los que le enviamos, así como todos tres tenemos la misma naturaleza divina, así tambien tenemos una misma voluntad; y por tanto todo lo que os enseñará es mi doctrina, y no os dirá nada que mi Padre y yo no os dijésemos; él es el que me glorificará haciendo conocer á los hombres mi divinidad que es la misma que la suya y la de mi Padre, porque estas tres personas el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo no son mas que un solo Dios. Hará conocer esta divinidad por medio del don de inteligencia que comunicará á los fieles, y por las maravillas que les hará obrar en mi nombre.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui fidelium mentes unius efficis voluntatis: da populis tuis id amare quod praecipis, id desiderare, quod promittis; ut inter mundanas varietates ibi nostra fixa sint corda, ubi vera sunt gaudia. Per Dominum nostrum...

Ó Dios, que unís todos los fieles en un mismo espíritu y en una misma voluntad; haced por vuestra infinita misericordia que amemos lo que nos mandais, y deseemos lo que nos prometeis, á fin de que entre la inconstancia y la instabilidad de las cosas de este mundo, permanezcan siempre fijos nuestros corazones allí donde se encuentra la verdadera alegría. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola de la Misa está tomada de la de Santiago, capítulo 1.

Charissimi: Omne datum optimum, et omne donum perfectum desursum est, descendens à Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio. Voluntarie enim genuit nos verbo veritatis, ut simus initium aliquod creaturae ejus. Scitis, fratres mei dilectissimi. Sit autem omnis homo velox ad audiendum, tardus autem ad loquendum, et tardus ad iram. Ira enim viri justitiam Dei non operatur. Propter quod abjicientes omnem immunditiam et abundantiam malitiae, in mansuetudine suscipite insitum verbum, quod potest salvare animas vestras.

Amadísimos mios: Todo favor insigne y todo don perfecto viene de lo alto, y desciende del Padre de las luces, el cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion. Porque de su plena voluntad nos ha engendrado por la palabra de la verdad, á fin de que tuviésemos en alguna manera el primer lugar entre lo que ha criado. Vosotros lo sabeis, hermanos mios muy amados. Esté, pues, todo hombre siempre pronto á escuchar, que no sea fácil para hablar, y que no sea propenso á la cólera. Porque la justicia de Dios no es la obra de la cólera del hombre. Por esto renunciando á todo lo que es impuro, y á todos los excesos de la iniquidad, recibid con un espíritu de mansedumbre la palabra que se ha plantado en vosotros, y que tiene la virtud de salvar vuestras almas.

REFLEXIONES.

El cual no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de aberracion. ¡Qué bueno es servir á un Señor que no está sujeto á mudanza, al humor veleidoso, al capricho; qué bueno hacer una fortuna que no está sujeta á la revolucion! Todos esos altos y bajos de que están llenos los caminos del mundo, cansan, fatigan, apuran. Es muy triste el tener siempre que combatir contra la inconstancia y contra la instabilidad. Hoy se priva, se domina, se ve uno colocado en el primer rango; mañana se encuentra al nivel del pueblo. Por mas precioso que sea el metal de que está hecha la estatua, sus piés en todas partes son de barro. Los árboles que están en alto no solo tienen que temer las tempestades, un pequeño gusano basta para que se sequen.

No hay condicion en el mundo á cubierto de las borrascas, ni aun la hay que no envejezca en su primer lustre; la continuacion de las prosperidades se mira como una maravilla siempre rara, y ninguno hay completamente dichoso en el mundo. ¡Qué variacion en los dias y en las estaciones! las nieblas suceden á la serenidad, y las borrascas á la calma; no es menor la inconstancia que se experimenta en el corazon y en el espíritu. Hoy goza uno de favor, se le agrada, se aplaude, triunfa; un dia después no es ya del gusto del señor, se le desprecia. ¿Perdió acaso sus buenas cualidades y su mérito? De ninguna manera, el mismo hombre sigue el curso de la rueda sobre que se apoya. ¡Qué de revoluciones en las condiciones, en los estados, en las familias! Pocos favoritos hay que no tengan dias críticos; ninguno que no esté amenazado de la desgracia; y ¿cuántos hay que mueren en la gracia del príncipe? se pierde muchas veces cuando se ponia mas ahinco para conseguirla. La mutacion caracteriza todo lo que se llama mundo; por mas que se trabaje, por mas que se haga, nadie puede fijar su fortuna ni su felicidad en el servicio del mundo. Este secreto no se encuentra mas que en la escuela de Jesucristo, está reservado á la ciencia de los Santos el enseñarlo. Dios es el único Señor *que no se muda, y en quien no hay ni aun sombra de alteracion.* ¡Qué ventaja, qué dulzura el servir á un Señor semejante! En su servicio se agrada siempre, á no ser que se quiera desagradar. Jamás tienen parte en su favor el humor ni el capricho; la virtud conserva siempre su mérito, y este mérito es siempre reconocido y liberalmente recompensado. Ninguna de las revoluciones de estado, de condicion ni de familia pueden influir sobre el justo; se sobrepone á las nubes que forman el rayo, y los vapores malignos que forman las nieblas no pueden llegar á él. En el servicio de Dios nada cambia; subsiste siempre la misma moral, las mismas máximas, el mismo espíritu. ¡Qué dichoso es el que está en el servicio de un Señor tal, que no está sujeto á ninguna mudanza!

El Evangelio de la Misa es tomado del de san Juan, capítulo XVI.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Vado ad eum, qui misit me; et nemo ex vobis interrogat me: Quo vadis? Sed quia haec locutus sum vobis, tristitia implevit cor vestrum. Sed ego veritatem dico vobis: expedit vobis ut ego vadam: si enim non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si

En aquel tiempo dijó Jesús á sus discípulos: Yo me voy á Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: ¿Á dónde vas? Mas porque os he hablado de este modo, se ha llenado de tristeza vuestro corazon. Por tanto os digo la verdad, os interesa que yo me vaya, porque si yo no me voy, el

autem abiero, mittam eum ad vos. Et cum venerit ille, arguet mundum de peccato, et de justitia, et de judicio. De peccato quidem, quia non crediderunt in me: de justitia vero, quia ad Patrem vado, et jam non videbitis me: de judicio autem, quia princeps hujus mundi jam judicatus est. Adhuc multa habeo vobis dicere: sed non potestis portare modo. Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem: non enim loquetur à semetipso, sed quaecumque audiet, loquetur, et quae ventura sunt, annuntiabit vobis. Ille me clarificabit: quia de meo accipiet, et annuntiabit vobis.

Consolador no vendrá á vosotros; mas si me voy, os le enviaré. Y cuando hubiere venido argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no han creido en mí; de justicia, porque me voy á mi Padre y no me veréis mas; y de juicio, porque el príncipe de este mundo está ya juzgado. Todavía tengo muchas cosas que deciros, pero no estais ahora en estado de comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad os enseñará todas las verdades. Porque no hablará de su propia autoridad, sino que dirá todo lo que habrá oido, y os hará conocer las cosas venideras. Él es el que me glorificará, porque tendrá parte en lo que á mí me pertenece, y os lo anunciará.

MEDITACION.

Del mundo.

Punto primero. — Considera qué cosa es el mundo á quien se ama hasta la locura, á quien se teme hasta el exceso, á quien se sirve con infinita solicitud, á quien se contempla hasta el escrúpulo; el mundo, de quien todos se quejan y que no hace justicia á nadie; que no tiene ninguna consideracion al mérito; que llena el universo de descontentos y de desgraciados, y que no tiene servidor que no sea su esclavo; el mundo, cuyas extravagantes máximas son otras tantas leyes muchas veces contrarias al buen sentido, y siempre opuestas á las máximas del Evangelio. Si el mundo es un fantasma que no subsiste mas que en la imaginacion, ¿no somos unos insensatos en formarnos un señor tan incómodo de las fantasías de otros y un ídolo formidable de nuestras propias ideas? Si el mundo es una cosa real, ¿qué derecho tiene para imponernos leyes tan duras? ¿de quién le viene la autoridad? ¿por qué fatalidad hemos nacido esclavos suyos? Ciertamente cuando se raciocina sin preocupacion, cuando se mira de cerca lo que es el mundo, se llena uno de indignacion contra sí mismo por haber deferido tanto á él, y haber sido su juguete por tanto tiempo. El mundo, que tiene tanto imperio sobre los espíritus y sobre los corazones, no es otra cosa, propiamente hablando, que esa multitud tumultuosa de gentes de diferentes caractéres y de diversos gustos que no se acomodan á las máximas de Jesucristo; no tienen otras miras

que sus intereses, no conocen otra regla que sus pasiones, ni otro objeto de sus solicitudes que los bienes, los honores y los placeres de esta vida; gentes por lo comun de un espíritu vano y turbulento, de un corazon falso, maligno y corrompido, y de una ambicion desmesurada; que no se apacientan mas que de quimeras, que no siguen mas que á sus pasiones, y que solo se ocupan de cien pasatiempos á cual mas frívolos. Gentes que por lo comun no tienen otro mérito que el de saber engañar, entre las que los mas hábiles son los que mejor saben aprovecharse de las desgracias de otro, y los mas dichosos los que mejor saben disimular las suyas. Es una especie de secta cuási universal de gentes, que por la mayor parte no se conocen los unos á los otros y se desprecian todavía mas cuando se conocen; que convienen solamente en que todos hacen profesion de no ser devotos, y á favor de esta ignominiosa confesion creen tener derecho para zumbarse neciamente de la virtud mas ejemplar, mofarse irreligiosamente de las prácticas mas respetables de piedad, honrarse de sus desarreglos, dudar cuási de todo, desacreditar y aun perseguir las personas mas arregladas, y para no tener religion sino por costumbre ó por bien parecer. Reina entre estas gentes el disimulo hereditario, base sobre la cual giran todas sus engañadoras y artificiosas exterioridades. Prodigan mil alabanzas, en tanto que con una risa burlona y desdeñosa se burlan de la sencillez y de la bobería de los que lás creen. Hacen mil ofertas de servicio, y muchas veces aquel que las hace es el peor enemigo. Miran la rectitud y la buena fe como la virtud de los imbéciles; la modestia, la docilidad y la piedad cristiana como señales de un genio encogido, y todas las máximas que reinan entre ellas todas son opuestas á la verdadera sabiduría, todas perniciosas á la salud. Hé aquí el retrato mas parecido del mundo, de este mundo por el cual no ha rogado Jesucristo, de este mundo al cual el Espíritu Santo ha convencido de iniquidad y de injusticia; de este mundo, en fin, cuyos juicios tememos tanto, de este mundo á quien *tanto* contemplamos, y puede ser sirvamos como esclavos.

Punto segundo.—Considera con qué aprecio, ó por mejor decir, con qué desprecio debe mirarse un mundo enemigo declarado de Jesucristo, perseguidor implacable de su espíritu, un mundo tan opuesto á las máximas del Evangelio. Sin embargo, este es el ídolo á quien se aprende á ofrecerle votos cuási desde la cuna; este es el fantasma tan espantoso, cuya indignacion tanto se procura evitar; este es el mundo cuyos sufragios y aplausos se buscan con tanto afan; el mun-

do cuyos juicios y censura tanto se teme. ¿Es posible, Dios mio, que unos hombres que aman tanto la independencia reciban voluntariamente la ley de tantos géneros de gentes? Pero ¿es posible que cristianos instruidos en la escuela de Jesucristo no arreglen cuási toda su conducta sino conforme á las máximas de este mundo extravagante? Las personas virtuosas que viven en este país enemigo son no pocas veces tan cobardes que llegan á avergonzarse del Evangelio; como si en medio de una multitud de enfermos ó de insensatos debiese avergonzarse un hombre sabio de tener salud ó de tener juicio. No se atreven á parecer devotos en la compañía de aquellos que hacen ostentacion de no serlo. Témense las fastidiosas burlas, las mordaces chuladas de estos miserables censores. ¿Es posible que los Cristianos teman los juicios inicuos ó las injurias de los libertinos? No se necesita mucho para conocer qué es lo que pone de tan mal humor contra los buenos á esos críticos despreciables. Una mujer que se reforma es una censura insoportable á otras ciento que saben bien que tienen mas necesidad que ella de reformarse, y que no tienen ni bastante fortaleza de espíritu, ni bastante juicio para hacerlo. Un jóven, un militar que arregla sus costumbres, da una leccion picante de reforma á todos sus compañeros de desórden, á quienes su ejemplo hace sentir vivamente la indispensable necesidad que tienen de convertirse. Concíbese un secreto disgusto de ver que los que no eran mejores que nosotros se hayan hecho mas sabios. Crece el despecho con los remordimientos, y este es el verdadero orígen de las censuras y de las zumbas que se hacen de la virtud en el mundo; y esto es lo que debe esperarse mientras haya libertinos en el mundo. Pero ¿debe temerse, debe deferirse mucho á este fantasma? ¿Qué vergüenza no debe tener una persona cristiana de su cobardía en el servicio de Dios? Respetemos enhorabuena á todas las personas que obtienen un rango, que ocupan un lugar distinguido en el mundo; pero miremos con un soberano desprecio el espíritu y las máximas del mundo, tan contrarias al espíritu y á las máximas de Jesucristo.

Tal es, Señor, la resolucion que hago, y la gracia que os pido y espero obtener de vuestra infinita bondad.

Jaculatorias.—Apartad mis ojos de la vanidad que reina en el mundo, y haced que camine con valor por el camino que conduce á Vos. (*Psalm.* cxviii).

En el mundo no hay otra cosa que vanidad y nada. (*Eccl.* i).

PROPÓSITOS.

1 Míranse los buenos en el mundo como gentes simples, groseras, inútiles, porque no se hallan en todas las diversiones; desterrados en el mundo del comercio de aquellos que en él se llaman gentes de suposicion como indignos de presentarse en sus brillantes reuniones, son segun ellos, gentes que no saben vivir, y á quienes miran con lástima. Pero esperad un poco; esos dias placenteros se oscurecerán; ese brillo que encanta y ese tumulto que aturde, caerá. Llantos y amargos arrepentimientos sucederán á todos esos falsos placeres, á todos esos festines tan poco cristianos; la muerte pondrá en claro quién ha sido el sabio, y quién es el que se ha engañado. Si quereis ser verdaderos discípulos de Jesucristo, declaraos altamente contra el espíritu y las máximas del mundo; guardaos de avergonzaros jamás del Evangelio; no hagais ostentacion, pero sí profesion de piedad.

2 Tened horror á ese respeto humano, tan indigno de un cristiano, que impide muchas veces que se haga todo lo bueno que puede hacerse para dar buen ejemplo. Decid con frecuencia á vuestros hijos, á vuestros amigos y en ciertas ocasiones: ¿qué viene á ser este mundo? ¿por qué hemos de seguir los estilos y las máximas del mundo? ¿por qué nos hemos de sujetar á sus indignas leyes? Sea, pues, el Evangelio vuestra regla de costumbres. Prohibíos cuanto pudiéreis todas esas fiestas puramente mundanas; emplead ese tiempo en hacer la corte á Jesucristo.

DOMINGO QUINTO DESPUÉS DE PASCUA.

Parece que la Iglesia ha querido aprovecharse de la reprension que Jesucristo daba á sus Apóstoles, cuando habiéndoles declarado que habia llegado el tiempo en que era necesario que les dejase para volver á su Padre, en lugar de regocijarse de su triunfo y de la gloria de que iba á tomar posesion en el cielo, se habian abandonado á la tristeza mas amarga. La Iglesia, entrando en el sentido del Hijo de Dios como gobernada por su espíritu, parece que redobla su alegría é inspira á sus hijos los sentimientos de un gozo cada vez mas sensible, á medida que se acerca mas al dia de la ascension gloriosa del Salvador.

Publicad las voces de la alegría, las cuales deben resonar por todas

partes; publicadlas hasta los extremos de la tierra. El Señor ha librado á su pueblo; le ha sacado de la cautividad; le ha vuelto á su dulce patria: tribútense por siempre alabanzas, gloria, bendicion, y acciones de gracias á aquel por quien hemos recobrado por fin la libertad, y que nos ha abierto la celestial Jerusalen. *Pueblos de toda la tierra, testificad vuestra alegría al Señor: celebrad su nombre con vuestros himnos; dadle la gloria* que le es debida, *y no ceseis de alabarle.* Por este desahogo de alegría y con este cántico de gozo comienza hoy la Iglesia la misa. Este intróito está tomado de Isaías. Describiendo este Profeta el misterio de nuestra redencion, en la narracion que hace de la libertad del pueblo judío de la cautividad de Babilonia, la cual era la figura, convida á todas las naciones del mundo á que se derramen en regocijo, y que por todas partes se oigan sus voces de gozo y sus cánticos de alegría. (*Isai.* XLVIII). *Anunciad esta nueva, y publicadla hasta los confines del mundo. Decid en todas partes, el Señor ha rescatado á Jacob su siervo.* Á esta prediccion de Isaías es á la que alude la Iglesia en las palabras del intróito. Mas espiritual que lo eran entonces los Apóstoles (inconsolables por la pérdida que iban á hacer de la presencia corporal del Salvador) en la víspera de celebrar su gloriosa ascension al cielo, exhorta á sus hijos á que se regocijen por una separacion corporal que debia serles tan ventajosa, puesto que debia perfeccionar su fe y abrirles la entrada de la patria celestial. Porque, como dice el gran pontífice san Leon, la ascension triunfante de Jesucristo es una prenda segura de la nuestra. Tomando la cabeza posesion de su gloria, asegura el derecho y la esperanza que á ella tiene todo el cuerpo. ¿No es justo que ostentemos nuestra alegría con acciones continuas de gracias?

Llámase este domingo el domingo de las rogaciones, porque los tres dias que siguen están consagrados para dirigir súplicas solemnes al Señor, las cuales se llaman tambien letanías mayores; y tambien porque el Evangelio de este dia es una invitacion ejecutiva que nos hace el Señor á que le expongamos todas nuestras necesidades y le pidamos con confianza. Como el dia de mañana está singularmente dedicado á la fiesta de las rogaciones, se traslada á él su historia.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la católica de Santiago, la cual fue tambien el asunto de la Epístola del domingo precedente. Después de haber exhortado el santo Apóstol á los fieles á que se instruyan con cuidado en las verdades de nuestra Religion, les declara aquí que no basta escuchar y aprender todas las verdades del Evangelio, si no se ponen en práctica. *Poned en práctica,* her-

manos mios, les dice, *la palabra, y no la escucheis solamente, engañándoos á vosotros mismos.*

Las Epístolas de san Pablo hacian entonces mucho ruido entre los fieles. Muchos habian creido que las buenas obras no eran necesarias para la salud, y que bastaba la fe sin las buenas obras. De suerte que tomando mal el pensamiento de san Pablo abusaban de su doctrina. Entre los judíos convertidos los unos estaban escandalizados de una doctrina semejante, y miraban á san Pablo como enemigo de la ley, sin hacerse cargo de que el santo Apóstol no habla mas que de las ceremonias legales de la antigua ley, y de ningun modo de la observancia de la ley evangélica; otros, arrastrados del mismo error, miraban la nueva ley como inútil, y se figuraban que para salvarse bastaba tener fe. Para curar Santiago aquellos espíritus explica á los fieles los verdaderos sentimientos del apóstol san Pablo, y demuestra aquí que la fe sin las buenas obras es inútil, conforme á lo que escribe san Pablo á los romanos: *No ya aquellos que oyen la ley son justos delante de Dios, solo serán justificados los que practican la ley* (*Roman.* II); esto es, los que practiquen la ley, sean judios, sean gentiles, ya que hayan recibido la ley de Moisés, ya que no la hayan recibido, serán justificados no por las obras solas, sino por sus obras hechas por la fe y con la gracia que Dios les hubiere otorgado. (*Galat.* III). *La fe que obra por la caridad*, porque sin esta caridad viva y activa todo lo demás de nada sirve, como se explica el mismo Apóstol. (*I Corinth.* XIII).

Porque si alguno oye la palabra sin ponerla en práctica, se le comparará á uno que ve su rostro natural en un espejo, y que luego que se ha visto se retira y se olvida de su figura. El Evangelio, dice san Bernardo, es un espejo fiel, á nadie engaña, cada uno se ve en él tal como es: por mas que uno quiera ocultar sus defectos, la divina palabra nos los demuestra: secreta vanidad, amor propio sutil, pasion disimulada, exterior engañoso, todo disfraz aparece en este espejo, la menor arruga se descubre, en nada engaña. Pero ¿de qué sirve mirar al espejo si no se hace mas que como de paso, y un momento despues de haberse visto se olvida uno de las manchas que tiene en el rostro? Sin embargo ¿queremos ser dichosos? tengamos sin cesar delante de los ojos la ley del Evangelio que nos libra de la servidumbre de las ceremonias legales, y nos hace hijos de Dios. No, ella no nos ocultará ningun defecto, ella nos descubrirá lo que nuestro amor propio nos oculta. No la mirémos como de paso, antes sí escuchémosla con el designio de practicar lo que ella nos dice, y de

quitar los defectos que ella nos descubre; este es el medio de asegurar nuestra salud. En esta comparacion de que se sirve el Apóstol, el espejo es la palabra de Dios que nos representa lo que somos y lo que debemos ser: el rostro del hombre es el estado interior de su conciencia: los lunares del rostro son los pecados de que está manchada la pureza del alma: mirarse en el espejo es oir la palabra de Dios, y notar en ella la diferencia de lo que somos y de lo que debemos ser segun el Evangelio: olvidar el estado en que uno se ha visto, es poner en olvido las verdades que se nos han predicado: en fin, no lavarse es descuidar el corregirse, y borrar con las lágrimas de la penitencia la inmundicia de nuestros pecados.

Tambien advierte Santiago á los fieles que si alguno piensa que tiene religion, no refrenando su lengua sino engañándose á sí mismo, su religion en este caso es una religion frívola. Los judíos convertidos á la fe, á quienes está escrita esta carta, estaban todavía tan encaprichados en la observancia de sus ceremonias legales que no cesaban de prorumpir en quejas, y aun algunas veces en injurias contra los que no las observaban. Desplegaban sus celos y su pasion en agrias invectivas, y todo bajo del pretexto de celo por la religion, y esto fue lo que obligó al Apóstol á decirles que su pretendido celo era una ilusion; que la verdadera piedad consiste en pensar siempre bien de su prójimo, y no juzgar nunca ni hablar mal de nadie; y que el verdadero celo es inseparable de la circunspeccion, de la modestia y de la caridad. Por fin, concluye con una leccion que encierra otras muchas mas: la religion pura y sin mancha delante de Dios, les dice, la sólida piedad, el celo verdaderamente cristiano, no consiste en disputas ni en vanas especulaciones sino en la práctica constante de una ardiente caridad. Visitar los huérfanos y las pobres viudas en sus aflicciones, ejercitarse continuamente en las obras de misericordia, y preservarse de la inmundicia de este mundo corrompido en que vivimos; hé aquí lo que prueba visiblemente que somos cristianos, esto es lo que honra la religion que profesamos, y lo que constituye una prueba de ella.

El Evangelio de la misa de este dia es una parte de aquel admirable discurso que hizo Jesucristo á sus discípulos después de la cena la víspera de su muerte, en el que este divino Salvador, después de haberles dicho que iba á dejarles para acabar la grande obra de su salvacion con el sacrificio de su vida, les predice que su ausencia no seria larga, porque dentro de tres dias le volverian á ver en un estado muy diferente del en que le habian visto. Que por lo que mi-

raba á ellos se verian en verdad en la desolacion y en la tristeza; pero que su tristeza se convertiria en una alegría que nadie seria capaz de quitarles. Esto bastará, les decia, para enjugar todas vuestras lágrimas, para calmar todas vuestras inquietudes, y para indemnizaros con muchas ventajas de todo lo que hubiéreis padecido por mi amor. Entonces mas que nunca comenzaréis á gozar del favor de mi Padre. El Espíritu Santo os colmará de sus dones, y os instruirá tan perfectamente en todas las cosas, que no tendréis ya necesidad de tenerme visiblemente cerca de vosotros para consultarme en vuestras dudas. Por lo que hace á mi Padre, él os ama porque vosotros me amais, y os aseguro en verdad que no os negará nada de lo que le pidiéreis en mi nombre y por mis méritos. Ved aquí, os enseño un nuevo modo de orar muy fácil y muy eficaz, el cual no se hará comun hasta que mi reino se hubiere establecido en el cielo, en donde yo seré vuestro mediador, siempre pronto á apoyar vuestras peticiones. Mi Padre no podrá negarme nada, ni tampoco á vosotros siempre que lo pidiéreis en mi nombre. Hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedir en nombre del Salvador, dice san Gregorio, es pedir lo que es verdaderamente útil para la salvacion. Los Apóstoles habian pedido al Salvador muchas cosas: san Juan y Santiago le habian pedido los dos primeros puestos en su reino; san Pedro le habia pedido la curacion de su suegra; pocos de sus Apóstoles habian dejado de pedirle algun favor, ó para sí mismos, ó para sus amigos; pero el Hijo de Dios cuenta por nada todo lo que no se dirige á la salvacion ó á la perfeccion. ¡Bienes temporales, vanos honores, salud corporal, vosotros no sois objetos dignos de la atencion de Dios! ¿Á cuántos cristianos podria hacerse el dia de hoy la misma reconvencion que Jesucristo hizo á sus discípulos? ¿Cuántos no han pedido aun nada en nombre del Salvador? *Pedid y recibiréis;* la promesa que os hago, dice el Salvador, debe inspirar á vuestra alma un gozo lleno y perfecto. En efecto, ¿qué cosa de mas consuelo que el estar seguros de que todas vuestras peticiones serán eficaces? Vosotros poseeis el secreto para ser siempre oidos. Pedid en mi nombre; vuestra oracion será siempre oida. ¿Qué es, pues, lo que podrá turbar jamás vuestra alegría, si estais seguros de obtener infaliblemente todo lo que pidiéreis?

Hasta aquí, continúa el Salvador, os he hablado en parábolas, esto es, de una manera figurada y enigmática, porque no érais todavía capaces de comprender los grandes misterios de la Religion. Esta es la última conversacion que tendré con vosotros antes de mi muerte.

Os he hablado en términos figurados y oscuros, me he servido de ciertas parábolas cuyo sentido no habeis podido penetrar. De aquí adelante me explicaré con vosotros sin figuras; os hablaré claramente de mi Padre después de mi resurreccion; os descubriré sin enigmas y sin parábolas el misterio inefable de la Trinidad, el de mi encarnacion, el de mi pasion, el de mi muerte, todo lo que concierne á la economía de la salvacion y al establecimiento de mi Iglesia, y vosotros comprenderéis todo lo que yo os diré en virtud de la inteligencia que os dará el Espíritu Santo. Entonces vosotros mismos tendréis un acceso inmediato á este Padre infinitamente bueno é infinitamente liberal; no tendréis que pedirle en mi nombre para ser oidos. No tengo necesidad de deciros que yo rogaré á mi Padre por vosotros, y que uniré mis ruegos á los vuestros; vosotros debeis estar seguros que os amo mucho para que jamás os olvide; pero aun cuando yo no concurriese para que obtengais lo que pidiéreis, basta que me hayais amado y que hayais creido en mí para obligar á mi Padre á que os acuerde el efecto de vuestras peticiones. ¡Oh, y cuánta verdad es que no hay verdadera probidad, verdadera sabiduría ni verdadera justicia sino la que está fundada en el conocimiento y en el amor de Jesucristo! El Padre no ama sino á los que conocen y aman á su Hijo; á nadie oye sino en virtud de los méritos de su Hijo. Vana sabiduría, probidad simulada, fantasma de hombre de bien, cuando el conocimiento y el amor de Jesucristo no son el alma de esta pretendida sabiduría, de esta aparente probidad; ninguno es hombre de bien si no es verdaderamente cristiano.

Viendo el Salvador á sus Apóstoles movidos y penetrados de las verdades que acababa de enseñarles, les hizo en dos palabras un compendio, por decirlo así, de los mas grandes misterios de nuestra Religion. *Yo he salido de mi Padre*, les dice, *y he venido al mundo; así tambien dejo el mundo, y me vuelvo á mi Padre.* Estas pocas palabras encierran los principales artículos de nuestra fe en órden á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna: *Yo he salido de mi Padre:* su encarnacion, *he venido al mundo:* su resurreccion y su gloriosa ascension, *me vuelvo á mi Padre.* Hé aquí en pocas palabras toda la economía de la redencion del género humano, y el compendio de nuestra creencia. No habiendo comprendido los Apóstóles el sentido de las palabras de Jesucristo: *Dentro de poco tiempo no me veréis ya, y poco tiempo después me volveréis á ver, porque me voy á mi Padre;* querian preguntárselo, pero conociendo el Salvador su pensamiento habia prevenido su deseo, y se habia explicado mas claramente. Esto

fue lo que obligó á los Apóstoles á decir: *Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte* para aclararle sus dudas, porque tú las sabes aun antes que te se propongan; tú descubres lo mas secreto del corazon, *y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.* Solo Dios es el que puede penetrar el fondo del corazon, y descubrir los mas secretos pensamientos; así es que nada nos confirma mas en la fe en que estamos de que tú eres el verdadero Mesías y el verdadero Hijo de Dios.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, à quo bona cuncta procedunt, largire supplicibus tuis: ut cogitemus, te inspirante, quae recta sunt, et te gubernante, eadem faciamus. Per Dominum...

Ó Dios, que sois el autor y la fuente de todo bien, suplicámoos con el mayor encarecimiento que os digneis concedernos la gracia de que conozcamos lo que debemos hacer, y la de hacer lo que debemos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la del apóstol Santiago, capítulo I.

Charissimi: Estote factores verbi, et non auditores tantum; fallentes vosmetipsos. Quia si quis auditor est verbi, et non factor, hic comparabitur viro consideranti vultum nativitatis suae in speculo: consideravit enim se, et abiit, et statim oblitus est qualis fuerit: qui autem perspexerit in legem perfectam libertatis, et permanserit in ea, non auditor obliviosus factus, sed factor operis, hic beatus in facto suo erit. Si quis autem putat se religiosum esse, non refrenans linguam suam, sed seducens cor suum, hujus vana est religio. Religio munda, et immaculata apud Deum et Patrem, haec est: Visitare pupillos et viduas in tribulatione eorum, et immaculatum se custodire ab hoc saeculo.

Amadísimos hermanos: Practicad la palabra, y no os contenteis solo con oirla, engañándoos á vosotros mismos; porque si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, que luego que se ha visto se retira, y se olvida inmediatamente lo que era. Mas el que considera con atencion la ley perfecta, que verdaderamente libra, y se apegare á ella, no como un hombre que escucha y que olvida, sino como un hombre que pone por obra lo que contiene, este será bienaventurado en su conducta. Si alguno piensa que tiene religion, no poniendo freno á su lengua, sino engañándose á sí mismo, su religion es bien frívola. La religion pura y sin mancha delante de Dios nuestro Padre, es esta: visitar los huérfanos y las viudas en su afliccion, y preservarse de la inmundicia de este siglo.

REFLEXIONES.

Si hay alguno que no haga mas que escuchar la palabra, sin ponerla en ejecucion, á este tal se le comparará á un hombre que mira su rostro natural en un espejo, que luego que se ha visto se retira, y se olvida inmediatamente lo que era. Pocos libros espirituales hay, pocos discur-

sos cristianos que no sean espejos fieles, en donde cada uno puede verse tal como es. En efecto, por poco talento que uno tenga, se reconoce fácilmente en el retrato que hace un predicador cristiano y hábil; hállase uno pintado al natural en la lectura que hace de un libro de piedad. Están tan marcados sus rasgos, sus defectos, sus desarreglos, sus pasiones, su humor extravagante, su natural inmortificado, la irregularidad de su conducta; todo se ve allí tan semejante que no puede uno menos de reconocerse en ello. Nuestra conciencia nos dice en cada página y en cada carácter: *tú mismo eres* de quien aquí se hace el retrato; tu mal humor, tu ira, tus arrebatos, tu avaricia, tu dureza con tus hermanos, tu mundanidad, tu molicie, esto es lo que aquí se pinta. Yo me leo en este retrato, yo me veo en este espejo; contra mis hábitos viciosos, contra mis intrigas criminales, declama tambien el predicador, él habla de la inutilidad, del poco fruto de mis confesiones y de mis Comuniones; ese pecador endurecido y eternamente rebelde á la gracia; esa mujer mundana tan escandalosa; ese hombre embriagado en el cuidado de los negocios temporales, y que ni piensa en el de su salvacion; esa persona devota en apariencia, y en el fondo tan inmortificada, tan imperfecta; ese jóven aturdido; ese libertino mas pagano que cristiano; ese soy yo. Por mas que se quiera aplicar lo que se lee ó se oye á cualquiera otro, la conciencia no cesa de clamar: tú mismo eres. El retrato es muy semejante para que no hiera; el espejo es muy fiel para que en él se vea otra imágen. Se ve uno allí, reconócense allí las manchas, la deformidad, las irregularidades de los rasgos nos chocan; vemos en ellas toda su fealdad, y la gracia interior nos inspira el horror. ¿Quién no diria que después de haberse uno visto en este espejo, tal como es; que al salir del sermon que tanto nos ha movido; después de haber hecho aquella lectura tan patética que nos ha horrorizado, íbamos al momento á trabajar, á reformar las costumbres, á reparar las malas confesiones, á restituir la hacienda tan mal adquirida, á romper aquel hábito, aquella intriga criminal; quién no diria que después de haberse uno visto tan feo, tan irregular, tan horrible en este espejo fiel, iba sin demora á lavar estas manchas, á reformar todos estos rasgos irregulares, que iba, en fin, á convertirse y á reformarse? pues nada menos que esto. Todo esto nos ha hecho eco, nos ha movido hasta arrancarnos lágrimas, nos ha espantado; pero apenas nos hemos visto y retirado, cuando nos hemos olvidado de lo que somos. Un negocio á que volvemos á aplicarnos en cuanto salimos de allí, una diversion que se

renueva, una conversacion que se tiene, una noticia que se oye, una persona que se ve, un libro profano que se lee, nos hace olvidar el retrato horrible que acabamos de ver de nuestro interior, de nuestra alma; aquel proyecto, aquel aparato de conversion se extingue en su nacimiento, y pasada la Pascua, acabado el retiro espiritual, después de todas estas bellas esperanzas, nos quedamos tales, y puede ser que peores que éramos antes. ¡Dios mio! ¡qué funesto es este olvido! El retrato que se ha olvidado volverá á parecer, el espejo se presentará otra vez á nuestra vista á la hora de la muerte; cerrados nuestros ojos á todos los objetos exteriores, no se abrirán entonces mas que para vernos tales como hemos sido, y tales como somos. Pero ¡Dios mio! ¡qué triste, qué espantoso, qué desesperante será el verse con tantas irregularidades y tantas manchas sin tener tiempo de lavarlas y de repararlas!

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo XVI *del de san Juan.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Amen, amen dico vobis: si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vos. Usque modo non petistis quidquam in nomine meo. Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum. Haec in proverbiis locutus sum vobis. Venit hora, cum jam non in proverbiis loquar vobis, sed palam de Patre annuntiabo vobis. In illo die in nomine meo petetis: et non dico vobis quia ego rogabo Patrem de vobis: ipse enim Pater amat vos, quia vos me amastis, et credidistis, quia ego à Deo exivi. Exivi à Patre, et veni in mundum: iterum relinquo mundum, et vado ad Patrem. Dicunt ei discipuli ejus: Ecce nunc palam loqueris, et proverbium nullum dicis: nunc scimus quia scis omnia, et non opus est tibi ut quis te interroget: in hoc credimus, quia à Deo existi.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo, que si pidiéreis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre: pedid, y recibiréis para que vuestro gozo sea completo. Os he dicho todas estas cosas en parábolas; es llegado el tiempo en que no os hablaré mas en parábolas, sino que os diré con claridad todo lo que tiene relacion con mi Padre. Vosotros pediréis entonces en mi nombre, y no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; pues que mi Padre mismo os ama, porque vosotros me habeis amado, y habeis creido que he salido de Dios. Yo he salido de mi Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo al mundo, y me voy á mi Padre. Dijéronle entonces sus discípulos: Ahora hablas claramente y no te sirves de parábolas. Ahora estamos convencidos de que sabes todas las cosas, y que no necesitas que nadie te pregunte, y esto es lo que nos hace creer que has salido de Dios.

MEDITACION.

De la confianza en Dios.

Punto primero. — Considera cuán poderosos son los motivos que tenemos para tener una entera confianza en Dios, y cuán eficaces deben ser para un espíritu y para un corazon cristiano. Nada hay, al parecer, á que Jesucristo se haya obligado mas frecuentemente ni con mas solemnidad que á oir nuestras oraciones, y cuanto pidiéremos á su Padre en su nombre; y sin embargo apenas tenemos confianza en Dios, ó á lo menos nuestra confianza en Dios es siempre vacilante. ¡Cosa extraña! Parece que solo en Dios es en quien no tenemos confianza, al paso que cualquiera otro apoyo, por débil que sea, nos parece incontrastable. Los sabios del mundo se apoyan en su prudencia, como si fuese infalible. Los ricos cuentan con su oro, los jóvenes con su edad, las personas robustas con su salud, como si fuesen todas estas cosas fundamentos muy sólidos. Confíase tanto en el favor, en la autoridad, en los amigos, que no se duda emprenderlo todo con tales apoyos. Todos los dias experimentamos la impotencia y la infidelidad de las criaturas, sin que esto pueda rebajar nada la confianza que tenemos en ellas: no dejamos de volver á confiar en esas cañas que tantas veces se han doblado, que tantas veces se han hecho pedazos en nuestras manos. ¿En qué consiste, pues, que esperamos tan poco en el Señor, en este Señor cuyo poder es inmenso, y su fidelidad tan probada? ¿en qué consiste que á pesar de todo lo que creemos acerca de la bondad y de la ternura de este Salvador para nosotros, tenemos tanta dificultad en poner nuestra confianza en él? Esto consiste en que no cuidamos de traer á la memoria, de meditar los motivos y las razones que tenemos para colocar en él toda nuestra confianza. Acordémonos de lo que Dios ha hecho en nuestro favor, y de lo que ha dicho. Misterio incomprensible de la Encarnacion, nacimiento oscuro, vida pobre y laboriosa, tormentos excesivos, muerte ignominiosa, y para hacer este sacrificio perpetuo, compendio milagroso de todas las pruebas, de todos los milagros de su amor en el adorable sacramento de la Eucaristía. ¿Qué nos parece? ¿nos ama este Dios? este Dios, este Salvador, ¿merece nuestra confianza? Tan justo como quisiéremos este juez, es nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Padre: quiere que su misericordia sea el mas brillante y el principal de sus divinos atributos; esto es lo que obligaba á decir al santo Job: *Sí, aun cuando Dios me matase, yo no*

dejaria de esperar en él. Después de todo lo que Dios ha hecho por nuestra salud, ¿podríamos con razon no esperar en su misericordia? Por grandes pecadores que seamos, la vista de su cruz y de su sangre derramada por nosotros ¿no debe calmar todos nuestros temores, y reanimar toda nuestra confianza? Pero si á lo que este Dios Salvador ha hecho añadimos lo que ha dicho para hacernos esperar en él, ¿qué es lo que puede trastornar nuestra fe y nuestra confianza? Yo os lo digo en verdad: si pidiéseis alguna cosa á mi Padre en mi nombre, os la concederá. Parece como que temeis, ó agotar mis tesoros, ó cansar mi paciencia; hasta aquí nada habeis pedido en mi nombre. Pedid y recibiréis: yo no os digo que rogaré á mi Padre en favor vuestro; mi mismo Padre os ama, y no podrá negaros nada. Busquemos, imaginemos términos mas afectuosos, expresiones mas tiernas, mas eficaces, para excitar nuestra confianza.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que Dios se ha obligado á asistirnos en todas nuestras necesidades, á protegernos en todos nuestros peligros, á concédernos todo lo que esperásemos de su bondad, y se ha obligado á ello en todas maneras. Nos ha dado su palabra, y la ha dado en términos tan claros y tan enérgicos, que no puede dudarse ni de su bondad, ni de su voluntad, sin acusar á Dios de doblez y de engaño. Sabemos que Dios no puede mentir. Creemos el misterio de la Trinidad, porque el Señor ha dicho que en la naturaleza divina hay una trinidad de personas que no destruye la unidad. El mismo Dios ha dicho en términos todavía mas claros que nos concederá todo lo que le pidiésemos; que aun sin esperar que se le pida, vela sobre todas nuestras necesidades para proveer á ellas; declara que cualquiera que espera en él, no será defraudado en su esperanza; declara que no hay peligro tan grande, necesidad tan ejecutiva de que no saque á los que recurrieren á su bondad. Toda la santa Escritura está llena de estas promesas. ¿Tememos que Dios falte á su palabra? ¿Dudamos de su sinceridad? ¿Quién ha esperado en él, dice el Profeta, que haya sido engañado? Dios promete á Abraham que poblará la tierra de sus descendientes; su hijo Isaac, segun la promesa del Señor, debe ser el padre de todo este pueblo. Sin embargo, Abraham recibe órden de Dios para que degüelle á este hijo único, sobre el cual estribaban todas las promesas del Señor, y este Patriarca mira como un deber la obediencia. Pero ¿y en qué vendrán á parar las promesas de Dios? Esto no le embaraza. Dios le ha prometido una larga posteridad, y en verdad que un hijo muerto no

parece que pueda ser padre de una nacion entera. Pero ¿es posible que Dios haya engañado á su siervo, ó que haya de hacer traicion á su palabra? Aun cuando fuera necesario trastornar todo el universo y crear un nuevo mundo, el Señor no se desmentirá jamás: puede hacerlo todo, y lo hará todo, antes que dejar de hacer lo que ha prometido. Estaba bien persuadida de esta verdad la mujer Cananea; así por mas que el Hijo de Dios la rechace, como indigna de la gracia que le pedia, y aunque se sirva de términos duros, nada la desanima, su confianza persevera á pesar de la repulsa; por mas que la despida, persiste en pedir, y ella obtiene y es atendida con elogio. ¿En qué consiste que teniendo tantas razones para tener una entera confianza en Dios, tenemos tan poca? ¿qué es lo que nos la extingue? ¿qué es lo que la sufoca? no otra cosa sino nuestra cobardía, nuestra infidelidad en el servicio de Dios. Nosotros se lo negamos todo á Dios; no podemos persuadirnos que quiera oir nuestras súplicas y concedernos nuestras peticiones: nuestras infidelidades son las que extinguen toda nuestra confianza.

Comenzad, Señor, por concederme la gracia que os pido con confianza á pesar de mis infidelidades pasadas, la cual consiste en serviros de aquí adelante sin reserva. No, Dios mio, yo no quiero negaros nada, y espero que me concederéis todo lo que os pidiere para mi salvacion.

JACULATORIAS.—En solo Dios está toda mi gloria, mi salud, mi apoyo y mi esperanza. (*Psalm.* LXI).

Mi mismo Dios se ha constituido el apoyo de mi confianza, mi refugio y todo mi consuelo. (*Psalm.* XCIII).

PROPÓSITOS.

1 No hay que buscar otra causa de nuestra falta de confianza en Dios, que nuestra ingratitud y nuestra poca devocion. Cuando no se cesa de desobligar á alguno, no es posible creer que la persona desobligada, por mas llena de bondad que se la suponga, quiera complacernos. Propiamente el testimonio de nuestra conciencia es el que debilita nuestra confianza en Dios y la hace tan vacilante. ¿En qué consiste que las almas fieles, que los Santos tienen todos tanta confianza en Dios? Esto consiste en que su conciencia no les arguye de ninguna desobediencia considerable. ¿Quereis tener esta fuerte, esta entera confianza en Dios? No le negueis nada de cuanto os pidiere, y entonces pedidle sin desconfianza, y esperaréis en él sin dudar.

2 Ninguna cosa nos hace tanto daño como esta falta de confianza en Dios; este defecto hace todas nuestras oraciones infructuosas; seríamos omnipotentes para con el Señor, si no careciésemos de fe y de confianza en él. No dejeis de excitar diariamente vuestra confianza, y especialmente en vuestra oracion de la mañana. En el discurso del dia repetid muchas veces esta corta oracion del Profeta: *En Vos, Señor, he puesto toda mi esperanza; no seré yo confundido*. Antes de pedir nada al Señor, reanimad vuestra confianza con esta oracion. Sea vuestra devocion favorita, y vuestra principal virtud, vuestra entera confianza en Dios.

LAS ROGACIONES.

Los tres dias que siguen al quinto domingo después de Pascua, y preceden inmediatamente á la fiesta de la Ascension, están consagrados por la Iglesia á rogativas públicas y solemnes, acompañadas de ayunos ó de abstinencias, y de procesiones para pedir á Dios que se digne bendecir los bienes de la tierra, y proveer á todas nuestras necesidades.

San Mamerto, obispo de Viena en el Delfinado, estableció las rogativas públicas en su diócesis el año de 470, con el motivo siguiente:

Desde que los borgoñones se habian hecho dueños de esta parte de la Galia Vienesa, que hoy se llama el Delfinado y la Saboya, no se habia pasado año, ni estacion en el año, en que el país no se hubiese visto afligido con algun nuevo azote, y la desolacion era general. Eran muy frecuentes allí los terremotos, y los edificios mas sólidos no podian resistir á tan crueles sacudidas. Las bestias salvajes desolaban toda la campiña; una infinidad de lobos rabiosos entraban hasta las ciudades y en las casas en medio del dia, y devoraban á todos los que encontraban: cada dia, dicen los historiadores, parecia producir algun nuevo indicio de la indignacion divina. Los incendios eran muy frecuentes; pocas semanas habia en que no fuese alguna casa en Viena reducida á cenizas. La noche de Pascua del año de 470, mientras que todo el pueblo estaba reunido en la iglesia mayor con su obispo san Mamerto para la celebracion de los sagrados misterios, prendió el fuego en la casa del Ayuntamiento, que era un edificio magnífico y muy elevado, sobre una eminencia que dominaba toda la ciudad. Cada cual temia por su casa, y el sobresalto fue universal. Todo el mundo salió de la iglesia, y se interrumpió el

oficio divino. El santo Obispo permaneció solo delante del altar, en donde postrado y deshecho en lágrimas, rogó fervorosamente al Señor que librase á su pueblo de tantos azotes, y para aplacar la cólera de Dios hizo voto de establecer todos los años las rogativas, ú oraciones públicas, y las procesiones en su diócesi. Sobre la marcha cesó repentinamente el fuego, cuando parecia que iba á consumir toda la ciudad. La alegría que este acontecimiento maravilloso causó en los ánimos hizo volver á todo el mundo á la iglesia. San Mamerto después de haber concluido los santos misterios, y dado públicamente humildes gracias á Dios por un favor tan visible, declaró á su pueblo el voto que habia hecho, y les exhortó á que uniesen la penitencia á la oracion. Todo el mundo aplaudió los medios que habia tomado el santo Obispo para aplacar la cólera de Dios, y no quedó duda á nadie que la extincion súbita y milagrosa del incendio se debia á las oraciones y al voto del santo Prelado. Habiendo, pues, el santo Obispo conferenciado sobre ello con el clero, se fijaron estas rogaciones á los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension, y ordenó que todos tres fuesen dias de ayuno. Por la primera vez se celebró esta funcion de penitencia con mucho aparato, y todavía mas devocion. Queriendo san Mamerto contemporizar con la flaqueza de los que no hubieran podido sufrir la fatiga de una marcha demasiado larga en ayunas, se contentó con señalar para la estacion, ó término de la primera procesion, una iglesia de fuera que no estaba muy léjos de las murallas de la ciudad. Todo el mundo se halló en ella, y la multitud ostentó una devocion tan edificante, un corazon tan contrito y tan humillado, y un fervor tan general, que habiendo parecido muy corto el término de la primera procesion, se pidió que el término de las procesiones que debian hacerse en los dias siguientes fuese mas léjos.

Conocióse bien desde la primera vez cuánto habia agradado á Dios la devocion y la penitencia del pueblo de Viena. No volvieron mas á sentirse temblores de tierra, no parecieron mas lobos, la campiña no fue ya nunca asolada, y no hubo ya en adelante que quejarse de la intemperie del aire, ni del desarreglo de las estaciones.

Era muy interesante esta piadosa institucion para que quedase reducida á la ciudad, ó á la sola diócesis de Viena: la mayor parte de las iglesias de las Galias se decidieron á imitar un ejemplo tan santo. Las rogaciones vinieron á ser una fiesta de obligacion en cuási todas las diócesis, á fin de que lo que habia servido de remedio, fuese en lo venidero un preservativo. Considerando los Obispos la sabiduría

de la institucion de las rogaciones, hecha por san Mamerto, creyeron que no podian hacer cosa mejor que conformarse con ella por el tiempo, por las oraciones, y por todo lo demás. El concilio de Orleans celebrado el año de 511 ordenó que las rogaciones se hiciesen en toda la Francia en el mismo tiempo y de la misma manera que se hacian en Viena. Esta costumbre pasó á España hácia el principio del siglo VII, pero no se hizo obligatoria ni de oficio para toda la Iglesia latina hasta que el Papa hizo de ella una ley de disciplina eclesiástica que está hoy en uso en todas partes. El papa Leon III fue el que estableció en Roma y por todas partes las rogaciones hácia el fin del siglo VIII, sin obligar á los fieles al ayuno, en razon de hacerse dentro del tiempo pascual. Carlo Magno y Carlos el Calvo han promulgado leyes para la observancia de las rogaciones, prohibiendo trabajar en estos dias, lo cual se ha observado mucho tiempo en la Iglesia galicana. El ayuno, que se observaba al principio con mucha regularidad, se ha convertido después en simple abstinencia por consideracion al tiempo pascual que es un tiempo de regocijo; pero la práctica constante en toda la Iglesia católica para la observancia de las rogaciones ha sido siempre el acompañar estas preces públicas con espíritu de penitencia y de compuncion, y servirse de las letanías para pedir á Dios, por la invocacion de los Santos y por su intercesion, la remision de los pecados, los socorros necesarios tanto espirituales como corporales, la paz de la Iglesia y del Estado, la conservacion de los bienes de la tierra, y la separacion de todo lo que puede dañarnos ó turbarnos. Este es el fin que la Iglesia se propone en estas rogativas públicas.

Sidonio Apolinar dice que antes de san Mamerto se celebraba ya una especie de rogaciones ó preces públicas y procesiones, las cuales se hacian con poco órden, y con menos devocion todavía; pero que san Mamerto habia instituido otras mucho mas fervorosas, con mas órden y disciplina, y en un tiempo determinado. Se ve en la historia de la vida de san German, obispo de Paris, escrita por Fortunato, que estas rogativas ú oraciones públicas se llamaban las letanías, es decir, que en el siglo VI se celebraban las rogaciones como en el dia de hoy. Decíase la misa que se llamaba de las rogaciones, hacíase la procesion, y en ella se cantaban las letanías. Esta palabra *letanías* es un nombre que viene del griego, y significa oracion pública. Es una forma de oracion lacónica y concisa que se canta en honor de los Santos, de los que contiene ciertos elogios ó atributos, al fin de cada uno de los cuales se les hace una invocacion en los mis-

mos términos, la cual sirve como de estribillo [1]. Las letanías de los Santos ó de la santísima Vírgen que se cantan en las procesiones tienen por respuesta esta corta oracion: *Ruega por nosotros;* y cuando se invocan las personas de la santísima Trinidad, se dice: *Ten misericordia de nosotros.* Todas comienzan por estas dos palabras griegas: *Kyrie eleïson:* Señor, ten misericordia de nosotros. Hállase tambien en un antiguo Ritual romano que alguna vez se cantaban letanías en las que no se decia mas que *Kyrie eleïson:* lo cual se repetia hasta cien veces, y otras tantas *Christe eleïson.* Llámanse *Letanías mayores* las de la fiesta de san Marcos, instituidas por el papa san Gregorio el año de 590, en las que después de la invocacion de la divina misericordia se invocan los Santos, y se les pide su intercesion y sus oraciones para con Dios. De suerte que desde el siglo V, y aun antes, se ha dado el nombre de letanías á las oraciones que ya se rezaban en las procesiones, en las que se dirigian los fieles á Dios para exponerle sus necesidades, y á los Santos para suplicarles que intercediesen por nosotros para con el Padre de las misericordias.

La procesion de una iglesia á otra cantando las letanías es una de las circunstancias de las rogaciones. En esta ceremonia eclesiástica, siguiendo al clero el pueblo, une sus oraciones á las de los ministros del Señor para implorar su misericordia. El orígen de las procesiones es muy antiguo. Ellas han estado en uso en la Iglesia desde luego que pasaron las persecuciones, y nada ha podido después interrumpir esta piadosa práctica. San Juan Crisóstomo, que vivia en el siglo IV, hacia á su pueblo de Constantinopla que hiciese procesiones en las que se llevaba la cruz con hachas encendidas, y se cantaban preces para pedir á Dios la conversion de los herejes y los socorros del cielo en las necesidades públicas. Léese poco mas ó menos lo mismo en la vida de san Porfirio, obispo de Gaza en Palestina, que murió hácia el año de 425. Precedia la cruz al clero, que iba de dos en dos, al cual seguia el pueblo cantando salmos. San Ambrosio habla de las procesiones que se acostumbraban hacer en Milan para implorar la misericordia de Dios. La que se hizo en Milan en tiempo de este santo Prelado para transportar las reliquias de san Gervasio y san Protasio, es una de las mas célebres. San Ambrosio y san Agustin refieren el insigne milagro de que fueron testigos en la persona

[1] La Iglesia de España no admite para las preces públicas las letanías de que habla aquí el P. Croisset; así que en la de los Santos y en la de la recomendacion del alma se hace simplemente la invocacion de los Santos sin elogios ni atributos, y con sola la respuesta á cada uno de la oracion: *Ruega, ó rogad por nosotros.*

de un ciego que recobró la vista durante la procesion por el contacto de las reliquias. Y el venerable Beda en la vida de san Curberto, hablando de la procesion de las rogaciones, hace mencion de las reliquias que se llevaban en ella, como de una costumbre establecida en toda la Iglesia. Lanfranco habla de las letanías, de la cruz, del agua bendita, del libro de los Evangelios, y de las reliquias que se llevaban en las procesiones de las rogaciones, y en las que se hacian en tiempo de calamidades públicas. Las procesiones mas solemnes son las del santísimo Sacramento, las de las Rogaciones, de la Purificacion y de los Ramos, y las que se hacen en Francia el dia de la Asuncion de la santísima Vírgen por voto del rey: las que se hacen extraordinariamente por el jubileo, y las que se hacen para aplacar la cólera de Dios en las calamidades públicas. Las procesiones son mas frecuentes en el tiempo pascual, porque es menester pedir á Dios su bendicion sobre los frutos de la tierra, que corren entonces mayores riesgos. De aquí ha venido la religiosa práctica de las gentes de la campiña de hacer en esta estacion tan frecuentes procesiones.

De todo lo que acaba de decirse con respecto á las rogaciones, á las plegarias públicas, á las santas reliquias que se llevan en las procesiones y á todas las demás prácticas de religion, cuási tan antiguas como la Iglesia, ¿qué de reflexiones nacen contra los herejes, cuyas sectas tan contrarias á este primitivo espíritu del Cristianismo, se atreven todavía á condenar unos usos nacidos, por decirlo así, con la Iglesia, y autorizados por la práctica de todos los Santos en todos los tiempos?

Aunque los tres dias que preceden á la fiesta de la Ascension sean todos tres de rogaciones, la Iglesia, sin embargo, no ha asignado oficio particular mas que á esta segunda feria. El intróito de la misa de este dia está tomado del salmo XVII. Como es este un dia de rogaciones, esto es, de súplicas solemnes para obtener del Señor todos los auxilios espirituales y temporales que necesitamos, la Iglesia comienza la misa por un verso del salmo mas á propósito para inspirarnos la confianza que debe acompañar á todas nuestras peticiones para que sean eficaces, y sin la cual no serémos jamás oidos. Este salmo es un cántico de accion de gracias de David á Dios, en el que después de haber referido todos los peligros á que ha estado expuesto y las victorias que ha conseguido sobre todos sus enemigos por una proteccion especial, protesta que nada será jamás capaz de alterar su confianza ni debilitar su amor á Dios. *Mi voz*, dice el Profeta, *ha podido penetrar hasta lo mas alto del cielo, que es su templo y su man-*

sion ordinaria; mis clamores han llegado á él: los ha oido y me ha escuchado: ¡qué confianza no debo tener en él, y qué acciones de gracias no debo rendirle! *Yo os amaré, Señor, á Vos que sois toda mi fortaleza: el Señor es mi apoyo, mi refugio, mi libertador.* Con tales sentimientos no podrá Dios menos de oir nuestras peticiones. Todo este salmo es de los mas nobles y mas cristianos afectos, y su estilo es bello y admirablemente elevado. Comienza por las alabanzas magníficas del Señor, y por la mas humilde accion de gracias. En seguida expone David los peligros en que se ha visto; después describe en términos pomposos el modo con que Dios le ha socorrido y libertado de ellos; en fin, después de haber ensalzado las gracias que ha recibido, concluye con las alabanzas y acciones de gracias. San Gerónimo dice que este salmo, describiendo los combates de David contra sus enemigos, figura las victorias de Jesucristo sobre los judíos, enemigos mortales del Mesías, y las de la Iglesia sobre todos sus perseguidores.

La Epístola de la misa de este dia está sacada del capítulo quinto de la Epístola del apóstol Santiago; es una instruccion abreviada de las disposiciones con que se debe orar, y del fruto que debe sacarse de la oracion.

Confesad vuestros pecados el uno al otro, y rogad los unos por los otros para que os salveis. No basta detestar vuestros pecados en el fondo del corazon, dice el santo Apóstol: este dolor interior y sobrenatural, esta verdadera contricion es sin duda necesaria, pero no basta para obtener el perdon de los pecados mortales; es preciso declararlos, confesarlos con humildad al sacerdote, que es el único que tiene poder para absolvernos: es un juez, y es necesario instruirle del proceso; es un médico, y es preciso declararle nuestras llagas y nuestras enfermedades, á fin de que las aplique los aparatos y los remedios necesarios. *Confesaos uno á otro vuestros pecados.* Por estas palabras, dicen los intérpretes y santos Padres, declara visiblemente el santo Apóstol el precepto divino de la confesion sacramental. (*Cornel. Alápide*). Uno de los mas sábios intérpretes dice que Santiago no se ha servido de esta expresion *uno á otro*, sino para hacer la práctica de la confesion mas fácil y el precepto mas suave. No obstante que solo al sacerdote sea á quien debemos confesar nuestros pecados, se sirve el santo Apóstol del término *uno á otro* para hacernos comprender mejor que aquel á quien declaramos en secreto todas nuestras miserias, está tambien sujeto á las mismas flaquezas y á las mismas tentaciones que nosotros, y es capaz de caer en los mismos des-

órdenes. *Uno á otro,* porque aunque el carácter sacerdotal eleva al sacerdote sobre el lego y le da el poder de absolver al pecador, no le saca de la clase de los hombres, y por mas sublime que sea la dignidad del sacerdote, siempre se verifica que la confesion se hace de hombre á hombre, *el uno al otro,* lo que demuestra á los mismos sacerdotes la obligacion que tienen tambien ellos de confesarse. Si se han visto pecadores que han declarado sus culpas á simples legos, son estos actos de humildad muy laudables, y que pueden obtenerles del Señor la gracia para formar una contricion perfecta; pero este acto de humildad, por laudable que sea, jamás podrá equivaler á una confesion sacramental.

Orad los unos por los otros para que os salveis. El Apóstol recomienda aquí la oracion mutua para con Dios, la cual, teniendo por motivo la caridad, le es siempre agradable, y el mismo motivo la hace tambien eficaz. Dios escucha de buena gana las súplicas que hacemos por nuestros hermanos; y lo que no obtendríamos para nosotros mismos, lo alcanzamos muchas veces cuando es la caridad la que nos mueve á pedirlo para ellos. *La oracion constante del justo,* añade, *puede mucho para con Dios.* Habla de los justos que viven aun en la tierra; ¿cuál, pues, debe ser la eficacia de las oraciones de los Santos en el cielo, y sobre todo de la Reina de los Santos, en favor de aquellos por quienes se interesan? Ninguna cosa autoriza mejor que este pasaje la invocacion de los Santos.

Elías era, como nosotros, un hombre sujeto á las flaquezas. Santiago, para probar la fuerza y la eficacia de la oracion, trae el ejemplo de Elías, el cual por su oracion tuvo cerrado el cielo por espacio de tres años y medio sin que cayese una gota de agua, y por su oracion le abrió en el momento que creyó que era necesario para manifestar la gloria y el poder de Dios y para tratar de convertir al impío Achab, que no se aprovechó de esta doble maravilla. Por fin, el santo Apóstol concluye esta admirable Epístola exhortando á todos los fieles á que tengan una caridad cristiana con sus hermanos y un verdadero celo por su salvacion. Hermanos mios, les dice, si alguno de vosotros llega á extraviarse del verdadero camino y otro le vuelve á entrar en él, sepa el que redujere á un pecador de su descarrío que salvará su alma de la muerte eterna, y cubrirá un gran número de pecados; esto es, que volviendo á traer al pecador al camino de la salvacion, tendrá el mérito de haber salvado un alma, y alcanzará fácilmente de la misericordia de Dios el perdon de sus propios pecados. Esto es lo que escribia san Pablo á Timoteo: Atiende á tí mismo, y trabaja en la

salvacion de los demás; porque conduciéndote así, tú te salvarás á tí mismo, y salvarás á los que te escuchan. Esto es lo que inspira aun todos los dias tanto celo á los hombres apostólicos, que sin que les detengan los mas fuertes y mas dulces vínculos de la carne y de la sangre; sin que les conmuevan los amigos que hay que abandonar para siempre, ni los encantos de la patria; sin que les asusten los peligros espantosos ni les desanime la crueldad de tantos pueblos inhumanos, hacen esos grandes sacrificios de sus comodidades, de sus talentos, de su vida, y pasan los mares para ir á llevar la luz de la fe á las naciones mas bárbaras. Solo el amor de Jesucristo, solo el Espíritu Santo, solo el celo ardiente de la mas pura caridad que inspira la única verdadera Religion, es lo que puede obrar estos milagros de la caridad cristiana. ¿Cuántos ministros, cuántos doctores de las nuevas sectas se han visto entre los cafres ó entre los iroqueses, al paso que todos los dias se ven tantos nuevos mártires en estos países? Solo la verdadera Iglesia es la que puede inspirar este celo magnánimo.

Como es este un dia de rogaciones, el asunto del Evangelio de la misa es lo que Jesucristo dijo á sus discípulos acerca de la eficacia de la oracion.

Instruyendo el Salvador á sus discípulos sobre muchos puntos de perfeccion, les aseguraba que para ser santos y perfectos era menester pedir á Dios con fervor la gracia para llegar á serlo. Pedid esta gracia, les decia, y se os concederá; buscad y hallaréis; llamad á la puerta y se os abrirá. A nadie exceptúo; yo os digo que generalmente serán oidos todos los que pidieren. Pero una de las condiciones para ser oidos es la perseverancia en la oracion; y para haceros ver el mérito y la eficacia de esta perseverancia, considerad lo que pasa todos los dias entre vosotros. Habia un hombre que teniendo un buen amigo, rico por otra parte y liberal, no creia poder obtener de él, en una ocasion urgente, todo lo que le pedia, cuando á media noche iba á llamar á su puerta para que le diese tres panes que necesitaba, porque tenia que dar de cenar á una persona conocida que acababa de llegar de la campiña; yo os aseguro que si con todas las excusas que aquel hombre pudiese alegar, por mas que le dijese: vienes muy tarde, mi puerta está cerrada, todos mis criados están recogidos, yo no puedo levantarme, vuelve mañana á cuálquiera otra hora; yo os digo que si á pesar de todo esto su amigo continúa llamando, y no se desanima por la negativa, su amigo concederá á su importunidad lo que le costaba trabajo conceder á la sola amistad.

se levantará, le abrirá la puerta y le dará no solo los tres panes que le pide, sino todo lo que puede necesitar para regalar á su huésped. En este ejemplo se presenta una importante leccion. Tiene Dios mas deseo de darnos lo que necesitamos, que nosotros mismos tenemos de obtenerlo: quiere únicamente que nosotros le pidamos, y que perseveremos en pedir. Jesucristo queria conceder al ciego de Jericó la gracia que le pedia, y á la Cananea la curacion de su hija; pero queria para esto que el uno y la otra se lo pidiesen con importunidad. Todo lo concede Dios á la perseverancia, porque ella es una prueba visible de nuestra fe y de la confianza que tenemos en su poder y en su bondad. La falta de perseverancia es una especie de despecho que indica nuestra poca confianza y la flaqueza de nuestra fe.

No nos exhortaria tanto el Salvador á que le pidiésemos, dice san Agustin, *si él mismo no desease conceder lo que se le pide. Avergoncémonos de nuestra inconstancia y de nuestra cobardía*, continúa este Padre, *Dios tiene mas gana de darnos, que nosotros de recibir*. En efecto, el Salvador después de haber traido este ejemplo familiar que tan bien expresa el deseo que tiene de concedernos lo que le pedimos, y que nos hace ver tan sensiblemente que el medio de obtener es pedir con perseverancia, añade: *Y yo os digo tambien: pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá*. No dice el Salvador que muchos serán oidos: *todos*; no exceptúa á nadie, con tal que, como dice en otra parte, se pida en su nombre lo que conviene á la salvacion; porque todo lo que es contrario á la salvacion es un gran mal, para pretender que Dios, que es la fuente de todo bien, nos lo conceda.

Si alguno de vosotros pide un pan á su padre, añade el Salvador, *¿le dará por ventura su padre una piedra?* si le pide un pez, ¿le dará una serpiente? ó si le pide un huevo, ¿recibirá acaso un escorpion de manos de su padre? Si, pues, vosotros, que sois tan inclinados á hacer mal, y tan poco propensos á hacer bien, os sentís naturalmente incitados á dar á vuestros hijos lo mejor que teneis, ¿con qué caridad, con qué liberalidad pensais que vuestro Padre celestial derramará sobre vosotros las mayores misericordias, y singularmente su santo Espíritu que es la fuente de todos los bienes?

No hay cosa mas expresa en el Evangelio, ninguna mas sólidamente establecida en la Religion que la infalibilidad de la oracion; ¿en qué consiste, pues, que Dios se muestre todos los dias tan poco favorable á nuestros deseos, dice el mas célebre de todos los oradores cristianos? ¿Cuál es la causa de que rogamos y no nos oye? ¿de dónde viene que pedimos y nada alcanzamos? Esto consiste en que

no pedimos lo que debemos pedir; en que no pedimos como debemos pedir. Nosotros pedimos, ó cosas perjudiciales á la salvacion, ó bienes puramente temporales é inútiles para la salvacion; ó aunque sean gracias, las pedimos de tal modo, que léjos de santificarnos, servirian mas bien para apartarnos del camino de la salvacion. ¿Queremos que nuestras oraciones sean eficaces? No pidamos mas que lo que puede servir para nuestra salvacion, y pidámoslo con las condiciones y con las disposiciones que convienen á la oracion. Oremos con humildad; oremos con atencion del espíritu y afecto del corazon; oremos con confianza y con una fe viva; oremos, en fin, con perseverancia. *Dios resiste á los orgullosos*, dice Santiago, *y da gracia á los humildes*. La atencion del espíritu y el afecto del corazon, dice santo Tomás, son como el alma de la oracion. *Pidamos con fe*, dice Santiago, *y no vacilemos. Espera*, dice Isaías, *espera todavía*. Dios concede muchas veces á la perseverancia lo que parece negar al principio al fervor de la oracion. Sábese vivir bien, segun san Agustin, cuando se sabe orar bien.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut qui in afflictione nostra de tua pietate confidimus, contra adversa omnia tua semper protectione muniamur. Per Dominum...

Haced, ó Dios omnipotente, que los que en nuestras aflicciones ponemos nuestra confianza en vuestra bondad, seamos siempre fortalecidos por vuestra divina proteccion contra todas las adversidades de esta vida. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la del apóstol Santiago, capítulo v.

Charissimi: Confitemini alterutrum peccata vestra, et orate pro invicem ut salvemini: multum enim valet deprecatio justi assidua. Elias homo erat similis nobis passibilis: et oratione oravit ut non plueret super terram, et non pluit annos tres, et menses sex. Et rursum oravit, et coelum dedit pluviam, et terra dedit fructum suum. Fratres mei, si quis ex vobis erraverit à veritate, et converterit quis eum, scire debet quoniam qui converti fecerit peccatorem ab errore viae suae, salvabit animam ejus à morte, et operiet multitudinem peccatorum.

Amadísimos hermanos: Confesad vuestros pecados el uno al otro, y orad los unos por los otros para que os salveis, porque la oracion constante del justo puede mucho. Elías era hombre como nosotros, sujeto á las enfermedades; sin embargo, oró para que no lloviese sobre la tierra, y no llovió en tres años y seis meses. Rogó segunda vez, y el cielo dió la lluvia, y la tierra llevó su fruto. Hermanos mios, si alguno de vosotros llega á extraviarse del verdadero camino y algun otro le volviese á traer á él, sepa este que el hombre que redujere un pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá un gran número de pecados.

REFLEXIONES.

La oracion constante del justo puede mucho. En nosotros consiste, con el auxilio de la gracia, el ser tan poderosos con el Señor. Seamos buenos, seamos justos, y fácilmente serémos oidos de nuestro Dios, ya que pidamos por nosotros, ya que pidamos por los demás: Dios se ha obligado á no negar nada á sus siervos. Pero si la oracion continua y perseverante del justo tiene gran poder para con Dios, ¿qué no podrá para con él la oracion de los Santos que están en el cielo, y singularmente la intercesion de la santísima Vírgen, la cual todo lo puede con su querido Hijo? El crédito del justo es grande; en consideracion á él detiene Dios los mayores azotes, y obra las mas estupendas maravillas. Señor, le dice Abraham, si halláreis, por lo menos, diez justos en Sodoma, ¿no perdonaréis á esta infame ciudad? Si yo encontrase en ella, responde el Señor, diez hombres de bien, diez justos, por mas irritada que esté mi justicia, por mas horribles que sean los crímenes de sus habitantes, no la destruiré, yo la perdonaré en consideracion á estas almas inocentes. ¿Cuántas veces desarmó Moisés la cólera de Dios, pronta ya á estallar sobre su pueblo? El mismo Dios dice que perdona á este pueblo ingrato y rebelde á sus órdenes, en consideracion á Abraham, á Isaac y á Jacob, sus fieles siervos. ¡Y de cuántas desgracias no preservan aun todos los dias los buenos, los pueblos manchados con los crímenes enormes que cometen tantos impíos y tantos pecadores! No se necesitan mas que diez justos, por decirlo así, para detener la indignacion divina. ¿Qué no debe el público á las fervorosas oraciones de tantos santos religiosos, cuya inocencia se mantiene á favor de los rigores de la mas austera penitencia, y que hacen revivir en el claustro, en medio de las mas grandes ciudades, aquellos milagros de santidad que apenas se creian posibles en otro tiempo sino en los desiertos? ¿qué no debe el público á las santas oraciones de tantas esposas de Jesucristo, que encerradas en el estrecho recinto de un monasterio no conversan cuási mas que con Dios, pasan sus dias en los dos ejercicios de la santidad y de la justicia, y haciendo en la tierra el oficio de las celestiales inteligencias desarman con sus votos y sus oraciones la ira del Señor, y atraen mil bendiciones sobre los grandes y sobre los pueblos? En fin, ¿qué no debe el público á esas personas devotas, á esas almas escogidas, cuya vida inocente, aun en medio de un mundo corrompido, encanta al cielo, y atrae las mas dulces influencias sobre la tierra? ¿á esas almas escondidas en la soledad de una vida os-

10*

cura, pobre, humillada, cuyas oraciones penetran los cielos, y van á patrocinar, por decirlo así, la causa de los pecadores á los piés del trono del Padre de las misericordias? Algun dia se sabrá cuánto fue el influjo de la oracion constante y fervorosa de estas almas santas, y qué tesoro, qué felicidad es para una ciudad, para un reino el poseer estos siervos fieles de Dios, que el mundo por lo comun desprecia, y de que él no es digno.

El Evangelio de la Misa es de san Lucas, capítulo XI.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Quis vestrum habebit amicum, et ibit ad illum media nocte, et dicet illi: Amice, commoda mihi tres panes, quoniam amicus meus venit de via ad me, et non habeo quod ponam ante illum, et ille deintus respondens, dicat: Noli mihi molestus esse, jam ostium clausum est, et pueri mei mecum sunt in cubili: non possum surgere, et dare tibi. Et si ille perseveraverit pulsans: dico vobis, et si non dabit illi surgens, eo quod amicus ejus sit, propter improbitatem tamen ejus surget, et dabit illi quotquot habet necessarios. Et ego dico vobis: Petite, et dabitur vobis: quaerite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis. Omnis enim, qui petit, accipit: et qui quaerit, invenit: et pulsanti aperietur. Quis autem ex vobis patrem petit panem: numquid lapidem dabit illi? Aut piscem: numquid pro pisce serpentem dabit illi? Aut si petierit ovum: numquid porriget illi scorpionem? Si ergo vos, cum sitis mali, nostis bona data dare filiis vestris: quanto magis Pater vester de coelo dabit spiritum bonum petentibus se?

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno de vosotros tuviese un amigo, y fuese á buscarle á media noche, y le dijese: Amigo mio, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que va de camino, ha llegado á mi casa, y no tengo con qué obsequiarle; y este amigo respondiéndole desde adentro de su casa, le dijese: No me importunes, mi puerta está cerrada, y mis criados y yo estamos ya acostados; yo no puedo levantarme á dártelos; si, no obstante esto, el otro se empeñase en llamar, aun cuando este no se levantase para dárselos en fuerza de la amistad, yo os aseguro que para evitar la importunidad se levantaria y le daria todo lo que necesitase. Y yo os digo tambien: pedid y se os dará; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá; porque cualquiera que pide recibe; el que busca halla; y se le abre á aquel que llama. Si alguno de vosotros pide á su padre un pan, ¿le dará por ventura una piedra? O si le pide un pez, ¿le dará su padre una serpiente en lugar de un pez? ó si le pide un huevo, ¿le dará acaso un escorpion? Si, pues, vosotros, aunque sois tan malos, sabeis dar buenas cosas á vuestros hijos, ¿con cuánta mas razon vuestro Padre celestial dará el buen espíritu á los que se lo piden?

MEDITACION.

De la oracion.

Punto primero.—Considera que la oracion es una conversacion con Dios, en la que admitida el alma, por decirlo así, é introducida

en el santuario, adora la suprema majestad de su Dios, se humilla delante de este soberano Señor del universo, le expone con confianza sus necesidades, le descubre sus tentaciones y sus flaquezas, y penetrada de los mas vivos sentimientos de respeto, de amor y de reconocimiento, trata de honrarle, tanto por su profunda sumision á sus órdenes, como por su confianza y por sus votos. ¿Qué otro acto de la Religion pide mayor atencion, mas respeto, y mas confianza? Nada ha omitido el Salvador para inspirárnosla. Estad seguros, nos dice, que *cualquiera cosa que quisiéreis pedir en mi nombre, lo recibiréis infaliblemente.* (*Matth.* XXI). El oráculo es muy expreso, y la proposicion no puede ser mas universal. No hay mas que pedir; Jesucristo lo promete todo, y á todo género de personas: *Todo el que pide recibe.* (*Matth.* VII). ¿En qué consiste, pues, que son desechadas tantas peticiones? *Pedís y no recibís*, dice el apóstol Santiago, *porque pedís mal.* Extráñase que después de todo lo que ha dicho el Salvador acerca de la infalibilidad de la oracion sean tan pocos oidos, y deberia parecernos mas extraño si pidiendo tan mal como lo hacemos, fuesen mas eficaces nuestras oraciones: no acusemos al Señor de que restringe sus promesas y encarece sus gracias; nuestros frívolos motivos, nuestras malas disposiciones y aun nuestra poca religion en nuestras peticiones, le fuerzan, por decirlo así, á no escucharnos. Nosotros sabemos que los pecadores no merecen que Dios atienda á sus peticiones, y perseveramos voluntariamente en el pecado; y esta perversa voluntad es la que impide que sean oidas nuestras peticiones. Pero, amadísimos hermanos, decia san Juan, si nuestro corazon no nos argüye, tenemos un acceso libre para con Dios, y todo lo que pidiéremos lo alcanzarémos de él; porque guardamos sus mandamientos, y hacemos continuamente lo que le agrada, y tal es la condicion para que todas nuestras oraciones sean eficaces. La oracion pide un espíritu humilde. ¿Se le ocurre á nadie el faltar al respeto al mismo tiempo que se presenta una súplica al príncipe? ¿Qué suplicante omite los menores deberes del decoro? Naturalmente es uno atento, respetuoso y aun culto cuando se pide á los hombres. ¡Cosa extraña! solo cuando se pide á Dios nos dispensamos de estos deberes esenciales. Y, hablemos de buena fe, esas posturas lánguidas y descuidadas, esos aires de inquietud y de disipacion, ese disgusto, ese tedio que acompañan á nuestras oraciones, ¿son señales de un corazon humilde, religioso y cristiano? ¡Ah! ¿No parece muchas veces que mas que pedir á Dios es insultarle? Queremos que Dios nos oiga, y nosotros no nos oimos á nosotros mismos cuando pe-

dimos; queremos que Dios se ocupe de nuestras oraciones, al paso que nosotros ni aun pensamos en ellas cuando las hacemos. Ordinariamente no son mas que nuestros labios los que honran á Dios; pero ¿qué parte tiene el corazon en unas oraciones que solo se recitan por rutina? Muévese poco el Señor de las alabanzas que se le dan, de las necesidades que se le exponen, y de los votos que se le hacen con un corazon ocupado de cualquiera otra cosa, y un espíritu distraido. No echemos la culpa á nadie mas que á nosotros si nuestras peticiones son tan poco eficaces.

Punto segundo. — Considera que la perseverancia es absolutamente necesaria en la oracion, porque ella indica la confianza que se tiene en Dios, tan necesaria para orar bien. Es menester perseverar en la oracion, pero no en el hábito de orar mal. Dios quiere ser importunado, pero quiere serlo por quienes lo hagan con las disposiciones convenientes. Pocos milagros hay que Jesucristo no se haya dignado atribuir á la fe y á la confianza de los suplicantes. Dios nada niega á una confianza perseverante y á una piedad humilde: Creed que será oida vuestra oracion, dice el Salvador, y recibiréis infaliblemente lo que pidiéreis.

Los que no carecen ni de respeto ni de atencion en sus peticiones, pecan muchas veces en los motivos. Pocos hay que no sean interesados, menos todavía que sean conformes con la voluntad de Dios. No sabes lo que pides, decia el Hijo de Dios á la madre de los hijos del Zebedeo. Nuestras miras, nuestras intenciones ¿son rectas? ¿son puros nuestros deseos? ¿son cristianas todas nuestras peticiones? Yo te concedo de buena gana la sabiduría, dijo Dios á Salomon, *porque me la has pedido;* y porque no me has pedido mas que la sabiduría, al dártela, te daré tambien con ella una vida larga y feliz, te colmaré de bienes y de todo género de prosperidades. Dios proveeria abundantemente á todas nuestras necesidades, si nuestras oraciones fuesen siempre cristianas. Queremos tener demasiada parte en nuestros proyectos; nuestras pasiones trastornan con mucha frecuencia las disposiciones de la Providencia; un corazon cristiano no pide jamás inútilmente. Pida un pecador á Dios con un corazon sincero su conversion; pida á Dios un padre ó una madre de familias la conversion y la salvacion de sus hijos y la suya propia; pida cada uno á Dios con perseverancia una fe viva, una caridad ardiente, la victoria de sus pasiones, la gracia final, y serán todos infaliblemente atendidos. La oracion es excelente con la penitencia, decia Tobías.

La penitencia da valor á la oracion; el espíritu de mortificacion la hace siempre eficaz; pierde toda su virtud y su fuerza en el regalo, en la inmortificacion, en los placeres. ¿Qué pueden pedir á Dios esas personas mundanas que miran con tanto disgusto las máximas del Evangelio? ¿Pueden ser muy sinceros los votos que se hacen al Señor, mientras el corazon está en el mundo? Los términos mas respetuosos y mas devotos son injurias, especialmente en órden á Dios, cuando se piensa de otro modo que se pide; y ¡qué oracion viene á ser, buen Dios, la de aquellos cuyas costumbres y conducta desmienten todo lo que sus labios dicen á Dios! ¡Qué fondo de reflexiones salen de todas estas verdades para aquellas personas consagradas á Dios, cuyo principal empleo en toda su vida es, por decirlo así, el pedir á Dios; si después de tantas oraciones son tan imperfectas y tan poco regulares; siempre tan indevotas; siempre tan esclavas de sus pasiones; siempre tan inmortificadas; siempre tan frias, tan insensibles en la celebracion de los divinos misterios! ¿qué fruto sacan de sus oraciones? y tantas oraciones, todas infructuosas é ineficaces, ¿indican un gran mérito en los que las hacen?

Enseñadme, Señor, á orar, y comenzad á darme la gracia, con que corrija mis malas disposiciones, y quite los obstáculos que impiden el fruto de tantas oraciones, á fin de que no haga inútil para mí un auxilio tan poderoso.

JACULATORIAS. — Haced, Señor, que mi corazon se abrase en vuestro amor, y que este divino fuego inflame mi oracion. (*Psalm.* XXXVIII).

Elévese hasta Vos, Señor, mi oracion, á la manera que el humo del incienso que se quema sobre vuestros altares. (*Psalm.* CXL).

PROPÓSITOS.

1 Oran muchos todos los dias sin orar. Dios no oye ni atiende mas que el idioma del corazon. Muchas palabras sin atencion, sin afecto, sin devocion, significan muy poco para aquel que cuenta por nada todo culto puramente exterior. El Salvador no atiende mas que á la fe y á la devocion interior de aquella pobre mujer enferma que toca la orilla de su vestido. Estais viendo la multitud que os oprime, le dicen sus discípulos, ¿y preguntais quién me ha tocado? Aquella multitud tumultuosa hace poca impresion en él; es menester que hable el corazon y que la fe obre, si queremos que Dios nos oiga. Cuidemos mucho de pedir con atencion, con confianza, con humildad, con devocion: acordémonos siempre cuando oramos que es un

Dios á quien pedimos y á quien hablamos. Es una práctica muy santa el recogerse algunos momentos antes de la oracion, y reflexionar sobre el acto de religion que se va á hacer, y la majestad formidable ante quien vamos á presentarnos.

2 No hay acto mas comun ni mas ordinario que la oracion, y tal vez no hay ninguno con que Dios sea menos honrado. En todas partes resuenan las alabanzas del Señor, y los votos que se le hacen; pero el corazon y el espíritu ¿piden de concierto con los labios? ¿y no puede acaso decirse, que á la verdad se rezan muchas oraciones, pero que se hacen muy pocas? Evitad de hoy mas este efecto tan pernicioso. Haced todas vuestras oraciones con mucha atencion y respeto. Orad siempre en una postura humilde y religiosa. No os cargueis de muchas oraciones vocales; pero las que hiciéreis hacedlas con mucha devocion. Pedid con confianza y con perseverancia. No nos concede Dios alguna vez lo que le pedimos para darnos alguna cosa mejor. Haced, cuanto os sea posible, todas vuestras oraciones á una hora arreglada.

LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La fiesta de la triunfante Ascension del Salvador al cielo, es la celebracion del misterio mas glorioso y mas consolatorio de nuestra Religion, y como el que pone el sello á todos los demás. El Hijo de Dios en su Encarnacion habia declarado la guerra á todas las potestades del infierno, comenzando desde entonces la grande obra de nuestra redencion: su vida ha sido un continuo combate que no se ha terminado hasta su muerte; y su gloriosa resurreccion ha sido el dia célebre de su victoria: á la manera que los conquistadores difieren algunos dias su entrada triunfante en la capital para tener tiempo de hacer los preparativos, así el Salvador no quiso hacer su entrada triunfante en el cielo, que era la mansion de su gloria, hasta cuarenta dias después de su victoriosa resurreccion.

En estos cuarenta dias fue cuando el Salvador convenció á sus discípulos de la verdad de su resurreccion por medio de muchas señales sensibles; les hizo ver que estaba vivo en frecuentes apariciones; comió muchas veces con ellos, y les habló del reino de los cielos, esto es, de todos los misterios de la Religion, de que se habian hecho ya mas capaces desde que habiéndoseles aparecido el mismo dia de su resurreccion, sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Y

aunque sea cierto que hasta el dia de Pentecostes no recibieron los discípulos la plenitud de los dones del Espíritu Santo, y que estas palabras no deben entenderse propiamente mas que con respecto á la potestad de las llaves, y al poder de absolver en el sacramento de la Penitencia; puede sin embargo decirse que su entendimiento quedó desde entonces mas ilustrado, que fueron ya menos groseros, y que se hicieron mas capaces de entender las grandes verdades de que el Salvador no les habia hablado hasta entonces sino de una manera figurada y misteriosa. En estos cuarenta dias fue, pues, cuando Jesucristo instruyó á sus Apóstoles de todo lo que debian saber, principalmente para el establecimiento y gobierno de la Iglesia; y les prescribió muchas cosas que no están expresas en la Escritura, y que no han llegado á nosotros sino por tradicion.

Acercándose el término de su mansion visible sobre la tierra, hizo venir el Salvador los once apóstoles desde Galilea á Judea, y habiendo llegado el dia en que debia subir al cielo, que era el cuadragésimo después de su resurreccion, estando todos juntos en Jerusalen, se les apareció cuando estaban á la mesa, y se sentó á ella con ellos. Comió, como tenia de costumbre hacerlo cuando se les aparecia, no porque tuviese necesidad de alimento, sino solo para darles esta prueba sensible de que habia verdaderamente resucitado, y para mostrar su poder, dice san Agustin, y la realidad de su presencia. Después de la comida les hizo un largo discurso, que era como el compendio de las lecciones que les habia dado, y un epítome de lo que debian hacer, de las maravillas que debian ver, de todo lo cual dentro de pocos dias debia darles el Espíritu Santo una inteligencia mas circunstanciada y mas perfecta:

Vosotros sabeis, les dijo, que se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Jesucristo habla principalmente del poder que tenia en cualidad del Mesías para el gobierno de su reino espiritual y de la Iglesia. Vosotros, pues, iréis, como ya os he dicho otra vez, por todo el mundo á predicar el Evangelio á todas las naciones: no está limitada vuestra mision á un solo pueblo; instruid indiferentemente á todos, y bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; enseñadles á observar todas las cosas que yo os he mandado. El que creyere y fuere bautizado, se salvará; el que, por el contrario, no creyere, se condenará. Y á fin de que los que creyeren puedan trabajar con mas utilidad en la conversion de los infieles, yo les daré el poder de hacer milagros. Arrojarán los demonios en mi nombre; hablarán lenguas que jamás han aprendido; matarán

las serpientes y los insectos mas venenosos; aunque les dén á beber los venenos mas mortíferos, no les harán ningun efecto; curarán todo género de enfermos con solo el contacto de sus manos. Algunos intérpretes creen que el Salvador hizo estas predicciones á sus Apóstoles algunos dias antes de su ascension. Sea como quiera, todo esto se ha cumplido, y estas predicciones se verificarán aun todos los dias en la Iglesia hasta el fin de los siglos. Esta promesa del don de los milagros se ha hecho á la Iglesia en general, y para ciertas ocasiones. Así es que en todos tiempos se ha visto cumplida, cuando esto ha podido ser necesario para el bien de la Iglesia y para el adelantamiento de la Religion. En todos tiempos ha habido, y habrá hasta el fin de los siglos en la Iglesia, obradores de milagros; pero adviértase que estos taumaturgos no se hallan mas que en la Iglesia católica, apostólica, romana: ninguna secta herética ó cismática hay desde el nacimiento de la Iglesia en donde se haya hecho jamás un milagro; Dios no puede autorizar con prodigios el cisma y el error.

En esta última aparicion, que sucedió el dia mismo de la Ascension, fue cuando el Salvador reprendió á sus Apóstoles de su poca fe, y les echó en cara de una manera dulce y llena de bondad el trabajo que habia costado á muchos el rendirse al testimonio de los que le habian visto después de resucitado. Les hizo memoria de todo lo que les habia dicho cuando todavía estaba con ellos acerca de su muerte y de su resurreccion, cuyo cumplimiento habian ya visto. Que era menester que todo lo que habia sido escrito de él, ya en la ley de Moisés, ya en los Profetas, en los Salmos y en los demás libros sagrados, se cumpliese exactamente. Les citó pasajes de ellos, y habiéndoles esclarecido el entendimiento para que comprendiesen el sentido, les mostró que segun las Escrituras el Mesías debia sufrir una muerte vergonzosa y cruel, y resucitar tres dias después. Les presentó en seguida un plan en general de su Iglesia, y les dijo que debia tener predicadores para instruir á todas las naciones, comenzando por los habitantes de Jerusalen para exhortarles á la penitencia, y para prometerles de su parte y en su nombre la remision de sus pecados. Á vosotros es, añadió, á quienes yo he elegido para este grande ministerio. Id á anunciar por toda la tierra el misterio de mi resurreccion, y todas las maravillas de que habeis sido testigos oculares. Id á predicar á todos los pueblos las grandes verdades que yo os he enseñado. Yo pondré palabras en vuestra boca, y una sabiduría á la que todos los pueblos ligados contra vosotros no podrán resistir ni oponer cosa alguna. Nada temais: yo estaré con vosotros

hasta el fin de los siglos, y á pesar del furor y de la rabia de todos vuestros enemigos, en medio del fuego de las persecuciones, no se perderá ni un solo cabello de vuestra cabeza. Es verdad que muy pronto estaréis revestidos de la fortaleza de lo alto, porque voy á enviar sobre vosotros el don de mi Padre que se os ha prometido; hasta entonces permaneced retirados en Jerusalen, para prepararos á recibir este insigne favor. Porque á la verdad, Juan ha dado un bautismo de agua; pero vosotros recibiréis el bautismo del Espíritu Santo dentro de pocos dias. No habla aquí el Salvador del sacramento del Bautismo de la ley de gracia. Créese comunmente que los Apóstoles le habian ya recibido del mismo Jesucristo. Débense, pues, entender estas palabras de la efusion extraordinaria de gracias y de dones espirituales de que fueron como inundados los Apóstoles en el dia de Pentecostes, y por medio de esta espiritual inundacion lavados y purificados de las menores manchas, ilustrados y abrasados por aquel torrente de fuego divino, y dotados de todos los dones celestiales. Este Espíritu consolador descenderá sobre vosotros como un rio de fuego y de luz que os inundará en alguna manera; quedaréis como sumergidos en este torrente, en estas aguas vivas de la Gracia, en este fuego vivificante. El agua en el bautismo de san Juan significa la gracia, sin que la obre; pero en el bautismo de Jesucristo la significa y la obra; para el bautismo del Espíritu Santo es menester un símbolo mas perfecto. Es este un bautismo de fuego que obra la gracia de una manera tanto mas abundante, cuanto que el fuego tiene mas virtud para purificar, para ilustrar y para inflamar.

Todos los discípulos del Salvador, que eran en número de ciento y veinte, comprendieron bien, por todo lo que acababan de oir, que su divino Maestro estaba ya á punto de dejarles para volverse á su reino. Lo que el Salvador acababa de decir con respecto á *la promesa del Padre,* que él mismo les habia anunciado, trajo á la memoria de los Apóstoles un nuevo reino, y el restablecimiento de la nacion tantas veces reiterados por los Profetas. Mas como todas sus ideas se limitaban á un reino temporal, semejante á los de aquí abajo, y no concebian otra cosa mas grande que el mandar y reinar sobre la tierra, fue tambien la única cosa que pidieron al Salvador para su nacion, que tanto tiempo habia gemia bajo de un poder extranjero. Señor, le dijeron, ¿es ahora cuando debeis restablecer el pueblo de Israel en su primitivo esplendor, y ha llegado ya el tiempo de volverle á dar reyes, que vuelvan á sentarse en el trono los hijos de Abraham, herederos de David? Después de haber triunfado tan gloriosamente

de vuestros enemigos, ¿podríais dejar por mas tiempo á este pueblo en la servidumbre?

El Salvador les respondió con su ordinaria mansedumbre, excusando su grosería, porque no habiendo aun descendido sobre ellos el Espíritu Santo, tenian muy poca inteligencia para penetrar bien las cosas espirituales y divinas. Contentóse con insinuarles dos verdades importantes que no debian ignorar. La una era que el reino de Israel, de que hablaban los Profetas, y que él habia venido á establecer, y en el cual queria darles los primeros cargos, no consistia en un poder soberano que hubiesen de tener los judíos sobre los demás pueblos, sino en un imperio absoluto de Dios sobre ellos, y sobre todos los pueblos que llamaria á su Iglesia. En esta nueva Iglesia que acababa de suceder á la Sinagoga, y que él llamaba su reino, era en donde debia cumplirse todo lo que habia prometido en otro tiempo por sus Profetas. En esta Iglesia era en donde debia reinar en efecto mas absoluta y mas universalmente que nunca, tanto sobre los entendimientos por la fe, como sobre los corazones por la caridad, hasta que en los últimos tiempos reuniese el pueblo judío y el pueblo cristiano bajo de la misma ley, en la misma Iglesia.

La otra verdad era que en este reino, todo espiritual, debian suceder grandes cosas que resplandecerian en lo sucesivo, pero que era inútil querer saber cuándo sucederian; que habia acontecimientos cuyo conocimiento se reservaba su Padre, esto es, que Dios no queria revelar á los hombres; y que eran secretos en que no les convenia el quererse ingerir. Que si los habia elegido por un favor especial para que fuesen sus principales ministros, no lo habia hecho por su habilidad, ni en virtud de sus grandes talentos; que no exigia de ellos mas que una entera sumision á su voluntad, y una obediencia perfecta. Que debian estar seguros que servian á un buen Señor, igualmente bueno y poderoso, que no les empeñaria en ningun empleo sin darles los medios y los talentos necesarios para cumplir dignamente con él; que como él ya sabia que ellos mismos no tenian mas que flaqueza, por eso les preparaba un grande auxilio; que dentro de pocos dias descenderia del cielo sobre ellos el Espíritu Santo, el cual les inspiraria un ánimo y un don de fortaleza y de sabiduría á que nada seria capaz de resistir. Adquiriréis entonces una perfecta inteligencia de las verdades sublimes y de los grandes misterios que tanto trabajo os costaba comprender; entonces se desvanecerán todos vuestros temores, y tendréis ánimo para predicar mi divinidad y mi Evangelio en medio de Jerusalen y en el templo. Vos-

otros le predicaréis con intrepidez á presencia de mis mas mortales enemigos; en todos los pueblos de la Judea, en la Samaria, donde reinan tantos siglos hace la supersticion y la impiedad, y no limitaréis á esto solo vuestro celo; con el tiempo llevaréis mi nombre mas allá de los mares, é iréis á anunciar mi Evangelio hasta los últimos extremos del mundo; y si después de vuestros dias quedan todavía pueblos que instruir, vuestros sucesores, animados del mismo celo y del mismo espíritu, continuarán vuestros trabajos, y llevarán las luces de este Evangelio hasta los climas mas remotos de la tierra.

Habiendo concluido el Salvador esta última conversacion, llevó á aquella bienaventurada grey fuera de la ciudad, á la parte de Bethania, y les hizo subir la montaña de los Olivos, distante cerca de dos mil pasos de Jerusalen. Habiendo llegado á lo alto de la montaña, levantó Jesús los ojos y las manos al cielo, después fijándolos en sus amados discípulos, que estaban todos reunidos en rededor de él, les bendijo; y en aquel momento, mientras que sus corazones ardian en un nuevo fuego divino, todos enternecidos hasta derramar lágrimas, fijos amorosamente en él sus ojos, le vieron todos elevarse poco á poco al cielo. Entonces redoblando con sus lágrimas sus votos, su ternura, sus transportes de amor, le adoraron con el mas profundo respeto, y le siguieron con los ojos, sin dejarle de mirar hasta que le perdieron de vista, y una brillante nube que le envolvió le sustrajo á sus miradas. Era esta nube como un velo muy transparente que no se les ocultaba enteramente de la vista; y sin embargo, era suficientemente espeso para impedir que el extraordinario resplandor de su cuerpo glorioso les deslumbrase. Veíanle subir poco á poco, hasta que por fin habiéndose recogido la nube bajo de sus piés, y ocultádole del todo, le perdieron de vista. Desapareció, pues, en un instante; mas aunque ya no le veian, continuaban fijos sus ojos en la nube sobre la cual era llevado, y que le servia de carro de triunfo. Hubieran permanecido así mucho tiempo arrebatados de la admiracion, y como extasiados, si dos Ángeles vestidos de blanco, semejantes á los que se habian aparecido cerca del sepulcro al tiempo de su resurreccion en forma humana, no les hubiesen hecho volver en sí de un asombro tan profundo. Queriendo consolar estos enviados del Altísimo á aquellos discípulos del Salvador, afligidos por una separacion que tanto les costaba: Hombres de Galilea, les dijeron, ¿por qué permaneceis ahí con los ojos fijos en el cielo? Jesús, vuestro divino Maestro, á quien habeis tenido la dicha de poseer tanto tiempo visiblemente sobre la tierra, la ha dejado, por fin, para ir á tomar posesion de su

reino en el cielo. No creais que por esto os deja; él estará siempre con vosotros hasta el fin de los siglos, como os lo ha prometido; aunque de una manera invisible, no por eso os asistirá menos eficazmente. En el gran dia del juicio volverá visiblemente del mismo modo que le habeis visto hoy subir á su gloria. En aquel último dia del mundo descenderá desde lo mas alto de los cielos con una pompa y una gloria semejante á la de su ascension que vosotros habeis visto con vuestros ojos: entonces hará justicia á todos los hombres, y se la hará á sí mismo, y hará sentir igualmente su dulzura á los buenos, y el rigor de la justicia á los malos.

Los discípulos escucharon atentamente y con sumision lo que los Ángeles les dijeron. Costábales, á la verdad, mucho trabajo el retirar sus ojos de un lugar en donde estaba el objeto de su amor y su soberano bien. Sin embargo, obedecieron y se retiraron á Jerusalen, segun que el Salvador se lo habia ordenado, para esperar allí el don del cielo, y aun la fuente de todos los dones, pasando los dias y las noches en la oracion y en el retiro; teniendo á su cabeza á la santísima Vírgen, que habia asistido con todos sus Apóstoles á la gloriosa y triunfante ascension de su querido Hijo, y era todo el consuelo de aquella naciente Iglesia. ¡Qué vil y qué despreciable parece ya de hoy mas la tierra á los discípulos! exclama un sabio y piadoso intérprete; ¡qué disgusto debe causar en aquellos que en el triunfo de su buen Maestro han visto brillar algunos rayos de su gloria! Preciso es enviarles Ángeles para advertirles que desprendan sus ojos del cielo. ¿Á cuántos cristianos cobardes no seria menester echarles en cara otra cosa muy diferente? Siempre encorvados hácia la tierra, no dirigen jamás una sola mirada hácia su patria celestial.

Jesucristo no desapareció en un instante, ni se sustrajo furtivamente de la vista de sus discípulos, que eran en número de ciento y veinte, sino que se elevó por sí mismo poco á poco, por sus propias fuerzas, sin necesidad para ello de auxilios extraños. Quiso que cada uno le viese subir al cielo para hacer incontestable esta maravilla; y así como habian quedado todos plenamente convencidos de la verdad de su resurreccion por sus frecuentes apariciones y por sus conversaciones familiares por espacio de cuarenta dias, quiso tambien que todos fuesen testigos oculares de su gloriosa ascension y del entero cumplimiento de lo que se les habia predicho, y de lo que él les recordaba tantas veces, á saber: que habiendo venido del cielo á la tierra, debia por fin dejar la tierra para volver al cielo. *Yo he salido de mi Padre*, les decia, *y he venido al mundo; ahora dejo el mundo, y*

me voy á mi Padre. Estas pocas palabras, como se ha dicho en otra parte, contienen los principales artículos de nuestra fe, tocantes á la persona del Hijo de Dios. Su generacion eterna, *yo he salido de mi Padre:* su encarnacion, *he venido al mundo:* su resurreccion triunfante y su gloriosa ascension, *me voy á mi Padre.* En efecto, no habiendo ya nada que retuviese al Salvador en la tierra, penetró en un momento todos los cielos, y fué á sentarse como Hijo único de Dios á la diestra de su Padre, en el mismo trono en el que comunica á su santa humanidad toda la plenitud de su gloria.

El Padre eterno, dicen los intérpretes, no ocupa en el cielo un sitio particular, no está sentado en un trono material en el que pueda asignarse derecha ni izquierda, en que haya silla ni escabelo. Si la Escritura en algunas ocasiones se sirve de semejantes modos de hablar, es para acomodarse á nuestro modo de concebir, y al alcance del pueblo acostumbrado á considerar á Dios como un monarca sentado en un trono en medio de una corte numerosa. Sírvese de estos términos *sentado* y *derecha* para significar y dar á entender el poder soberano de Jesucristo, y su igualdad perfecta con su Padre. *Está sentado á la diestra de Dios* (*Matth.* XXVI); esto es, goza de una gloria igual á la de su Padre, y ejerce sobre todas las criaturas un poder absoluto.

Al subir al cielo el Salvador, se dignó dejar las huellas de sus piés impresas en la roca, ó la tierra sobre que se hallaba cuando se elevó al cielo. Estas sagradas huellas siempre se han conservado allí, no obstante que los fieles van allí todos los dias á tomar tierra de aquel sitio para llevarla por devocion á su casa. Esto lo asegura positivamente san Gerónimo, que vivia en el cuarto siglo, y habitaba en aquellos lugares. San Sulpicio Severo y san Paulino de Nola, que vivian el uno y el otro al mismo tiempo que san Gerónimo, nos aseguran tambien lo mismo, y se pretende que san Agustin estaba persuadido de la misma maravilla cuando decia que se iba á Judea á adorar las huellas de Jesucristo, que se veian en el lugar desde donde subió al cielo. Adamnan, apellidado Celudio, abad de un monasterio de Irlanda que vivia al fin del siglo VII, y que hizo el viaje de la Tierra Santa cuya descripcion ha hecho el venerable Beda, que vivia en el propio siglo, testifican lo mismo. San Guillebaldo, obispo de Aychstet, que hizo el mismo viaje el año 724, asegura haber visto él mismo estas sagradas huellas; esta maravilla subsiste todavía en nuestros dias, segun el testimonio de todos los peregrinos que han hecho el viaje de Tierra Santa; y lo que ensalza aun mas el milagro

es, que cuando la ciudad de Jerusalen fue tomada por Tito, el año 70 de Jesucristo, habiendo acampado mucho tiempo el ejército romano en la montaña de los Olivos, ni los movimientos de los soldados, ni los piés de los caballos, ni los trabajos del campo pudieron borrar ni romper estas sagradas huellas, lo cual se ha mirado siempre como un segundo milagro.

Hizo Dios otro brillantísimo con motivo de estas mismas sagradas huellas. Habiendo santa Elena, madre del gran Constantino, hecho edificar la célebre basílica de la Ascension sobre la parte del monte de los Olivos, desde donde se sabia que el Salvador habia subido al cielo, ordenó que el pavimento de esta magnífica iglesia fuese muy rico, y sobre todo el paraje en donde subsistian las huellas del Salvador; mas cuando se trató de cubrirlo de mármol no se pudo conseguir; todo lo que allí se ponia era arrojado fuera, y rechazado muy léjos por una virtud invisible que parecia salir de la tierra, y no podia sufrir nada sobre ella después de haber sustentado los sagrados piés del Salvador. Añade san Gerónimo que cuando quiso acabarse la bóveda de esta magnífica basílica, no fue posible tampoco cerrar el paraje que correspondia perpendicularmente á las huellas del Salvador; de suerte que se vieron obligados á dejar libre y al descubierto el espacio por el cual el divino Salvador se habia elevado de la tierra, y habia sido recibido en la nube, lo cual proporcionaba á la piedad de los fieles que venian allí en tropas de todas partes el contemplar el camino que habia llevado para subir al cielo. El milagro del techo y de la bóveda no concluyó sino con el edificio de esta antigua iglesia cuando fue arruinada por los sarracenos; mas el de la impresion de las sagradas huellas subsiste todavía hoy, y es el objeto de la veneracion y de la devocion de los fieles.

No se duda que la gloriosa ascension de Jesucristo seria acompañada de aquella bienaventurada tropa de predestinados que el divino Salvador habia libertado del limbo en donde esperaban la redencion de Israel tantos santos Patriarcas, tantos celosos Profetas, tantas personas amadas de Dios y muertas en su gracia, las cuales seguirian á este divino conquistador, victorioso del infierno y de la muerte, y habiéndose unido á toda la corte celestial que le habia salido al encuentro, servirian como de cortejo á la pompa del mas augusto de todos los triunfos. *Si nosotros queremos celebrar dignamente y con devocion la ascension gloriosa del Salvador*, dice san Agustin, *subamos con él, sigámosle con el corazon á fin de que en llegando el dia de sus promesas le sigamos con el cuerpo. Vosotros, que sois miembros de Jesucristo,* añade

el mismo Padre, *esperad que lo que veis verificado en vuestra cabeza, se cumplirá tambien en vosotros. La ascension de Jesucristo es nuestra propia elevacion*, dice san Leon, *porque el cuerpo tiene derecho para esperar la misma gloria que ha recibido ya su cabeza.* Pero ¿qué motivo mas justo de alegría que el triunfo de Jesucristo en el cielo, puesto que su gloria es en alguna manera la nuestra? *Nuestra naturaleza, aunque humilde por sí*, añade este santo Papa, *se halla elevada en Jesucristo sobre toda la milicia celestial, sobre todos los órdenes de los Ángeles y de los Arcángeles, y mas elevada aun que todas las potestades y las sublimes inteligencias de la celestial Jerusalen; se halla, en fin, colocada en el trono mismo del Padre celestial.*

Admiremos en este glorioso misterio el cumplimiento y la perfeccion de toda la economía de nuestra salud. Los hombres debian ser rescatados por la sangre de un Dios; el Hijo de Dios sé ha hecho hombre; ha nacido á fin de tener con que rescatar á los hombres; ha muerto para pagar á precio de su sangre la redencion de los mismos hombres; ha resucitado para probarles que es un Dios el que ha muerto por ellos, y para enseñarles que deben resucitar tambien como él, y que el fruto de su redencion debe ser la gloria eterna de su cuerpo y de su alma; ha subido, en fin, al cielo para gozar allí de la gloria que ha merecido, y para preparar á los elegidos la que merecerán por el fruto de su muerte, y con los auxilios de su gracia.

No solo por Vos, Señor, entrais en vuestro reino, tambien por nosotros entrais, exclama un gran siervo de Dios. Vos subís allá como nuestra cabeza, y vais allá, segun la promesa que nos habeis hecho, á preparar á vuestros elegidos los asientos que les están destinados. Vos subís allá como nuestro mediador, y vais á presentar por nosotros á vuestro Padre los frutos de aquella redencion sobreabundante que ha reconciliado al cielo con la tierra. Vos subís allá como nuestra guia, y mostrándonos el término á que debemos aspirar, nos trazais el camino por donde debemos marchar. Jefe adorable de esta Iglesia militante, que habeis formado en la tierra á costa de los trabajos de vuestra vida mortal, nos dais parte en la gloria de la Iglesia triunfante que empezais á reunir en el cielo, y cuya felicidad eterna debeis hacer Vos mismo. Nosotros somos miembros vuestros, y donde quiera que está la cabeza deben tambien estar con ella los miembros. Mediador omnipotente, nada podemos sin Vos. Si debemos dirigirnos á Vos sin cesar, es porque solo por Vos podemos llegar á conseguirlo. Vos nos habeis prometido que no nos dejaríais huérfanos en la tierra; acordaos que os habeis obligado á pedir á vuestro Padre

por nosotros; acordaos que delante de él nos habeis reconocido por hijos vuestros, por vuestro rebaño, por vuestra heredad, por vuestra conquista: conservad esta conquista que tanto os ha costado; cultivad esta heredad que habeis adquirido con vuestra sangre; conducid este rebaño que habeis reunido con tantos cuidados, y no permitais que ninguna oveja de él se extravie del redil: proteged, en fin, estos hijos que tanto amais todavía.

Algunos autores han creido que la fiesta de la Ascension habia sido la primera de las que se presume haber sido instituidas inmediatamente por los Apóstoles, porque propiamente desde este dia fue cuando comenzaron á dar alguna forma á la Iglesia en sus reuniones, y á reglar los actos exteriores de la Religion; y porque siendo la gloriosa ascension del Salvador al cielo la cosa que mas impresion debia hacerles, parece que debia ser la primera que debia presentarse á su idea como un objeto de regocijo y de fiesta. Lo que hay de cierto es que esta fiesta es una de las cuatro mas antiguas de la Iglesia, y san Agustin no dudaba de manera alguna que procediese de los mismos Apóstoles, en razon de que ya en su tiempo, en todos los países que habian abrazado la fe de Jesucristo, se celebraban generalmente las fiestas de la Pasion, la Pascua, la Ascension y la de Pentecostes. Habiendo subido el divino Salvador al cielo el cuadragésimo dia despues de su resurreccion, no podia menos de ser en jueves, puesto que la resurreccion fue en domingo.

El introito de la misa de este dia, que está tomado del principio del libro de los Hechos de los Apóstoles, lo mismo que la Epístola; y el Evangelio, que es el final del de san Marcos, contienen toda la historia del gran misterio de la Ascension, del modo que la hemos referido.

Galileos, ¿por qué permaneceis como extáticos con los ojos fijos en el cielo? Jesús, que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir. No cesemos de bendecir al Señor Dios nuestro por una maravilla tan grande y tan consoladora; acompañemos su triunfo con cánticos de alegría, y convidemos á todas las naciones para que celebren su nombre y publiquen sus victorias.

Pueblos esparcidos por el universo, palmotead, manifestad con millares de gritos de alegría la parte que tomais en la gloria de vuestro Dios en el dia de su triunfo. Por aquí comienza la misa. Acaso no tenemos cosa mejor marcada en la Escritura en el salmo XLVI que la ascension gloriosa de Jesucristo. Segun el parecer de muchos intérpretes, este salmo se compuso para la ceremonia de la traslacion del

arca, desde Cariathiarin á Jerusalen, ó de la casa de Obededon al tabernáculo, ó del tabernáculo erigido por David al templo edificado por Salomon. Parece empero mas probable que este salmo se hizo para la vuelta del arca á la montaña santa, después de alguna célebre victoria. Sea lo que quiera lo que diese motivo para componer este cántico, el arca conducida en triunfo á la montaña santa es una figura muy expresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos nos representan perfectamente á los gentiles sometidos á la Iglesia: concluye este salmo por una profecía clara del reino de Jecristo. Descúbrese visiblemente en todo este salmo que el Espíritu Santo tenia por objeto la ascension del Salvador del mundo. Mirad á este Dios victorioso de todos sus enemigos, miradle como sube en triunfo al cielo al sonido de las trompetas y al ruido de las aclamaciones: Pueblos de toda la tierra, uníos al triunfo de vuestro Dios: Cantad, cantad sus alabanzas; celebrad la gloria de nuestro Rey; pero celebradla con respeto y la atencion que merece un Dios, soberano Rey de toda la tierra. El Dios omnipotente sentado ahora en su trono reinará en adelante sobre todas las naciones, y recibirá sus homenajes. Yo veo ya en espíritu que por la fuerza que ha comunicado á los que le representarán en el mundo, sujetará hasta á los príncipes de los pueblos, y no será solamente el Dios de Abraham, sino que será el Dios de todos los reyes de la tierra.

La explicacion de la Epístola y del Evangelio de la misa de este dia está ya suficientemente hecha en la historia que se ha dado del misterio.

Está acompañado el oficio de este dia de una procesion solemne[1], cuya institucion parece nada tiene de comun con las de las rogaciones, no obstante que la Iglesia tambien pide á Dios en esta la bendicion de los nuevos frutos del año. La procesion del dia de la Ascension se estableció principalmente con el designio de representar y de honrar al mismo tiempo la marcha de los Apóstoles con Jesucristo desde Jerusalen hasta el monte de los Olivos para ver allí subir á Nuestro Señor al cielo, igualmente que la vuelta de todos los discípulos desde aquel monte hasta Jerusalen para prepararse por el retiro y la oracion á recibir al Espíritu Santo.

[1] En España no hay la costumbre de hacer procesion en este dia, sino la de cantar solemnemente la parte del oficio divino llamada *Nona*, concurriendo á esta los fieles para hacer oracion; porque se cree piadosamente que á esta hora se subió Jesucristo á los cielos.

HIMNO.

Salutis humanae Sator
Jesu voluptas cordium,
Orbis redempti Conditor,
Et casta lux amantium:

Autor de la salud el mas amante,
Jesús, del corazon placer fecundo,
Criador y Redentor de todo el mundo,
Y del alma amorosa luz brillante:

Qua victus es clementia,
Ut nostra ferres crimina?
Mortem subires innocens,
A morte nos ut tolleres?

¿Qué clemencia, Señor, pudo vencerte
A tomar nuestras culpas á tu cargo?
¿A sufrir de la muerte el trance amargo
Por librarnos, piadoso, de la muerte?

Perrumpis infernum chaos;
Vinctis catenas detrahis;
Victor triumpho nobili
Ad dexteram Patris sedes.

Desciendes al infierno apresurado;
A los presos desatas las prisiones:
Cual vencedor con triunfos y blasones
A la diestra del Padre estás sentado.

Te cogat indulgentia,
Ut damna nostra sarcias,
Tuique vultus compotes
Dites beato lumine.

Muévanse tus piedades amorosas
A resarcir los daños padecidos,
Para que con tu rostro enriquecidos
Gocemos de las luces mas dichosas.

Tu dux ad astra et semita,
Sis meta nostris cordibus,
Sis lacrymarum gaudium,
Sis dulce vitae praemium.
Amen.

Sed á los cielos guia y fiel sendero;
Sed para nuestras almas norte fijo,
Sed de nuestra tristeza regocijo,
Sed de la vida el premio verdadero.
Amen.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Concede, quaesumus, omnipotens Deus: ut qui hodierna die Unigenitum tuum Redemptorem nostrum ad coelos ascendisse credimus; ipsi quoque mente in coelestibus habitemus. Per eumdem Dominum...

Concedednos, ó Dios omnipotente, que así como creemos por la fe que vuestro Hijo único nuestro Salvador ha subido hoy al cielo, así tambien nosotros habitemos allí en espíritu por el ardor de nuestros deseos. Por el mismo Jesucristo Señor nuestro, etc.

La Epístola de este dia es tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo I.

Primum quidem sermonem feci de omnibus, ò Theophile, quae coepit Jesus facere, et docere usque in diem, qua praecipiens Apostolis per Spiritum sanctum, quos elegit, assumptus est: quibus et praebuit seipsum vivum post passionem suam in multis argumentis, per dies quadraginta apparens eis, et loquens de regno Dei. Et

Teófilo, en mi primera obra he referido todo lo que hizo y enseñó Jesús hasta el dia en que dando por el Espíritu Santo sus órdenes á los Apóstoles que habia elegido, ascendió al cielo. Mostróse él mismo á ellos despues de su pasion, y les convenció con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por espacio de cuarenta dias, y

convescens praecepit eis, ab Jerosolymis ne discederent; sed expectarent promissionem Patris, quam audistis (inquit) per os meum: quia Joannes quidem baptizavit aqua, vos autem baptizabimini Spiritu sancto non post multos hos dies. Igitur qui convenerant, interrogabant eum, dicentes: Domine, si in tempore hoc restitues regnum Israël? Dixit autem eis: Non est vestrum nosse tempora vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate: sed accipietis virtutem supervenientis Spiritus sancti in vos, et eritis mihi testes in Jerusalem, et in omni Judaea et Samaria, et usque ad ultimum terrae. Et cum haec dixisset, videntibus illis, elevatus est: et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Cumque intuerentur in coelum euntem illum, ecce duo viri astiterunt juxta illos in vestibus albis, qui et dixerunt: Viri Galilaei: quid statis aspicientes in coelum? Hic Jesus, qui assumptus est à vobis in coelum, sic veniet quemadmodum vidistis eum euntem in coelum.

hablándoles del reino de Dios. En seguida comiendo con ellos les mandó que no saliesen de Jerusalen, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, dice, hábeis oido de mi propia boca; porque, á la verdad, Juan ha administrado el bautismo del agua; pero vosotros recibiréis el bautismo del Espíritu Santo dentro de pocos dias. Dicho esto, los que se habian reunido le hicieron esta pregunta: Señor, es ahora cuando habeis de restablecer el reino de Israel? No os toca á vosotros, les dijo, el saber lo que sucederá en los tiempos y momentos de que es el Padre absoluto señor; pero vosotros recibiréis la virtud del Espíritu Santo, el cual descenderá sobre vosotros, y vosotros daréis testimonio de mí en Jerusalen, en la Samaria y hasta los confines de la tierra. Luego que les dijo esto, le vieron levantarse del suelo, y una nube le ocultó á su vista. Estando ellos mirando como subia al cielo, hé aquí que dos varones vestidos de blanco aparecieron cerca de ellos, los cuales les dijeron: Galileos, ¿qué haceis así, fijos en el cielo vuestros ojos? Jesús que de entre vosotros ha ascendido al cielo, vendrá del mismo modo que le habeis visto subir.

REFLEXIONES.

Viéronle subir al cielo, y una nube le ocultó á su vista. ¿Qué es lo que buscaríamos, y qué podríamos amar sobre la tierra? Jesucristo ha subido al cielo, debe haber llevado consigo todos nuestros deseos. ¿Qué podemos encontrar en la tierra que merezca ocupar nuestro corazon? Formados para el cielo, no debemos suspirar ya mas que por aquel lugar de reposo y de eterna felicidad, por aquella patria celestial. La tierra se presenta como una mansion muy triste, y lo es en efecto para cualquiera que conoce la felicidad de la otra vida, para cualquiera que ama verdaderamente á Jesucristo. Para mí el vivir es estar en Jesucristo, decia san Pablo, y el morir es para mí una ganancia. Todo cristiano debia pensar y debia hablar del mismo modo. ¡Cosa extraña! La tierra en que vivimos no está sembrada

mas que de cruces, ni produce otra cosa que abrojos y espinas. Si nace alguna rosa, no se puede coger sin picarse, y apenas se goza de ella cuando se marchita. ¿Qué dia hay sereno? ¿qué dia de calma? A las borrascas suceden las nieblas. No hay estacion sin dias nublados, ni clima sin vientos impetuosos, sin tempestades. Si al menos el comercio del mundo nos indemnizase con su dulzura de la amargura esparcida universalmente en todos sus frutos; pero ¿quién no sabe que el mayor enemigo de nuestro reposo y de nuestra felicidad es el comercio de la vida civil? ¿reinan acaso en ella la rectitud, la sinceridad, la buena fe? Puede muy bien decirse que en el dia de hoy, la vida civil en el mundo es un comercio de interés, de superchería, de artificios y de pasiones; cada uno estudia no mas que en sus propios intereses, cada uno trata solo de elevar su fortuna sobre las ruinas de la de otro, y enriquecerse con sus descalabros. Estamos en este mundo como en país enemigo, donde todo hay que temerlo. La tierra propiamente es la region del llanto. ¡Qué de inquietudes mudas! ¡qué de gemidos secretos! ¡qué de cruces invisibles! Las que mas se muestran no son ni las mas amargas ni las mas pesadas; nada hay mas amargo, nada hay mas punzante que un disgusto que se sofoca dentro del corazon; así que ninguno parece mas dichoso en este mundo que el que mejor sabe contrahacerse, y mas conoce el arte de disimular sus disgustos. Tal es la region en que habitamos, tal es nuestra mansion: afortunadamente no es de larga duracion. ¡Ah! apenas estamos en el camino y ya vemos el término, y muchas veces la carrera concluye en el principio. Mis dias, decia el santo Job, se han cortado con mas presteza que corta el tejedor el hilo de la tela; mi vida no es mas que un soplo: tal es la triste mansion de los mortales; y sin embargo todavía los hombres tan apasionados por su bienestar gustan tanto de la tierra con todos los sinsabores que ella proporciona, que miran el cielo con indiferencia. Es cierto que hay gentes en el mundo que se afanarian poco por ver á Dios; gentes para quienes el paraíso no tendria muy grandes atractivos, si pudieran ser eternamente lo que son. Esto es muy extraño; pero hay todavía otra cosa mucho mas extraña. No solo se preferiria el vivir eternamente en la tierra, á la ventaja de vivir para siempre en el cielo, sino que esta poca vida que tenemos aquí abajo, aunque corta, aunque penosa, aunque frágil, no dejamos de preferirla á la eterna felicidad de la otra vida. Dos dias de pasatiempos nos hacen olvidar este cúmulo de bienes infinitos; algunos placeres fastidiosos nos quitan el gusto de estas delicias inefables; prefiérese á la pose-

sion de un Dios el menor objeto criado. Jesucristo ha ido á prepararnos un lugar en el cielo: ¿trabajamos mucho para llenarle? ¿Suspírase mucho por la celestial Jerusalen? Menester es tener una alma muy baja; digamos mejor, preciso es que nuestra fe sea muy lánguida para estar tan contentos en el lugar de nuestro destierro.

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del que escribió san Marcos en su capítulo XVI.

In illo tempore: Recumbentibus undecim discipulis, apparuit illis Jesus: et exprobravit incredulitatem eorum, et duritiam cordis; quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt. Et dixit eis: Euntes in mundum universum, praedicate Evangelium omni creaturae. Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur. Signa autem eos, qui crediderint, haec sequentur: In nomine meo daemonia ejicient: linguis loquentur novis: serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocebit: super aegros manus imponent, et bene habebunt. Et Dominus quidem Jesus, postquam locutus est eis, assumptus est in coelum, et sedet à dextris Dei. Illi autem profecti praedicaverunt ubique, Domino cooperante, et sermonem confirmante sequentibus signis.

En aquel tiempo: Estando los once discípulos á la mesa, se les apareció Jesús, y les echó en cara su incredulidad y la dureza de su corazon, porque no habian creido á los que le habian visto resucitado. Después de esto les dijo: Id por todo el mundo, predicad el Evangelio á todos los hombres. El que creyere y recibiere el bautismo se salvará; mas el que no creyere se condenará. Los que creyeren se darán á conocer por los milagros siguientes: arrojarán los demonios (de los cuerpos) en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; manejarán las serpientes; y si bebieren alguna cosa capaz de quitarles la vida, no les dañará: pondrán las manos sobre los enfermos, y estos recobrarán la salud. Y después de haberles hablado así, el Señor Jesús fue arrebatado al cielo, y allí está sentado á la diestra de Dios. Ellos, pues, partieron á predicar por todas partes cooperando con ellos la gracia del Señor, y confirmando lo que decian con los milagros que seguian á sus palabras.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero.—Considera que jamás hubo triunfo, ni tampoco puede haberlo mas pomposo, mas glorioso, mas magnífico, ni mas augusto que el del Salvador del mundo en su ascension al cielo. Entiéndese por esta palabra *triunfo* una ceremonia ó solemnidad decretada para honrar á un general victorioso, disponiéndole una entrada magnífica en la capital. El triunfador era conducido en un carro coronado de laurel, precedido del senado, entre las aclamaciones de

una multitud de ciudadanos, que iban delante del triunfador publicando sus victorias. En esto consistia aquella fiesta célebre que se hacia en honor del conquistador, la cual deslucian siempre las lágrimas de los reyes cautivos que marchaban cargados de cadenas detrás del carro, y que interrumpian con sus gemidos los gritos de alegría y las aclamaciones del pueblo. Imágen muy imperfecta; idea indigna aun del triunfo de Jesucristo y de la que debemos tener de su gloria. Si el mérito y la gloria de la victoria depende de la cualidad y de las fuerzas de las potestades vencidas, ¿qué victoria mas gloriosa que la que Jesucristo ha conseguido de todas las potestades del infierno y de la muerte misma, á las cuales estaban sujetos todos los hombres, y de las que eran esclavos todos de cualquiera condicion que fuesen, príncipes, reyes, emperadores y conquistadores? El vencedor del infierno y de la muerte hace hoy su entrada triunfante, no en una capital de provincia ó de un reino particular, sino en el cielo hasta el trono de Dios mismo. No en un carro de madera ó de metal, tirado por hombres ó por animales, sino que se eleva de la tierra por su propia virtud, y lo que le sirve de carro y de trono es una nube luminosa, milagrosa, brillantísima. Pero ¡qué acompañamiento, buen Dios! Todos los santos Patriarcas, tantos reyes piadosos, y aquella multitud de elegidos que desde la creacion del mundo no esperaban en el limbo mas que la victoria de su libertador y la venida del Mesías, su muerte y su resurreccion para salir de su prision, para ser puestos en libertad y para acompañarle en su gloria. ¡Qué alegría tan pura y satisfactoria en toda aquella gloriosa tropa que le sirve de comitiva, y que rodea su carro luminoso! ¡qué cánticos de regocijo mas universales, ni mas armoniosos! ¡qué himnos de gozo, qué bendiciones, qué alabanzas, qué afectos de gratitud, todos á cual mas afectuosos, á cual mas sinceros, no acompañan á este divino triunfador! Pero ¿quién puede expresar, quién puede ni aun comprender todo el resplandor de su triunfo? Todo el cielo sale á su encuentro, todos los espíritus bienaventurados, todas las inteligencias celestiales, Ángeles, Arcángeles, Tronos, Potestades, Querubines, Serafines, todo lo que compone la corte del mismo Dios, sale á recibirle, á adorarle, á reconocerle por su rey y su soberano, y no cesan de exclamar: Señor, que habeis rescatado con vuestra sangre á todos los hombres, *Vos sois digno de tomar el libro y de abrir sus sellos; digno es el Cordero, que ha sido muerto, de recibir la potestad, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendicion. Al que está sentado en el trono y al Cordero pertenece la bendicion, el honor, la glo-*

ria y el poder en los siglos de los siglos. Concibamos, si es posible, toda la magnificencia, la pompa y la majestad del triunfo de Jesucristo en todo el misterio de este dia: confesemos que la propiedad mas esencial de la gloria del Salvador es la de ser incomprensible. ¡Qué santa alegría no debe producir este misterio en el corazon de un verdadero cristiano!

Punto segundo.—Considera que la ascension gloriosa del Salvador al cielo no es solamente un misterio de admiracion, es tambien un misterio de accion y de práctica. Jesucristo deja la tierra, y por esto nos indica que el cielo es nuestra única patria, y que no estamos en la tierra mas que como en un lugar de destierro. Nosotros debemos considerarnos aquí como viajeros, como extranjeros. Puesto que habiendo subido al cielo Jesucristo, está allí sentado á la diestra de su Padre, decia san Pablo á los colosenses, debemos desprendernos de la tierra para no suspirar mas que por el cielo, ni apegarnos sino al cielo. De allí debe nacer el disgusto á todas las cosas terrenas; de allí el desprecio de todo lo que lisonjea, de todo lo que brilla en el mundo, de todo lo que deslumbra. Bienes, honores, dignidades, empleos de distincion, grandes herencias, ¿qué es lo que teneis que sea sólido, que pueda satisfacer un corazon que solo Dios puede llenar? Vanidad de vanidades, esto es, cuási nada en el mundo. Solo en el cielo es en donde podemos hallar la verdadera gloria, nuestra única felicidad. El misterio de la Ascension es un misterio de deseos: subiendo Jesucristo al cielo, nos invita á que le sigamos; donde está nuestro tesoro, allí debe estar nuestro corazon. Jesucristo es nuestra cabeza, nosotros sómos sus miembros: debemos, pues, mirar el estado de separacion de él como un estado violento para nosotros. Un verdadero siervo de Dios, un verdadero fiel vive con paciencia, y muere con alegría. Jesucristo es nuestra guia, él marcha el primero, y nos manda que le sigamos; tomar otro camino es descarriarse. Este divino Salvador ha hecho todos los gastos del viaje; la gloria de que toma posesion es nuestra herencia; pero para llegar á la misma gloria que Jesucristo, es menester merecerla como Jesucristo; y para merecerla como Jesucristo, es necesario padecer como Jesucristo. Esto es lo que ha hecho decir á san Pablo: *Yo cumplo en mi carne lo que falta á los tormentos de Jesucristo;* esto es lo que él quiere que yo sufra por su amor y en satisfaccion de mis pecados, á fin de que pueda llegar á la gloria que me ha merecido con sus padecimientos; con la condicion de que yo llenaria la porcion de trabajos que me ha

destinado; porque si ha sido necesario que Jesucristo padeciese para entrar en su gloria, ¿quién se atreverá á pretender la misma gloria sin padecer? no se alcanza esta gloria sino mereciéndola; pero tambien estamos seguros de que no la mereceremos sin obtenerla. Pero no toda suerte de trabajos conducen á la gloria del cielo; es preciso que sean trabajos por la justicia y por Dios; trabajos santificados por nuestra sumision á la voluntad de Dios. Todos los dias se padece por el mundo; cuesta mucho el distinguirse, el adquirir fama en el mundo; ¿y qué recompensa se recibe? ¿y nos negamos á sufrir por el cielo, no obstante que el premio de nuestros sufrimientos será la posesion de Dios mismo?

Haced, Señor, que tomando parte hoy en la gloria y en el regocijo de vuestro triunfo, participe tambien de vuestros dolores para tener algun dia parte en vuestra gloria, que ha sido el premio de ellos.

JACULATORIAS. — Atraedme, Señor, á Vos por vuestra gracia, y correré á Vos sin dilacion. (*Cant.* I).

Como un ciervo sediento busca la fuente en que puede satisfacer su sed; así mi alma, disgustada de esta region de lágrimas, suspira por Vos, ó mi divino Salvador, que tan graciosamente me invitais á seguiros. (*Psalm.* XLI).

PROPÓSITOS.

1 El misterio de la Ascension es para nosotros un misterio de esperanza y de confianza. Si Jesucristo ha subido al cielo, es para trazarnos el camino, y abrirnos la entrada en él. *Yo voy, dice, á preparar vuestros sitios, y deseo que donde yo he de estar, esteis tambien vosotros conmigo.* El Salvador ha subido al cielo, nos ha preparado allí un lugar, desea ciertamente que le llenemos, y que estemos allí con él eternamente. ¡Qué desgracia para nosotros; pero al mismo tiempo qué malicia mas criminal, ni qué locura mas insigne que el rehusar este lugar y esta mansion dichosa! Hé aquí el sentimiento mortal y desesperante que tendríamos por toda la eternidad, si tuviésemos la desgracia de no seguirle. Tomad, pues, hoy la resolucion eficaz de seguir á Jesucristo sin apartaros jamás de él. No mireis ya la tierra sino como un lugar de vuestro destierro. Suspirad sin cesar por el cielo, y en todos los acontecimientos molestos de esta vida dirigid frecuentes miradas hácia aquella patria celestial, y con-

solaos pensando que nada tendréis que sufrir ni que temer en el cielo en donde se os espera.

2 Nada omitais en este dia para contribuir, por decirlo así, cuanto pudiéreis al triunfo de Jesucristo, no solo con la alegría espiritual que debeis tener de verle entrar en triunfo en la mansion de su gloria, sino tambien con los actos de virtud y de misericordia que debeis ejercitar en este dia y durante la octava. Dad limosnas para honrar el triunfo del Salvador. Pero imitad á los Apóstoles y á los discípulos, tratando de prepararos como ellos con el retiro para recibir el Espíritu Santo. Tratad de hacerle en este tiempo. Si se da algun retiro público no falteis á él, y hacedle con cuidado; si no, hacedle vosotros mismos cada uno en particular. No hay tiempo alguno en el año que pida mas retiro ni mas recogimiento que este, ninguno que sea mas á propósito para ello. Redoblad vuestras adoraciones, y haced cuanto os sea posible para poneros en estado de recibir el Espíritu Santo que el Salvador ha prometido enviaros.

DOMINGO DESPUÉS DE LA ASCENSION.

El domingo comprendido dentro de la octava de la Ascension es una continuacion de la solemnidad y de la celebracion de este glorioso misterio; todo lo que se dice en el oficio y en la misa tiene relacion con él.

Escuchad, ó Dios mio, los clamores que os dirijo en este lugar de destierro, en donde no puedo hacer otra cosa que gemir después que os habeis ausentado. Perdiéndoos de vista, he perdido todo mi consuelo; pero sabiendo que estais en el cielo, siento que se aumenta mi confianza. Vos sabeis la ternura de mi corazon para con un esposo tal como Vos; los suspiros de una esposa tal como yo, no pueden dejar de moveros y de enterneceros. En medio de una tierra extranjera, expuesta á todos los tiros de mis enemigos, agitada sin cesar por mil borrascas, hecha presa de las mas violentas tempestades, entre el fuego de las mas furiosas persecuciones, nada temo, porque Vos sois todo mi auxilio, mi apoyo y mi fortaleza; Vos no abandonaréis jamás á vuestra amada esposa, y nunca os haréis sordo á sus ruegos y á sus votos. Mi corazon en defecto de mi voz os ha expuesto muchas veces mis peticiones: mis ojos que os buscan, como naturalmente, en mis necesidades, se han fijado en Vos; yo no cesaré, Señor, de implorar vuestra asistencia. Yo no puedo contemplaros, di-

vino Esposo mio, sino en el cielo: allí tambien es á donde se dirigen todos mis deseos; allí es donde se dirigen todas mis miradas; no aparteis de mí vuestros ojos, ni rechaceis mi oracion.

Este salmo lo compuso David en medio del mayor fuego de la persecucion. Perseguido aquel religioso Príncipe acérrimamente por Saul, se mantuvo siempre intrépido en medio de los mayores peligros, apoyado en su confianza en Dios y en la seguridad que tenia de que el Señor no podia faltar á sus promesas. El Señor me instruye con sus consejos, dice, él vela en mi conservacion, ¿qué es lo que yo tengo que temer? ¿qué es lo que puede dañarme? Ninguna cosa conviene mejor á la Iglesia, que estando todavía, inmediatamente después de la ascension del Salvador, como en la cuna, parecia tenerlo todo que temer de la nube de enemigos que la rodeaban, y que como otras tantas bestias feroces parecia que la debian tragar en su nacimiento; pero habiéndole prometido el Señor que en todos tiempos velaria por su conservacion, nada tiene que temer.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de san Pedro, en la que este santo Apóstol hace un admirable compendio de las principales virtudes cristianas. Es esta una leccion práctica á todos los fieles en que les da reglas de conducta, enseñándoles á vivir segun el espíritu de Jesucristo y las máximas del Evangelio. Esta instruccion es muy á propósito para la circunstancia del tiempo. No teniendo ya visiblemente consigo los fieles á su buen Maestro, y no habiendo descendido todavía sobre ellos el Espíritu Santo, la Iglesia suplia á los dos con los avisos espirituales que les da por medio de esta Epístola, en la cual el apóstol san Pedro exhorta á los fieles á que usen de precaucion, de sabiduría y moderacion en todas las cosas; á que insten en la oracion; que se amen entre sí; que mutuamente se correspondan con todo género de deberes de caridad y de atencion; en fin, á que cuanto les sea posible, no hablen ni obren sino por el espíritu de Dios.

Conducíos prudentemente en todo, dice el santo Apóstol, y no os contenteis con orar durante el dia, pasad tambien en oracion una parte de la noche. Acababa san Pedro de decirles que la muerte, que es el fin de todas las cosas con respecto á cada uno en particular, estaba próxima. Que siendo la vida tan corta y tan incierta como es, debíamos considerar cada uno de nuestros dias como el último, y vivir en cada uno como querríamos haber vivido en aquella última hora; observad, pues, les dice, una conducta prudente y verdaderamente cristiana; sed sobrios, templados, irreprensibles y mortifica-

dos. No os adormezcais jamás en el negocio de vuestra salvacion; es demasiado importante y de muy grande consecuencia para descuidarlo, y pues que no sabeis qué dia ni á qué hora debe venir el Señor, velad sin cesar á fin de que esteis prontos para abrirle en el momento que llame. No ceseis de orar, y á ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo pasad tambien una parte de la noche en oracion. Este es el tiempo mas á propósito para recibir los mas grandes favores del Padre de las misericordias. Pero sobre todo, añade, tened entre vosotros una caridad mutua que nunca se resfrie; porque la caridad cubre innumerables pecados. Este fuego sagrado consume, por decirlo así, la herrumbre de nuestra alma, y sirve en gran manera para purificarla de sus manchas, alcanzándola del Señor el perdon de sus pecados. Vosotros sabeis que el precepto favorito del Salvador, y el que debe, por decirlo así, caracterizar á sus discípulos, es la caridad mutua. *Este es mi precepto, que os ameis mutuamente como yo os he amado.* Poseyendo esta virtud, puede decirse que poseeis ó que muy pronto poseeréis todas las demás, porque la caridad es paciente, bondadosa, dulce, indulgente; léjos de echar en cara á su prójimo sus defectos, ni de hacer de ellos un motivo de queja ó de murmuracion, los sufre y los excusa; en lugar de publicarlos, los encubre, y querria con todo su corazon sustraerlos al conocimiento del público. La caridad no es envidiosa, no piensa mal de nadie, y hace bien á todos. Uno de los principales efectos de la caridad, continúa san Pedro, es la hospitalidad con los hermanos y con los extraños. Como todos los primeros Cristianos estaban abrasados de una caridad muy pura y muy ardiente, se distinguian tanto por la hospitalidad con todo el mundo, que en los primeros siglos los mismos paganos no los designaban sino diciendo de ellos que eran gentes que recibian del modo mas caritativo y mas gracioso á todos los extranjeros. Este mismo espíritu es el que conduce á los Órdenes religiosos mas antiguos que reciben aun á los pasajeros con una cordialidad tan caritativa. Añade todavía san Pedro: Sin dar muestra alguna de disgusto; para prevenir á aquellas almas naturalmente avaras é interesadas, que cuando se ofrece la ocasion ejercitan la caridad, reciben tambien á los extranjeros, hacen limosna; pero con un aire tan poco grato, con palabras tan poco obligantes, con rostro tan adusto, que se nota bien que su caridad es imperfecta y mezquina. No solo debe aparecer vuestra caridad en la parte que debeis dar á los demás en vuestros bienes temporales, sino que como buenos ecónomos de los diversos bienes espirituales con que Dios os ha favorecido, debeis comunicarlos

con tanta mayor facilidad y celo, cuanto que los bienes espirituales son mucho mas provechosos. En los primeros tiempos de la Iglesia el Espíritu Santo comunicaba sus dones sobrenaturales á cada uno de los fieles segun su voluntad: á los unos el espíritu de profecía; á otros el don de lenguas; á este el don de curar las enfermedades; á aquel el discernimiento de los espíritus; á otros, en fin, el don de consejo. Estos dones del Espíritu Santo, que se llaman gracias gratuitas, se conceden principalmente en utilidad del prójimo, y seria obrar contra la intencion del que es el autor de ellas el sepultarlas en algun modo dentro de sí mismo, y hacer inútiles unos dones que deben los hombres derramar con la misma liberalidad con que Dios se los ha comunicado; y no siendo los dueños de ellos, sino los simples dispensadores, deben emplearlos segun la voluntad de Aquel de quien los han recibido.

Reduce el Apóstol todos estos dones del Espíritu Santo al ministerio de la palabra y de la accion: si alguno habla, dice, ya para explicar los misterios divinos y las verdades del Cristianismo en la predicacion, ya para instruir los neófitos ó los catecúmenos en la doctrina cristiana y en las máximas del Evangelio, ya para consolar á los hermanos en sus aflicciones, ya para hablar las lenguas ó para interpretarlas, haga todo esto como si Dios hablase por su boca. Acuérdese que no es palabra suya la que predica, sino la de Dios. Nosotros, decia san Pablo, no somos como muchos que corrompen la palabra de Dios; nosotros hablamos de parte de Dios, delante de Dios, en Jesucristo. Esta misma instruccion da aquí san Pedro á los fieles, singularmente á los que se han encargado del ministerio de la palabra de Dios. Bella leccion para los predicadores que se predican á sí mismos, y que no tienen otras miras que agradar y ser aplaudidos. Que deslumbrados con el falso brillo de una vana elocuencia, no estudian mas que en cómo han de deslumbrar á los que deberian mover y convertir. De aquí tantos discursos floridos y tan pocas predicaciones cristianas: de aquí aquella elocuencia estudiada sin uncion y sin fruto. Si alguno está encargado de algun ministerio, ejérzalo como por la virtud que Dios comunica; de suerte que Dios sea honrado en todas las cosas por Jesucristo nuestro Señor. Habla el Apóstol de los ministerios eclesiásticos en general, y aun de las obras de caridad y de los servicios que los legos pueden hacer á los pobres. Cada uno ha recibido de Dios su propio don; empléelo, pues, cada uno conforme á su vocacion y segun el órden de sus superiores. Desempeñe su ministerio con un celo puro, ardiente y desinteresado; llene todos los

deberes de él con puntualidad y con un espíritu de religion; no busque mas que la gloria de Dios sin ningun retorno sobre sí mismo; en fin, concluye el santo Apóstol, comportaos de una manera tan prudente, tan caritativa, tan irreprensible y tan cristiana, que todos los que os vieren queden edificados y alaben al Señor. La vida de un cristiano debe hacer el elogio del Cristianismo; y la santidad, sobre todo de los ministros de Jesucristo, debe ser una de las pruebas mas brillantes y mas sensibles de la verdad de nuestra Religion.

El Evangelio de este dia no tiene menos relacion que la Epístola con las circunstancias del tiempo y de la festividad. Su asunto es el fin del admirable discurso que hizo el Salvador á sus Apóstoles después de la última cena.

Acababa el Hijo de Dios de hacer una descripcion razonada y circunstanciada de todo lo que habia hecho en favor de los judíos para probarles que era su Salvador y su Dios, su Rey y su Mesías; acababa de decir que les habia demostrado invenciblemente por la santidad de su vida, por la autenticidad de sus milagros, por la pureza de su doctrina, y por los oráculos de los Profetas, que él era el que les habia sido prometido, y que no debian esperar otro que á él; que tantas maravillas tan extraordinarias que, segun el testimonio de los Profetas, estaban reservadas solo al Mesías, condenaban su ceguera, que sin esto hubiera sido perdonable: ellos me han visto, añade el Salvador, ellos me han oido en cien ocasiones, y léjos de creer en mí, y de seguirme, se han coligado contra mí y contra mi Padre; pero era necesario que cumpliesen lo que dice uno de los libros de su ley: *ellos me han aborrecido sin motivo*, me han perseguido por pura malicia. Si ellos, pues, me han tratado así á mí, no debeis esperar que os traten de otra manera; pero nada temais, del cielo os vendrá un auxilio poderoso. Yo os enviaré el Espíritu Santo para que os consuele en todas vuestras aflicciones, os fortifique en todos los combates á que os expusieren, y os defienda de las persecuciones mas violentas. Yo os enviaré este Espíritu consolador; porque él procede igualmente del Padre y de mí, y por su procesion, recibe de los dos la divinidad, la cual no se divide en las tres personas. Cuando hubiere venido este Consolador que yo os enviaré del seno del Padre, Espíritu de verdad que procede del Padre. No añade el Salvador que procede del Padre y de mí, no obstante que sea verdad que procede igualmente del Hijo que del Padre, porque se acomoda á la manera de concebir tan grosera todavía de sus Apóstoles; no hubiera hecho mas que confundir sus ideas, si en este pasaje les hubiese dicho que

el Espíritu Santo procedia de él como del Padre. Habia probado bastante esta verdad en todo lo que habia dicho para establecer su divinidad, y singularmente diciéndoles que él mismo les enviaria este Espíritu consolador: daba bastante á entender en esto que, guardada la debida proporcion, el Espíritu Santo era con respecto á él, y con respecto á su Padre, lo que un hijo en órden al que lo engendró; esto es, que emanaba del uno y del otro en su manera del todo inefable, y que no es posible conocer sino con las luces del mismo Espíritu Santo. *Cuando viniere, pues, este Espíritu, dará testimonio de mí*, tanto por los prodigios que obrará, como por las luces que comunicará á los fieles sobre las verdades que os he anunciado. Convencerá á los judíos de injusticia, de infidelidad y de pecado, y á todos los hombres de mi divinidad y de mi soberano poder. Vosotros, que seréis instruidos por este divino Maestro, y que desde que yo he comenzado á darme á conocer á los hombres, habeis estado conmigo, publicaréis como fieles testigos mi doctrina y mis obras por toda la tierra.

Os he prevenido todas estas cosas como necesarias para precaveros contra las persecuciones, no sea que cuando llegaren os inmuteis, y sean para vosotros ocasiones de escándalo. Os he hablado del odio que os tendrá el mundo, os he predicho todo lo que debe sucederos molesto, á fin de que esteis preparados para sostener los malos tratamientos que tendréis que sufrir. Mis enemigos, que por lo mismo lo serán vuestros, no se contentarán con arrojaros de sus sinagogas, y trataros como excomulgados, como impíos y hombres sin religion; les cegará la pasion hasta tal punto, que los que empaparen sus manos sacrílegas en vuestra sangre, creerán hacer un sacrificio agradable á Dios. Como por una obstinacion nacida de un error voluntario, y por una pura malicia que los tiene furiosos, no quieren conocer ni á mi Padre ni á mí; por esto ultrajarán cruelmente á los que como vosotros harán profesion de ser siervos fieles del Hijo y del Padre. Pero cuando los viéreis mas desencadenados contra vosotros, y mas encarnizados para perderos, os bastará para no temerles el acordaros que el Maestro á quien servís os ha predicho todas estas cosas, que nada le es desconocido, y que no os ha empeñado en su servicio sin representaros todos los peligros que estaban anejos á él, y todo lo que tendríais que padecer en él. Yo he previsto todo el mal que os sucederá, y os he dicho ya que cuidaré de enviaros el Espíritu consolador que no solo os dará el ánimo y la fortaleza necesarios para sufrir todos los tormentos, sino que os hará sentir una dulce alegría en medio de todas vuestras penas. Por lo demás, os he hablado de

este modo á fin de que cuando hubiere llegado el tiempo os acordeis que os he dicho todo lo que debia sucederos.

Jesucristo anuncia á sus discípulos todos los males que deben sufrir por haberse unido á él, y de este modo sabe hacérseles fieles. ¡Buen Dios! si el mundo pudiera ser tan sincero, si fuese capaz de presentar de antemano todo lo que hay que sufrir en su servicio, ¡cuán pocos sectarios tendria! Prediciendo así el Salvador tantas cruces á los que le sirven, daba bien á entender que en él solo consistia el hacerlos dichosos segun el siglo; preciso es, pues, que sea gloria suya y ventaja nuestra que llevemos una vida paciente, una vida crucificada: las cruces, en verdad, son amargas; pero su fruto es muy dulce.

Los griegos llaman á este dia el domingo de los trescientos diez y ocho Padres del santo concilio de Nicea, porque han elegido este dia móvil para honrar su memoria, á mas de la fiesta que hacen tambien en un dia fijo del año, que es el décimo del mes de julio.

Llámase tambien este domingo entre los latinos, y principalmente en Roma, el domingo de las Rosas, porque ordinariamente se empiezan entonces á ver florecer las rosas, que se echaban en la iglesia en donde estaba la estacion de los fieles en este dia, sobre todo cuando el Papa oficiaba en ella. Esta denominacion puede haber tenido tambien un motivo y un sentido mas espiritual y alegórico; tal vez se le llamaba el domingo de las Rosas, á causa de que el Evangelio promete las flores, por decirlo así, de los consuelos mas dulces, en medio de las espinas mas punzantes y mas espesas. Las rosas nacen y se dilatan en medio de las espinas: así los discípulos de Jesucristo entre las adversidades y las cruces gozan de la alegría mas pura y del placer mas exquisito.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, fac nos tibi semper et devotam gerere voluntatem, et majestati tuae sincero corde servire. Per Dominum...

Ó Dios omnipotente y eterno, haced por vuestra gracia que nuestro afecto y nuestra voluntad no se consagre sino á Vos solo, y que sirvamos á vuestra Majestad divina con la fidelidad de un corazon sincero. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola está tomada de la primera del apóstol san Pedro, capítulo IV.

Charissimi: Estote prudentes, et vigilate in orationibus. Ante omnia au-

Amadísimos hermanos: Observad una conducta prudente, y velad en las

tem mutuam in vobismetipsis charitatem continuam habentes: quia charitas operit multitudinem peccatorum. Hospitales invicem sine murmuratione: Unusquisque, sicut accepit gratiam, in alterutrum illam administrantes, sicut boni dispensatores multiformis gratiae Dei. Si quis loquitur, quasi sermones Dei, si quis ministrat, tamquam ex virtute, quam administrat Deus, ut in omnibus honorificetur Deus per Jesum Christum Dominum nostrum.

oraciones. Pero sobre todo tened entre vosotros una caridad mutua, que nunca se resfrie, porque la caridad cubre un gran número de pecados. Practicad con gusto la hospitalidad los unos con los otros, sin dar muestras de que os incomodais. Pórtese cada uno con respecto á los demás, segun el don que ha recibido, como buenos ecónomos de los diversos dones de Dios. Si alguno habla, hágalo como un hombre que anuncia la palabra de Dios; si alguno está encargado de algun ministerio, ejérzalo como por la virtud que Dios comunica, de suerte que Dios sea honrado en todas las cosas por Nuestro Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si alguno habla, hágalo como un hombre que anuncia la palabra de Dios. No pretende el Apóstol que todos los fieles sean predicadores, sino que quiere que todos los predicadores sean ministros fieles de la palabra que anuncian. Pretende que todas nuestras conversaciones, todos nuestros entretenimientos, todos nuestros discursos sean cristianos. Nada mas justo, nada deberia ser mas comun; ¿qué cosa mas racional que el que un cristiano no hable como pagano, sino como cristiano? Sin embargo, ¿son edificantes todos nuestros discursos? ¿En qué se entretienen en esas frecuentes conversaciones, en esas asambleas mundanas? Si alguno habla, ¿lo hace como un hombre que anuncia la palabra de Dios? esto es, ¿tiene Dios mucha parte en todas esas conversaciones? Se pasan las horas enteras en conversar; pero ¿de qué? de mil bagatelas, y muchas veces tambien de asuntos que á muy poco tiempo se reducen á nada. Un cuento, una historieta, un sueño, hé aquí lo que ocupa el descanso, por no decir la ociosidad, de ciertas personas que creen tener talento, porque saben hablar mucho sin decir nada. Qué cosa mas lamentable que las conversaciones de esas tertulias brillantes, de esas mujeres mundanas, cuyo talento se agota en los discursos mas pequeños y mas vanos. Una moda, un tocador, un adorno, una joya ocupan todos esos grandes genios. Entretenimientos tan frívolos y tan vacíos apenas pasarian entre niños. Examínese de cerca, pésese lo que forma el fondo de esas conversaciones mundanas que absorben una gran parte de la vida; ¿qué es lo que se hallará en ellas de sólido, de cristiano,

ni aun de racional? Si se le quita la murmuracion, que es la sal de todos sus miserables pasatiempos, todo lo que en ellos se dice es tan fastidioso, tan lánguido, tan pueril, que costaria trabajo creer, si no se viera, que gentes de razon fuesen capaces de ocuparse de tantas inutilidades. ¡Ah Señor! si se ha de dar cuenta de la menor palabra ociosa que se hubiere dicho, ¿qué cuenta habrá que dar de tantos discursos y entretenimientos tan poco cristianos? *De lo que abunda el corazon, habla la boca.* (*Matth.* XII). Seria, pues, muy extraño que se hablase bien cuando se vive mal. La lengua no solo da á conocer el país de donde uno es, sino tambien el vicio que tiene. ¿No se nos oye jamás hablar de otra cosa que de bagatelas, de placeres, de adornos, de negocios del mundo? señal que nuestro corazon está lleno del amor del siglo. Llenémosle del amor de Dios, hagámosle por este medio el mas rico en verdaderos tesoros. No cuesta trabajo hablar de Dios, entretenerse con Dios, cuando se le ama. Un corazon lleno del mundo, y ocupado de los deseos terrenos, se seca muy pronto luego que se habla de Dios.

El Evangelio de la Misa está tomado del de san Juan, capítulos XV *y* XVI.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Cum venerit Paraclitus, quem ego mittam vobis à Patre, Spiritum veritatis, qui à Patre procedit, ille testimonium perhibebit de me: et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis. Haec locutus sum vobis, ut non scandalizemini. Absque synagogis facient vos: sed venit hora, ut omnis, qui interficit vos, arbitretur obsequium se praestare Deo. Et haec facient vobis, quia non noverunt Patrem, neque me. Sed haec locutus sum vobis, ut cum venerit hora eorum, reminiscamini, quia ego dixi vobis.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando viniere el Consolador que yo os enviaré del seno del Padre, él que es el Espíritu de verdad, que procede del Padre, dará testimonio de mí, y vosotros tambien daréis testimonio porque habeis estado conmigo desde el principio. Os he hablado de este modo, á fin de que no os escandaliceis. Os pondrán fuera de las sinagogas; y se acerca tambien el tiempo en que cualquiera que os hiciere perecer, se imaginará que hace un servicio á Dios. Y obrarán así con vosotros, porque no conocen ni á mi Padre ni á mí: mas yo os he hablado de este modo para que cuando llegare el tiempo os acordeis que os he dicho estas cosas.

MEDITACION.

De las contradicciones y pruebas á que están expuestos los buenos.

PUNTO PRIMERO. — Considera que es necesario que nos persuadamos que no puede dejar de cumplirse la palabra de Jesucristo: Dis-

cípulos mios, vosotros seréis maltratados, y aun se creerá que maltratándoos se hará un servicio á Dios. Aunque esta verdad se verifica todos los dias, no deja, sin embargo, de sorprender. Que el desarreglo de las costumbres excite la indignacion y la persecucion contra los libertinos; que una devocion fingida revuelva todos los humores, y encienda la bílis de todo el mundo; nada hay que sea mas justo. Los impíos y los hipócritas son objetos del odio de Dios y de la aversion de los hombres de bien; pero que se rebelen tambien contra la verdadera piedad, y que la piedad cristiana sufra una especie de persecucion en medio mismo del Cristianismo, son estos unos hechos que solo la experiencia hace creibles, y que parecen opuestos á la Religion, igualmente que á la razon y al buen sentido. Sin embargo, nada hay mas comun ni mas ordinario. Parece que desde que uno hace profesion de piedad, desde que se declara por la devocion, desde que se muestra siervo fiel del Señor, se hace el blanco de la malignidad del corazon humano, de las zumbas de los indevotos, de la envidia misma de los menos desarreglados, de la persecucion de los mundanos, y muchas veces hasta de la calumnia. Pondéranse los mas pequeños defectos; interprétanse en mala parte las mejores acciones; se nos acusa de orgullo y de singularidad inmediatamente que se advierte que somos mas regulares, mas reservados, mas virtuosos que los demás. ¿Es uno observador fervoroso de la ley, tiene un fondo sólido de piedad, es verdaderamente declarado siervo de Dios? Todos le huyen; mírasele como un censor incómodo de las irregularidades de otro. Por mas aislado que esté; por mas caritativo, modesto, humilde y piadoso que aparezca; la misma virtud que se reconoce en él, enardece á los mas tímidos para que digan mal de él. Cada cual conspira á mortificarle; imagínase que se hace un servicio á Dios, hartándole de sinsabores. ¿Murmúrase de una persona devota? Todos lo aplauden. ¿Preséntase en una sociedad de donde no le permite ausentarse el deber de la buena crianza? Escandalízanse de él. ¿Destiérrase de las partidas de diversion que el Evangelio proscribe, y en donde reina el espíritu del mundo? gradúasele de salvaje y enemigo de toda sociedad. ¡Cosa extraña! Hasta el aprecio que se hace de los buenos, es muchas veces una ocasion para ellos de nuevas pruebas. ¿Reconócese en una comunidad una persona de una piedad singular, esto es, mas humilde, mas mortificada que las otras, pronta á someterse á todo sin réplica? ya puede atenerse á todos los desahogos del desprecio. Si hay algo penoso y desagradable, si los imperfectos rehusan algun empleo, cargará sobre

él. La idea que se tiene de su mortificacion hace que se considere poco su virtud. Tiénense consideraciones infinitas con los imperfectos y los indevotos, y Dios permite que apenas las haya para los mas virtuosos. Á un hombre de buena voluntad se le sobrecarga con frecuencia, mientras que los que no quieren hacer mas que lo que se les antoja están ociosos, y en su ociosidad critican á su placer todo lo que hacen los que trabajan. El amor propio padece en una suerte tan desigual; pero la virtud saca en ello su partido, y por mas incómoda que sea esta distincion, hace, no obstante, honor á la piedad. No hay razon para declamar contra esta injusticia aparente. ¿Puede hacérsenos mas honor en el mundo que ponernos al nivel, por decirlo así, con Jesucristo? Si el Señor ha sido tratado de este modo, ¿tiene derecho el siervo para quejarse de que se le trate como á su Señor? Toda virtud aplaudida es muy sospechosa. *Los que quisieren vivir piadosamente en Jesucristo serán perseguidos.* Es menester que se verifique este oráculo. Deberíamos mas bien quejarnos cuando no tuviéramos parte en él.

Punto segundo. — Considera que si las persecuciones son amargas, el fruto de ellas es muy dulce. Es un fuego que purifica, y que consumiendo las horruras del oro le pone mas brillante. Á la verdad, cuesta vencerse en estas ocasiones y callar. Cien razones, todas á cual mas plausibles, se agolpan en apoyo del amor propio, y la vivacidad de nuestro espíritu fatiga mas que la malicia del espíritu de otro. Verdad es que muchas veces la moderacion de las personas virtuosas hace á los libertinos mas atrevidos para criticar y morder. Estas almas cobardes abusan de la mansedumbre y de la paciencia de las personas virtuosas para satisfacer los deseos de sus corazones malvados; con facilidad se echa de ver alguna vez que una respuesta viva, acompañada de un poco de hiel, libraria para siempre de la persecucion; una palabra á punto aterraria á los imperfectos; pero esto seria herir la virtud, maltratando á su adversario. El silencio mismo parece que agravia á la virtud, puesto que la hace presa de la murmuracion. Todas estas razones son plausibles; sin embargo, Dios quiere que se haga el sacrificio; cuesta mucho el callar, y no es pequeña victoria el no deferir á todas estas razones. Pero ¡qué de gracias, buen Dios, son siempre el fruto de esta victoria! Un silencio exacto, una paciencia manejada entonces con prudencia sirven maravillosamente á la piedad. Dejemos á Dios la justificacion de sus siervos; no se perderá uno solo de sus cabellos, Dios se encarga de

defenderlos. ¿Quién tenia mas razones y mas interés en justificarse que Jesucristo? Sin embargo, no dijo una palabra para ello. ¡Buen Dios! ¡qué bella leccion es para mí, y para todos los que sufren en vuestro servicio, vuestro silencio en medio del fuego de la mas violenta y la mas injusta de las persecuciones! Nos seria fácil confundir á todos nuestros enemigos; parece aun que seria gloria nuestra el hacer brillar nuestra inocencia, y aniquilar á todos los que con las mas negras calumnias se esfuerzan en desacreditarnos. Pero el Hijo único de Dios, el Redentor del género humano, el autor de una nueva religion tan pura, tan divina, tan santa, el Rey del universo, el Mesías, Jesucristo calla, Jesucristo sufre sin decir una palabra; y después de esto, ¿clamarémos contra la injusticia de los que nos maltratan? Este silencio tan instructivo, esta paciencia tan heróica es la que ha enseñado á callar á tantos Santos; ella es la que les ha movido á pedir á Dios tan de corazon por sus perseguidores, como por los que les hacian los servicios mas importantes. Y ¿cuándo harán impresion en nosotros estos ejemplos?

Desde ahora, Señor, porque estoy ya resuelto á mirar todas estas pequeñas contradicciones como otros tantos favores de un precio inestimable. Haced, ó Dios mio, que mis resoluciones sean eficaces, y que me crea dichoso por ser tratado como Vos lo habeis sido.

JACULATORIAS. — Levantaos, Señor, y no dejeis que tome cuerpo la insolencia de vuestros enemigos. (*Psalm.* IX).

El pobre desahuciado de todo el mundo pone en Vos, ó Dios mio, toda su confianza, y halla en Vos una proteccion que le indemniza bien de todo lo que ha sufrido de los hombres. (*Psalm.* X).

PROPÓSITOS.

1 ¿Habeis tomado el partido de servir á Dios sin consideracion y sin reserva? dice el Eclesiástico, esperad muchas y crudas pruebas: porque no se esperan segun se debia, por eso se sienten algo mas. Es un error el mirar las contradicciones, los amargos sinsabores que se hallan en el camino de la perfeccion como obstáculos pesados que hacen el camino mas malo, ó á lo menos mas difícil. Son espinas que sirven de vallado, y que rechazan todo lo que es enemigo y que puede dañar. Guardaos bien de temer lo que prueba la virtud, lo que la alimenta, y lo que la hace honor. Mirad esos sinsabores, esas zumbas, esos desprecios que hacen de vosotros los que odian mas vuestra virtud que vuestra persona; mirad, repito, las peque-

ñas mortificaciones que os procuran como un beneficio insigne que os hacen, é imponeos una ley de no quejaros nunca de él.

2 Es una cobardía criminal y aun indigna de un hombre de bien el omitir el bien y la práctica de la virtud, temiendo las burlas de los libertinos y de los mundanos. Guardaos bien de justificaros ó de quejaros. Esto seria lo mismo que si alguno se acalorase mucho para mostrar que no es un defecto reprensible el tener una nariz y dos ojos. En estos lances guardad un profundo silencio; perseverad en vuestros ejercicios de piedad sin decir una palabra; conducíos siempre en ella por un motivo puro, y practicadla del modo mas perfecto. No desprecieis las burlas de los mundanos por orgullo, pero no hagais caso de ellas sino por virtud. Tener demasiada sensibilidad en esto es señal de una virtud muy débil, y muchas veces aun de una virtud falsa.

DOMINGO DE PENTECOSTES.

La fiesta de Pentecostes cristiana fue figurada por la de la Pentecostes judáica. Es la única, con la de la Pascua, cuyo verdadero orígen encontramos en el Antiguo Testamento, y cuya institucion inmediata, por consiguiente, podemos atribuir al mismo Dios que mandó celebrar la Pascua y la de Pentecostes á su pueblo como las dos principales solemnidades del culto religioso que debia tributarle.

La fiesta de Pentecostes, dice Eusebio, es la mas grande de todas las del año. En efecto, ella es la perfeccion de la grande obra de la redencion, la consumacion de todos los misterios de la Religion, la publicacion solemne de la nueva Ley, y como el último sello de la nueva alianza. El Espíritu Santo ha sido enviado, dice san Agustin, á fin de que la virtud de este mismo Espíritu consumase la obra que el Salvador habia comenzado, para que conservase lo que el Salvador habia adquirido, y para que acabase de santificar lo que el Salvador habia rescatado.

Entre todas las criaturas no hay ninguna, dicen los Padres, que haya llamado mas la atencion de Dios, por decirlo así, ni que le haya costado tanto como el hombre. Diríase que todas las tres Personas divinas se han complacido en perfeccionarle y hacerle admirable, y hacerse admirar ellas mismas en esta obra maestra. El Padre le bosquejó, si podemos explicarnos de este modo, criándole; el Hijo le perfeccionó rescatándole; y el Espíritu Santo le ha concluido santificándole. El Padre formando al hombre, dice un piadoso orador cris-

tiano, le dió la razon para conocer, el apetito para amar, la libertad para obrar con mérito; el Hijo reformando á este mismo hombre, le ha dado la fe para conducir su razon, la caridad para rectificar su apetito, la gracia para fortificar su libertad; y el Espíritu Santo para dar las últimas pinceladas á esta obra, añade la inteligencia á la fe, el ardor y el celo á la caridad, y la fortaleza y la magnanimidad á la gracia: de suerte que puede decirse que el Padre nos ha hecho hombres; que por Jesucristo hemos llegado á ser cristianos; y que el Espíritu Santo es el que nos hace santos, y en esto es, en algun modo, en lo que estriba todo el fondo de este gran misterio.

La descension del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, que es el motivo de la solemnidad de este dia, es propiamente la fiesta de la consumacion de todos los misterios de la Religion; la época célebre de la publicacion de la Ley y del establecimiento de la Iglesia. Esta Iglesia habia sido formada por Jesucristo antes de su ascension al cielo; pero estaba todavía, por decirlo así, en la cuna durante los diez dias, en los que los Apóstoles y los discípulos estaban encerrados en el cenáculo; hasta el dia de Pentecostes no se mostró por primera vez al público esta esposa de Jesucristo; en aquel dia tomó como posesion de la herencia prometida á los descendientes de Abraham, y entró en todos los derechos que habia perdido la Sinagoga, y en todas las prerogativas que el Salvador la habia concedido. Justo, pues, era que fuese una de las mas solemnes. No se duda, segun se ha dicho, que los mismos Apóstoles la hayan instituido por sí mismos entre los primeros fieles, por el interés que tenian de no dejar en el olvido un acontecimiento tan glorioso para ellos y tan ventajoso para la Iglesia: san Lucas refiere la ansia que tenia san Pablo de hallarse en Jerusalen para celebrar la fiesta de Pentecostes; es muy probable que seria la Pentecostes cristiana, puesto que no se ve que los Apóstoles hayan celebrado las fiestas de los judíos.

Nunca hubo una analogía mas perfecta entre la figura y la realidad que la que se halla entre la fiesta de Pentecostes de los judíos y la de los Cristianos. La primera fue prescrita para el dia quincuagésimo después de la ceremonia de la Pascua ó del cordero pascual; y la segunda se celebra el dia quincuagésimo después de Pascua. Aquella fue, segun los Padres, la publicacion de la ley de Dios, hecha sobre la montaña del Sínai, el dia quincuagésimo, entre el ruido de los truenos, de los relámpagos y de las trompetas, que fue el motivo principal de la Pentecostes judáica: esta es la publicacion de la ley nueva, dada á los Apóstoles por el Espíritu de verdad al cabo del

mismo número de dias, entre el ruido de un viento impetuoso y entre el brillo relumbrante de una exhalacion inflamada, que es lo que hace el principal objeto de la fiesta de Pentecostes de los Cristianos. San Agustin prueba por la misma Escritura, que el dia de Pentecostes, esto es, el quincuagésimo después de Pascua, fue el en que se dió á Moisés la ley de Dios sobre la montaña del Sínai. En el dia de Pentecostes fue cuando se cumplió la promesa que Dios habia hecho en otro tiempo por el profeta Jeremías, cuando dijo que nos daria una nueva ley mucho mas perfecta que la primera, que tantas veces habia sido violada. Pero hé aquí la nueva alianza que, cuando llegare el tiempo, haré yo con la casa de Israel. No la escribiré en tablas de piedra; la imprimiré, la escribiré yo mismo en el corazon. No se me servirá ya con un temor servil, sino por amor: yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. El profeta Ezequiel anuncia tambien, y expresa este gran misterio en términos todavía mas claros y mas precisos: Derramaré, dice el Señor, sobre vosotros una agua pura, y quedaréis purificados de todas vuestras inmundicias: alude á las diferentes aspersiones usadas entre los judíos, las cuales purificaban de las inmundicias legales, y eran figuras del Bautismo y de la Penitencia, que nos lavan de nuestras iniquidades en virtud del mérito de la sangre de Jesucristo, y por la aspersion invisible del Espíritu Santo y de su gracia. Entonces os daré un corazon nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; os quitaré ese corazon de piedra, ese corazon duro, ingrato, indócil; os daré un corazon flexible, dócil, reconocido; os daré, en fin, mi espíritu, y entonces os agradará mi ley, y marcharéis con alegría por el camino de mis preceptos: nada se os hará díficil en mi servicio, y guardaréis mis mandamientos con fidelidad y con alegría. Todas estas predicciones se han verificado exactamente, y se han cumplido tan visiblemente estas promesas en el dia de Pentecostes por la venida del Espíritu Santo, que no se necesitan, al parecer, mas que las luces de la razon para quedar convencidos de la publicidad y de la verdad de este gran misterio, el cual se ha cumplido de la manera siguiente:

Habiendo llevado el Salvador á sus Apóstoles y discípulos al monte de los Olivos el dia de su gloriosa Ascension para que fuesen testigos de su triunfo, les prometió que les enviaria el Espíritu consolador, el cual derramaria sobre ellos todos sus dones, que quedarian llenos de ellos, y entonces comprenderian todas las verdades que les habia enseñado. Que abrasados entonces con este fuego divino, iluminados con las luces mas puras de la Gracia, se verian animados de un va-

lor que no conocian, de una fortaleza que les haria sobrepujar sin trabajo todos los obstáculos. Que predicarian con una santa libertad y un resultado maravilloso su nombre y su Evangelio en medio de Jerusalen, en toda la Judea, la Samaria y por toda la tierra. Pero que para prepararse á recibir un don tan grande del cielo, les mandaba que fuesen á encerrarse en Jerusalen, y que pasasen allí los diez dias que restaban en retiro y en oracion. Ejecutóse esta órden religiosamente y con puntualidad. Habiendo subido Jesucristo al cielo del modo que hemos dicho en el dia de la Ascension, se retiraron á Jerusalen, y se encerraron en una gran casa que habian elegido para lugar de su retiro todos los once Apóstoles y los demás discípulos en número de cerca de ciento y veinte en que consistia entonces toda la Iglesia; teniendo á su cabeza á la santísima Vírgen, la cual constituia entonces todo su consuelo. El paraje mas santo de aquella casa era el cenáculo, que era una gran sala en un lugar retirado en lo mas alto de la casa, léjos del tumulto, y á propósito para hacer oracion. Esta sala fue la primera iglesia de los Cristianos en donde celebraban sus asambleas, en una de las cuales se resolvió llenar en el colegio apostólico la plaza vacante por la apostasía y por la muerte del traidor Judas, habiendo quedado elegido san Matías para llenarla.

Habiendo llegado el dia de Pentecostes. Era esta una de las tres principales fiestas de los judíos. En aquel dia ofrecian á Dios panes hechos con los primeros frutos de la nueva cosecha. Llamábase esta fiesta *Pentecostes* ó *quincuagésimo dia*, porque se celebraba el dia quincuagésimo después de la fiesta de Pascua, como ya se ha dicho, en memoria de haber dado Dios su ley sobre el monte Sinai, cincuenta dias después de la primera Pascua y la salida de Egipto. Hallábanse reunidos todos los discípulos con la Madre de Dios en el sitio en donde acostumbraban á hacer su oracion, á las nueve de la mañana. En medio de su oracion se oyó repentinamente un gran ruido, como de un viento impetuoso, que hizo temblar toda la casa, el cual se oyó en toda la poblacion. Este ruido, este viento, esta impresion sensible eran símbolos de la presencia de la Divinidad, como en otro tiempo en el Sinai los truenos, los relámpagos y la montaña que humeaba manifestaban la majestad de Dios, que en cierto modo se sensibilizaba á todo el pueblo. Mas prodigioso aun fue lo que sucedió al mismo tiempo. El viento ó turbillon que venia del cielo fue acompañado de una especie de globo de fuego, cuyas llamas separándose repentinamente en forma de lenguas de fuego se esparcieron sobre toda aquella santa congregacion, y se fijaron sobre la cabeza de cada uno

de ellos. No era un fuego real y material, solo eran signos exteriores y apariencias sensibles de los efectos que el Espíritu Santo producia interiormente en cada uno de los discípulos, y que debia producir en el corazon de los primeros fieles llenándolos de sus dones. En efecto, todos los Apóstoles y discípulos llenos del Espíritu Santo se sintieron en el mismo instante abrasados todos de aquel fuego divino, ilustrados con luces sobrenaturales que les daban una inteligencia perfecta de los misterios mas altos y de las verdades mas sublimes, animados de un valor y de un santo atrevimiento desconocido para ellos; en fin, como mudados de pronto en otros hombres.

Jerusalen estaba entonces llena de un gran número de judíos, que de todas partes habian concurrido allí para solemnizar la fiesta de Pentecostes; pues aunque la distancia de los lugares pudiera dispensarles de hallarse en Jerusalen, aun en los dias de las grandes festividades, habia, sin embargo, muchos á quienes traia á ellas su piedad y devocion, y aun por esto les llama la Escritura *viri religiosi:* hombres afectos á la Religion. Estos judíos forasteros se unieron á los de la ciudad, y acudieron al ruido que habian oido, de modo que el cenáculo ó la casa se vió muy pronto rodeada de una multitud cuási infinita de gentes de toda suerte de naciones. Los Apóstoles, que no deseaban mas que comunicar el fuego divino de que estaba su corazon abrasado, no esperaron á que les sacasen de su retiro, ellos mismos se presentaron delante de todo aquel pueblo allí reunido, el cual quedó extraordinariamente sorprendido al ver á aquellos pobres pescadores, que apenas sabian la lengua del país, gentes idiotas, estúpidas y groseras, predicar públicamente á Jesucristo con un valor, una elocuencia y una uncion, que movia á todo el mundo; creció mucho mas el asombro, cuando todos aquellos diferentes pueblos, de un idioma tan diverso cada uno, advirtieron que cada uno les entendia, no obstante que no hablaban mas que una sola lengua, que era la siríaca. El don de lenguas que entonces recibieron todos los que habian recibido el Espíritu Santo, consistia en que podian entender y hablar las diferentes de los pueblos con quienes debian tratar; y lo que hay aun mas portentoso es que hablando ellos una sola lengua les entendian todos los diferentes pueblos que les escuchaban, de modo que cada uno creia que hablaban la lengua de su país, sin que hablasen mas que la suya, que era la siríaca. Verificáronse, pues, entonces dos milagros en los Apóstoles: el uno, que hablasen en griego, en persa y en romano, cuando hablaban á un griego, á un persa ó á un romano en particular; el otro, que hablando á todos estos di-

ferentes pueblos en general, cada uno de ellos les oia hablar su lengua, no obstante que en realidad no hablaban entonces mas que la nativa suya. Esto fue lo que asombró á aquella multitud, y lo que les obligó á exclamar en medio de su asombro: ¿Qué es esto? ¡Jamás se ha visto cosa semejante! *¿Estas gentes no son todos galileos? ¿Cómo, pues, les oimos hablar la lengua de nuestro país?* Nosotros, á la verdad, todos somos judíos, si no de nacimiento, al menos de religion; pero de país y de idioma somos muy diversos: los unos son partos, los otros medos, muchos son persas, los hay de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, de la provincia del Ponto, de la Asia menor, de Frigia, de Panfilia, de Egipto y de la Libia que está próxima á Cirene; muchos han venido hasta de Roma; algunos de la isla de Creta ó de la Arabia; pero todos cuantos estamos aquí, ya judíos naturales, ya prosélitos, esto es, gentiles que han abrazado el judaismo, les hemos oido, cada uno en nuestra lengua, exaltar y publicar las maravillas incomprensibles que Dios ha hecho, y de que no habíamos oido nunca hablar. Tan grande fue su sorpresa, que se miraban unos á otros, y poseidos de una admiracion que les embargaba, se preguntaban: ¿Qué quiere decir todo esto?

Habiendo advertido san Pedro la extrañeza que esta maravilla causaba en todos los ánimos, levantó la voz para que todos le oyesen; y como vicario de Jesucristo y cabeza visible de la Iglesia comenzó á desenvolver el misterio que se cumplia: Vosotros todos, les dice, que os gloriais de haber nacido judíos ó que habeis abrazado el judaismo, y que estais hoy reunidos en Jerusalen, escuchadme. La causa de estas maravillas de que sois testigos, y que os causan tanta admiracion, no es lo que algunos de vosotros piensan; lo que tanto admirais en nosotros, y todo lo que acabais de oir no es un efecto de embriaguez; vosotros sabeis que en los dias festivos, como es el que celebramos, no nos es permitido beber ni comer antes del mediodia, y todavía no son mas que las nueve. Sabed, pues, que aquí se cumple la promesa que el Señor habia hecho á su pueblo por su profeta Joel, de que en los últimos tiempos haria que descendiese su Espíritu sobre toda carne, sobre sus siervos y siervas; que les daria el don de profecía, el de milagros, y que les colmaria de sus dones (los términos profecía, sueño, vision, significan aquí en general todo género de revelaciones y de dones particulares del Espíritu Santo): todo esto acaba de cumplirse en la persona de aquellos en quienes acabais de admirar tantas maravillas. En seguida, aprovechándose el santo Apóstol de la disposicion en que se hallaba el pueblo, y de la aten-

cion con que se le escuchaba, les hizo un discurso tan sólido, tan enérgico, tan patético, que no se sabia si el que hablaba era un hombre, ó era un Ángel. Prueba en él sobre todo la divinidad de Jesucristo de la manera mas eficaz del mundo; les dice todo cuanto es capaz de persuadirla á los mas incrédulos, recorre todas la pruebas, la establece sobre el testimonio de los Profetas, y su raciocinio no admite réplica. No disimula su felonía y su deicidio en la persona de su Salvador, del verdadero Mesías á quien han crucificado; demuestra su gloriosa y triunfante resurreccion; en la Escritura santa encuentra toda la historia evangélica hasta la descension del Espíritu Santo; en ella halla todas las circunstancias de que está acompañado este último misterio, hace valer los textos que cita, desenvuelve el verdadero sentido de las figuras que refiere, descubre el sentido que encierran oculto, apoya su explicacion con raciocinios tan fuertes, tan concluyentes y tan justos, que se diria que habia envejecido en el estudio de los Libros santos, y que se habia formado por un largo uso en el ejercicio de hablar y de discurrir, segun todas las reglas de la elocuencia. Aun cuando no hubiera habido otra maravilla que esta en el misterio de este dia, hubiera sido suficiente para convencer á los espíritus mas incrédulos.

Pedro, aquel pobre pescador, aquel hombre tan ignorante y tan grosero, que jamás supo otra cosa que manejar unas redes, que cuási ha envejecido en una barca y en la pesca; aquel Apóstol tímido y cobarde hasta negar á su buen Maestro á la sola reconvencion de una criada ó de un criado: Juan, Santiago, Bartolomé, Tomás, Andrés y todos los demás apóstoles de una condicion tan vil, de un talento tan craso, de una ignorancia todavía mas crasa, convertirse en el momento que han recibido el Espíritu Santo en los doctores mas profundos y mas ilustrados; en los predicadores mas persuasivos y mas elocuentes; en los héroes mas magnánimos de toda la antigüedad; en los oráculos del mundo; tan penetrados de las luces de Dios, y tan consumados en la ciencia del reino de Dios, como habian sido hasta entonces ignorantes, llenos de errores é incrédulos. ¿No fue en verdad una mutacion de la mano del Altísimo, el verlos en Jerusalen predicando verdades, que habian hecho profesion no solo de no creer, sino de contradecir, mientras que no hubieron recibido el Espíritu Santo? ¿Qué trabajo no le costó al divino Maestro para hacerles entender la doctrina celestial que habia venido á establecer sobre la tierra á pesar del cuidado que puso para darles una inteligencia perfecta de ella? todo lo que miraba á su divina persona era aun oscuro para

ellos; su humildad les chocaba, su cruz era para ellos un escándalo, no concebian nada de sus promesas; en lugar de la verdadera redencion que debian esperar de él, se figuraban una quimérica, esto es, una redencion temporal, cuya vana esperanza les seducia. Hé aquí quiénes eran estos hombres groseros, ignorantes y carnales antes de haber recibido el Espíritu Santo. Sí, dice san Juan Crisóstomo, estos son los sugetos que elige el Espíritu Santo para hacer de ellos los doctores de la Religion y los oráculos del mundo; de este carácter era menester que fuesen. Si hubieran sido menos idiotas y menos groseros, no hubieran ofrecido una prueba tan brillante y tan convincente de la divinidad de Jesucristo, de la virtud omnipotente del Espíritu Santo, de la verdad y de la autencidad de nuestra Religion, y de la santidad y de la veracidad de su doctrina.

Así es que esta maravilla hizo desde luego tanta impresion en los ánimos, que el fruto de esta primera predicacion de san Pedro fue la conversion de tres mil personas. Nadie ignora los prodigios admirables que siguieron á este. ¡Qué de milagros y qué de conversiones milagrosas en medio mismo de Jerusalen! ¡Qué de portentos en toda la Judea, la Samaria y en todo el mundo consiguientes á la palabra de Jesucristo! Eran menester milagros para establecer la Iglesia de Jesucristo: no faltarán tampoco milagros en todos tiempos en esta Iglesia; pero ¿no puede decirse que el establecimiento y duracion de esta misma Iglesia es un milagro subsistente, el mas grande, el mas patente y el mas convincente de todos los milagros?

Doce pobres pescadores, tales como acaban de pintarse, sin armas, sin dineros, sin arte, sin apoyo, forman el designio de establecer en todo el mundo una nueva Religion, y comenzar destruyendo y proscribiendo todas las demás religiones de todo el mundo. Propónense el hacer adorar en toda la tierra no mas que á un solo Dios en tres personas, esto es, tres personas realmente distintas, cada una Dios como la otra, sin que haya ni pueda haber mas que un solo Dios: hacer creer que este Dios se habia hecho hombre, que habia muerto en una cruz para rescatar á los hombres, que habiendo resucitado al tercero dia, cuarenta dias después habia subido al cielo, de donde debia volver aun al fin de los siglos para juzgar á todos los hombres, recompensando con una felicidad eterna á los que habiendo creido todas estas verdades y observado sus mandamientos hubiesen muerto en su gracia, y para castigar con el mas horrible y el mas inimaginable de todos los suplicios por toda la eternidad á los que hubieren muerto en estado de pecado mortal. Si á lo menos á esta incom-

precisibilidad de los dogmas se hubiesen propuesto agregar una moral dulce, sensual, voluptuosa, acomodada á los sentidos, y tan carnal como la que reinaba tantos siglos habia en todo el universo, hubiera podido creerse que se hallarian gentes que hubieran dicho: Déjesenos vivir como queramos, y nosotros creerémos todo lo que se quisiere. Pero la moral que han resuelto hacer abrazar es, á la verdad, la mas santa que puede imaginarse, la mas pura, la mas racional; pero al mismo tiempo la mas austera, la mas contraria al amor propio, la mas enemiga de la sensualidad y de los sentidos. Los hombres son naturalmente soberbios, y esta nueva religion quiere que el fundamento del edificio espiritual en todos los que la sigan, sea la humildad mas profunda. Los hombres son carnales, naturalmente entregados á sus pasiones, esclavos de su amor propio, y todos nacen con la inclinacion al pecado; son naturalmente afeminados, voluptuosos, interesados, vengativos, coléricos; la nueva moral exige una mortificacion continua, una pureza sin mancha, un desinterés perfecto, una caridad universal, compasiva, benéfica, una dulzura y una paciencia que se extienda hasta perdonar de todo corazon las injurias mas atroces; exige, en fin, esta moral una vida en todo santa, siempre crucificada, jamás indulgente con los sentidos, con el amor propio, ni con la menor de las pasiones. Decir, pues, que doce pobres pescadores, los mas ignorantes, los mas desnudos de todos los talentos, los mas viles, los mas despreciables de todos los hombres se proponen hacer creer todo esto, hacer abrazar todo esto; y ¿á quiénes? á los romanos, á los griegos, á los escitas, á los persas, á los indios, á los egipcios, á los africanos, á los galos, en una palabra, á todos los pueblos de la tierra habitable; esta sola proposicion hace reir, y parece á la razon sola una extravagancia lastimosa, una locura que da compasion. Sin embargo, este designio que formaron los Apóstoles desde el dia mismo de Pentecostes, por mas extravagante, por mas imposible que entonces pareciera, se ha ejecutado, y nosotros vemos el milagro. Todos estos pueblos han creido, han abrazado esta ley santa, se han sometido á esta moral austera, á pesar de la corrupcion del corazon humano, sin embargo del orgullo del espíritu, no obstante todas las preocupaciones del interés y del nacimiento. La religion cristiana ha visto espirar el paganismo en medio de los fuegos que por todas partes se encendian para exterminar á los Cristianos. La sangre de mas de diez y seis millones de Mártires ha sido como la semilla de los fieles. No solo han abrazado la fe las ciudades, hasta los mas vastos desiertos se han poblado de santos ana-

coretas. La cruz se ha plantado hasta sobre la corona de los emperadores, y ha hecho su mas bello ornamento. Después de esto ¿se buscará ó se pedirá un milagro mayor? Este milagro es permanente, él subsistirá hasta la consumacion de los siglos, y este milagro es el efecto maravilloso de la descension del Espíritu Santo en este dia. Tal ha sido la virtud del misterio que celebramos, tal el fruto de la fiesta de Pentecostes. ¿Extrañarémos que la Iglesia la celebre con tanta solemnidad, y que con Eusebio la haya llamado con razon la mas grande de todas las festividades del año?

El intróito de la misa de este dia es como el compendio de todo este gran misterio. Está tomado del primer capítulo del libro de la Sabiduría, y no hay cosa mas clara ni mas expresiva. *El Espíritu del Señor,* dice, *ha llenado todo el universo; y como él contiene en sí todas las cosas, tiene la inteligencia de todas ellas, y sobre todo de todas las lenguas;* y este don milagroso es el que ha comunicado á todos aquellos sobre quienes descendió, y á quienes llenó en este dia de sus dones. Bendigamos sin cesar á la Trinidad adorable, y démosla eternas gracias por un beneficio tan grande; bendigamos al Padre de quien procede este Espíritu Santo, al Hijo que nos le ha enviado, al mismo Espíritu Santo que se ha dignado llenar hoy á todos los Apóstoles y á todos los discípulos, y que anima todavía á toda la Iglesia y la animará en todos tiempos. *Levántese Dios,* prosigue, *y disípense sus enemigos;* muéstrese este Dios omnipotente, *y huyan delante de él los que rehusan obedecerle, y sacuden el yugo de sus leyes.* Es este el principio del salmo XXVII, el cual debe entenderse de la venida de Jesucristo ó del Espíritu Santo, de sus victorias, de los misterios cumplidos en la persona del Salvador y del establecimiento de la Iglesia por sus Apóstoles. El Profeta hace relacion en él de diversos prodigios del Antiguo Testamento, que fueron la figura de lo que debia suceder en el Nuevo. Ninguna cosa podia convenir mejor á la festividad.

La Epístola del dia contiene la historia del misterio, segun que acabamos de contarla; y el Evangelio está tomado del discurso que Jesucristo hizo á sus Apóstoles la víspera de su muerte después de la última cena, como lo refiere san Juan. *Si alguno me ama,* dice el Salvador, *pondrá en práctica mi palabra: mi Padre le amará, le visitarémos y establecerémos en él nuestra morada.* Acababa de hacer el Salvador un admirable discurso á sus Apóstoles para prevenirles en órden á la ignominia de su muerte, y para consolarles de su ausencia les habia prometido que obtendrian todo lo que pidieren en su nom-

bre, y que él les enviaria del seno de su Padre otro consolador que era el Espíritu Santo. Acababa tambien de decirles que el que le amase seria amado de su Padre, que él mismo le amaria tiernamente y se daria á conocer de él. Dicho esto, san Judas se tomó la libertad de decirle: ¿En qué consiste, Señor, que os ocultais á las gentes del mundo, y os dignais manifestaros á nosotros? Esto lo hago, respondió el Salvador, porque los que me aman guardan mis preceptos, y se conducen segun mis máximas. Por esto ganarán de tal modo el corazon de mi Padre y el mio, que no solo vendrémos á ellos, sino que establecerémos en ellos nuestra morada por la gracia de la perseverancia que les concederémos. Da aquí razon Jesucristo por qué no se da á conocer al mundo, esto es, á los mundanos, á las gentes que no viven mas que segun el espíritu del mundo, de la manera con que promete darse á conocer á sus Apóstoles. Esto es, porque el mundo no le ama, y la señal de que el mundo no le ama es que no guarda sus mandamientos. Esta doctrina celestial que yo he venido á enseñar á la tierra, les dice, no es, sin embargo, mia solamente, es tambien la palabra y la doctrina de mi Padre; ella nos es comun á los dos. Esto, añade el Salvador, es todo lo que yo tenia que deciros antes de dejaros; pero el Espíritu Santo, este divino Consolador que mi Padre debe enviaros en mi nombre y á peticion mia; el Espíritu Santo, digo, que os servirá de maestro en mi lugar, os recordará oportunamente y os dará la inteligencia perfecta de las verdades que os he enseñado, y que no habeis podido comprender. Él os desenvolverá todos estos grandes misterios tan superiores al entendimiento humano; os hará comprender las grandes verdades de la Religion, que ahora os parecen paradojas; os dará la inteligencia y el verdadero sentido de todas las figuras de la Escritura, y de todas las alegorías y parábolas de que yo mismo me he servido para acomodarme al alcance tan limitado de vuestro entendimiento naturalmente craso y grosero. Estas luces sobrenaturales, esta perfecta inteligencia será uno de los principales dones del Espíritu Santo, al cual mi Padre y yo hemos como dejado la última perfeccion de la obra de la redencion, que es propiamente mi obra. *Yo os dejo la paz:* Dejar ó dar la paz en el estilo de los hebreos es saludarse y desear todo género de prosperidades. Jesucristo al dejar á sus Apóstoles les da, no una paz como la que el mundo da, que no consiste mas que en vanos deseos de bienes frívolos y pasajeros; la paz que yo os doy, les dijo, es una paz sólida y eficaz que lleva consigo la seguridad de recibir todos los bienes que podeis desear. Gozad tranquilamente de esta dulce paz,

y guardaos de dar entrada en vuestro corazon á la inquietud y al temor por mi salida de este mundo. Si mirais á vuestro propio interés, acordaos que yo os he dicho que no os dejo sino para volver muy pronto á vosotros; y si el amor que me teneis os hace desear lo que me es mas ventajoso, teneis motivo para regocijaros, puesto que no os dejo sino para ir á mi Padre, al cual en cuanto hombre soy inferior en dignidad, en poder y en perfeccion; pero que quiere darme en su reino tanto mas honor, cuanto menos he recibido en el mundo. Es claro que en todo lo que aquí dice el Salvador, no habla de sí mismo mas que en cuanto hombre: habia hablado bastante de su divinidad, por la que es en todo igual á su Padre, puesto que el Padre y él no son mas que uno. Y cuando dice aquí, *el Padre es mayor que yo*, no habla de sí mas que como hombre, ni tampoco estaban afligidos los Apóstoles sino de su separacion como hombre. *Os he dicho esto ahora*, prosigue, y he creido deberos advertir con tiempo de mi vuelta á Dios mi Padre, no para afligiros, ni para endulzar mis penas, excitándoos á que tomeis parte en ellas, sino *á fin de afirmaros en la fe sobre lo que mira á mi persona y mi doctrina*. Nada prueba mejor que el que ha hablado es Dios, que el cumplimiento con todas sus circunstancias de lo que ha predicho. Por lo demás estad bien persuadidos que haga lo que hiciere el demonio, este pretendido príncipe de este mundo; haga lo que hiciere contra mí y contra vosotros por el ministerio de los que se han hecho esclavos suyos; él no tiene poder alguno con respecto á mí, y que aun el que ejerce su malicia sobre mis siervos, es solo porque yo se lo permito para procurarles mayor mérito. Por tanto, quiero permitirle que se encarnice contra mí, á fin de que el mundo vea hasta qué punto amo yo á mi Padre, que deseando que yo satisfaga plenamente á su justicia por los pecados de los hombres con la efusion de mi sangre, y que los rescate con mi muerte en la cruz, yo no padezco ni muero sino por hacer su voluntad y agradarle. Si muero no moriré sino porque quiero, y á fin de conformarme en esto con la voluntad de mi Padre, y para que el mundo sepa que amo á mi Padre, y que ejecuto puntualmente las órdenes que me ha dado. Ni vosotros debeis olvidar jamás lo que os he dicho en el principio; esto es, que por la observancia exacta de los preceptos se prueba el amor.

La fiesta de Pentecostes no se termina con este solo dia, continúa toda la octava, lo que dió motivo á que estos siete dias se llamasen una semana de fiestas, del mismo modo que sucedia antiguamente con la semana de Pascua. El mismo tiempo pascual debia al parecer

concluir en la vigilia de Pentecostes en la que se comienza ya á ayunar; pero como la vigilia de Pentecostes, era el dia solemne en que la Iglesia conferia el Bautismo, del mismo modo y con la misma solemnidad que el Sábado santo, se continuó en favor de los neófitos la solemnidad de la Pascua toda la semana de Pentecostes. Haciaseles venir al oficio todos los dias; cantábase un cántico de alegría por su nacimiento espiritual; deciase la *alleluya* todo este tiempo, y para no fatigarles se abreviaba el oficio, y de aquí es que el oficio de la semana de Pentecostes no tiene mas que un nocturno, esto es, tres salmos y tres lecciones, y en la nona del sábado siguiente es cuando concluye el tiempo pascual.

Asegúrase que desde el principio inmediatamente después de la descension del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, la casa en donde habia acaecido esta maravilla se convirtió en iglesia, la cual propiamente es la primera iglesia de los Cristianos; confírmalo san Cirilo, obispo de Jerusalen, que vivia en el siglo IV, y la llama la iglesia de los Apóstoles: y san Epifanio testifica que fue exenta como milagrosamente en el saqueo de la ciudad en tiempo de Tito. Y era comun opinion que san Esteban y los otros diáconos habian sido ordenados en esta iglesia, en la que los Apóstoles congregaban todos los primeros fieles.

HIMNO DE SAN AMBROSIO.

Veni, Creator Spiritus, *Mentes tuorum visita,* *Imple superna gratia,* *Quae tu creasti, pectora.*	Ven, Espíritu Santo enamorado, Visita de tus siervos las potencias, Llena de tus divinas influencias Y de gracia las almas que has criado.
Qui diceris Paraclitus, *Altissimi donum Dei,* *Fons vivus, ignis, Charitas,* *Et spiritualis unctio.*	Tú eres abogado y fiel consuelo, Don de Dios soberano y excelente, Caridad, fuego hermoso, viva fuente Y espiritual uncion toda del cielo.
Tu septiformis munere, *Digitus Paternae dexterae,* *Tu rite promissum Patris,* *Sermone ditans guttura.*	Tú, que con siete dones resplandeces, De la diestra del Padre poderoso Eres dedo, promesa, don gracioso, Que las lenguas de voces enriqueces.
Accende lumen sensibus, *Infunde amorem cordibus,* *Infirma nostri corporis* *Virtute firmans perpeti.*	Enciende tu luz bella en los sentidos, Infunde al corazon tu amor ardiente, Con virtud roborando permanente Los desmayos del cuerpo padecidos.
Hostem repellas longius, *Pacemque dones protinus:* *Ductore sic te praevio* *Vitemus omne noxium.*	Ahuyenta al enemigo mas perverso, Danos pronto la paz firme y constante, Siendo nuestro Adalid, yendo adelante, Evitemos así todo lo adverso.

Per te sciamus da Patrem,
Noscamus atque Filium,
Teque utriusque Spiritum
Credamus omni tempore.

Deo Patri sit gloria,
Et Filio, qui à mortuis
Surrexit, ac Paraclito,
In saeculorum saecula.
Amen.

Concédenos que al Padre conozcamos
Por tí, y al Hijo amado confesemos,
Y á tí, Espíritu de ambos, veneremos,
Y en todo tiempo firmes te creamos.

Sea gloria á Dios Padre omnipotente,
Al Hijo soberano, que glorioso,
Resucitó triunfante y victorioso,
Y al Espíritu Santo eternamente.
Amen.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui hodierna die corda fidelium sancti Spiritus illustratione docuisti: da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de ejus semper consolatione gaudere. Per Dominum... in unitate ejusdem Spiritus sancti Deus...

Ó Dios, que habeis instruido é iluminado en este dia los corazones de los fieles, derramando en ellos la luz del Espíritu Santo; haced que el mismo Espíritu ilustre nuestras almas por la impresion de su verdad, y que las consuele sin cesar por una santa y celestial alegría. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de los Hechos de los Apóstoles, capítulo II.

Cum complerentur dies Pentecostes, erant omnes discipuli pariter in eodem loco: et factus est repente de coelo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis, et replevit totam domum, ubi erant sedentes. Et apparuerunt illis dispertitae linguae tamquam ignis, seditque supra singulos eorum: et repleti sunt omnes Spiritu sancto, et coeperunt loqui variis linguis, prout Spiritus sanctus dabat eloqui illis. Erant autem in Jerusalem habitantes Judaei, viri religiosi ex omni natione, quae sub coelo est. Facta autem hac voce, convenit multitudo, et mente confusa est, quoniam audiebat unusquisque lingua sua illos loquentes. Stupebant autem omnes, et mirabantur, dicentes: Nonne ecce omnes isti, qui loquuntur, Galilaei sunt, et quomodo nos audivimus unusquisque linguam nostram, in qua nati sumus? Parthi, et Medi, et Elamithae, et qui habitant Mesopotamiam, Judaeam, et Cappadociam, Pontum, et Asiam,

Completos ya los dias de Pentecostes, estando todos los discípulos congregados en un mismo lugar, se oyó repentinamente venir del cielo como el ruido de un viento impetuoso, que resonó en toda la casa en que habitaban. En el mismo momento aparecieron como lenguas de fuego dispersas que se fijaron sobre cada uno de ellos. Quedaron entonces todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diferentes lenguas, segun les hacia hablar el Espíritu Santo. Hallábanse en Jerusalen judíos de todas las naciones que están debajo del cielo, gentes afectas á la Religion. Al ruido que se habia hecho, se juntó una multitud innumerable, la cual quedó admirada al oir que cada uno de los discípulos hablaba á cada uno en su lengua. Todos pasmados y llenos de asombro decian: ¿Por ventura estas gentes que hablan, no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros les hemos oido hablar la lengua de nuestro país nativo? Partos, medos, elamitas, los que habitan

Phrygiam, et Pamphyliam, Aegyptum, et partes Lybiae, quae est circa Cyrenen, et advenae Romani, Judaei quoque, et Proselyti, Cretes, et Arabes: audivimus eos loquentes nostris linguis magnalia Dei.

la Mesopotamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto, el Asia, la Frigia, la Panfilia, el Egipto y los cuarteles de la Libia en las cercanías de Cirene, y los que han venido de Roma; los judíos como los prosélitos, los de Creta y los de Arabia, todos acabamos de oirles referir en nuestras lenguas las cosas maravillosas que Dios ha hecho.

REFLEXIONES.

Quedaron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar en diferentes lenguas. Háblase siempre una habla nueva cuando se ha recibido el Espíritu Santo. Produce este Espíritu en el alma una luz tan viva, una inteligencia tan pura de las cosas sobrenaturales, luce en ella una claridad tan resplandeciente, que pensando absolutamente de otro modo que habia pensado hasta entonces, no es extraño que hable una lengua diferente. ¡Qué acontecimiento mas singular! pero ¡qué mutacion mas admirable! Un puñado de gentes de un nacimiento oscuro, de una educacion todavía mas baja, de un genio aun mas duro y mas grosero, sin conocimiento de las letras, sin ninguna tintura de los misterios de la Escritura, criados en una ignorancia crasa de la ley, á quienes Jesucristo mismo apenas habia desbastado en tres años de instrucciones, de lecciones, de cultura; una mano tan buena podia sin duda formarlos, ilustrarlos, pulirlos; pero era necesario un milagro para mudarlos y para hacerlos siquiera hombres un poco menos groseros, y discípulos un poco mas racionales y un poco menos indóciles. Jesucristo no juzgó á propósito hacer este milagro; dejó al Espíritu Santo que lo hiciese, y que por medio de él diese la última mano á la obra de nuestra santificacion y al establecimiento de la Iglesia que era como su obra maestra. En efecto, no bien habia aparecido el Espíritu Santo, tan pronto como los Apóstoles y los discípulos quedaron llenos de él, inmediatamente brilló en ellos, estalló, resplandeció de todas maneras el fuego sagrado de que habian sido abrasados. Aquellos ignorantes se transforman en el momento en doctores profundos, profetas iluminados, maestros célebres de la vida espiritual, y en oráculos de todo el universo. ¿Qué ánimo, qué intrepidez, qué magnanimidad mas heróica? No temen ya las acusaciones ni las reconvenciones de una criada, arrostran los peligros mas espantosos, desprecian los tormentos mas terribles, se presentan sin temor delante de los tribunales mas pavorosos, y en ellos

predican animosamente la divinidad de Jesucristo, la gloria de sus humillaciones y de su muerte en la cruz, y todo lo que hay de mas opuesto á las pasiones y á los sentidos en la moral cristiana. Menester era un milagro semejante para establecer en el mundo una religion toda divina; pero todos estos milagros eran frutos necesarios del Espíritu Santo. ¿Reconocemos en nosotros iguales frutos? Ellos, pues, han de ser los que nos indiquen si hemos recibido el Espíritu Santo. ¿Qué se hubiera pensado de los Apóstoles si después de la descension del Espíritu Santo en este dia no hubiesen hablado mas que su lengua natural, y hubiesen permanecido tan cobardes y tan imperfectos como antes? ¿Qué debemos pensar de nosotros mismos, si en esta fiesta no nos hacemos ni mas espirituales, ni mas devotos, ni mas fervorosos?

SECUENCIA [1].

Veni, Sancte Spiritus,
Et emitte coelitus
Lucis tuae radium.

Veni, pater pauperum,
Veni, dator munerum,
Veni, lumen cordium.

Consolator optime,
Dulcis hospes animae,
Dulce refrigerium.

In labore requies,
In aestu temperies,
In fletu solatium.

O lux beatissima,
Reple cordis intima
Tuorum fidelium.

Sine tuo numine
Nihil est in homine,
Nihil est innoxium.

Lava quod est sordidum,
Riga quod est aridum,
Sana quod est saucium.

Flecte quod est rigidum,
Fove quod est frigidum,
Rege quod est devium.

Da tuis fidelibus,

Venid, oh Santo Espíritu,
Y enviad desde el cielo
De tu luz sacrosanta
Un puro rayo que penetre el pecho.

Venid, padre de pobres,
Venid, liberal dueño
De celestiales dones;
Venid, del corazon amante fuego.

Del pecho atribulado
Consolador excelso,
Y del alma afligida
Refugio suave, dulce refrigerio

Descanso en los trabajos,
En el bochorno intenso
De la afliccion alivio,
Y del llanto dulcísimo consuelo.

¡O bienaventurada
Luz de esplendor eterno!
Llenad á vuestros fieles
Del corazon los mas profundos senos.

Sin Vos solo es el hombre
La nada, de que fue hecho:
Todo sin Vos es nada,
Pues sin Vos nada hay santo, nada recto.

Lavad lo que está inmundo,
Regad lo que está seco;
Y, médico divino,
Sanad en mí lo mucho que hay enfermo.

Doblegad lo inflexible,
Y fomentad lo yerto
De mi amor; á Vos vuelva
Lo que en mí se desvia de su centro.

Dad al que en Vos confia,

[1] Esta SECUENCIA se dice todos los dias hasta el sábado siguiente inclusive.

In te confidentibus,
Sacrum septenarium.

Da virtutis meritum,
Da salutis exitum,
Da perenne gaudium.
Amen. Alleluia.

Dad á vuestro fiel siervo
De celestiales dones,
El septenario número de efectos.
Dadnos de las virtudes
El mérito y el premio;
Dad salud á nuestra alma,
Y dadnos finalmente gozo eterno.
Amen. Aleluya.

El Evangelio de la Misa de este dia es de san Juan, capítulo XIV.

In illo tempore : Dixit Jesus discipulis suis: Si quis diligit me, sermonem meum servabit, et Pater meus diliget eum, et ad eum veniemus, et mansionem apud eum faciemus : qui non diligit me, sermones meos non servat. Et sermonem, quem audistis, non est meus, sed ejus, qui misit me, Patris. Haec locutus sum vobis, apud vos manens. Paraclitus autem Spiritus sanctus, quem mittet Pater in nomine meo, ille vos dicebit omnia, et suggeret vobis omnia, quaecumque dixero vobis. Pacem relinquo vobis, pacem meam do vobis : non quomodo mundus dat, ego do vobis. Non turbetur cor vestrum, neque formidet. Audistis quia ego dixi vobis: Vado, et venio ad vos. Si diligeretis me, gauderetis utique, quia vado ad Patrem: quia Pater major me est. Et nunc dixi vobis priusquam fiat: ut cum factum fuerit, credatis. Jam non multa loquar vobiscum: venit enim princeps mundi hujus, et in me non habet quidquam. Sed ut cognoscat mundus quia diligo Patrem, et sicut mandatum dedit mihi Pater, sic facio.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si alguno me ama guardará mi palabra, mi Padre le amará, le visitarémos, y establecerémos en él nuestra morada: el que no me ama no pondrá en práctica mis palabras. Por lo demás, la palabra que habeis oido no es mia, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas mientras he estado con vosotros. Mas el Consolador, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, él es el que os instruirá en todas las cosas, y os hará pensar en todo lo que yo os hubiere dicho. Yo os dejo la paz, os doy mi paz : no os la doy como la da el mundo : no os turbeis. Habeis acabado de oirme decir : yo me voy y vuelvo á vosotros. Si me amais, os alegraréis porque me voy al Padre, porque mi Padre es mayor que yo. Ahora os lo digo, antes que las cosas sucedan, á fin de que creais cuando todo esto sucediere. Ya no me queda apenas tiempo para hablar con vosotros. Hé aquí que viene el príncipe de este mundo, y ningun poder tiene sobre mí; pero para que el mundo sepa que yo amo á mi Padre, y que ejecuto las órdenes que mi Padre me ha dado.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero. — Considera cuántas maravillas se admiran en el misterio de este dia. El Espíritu Santo, el divino Consolador, la tercera persona de la adorable Trinidad desciende milagrosamente sobre los Apóstoles y sobre todos los discípulos reunidos, y de unos

hombres groseros é ignorantes, hace en un momento los doctores mas ilustrados y mas hábiles en todo género de conocimientos. Infúndeseles en un momento la ciencia de la Religion, la inteligencia perfecta de los misterios mas sublimes y mas profundos; poseen toda la ciencia de la ley; penetran el verdadero sentido de toda la Escritura. Aquellos hombres tan despreciables hasta entonces por la oscuridad de su nacimiento, por la bajeza de su condicion, por la torpeza de su talento, por la rusticidad de sus costumbres, se encuentran repentinamente dotados de un don de sabiduría tan perfecto y tan eminente, que toda la sabiduría humana se ve precisada á callar delante de ellos, á rendirse, y reconocer que ella no habia sido mas que una locura. Aquellos hombres tan tímidos, tan cobardes, se hallan en un instante animados de un esfuerzo heróico, y de una intrepidez que eclipsa cuanto hay de grande y de magnánimo en la historia. Jamás hubo un milagro en que resplandeciese mas la omnipotencia de Dios: nunca hubo prodigio en que se ostentase mas visiblemente el carácter de la virtud del Altísimo. Vemos á Pedro, pescador de profesion, que apenas sabia leer, comparecer en presencia de todos los doctores de Jerusalen, demostrarles que aquel Jesús á quien ellos han quitado la vida cincuenta y tres dias hacia en una cruz, era el Hijo de Dios, su Señor soberano, el verdadero Mesías. Todos los demás apóstoles, tan naturalmente tímidos y cobardes como este, no temen ni amenazas, ni tormentos, anuncian con una valentía de héroes la divinidad de Jesucristo, predican su religion, y en pocos dias hacen que triunfe la fe en toda la Judea, y poco tiempo después en todo el mundo. ¡Buen Dios, qué admirable sois en vuestras obras! y ¿buscamos milagros? gentes de poca fe, pedimos prodigios; ¿hubo jamás uno mas visible, mas admirable, mas concluyente que este? ¿puede haber nunca uno que mas interese? No se trata aquí de uno de aquellos milagros secretos, particulares, oscuros; es un milagro público, universal, hecho en favor de todos los discípulos de Jesucristo á quienes el temor tenia encerrados, y que hasta aquel momento no se hallaban capaces de percibir el menor misterio de la Religion, que ignoraban la ley, que jamás habian comprendido nada en el idioma figurado y misterioso de los Profetas. Este prodigio no se obra en secreto; verifícase en medio del dia, en la solemnidad de una fiesta que habia reunido en Jerusalen muchos millares de personas, de toda especie de naciones, y todas de diferente idioma, para que fuesen otros tantos testigos de esta maravilla. El ruido extraordinario de un viento impetuoso que se oye en toda la ciudad, pero que no se hace

sentir mas que en la casa en que están reunidos los discípulos de Jesucristo, atrae á ella todos los extranjeros y los habitantes para ser testigos del milagro. Preséntanse los Apóstoles y los discípulos, descubren la maravilla, desenvuelven el misterio, explican su sentido, y publican las grandezas de Jesucristo en todo género de lenguas. ¡Buen Dios, qué prueba mas clara, mas fuerte, mas sensible, mas incontestable de la verdad de nuestra Religion y de la Iglesia!

Punto segundo. — Considera que lo que se ha cumplido por primera vez en los Apóstoles, debe cumplirse en nosotros, si estamos dispuestos como ellos lo estaban para recibir este don celestial del Espíritu de Dios, puesto que Jesucristo con su muerte lo ha merecido para nosotros lo mismo que para los Apóstoles. Sea puro nuestro corazon, esté vacío del amor de las criaturas, y muy pronto se llenará de este divino Espíritu. Siendo el Espíritu Santo siempre el mismo, los que le reciben deben tambien sentir sus mismos efectos. Es el Espíritu Santo un espíritu de verdad que nos ilustra, un espíritu de santidad que nos purifica, un espíritu de fortaleza que nos anima y nos hace sobrepujar todos los obstáculos y todas las dificultades. Como espíritu de verdad, nos desengaña de nuestros errores; como espíritu de santidad, nos desprende de nuestros empeños criminales; y como espíritu de fortaleza, nos hace triunfar de nuestras flaquezas. No se limita el Espíritu Santo á enseñarnos algunas verdades en particular, como pueden hacerlo los hombres; este Espíritu divino enseña y persuade al mismo tiempo sin excepcion toda verdad, enseña sin distincion á toda clase de personas, lo cual solo pertenece á Dios. Este divino Espíritu no solo es esencialmente santo, es tambien Espíritu santificador, esto es, fuente y principio de santidad en todos aquellos á quienes se comunica, y esto es lo que significa la expresion misteriosa de que se sirvió el Salvador el dia de su Ascension, cuando dijo á sus discípulos que dentro de pocos dias serian bautizados en el Espíritu Santo. Purificar y santificar es el efecto propio del Bautismo. En fin, el Espíritu Santo es en nosotros el principio inmediato y sustancial de todas las operaciones de la Gracia; por él somos reengendrados en el Bautismo; por él somos reconciliados en la Penitencia; por el Espíritu Santo se ha dilatado la caridad en nuestros corazones. De aquí la clara inteligencia y persuasion de las verdades de la fe en todos los que reciben el Espíritu Santo. De aquí la pureza y el fervor de la devocion. De aquí la caridad y el celo que inspira tanta generosidad en la práctica de la vir-

tud, y que obtiene la perseverancia. Por estos efectos consolatorios podrémos nosotros venir en conocimiento si hemos recibido el Espíritu Santo. ¿Es nuestra fe universal? ¿es nuestra devocion mas fervorosa? ¿sentimos nuevo aliento en los caminos de Jesucristo? Si nuestra fe es todavía limitada y lánguida; si nuestra devocion permanece flaca; si no tenemos mas celo que antes por la salvacion de los demás y por nuestra propia salvacion, tenemos gran motivo para temer que no hayamos recibido este don celestial.

Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia y por vuestra misericordia que no encontremos en nosotros esta triste prueba; suplid por Vos, como os lo pedimos, el defecto de nuestras disposiciones. Concedednos vuestro santo Espíritu, y pronto quedarémos renovados y aun mudados en otros hombres.

JACULATORIAS. — Concedednos, Señor, vuestro santo Espíritu, y todo quedará renovado. (*Psalm.* CIII).

No permitais, Señor, que se aparte jamás de mí vuestro Espíritu Santo. (*Psalm.* L).

PROPÓSITOS.

1 Es el santo Espíritu el Espíritu de santidad que anima la Iglesia de Jesucristo y la conduce; y el mismo Espíritu es el que debe animar y dirigir á todos los fieles. Él es el que debe ilustrarnos, vivificarnos, conducirnos, fortificarnos, abrasarnos con el fuego divino de que él es la fuente. ¡Qué dichosos son los que reciben el Espíritu Santo! Veamos lo que pasa hoy en los Apóstoles. En nadie consiste mas que en nosotros el lograr la misma dicha. Jesucristo nos ha prometido este don precioso que es el orígen de todos los dones, y si no le recibimos atribuyámoslo á nosotros mismos. Procuremos que nuestra devocion, nuestro amor á Jesucristo, nuestro fervor, nuestro nuevo deseo de llegar á la perfeccion de nuestro estado y de toda nuestra conducta nos pruebe que hemos recibido el Espíritu Santo, y que nuestros sentimientos, nuestros deseos y nuestras palabras digan que hemos quedado llenos de él.

2 Es una práctica de piedad muy saludable y comun entre las personas virtuosas el renovar hoy después de la Comunion los votos y los empeños del Bautismo. Esta ceremonia cristiana debe hacerse con mucho fervor. Debe comenzarse por dar gracias á Dios por el bien que nos ha hecho reengendrándonos por este Sacramento, haciéndonos hijos de la Iglesia, hijos adoptivos de Dios, sus herederos

y discípulos amados. En seguida se renueva todo lo que se ha prometido en el Bautismo; dícese el *Credo* que contiene todos los principales artículos de la fe; protéstase á Dios que se cree firmemente todo lo que la Iglesia cree, y en particular la presencia real de Jesucristo en la adorable Eucaristía; renúnciase al espíritu del mundo, á sus pompas y á todas sus máximas. Declárase á Dios que no se quiere vivir sino segun las máximas del Evangelio, el cual será en lo sucesivo la regla de nuestras costumbres y de toda nuestra conducta. Renovad tambien nuestra consagracion y nuestra dedicacion á la santísima Vírgen, haciendo una nueva profesion y protesta de ser siervos suyos, poniéndoos de nuevo bajo de su proteccion especial, tomándola de hoy mas por madre querida nuestra, sin omitir nada para hacernos dignos de ser del número de sus hijos. Si os hallais en el estado religioso, renovad los votos de la Religion; si estais adscritos á alguna sociedad, como la del Rosario, la del Escapulario, etc., renovad tambien el voto y las obligaciones que habeis contraido en ella. Renovad igualmente vuestra devocion á vuestro Ángel de guarda, y sedle fiel.

DIA SEGUNDO DE PENTECOSTES.

La semana de Pentecostes, que comprende todo el espacio de su octava, se termina en el sábado siguiente; sin embargo, no deja por esto de contener ocho dias enteros, porque se la hace comenzar en la Iglesia por el sábado precedente, segun se acostumbra con la de la Pascua, y esto en consideracion á los nuevos bautizados, á quienes, por decirlo así, se les hacian los principales honores de la fiesta. El abad Ruperto ha hecho la aplicacion de los siete oficios de Pentecostes á los siete dones del Espíritu Santo. Los seis dias que siguen al domingo de la fiesta eran en otro tiempo cuási tan solemnes en la Iglesia como el primero. Aparece por el concilio de Maguncia celebrado el año de 813, que estos seis dias eran fiestas de obligacion, hasta que la fiesta de siete dias quedó reducida á tres, hácia mediados del siglo X, á lo cual no contribuyó poco el haberse fijado á esta semana el ayuno de las cuatro témporas, y la necesidad que el pueblo tenia de trabajar.

El intróito de la misa de este dia está tomado del salmo LXXX, en el cual el Profeta exhorta á los judíos á que celebren dignamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios: hace

hablar en él al mismo Dios que por la relacion de sus gracias pretende obligar al pueblo á que le sirva, y que al mismo tiempo se queja de la ingratitud de este pueblo. Nada conviene mejor á la solemnidad de este dia. El versículo mismo del salmo que sirve de introito, significa que la nueva ley no se ha dado solo á los judíos, sino tambien á los gentiles y á todos los pueblos de la tierra. *El Señor les ha alimentado,* dice, *con la harina mas pura del trigo, y les ha saciado con miel que ha salido de la piedra. Pueblos, cantad regocijados las alabanzas del Señor,* que os ha protegido, y en quien mas que nunca debeis poner toda vuestra confianza: *Celebrad alegres la gloria del Dios de Jacob,* que lo es tambien vuestro, y que ha hecho ver bien claramente en la maravilla que acaba de obrar cuánto ama á los hombres, en cuya salvacion ha tomado tanto interés. Bendecid sin cesar al Dios de las misericordias, y no dejeis de alabarle. El Señor ha alimentado á su pueblo con la harina mas pura del trigo, y le ha saciado con miel que ha salido de la piedra. Todo esto debe entenderse alegóricamente de los dones y gracias espirituales que Dios derrama sobre sus siervos; y de la santa Eucaristía, que es el verdadero pan vivo y la miel de la piedra, la cual no es otra que Jesucristo, dice san Pablo. Jesucristo no solo es el pan de vida, sino tambien una fuente inagotable de dulzura para todos sus siervos fieles. *¡Qué multitud de dulzura*, ó Dios mio, exclama el Profeta, *reservais para los* que os aman, *que os temen,* y que os sirven con fidelidad!

La Epístola de la misa es sacada del capítulo x de los Hechos de los Apóstoles, en donde san Pedro, después de haber hecho un compendio de la vida, de la muerte y de la resurreccion de Jesucristo, en casa del centurion Cornelio en Cesarea, tuvo el consuelo de ver bajar al Espíritu Santo sobre aquel oficial y sobre los demás gentiles que componian aquella piadosa reunion, aun antes de que hubiesen recibido el Bautismo, lo cual pasmó á los fieles que eran judíos de orígen, y se hallaban presentes. Esta maravilla les convenció que Dios habia resuelto comunicar tambien á los gentiles la gracia del Espíritu Santo, y la salud que habia traido Jesucristo en favor de todos los hombres, sin distincion ó aceptacion de personas.

Después de la vision misteriosa que tuvo san Pedro estando en Joppe, habiendo recibido el expreso que el centurion Cornelio le habia enviado, vino á Cesarea, en donde halló en casa de este oficial una reunion numerosa que le esperaba, y que estaba dispuesta á oir de su boca lo que el Señor queria enseñarles en órden á su salud. Habiéndoles prevenido desde luego el santo Apóstol lo extraño que

podria parecer el verle entre ellos, siendo bien sabido cuán distantes estaban los judíos de mantener comercio alguno con los extranjeros, estándoles absolutamente prohibida esta especie de comunicacion, añadió : Pero Dios me ha dado á conocer que ya no hay pueblo sobre la tierra que deba pasar por inmundo, lo cual me ha determinado á venir aquí, tan pronto como he sabido que lo deseábais, y que el Señor lo queria. Pero bien, añadió, ¿qué servicio es el que yo puedo haceros? ¿cuál es el motivo por qué me habeis llamado? Tomando Cornelio la palabra, le refirió sencillamente lo que le habia sucedido; como se le habia aparecido el Ángel, la órden que le habia dado de parte de Dios para que le enviase á buscar á Joppe á casa de un curtidor llamado Simon, á fin de que le enseñase el camino del cielo. Para esto, pues, nos ves aquí reunidos, le dijo, y prontos á escucharte, y para saber de tu boca todo lo que el Señor te ha mandado que nos digas. Absorto san Pedro al ver una conducta tan admirable de la Providencia con un extranjero y con un gentil, exclamó lleno de alegría y de admiracion : Hasta ahora no se habia Dios manifestado liberal mas que con los judíos, y parecia que sus gracias estaban reservadas solo para ellos; pero ya estoy convencido que en cualquiera nacion, sea la que quiera, el que le teme y hace obras de justicia le es agradable. Habiéndoles hecho en seguida el santo Apóstol un compendio bastante circunstanciado de la vida de Jesucristo, de su predicacion y de sus milagros, y habiéndoles probado invenciblemente que era el Mesías por tanto tiempo esperado, verdadero Hijo de Dios y el Salvador del mundo, les contó como los sacerdotes, los doctores de la ley y los fariseos, llevados de una envidia maligna habian tramado su muerte, y que por mas que Pilato, ante quien le habian acusado, reconoció su inocencia, no pararon hasta hacerle morir en la cruz con la injusticia mas atroz; pero que al tercer dia habia resucitado como él mismo lo habia predicho; que ellos eran todos testigos, como que habian comido y bebido muchas veces con él, hasta su ascension al cielo, en donde tiene el asiento de su gloria. Por lo demás, añadió, nosotros hemos recibido de este gran Dios la órden de predicar al pueblo que Jesús es el juez soberano de los vivos y de los muertos. Así lo declaramos altamente con los Profetas que han hablado de él antes que nosotros, y que todos á una voz testifican que en su nombre y por sus méritos obtendrán el perdon de sus pecados todos los que creen en él.

Aun no habia concluido san Pedro de hablar cuando el Espíritu Santo, bajo la forma de una nube luminosa, descendió visiblemente

sobre todos los que le escuchaban, y en el instante se les oyó á todos bendecir al Señor y glorificarle en todas lenguas. Admiró extraordinariamente esta maravilla á algunos fieles que el Apóstol habia traido consigo de Joppe, porque eran judíos de orígen, y como hacian todavía grande asunto de la circuncision, no podian concebir cómo se habia difundido la gracia del Espíritu Santo sobre gentes incircuncisas hasta comunicarles el don de lenguas. Queria Dios manifestar en esto que él es el dueño de todos los dones, y que si ha querido que en el órden comun y ordinario dependiesen de la accion de sus ministros, puede cuando le agrade comunicarlos de un modo extraordinario, haciendo descender así al Espíritu Santo sobre los gentiles, aun antes de haber sido bautizados, y de que se les hubiesen impuesto las manos. De este modo enseñaba á Pedro y á los otros judíos que no podia excluirse de la gracia del Bautismo á los que creyendo en Jesucristo, como estos creian, habian sido santificados tambien por el Espíritu Santo. Comprendiólo perfectamente el Príncipe de los Apóstoles, y por esto algunos dias después decia á los discípulos en Jerusalen : *Si Dios les ha hecho la misma gracia que á nosotros, que hemos creido en el Señor Jesucristo, ¿quién soy yo para oponerme á Dios?* Así que el santo Apóstol, que tenia un corazon de padre para todos los pueblos, de quienes debia ser el pastor universal, exclamó : *¿Qué obstáculo hay para que no se confiera el bautismo del agua á los que han recibido el Espíritu Santo del mismo modo que nosotros?* y en el momento les bautizó á todos en el nombre y en la virtud de Jesucristo Nuestro Señor. No basta, dice san Cipriano, haber recibido el Espíritu Santo, es necesario tambien el Bautismo, y san Pedro quiso que los que estaban ya llenos del Espíritu Santo fuesen tambien bautizados, á fin de observar en todo el mandamiento de Dios y la ley evangélica. Y hé aquí la primera época y el principio de la Iglesia cristiana compuesta de los gentiles convertidos á la fe de Jesucristo. Pregúntase ¿si Cornelio y los de su familia, bautizados por san Pedro, fueron los primeros de los gentiles convertidos á la fe? La opinion comun es que ántes de Cornelio ningun gentil habia recibido el Espíritu Santo, ni el Bautismo, ni habia creido en Jesucristo. Toda esta historia como se refiere en los Hechos de los Apóstoles prueba bastante que no se abrió la puerta del Evangelio á los gentiles hasta la conversion de Cornelio, y que este oficial ha sido el primero de los gentiles convertidos á la fe de Jesucristo. La casa de Cornelio, en la cual se habia obrado esta maravilla, se convirtió en una iglesia que santa Paula visitó por devocion el año 385.

El Evangelio de la misa de este dia contiene lo que Jesucristo dijo á Nicodemus, á saber: que Dios ha amado al mundo hasta el punto de dar á su Hijo único por la salud de los hombres, á fin de que los que crean en él sean salvos.

Era Nicodemus un célebre fariseo muy distinguido por su buen talento y por su sabiduría, y uno de los que componian el Sanedrin, esto es, el supremo Consejo de los judíos. Habia oido predicar al Salvador, aprobaba mucho su doctrina, y no admiraba menos sus milagros. Ansiaba mucho por tener una conversacion particular con Jesucristo; pero no tenia la suficiente resolucion para ir á visitarle en medio del dia. Fuéle, pues, á ver de noche para que le ilustrase en sus dudas, recibir sus instrucciones, y declararse del número de sus discípulos. Díjole, pues, Jesús que para entrar en el reino de Dios, esto es, para hacer profesion del Cristianismo era menester ser reengendrado, y vivir con una vida del todo nueva. Al principio entendió Nicodemus estas palabras en un sentido grosero y material; pero explicándole el Salvador el verdadero sentido de ellas, le enseñó que esta regeneracion era espiritual, y que se hacia en el Bautismo por la infusion del Espíritu Santo que hace del hombre carnal por su primer nacimiento un hombre espiritual. Que nada debe parecer imposible en esta renovacion espiritual, como que es el Espíritu Santo el que la comunica á quien le place, y que aunque esto se hace de un modo invisible, sin que se sepa por qué camino entra en un corazon, con todo sabe bien darse á entender y hacerse sentir, y que así es como se hace esta regeneracion espiritual por medio de la cual el hombre carnal queda cambiado en un hombre espiritual, y en alguna manera un nuevo hombre. Como Nicodemus no comprendia aun bien todo esto, le hizo entender el Salvador que era vergonzoso que un doctor de la ley ignorase unas cosas tan claramente marcadas en la Escritura. Á mas de que, añade el Salvador, vosotros los fariseos sois inexcusables, si por lo menos no os rendís á mi testimonio, puesto que nada os digo de que no esté perfectamente instruido. Pero no es extraño que rehuseis el creerme cuando me explico en el idioma del cielo, cuando os negais á creerme sobre las cosas mas palpables, y que están al alcance de todo el mundo. Jesucristo continúa en seguida hablando de su divinidad, de su encarnacion, y de la necesidad de su muerte para la salvacion de los hombres, y esto es lo que constituye el asunto del Evangelio de la misa de este dia. *Dios ha amado al mundo,* dice el Señor, *hasta dar á su Hijo único,* á fin de que todo el que crea en él y que viva conforme á sus máximas, no

perezca sino que obtenga la vida eterna. Porque no es de presumir que el Padre, que es infinitamente bueno, haya enviado á su Hijo único con el carácter principalmente de juez rigoroso para castigar á los hombres; por el contrario, le ha enviado como un mediador poderoso para obtenerles sus gracias. Dios podia condenar á los hombres á las justas penas que merecen sus pecados; sin embargo, ha enviado á su Hijo solo para ponerlos á todos en estado de salvarse; por manera que si algunos se pierden, se pierden únicamente por su culpa, y contra la voluntad sincera que Dios tiene de procurarles su salud. Este es propiamente el motivo y el fin que Dios se ha propuesto en el misterio de la encarnacion del Verbo; pero como el hombre es una criatura racional y libre, no ha querido Dios forzar su voluntad, y se ha contentado con satisfacer plenamente á la justicia divina, á la cual no podia satisfacer ningun puro hombre; y habiendo ya este divino Salvador puesto por este medio al hombre en estado de salvarse con tal que corresponda á las gracias que Jesucristo le ha merecido con su muerte, no trata de hacer ninguna violencia á su libertad. Se contenta con dar generalmente á todos las gracias necesarias para procurar su salvacion, cuyas gracias no niega jamás á nadie. Esta es la reflexion que hace san Agustin sobre este lugar de nuestro Evangelio. *Nada le queda que hacer á este divino Médico*, dice este Padre, *para que el enfermo sea curado; él mismo se procura la muerte no queriendo seguir el parecer del médico, ni observar sus preceptos. Ha venido el Salvador al mundo, y ¿por qué se ha llamado Salvador del mundo, sino para salvar al mundo, y no para juzgarle? ¿No quieres que Jesucristo te salve? Tú mismo eres entonces el que te juzgas*, y el que te condenas al fuego eterno.

Por lo demás, cuando el Salvador dice que no ha venido para condenar al mundo, debe entenderse esto de su primera venida y del motivo de su encarnacion, lo cual no obsta para que un dia pronuncie el decreto de condenacion contra los que hubieren hecho inútiles los designios de misericordia que habia formado sobre ellos: *El que crea, pues, en él y guarde sus mandamientos no será condenado: por el contrario, el que no quiere ni creer en él ni obedecerle, lleva ya en sí mismo su condenacion;* él mismo se hace su proceso, su conciencia le sirve de acusador, su incredulidad y su ceguera voluntaria son las que le condenan.

Aparece tan justa su condenacion, que no puede quejarse de ella, porque esta luz divina que ilumina á las almas mucho mejor que la del sol á los cuerpos, esta luz increada se ha manifestado á los ojos

de los hombres; pero los hombres ciegos por sus pasiones han cerrado los ojos para no verla. Jesucristo ha venido al mundo como una luz viva. Su doctrina toda divina, su vida toda santa, sus milagros los mas brillantes que jamás se han obrado, ofrecian un testimonio indudable en su favor. Con todo eso los judíos han preferido las tinieblas á la luz. Tenazmente apegados á sus falsas tradiciones y á sus preocupaciones absolutamente terrenas, han cerrado los ojos á la luz de este divino sol que tenian delante. Han querido mas atribuir al demonio los milagros del Salvador, que reconocerle por el Hijo de Dios y por el Mesías. El desarreglo de sus costumbres es lo que les ha impedido el que abriesen los ojos á esta luz divina, *porque todo el que obra mal, aborrece la luz*. Ellos no han querido abrir los ojos á ella, temiendo que les descubriese su deformidad y la corrupcion de su corazon. Los fariseos se han desencadenado contra Jesucristo; los sacerdotes han concebido contra él un odio implacable, porque descubria los errores de su doctrina y la corrupcion de sus costumbres. Todo predicaba la santidad y la divinidad de Jesucristo en Jesucristo mismo. Ellos han cerrado los ojos, dice el Evangelio, y tapado sus oidos para no ver ni oir la verdad, *porque sus acciones eran malas*. Al contrario, añade el Salvador, aquellos que sirven á Dios, que cumplen sus deberes, que tienen probidad y rectitud, no temen ser iluminados, porque siendo sus obras segun Dios, no les sirven nunca de motivos de confusion. Por esto los buenos serán siempre aborrecidos de los libertinos y de los que viven segun el espíritu del mundo; por esto los imperfectos tendrán siempre una secreta antipatía contra las almas fervorosas; por el mismo principio los herejes estarán siempre de mal humor contra los Católicos. La verdadera Religion, la sólida piedad, la virtud cristiana son una luz pura, brillante, que deslumbra y hiere los ojos enfermos. Aléjase de sí la luz, cuando se considera uno deforme y horrible; y siempre serán del gusto de los pecadores la oscuridad y las tinieblas.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui apostolis tuis sanctum dedisti Spiritum: concede plebi tuae piae petitionis effectum; ut quibus dedisti fidem, largiaris et pacem. Per Dominum... in unitate ejusdem Spiritus sancti Deus...

Ó Dios, que habeis difundido el Espíritu Santo sobre vuestros Apóstoles, conceded á vuestro pueblo lo que con humildes ruegos os pide, á fin de que aquellos á quienes llamásteis á la fe gocen de una paz inalterable. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de los Hechos de los Apóstoles, capítulo x.

In diebus illis: Aperiens Petrus os suum, dixit: Viri fratres, nobis praecepit Dominus praedicare populo, et testificari quia ipse est, qui constitutus est à Deo judex vivorum et mortuorum. Huic omnes prophetae testimonium perhibent, remissionem peccatorum accipere per nomen ejus omnes, qui credunt in eum. Adhuc loquente Petro verba haec, cecidit Spiritus sanctus super omnes, qui audiebant verbum. Et obstupuerunt ex circumcisione fideles, qui venerant cum Petro: quia et in nationes gratia Spiritus sancti effusa est. Audiebant enim illos loquentes linguis, et magnificantes Deum. Tunc respondit Petrus: Numquid aquam quis prohibere potest, ut non baptizentur hi, qui Spiritum sanctum acceperunt sicut et nos? Et jussit eos baptizari in nomine Domini Jesu Christi.

En aquellos dias, habiendo Pedro tomado la palabra, dijo: Hermanos mios, el Señor mismo es el que nos ha mandado que predicásemos al pueblo, y diésemos testimonio de que él es á quien Dios ha establecido juez de vivos y de muertos. De él testifican todos los Profetas, que todos los que creen en él reciben por su nombre el perdon de los pecados. Aun hablaba Pedro, y el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oian el discurso, y los judíos fieles que habian venido con Pedro quedaron asombrados al ver que la gracia del Espíritu Santo se habia difundido tambien sobre los gentiles; porque les oian hablar muchas lenguas y publicar las grandezas de Dios: entonces Pedro dijo: ¿Qué obstáculo puede haber para que no se administre el bautismo de agua á los que han recibido el Espíritu Santo como nosotros? Y los hizo bautizar en el nombre del Señor Jesucristo.

REFLEXIONES.

Aun hablaba san Pedro, y el Espíritu Santo descendió sobre todos los que oian el discurso. ¡Con qué solicitud se apresura Dios á derramar sus gracias y sus favores mas singulares sobre los que le aman, luego que les ve adornados de santas disposiciones! Tiene Dios mas deseo de hacernos santos, que nosotros de llegarlo á ser. Él hace, por decirlo así, todos los gastos, y solo espera que nosotros queramos sacar toda la ventaja que podemos de ellos. El festin está pronto, todo el gasto está hecho, todo está preparado; pero ellos no han hecho caso: se marcharon, el uno á su quintería, el otro á su tráfico. El apego á los bienes de la tierra hace que los judíos miren con indiferencia el tomar parte en las bodas del Salvador; desprecian la divina alianza que se les ofrece con Jesucristo, y los bienes infinitos que deben seguir á ella. Fidelísimos imitadores de los judíos, queremos mas entregarnos á los vanos placeres del siglo y á nuestros negocios temporales, que el hallarnos en el banquete delicioso á que Jesucristo nos convida. No es esto decir que estén entredichos los negocios tem-

porales á los Cristianos; pero el ocuparse de estos cuidados cuando se trata de participar de los Sacramentos, que son el alimento de nuestras almas, es despreciar á Jesucristo que en aquellos momentos felices nos llama á su mesa para formar ó para estrechar los nudos que nos unen á él. No atribuyamos á otros que á nosotros mismos si no experimentamos los mismos efectos del Espíritu Santo que se hicieron tan sensibles y tan visibles en los que escuchaban con tan santas disposiciones el discurso del apóstol san Pedro. Estaban ya convertidos á la fe, aun antes que estuviesen bautizados. Su fe viva y pura los hacia fieles. No habian recibido aun el bautismo de agua, pero habian ya recibido los dulces efectos del bautismo de amor y de deseo por la santa disposicion en que se hallaba su corazon en aquella reunion bienaventurada. Nosotros hemos recibido el bautismo de agua, y tenemos la dicha de ser hijos de la Iglesia. Pero si nuestro corazon está frio, si está helado con respecto á Dios, si nuestra fe solo es una fe lánguida y medio apagada, si nos hallamos todavía animados y llenos del espíritu del mundo, ¿debemos extrañar que el Espíritu Santo no descienda sobre nosotros? Ciertamente no tiene lugar en qué colocarse. Vaciemos nuestro corazon del espíritu del mundo, que le llena de deseos terrenos que le ocupan, y entonces no dejará de descender el Espíritu Santo sobre nosotros como sobre aquellos. Yo veo bien, decia san Pedro, que Dios no hace aceptacion de personas; quiere sinceramente la salvacion de todos los hombres, pero es menester que los hombres no se hagan indignos de la salvacion por los obstáculos que ponen á la Gracia y á los dones del Espíritu Santo. Uno de los mayores obstáculos á las operaciones saludables de este divino Espíritu, es el espíritu del mundo. Donde reina este espíritu mundano, no es posible que se halle el Espíritu Santo. ¿Queremos estar llenos del Espíritu Santo? seamos su templo; sea puro el corazon, vacío de las criaturas, vacío de sí mismo, y muy pronto estará lleno y abrasado de este fuego divino.

El Evangelio de este dia es del capítulo III *de san Juan.*

In illo tempore: Dixit Jesus Nicodemo: Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret: ut omnis, qui credit in eum, non pereat, sed habeat vitam aeternam. Non enim misit Deus Filium suum in mundum, ut judicet mundum, sed ut salvetur mundus per ipsum. Qui credit in eum,

En aquel tiempo dijo Jesús á Nicodemus: Dios ha amado al mundo hasta dar á su Hijo único, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. El que cree en él,

non judicatur: qui autem non credit, jam judicatus est: quia non credit in nomine unigeniti Filii Dei. Hoc est autem judicium: quia lux venit in mundum, et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem: erant enim eorum mala opera. Omnis enim qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus: qui autem facit veritatem, venit ad lucem, ut manifestentur opera ejus, quia in Deo sunt facta.

no es condenado; pero el que no cree ya es condenado, porque no cree en el nombre del Hijo único de Dios. La causa, pues, de la condenacion es que la luz ha venido al mundo, y los hombres han amado mas las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que obra mal, aborrece la luz temiendo que se descubra lo que hace; mas el que se conduce por la verdad, viene á la luz, á fin de que sus obras, ordenadas segun el espíritu de Dios, se manifiesten.

MEDITACION.

Cuánto nos ha amado Dios, y cuán poco le amamos nosotros.

Punto primero. — Considera que Dios ha amado al mundo hasta darle á su único Hijo, á fin de que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga la vida eterna. Comprendamos, si es posible, todo lo que dicen estas palabras, y veamos si puede decirse ni concebirse cosa alguna que nos dé una idea mas alta del amor inmenso que Dios nos tiene. Manifiéstase este amor por los bienes que se nos hacen, y por los que se nos quieren hacer; pruébase por los beneficios. La creacion es uno de los mas señalados, pero la redencion es mucho mas insigne. Que un Dios nos haya dado su propio Hijo para rescatarnos, y que este Hijo Dios como su Padre sea nuestro rescate y el precio de nuestra redencion; comprendamos el sentido de todos estos términos: comprendamos el mérito de este incomprensible misterio. Confesemos por lo menos que el amor que Dios nos ha tenido es superior á todo lo que se puede pensar, á todo lo que puede decirse mas justo, esto es, que Dios nos ha amado como Dios. Pero el fin de este incomprensible beneficio es tan admirable como el beneficio mismo. Dios nos ha dado á su propio Hijo para que no nos perdiésemos y para hacernos eternamente dichosos. ¡Dios mio! ¡cuáles serian nuestros sentimientos de admiracion, de amor y de reconocimiento si nos penetrásemos como se debe de lo que meditamos! Consideremos la vida y la muerte del Redentor: recorramos todos los misterios de nuestra Religion, la Eucaristía, los demás Sacramentos, y el fin de todos estos medios que es la eternidad bienaventurada; hé aquí lo que Dios ha hecho para probarnos el exceso de su amor. ¿Qué os parece? ¿ha hecho bastante? ¿podia hacer mas? ¿creemos, Señor, todas estas ma-

ravillas? y ¿no tiene nuestra fe de qué reconvenirnos sobre esto? diríase que todo esto no es aun bastante para nuestro Dios. El Hijo, después de habernos dado todo lo que tiene, todo lo que es, su cuerpo, su sangre, su vida, quiere todavía subir él mismo al cielo para enviarnos del seno de su Padre el Espíritu Santo, como si el amor que nos tiene no hubiese quedado satisfecho, si la tercera Persona de la adorable Trinidad no nos hubiera dado en particular una nueva prueba. El Padre da á su único Hijo; el Hijo habiéndose encarnado da su sangre y su vida; y el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre los hombres para colmarlos de sus dones. Hé aquí á Dios todo ocupado, por decirlo así, para probarnos hasta qué exceso nos ama. Hombres insensibles á unos beneficios tan insignes, á un amor tan incomprensible, ¿qué os parece? ¿Nos ha amado Dios bastante? Quejémonos si ha podido hacer mas de lo que ha hecho. ¡Ah! Dios ha hecho mas de lo que nosotros mismos nos hubiéramos atrevido á desear, mas de lo que podíamos creer. Y este Dios que es infinitamente amable, y que nos ama infinitamente, ¿es amado de nosotros?

Punto segundo.—Considera que no es un motivo pequeño para amar á Dios el ver cuán poco es amado. Parece increible: un Dios infinitamente amable nos permite que le amemos: ¡qué honor para una vil criatura! ¿Debe nuestro corazon, puede no estar continuamente abrasado de este divino amor? ¿qué otro objeto puede moverle ú ocuparle un momento? De este modo piensa todo espíritu racional. ¡Ah! Dios nos permite amarle; y ¿quién es el que se apresura á darle su corazon? Dios nos manda que le amemos; y ¿es obedecido exactamente? El amor se produce de mil maneras; el entendimiento no se ocupa mas que del objeto amado; jamás se cansa de hablar de él; no encuentra gusto mas que en lo que á él le agrada; todo lo que es contrario á sus sentimientos nos choca: de todo esto ¿puede concluirse que amamos á Dios? ¿Con qué cuidado, con qué solicitud nos aplicamos á todo lo que le complace? ¿con qué calor tomamos sobre nosotros sus intereses? ¿Qué inquietud sentimos á la menor sospecha de haberle desagradado? ¿qué aprehension nos causa el incurrir en su desgracia? ¿Se reconocerá por estos indicantes que amamos á Dios? Sin hablar de ese gran número de infieles que no aman á Dios, ¿cuántos hay entre los mismos fieles que le amen? Esos libertinos que apenas tienen religion y que viven en la licencia mas desenfrenada, ¿aman á Dios? Esas personas mundanas ó esclavas de sus pasiones, ó idólatras de sí mismas, ¿aman á Dios? ¿Es amado Dios de

tantas gentes que diariamente le sacrifican á un vil interés, á un placer; que viven en un desprecio habitual de su ley y de sus máximas; que hacen tan poco caso de su amistad, y que temen aun menos su desgracia? Esas personas que Dios como que se ha reservado por una prediléccion particular, que ha llamado al estado eclesiástico y religioso, y que le están singularmente consagradas; esas personas colmadas de beneficios, obligadas por profesion á amarle, á alabarle, á servirle, ¿le aman mucho? Si la mortificacion, si la exacta observancia de las reglas, si la devocion, si el desprendimiento de todas las cosas, si el olvido del mundo, si el fervor, son las señales y la medida del amor á Dios, ¿es Dios amado ardientemente de todas las personas religiosas? ¡Qué ingratos somos! ¿No ha hecho Dios bastante para merecer nuestro corazon? decia Moisés á todo el pueblo. ¿Son menester nuevos beneficios, nuevos milagros?

No, Dios mio, no se necesita mas; habeis hecho bastante para probarnos vuestro amor; pero necesito nuevas gracias para que yo dé pruebas del mio.

Jaculatorias.—Yo os amaré, Señor, á Vos que sois mi fortaleza: esto es hecho; yo os amaré porque cuento con vuestra gracia y con vuestro auxilio. (*Psalm.* XVII).

Abrasadme con el fuego divino de que el Espíritu Santo es la fuente: haced que mi corazon sea todo inflamado con él. (*Psalm.* XXV).

PROPÓSITOS.

1 Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todas tus fuerzas; este es el primer mandamiento y la base de todos los demás; no cumplirle es violar toda la ley; no hay salvacion para quien no guarda este precepto: sin que nos detengamos ahora en averiguar si hay muchos aun entre los mismos que hacen profesion de llevar una vida mas regular que le guarden, ¿podemos decir como el jóven del Evangelio: *Yo he guardado todo esto desde mi juventud;* ó como san Pedro: Vos sabeis, Señor, que os amo? Preguntémonos á nosotros mismos, examinémonos, y si no podemos darnos con verdad una respuesta semejante, veamos delante de Dios si debemos estar tranquilos sobre el negocio de nuestra salvacion.

2 Dios nos demuestra su amor por sus beneficios; probémosle el nuestro con nuestras buenas obras, y, por decirlo así, con nuestro servicio. Si hemos recibido el Espíritu Santo, estarémos abrasados con

el fuego del divino amor, y nuestro amor se manifestará por nuestras obras; tengamos el consuelo de ver que amamos á Dios, amando á los pobres. Visitemos durante estas fiestas á los pobres en los hospitales y en las cárceles: Dios nos ha colmado de sus dones dándonos su Espíritu Santo; seamos, pues, nosotros generosos con los pobres. Guardémonos mucho de pasar estas fiestas en partidas de placer ó en el campo. El espíritu del mundo, el demonio es el que ha introducido los abusos irreligiosos y chocantes de ir á pasar en el campo las fiestas de Pentecostes para hacer inútiles, para sofocar los dones del Espíritu Santo, que pudiéramos haber recibido en esta gran solemnidad. Pasemos estos tres dias en el pueblo, empleados en la oracion y en los ejercicios de las buenas obras. Asistamos á los oficios de la Iglesia, y sea nuestra devocion una prueba de que hemos recibido el Espíritu Santo.

DIA TERCERO DE PENTECOSTES.

Como las tres fiestas de Pentecostes no son mas que una misma solemnidad y una misma fiesta, el oficio de la Iglesia en estos tres dias se dirige siempre á un mismo fin, que es el conducir los fieles á que bendigan al Señor, y á que le dén gracias por el don insigne que nos ha hecho enviándonos el Espíritu Santo, este poderoso consolador de las almas fieles, y á despertar nuestra alegría espiritual á vista de las maravillas que han acompañado este don tan señalado.

Recibid la alegría de vuestra gloria. Estas son las consoladoras palabras de que se compone el intróito de la misa de este dia, por las cuales la Iglesia da una idea abreviada de todo el misterio de esta gran fiesta. *Recibid la alegría de vuestra gloria*, esto es, gustad de aquella alegría pura, aquella alegría espiritual que el Espíritu Santo ha venido á derramar en vuestro corazon, haciéndoos verdaderos discípulos de Jesucristo é hijos adoptivos del Padre celestial. Bendecid sin cesar al Padre de las misericordias, á este Dios de todo consuelo; no pareis de darle gracias, porque os ha dado al fin el Espíritu consolador, este don celestial, fuente de todos los dones; este Espíritu de sabiduría, de consejo, de luz y de fortaleza, que glorificando al Señor os colma de una gloria que ninguna cosa puede oscurecer, y que borra toda la falsa gloria de la tierra. *No dejeis de dar gracias á Dios, que os ha llamado al reino de los cielos:* alabad á este Padre

celestial que ha amado al mundo hasta el extremo de darle á su propio Hijo; alabad á este Hijo único del Altísimo, vuestro divino Salvador; alabad al Espíritu Santo, principio del divino amor, luz de los corazones, consumador de tantas maravillas, y no ceseis de bendecir á este Dios Criador, á este Dios Salvador, á este Dios Consolador, *alleluya*, *alleluya*, *alleluya*.

Pueblo mio, escucha las instrucciones que voy á darte, presta tus oidos á mis palabras. Échase bien de ver la relacion que tiene el primer versículo del salmo LXXVII con la festividad de este dia, y todo este intróito con el misterio. Uno de los primeros efectos de la descension del Espíritu Santo ha sido la publicacion de la nueva ley, y el fruto la observancia de esta misma ley. La ley es santa, y solo observándola se hace uno santo. Este salmo es como el compendio de la historia de los judíos desde Moisés hasta David. El Profeta hace en él una contraposicion continua de la bondad de Dios con su pueblo, y de la ingratitud del mismo pueblo con Dios. Entre muchas cosas que se encubren bajo del sentido literal de este salmo está figurado en él el reino de Jesucristo, bajo del de David; y la tribu de Judá preferida á la de Efraim, nos representa el fin del Antiguo Testamento y el principio de la nueva alianza.

La Epístola de la misa de este dia hace la relacion del viaje que san Pedro y san Juan, enviados por los demás Apóstoles, hicieron á Samaria para conferir el Espíritu Santo á los que habian recibido la palabra de Dios, y habian sido convertidos á la fe de Jesucristo por la predicacion del diácono san Felipe.

Después de la muerte de san Esteban, el primero de los Mártires, se levantó una furiosa persecucion contra los Apóstoles y los discípulos de Jesucristo y contra toda la Iglesia. Permitió Dios esta primera tempestad para llevar la luz de la fe á los pueblos vecinos, porque hasta entonces no se habia predicado aun á Jesucristo mas que en Jerusalen, y toda la Iglesia habia estado encerrada en el lugar de su nacimiento. Creyóse, pues, que era menester dejar pasar el primer fuego de la persecucion; y disponiendo la divina Providencia todas las cosas para la gloria de Dios, inspiró á los Apóstoles que permaneciesen solos en Jerusalen, y que enviasen los discípulos á la Judea y á Samaria. Fue esta la primera mision fuera de la capital, y se supo muy pronto la abundante cosecha que se recogia de esta primera semilla del Evangelio.

Habiendo bajado á Samaria Felipe, uno de los siete diáconos, comenzó á predicar allí á Jesucristo crucificado con tan buen éxito, que

el pueblo, no menos hechizado de sus discursos que sorprendido de sus milagros, le seguia en tropas y le escuchaba con placer. Muchos endemoniados quedaron libres, y los demonios forzados á salir de los cuerpos testificaban con alaridos espantosos la virtud divina de aquel en cuyo nombre eran arrojados, y su propia flaqueza é impotencia. Veíanse en toda la ciudad paralíticos curados; veíanse cojos enderezados, y que caminaban sin apoyo, y ciegos que recobraban milagrosamente la vista. Disputábase sobre quién bendeciria mas alto al Señor, y quién daria mayores señales de una alegría extraordinaria. Los mas malos se veian como forzados á tomar parte en el regocijo público. De este número fue un mágico célebre é insigne impostor llamado Simon, que habiendo morado largo tiempo en Samaria, habia hecho creer al pueblo que él era la gran virtud de Dios; y los samaritanos infatuados y hechizados con sus sortilegios le escuchaban como un oráculo. Mas el santo Diácono triunfó del ministro de Satanás. Supo tan bien desengañar á los que el encantador habia embaucado, que todos creyeron en Jesucristo y todos recibieron el Bautismo. No hubo uno, hasta el mismo mágico que no se convirtiese; creyó y se hizo bautizar con los demás. Habiendo llegado á Jerusalen la fama de la conversion de los samaritanos, los Apóstoles que se habian quedado allí, y que querian sostener la obra del Señor, resolvieron enviarles á Pedro y á Juan para afirmarles en la fe y para arreglar todas las cosas en esta nueva Iglesia.

El principal motivo del viaje de los dos Apóstoles á Samaria fue á fin de dar el Espíritu Santo, por la imposicion de las manos, á los que acababan de ser bautizados, administrándoles el sacramento de la Confirmacion, lo cual san Felipe, que no era mas que diácono, no podia hacer en razon de que este privilegio no se habia concedido mas que á los Apóstoles y á sus sucesores que son los Obispos. Cuando se dice que san Pedro fue enviado por los otros Apóstoles, no se ha de pensar que san Pedro haya estado sometido á ellos, ni que ellos hayan ejercido nunca sobre él una autoridad despótica. Habiendo Jesucristo establecido á san Pedro cabeza de la Iglesia, siempre ha sido reconocido jefe del colegio apostólico y vicario de Jesucristo; así es que siempre se le ha visto en cualidad de jefe y de príncipe de los Apóstoles llevar en todo la palabra como tal. Él es el primero que en el dia de Pentecostes al salir del cenáculo anuncia públicamente á Jesucristo, y convierte á mas de tres mil personas. Él es el primero que predica la fe á los gentiles, y bautiza al centurion Cornelio y á los que estaban con él, que fueron las primicias del gen-

tilismo admitido al Evangelio. Por esto la expresion *fue enviado*, es lo mismo que decir, le rogaron que fuese él mismo á Samaria para dar allí el Espíritu Santo por la imposicion de las manos; como si en una poblacion ó en una comunidad se deputase al jefe para un negocio importante y honroso: no leemos que todavía hubiese ejercido esta funcion augusta ninguno de los Apóstoles; porque se queria que la Cabeza, el Príncipe de los Apóstoles fuese el primero que ejercitase este sagrado ministerio. Se le suplica, dice el sabio Belarmino, que se digne prestarse á aquellos que le consideran como su Maestro. En esta misma manera envió la iglesia de Antioquía á san Pablo y á san Bernabé á Jerusalen para que consultasen con los demás Apóstoles sobre negocios importantes.

Habiendo llegado los dos santos Apóstoles á Samaria, se pusieron en oracion para que los samaritanos convertidos recibiesen el Espíritu Santo, porque no habia aun descendido sobre ninguno de ellos, sino que solo habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Cuando se dice que los samaritanos habian sido solo bautizados en nombre de Nuestro Señor Jesucristo, no es decir que se les hubiese conferido el Bautismo en el solo nombre del Salvador: los Apóstoles no se servian de otra fórmula que la que Jesucristo les habia enseñado, que era en nombre de las tres Personas divinas. Es este un modo de hablar compendiado que significa que los samaritanos no habian aun recibido el sacramento de la Confirmacion, y que solo habian recibido el Bautismo instituido por Nuestro Señor Jesucristo. Entonces les impusieron las manos, y Dios, que en aquellos primeros tiempos queria dar á conocer con señales exteriores y sensibles los misterios de la Gracia, les envió bajo de una forma visible su santo Espíritu sobre todos los que habian recibido el sacramento de la Confirmacion. Créese que esta forma visible bajo de la cual el Espíritu Santo descendió sobre los que acababan de ser confirmados era una especie de lenguas de fuego semejantes á las en que descendió sobre los Apóstoles y los discípulos en el dia de Pentecostes, si bien tal vez esto sucedió aquí con menos ruido.

La imposicion de las manos de que aquí se habla, por la cual se recibe el Espíritu Santo, no siendo otra cosa que el sacramento de la Confirmacion, y siendo los Obispos los únicos ministros ordinarios de este Sacramento, pertenecia á los Apóstoles, que eran obispos, y no á Felipe que no era mas que diácono, el imponerlas. La imposicion de las manos es una ceremonia simbólica de que usa la Iglesia para conferir el sacramento de la Confirmacion y para administrar

el del Órden. Por el primero se recibe espíritu de fortaleza para confesar con confianza y con generosidad el nombre de Jesucristo y todas aquellas gracias sobrenaturales, que, segun la expresion de san Cipriano, perfeccionan y concluyen, por decirlo así, al cristiano en su fe. En los primeros dias de la Iglesia, Dios con la infusion del Espíritu Santo comunicaba las gracias milagrosas que son frutos suyos; ninguno recibia visiblemente el Espíritu Santo que no recibiese el don de lenguas, el don de profecía y el don de milagros. En la sucesion de los tiempos, no siendo ya necesarios los milagros, los dones han sido invisibles é interiores, siempre proporcionados á la disposicion del sugeto. Por lo demás, cuando se dice que ninguno de los samaritanos bautizados habia recibido todavía el Espíritu Santo, no debe esto entenderse de la gracia santificante, la cual habian recibido ya en el Bautismo, sino de aquella plenitud de gracias que se comunicaban entonces visiblemente en el sacramento de la Confirmacion.

El Evangelio de la misa de este dia refiere lo que Jesucristo ha dicho del pastor y del ladron de las ovejas, el cual se reconoce en que este no entra por la puerta en el redil, manifestando que él mismo es la puerta por donde deben entrar el pastor legítimo y las ovejas.

Habiendo dado vista el Salvador al ciego de nacimiento, acababa de demostrar á los escribas y á los fariseos que ellos estaban tambien ciegos, y que su ceguera era tanto mas triste, cuanto que era mas criminal, puesto que era voluntaria. Esa ceguera voluntaria, les decia, es la que os impide el reconocerme por el Mesías, por mas que mis palabras, mis obras, mis doctrinas y mis milagros os digan tan claro que lo soy. Pero no hay peor ciego que el que está bien hallado con serlo. De este modo vosotros mismos verificais cada dia mas lo que me habeis oido decir, esto es, que yo habia venido para hacer manifiestos los designios de la Providencia en el discernimiento de los buenos y de los malos, de los fieles y de los incrédulos, el cual debia hacerse á la venida del Mesías, á fin de que los que son ciegos vean, y los que ven se vuelvan ciegos; esto es, que los gentiles que siempre han vivido en tinieblas, abrirán los ojos, y recibirán la luz que les iluminará, mientras que los judíos que viven en la luz, cerrando los ojos al astro que les ilumina, caerán en las tinieblas, y no verán mas la luz. ¿Qué sirve tener la luz de las santas Escrituras, si no se quiere hacer la aplicacion de ellas, y se rehusa el entenderlas? Vosotros os creeis hábiles; pero ¿de qué os sirve vuestra pretendida habilidad? ¿de qué os servirán tampoco todas vuestras luces? para

haceros menos excusables y mas criminales. No basta estar en el redil, es menester haber entrado en él por la puerta; cualquiera que entra en él por otro sitio, ó que fuerza la entrada, es un ladron disfrazado ó un salteador declarado. Jesucristo es la luz del mundo, el buen pastor, la puerta por donde se entra en el redil; todos los que eran enemigos de Jesucristo, como los escribas, los malos sacerdotes, los fariseos, eran otros tantos ciegos voluntarios, malos guias, falsos pastores, mercenarios, que no se habian interesado en el redil mas que para robar, para enriquecerse y para degollar. El Salvador nos representa aquí la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él, y los fieles como ovejas, de las cuales es él el verdadero y el buen Pastor. Jesucristo queria dar á entender á los judíos que la Sinagoga iba á ser reprobada, y que la Iglesia, de la que él mismo es la puerta, la luz y el pastor, contendria el único pueblo escogido y amado, y que así solo los que creian en él entrarian por él en este misterioso redil; y por consiguiente los fariseos (porque á ellos era á quienes hablaba el Hijo de Dios) no eran mas que intrusos, falsos pastores, ladrones y mercenarios, puesto que rehusaban creer en él. Jesucristo hace aquí el retrato y pinta el carácter de todos los falsos doctores, que no teniendo vocacion entran furtivamente y sin mision en el redil, y no son mas que intrusos que todo lo corrompen y todo lo pierden, como les sucedia á los fariseos.

El que entra por la puerta, continúa el Salvador, *es el verdadero pastor*. Luego que llama le abre el portero, las ovejas oyen su voz, se reunen en rededor de él, las acaricia, las mira con placer, y cuando es tiempo las lleva á pastar. Las llama por su nombre, las hace salir con despacio para que la confusion ó la priesa no las hiera; va delante de ellas, y anda poco á poco, no sea que se cansen ó se constipen; si alguna se descarria por poco que sea del rebaño, la llama, y ellas le siguen porque conocen su voz. El verdadero pastor dirige su voz á las ovejas, esto es, en el sentido moral, las instruye en público y en particular; las ilustra en sus dudas; las consuela en sus penas, las conduce con seguridad; y por sus cuidados y vigilancia impide que las devoren los lobos. El verdadero pastor llama á sus ovejas por sus nombres, esto es, las conoce á todas, conoce sus males, sus flaquezas, sus necesidades, y á todo provee. El verdadero pastor marcha al frente del rebaño, esto es, le da ejemplo, le hace ver en sus costumbres la práctica de las verdades que predica. El Salvador ha hecho aquí el retrato de todos los verdaderos pastores, haciendo el suyo.

Pero si un extraño, prosigue, se presenta para conducirlas, léjos de seguirle huyen de él, porque no estando acostumbradas á la voz de los extraños, les temen y desconfian de ellos. Un pastor que se alejase demasiado de su rebaño ó que descargase sobre otro el cuidado que deberia tomar por sí, seria mirado como un pastor extraño. ¿Podrian sus ovejas poco acostumbradas á oirle conocer su voz? viéndole sin celo para socorrerlas, no se unirian á él, no se curarian de seguirle, se alejarian, se extraviarian. Un padre, una madre de familia son los pastores de sus hijos; ¿qué cuenta no tendrán que dar á Dios si los abandonasen á extraños?

Esta parábola debia haber servido de grande instruccion para los fariseos á quienes se dirigia; pero ellos no comprendian su sentido. Cuando el corazon está corrompido, el entendimiento tiene poca penetracion y poca luz. El Salvador tuvo, empero, la bondad de descubrirles y de explicarles este enigma.

En verdad os digo, que yo soy la puerta del redil en donde está encerrado el rebaño del Señor. Por mí van las ovejas á su pastor. Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí. ¿Qué es entrar por la puerta, dice san Agustin, sino entrar por Jesucristo que ha dicho: Yo soy la puerta; y qué es entrar por Jesucristo sino caminar sobre sus huellas, imitar su conducta, seguir sus máximas, y estar animado de su espíritu? El nombre de ovejas que conviene á los fieles, dice un sabio intérprete, les advierte que la inocencia y la docilidad deben formar su verdadero carácter, como el nombre de pastor dice á los que están honrados con él, que la vigilancia y la bondad debe constituir tambien el suyo.

Todos los que han venido antes que yo, que se han ingerido á conducirlas sin mision, y que han querido pasar por el Mesías prometido de Dios, *no han sido mas que salteadores y ladrones;* así es que las verdaderas ovejas no les han escuchado. No quiere decir por esto Jesucristo que los judíos no hayan tenido antes de él hombres enviados de Dios que eran sus pastores legítimos. ¡Cuántos santos Patriarcas, en efecto, cuántos Profetas iluminados de Dios hubo á quienes él mismo autoriza en muchos lugares! Declara solamente que los que se han atribuido la autoridad y el nombre de Mesías como Teodas y Judas el Galileo, de quienes hace mencion Gamaliel, como se dice en los Hechos de los Apóstoles, no lo eran en efecto, puesto que no tenian ninguna de las cualidades de este buen Pastor, de este Pastor por excelencia, bajo de cuya idea ha sido predicho el Mesías por los Profetas, y del que dice el Salvador, veis la realidad en mi persona.

No busqueis, pues, otro camino ni otra puerta que yo. Los que entraren por mí, que creyeren en mí, que siguieren mis pasos, hallarán en este camino su seguridad y su salud. *Yo soy la puerta.* La expresion es figurada, pero contiene un gran sentido; es como si dijera: Seguid enhorabuena vuestras sectas, guardad cuanto querais vuestras tradiciones farisáicas; falsos senderos, caminos engañosos que extravian á las guias y á los que andan por ellos. La ley misma de Moisés, santa á la verdad, pues que procedia de Dios, pero pasajera é impotente, cesa hoy para dar lugar á la que yo vengo á publicar, y que es la única que conduce al término de la salvacion eterna y de la gloria. Yo soy, pues, el camino que conduce á la vida; cualquiera otro extravia y conduce á la perdicion.

Si alguno entra por mí, si cree en mí, si pone su confianza en mí, *será salvo. Que entre ó que salga, nada le faltará jamás.* El Salvador sostiene siempre la misma alegoría. Las ovejas no salen del redil sino para ir á los pastos; y cuando los pastores las vuelven á traer encuentran durante el invierno en el redil con que alimentarse. Del mismo modo que el pastor lleva sus ovejas á pastar y las vuelve al redil, así Jesucristo vela sobre la conducta de los fieles, y provee á todas sus necesidades. Entrar y salir en el estilo de la Escritura indica tambien todas las acciones de la vida: cuando uno está al servicio de un Señor tan bueno, nada hay que temer: el Salvador es un buen Padre y provee á todo. *El ladron no viene mas que para robar, para degollar y para causar estragos.* Pinta Jesucristo aquí á los falsos profetas y falsos pastores, y en persona de estos á todos los heresiarcas, cuya doctrina está siempre emponzoñada, y que jamás han entrado en el redil por la puerta: así es que no han entrado mas que para robar, para degollar y para causar estragos. Por lo que hace á mí *yo he venido,* concluye el Salvador, *á fin de que las ovejas que mi Padre me ha dado tengan la vida*, y una vida abundante en todo género de bienes. Yo las guardaré dia y noche; yo las defenderé contra los lobos; las escogeré buenos pastos; las pondré al abrigo, y durante el calor las llevaré á las fuentes de las aguas mas puras, y nada podrá dañarlas estando continuamente á mi vista.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Adsit nobis, quaesumus, Domine, virtus Spiritus sancti: quae et corda nostra clementer expurget, et ab omnibus tueatur adversis. Per Dominum

Os suplicamos, Señor, que continuamente nos asistais con la virtud del Espíritu Santo, para que purificadas por su misericordia las manchas invi-

nostrum... in unitate ejusdem Spiritus sancti Deus...

sibles de nuestros corazones quedemos tambien libres de todos los males de esta vida. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, capítulo VIII.

In diebus illis: Cum audissent Apostoli, qui erant Jerosolymis, quod recepisset Samaria verbum Dei, miserunt ad eos Petrum et Joannem. Qui cum venissent, oraverunt pro ipsis, ut acciperent Spiritum sanctum: nondum enim in quemquam illorum venerat, sed baptizati tantum erant in nomine Domini Jesu. Tunc imponebant manus super illos, et accipiebant Spiritum sanctum.

En aquellos dias: Habiendo sabido los Apóstoles que estaban en Jerusalen, que Samaria habia recibido la palabra de Dios, les enviaron á Pedro y á Juan; los que habiendo llegado allá oraron por los samaritanos, á fin de que recibiesen el Espíritu Santo, porque aun no habia descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habian sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. Entonces imponian las manos sobre ellos, y recibian el Espíritu Santo.

REFLEXIONES.

Les imponian las manos, y recibian el Espíritu Santo. Ninguna cosa demuestra mejor la necesidad del sacramento de la Confirmacion ni su excelencia que este hecho. ¿Qué debe, pues pensarse de aquellos que descuidan el recibir este Sacramento? Y ¿será perdonable la negligencia de los padres en este punto? Se extraña el desarreglo de las costumbres, la licencia de los jóvenes, la flojedad que se nota en el servicio de Dios; admírase el ver tan poca fe en la tierra, el ver que esta luz pura se extingue en la mayor parte de los Cristianos. ¿Se ha recibido el Espíritu Santo? ¿Cuántas gentes mueren sin haber recibido el sacramento de la Confirmacion? y ¿cuántas mas todavía de las que le han recibido tienen cuidado de conservar sus frutos, que son los dones del Espíritu Santo, y una abundancia de gracias que se hace sentir siempre en aquellos que no ponen obstáculo á ellas, y que renuevan su memoria de tiempo en tiempo? Todo cristiano debe crecer espiritualmente, debe aspirar á la perfeccion de la religion cristiana; luego está obligado á ser confirmado con el santo crisma, que es el que da este acrecentamiento y esta perfeccion. Luego no hay nadie que pueda dispensarse de esta primera obligacion. Porque así como uno de los fines de la naturaleza es que todos los niños que nacen crezcan y lleguen á una edad perfecta, no obstante que no todos lleguen siempre á ella; del mismo modo, dice el Cate-

cismo del concilio de Trento, el designio de la Iglesia nuestra comun madre es que la gracia que hace al hombre cristiano se perfeccione en los que ha reengendrado por el Bautismo. Como, pues, esto no se hace sino por el sacramento de la Confirmacion, es evidente que todos los fieles están igualmente obligados á recibirle. Y bien, ¿reconocen todos esta obligacion? Muchos la ignoran porque ignoran los efectos de este Sacramento. La Confirmacion tiene de comun con todos los demás Sacramentos, que si no encuentra algun impedimento en el que le recibe, le comunica una nueva gracia; y tiene de particular lo que le distingue de los demás, el perfeccionar, por decirlo así, la gracia del Bautismo. Siendo, pues, todos los que han sido hechos cristianos por el Bautismo todavía flacos como niños recien nacidos, reciben por el sacramento de la Confirmacion la fortaleza para resistir á todos los ataques del mundo y del diablo, y quedan tan plenamente confirmados en la fe, que son capaces de confesar y de glorificar altamente el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, y de aquí es sin duda el habérsele dado el nombre de Confirmacion. Este Sacramento es el que confiere aquella fortaleza que viene de lo alto, que el Salvador prometió á sus discípulos, y de la que fueron revestidos los Apóstoles el dia de la descension del Espíritu Santo. La mudanza maravillosa que se hizo en ellos se renueva en todos los que reciben el mismo don del cielo. La Iglesia ve en ella la continuacion de los verdaderos fieles. ¿Somos nosotros de este número? Consultemos nuestra generosidad, nuestra fidelidad en materia de religion: consultemos nuestra fe, nuestra devocion, nuestro celo, ¡de cuántos se puede decir *han sido solo bautizados, pero no ha descendido todavía sobre ellos el Espíritu Santo!*

El Evangelio de la Misa es tomado del de san Juan, capítulo X.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisaeis: Amen, amen dico vobis: qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. Qui autem intrat per ostium, pastor est ovium. Huic ostiarius aperit, et oves vocem ejus audiunt, et proprias oves vocat nominatim, et educit eas. Et cum proprias oves emiserit, ante eas vadit: et oves illum sequuntur, quia sciunt vocem ejus. Alienum autem non sequuntur, sed fugiunt ab eo: quia non noverunt vocem alienorum.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos: En verdad, en verdad os digo: el que no entra por la puerta en el redil, sino que sube por otro paraje, es un salteador y un ladron; mas el que entra por la puerta, ese es el pastor de las ovejas. A este es á quien el portero le abre, y las ovejas oyen su voz. Llama á sus propias ovejas cada una por su nombre, y las hace salir. Y cuando ha hecho salir á sus propias ovejas, marcha delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al pastor que no es propio no le siguen,

Hoc proverbium dixit eis Jesus. Illi autem non cognoverunt quid loqueretur eis. Dixit ergo eis iterum Jesus: Amen, amen dico vobis: quia ego sum ostium ovium. Omnes quotquot venerunt, fures sunt et latrones: et non audierunt eos oves. Ego sum ostium. Per me si quis introierit, salvabitur: et ingredietur et egredietur, et pascua inveniet. Fur non venit nisi ut furetur, et mactet et perdat. Ego veni ut vitam habeant, et abundantius habeant.

sino que huyen, porque no conocen la voz de los que no son sus pastores. Díjoles Jesús esta parábola, pero ellos no comprendieron lo que les decia. Por esto volvió á decirles: En verdad, en verdad os digo, que yo soy la puerta del redil: todos los que han venido son salteadores y ladrones, y las ovejas no les han escuchado. Yo soy la puerta; si alguno entra por mí, se salvará; entrará, saldrá y hallará los pastos. El ladron no viene sino para robar, para degollar y para hacer estragos. Yo he venido á fin de que tengan la vida, y de que la tengan abundantemente.

MEDITACION.

Sobre los dones y los frutos del Espíritu Santo.

PUNTO PRIMERO.—Considera que el Espíritu Santo es la fuente de todos los dones celestiales; no hay, pues, que admirarse si los que le reciben están llenos de ellos. No es posible que descienda á una alma sin que la enriquezca con sus dones mas preciosos. Acompáñanle sus tesoros, y así como el fuego no puede separarse de su luz y de su calor, así tampoco el Espíritu Santo puede venir á un corazon sin que el alma quede toda iluminada y abrasada. De aquí aquella claridad, aquella luz pura, aquella inteligencia tan viva, tan extensa de que fueron dotados todos los discípulos el dia de Pentecostes. Aquellos hombres tan groseros, aquellos genios tan materiales y tan limitados, aquellos espíritus tan duros y tan indóciles, se convierten en un instante en oráculos de todo el universo, doctores de las naciones y la luz del mundo. Nada se resiste á su penetracion: oscuridad de las profecías, sutilezas de la sabiduría humana, sofismas de las escuelas, la impenetrabilidad misma del corazon humano; todo se desenvuelve á su espíritu, todo cede á la vivacidad, á la extension de sus conocimientos. Su sabiduría corresponde á sus luces; no hubo puede ser nunca gentes mas sabias ni mas eruditas. Su valor no cede ni á su penetracion ni á su ciencia. Aquellos hombres tan tímidos, aquellos corazones naturalmente cobardes y embrutecidos, no bien han recibido el Espíritu Santo cuando se encuentran revestidos de la fortaleza de lo alto y animados de una magnanimidad desconocida á todos los pretendidos héroes de la historia. Intrépidos delante de los tribunales y en medio de los mas grandes peligros, los suplicios mas

crueles, el fuego, el hierro, las torturas y los potros, ninguna cosa puede inmutar su ánimo. Su fe es superior á todos los artificios del infierno, y su amor á Jesucristo es inalterable é invencible. Los frutos corresponden á estos dones maravillosos, véase la conversion de todo el universo: ¡qué de pueblos convertidos á la fe, qué de naciones bárbaras conquistadas para Jesucristo, qué inmenso país sometido al Evangelio! todo esto pueden unos pescadores, unos hombres simples, llenos del Espíritu Santo; tales son los frutos de todos sus dones, y lo mismo deberian ser todos los fieles; y ¿qué es lo que impide que no lo seamos?

Punto segundo.—Considera en qué consiste que nosotros no experimentemos los mismos efectos y que no recibamos los mismos dones, sobre todo en los dias privilegiados en que el Espíritu Santo desciende sobre los fieles. Él no es menos rico ni menos liberal; ¿en qué consiste que nosotros somos siempre pobres? ¿Qué se hubiese pensado y qué se hubiese dicho si habiendo descendido el Espíritu Santo sobre los fieles que estaban reunidos en el cenáculo, hubiese habido algunos excluidos de sus dones? ¿Qué se hubiera pensado de aquellos pobres discípulos, si mientras que los otros tenian el don de lenguas y entendian á todos los pueblos de las diferentes naciones que allí habia, y eran igualmente entendidos de ellos, hubiesen permanecido mudos, y no hubieran podido hacerse entender? ¿Si cuando los Apóstoles mudados, por decirlo así, en otros hombres, predicaban á Jesucristo con tanta intrepidez, ellos hubieran tenido miedo de manifestarse y no hubiesen tenido un valor semejante? en fin, ¿si tan cobardes y tan imperfectos como antes se hubiesen ocultado, y no hubiesen llevado después una vida mas regular ni mas fervorosa que la que habian tenido antes de Pentecostes? ¡Buen Dios! ¡cuánto debe estremecernos esta reflexion á vista de nuestra poca devocion! Si después de estas grandes solemnidades; si después de todas estas grandes fiestas nos hallamos tan indevotos; si las pasiones no han perdido nada de su vivacidad; si el espíritu del mundo ejerce siempre sobre nosotros el mismo imperio; ¿podemos creer que hemos recibido el Espíritu Santo? ¿Es el legítimo Pastor el que ha entrado en el redil? ¿oimos su voz? ¿la seguimos? ¿le tenemos por conductor y guia? ¿Qué se puede pensar de esas personas tan flojas en el servicio de Dios, tan inclinadas y como arrastradas al placer, tan poco movidas de las verdades de nuestra Religion, tan débiles en las ocasiones mas insignificantes, tan sujetas siempre á los mismos vi-

cios? Sordos á la voz de Dios y sordos tambien á la de la conciencia, ¿dónde están en ellas los frutos del Espíritu Santo? y si este divino Espíritu no ha venido á nuestro corazon en estas fiestas, ¿cuándo le recibirémos? ¿Es posible que no nos asuste un estado tan peligroso, y que se pase toda la vida en una seguridad tan lastimosa?

No permitais, Salvador divino, que yo permanezca mucho tiempo en este miserable estado. Dadme á conocer todo su peligro con tal viveza que no pasen estas fiestas sin que experimente los dulces efectos de vuestra gracia, y que no esté mucho tiempo privado de vuestros dones.

JACULATORIAS. —Concedednos, Señor, vuestro Espíritu Santo, y muy pronto quedaré convertido en otro hombre. (*Psalm.* CIII).

Dadme, Dios mio, la pureza de corazon tan necesaria para recibir vuestro Espíritu Santo y para experimentar todos sus dones. (*Psalmus*, L).

PROPÓSITOS.

1 Imagínanse muchos que todo está hecho con abstenerse de toda obra servil durante las fiestas. Esto no es mas que la menor de nuestras obligaciones en ellas. Hemos faltado al principal de nuestros deberes, cuando estas grandes solemnidades no producen en nosotros mas que una cesacion del trabajo. No pasemos, pues, la de Pentecostes sin tener parte en los dones del Espíritu Santo, sobre todo en el don de consejo, de fervor, de ánimo y de fortaleza. Pertrechémonos contra los artificios del demonio en estos tiempos de relajacion: cuidemos mucho de que en lugar de ver acabar con las fiestas nuestra devocion, se haga cada dia mas generosa y mas ferviente, y estemos alerta mas que nunca contra las tentaciones.

2 El demonio nada omite después de las mas grandes solemnidades de la Iglesia para hacernos perder todo el fruto de ellas. Tomemos hoy una resolucion decidida de ser mas religiosos y mas devotos que lo hemos sido antes de las fiestas. Las primeras ocasiones son siempre críticas. Declarémonos desde luego por la virtud. Toda condescendencia con el espíritu del mundo es perniciosa al alma. Toda esta octava es una fiesta continuada; arreglemos desde este dia todos nuestros ejercicios de religion, y seamos muy exactos en ellos. No dejemos de visitar todos los dias por la tarde al santísimo Sacramento, y decir allí las letanías de la santísima Vírgen y el *Veni Creator*.

LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

La fiesta de la santísima y adorable Trinidad es el fin y la consumacion de todas las fiestas. Como el objeto principal y primitivo de todo el culto que tributamos á Dios es la adorable Trinidad, un solo Dios en tres personas, es evidente que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la santísima Trinidad, puesto que todo lo que se honra en ella, sea en los Santos, sea en Jesucristo mismo en su humanidad, no debe servir mas que de medios para honrar á la santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero y al único término de nuestro culto.

Un solo Dios en tres personas realmente distintas entre sí, que no teniendo mas que una misma naturaleza, no tienen tampoco mas que la misma divinidad; cada una es Dios, y no hay mas que un solo Dios en estas tres personas divinas. El Hijo no es el Padre, no obstante que sea una misma cosa con el Padre. El Espíritu Santo no es ni el Padre ni el Hijo, aunque no sean los tres mas que un mismo Espíritu Santo, indivisible y simplicísimo. Aunque el Hijo sea tan poderoso como el Padre, y el Espíritu Santo tan poderoso y tan sabio como el Padre y el Hijo, todos tres juntos no tienen ni mas poder ni mas sabiduría que tiene uno solo en esta Trinidad adorable: la misma duracion, el mismo poder, la misma inmensidad. La primera persona engendra la segunda, sin que por esto tenga sobre ella ninguna ventaja, ni rango, ni antigüedad; la tercera procede de las otras dos, y sin embargo no es de menor edad que ellas. En el Padre es una perfeccion el engendrar; lo es en el Hijo el conspirar con el Padre á la procesion del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo: estas dos perfecciones no se hallan en la tercera persona, y sin embargo no es menos perfecta que las otras dos; todo es igual aquí en perfecciones, en poder, en dignidad, en excelencia; todo aquí es incomprensible, y por lo mismo todo es indudable, puesto que si este Ser soberano y supremo, si este Ser increado, infinito, pudiese ser comprendido por un espíritu tan pequeño, tan limitado como el nuestro, no seria Dios. ¡Qué! este entendimiento tan pequeño, cuyos alcances son tan cortos que ignora las cosas mas comunes y que no puede comprenderse ni á sí mismo ni la menor de las obras del Criador, ¿podrá comprender el modo de ser de este Ser infinito, que se apura, por decirlo así, en conocerse á sí mismo? Este misterio es

tanto mas creible, cuanto es mas incomprensible. Nosotros comenzamos verdaderamente á conocer alguna cosa de la grandeza de Dios, dice san Agustin, cuando reconocemos que nos es imposible el comprender lo que es, y su manera de ser. Dios, dice en otra parte, me ha mandado creer este misterio incomprensible, pero no me ha permitido profundizarle; y esta verdad muestra la necesidad de la fe en la Religion.

Un solo Dios en tres personas: tal es el sumario de nuestra fe, dice el mas célebre de los oradores cristianos; este es el fundamento de nuestra Religion, el carácter de nuestra profesion, el mas augusto de nuestros misterios. En estas tres palabras, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, consiste todo el fondo y el tesoro de nuestra creencia. El Salvador del mundo ha constituido en ellas una parte esencial del primero de todos los Sacramentos, y ha querido que entrasen en la composicion de cuási todos los demás. La primitiva Iglesia se servia de ellas como de un sello público y universal para distinguir á los fieles; y para conformarnos con sus sentimientos las colocamos nosotros al principio de todas nuestras acciones, para que de este modo sean como otros tantos testimonios del culto que rendimos á la adorable y santísima Trinidad. Así es que en esta fe, dice san Agustin, consideramos como el mas precioso tesoro de la Iglesia; esta fe es la que justifica los pecadores, santifica los justos, bautiza los catecúmenos, corona los Mártires, consagra los sacerdotes, y salva á todo el mundo. Creer un solo Dios en tres personas, sin que la multiplicidad de las personas multiplique la naturaleza divina, la cual es indivisiblemente la misma en las tres, y sin que la distincion diga ninguna desigualdad en las perfecciones, las cuales son las mismas en las tres personas divinas; esto es lo que creemos, y esta fe es el fundamento de toda nuestra esperanza, dicen los Padres, el principio de toda la santidad, y segun la expresion del concilio de Trento, el principio y la raíz de nuestra justificacion. Este es el misterio tan sublime y tan impenetrable á todo entendimiento criado, que no debia revelarse sino á los hijos de la nueva alianza. Dios, es verdad, se habia dado á conocer á los israelitas, pero puede decirse que no les habia enseñado mas que su nombre; les habia revelado que era, y que era todopoderoso, inmenso, eterno; pero no habia una sola criatura que no les pudiese enseñar esta verdad, la cual, por otra parte, estaba como grabada en el alma de todos los hombres. Mas el conocimiento de lo que Dios es, esta Trinidad de personas sustancialmente unida á la unidad de naturaleza; la gene-

racion eterna del Verbo, la eterna procesion del Espíritu Santo y la identidad de naturaleza en el Espíritu Santo, en el Hijo y en el Padre; era un secreto reservado para un pueblo mas querido todavía; para los discípulos, para los alumnos del Salvador del mundo. Era necesario tambien que hubiese venido el Espíritu Santo á iluminar con su luz divina unos entendimientos naturalmente incapaces de llevar su vista á tanta altura, y que el nombre sobrenatural de la fe hubiese sometido y reducido á esclavitud el entendimiento bajo la obediencia de Jesucristo y de su religion.

Este misterio inefable, este misterio adorable ha sido revelado, y todo el universo lo ha creido. Por mas incomprensible que sea á todo entendimiento criado, los judíos, los romanos y los griegos, el Asia, la Europa, la América y el África han abrazado esta fe; todo el universo ha confesado que no hay mas que un solo Dios, aunque haya tres personas divinas; que el Padre se distingue del Hijo, que el Padre y el Hijo se distinguen del Espíritu Santo, aunque todos tres tengan la misma divinidad, la misma naturaleza divina. Que todos tres son sabios, todos tres inmensos, todos tres eternos, y que no obstante no tienen mas que una misma eternidad, una misma inmensidad, una misma sabiduría: que no solo son igualmente poderosos é igualmente buenos, sino tambien que no tienen mas que una misma bondad y un mismo poder: que á todos tres les debemos igual obediencia, y que sin embargo no tenemos mas que un señor y un dueño. Que el Padre no tiene principio; que el Hijo es engendrado del Padre; que el Padre y el Hijo no engendran al Espíritu Santo, sino que le producen; pero que no obstante este órden de produccion no hay ni primacía, ni preeminencia entre las divinas personas; que la una no depende de la otra aun cuando haya una manera diferente de proceder la una de la otra. La unidad de Dios demuestra la unidad del objeto de nuestro culto. Adorando al Hijo, adoramos al Espíritu Santo y al Padre. Este es el principal artículo de nuestra creencia, el compendio del mas sublime y del mas grande de todos nuestros misterios, y el objeto particular de la solemne fiesta de este dia.

Esta fiesta es la mas antigua de todas, aun cuando su celebridad particular sea bastante reciente; en todos los siglos ha sido una fiesta de religion, aunque no haya tenido una solemnidad determinada, ni oficio particular hasta el siglo XIV en tiempo del papa Juan XXII. Desde que hubo mundo y criaturas racionales é intelectuales, dice el autor del tratado de las fiestas de la Iglesia, el mundo ha sido un templo consagrado á la adorable Trinidad; toda la duracion de los

tiempos ha sido su fiesta. No hay dias en el año ni hora en el dia en que la Iglesia no haya hecho dar testimonio y gloria en todas sus oraciones á la unidad de Dios y á la Trinidad de las personas. Ha ordenado aun una fórmula de glorificacion que se llama de *Oxología*, esto es, el *Gloria Patri*, para honrar en todos momentos y celebrar distintamente las personas del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y por esta profesion de fe, en forma de glorificacion termina todos sus salmos, sus responsorios y sus himnos. Jamás ha tolerado que ninguno de sus hijos ignorase que el misterio de la Trinidad es el objeto principal y el fin de todo el culto religioso que ella tributa á Dios. Por la invocacion y en nombre de la santísima Trinidad comienza y termina todas sus ceremonias de religion y todas sus oraciones. El divino sacrificio comienza por esta religiosa invocacion, y en el nombre de la adorable Trinidad bendice y despide al pueblo el sacerdote. Ninguna bendicion se da en la Iglesia que no sea por la invocacion y en nombre de la santísima Trinidad; ninguna ceremonia sagrada se hace que no sea en honor de estas tres adorables personas; ninguna accion cristiana hay que no deba comenzar y concluir por estos actos de religion, ni tampoco acto alguno de religion que no sea como consagrado por la memoria y por la atribucion á este adorable misterio. Y si es verdad que adoramos á todos los Santos con relacion á Jesucristo como miembros suyos; tambien lo es que adoramos á esta Trinidad divina en el mismo Jesucristo unido sustancialmente, ó mas bien uno en sustancia con su Padre y el Espíritu Santo. Las personas divinas son inseparables las unas de las otras aun en nuestras devociones y en nuestro culto. Estas verdades bastan para hacernos comprender que no hay fiestas en la religion cristiana que no sean verdaderamente fiestas de la santísima Trinidad, puesto que todas las solemnidades en la Iglesia, la celebracion de los misterios, las de las fiestas en honor de los Santos y de la misma Reina de los Santos, todo no es, segun el espíritu de nuestra Religion, otra cosa que medios para honrar á la santísima Trinidad, y elevarnos á ella como al verdadero término de todo nuestro culto. Así es, que puede decirse, que dirigiéndose todas las fiestas del año principalmente á honrar á la santísima Trinidad, venian á ser como la fiesta general y perpetua de ella, y es lo que por espacio de tantos siglos ha hecho que no se haya celebrado en la Iglesia una fiesta particular de la santísima Trinidad, no fuese que esta especial solemnizacion pareciese una limitacion de la fiesta universal, y se creyese que la celebracion continua de la fiesta de la adorable Trinidad

estaba sujeta á la revolucion anual de las demás fijándola á un dia determinado.

En efecto, siendo todas las fiestas del año como otras tantas festividades de la divina Trinidad, puesto que, hablando con propiedad, Dios solo es el fin principal y el objeto primario de nuestro culto, parecia poco necesario establecer una fiesta particular, como si se hubiese querido reducir al mismo Dios á la condicion de sus Santos. Esta consideracion sin duda ha sido la causa de haberse diferido tanto tiempo la institucion de esta fiesta particular en la Iglesia universal. Á la verdad, se la veia establecida en muchas iglesias particulares sin que la Iglesia romana la celebrase. El papa Alejandro III da la razon de esto cuando dice, que la fiesta de la Trinidad se celebraba con diversidad en muchas iglesias particulares, celebrándola las unas el dia de la octava de Pentecostes, y las otras el domingo que precede inmediatamente al primer domingo de Adviento. Pero que la Iglesia romana, que no censuraba por cierto esta piadosa institucion, no tenia dia particular para celebrar la fiesta de la Trinidad, porque la celebraba todos los dias del año, no siendo todo el oficio divino otra cosa que un tributo de alabanza y de accion de gracias que pagamos diariamente á la Trinidad divina, terminándose todos los salmos, todos los cánticos, todos los himnos por esta devota fórmula de oxología: Gloria sea dada al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.

Vese en el concilio de Salgunstadt, cerca de Maguncia, celebrado el año de 1022, que habia ya entonces una misa particular en honor de la santísima Trinidad: Esteban, obispo de Lieja que vivia en el mismo siglo, compuso un oficio en honor de este adorable misterio; y habiendo sido consultado sobre este punto el papa Alejandro II, contestó que segun el ordinario del rito romano no habia dia alguno destinado en particular para celebrar la fiesta de la Trinidad, como ni tampoco la unidad de Dios; porque todos los domingos, todas las fiestas y todos los dias del año están principalmente consagrados al culto de un solo Dios en tres personas. No desaprueba el Papa esta fiesta particular, solo trata de formar un decreto universal. El autor del Micrologio, que vivia en el mismo siglo, dice que el célebre Alcuino, que florecia en el siglo VIII, compuso en el reinado de Carlo Magno una misa de la Trinidad para el domingo; una bajo del título de la divina Sabiduría, esto es, del Verbo, para el lunes, del Espíritu Santo para el martes, de la Caridad para el miércoles, de los Ángeles para el jueves, de la Cruz para el viernes, y de la santísima Vírgen para el sábado; lo cual hizo á ruego de san Bonifacio,

arzobispo de Maguncia, á fin de que los sacerdotes de los pueblos nuevamente convertidos, poco instruidos en los oficios de la Iglesia, pudiesen mas fácilmente decir la misa todos los dias.

Aunque la fiesta particular de la santísima Trinidad no estuviese todavía establecida en todas partes por la autoridad de la Santa Sede, lo estaba ya sin embargo en muchas iglesias particulares de Francia y otras partes. El abad Ruperto, que vivia á principios del siglo XII, habla ya de ella como de una fiesta establecida en su tiempo: dice tambien que se celebra inmediatamente después de la fiesta de Pentecostes, porque los Apóstoles comenzaron á predicar este divino misterio por todo el mundo desde luego que hubieron recibido el Espíritu Santo. Mas hasta el pontificado de Juan XXII, á principios del siglo XIV, la fiesta particular de la santísima Trinidad, establecida ya en la mayor parte de las iglesias particulares, no se hizo una fiesta solemne en toda la Iglesia universal, ni se fijó por el soberano Pontífice al domingo que sigue inmediatamente á la fiesta de Pentecostes, siendo como el fin y la consumacion de todas las fiestas, y como la celebracion de todos los misterios.

Bendita sea la Trinidad santa y la indivisible unidad: cantarémos sus alabanzas, porque nos ha mirado con misericordia. Por estas piadosas aclamaciones y con este corto cántico de alabanzas comienza la misa de este dia. Como nunca debemos cesar en todos los dias de la vida de bendecir, alabar y dar gracias á la santísima Trinidad por todos los beneficios que de ella recibimos en todos los momentos, la Iglesia nos da una fórmula para ello en este intróito. Este cántico, en algun modo está sacado del capítulo XII del libro de Tobías. *Bendecid al Dios del cielo, y glorificadle delante de los hombres,* dice el ángel Rafael á aquel santo hombre, después de haberle vuelto á su hijo; *bendecid al Dios del cielo, porque ha hecho brillar con vosotros su misericordia.*

¡Señor, soberano dueño nuestro, qué grande sois, qué inmenso y superior á todos nuestros pensamientos! *¡qué admirable aparece en toda la tierra la gloria de vuestro nombre!* Por este entusiasmo y este transporte de admiracion comienza y concluye David el salmo VIII, en el cual alaba la grandeza de Dios, su poder, su misericordia y su bondad con nosotros, lo cual conviene perfectamente á la celebridad de esta fiesta.

Por Epístola se lee hoy el lugar en que san Pablo escribiendo á los romanos, exclama, á vista del abismo y de la profundidad de los tesoros de la sabiduría, de la ciencia y de las perfecciones infinitas

de Dios: ¡Gran Dios, *qué incomprensibles son vuestros juicios, y qué superiores á cuanto puede penetrarse son vuestros caminos!* El motivo de la admiracion que manifiesta aquí el Apóstol, dice un sabio intérprete, es la conducta impenetrable de misericordia y de justicia que Dios ha observado con respecto á los judíos y á los gentiles, haciendo servir la incredulidad de los unos á la vocacion de los otros, y la vocacion de estos al arrepentimiento y la conversion de aquellos; no llamando ni salvando á nadie sino por misericordia, ni desechando ni condenando á ninguno sino con justicia; disponiendo de tal modo las cosas, que todo se ve concurrir al cumplimiento de sus designios y á la manifestacion de sus atributos. Los tesoros de la sabiduría y de la ciencia indican el conocimiento perfecto é infinito que Dios tiene de todo lo que sucede á los elegidos, á los réprobos, y la sabiduría con que dispone, conduce y gobierna todas las cosas para bien de sus elegidos y para gloria suya. El entendimiento humano se pierde en esta admirable economía de la sabiduría y de la providencia divina. Dios nos oculta los secretos resortes de su conducta en todo admirable; pero seguros de que está llena de misericordia, y que la proporciona á nuestras necesidades, ¿querríamos que la proporcionase á la flaqueza de nuestras ideas? *Porque ¿quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ó ¿quién ha sido consejero suyo? ó ¿quién es el que le ha dado primero para que se le retribuya?* Entendimiento humano, que no te comprendes á tí mismo, y que te pierdes cuando intentas comprender la menor, la mas pequeña de las obras del Señor, ¿cómo te atreves á llamar á tu tribunal á la sabiduría misma de la divina Providencia? Y lo que es una insolencia digna del último castigo, ¿cómo te atreves á criticar la conducta impenetrable de su infinita sabiduría? Humillémonos á vista de la profundidad insondable de los decretos divinos. Contentémonos con saber que todo es infinito en Dios, que todo en él es infinitamente santo, infinitamente sabio, infinitamente justo, y que si Dios es infinitamente amable, tambien nos ama infinitamente: si su sabiduría y su ciencia es infinita, lo son tambien su bondad y su misericordia. Nosotros merecemos, á la verdad, las recompensas del Señor; pero es él el que nos las hace merecer por la gracia con que nos previene y con que nos ayuda. Solo á favor de sus dones podemos enriquecernos con sus recompensas. Corona sus propios dones, cuando corona nuestros méritos. Si nos recompensa por justicia, es después de habernos prevenido por pura misericordia; y á lo único á que deben limitarse nuestras curiosas y pobres investigaciones en órden á los secretos impe-

netrables de la Providencia, es á vivir persuadidos que si no hay un Santo en el cielo que no reconozca por toda la eternidad que debe su salvacion á la misericordia divina, no habrá tampoco un réprobo en el infierno que no confiese eternamente que él mismo ha sido el artífice de su reprobacion. Concluyamos con el Apóstol que solo Dios es el omnipotente y el principio y fin de todas las cosas; que solo él es infinitamente bueno, infinitamente justo, infinitamente ilustrado, infinitamente sabio. Que nosotros no somos por nosotros mismos mas que flaqueza, tinieblas, nada. *Sea*, pues, *á Dios la gloria en todos los siglos*. ¡Qué pobreza, qué imbecilidad querer, por decirlo así, que Dios nos dé razon de sus secretos, de sus misterios, y, si se me permite decirlo así, de su divinidad!

El asunto del Evangelio de este dia está tomado del último discurso que Jesucristo hizo á sus Apóstoles antes de dejarlos para subir al cielo, y por el cual concluye san Mateo su sagrada historia.

Estando ya el Salvador á punto de subir al cielo, reunió á sus Apóstoles y discípulos sobre el monte Olivete para que fuesen testigos de su gloriosa ascension, y comunicarles la mision. *Se me ha dado*, les dice, *todo poder en el cielo y en la tierra*. Habla aquí Jesucristo principalmente del poder que tenia en cualidad de Mesías para el gobierno de su reino espiritual y de la Iglesia, cuyo poder en toda su extension no lo ejerció propiamente hasta después de su resurreccion. En virtud de este poder soberano, continúa el Salvador, *os envio, como mi Padre me ha enviado. Id*, pues, *por todo el mundo; andad y predicad mi Evangelio á todos los pueblos de la tierra*, sin excepcion de nacion alguna. Ninguno debe ya mirarse como extranjero, á ninguno excluyo de mi redil. Habiendo dado mi sangre y habiendo muerto por todos los hombres, todos deben tener parte en el beneficio de la redencion. *Andad, predicad mi Evangelio por todo el universo:* vuestra mision se extiende á toda la tierra. Instruid á todos los pueblos en todo lo que no pueden ignorar sin ser excluidos para siempre de la bienaventuranza eterna: luego que los hayais instruido, *bautizadlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Vosotros sabeis lo que yo os he enseñado: esto mismo es lo que debeis enseñarles, y lo que ellos deben practicar para ser eternamente dichosos. *Contad con que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos*. La mision de los Apóstoles, limitada hasta entonces al pueblo judío, está aquí extendida á todas las naciones. Nótase que no obstante que los Apóstoles recibieron entonces la órden de ir á predicar el Evangelio á todos los pueblos del mundo, á los paganos como á

los judíos, creyeron sin embargo que aun por algun tiempo no debian predicar mas que en la Judea. El Espíritu Santo, que les conducia, era el que les inspiraba esta deferencia. Esperaron á que Dios les determinase por alguna señal extraordinaria, que efectivamente se verificó descendiendo visiblemente el Espíritu Santo sobre el centurion Cornelio. *Contad con que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* Estas palabras son una promesa bien expresa de la perpetuidad de la Iglesia. Jesucristo por ellas se obliga á ser siempre su cabeza invisible, y á dar á los Apóstoles y á sus sucesores todos los auxilios necesarios para el cumplimiento de su ministerio. Todas las sectas heréticas se han extinguido las unas después de las otras, y la Iglesia católica ha hecho frente á todas; ella las ha visto nacer, y las ha visto morir á todas. Ninguna ha sobrevivido en ninguna manera á su autor; ninguna hay que no haya sido alterada en la mayor parte de sus puntos esenciales, que no haya variado después de la muerte del heresiarca. Les costaria mucho trabajo á Wiclef, á Lutero y Calvino el reconocer hoy su obra. Uno ó dos años después de la muerte de Lutero se contaban ya mas de ciento y diez variaciones hechas en su secta. Solo la Iglesia católica apostólica romana, la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre la piedra angular, esto es, sobre Jesucristo, es incontrastable é invariable. Este es el efecto de la promesa que su Esposo la habia hecho de estar con ella hasta el fin de los siglos, y sin la que no hubiera podido menos de sucumbir.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui dedisti famulis tuis in confessione verae fidei, aeternae Trinitatis gloriam agnoscere, et in potentia majestatis adorare unitatem: quaesumus, ut ejusdem fidei firmitate, ab omnibus semper muniamur adversis. Per Dominum nostrum...

Ó Dios omnipotente y eterno, que dísteis á conocer á vuestros siervos por medio de la luz de vuestra fe la gloria de la eterna Trinidad, y que adorasen en ella la unidad de vuestra naturaleza soberana; hacednos firmes en esta misma fe, á fin de que permanezcamos incontrastables en todos los males y accidentes de la vida. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está sacada de la que escribió san Pablo á los romanos, capítulo XI.

O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! quam incomprehensibilia sunt judicia ejus, et investigabiles

¡O profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios,

viae ejus! Quis enim cognovit sensum Domini? Aut quis consiliarius ejus fuit? Aut quis prior dedit illi, et retribuetur ei? Quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia: ipsi honor et gloria in saecula. Amen.

y cuán investigables sus caminos! Porque ¿quién ha penetrado los pensamientos del Señor? ¿ó quién ha sido su consejero? ¿ó quién es el que le ha dado á él primero para que se le retribuya? Porque todas las cosas son de él, y por él, y en él; á él sea el honor y la gloria en todos los siglos. Amen.

REFLEXIONES.

¡Ó profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! Todo es profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, á todo entendimiento humano, en los misterios de nuestra Religion. La Iglesia nos obliga á creer que hay tres personas en solo un Dios. Es esta una verdad incomprensible, yo convengo en ello, dice un gran siervo de Dios; pero porque sea incomprensible, ¿es por eso menos creible, deja por eso de ser una verdad? ¿No es por el contrario visible que Dios tiene una manera de ser del todo diferente que la de las criaturas, é infinitamente elevada sobre todas nuestras concepciones? ¿Qué Dios seria el nuestro, si no fuese ó no tuviese mas que lo que nosotros pudiésemos comprender? y ¿si su esencia infinita y su modo de ser fuesen tan limitados como nuestro entendimiento? Los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion del Verbo, de la Redencion, son incomprensibles al entendimiento humano, y por esto mismo son mas creibles. La sola razon humana me dice que debe haber tanta distancia entre el modo de ser de un Dios y nuestro genio, cuanta es la que hay entre la criatura y el Criador. Y ¿hay alguna cosa en Dios que no sea superior á nuestro alcance? ¿Podemos comprender cómo llena todos los lugares siendo indivisible? ¿de qué modo son presentes para él el tiempo pasado y el futuro? y ¿cómo ha hecho todas las cosas de la nada? Él da el movimiento á todo lo que se mueve, y sin embargo es inmutable; él abraza en sí una justicia infinita con una infinita misericordia. Sufre mil desórdenes en el mundo, que en nadie mas que en él consiste el impedirlos, y con todo eso no puede gobernarse con mayor sabiduría. ¿Extrañarémos si el ser de Dios encierra cosas que á nuestro pequeño talento le parecen tan opuestas, puesto que sus mismos juicios son tan impenetrables y tan profundos que el genio mas privilegiado del mundo se pierde en ellos? ¿Hemos comprendido jamás, cómo siendo omnipotente, y teniendo una voluntad sincera de salvar á todos los hombres, y habiendo muerto generalmente por todos, se condenan sin embargo tantos? ¿hemos

comprendido nunca por qué Dios permite que un santo caiga y se condene, al mismo tiempo que levanta á un pecador y le salva? ¿por qué antes de todos los siglos ha resuelto iluminar á ciertos pueblos y dejar á otros en las tinieblas? ¿por qué convierte naciones bárbaras que estaban sepultadas en el paganismo, mientras que permite que pueblos enteros que estaban en el seno de la Iglesia salgan de ella y se entreguen á todo género de errores? ¿Ha habido jamás entendimiento tan sutil, tan penetrante, que no se haya perdido en la consideracion de todos estos misterios, si ha sido tan temerario que haya querido profundizarlos? ¿No nos vemos, pues, ya precisados á vista de una conducta tan misteriosa á cerrar los ojos, renunciar á todas nuestras débiles luces, confesar nuestra ignorancia, y exclamar con san Pablo: *¡Ó profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán investigables sus caminos!* Dudar de la verdad de uno solo de nuestros misterios porque es incomprensible, es dudar de todos los demás, puesto que ninguno hay que nuestro entendimiento pueda comprender. ¡Buen Dios, y cómo prueba evidentemente la necesidad de la fe, la misma incomprensibilidad de todos nuestros misterios!

El Evangelio de la Misa de este dia es tomado del que escribió san Mateo, capítulo XXVIII.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra. Euntes ergo, docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti: docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Andad, pues, enseñad á todas las naciones. Bautizadlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadlas á observar todas las cosas que os he prescrito. Y contad con que yo estoy con vosotros en todos tiempos hasta la consumacion de los siglos.

MEDITACION.

Sobre el misterio del dia.

Punto primero.—Considera que cuanto mas incomprensible es á nuestro entendimiento el misterio de la Trinidad, tanto mas indudable es. Un solo Dios en tres personas, realmente distintas, y tres personas en un solo Dios. Unidad de naturaleza, Trinidad de personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre es Dios, el Hijo es

Dios, el Espíritu Santo es Dios, y no hay mas que un solo Dios, una misma divinidad, una misma majestad, una misma inmensidad, una misma eternidad, un mismo poder, una misma esencia. De tal modo, no obstante, que el Padre no es el Hijo, el Hijo no es el Padre, y el Espíritu Santo no es el Padre ni el Hijo. Hé aquí el objeto de nuestra fe. De todos los misterios de nuestra fe ninguno hay que sea mas incomprensible al hombre que el misterio de la Trinidad; ninguno que mas sobrepuje á nuestra razon, y ninguno sin embargo que contente mas nuestra razon, la cual me dice que la esencia de Dios debe ser incomprensible, y que es cierto que nosotros no formamos jamás idea mas alta ni mas digna de la grandeza de Dios que cuando confesamos que es incomprensible á todo entendimiento criado. No, Dios mio, yo no os comprendo ni soy capaz de comprenderos. Aun cuando yo agotara todas las fuerzas y todas las potencias de mi alma; aun cuando empleara todas las de los Ángeles y de todos los espíritus mas perfectos que podeis criar; aun cuando yo os viese tan perfectamente como los bienaventurados y como la misma humanidad de Jesucristo; no, Señor, yo no os comprenderia jamás. Si yo os comprendiese, Dios mio, no seríais ya lo que sois, ó no seria yo ya lo que soy. Pero no comprendiéndoos, reconozco que sois mi Dios, y que yo soy vuestra criatura. En efecto, todo es y todo debe ser incomprensible en Dios. Y para hablar con propiedad, como dice san Agustin, lo único que podemos conocer de Dios es esta cualidad de incomprensible. Ahora bien, ningun misterio hay de la religion cristiana en que se deje ver mejor esta incomprensibilidad que en el de la Trinidad, y por esto los Profetas que han tenido las primeras revelaciones acerca de él le han dado siempre este carácter, representándonosle unas veces como una luz inaccesible, otras como una oscuridad impenetrable, y otras como un abismo sin fondo, para significarnos que la unidad de Dios en la Trinidad de las personas divinas es el gran misterio de la incomprensibilidad de Dios; y por consiguiente puede decirse que el misterio de la Trinidad es el mas fácil de concebir y de creer, y que es tambien en el que nuestra fe rinde mas honor á Dios por el sacrificio que le hace de toda nuestra razon, y aun nuestra razon misma nos conduce á hacerle este sacrificio. No, Dios mio, no son velos sombríos los que os ocultan á mis ojos, es vuestra luz brillantísima; y como la misma luz del sol es la que me deslumbra cuando quiero mirarle de hito en hito, así cuándo quiero considerar vuestra divina esencia no es menester para que os oculteis á mí mas que Vos mismo. Yo os creo, ó inefable Trinidad; yo

os adoro, yo os amo. Este misterio es el motivo de la admiracion, de la alegría y de la felicidad de todos los bienaventurados en la patria celestial; él será tambien el objeto de mi culto y de mi amor en este lugar de destierro.

Punto segundo. — Considera que es muy singular en nuestra Religion el que cuando se nos instruye en el Cristianismo y se nos dan los primeros elementos de la fe, se comienza por lo mas elevado de ella y mas difícil de creer, que es el misterio inefable de la Trinidad. En las ciencias humanas al principio se enseñan las cosas mas comunes y mas fáciles de comprender; pero cuando se trata de la ciencia de un cristiano, la primera leccion es el compendio de todas las oscuridades que se encuentran en ella; es menester, por decirlo así, que la fe haga su ensayo por su obra maestra, esto es, por saber y confesar el adorable misterio de la Trinidad. Hay un solo Dios en tres personas; esta es la primera verdad que se enseña en la escuela cristiana, porque la fe de las tres personas divinas es el fundamento de toda nuestra esperanza, la fuente de todos nuestros méritos, el principio de toda nuestra santidad, y como se explica el Concilio de Trento, el principio y la raíz de toda la justificacion de los hombres. Por esto la fórmula de la fe que pronunciamos confesando la Trinidad y que está concebida en estos términos: en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, es tan santa, tan augusta y tan venerable en nuestra Religion. Hé aquí porque, segun la institucion de Jesucristo, entra en cuási todos los Sacramentos de la ley de gracia; en el nombre de las tres divinas personas recibimos la bendicion de los sacerdotes, de los pastores, de los prelados, y en el mismo debemos comenzar y concluir todas nuestras obras y nuestras oraciones, para enseñarnos que no hay gracia, no hay salud, no hay justificacion sino por la fe de este inefable misterio. Por esto el sacerdote en los últimos momentos de nuestra vida, viene á sostener al alma cristiana en el nombre de la santísima Trinidad; y tratando de animarla para que vaya á comparecer delante de Dios, la dice: Parte, alma cristiana, en el nombre del Padre que te ha criado, en el nombre del Hijo que te ha rescatado, en el nombre del Espíritu Santo que te ha santificado. Nombres omnipotentes para poner en fuga á las legiones infernales, para hacer inútiles todos sus esfuerzos, y para atraer sobre nosotros en aquel tránsito tan peligroso las gracias y auxilios del cielo que tanto necesitamos. ¡Qué piedad no debemos tener con la adorable Trinidad! ¡con cuánta frecuencia debemos invocarla! y

¡cuál debe ser el culto que la demos! ¡Ah, Señor, exclama el sacerdote pidiendo por un moribundo, Dios vivo! Verdad es que imploro vuestra clemencia en favor de un pecador; pero Vos sabeis, Dios de misericordia, que por mas pecador que sea, ha confesado vuestra augusta Trinidad; ha reconocido el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y se ha interesado en la gloria de estas tres divinas personas. ¡Qué consuelo entonces para un moribundo el haber confesado, adorado, amado esta Trinidad adorable!

Yo tengo, Señor, un verdadero sentimiento de haber tenido hasta aquí tan poca devocion, tan poco celo por este gran misterio: mi culto, mi confianza y mi amor, con el auxilio de vuestra gracia, van á ser de hoy mas la prueba de mi fe.

Jaculatorias.—Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. (*La Iglesia*).

Bendigamos sin cesar al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo. (*Ibid.*).

PROPÓSITOS.

1 No hay costumbre mas santa ni mas religiosa que la de poner al frente de todas nuestras obras esta augusta profesion de fe: en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, haciendo sobre nosotros la señal de la cruz, para no emprender ni ejecutar nada que no sea en virtud de estos dos grandes misterios sobre los cuales gira toda nuestra Religion, la santísima Trinidad y en seguida la Redencion, por la Encarnacion del Verbo; práctica que se nos ha transmitido de los Apóstoles, cuya tradicion es constante, y de la que ninguno de los fieles se ha dispensado jamás. ¡Con qué espíritu de religion, con qué devocion y qué respeto debe guardarse esta santa práctica! ¡qué falta es el no observarla sino con indiferencia y aun el descuidarla! No hay acto de religion que sea mas ordinario; pero tampoco ninguno ordinariamente mas irreligiosamente observado. Diríase muchas veces que se hace la señal de la cruz por irrision. Un gesto irregular de la mano, puramente de monada, es en lo que ha degenerado el dia de hoy una práctica tan santa y tan religiosa. Llorad en la presencia de Dios si sois culpables de esta irreligion, y resolveos á no hacer jamás la señal de la cruz sino con respeto, ni pronunciar jamás los nombres sagrados de las tres divinas personas sino con una devocion respetuosa que sea una prueba de vuestra religion y de vuestra fe.

2 Tened una tierna y constante devocion á la santísima Trinidad. No ceseis, á ejemplo de la Iglesia, de repetir este sagrado versículo: Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; porque no podemos decir cosa alguna que le sea mas agradable á Dios, ni otra que sea mas á propósito para ganarle el corazon que esta afectuosa plegaria que tiene mas virtud y fortaleza, por decirlo así, para santificarnos que todas las demás. San Simeon Stilita en su columna no tenia otro ejercicio mas continuo que este. Si todas las veces que hemos pronunciado estas venerables palabras: Gloria al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, lo hubiésemos hecho con el mismo respeto y la misma devocion que aquel santo anacoreta, ¡cuántos méritos hubiéramos adquirido delante de Dios! No descuideis, pues, esta santa práctica. No pronuncieis jamás los nombres de estas adorables personas sino con un religioso respeto, y cuantas veces hiciéreis la señal de la cruz hacedla con atencion. Y puesto que este acto de religion es nuestra profesion de fe, ¿deberá hacerse sin reverencia?

LA FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

COMUNMENTE LLAMADA

LA FIESTA DE DIOS;

Ó SOLEMNÍSIMA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI.

La festividad del santísimo Sacramento del altar, ó de la Eucaristía, no solo es la mas brillante, la mas pomposa y una de las mas célebres entre todas las solemnidades, sino que tambien es la mas antigua y la primera de todas las fiestas de la Iglesia. Todas las demás, al menos las mas solemnes, son de institucion apostólica; mas esta ha sido instituida por el mismo Jesucristo en la última cena la víspera de su pasion. Su institucion es la misma que la del divino sacrificio, y puede decirse que el precepto que intimó el Salvador á sus Apóstoles y en su persona á toda la Iglesia de que hiciesen en memoria suya lo que él acababa de hacer, ha hecho la fiesta de la cena del Señor y del santísimo Sacramento tan antigua como la misma Iglesia. Por ella ha comenzado la Iglesia; su nacimiento data en la institucion y la celebracion de este divino sacrificio, de donde ha seguido la comunion de los fieles, reunidos para la fraccion del pan ó

la sufìcion del cuerpo de Jesucristo, y para la oracion. Sin sacrificio no hay religion, no hay Iglesia. Puede tambien decirse que la fiesta de la Eucaristía ha sido perpetua en la Iglesia, lo mismo que la de la santísima Trinidad, y que no ha habido dia en que no se la haya celebrado. Porque así como la santísima Trinidad es el objeto esencial y primitivo de nuestro culto en todas las solemnidades de nuestra Religion, así tambien la Eucaristía es el sacrificio perpetuo y el culto mas santo que se da á Dios en todas las fiestas. Y esta es la razon por qué se ha tardado tanto tiempo en establecer en la Iglesia una fiesta particular para celebrar estos dos grandes misterios, habiendo sido todos los dias del año la fiesta de la santísima Trinidad que se adoraba, y la de la divina Eucaristía por la cual se la adora.

De aquí es que en los primeros dias de la Iglesia, todos los dias del año, dicen los Padres, eran considerados por los fieles como dias de fiesta, pues que todos comulgaban en ellos; y por tanto, segun Tertuliano, san Crisóstomo y san Isidoro, todos los dias se han llamado ferias en la Iglesia. San Justino dice que en todas las fiestas de los primeros cristianos cuási toda la solemnidad consistia en la celebracion de la misa y en la comunion; cada dia era una fiesta, y no habia fiesta, por decirlo así, que no fuese la fiesta del santísimo Sacramento. El divino sacrificio que se ofrecia hacia entonces, como lo hace todavía hoy, el fondo y como la principal celebridad de todas las fiestas. Celébrese la fiesta de los Mártires ó de los otros Santos, dice san Crisóstomo, celébrese cualquiera otra fiesta, el viernes, el sábado ó el domingo, siempre es el mismo sacrificio el que se ofrece, siempre es la misma víctima sagrada la que se inmola, siempre es el divino sacrificio el que hace la principal solemnidad del dia. Distínguense á la verdad, añade este Padre, las grandes fiestas por la magnificencia y la riqueza de los ornamentos con que en ellos están decoradas nuestras iglesias, y por la multitud extraordinaria del pueblo que se reune en ellas con regocijo; pero en el fondo lo que hace toda su celebridad, su dignidad, su regocijo, es el divino sacrificio que se ofrece en ellas. El santísimo Sacramento del altar es el tesoro que se llamaba en la primitiva Iglesia el soberano bien de la vida presente, en quien encontramos todos los bienes; y como la posesion del soberano Bien es lo que hace en el cielo una fiesta eterna, así tambien la posesion de la adorable Eucaristía hace en la tierra una fiesta continua de todos los dias.

Haced esto en memoria de mí, dice Jesucristo. Este Sacramento no solo debe recordarnos la memoria de la muerte del Salvador, sino

tambien de todos los demás misterios de su vida. Con este espíritu la Iglesia después de estas palabras del cánon de la misa: *Cuantas veces hiciéreis esto, lo haréis en memoria de mí;* añade: *Por lo que acordándonos, Señor, de vuestra pasion, de vuestra resurreccion, igualmente que de vuestra gloriosa ascension, etc.*

No hay misterio alguno de Jesucristo de que no sea representacion y memoria el santísimo Sacramento, ni tampoco hay alguno que no se celebre dignamente por la divina Eucaristía en el sacrificio de la misa. ¿Qué solemnidad hay en la Iglesia que no sea, por decirlo así, la fiesta del santísimo Sacramento? y ciertamente puede decirse que ofrecer el divino sacrificio es celebrar su fiesta, puesto que es celebrar solemnemente la memoria de su institucion, y hacer en memoria de Jesucristo lo que él mismo hizo en su última cena. El divino sacrificio es lo mas respetable, lo mas santo, lo mas solemne de todas las fiestas. Todas ellas, dice san Juan Crisóstomo, son la fiesta de este divino sacrificio. De suerte que la misma razon que por tanto tiempo habia impedido que se celebrase en la Iglesia una fiesta particular en honor de la santísima Trinidad, habia impedido tambien, como ya se ha dicho, que se celebrase una en particular en honor de la adorable Eucaristía; hasta que por fin la divina Providencia, previendo sin duda que en los últimos tiempos se levantarian sectas impías que combatirian y aun profanarian con todo género de impiedades este divino misterio, inspiró á la Iglesia que aumentase su solemnidad por medio de una fiesta particular, y por una octava de las mas solemnes. Véase la historia de su institucion.

La bienaventurada Juliana, priora de Monte-Cornillon, cerca de Lieja, fue el instrumento de que Dios se sirvió para suscitar las primeras ideas de esta nueva solemnidad. Esta santa religiosa habia nacido el año de 1193 en la aldea de Retines, en el distrito de la ciudad de Lieja, de padres muy ricos, á quienes perdió á la edad de cinco años. Habiéndosela llevado desde entonces su tutor á Monte-Cornillon, la puso á pension con ciertas religiosas que cuidaban del hospital que acababa de edificarse al pié de la montaña. Esta alma inocente, prevenida cási desde la cuna por las mas dulces bendiciones del Señor, hizo en poco tiempo tan grandes progresos en la virtud, que llegó á ser la admiracion de su siglo. Era difícil encontrar una humildad mas profunda con un mérito tan raro; ni una inocencia mas perfecta con las austeridades mas rigurosas. El amor del retiro y de la vida oscura fue siempre su pasion dominante, y las comunicaciones íntimas que tenia con Dios en la oracion, la propor-

cionaban todos los dias los mayores contentos: parecia haber nacido con ella la ternura hácia la santísima Vírgen; pero su virtud favorita, y que formó siempre su carácter distintivo, fue una devocion extraordinaria al santísimo Sacramento. El sacrificio de la misa abrasaba de tal modo su corazon en el fuego del divino amor, y hacia una impresion tan viva en su espíritu, que jamás asistia á él que no permaneciese todo el tiempo que duraba en una especie de éxtasis. Cada comunion era para ella un nuevo banquete del divino Esposo, y las lágrimas que allí derramaba manifestaban bien que gustaba una fruicion anticipada de los gozos celestiales. Meditaba incesantemente sobre esta prenda inestimable que Jesucristo ha dejado en la tierra por el amor inmenso que nos tiene, y no podia comprender cómo los Cristianos, poseyendo este tesoro, pudiesen amar alguna otra cosa. Hubiera ella querido que todas las riquezas del mundo se hubiesen empleado para adornar nuestras iglesias y para enriquecer el altar santo, cuya magnificencia deberia oscurecer los tronos mas preciosos de los mayores príncipes. Estaba ella ocupada en unos sentimientos tan justos y tan religiosos, cuando tuvo una vision que no comprendia, y que no dejó de inquietarla. Vió la luna en su lleno, en la cual se advertia una brecha. La Escritura santa tanto en el Viejo como en el Nuevo Testamento nos ofrece muchos ejemplos de estas imágenes enigmáticas, en las que, acomodándose Dios á nuestro modo de pensar, nos descubre un sentido espiritual y misterioso bajo de alguna cosa material y sensible. No comprendiendo la piadosa Juliana lo que significaba esta vision, creyó que era una ilusion del demonio que queria distraerla de la oracion. Nada omitió para librarse de ella; oracion, lágrimas, austeridades, ninguna cosa pudo hacer que esta imágen desapareciese de su vista. Nunca se ponia en oracion que no volviese á presentarse la vision. Ninguno de sus directores hubo que acertase á interpretársela. Todo su recurso fue la oracion. En ella, por fin, la dió Dios á entender que la luna significaba la Iglesia, y que la brecha indicaba la falta de una fiesta particular del santísimo Sacramento que en el tiempo presente necesitaba para la perfeccion de la disciplina, y para el buen órden, por decirlo así, de la misma Iglesia. Revelóla Dios al mismo tiempo que la habia escogido para que solicitase con los ministros de la Iglesia la institucion de esta fiesta particular y solemne del santísimo Sacramento, cuyo fin era honrar la divina Eucaristía con un culto mas solemne, y reparar en alguna manera por medio de esta pública celebridad las irreverencias y la falta de respeto á este adorable misterio.

Asustóla esta comision, y aunque no podia dudar que la revelacion venia de Dios, su profunda humildad la hacia sin embargo recelar. Permaneció todavía cerca de veinte años en silencio, tratando de suplir con el aumento de su devocion á la adorable Eucaristía, lo que la Iglesia no habia aun establecido.

Habiendo, pues, sido elegida en el año de 1230 Priora de la casa de Monte-Cornillon, se sintió interiormente excitada con mas viveza á declararse sobre este asunto; y temiendo resistir á la voluntad de Dios que tan claramente se la habia manifestado, se franqueó en fin particularmente á un canónigo de San Martin de Lieja, el cual estaba tenido en gran reputacion de santidad, y en quien ella tenia mucha confianza. Después de haberle declarado lo que ella creia que Dios le habia dado á conocer en órden á la institucion de una fiesta particular en honor de la adorable Eucaristía, le rogó que trabajase con todo celo de acuerdo con las autoridades eclesiásticas, religiosos y teólogos, acerca de un establecimiento que debia ser tan glorioso á Jesucristo y tan ventajoso á la Iglesia. Encargóse con gusto de la comision el santo canónigo, y la ejecutó con un éxito maravilloso. Uno por uno aprobaron todos y aplaudieron un designio tan conforme al espíritu de la Iglesia. Los que se mostraron mas celosos en favor de esta institucion fueron los frailes Predicadores de Lieja, y su prior Fr. Hugo, llamado de Santo-Amor, que fue después cardenal; Guido de Leon, obispo de Cambray, y el arcediano de la iglesia de Lieja Santiago Pantaleon de Troyes, que fue después obispo de Verdun, patriarca de Jerusalen, y en fin, papa con el nombre de Urbano IV. La bienaventurada Juliana tuvo muy pronto el consuelo de ver establecida esta fiesta en toda la diócesis de Lieja en virtud de un mandamiento ó decreto del obispo Roberto dado el año de 1246, y celebrada con una solemnidad y devocion extraordinaria. No obstante hasta el año de 1262 esta gran festividad no llegó á ser una de las primeras solemnidades de toda la Iglesia.

El papa Urbano IV que siendo todavía arcediano de la iglesia de Lieja habia aprobado mucho la institucion de esta fiesta, como hemos dicho, no bien se vió elevado al soberano pontificado, cuando pensó en hacerla una fiesta de precepto. Las solicitaciones de muchos grandes prelados y las súplicas urgentes de una santa reclusa llamada Eva, que habia sobrevivido á la bienaventurada Juliana, su amiga, y que no era menos favorecida que ella de los dones del cielo, inclinaron al Papa á que hiciese este establecimiento; pero las turbulencias de la Italia, y las necesidades todavía mas urgentes de la

Iglesia, retardaban de dia en dia la ejecucion, cuando un prodigio, dice san Antonino, acaecido en Bolsena en la diócesis de Orbieto, determinó al Papa á expedir la bula. El prodigio consistió en un corporal que quedó todo ensangrentado con la sangre de Jesucristo por algunas gotas que habian caido en él de un cáliz, por descuido de un sacerdote que decia misa en la iglesia de Santa Cristina. La bula fue expedida el año de 1262, y comienza por estas palabras: *Transiturus de hoc mundo ad Patrem Salvator noster Dominus Jesus Christus.* Desde el principio el Papa da en ella una idea sublime del amor inmenso que el Salvador nos testifica en este divino Sacramento, y de los bienes infinitos que están encerrados en la sagrada Eucaristía. Después de habérnoslo dado todo Jesucristo, dice, se da á sí mismo. *¡Ó inimaginable liberalidad,* exclama, *en la que el don que se nos da, es la persona misma del que nos lo da! ¿Puede ir mas allá la liberalidad, cuando después de habèrnos dado todo lo que tiene, se da á sí mismo? Jesucristo se hace nuestro alimento, á fin de que así como el hombre se habia procurado la muerte comiendo del fruto prohibido, el mismo hombre se procurase la bienaventurada inmortalidad comiendo este pan de vida. Aunque se celebre todos los dias la fiesta del santísimo Sacramento,* dice este gran Papa, *ofreciendo el divino sacrificio, nos parece muy á propósito el asignar un dia cada año, consagrado muy particularmente por una de las fiestas mas solemnes, aun cuando no fuese mas que para confundir la abominable impiedad y la extrema locura de los herejes de estos últimos tiempos. A la verdad,* continúa el mismo Papa, *la Iglesia celebra esta fiesta con solemnidad en el Jueves santo, que es el dia en que Jesucristo instituyó este divino Sacramento; pero está entonces tan ocupada en llorar la muerte del Salvador, y en tantas otras ceremonias sagradas, que no puede atender con la intension debida á la solemnidad de este divino misterio, la cual debe celebrarse con una alegría santa, y una pompa del todo extraordinaria, para de este modo hacer sentir mas la gloria y la dicha que tenemos de poseer el cuerpo vivo de Jesucristo, nuestro Salvador y nuestro Dios. Y si la conmemoracion que hacemos todos los dias de muchos Santos, ya en la misa, ya en las letanías, no impide que la Iglesia les asigne un dia en el año para celebrar su fiesta particular con mas solemnidad, con mayor razon debe hacerse esto con el misterio mas augusto y mas grande de nuestra Religion que es la adorable Eucaristía: á fin,* añade, *de que todos los fieles traten en esta fiesta particular, en esta solemnidad extraordinaria, de reparar con su devocion y con su culto su negligencia, su falta de reconocimiento y de respeto, y sus irreverencias á este divino misterio. Nos,*

no podemos dejar de tener presente lo que el Señor ha revelado á personas de virtud eminente, esto es, cuánto interés tiene en que esta fiesta se celebre universalmente en toda la Iglesia, de lo cual hemos sido instruidos antes que fuésemos elevado á la suprema dignidad en que la misericordia de Dios nos ha colocado. Así que para avivar mas la fe de los fieles y hacerla mas brillante acerca de este augusto Sacramento, además del honor que todos los dias se le tributa, mandamos que todos los años se celebre una fiesta particular con toda la celebridad posible, y con toda la pompa y magnificencia que es debida al sagrado cuerpo de Jesucristo, en quien reside sustancialmente toda la divinidad; designando para esta augusta solemnidad el jueves después de la octava de Pentecostes, á fin de que en aquel dia se apresuren á porfía el clero y el pueblo á dar muestras nada equívocas de su fe viva y de su tierna devocion al santísimo Sacramento, por medio de un culto público mas religioso, y de cánticos de alabanzas; exhortando en seguida á todos los Prelados y al clero, á quienes se dirige la bula, á que celebren todos los años esta fiesta con toda magnificencia y dignidad: recomiéndales este gran Pontífice, que exhorten á los fieles desde el domingo precedente á que se preparen con todo género de buenas obras para esta insigne solemnidad; y sobre todo, á que se pongan en estado de comulgar dignamente el dia de la fiesta. *Por lo que hace á Nos,* añade, *no queriendo omitir nada para excitar á todos los fieles con dones espirituales á que celebren esta gran fiesta con todo el celo y fervor que pide este Dios oculto, concedemos á todos los que verdaderamente contritos y confesados asistieren á las primeras vísperas de la fiesta, á maitines, á misa y á las segundas vísperas, cien años de indulgencia por cada vez, y cuarenta años por cada una de las horas menores; y cien dias de indulgencias á todos los que asistieren á vísperas, á maitines, y á la misa y á las horas menores del oficio divino durante la octava.*

El papa Clemente V confirmó solemnemente en el concilio de Viena, celebrado el año de 1311, la bula de Institucion que el papa Urbano IV habia expedido; el papa Juan XXII hizo lo mismo cinco años después, y desde entonces esta fiesta se celebró con mas solemnidad aun en toda la Iglesia universal. Santo Tomás de Aquino, admiracion de todo el mundo cristiano, y una de las mas brillantes lumbreras de la Iglesia, fue quien compuso el oficio, el cual está mirado como uno de los mas devotos, de los mas concluidos y de los mas bellos que tenemos, tanto por la energía de las expresiones, como por la doctrina de todo el misterio eucarístico.

Lo que da todavía mayor brillantez á esta fiesta, y lo que la dis-

tingue aun de todas las demás, es la procesion solemne en la que el cuerpo de Jesucristo es conducido en triunfo por las calles con grande aparato y con una magnificencia y religiosa pompa. Muchos atribuyen esta institucion al papa Juan XXII, no porque no se llevase ya en procesion el santísimo Sacramento desde el siglo XI; pero apenas se hacia esto mas que el domingo de Ramos para honrar el humilde triunfo de la entrada de Jesucristo en Jerusalen, y aun entonces se llevaba encerrado en una caja ó especie de sepulcro. La procesion que se hace en este dia con tanta pompa y solemnidad es una parte principal de esta gran festividad. Llévase en ella en triunfo á Jesucristo, realmente presente en la adorable Eucaristía, pretendiendo la Iglesia por este grandioso triunfo celebrar el que Jesucristo ha hecho conseguir á su Iglesia sobre los enemigos de este misterio, y reparar en alguna manera los ultrajes ignominiosos que se le hicieron en las calles de Jerusalen, y los que recibe aun todos los dias de parte de los malos cristianos en las iglesias. Los errores impíos de Berengario, arcediano de Angers, acerca de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el santísimo Sacramento, fueron sin duda uno de los motivos de esta institucion, y por esto se hace esta procesion con tanta magnificencia y solemnidad en Angers, en donde Berengario, primer autor de esta herejía, habia enseñado sus errores á principios del siglo XI. La traslacion del Arca desde Cariathiarim á la casa de Obededon, y desde allí luego á Jerusalen, hecha con tanta pompa y solemnidad, á la cual asistió el rey David, seguido de un numeroso pueblo, era la figura de la procesion solemne que la Iglesia hace en este dia llevando el santísimo Sacramento, y de la alegría cristiana que acompaña esta fiesta. Ninguna, en efecto, hay en todo el año que se celebre con tanta pompa y solemnidad; ninguna tampoco en que la fe y la piedad de los Cristianos deban brillar mas. Es esta el triunfo de Jesucristo y el de la Religion, es el triunfo de la Iglesia. El santísimo Sacramento del altar es el fin de todos los demás; el medio mas seguro y mas eficaz para llegar á la perfeccion; una fuente fecunda de los dones del cielo; el gaje y como un gusto anticipado de la felicidad de los bienaventurados; el gérmen de la inmortalidad; el mas ilustre testimonio del amor de Jesucristo; el compendio, por decirlo así, de toda la Religion, y el tesoro de la Iglesia.

Nuestra Religion no tiene cosa mas santa ni mas divina, el mismo Dios no podria hacer nada mas grande ni mas respetable que este augusto Sacramento, que el sacrificio de la misa. Institucion divina, oblacion santa, víctima de un precio infinito, inmolacion del cuerpo

y de la sangre adorable del Hombre-Dios, pontífice igual en todo á Dios mismo. ¿Puede imaginarse alguna cosa mas divina, mas digna de nuestro celo, de nuestros respetos y de todo nuestro culto? Aquí se ve la obra maestra de la sabiduría, de la omnipotencia y de la bondad de Dios, y este es el objeto principal de toda festividad. No se debe, pues, extrañar que la Iglesia se deshaga, por decirlo así, en cánticos de alabanzas, de gratitud y de alegría, ni que los fieles participando del mismo espíritu nada omitan para contribuir en todo el mundo cristiano con su celo y con su piedad á la magnificencia y á la solemnidad de esta fiesta. Todo el oficio de este dia tiene una relacion maravillosa con esta religiosa celebridad.

El intróito de la misa tomado del salmo LXXX desenvuelve desde luego todo este misterio. *Les ha alimentado*, dice, *con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¡Qué alabanzas, qué acciones de gracias, y qué bendiciones no debemos al Señor por un beneficio tan señalado, por un favor tan insigne! El mismo Jesucristo dice que él es este pan exquisito, este pan de vida que da la inmortalidad. *El que come de este pan*, añade, *no morirá.* ¡Qué virtud! pero ¡qué dulzura en este pan celestial! Ciertamente es alimentarnos con miel en abundancia el darnos á comer su propia carne: ella es verdaderamente la miel que sale de la piedra misteriosa, que no es otra que Jesucristo, como dice san Pablo. Notemos que el Profeta en este salmo exhorta á los judíos á que celebren debidamente las fiestas ordenadas por el Señor en memoria de sus beneficios. Hace tambien hablar al mismo Dios que por la relacion de sus gracias trata de obligar á su pueblo á que le sirva con fidelidad, y que se queja al mismo tiempo de la ingratitud de este pueblo. Pero después de haber hecho un compendio de todas las maravillas que Dios ha hecho en su favor, concluye David el salmo por la que sola vale y pesa aun sobre todas las demás: *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* Como si dijese, gobernado por el espíritu profético de que estaba animado: Después de tantos prodigios hechos en favor de su pueblo, el Señor ha hecho una maravilla que pone el colmo á todos sus beneficios: esta consiste en que les ha como embriagado de dulzuras alimentándoles con el pan celestial que es el pan de vida. *Cantad con regocijo las alabanzas del Señor, que nos ha protegido siempre; celebrad con alegría la gloria del Dios de Jacob. Entonad cánticos en su honor: tomad vuestras panderetas, vuestras arpas, y vuestros laúdes.* Nada hay que mejor convenga á la celebridad de esta fiesta.

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo XI de la primera carta del apóstol san Pablo á los de Corinto, en la que refiere el Apóstol la institucion del sacramento de la Eucaristía hecha por Jesucristo, y como la ha sabido de Jesucristo mismo. *Yo he sabido*, dice, *del mismo Señor lo que os he enseñado á vosotros:* Que el Señor Jesús en la noche misma en que fue entregado, tomó el pan, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed: esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. No son los hombres ni aun los Apóstoles, dice san Pablo, por quienes yo he sabido lo que os he enseñado en órden á la Eucaristía; el mismo Jesucristo es el que me lo ha revelado. No omite la circunstancia del tiempo; la misma noche, dice, en que el Salvador fue entregado por uno de sus Apóstoles, abandonado á sus enemigos, y tratado con la última crueldad, entonces fue cuando instituyó el divino Sacramento, la prenda mas preciosa de su amor y el testimonio mas brillante de su ternura. Este Sacramento, propiamente hablando, ha sido el testamento de este amable Padre, por el cual se da todo él mismo á sus hijos pocas horas antes de su muerte, cuando sus hijos le tratan con mas ignominia; san Pablo desciende en seguida á un pormenor muy prolijo de todo lo que pasó en la institucion de esta maravilla. Nótase que tanto este Apóstol como todos los Evangelistas han cuidado de referir hasta las menores circunstancias de esta institucion. El Salvador tomó el pan. Jesucristo no pudo tomar otro pan que el sin levadura, que era el único de que era lícito usar cuando se celebraba la Pascua: con razon, pues, en la Iglesia romana se consagra con pan sin levadura. Da gracias á su Padre por el poder que le ha comunicado: era esta la práctica ordinaria de Jesucristo antes de obrar ciertas maravillas extraordinarias, de las que estas acciones de gracias eran siempre como el preludio. Después, habiendo partido el pan què tenia en sus manos: Tomad, les dice, y comed, esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. No dice: Tomad y comed este pan, sino tomad y comed, esto es mi cuerpo; como si dijera, la sustancia que os presento bajo de estas especiès, es mi cuerpo; no es ya pan. *Puesto que el Verbo eterno, la verdad misma dice: Esto es mi cuerpo. Convenzámonos de ello*, dice san Juan Crisóstomo; *creámoslo sin que nos quede duda; mirémoslo con los ojos de una fe viva.* Esto es mi cuerpo; tal es la virtud y la fuerza de las palabras de la consagracion, el producir en cualidad de causa eficiente lo que expresan. Para que este género de proposiciones se verifiquen, basta solamente que la cosa que designan exista cerca de donde se pronuncian. Lo que Jesucristo tomó

en sus manos no era mas que pan; pero no bien hubo pronunciado estas palabras: Esto es mi cuerpo, cuando toda la sustancia del pan quedó aniquilada, y no quedó otra sustancia en lo que Jesucristo daba á comer á sus Apóstoles que su propio cuerpo, el mismo que dentro de algunas horas debia ser entregado á sus enemigos, harto de oprobios, azotado y crucificado. No quedaba del pan otra cosa que las apariencias, el sabor, el color, la figura, el peso, el gusto, lo que comunmente se llaman especies. Nada tenemos en el Nuevo Testamento mas formal, mas preciso, ni mas marcado que la realidad del cuerpo y sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía. Cuantas veces se habla de este divino misterio, ya en el capítulo VI de san Juan, ya en todos los demás Evangelistas igualmente que en san Pablo, siempre se habla de una presencia y de una suncion real y corporal del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El sentido de figura no se expresa en ninguna parte; por el contrario se excluye positivamente, puesto que el cuerpo que Jesucristo da á comer á sus Apóstoles era el mismo, segun su palabra, que el que entregó á las ignominias de su pasion y suplicio de la cruz para rescatarnos. *Esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros.* Ahora bien, nadie, á no ser maniqueo, se atreveria á decir que el cuerpo del Hijo de Dios solo haya sido entregado á la muerte en figura. Desde los Apóstoles hasta nuestros dias siempre ha creido toda la Iglesia que el cuerpo de Jesucristo se ha ofrecido en sacrificio real y verdaderamente, se ha distribuido á los fieles en la comunion, y está realmente presente en la Eucaristía; y nosotros no podemos hablar sobre la presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento de un modo mas claro, mas formal y mas exacto, que lo han hecho los Padres de los primeros siglos.

Diráseme tal vez, dice san Ambrosio, *este pan* que se nos da á comer en la comunion *es del pan usual y ordinario.* Verdad es que *antes de las palabras sacramentales este pan era pan; pero después de la consagracion, en lugar del pan se contiene el cuerpo de Jesucristo. De esto no debe haber duda entre nosotros. Pero ¿cómo puede suceder,* continúa el mismo Padre, *que lo que es pan sea el cuerpo de Jesucristo?* Y responde: *Por la consagracion, que no contiene mas que las propias palabras de Jesucristo nuestro Señor; porque,* añade, *en todo lo que precede á la consagracion, cuando el sacerdote alaba y bendice al Señor, ó cuando pide por el rey y por el pueblo, habla en su nombre; pero cuando llega á la consagracion, el sacerdote no habla ya en su nombre, sino que es el mismo Jesucristo el que habla por boca del sacerdote: lo que obra, pues, este Sacramento, es propiamente hablando, la palabra del*

mismo Jesucristo; aquella palabra, digo, que ha hecho todas las cosas de nada. Ha hablado, continúa el mismo Padre, *y todas las cosas han sido hechas; ha mandado, y todas han salido de la nada. Para responder ahora á la pregunta, digo, que antes de la consagracion no habia el cuerpo de Jesucristo, no habia mas que pan ordinario; pero después de la consagracion, lo repito, no hay ya pan, sino que es el cuerpo de Jesucristo.* Si san Ambrosio hubiese tenido que responder á los protestantes de nuestros dias, ¿hubiera podido hablar de un modo mas claro y mas expreso?

San Cirilo, patriarca de Jerusalen, que vivia en el siglo IV, explicando á su pueblo las principales verdades de la Religion: *La doctrina de san Pablo*, dice, *sobre el divino misterio de la Eucaristía, debe bastar para afirmar vuestra creencia en órden á este augusto Sacramento.* Este grande Apóstol nos decia en la lectura que acabais de oir, que la noche misma en que el divino Salvador debia ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: *Tomad y comed, esto es mi cuerpo.* Y del mismo modo, tomando el cáliz, dijo: *Bebed, esto es mi sangre. Habiendo, pues, dicho Jesucristo del pan que habia tomado,* ESTO ES MI CUERPO, *¿quién después de esto se atreverá á concebir la menor duda? Y pues que el mismo Jesucristo ha dicho tan afirmativamente,* ESTO ES MI SANGRE, *¿á quién le pasará jamás por el pensamiento el dudar de una verdad tan clara, y decir que no es realmente su sangre? Y qué,* dice, *¿aquel que ha convertido el agua en vino en las bodas de Caná, no merecerá que creamos que convierte el vino en su preciosa sangre? Bajo de las especies, pues, de pan y vino,* continúa el mismo Padre, *nos da el Salvador su cuerpo y su sangre. De modo que nosotros llevamos verdaderamente á Jesucristo en nuestro propio cuerpo cuando recibimos el suyo.* Se han abolido los panes de proposicion del Antiguo Testamento. *Nosotros en el Nuevo no tenemos mas que este pan celestial y este cáliz de salud, que santifican el alma y el cuerpo. Por tanto,* concluye, *guardaos bien de pensar que lo que veis no es mas que pan y vino. Son realmente el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Necesario, pues, es que la fe corrija la idea que os ofrecen los sentidos. Guardaos, pues, de juzgar por la vista ni por el gusto; la fe es la que os ha de hacer mirar como segura é indudable la verdad que afirma que el cuerpo y la sangre de Jesucristo es lo que recibís.* Hasta aquí son palabras de san Cirilo. Esta ha sido la fe de los primeros fieles en órden á la Eucaristía. ¿De qué espíritu, pues, ha nacido la creencia de los herejes de estos últimos tiempos? Siempre se ha creido en la Iglesia, desde los primeros dias de su nacimiento hasta nosotros, que la sustan-

cia del pan y del vino se convierte en la sustancia del cuerpo y de la sangre de Jesucristo; y esto es lo que la Iglesia llama transustanciacion, esto es, mudanza de sustancia; cuya maravilla se verifica por la virtud omnipotente de las palabras de Jesucristo, que pronuncia el sacerdote en nombre del Salvador. Si Dios ha podido convertir la mujer de Lot en estatua de sal, la vara de Aaron en serpiente, y el agua en vino en las bodas de Caná, decian los Padres de la Iglesia cuando instruian á los nuevos bautizados para su primera comunion, ¿por qué no podrá este mismo Dios convertir el pan y el vino en su sagrado cuerpo y en su sangre preciosa en el sacramento de la Eucaristía.

Haced esto en memoria de mí. Pronunciando estas palabras, dicen los Padres, el Salvador ordenó de sacerdotes á sus Apóstoles. Cuantas veces comiéreis de este pan, dice Jesucristo, y bebiéreis de este cáliz, esto es, de lo que se contiene en este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que él venga. No diferenciándose el sacrificio incruento de Jesucristo mas que en cuanto á la manera del sacrificio sangriento del mismo Salvador, debe recordar muy particularmente en el espíritu de los que participan de él la memoria de la muerte de Jesucristo. Por estas palabras: *hasta que venga*, nos indica san Pablo que el sacramento de la Eucaristía durará hasta el fin del mundo.

Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, dice el santo Apóstol, *se hará reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo;* esto es, el que hiciere una comunion sacrílega no será menos criminal que si hubiese quitado la vida á Jesucristo, y hubiese derramado su sangre. Nada prueba mas demostrativamente la presencia real del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que esta expresion del Apóstol, así como tambien por ella se manifiesta que, segun el mismo san Pablo, es permitido el comulgar bajo de una sola especie. Si el crímen de los judíos que derramaron la sangre de Jesucristo nos causa horror, el de los Cristianos que la profanan con sus comuniones sacrílegas no debe causarnos menos. No es un sacrificio lo que ellos ofrecen, dice san Juan Crisóstomo, cometen un asesinato; no toman un alimento, sino un veneno. *Porque aquel que come y que bebe indignamente, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor;* quiere decir, que tiene en sí mismo la prueba visible de su crímen; su proceso, por decirlo así, está ya todo instruido. Este divino Salvador es su juez, este pan de vida es el decreto de su muerte. Sacrilegio, traicion, negra ingratitud, hipocresía que clama al cielo; ¡qué de crímenes, buen Dios, en una

sola comunion hecha indignamente! ¿Y qué efectos puede producir? El endurecimiento, sin duda, y ordinariamente la impenitencia final.

Como el Evangelio de la misa de este dia es el mismo que el dia de la octava, para no hacer demasiado larga la historia de esta festividad, se traslada su explicacion á este último dia.

HIMNO PANGE LINGUA GLORIOSI, etc.

Véase el Jueves santo, tomo segundo de Dominicas, pág. 384.

HIMNO.—Sto. TOMÁS DE AQUINO.

Sacris solemniis
Juncta sint gaudia,
Et ex praecordiis
Sonent praeconia;
Recedant vetera,
Nova sint omnia;
Corda, voces et opera.

A estas solemnidades tan sagradas
Corresponda el placer y la alegria;
Suenen las alabanzas publicadas,
Que á la voz generoso el pecho envia:
Huyan las cosas viejas ya veloces;
Sea nuevo ya todo en este dia,
El corazon, las obras, y las voces.

Noctis recolitur
Coena novissima,
Qua Christus creditur
Agnum et azyma
Dedisse fratribus,
Juxta legitima
Priscis indulta patribus.

Hoy hacemos recuerdo y fiel memoria
De aquella Cena mística, ó figura,
En que Cristo, Rey sumo de la gloria,
El Cordero y el pan sin levadura
Dió, conforme á la ley, á sus hermanos [1];
Pues así lo ordenaba la Escritura
Revelada por Dios á los Ancianos.

Post Agnum typicum,
Expletis epulis,
Corpus Dominicum
Datum discipulis,
Sic totum omnibus
Quod totum singulis
Ejus fatemur manibus.

Después de este Cordero misterioso
El banquete legal ya concluido,
Su Cuerpo á los discípulos piadoso
Dió en sagrado manjar, bien entendido,
Que, dando todo á todos con sus manos,
Todo de cada cual fue recibido:
Así lo confesamos los Cristianos.

Dedit fragilibus
Corporis ferculum;
Dedit et tristibus
Sanguinis poculum,
Dicens: Accipite
Quod trado vasculum,
Omnes ex eo bibite.

Como á frágiles, flacos desvalidos
Su Cuerpo, liberal, les dió en comida;
Y como á tristes, pobres y afligidos
Su Sangre sacrosanta dió en bebida,
Diciendo: Recibid la mas preciosa
Prenda del Cáliz santo de la vida;
Bebed todos mi Sangre generosa.

Sic sacrificium
Istud instituit,
Cujus officium
Committi voluit

Así fue el sacrificio celebrado,
Y por el mismo Cristo instituido,
Cuyo oficio tan alto y elevado
Es á los Sacerdotes cometido,

[1] A los Apóstoles, á quienes (y á nosotros en ellos) hizo sus hermanos el misericordioso Dios y Redentor Jesús.

Solis presbyteris,
Quibus sic congruit
Ut sumant et dent caeteris.

A quienes pertenece solamente
Sumirle con respeto el mas rendido,
Y repartirle al pueblo dignamente.

Panis angelicus
Fit panis hominum;
Dat Panis coelicus
Figuris terminum:
O res mirabilis,
Manducat Dominum
Pauper, servus et humilis.

El que es Pan de los Angeles hermoso
Se hace ya de los hombres alimento;
Este Pan celestial y prodigioso
Da á la sombra y figura cumplimiento.
¡O admirable piedad! ¡oh maravilla!
Pues recibe tan alto Sacramento
El pobrecillo, el siervo, el que se humilla.

Te Trina Deitas,
Unaque poscimus,
Sic nos tu visita,
Sicut te colimus:
Per tuas semitas
Duc nos quo tendimus,
Ad lucem quam inhabitas.
Amen.

A tí, Dios Trino y Uno, reverentes
Con afectos humildes te rogamos,
Ilustres con tus luces refulgentes
A los que tan rendidos te adoramos:
Y por tus sendas rectas y caminos
Guíanos á la luz, adonde vamos,
Pues habitas sus rayos tan divinos.
Amen.

HIMNO.—Sto. TOMÁS DE AQUINO.

Verbum supernum prodiens,
Nec Patris linquens dexteram,
Ad opus suum exiens,
Venit ad vitae vesperam.

Saliendo el Verbo eterno y no dejando
La diestra de su Padre, tan divino
A su obra presuroso caminando,
Al término llegó de su destino [1].

In mortem à discipulo
Suis tradendus aemulis,
Prius in vitae ferculo
Se tradidit discipulis.

Antes que el vil discípulo alevoso [2]
Le entregase á la muerte deicida,
A sus propios discípulos piadoso
En sustento se dió de eterna vida.

Quibus sub bina specie
Carnem dedit et Sanguinem;
Ut duplicis substantiae
Totum cibaret hominem.

Dióles su carne y sangre verdadera
Bajo de dos especies; porque todo
El hombre en cuerpo y alma recibiera
Un total alimento de este modo.

Se nascens dedit socium,
Convescens in edulium;
Se moriens in pretium,
Se regnans dat in praemium.

Naciendo se nos dió por compañero,
En la mesa, en manjar el mas precioso,
En rescate, muriendo en un madero,
Y en galardon, reinando, majestuoso.

O salutaris Hostia,
Quae coeli pandis ostium,
Bella premunt hostilia,
Da robur, fer auxilium.

O sacrificio y Hostia saludable,
Que las puertas del cielo nos franqueas,
La guerra nos oprime formidable:
Todo nuestro favor y esfuerzo seas.

Uno Trinoque Domino
Sit sempiterna gloria,
Qui vitam sine termino
Nobis donet in patria.
Amen.

Al Señor Trino y Uno sea dada
Alabanza sin fin la mas gloriosa:
Quien la vida perenne ilimitada
Nos conceda en la patria deliciosa.
Amen.

1 A su Pasion sacrosanta.
2 Judas, el traidor.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili Passionis tuae memoriam reliquisti: tribue, quaesumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuae fructum in nobis jugiter sentiamus. Qui vivis et regnas...

Ó Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra Pasion en un misterio tan admirable: concedednos la gracia de que de tal modo reverenciemos los sagrados misterios de vuestro cuerpo y de vuestra sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivís y reinais, etc.

La Epístola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, capítulo XI.

Fratres: Ego enim accepi à Domino, quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite, et manducate: hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam coenavit, dicens: Hic calix novum Testamentum est in meo sanguine: hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat, et bibit indigne, judicium sibi manducat, et bibit: non dijudicans corpus Domini.

Hermanos mios: Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado: que el Señor Jesús en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, después de haber cenado, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es el Testamento nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiéreis de él. Porque todas las veces que comiéreis de este pan, y bebiéreis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que, examínese el hombre á fondo á sí mismo, y hecho esto coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

REFLEXIONES.

Tomad y comed; esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros. Sí, de Jesucristo mismo es de quien hemos recibido la fe de la realidad de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía. Una tradicion

constante la ha transmitido hasta nosotros, todos los Evangelistas y san Pablo nos la han manifestado. Á nadie le ha pasado por el pensamiento el dudar de ella en los once primeros siglos de la Iglesia. Habiendo agotado inútilmente el demonio todos sus artificios para destruir la fe sobre los principales misterios de la Religion, sobre la divinidad de Jesucristo, sobre la unidad de su persona, sobre la multiplicidad de su naturaleza, sobre la necesidad de su gracia, sobre la augusta cualidad de la Madre de Dios; viendo en fin la malignidad del infierno apurados todos sus tiros y arruinadas todas sus baterías, vomitó sus blasfemias contra la divina Eucaristía y la realidad del cuerpo de Jesucristo, única verdad cristiana que no habia sido atacada todavía. Menester es estar muy ciego, ser muy ingrato, y todavía mas impío, para negarse á creer este misterio del amor inmenso de un Dios, tan bien marcado, tan clara y tan invenciblemente establecido. Pero las herejías nunca se han levantado mas que contra las verdades mas señaladas de la fe. La Eucaristía es la prenda mas brillante del amor de Dios á los hombres, y una fuente de salud, y por tanto no hay que admirar que el demonio haga tantos esfuerzos para debilitarla y combatirla. *Esto es mi cuerpo, el cual será entregado,* no solo á la muerte, sino tambien á las sacrílegas profanaciones de los malos cristianos, y á las furiosas persecuciones de los herejes. *Tomad y comed:* no os contentais, pues, ó Salvador mio, con nuestras adoraciones en este divino Sacramento; quereis tambien que hagamos de él nuestro alimento; quereis que el conocimiento de nuestras necesidades se sobreponga al de nuestra indignidad y de nuestra miseria, y el amor al temor que nos retenga. Si es un error imperdonable del entendimiento el negarse á creer la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, es otro tan criminal y tan grosero de la voluntad, por decirlo así, el alejarse de esta sagrada mesa, y el excusarse con pretextos frívolos de asistir á este divino festin. No se diga que el respeto es el que aleja; excusa artificiosa que no puede engañar mas que á los simples; ni se diga como los convidados al festin del Padre de familias: *compré una heredad: me he casado:* mejor diria, mi corazon está disgustado de este divino alimento, yo no encuentro gusto mas que en los manjares que el mundo me prepara, sus salsas estimulan demasiado mi apetito para que no los prefiera á este pan vivo; pero yo soy indigno, dice otro, de esta comida celestial, la cual pide una pureza que yo no tengo, y una devocion que me es desconocida. Este defecto le encuentra el entendimiento para favorecer las inclinaciones malignas del corazon.

Por libertino que sea cualquiera no ignora que habiendo de asistir á este festin sagrado debe llevarse la ropa nupcial; pero precisamente el revestirse de esta ropa de inocencia es lo que no se quiere hacer. Seria menester dejar este hábito criminal, hacer aquella restitucion, perdonar aquella injuria; seria necesario, en fin, vivir en la inocencia; pero es mas cómodo el vivir en el pecado, y esta es la verdadera razon por qué se desaprueba y acaso se condena la comunion frecuente. Pero ¿y comulgando raras veces se hace con mas inocencia? Muy enferma está el alma cuando está desganada del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. No se debe jamás comulgar indignamente, esto seria comer su condenacion; pero es menester quitar, debe alejarse cuanto sea obstáculo para una santa Comunion.

SECUENCIA.—Sto. TOMÁS DE AQUINO.

Lauda, Sion, Salvatorem:
Lauda ducem et pastorem
In himnis et canticis.

Quantum potes, tantum aude;
Quia major omni laude,
Nec laudare sufficis.

Laudis thema specialis,
Panis vivus et vitalis
Hodie proponitur.

Quem in sacrae mensa coenae,
Turbae fratrum duodenae
Datum non ambigitur.

Sit laus plena, sit sonora,
Sit jucunda, sit decora,
Mentis jubilatio.

Dies enim solemnis agitur,
In qua mensae prima recolitur
Hujus institutio.

In hac mensa novi Regis,
Novum Pascha novae legis,
Phase vetus terminat.

Vetustatem novitas,
Umbram fugat veritas,
Noctem lux eliminat.

Quod in coena Christus gessit,
Faciendum hoc expressit
In sui memoriam,

Alma, en himnos y cantares
Alaba á tu Salvador,
Alaba á tu Capitan
Y á tu divino Pastor.
Cuanto alabarle pudieres,
Tanto alejes el temor;
Que excede á toda alabanza,
Y no es bastante tu voz.
Como un asunto especial
De alabanza y santo amor
Se propone en este dia
El Pan vivificador.
El cual de la mesa sacra
De la Cena que hizo Dios,
A la fraternal docena
No hay duda que se le dió.
Sea plena la alabanza
De apacible y claro son,
Y respondan castos ecos
Al gozo del corazon:
Hoy es el dia solemne
Cuyo feliz resplandor
De aquella primera Mesa
Recuerda la institucion.
En esta Mesa de Ley
Nueva, y de Nuevo Señor,
Con la nueva Pascua, ya
La Pascua vieja acabó.
De la novedad de mano
A la antigua tradicion,
Huye á la Verdad la sombra,
Destierra á la noche el Sol.
Lo que hizo Cristo en la Cena,
Eso mismo hacer mandó
Con ceremonias expresas
En memoria de su amor.

Doctis sacris institutis,
Panem, vinum, in salutis
Consecramus Hostiam.

Dogma datur Christianis,
Quod in Carnem transit panis,
Et vinum in Sanguinem.

Quod non capis, quod non vides,
Animosa firmat fides,
Praeter rerum ordinem.

Sub diversis speciebus,
Signis tantum et non rebus,
Latent res eximiae.

Caro cibus; Sanguis, potus:
Manet tamen Christus totus
Sub utraque specie.

A sumente non concisus,
Non confractus, non divisus;
Integer accipitur.

Sumit unus, sumunt mille:
Quantum isti, tantum ille:
Nec sumptus consumitur.

Sumunt boni, sumunt mali;
Sorte tamen inaequali,
Vitae, vel interitus.

Mors est malis, vita bonis:
Vide paris sumptionis
Quam sit dispar exitus!

Fracto demum Sacramento
Ne vacilles, sed memento
Tantum esse sub fragmento,
Quantum toto tegitur.
Nulla rei fit scissura;
Signi tantum fit fractura,
Qua nec status, nec statura
Signati minuitur.
Ecce panis Angelorum
Factus cibus viatorum:
Vere Panis filiorum
Non mittendus canibus.
In figuris praesignatur,
Cum Isaac immolatur:
Agnus Paschae deputatur:
Datur manna patribus.
Bone Pastor, panis vere,
Jesu nostri miserere:
Tu nos pasce, nos tuere:

Enseñados por el órden
Sagrado que nos dejó,
Consagramos pan y vino
En Hostia de salvacion.
Dase á los Cristianos dogma,
Que pasa del pan la flor
A ser Carne; y Sangre el vino
En la Transustanciacion.
Lo que no miran los ojos,
Ni lo alcanza la razon,
Animosa lo asegura
La Fe, en órden superior.
Debajo de diferentes
Especies (de cosas no,
Sino de señales solas),
¡Grande cosa se escondió!
Bebida solo y vianda
La Sangre y la Carne son;
Pero Cristo todo queda
En una y otra oblacion.
No le parte el que le come;
Sin quiebra ni division
Entero á Cristo se lleva
Aquel que le recibió.
Uno le recibe, y mil;
Cuanto llevan de valor
Los mil, tanto lleva el uno;
¡Ni comido se gastó!
Los buenos, como los malos,
Reciben la Comunion,
Pero con desigual suerte
De vida, ó mortal horror.
Es muerte para los malos,
Quien vida á los buenos dió;
¡Advierte en una comida
El fin desigual de dos!
Y en fin, al partir la Hostia
No vaciles de temor;
Que tanto encierra el pedazo,
Cuanto el todo en sí encerró.
No hay quiebra de cosa allí;
Que fue sola la fraccion
De la señal: lo encerrado
Nada se disminuyó
¡Mira de Angeles el Pan
Ya manjar al viador!
Sin duda Pan de los hijos;
No para los perros, no.
Señalóse en la figura,
Cuando ensayó Isaac la accion:
Comióse el pascual Cordero:
Maná á los Padres llovió.
Buen Pastor, Pan verdadero
Tennos, Jesús, compasion;
Tú nos acude y sustenta,
Señor; y defiéndenos.

Tu, nos bona fac videre
In terra viventium.

Tu, qui cuncta scis et vales,
Qui nos pascis hic mortales,

Tuos ibi commensales
Coheredes et sodales,
Fac sanctorum civium.

Amen. Alleluia.

Tú, en la tierra de los vivos,
Libres de humana pasion,
Haznos ver aquellos bienes,
Que ellos solos bienes son.
Tú, que todo cuanto hay sabes,
Omnipotente Señor,
Y nos sustentas acá
En la mortal condicion,
Ponnos á tu mesa, y haz
Que heredando igual favor,
De tus Conciudadanos santos
Gocemos la comunion.

Amen. Aleluya.

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo VI *del que escribió san Juan.*

In illo tempore: Dixit Jesus turbis Judaeorum: Caro mea vere est cibus: et sanguis meus vere est potus. Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem: et qui manducat me, et ipse vivet propter me. Hic est panis, qui de coelo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum.

En aquel tiempo dijo Jesús á las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí, y yo en él. Como el Padre que vive me ha enviado, y como yo vivo por el Padre, del mismo modo el que me come vive tambien por mí. Este es el pan que ha venido del cielo. No como el maná que han comido vuestros padres, y han muerto. El que come de este pan vivirá eternamente.

MEDITACION.

Del santísimo sacramento de la Eucaristía.

Punto primero. — Considera que entre todo lo magnífico, lo maravilloso y lo extraordinario que Dios ha hecho para testificarnos el exceso de su amor, el adorable sacramento de la Eucaristía es el compendio de estas maravillas, y un testimonio perpetuo de un amor todavía mayor. Que Dios se haya dignado tomar un cuidado singular sobre su pueblo; que haya hecho tantos prodigios en favor suyo; que haya suspendido las olas para abrirle un camino por medio de las aguas; que le haya alimentado en el desierto con un maná celestial; que se haya dignado ser su defensor y su guia; que haya querido sensibilizar su majestad divina por medio de los truenos y de los relámpagos, y su presencia por una nube en el templo; todas estas son otras tantas pruebas de una bondad muy amable; pero que Jesu-

cristo, sin tener consideracion á lo que somos nosotros y á lo que es él, haga para testificarnos su amor todos los milagros que hace en la adorable Eucaristía; que se digne encerrarse, reducirse á un espacio cuási indivisible y reproducirse al mismo tiempo hasta lo infinito; despojarse de su majestad, y no despojarse ni ocultarse tan enteramente, bajo de las apariencias de pan y vino, sino para servirnos de alimento; permanecer dia y noche encerrado sobre el altar en un copon, y todo esto para estar real é incesantemente presente con nosotros; ¿qué os parece? ¿es esto amarnos con ternura? ¿No es esta una prueba harto brillante de un amor grande? y este exceso de amor á unas criaturas tan viles ¿no es una maravilla todavía mas incomprensible que la misma Eucaristía? Por mas ternura que tenga un soberano á un favorito suyo, no olvida nunca que él es el señor; siempre tiene consideraciones que guardar en los mayores testimonios de amistad en órden á sus vasallos. Hay ciertos aires, cierto rango, cierto decoro de que no se despoja jamás el príncipe, aun en medio de la familiaridad mas tierna. Solo el amor extremo que Jesucristo nos ha testificado en la Eucaristía es el que no guarda medidas. Este divino Salvador, este Señor infinitamente grande, se entrega, se prodiga sin distincion á sus vasallos, á quienes mira como hijos suyos. Diríase que se olvida de sí mismo en este adorable misterio, y que no se acuerda mas que de nosotros. ¡Qué prodigio, buen Dios! pero ¡qué de milagros en esta sola maravilla! La sustancia del pan y del vino aniquilada sin destruir los accidentes; el cuerpo de Jesucristo reproducido á un mismo tiempo en mil parajes diferentes, y siempre todo entero en una especie cuási indivisible; un Dios sometido á la palabra de un simple sacerdote, el cuerpo y la sangre de Jesucristo realmente presente sobre nuestros altares, expuesto á todas las irreverencias, á los insultos y á las profanaciones sacrílegas de los impíos y de los libertinos, distribuido, en fin, indiferentemente á todos los fieles. Hé aquí lo que Jesucristo hace para testificarnos su amor; hé aquí el objeto de nuestra creencia; el entendimiento se confunde y se pierde en esta multiplicidad de maravillas, todas á cual mas incomprensibles. ¿No era bastante que un Dios se hubiese hecho hombre para rescatar á los hombres? ¿no era bastante que este Dios hombre hubiese dado su sangre y su vida por la salud de los hombres? ¡Ah! es esto mucho mas de lo que nosotros nos hubiéramos atrevido á pedir; mas de lo que hubiéramos podido creer. Pero que este divino Salvador después de habérnoslo dado todo, se dé tambien á sí mismo; que quiera ser aun nuestra comida sagrada, que un Dios

hombre después de habernos rescatado por su muerte quiera todavía alimentarnos con su carne; hombres ingratos, ¿comprendeis bien esta maravilla?

Punto segundo. — Considera que por mas admirable, por mas incomprensible que sea el amor inmenso que Jesucristo nos testifica en el santísimo Sacramento, hay todavía otra cosa al parecer mas extraordinaria y mas incomprensible, y esta es la indiferencia, la frialdad, la ingratitud de los fieles para con Jesucristo en este augusto Sacramento. Es, en verdad, maravilloso é inconcebible que un Dios nos ame hasta este punto; pero al fin, es un Dios el que nos ama, y nos ama como Dios: pero que en nosotros no se vea mas que fastidio, y aun desprecio, de este Dios en el misterio mismo en que nos prueba tan eficazmente hasta qué exceso nos ama, ¿es fácil de comprender este misterio de iniquidad? ¿Qué turco, qué pagano, qué bárbaro, instruido de lo que creemos en este adorable misterio, podria imaginarse jamás que amásemos tan poco á Jesucristo? Este divino Salvador para nada necesita á los hombres; sin embargo, cuenta por nada el estar encerrado en una hostia consagrada hasta el fin de los siglos; tanto es lo que ama á los hombres, tan grande es el placer que experimenta en estar con ellos. Los hombres por el contrario no pueden pasarse sin él; sin embargo, cuentan por nada la gracia que les hace en estar con ellos, tan poco la aprecian, tan poco caso hacen de la dicha que es el estar con él. Esas personas ociosas, fastidiadas aun de su ociosidad, que tan raras veces y con tanto disgusto se presentan en nuestros templos; esas gentes del mundo que dan las tres y las cuatro horas á los espectáculos profanos, y la mayor parte de su vida al juego, á las diversiones, á las reuniones mundanas, y que no parecen mas que una vez á la semana á los piés de los altares, y eso con tedio y con trabajo, ¿aprecian mucho la ventaja y el honor que nos cabe en poder rendir nuestros homenajes á Jesucristo, realmente presente en esos mismos altares todos los dias y á todas las horas del dia? ¿Concuerda en este punto nuestra creencia? No hay necesidad de recordar aquí la triste memoria de los ultrajes que ha sufrido este divino Salvador en su pasion, ni de lo que ha tolerado de ignominioso en este Sacramento de parte de los herejes; nadie ignora hasta qué excesos de impiedad y de infamia ha llegado su rabia diabólica contra el cuerpo de Jesucristo en nuestros altares. Y ¿qué hemos hecho nosotros para reparar estas impiedades injuriosas, estos horribles sacrilegios? pero ¿qué no ha sufrido y qué no

sufre aun todos los dias este divino Salvador de tantos fieles indignos que tan vilmente le tratan? ¡Qué profanaciones en el lugar santo! ¡qué falta de respeto! ¡qué comuniones sacrílegas! ¡qué irreverencias mas monstruosas! Á la verdad la Iglesia trata en este dia y por toda la octava de darle una pública satisfaccion, y reparar con su culto público tantas impías profanaciones; pero ¡cuán pocos son los cristianos que entran en el espíritu de la Iglesia! ¡cuán pocos contribuyen á la pompa de su triunfo! ¡cuán pocos piensan en indemnizarle de los desprecios y de los insultos que ha recibido!

¡Buen Dios, que no pueda yo reparar hoy y durante esta octava todas las ignominias que habeis sufrido en este adorable Sacramento de vuestro amor! ¡que no tenga yo tantos corazones como estrellas hay en el cielo, y hombres en la tierra; y en cada uno de estos corazones tanto amor á Vos, como el que tienen todos los Angeles y todos los Santos! Aun seria poco en comparacion del que mereceis; aun seria poco en comparacion del que yo deseo. Celestiales inteligencias, Ángeles bienaventurados, que rodeais estos altares, yo os conjuro que adoreis y ameis por mí á este Dios de amor, y le digais que yo peno de sentimiento de amarle tan poco, y de deseo de amarle cada dia mas. Yo mismo, Señor, vengo á testificárosle delante de vuestro santuario, y aquí es donde quiero venir de continuo á explayar mi corazon, y abrasarme de nuevo con el fuego de vuestro divino amor.

JACULATORIAS. — He hallado al que ama mi alma, yo le poseo en la Eucaristía, no me separaré ya de él. (*Cant.* III).

Mi amado es todo para mí, y yo soy todo para él. (*Cant.* II).

PROPÓSITOS.

1 Hemos visto cuál es el motivo de esta solemne fiesta, y el fin que la Iglesia se propone en esta augusta solemnidad. Unámonos, pues, á su espíritu, y contribuyamos cuanto nos sea posible á la solemnidad de esta fiesta. Comulgad hoy, y las mas veces que os fuere posible en la octava, y siempre con una devocion mas tierna y con nuevo fervor. Asistid á la procesion para contribuir al triunfo de Jesucristo, y con la idea de reparar, cuanto esté de vuestra parte, con vuestra modestia y con vuestra piedad, los ultrajes que Jesucristo ha sufrido en este adorable misterio. Asistid todos los dias á la reserva, y sed solícitos por recibir muchas veces cada dia la bendicion del santísimo Sacramento. Jamás se recibe con las disposiciones que

se debe recibir, sin que se reciban grandes tesoros de gracias. Asistid todos los dias á la misa con aquel espíritu de Religion que pide este gran sacrificio. Muchos se imponen una obligacion de asistir diariamente en la octava al oficio divino.

2 Es una práctica de piedad muy útil el hacer en cada un dia de la octava muchas visitas á Jesucristo en el santísimo Sacramento, por lo menos dos cada dia. Muchos hacen mas, y lo menos que deben hacer las personas religiosas son cinco cada dia; pero cuidad de hacerlas de modo que sirvan para reparar las que en otro tiempo habeis hecho con tan poco respeto y con tanta indevocion. No hay cosa mas edificante, no la hay mas cristiana que acompañar al santísimo Sacramento cuando se le lleva á los enfermos. Los Príncipes no salen jamás de sus palacios sin que lleven una comitiva y una corte numerosa. ¡Ah! Jesucristo sale de su templo para ir á casa de los enfermos; ¿quién es el que se apresura para acompañarle? ¿qué corte se hace á Jesucristo y á nuestras iglesias? Reglad de hoy mas la conducta que querais conservar sobre este punto. Si estais en el mundo, decid todos los dias de la octava el oficio pequeño del santísimo Sacramento, y decidle de hoy en adelante el jueves de cada semana.

LETRILLAS

EN HONRA DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO.

Al fin de cada una puede decirse Padre nuestro *y* Gloria Patri *para mayor devocion.*

Altísimo Señor,
Que supísteis juntar,
A un tiempo en el Altar
Ser Cordero y Pastor:
Confieso con dolor
Que hice mal en huir
De quien por mí quiso morir.

Cordero celestial,
Pan nacido en Belen,
Si no te como bien
Me sucederá mal:
Sois todo piedra iman,
Que arrastra el corazon
De quien os rinde adoracion.

El manjar que se da
En el sacro Viril
Me sabe á gustos mil,
Mas bien que no el maná:
Si el alma limpia está
Al comer de este pan,
La gloria eterna le darán.

Recibe el Redentor
En un manjar sútil
El pobre, el siervo, el vil,
El esclavo y señor:
Perciben su sabor
Si con fe viva van;
Si no veneno es este pan.

Venid, hijos de Adan,
A un convite de amor
Que hoy nos da el Señor,
De solo vino y pan.
De tan dulce sabor,
De tal gracia y virtud,
Que sabe, harta, y da salud.

El pan que hoy se nos da
Del cielo descendió;
Es pan que vivo está,
Es manjar celestial
Que Dios nos regaló
Y él mismo preparó
Dentro de un vientre virginal.

Los Angeles al ver
Tal gloria y majestad,
Con profunda humildad
Adoran su poder:
Sin poder merecer
La dicha de gozar
De tan rico y divino manjar.

Sois muerte al pecador
Que os llega á recibir,
Dais al justo el vivir
Con fino y tierno amor:
¡O inefable Señor,
Que en un mismo manjar
Sabeis la vida y muerte dar!

Sois fuego abrasador,
Pastor, Cordero y Pan,
Esposo, Rey, Galan,
Dios, Hombre y Redentor:
Prodigio tal mayor
En Dios no pudo hallar
Que más al hombre pueda dar.

Precioso candeal,
Que al alma justa y fiel
Sois mas dulce que miel,
Mas bello que el panal:
La gloria celestial
Espero en Vos, mi Dios,
Para reinar sin fin con Vos.

DOMINGO INFRAOCTAVO

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

Y SEGUNDO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Este domingo es propiamente la continuacion de la fiesta solemne del santísimo Sacramento y de la celebridad del triunfo de Jesucristo en la Eucaristía. Toda la octava no es mas que la fiesta, esto es, una sola fiesta solemne que dura ocho dias. Siendo por otra parte siempre solemne el domingo, aumenta tambien la devocion y la celebridad de la fiesta.

El intróito de la misa del dia está tomado del salmo XVII, que es un cántico de accion de gracias que David da á Dios por haberle sacado de tantos peligros y haberle puesto generosamente bajo de su proteccion, con la que no teme ya á sus enemigos, y á la cual reconoce que debe todas las victorias que ha conseguido. Nosotros podemos decir que toda nuestra fortaleza está en Jesucristo en el santísimo Sacramento. Tenemos en la Eucaristía un antemural que no es capaz de forzar nunca todo el infierno. ¿Qué proteccion mas ilustre ni mas segura que este divino Salvador en nuestros altares? La

Eucaristía es nuestro apoyo, nuestro consuelo, nuestro refugio, todo nuestro recurso en todos los peligros de esta vida. Movida la Iglesia de este espíritu, comienza la misa de este dia por el versillo de este salmo que tan bien expresa los vivos y afectuosos sentimientos de reconocimiento y de amor de que deben estar poseidos todos los fieles al acordarse de los grandes auxilios y de los bienes infinitos que hallamos en el santísimo Sacramento. *El Señor se ha hecho mi protector* de una manera muy singular, haciéndose mi alimento: *ya no me veré estrechado por mis enemigos*, porque *el Señor me ha puesto en franquía*. Yo reconozco sin que me quede duda que *el exceso de su amor inmenso es lo que me ha salvado*. El testimonio mas brillante de su ternura es la prenda de mi salud. Tambien yo amaré á mi Salvador con todo mi corazon, con toda mi alma, con todas mis fuerzas. Y ¿cómo podria yo, ó Dios mio, despues de haberme dado una señal tan prodigiosa de vuestro amor, no amaros con todo mi corazon, ó amaros solo á medias ó con reserva? *Yo os amaré, Señor, á Vos que sois mi fortaleza. El Señor es mi apoyo, mi refugio y mi libertador.*

La Eucaristía es el pan de los fuertes; es el pan celestial, el pan divino, el pan de vida, de el que no era mas que la figura el que el Ángel trajo á Elías, y le dió tanto vigor para continuar su camino. *Á los que excitamos y exhortamos al combate por la fe*, decia san Cipriano escribiendo al papa Cornelio, *no dejamos que entren en el campo de batalla sin que estén antes fortalecidos, y como armados con el cuerpo y con la sangre de Jesucristo por la Comunion*. Nosotros debemos salir de la santa mesa como leones, dicen los Padres, respirando el fuego divino que enciende en las almas el cuerpo y sangre de Jesucristo; y ¿qué ánimo, qué fortaleza no debe excitar?

La Epístola de la misa de este dia está tomada del capítulo III de la primera Epístola canónica de san Juan. Acababa de referir el Apóstol el ejemplo de Cain, que arrastrado de la envidia mas maligna que hubo jamás, mató á su hermano Abel, no pudiendo sufrir que Dios diese á Abel señales de preferencia, aceptando sus ofrendas que eran santas, al paso que reprobaba las suyas, porque eran malas é indignas de la majestad de Dios. No habia cosa mas injusta que los celos que habia concebido Cain contra su hermano.

No extrañeis, hermanos mios, continúa el santo Apóstol, *que el mundo os aborrezca*: si vosotros fuéseis tan malvados como él, el mundo no os aborreceria. Siempre han sido los buenos el objeto del odio y del desprecio de los malos. La vida pura, inocente, religiosa de aquellos, es una censura incómoda de los desórdenes de estos; hé

aquí lo que les pone de tan mal humor contra aquellos cuya virtud condena tácitamente el desárreglo de sus costumbres y de su conducta. Siempre habrá Caines en el mundo, mientras que en él hubiere Abeles. No son los defectos que se les escapan á los buenos lo que altera la bílis de los perversos, son muy comunes y muy ordinarias las irregularidades en los mundanos y en los libertinos para que se ofenda su pretendida delicadeza; *todo el mundo está sumergido en la iniquidad y en la malicia*, y sobre este artículo todos los mundanos son muy inclinados y están muy acostumbrados á perdonárselo todo. Lo que les irrita contra las gentes virtuosas es la probidad, la inocencia de los que no son de otra condicion, ni profesan otra religion que los libertinos. La demasiada luz hiere los ojos enfermos, y esto es lo que atrae á los buenos el odio y las persecuciones de los malos. No debeis, pues, admiraros si el mundo os aborrece; vosotros no sois del mundo. El mundo mira como enemigo todo lo que no es como él.

Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. La caridad caracteriza á todos los discípulos de Jesucristo, y jamás fue el carácter de los partidarios y esclavos del mundo. Nosotros sabemos dice el santo Apóstol, que hemos pasado de la muerte á la vida, esto es, que por la misericordia de Dios hemos llegado á ser hijos suyos, y por esta cualidad tenemos derecho á la vida eterna, somos herederos de Dios, y coherederos de Jesucristo. El inocente Abel debe servirnos de modelo. Á la verdad, la predestinacion de cada uno en particular es un secreto que Dios se ha reservado, y á no ser por una revelacion, nadie puede penetrar este misterio. Sin embargo, dice el Apóstol, yo quiero dar una señal poco dudosa de vuestra predestinacion; esta señal es el amor y la perfecta caridad que tenemos á nuestros hermanos. Por esta señal es por lo que el Salvador quiere que se conozcan sus verdaderos discípulos: este es su precepto favorito: mi precepto especial, dice él mismo, es que os ameis unos á otros, como yo os he amado. San Juan acababa de decir que por el beneficio inestimable de la redencion hemos pasado de la muerte á la vida; con esto declara que en vano nos lisonjearíamos de esta ventaja si no amásemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos; sin esta caridad cristiana se vive en un estado de reprobacion, porque *el que no ama está en un estado de muerte*. En efecto, no es amar á Dios el aborrecer á sus hermanos. ¡Qué ilusion, qué error, buen Dios, lisonjearse de que se os ama, de seros agradable, alimentando en el corazon un odio secreto contra su prójimo!

Cualquiera que aborrece á su hermano es un homicida, y vosotros sabeis, añade, *que ningun homicida tiene en sí la vida eterna*. El odio es un veneno que da la muerte al alma desde el momento que se ha apoderado del corazon. Cualquiera que aborrece á su hermano se da á sí mismo la muerte; es tambien el odio por sí mismo asesino de inclinacion de aquel á quien aborrece. Es una pasion que de su naturaleza tiende á la destruccion de su objeto. Por reservados, por disimulados que sean sus deseos, siempre le agrada la muerte de un enemigo, y sin buscarla la desea. Esto es lo que ha hecho decir á san Gerónimo que cualquiera que aborrece no deja de ser homicida, aunque no se sirva de espada ni de veneno para dar la muerte; y vosotros sabeis, añade san Juan, que ningun homicida tiene en sí la vida eterna, esto es, la vida de la gracia, que es como la semilla de la bienaventurada eternidad.

¿Quereis conocer si verdaderamente amais á vuestros hermanos, prosigue, y si les profesais la caridad cristiana que tanto se nos recomienda? Mirad si estais en disposicion de dar vuestra vida por su salvacion, como Jesucristo ha dado la suya por salvarnos; porque tambien nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Esto es lo que hacen aun todos los dias los que pasan los mares, y van á exponerse á los mayores peligros de la vida para convertir á los infieles y á los herejes, renovando en estos últimos tiempos aquella caridad cristiana de los primeros siglos que hacia decir á los paganos, hablando de los primeros cristianos, segun lo refiere Tertuliano: *Mirad cómo se aman, y hasta donde llega su caridad, que están prontos á dar su vida los unos por los otros*. Esto es lo que tambien hemos visto nosotros en nuestros dias en la persona de esos héroes cristianos, á quienes los horrores de la muerte no han sido capaces de detener para que hayan expuesto su vida por la salud de sus hermanos á quienes el riesgo del contagio mas horrible ponia en peligro de morir sin auxilios espirituales. ¡Cuán léjos están de esta caridad cristiana los que niegan á las necesidades extremas de sus hermanos hasta lo que tienen superfluo! Todo el que teniendo bienes de este mundo y viendo á su hermano necesitado cerrase su corazon para con él, ¿cómo puede abrigar en sí el amor de Dios? Ricos del mundo que sois duros para con los pobres; grandes del mundo que consumís en el lujo, en banquetes espléndidos, en caballos y en soberbios equipajes lo que seria suficiente para que no muriesen de pura miseria un número infinito de infelices, y para hacer dichosa una prodigiosa multitud de familias pobres que perecen por falta de socorro; ¿podeis lisonjearos de

que teneis la caridad cristiana? y ¿se podrá racionalmente esperar sin ella conseguir la salvacion? Es una falta grave, dice san Ambrosio, el no asistir á uno de nuestros hermanos que sabemos que está en la última miseria, y en una pobreza extrema.

Mis queridos hijos, concluye el santo Apóstol, que conocia mejor que nadie la necesidad indispensable de esta virtud, *no se reduzca vuestra caridad solo á las palabras, ni esté solo en la lengua, sea sí efectiva y verdadera.* Obsérvanse en el mundo muchas demostraciones de amistad, muchos cumplimientos, grandes ofertas de servicios, y en medio de todas estas hazañeras protestas, y de bellos sentimientos de compasion, de solicitud y aun de ternura, ¡cuán poca caridad cristiana se encuentra! Muchas palabras oficiosas, cortesanas, y en esto para todo. Cuando no se ama al prójimo mas que de palabra, ¿se ama á Dios de todo corazon? El amor que Jesucristo nos testifica en el misterio de la Eucaristía, en el que nos da no solo todo lo que tiene, sino tambien todo lo que es, y en donde renueva continuamente el sacrificio de su vida que ha hecho á su Padre por nosotros, es ciertamente un gran modelo, y al mismo tiempo un gran motivo de la caridad cristiana que debemos tener con nuestro prójimo.

El Evangelio de la misa de este dia no tiene menos relacion con el gran misterio cuya fiesta se continúa. Contiene la parábola de los convidados que se excusan de asistir al festin, y cuyo lugar se llena por otros que no habian sido llamados al principio.

Comiendo Jesucristo un sábado en casa de uno de los principales fariseos, tomó ocasion de una palabra que dijo uno de los convidados, sobre la felicidad de los que estarán en el festin en el reino de los cielos para hacer la parábola siguiente:

Figuraos, les dice, un hombre rico que hace preparar una gran cena á la cual convida mucha gente. Habiendo llegado la hora, envia uno de sus domésticos á decir á los convidados que todo está pronto, y que se les espera. Mas en lugar de darse ellos priesa, y de agradecer por lo menos el favor que les hace, contestan solo con excusas tan vanas como frívolas. Dice uno que ha comprado una heredad, y que tiene precision de ir á verla; otro que ha comprado cinco pares de bueyes, y que va á probarlos; el tercero da por excusa de su negativa que se ha casado, y que no le es dado dejar aquel dia á su nueva esposa: todos, en fin, se excusan, y le envian á decir que no los espere. ¿Qué pensais que hace el señor cuando se le dice lo que ha pasado? En prueba de su resentimiento, y ofendido de un desaire semejante y de una ingratitud tan indigna: Anda, le dice al criado,

vé inmediatamente á las calles, á las plazas públicas de la ciudad y á las encrucijadas, y tráeme todo lo que encontrares de pobres, baldados, ciegos y cojos; ejecutóse sobre la marcha la órden. Viéronse entrar en la sala del festin multitud de pobres que daban saltos de alegría al verse llamados á una mesa tan buena. Aunque fue grande el número, quedaron, sin embargo, muchos sitios vacíos. Sabido esto por el señor: Vuélvase inmediatamente, dice, sálgase á los caminos reales, y á lo largo de los vallados, recójase todo mendigo y extranjero que se encuentre, para que no quede ni un solo puesto vacío; ruégueseles que vengan, oblígueseles, fuérceseles aun en alguna manera á que entren hasta que se llene mi casa; no quiero ver puestos vacíos á mi mesa. En cuanto á los que yo habia tenido la bondad de convidar desde el principio á mi festin, se han hecho indignos, y yo aseguro que ni uno de ellos gustará de él.

Es evidente que esta parábola en el sentido literal mira á los judíos y á los gentiles, y su objeto es demostrar la economía de la conducta amable y del todo misericordiosa del Salvador en el establecimiento de su Iglesia. Los judíos habian sido los primeros convidados á este banquete misterioso que significaba el reino de Dios, que es la Iglesia. Eran, por decirlo así, los amigos del Padre de familia. Pero habiendo rehusado los principales de la nacion recibir la gracia del Evangelio, se han excluido á sí mismos de la bienaventuranza eterna. Solo algunos pobres pescadores, publicanos, mujeres pecadoras, algunos de la ínfima plebe han aceptado el convite que se les habia hecho. Tales han sido los primeros discípulos de Jesucristo y las primicias del Cristianismo. Esto es lo que quiere dar á entender Jesucristo asignando como uno de los caractéres de su venida en cualidad de Salvador y Mesías, que el Evangelio se ha anunciado á los pobres. En fin, no habiéndose aun llenado la sala del banquete con los judíos convertidos á la fe, Dios ha enviado á todas partes predicadores para que anunciasen el Evangelio á los gentiles, y les pusiesen en el camino de la salud. Hallábanse los judíos en la ciudad en donde habian sido reunidos por los Patriarcas y los Profetas del Antiguo Testamento, y por la ley que Dios les habia dado; hallábanse á la verdad por las calles, por las encrucijadas y las plazas públicas, esto es, muy desordenados por la corrupcion de las costumbres y por la inobservancia de los mandamientos de Dios; pero sin embargo permanecian en la ciudad; esto es, en la sola, entonces, religion verdadera, continuaban siendo aun hasta entonces el pueblo privilegiado; así es que por un efecto de esta predileccion son los prime-

ros convidados, y se les ha predicado antes que á los demás pueblos el Evangelio. Los sacerdotes, los fariseos, los doctores no han querido hallarse en el festin, y han sido excluidos de él para siempre; solo un puñado de gentes pobres de su nacion han sido introducidos en la sala. ¡Qué de reflexiones se agolpan sobre su desgracia!

Á la repulsa de los judíos, por decirlo así, deben los gentiles el haber sido convidados: á vosotros era, se ha dicho á los judíos, á quienes debia anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero puesto que la rechazais, y vosotros mismos os juzgais indignos de la vida eterna, hé aquí que vamos á volvernos de parte de los gentiles. *Precisadles,* esto es, en el sentido literal, hacedles una dulce violencia, no forzando su voluntad; Dios no quiere siervos que solo por fuerza y á pesar suyo estén en su servicio, sino solo aquellos que lo estén á fuerza de ruegos y de invitaciones. En el sentido figurado esta expresion significa la fuerza de la gracia que jamás destruye la libertad, y la fuerza de la predicacion del Evangelio que persuade. De este modo obligaron al Salvador los discípulos que iban á Emaús á que se detuviese en el castillo: *le detuvieron como por fuerza*. De este modo habia obligado Lot á los tres Ángeles á que fuesen á alojarse en su casa. De este modo fue como san Pablo quiso que su discípulo Timoteo predicase el Evangelio: *Predica la palabra; ejecuta en la ocasion y fuera de ocasion; emplea las reprensiones, los ruegos, las amenazas; siempre con mucha dulzura y paciencia: y no ceses de instruir y convencer el entendimiento para ganar el corazon.* En este mismo sentido debe entenderse esta oracion de la Iglesia: «Dignaos, Señor, por la fuerza de vuestra gracia convertir nuestros corazones «por mas que estén endurecidos.» Sálese á buscar á los extranjeros á los caminos reales y á lo largo de los vallados. Estaban los gentiles fuera del recinto de la ciudad, hallábanse en el camino ancho que conduce á la perdicion, y los vallados de que se guarecian no podian defenderles de las borrascas y de las tempestades. Tertuliano no exigia de los paganos otra cosa mas que el que se presentasen á escuchar las verdades del Evangelio, persuadido de que por rebelde que fuese su voluntad, se veria obligada á rendirse á la fuerza de la verdad. Esta es la dulce violencia á que alude Jesucristo por estas palabras: *Precísalos á entrar*. Fuerza, violencia, que no hiere jamás la libertad.

El sentido moral de toda esta parábola es el hacernos comprender que no consiste en el Señor el que no nos salvemos; él ha hecho todos los gastos, da su gracia á todos; pero no todos corresponden á la

gracia. La ambicion, el interés, el amor del placer hacen inútiles muchas solicitudes. Dios llama, Dios convida, hasta solicita para que se venga á esta misteriosa cena, y á todo nos excusamos. La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida reinan con demasiado despotismo en el mundo, para que encuentren ningun obstáculo en él. Se conoce la obligacion que nos liga al Salvador, no dejamos de ser sensibles á su invitacion; pero yo no puedo, ruégote que me excuses. Yo tendria gusto en hallarme en él, pero los negocios del comercio, los embarazos y las circunstancias del tiempo, una familia, un viaje, un prado, aun una partida de diversion me impiden cumplir con este deber de religion. Mi propension, mi inclinacion, un largo hábito, el respeto humano, el mundo, el ejemplo, todo arrastra, y el mandamiento de Dios y la salvacion tienen que ceder á todo. ¿Qué debe esperarse de una conducta tan irreligiosa? Ninguno de los que estaban convidados gustará de mi cena.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue.

Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter et amorem fac nos habere perpetuum: quia numquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tuae dilectionis instituis. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

Haced, Señor, que tengamos de continuo un temor respetuoso y un amor ardiente á vuestro santo nombre, puesto que no abandonais jamás á los que habeis establecido en la solidez de vuestro amor. Por Nuestro Señor, etc.

La Epístola está sacada de la primera carta del apóstol san Juan, capítulo III.

Charissimi: Nolite mirari, si odit vos mundus. Nos scimus quoniam translati sumus de morte ad vitam, quoniam diligimus fratres. Qui non diligit, manet in morte: omnis, qui odit fratrem suum, homicida est. Et scitis quoniam omnis homicida non habet vitam aeternam in semetipso manentem. In hoc cognovimus charitatem Dei, quoniam ille animam suam pro nobis posuit: et nos debemus pro fratribus animas ponere. Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo: quomodo charitas Dei manet in eo?

Mis muy amados: No extrañeis que el mundo os aborrezca; nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos; el que no ama está en un estado de muerte. Cualquiera que aborrece á su hermano es un homicida, y vosotros sabeis que ningun homicida posee en sí la vida eterna. Lo que nos da á conocer cuál es la caridad de Dios, es que ha dado su vida por nosotros; y nosotros debemos tambien dar nuestra vida por nuestros hermanos. Todo el que teniendo bienes de este mundo, y viendo á su hermano en la necesidad, cerrare su corazon para con él, ¿cómo

Filioli mei, non diligamus verbo, neque lingua, sed opere et veritate.

puede abrigar en sí el amor de Dios? Hijitos mios, no esté nuestro amor tan solo en las palabras, ni en la lengua, sea sí efectivo y verdadero.

REFLEXIONES.

No esté nuestro amor tan solo en las palabras. No amar á Dios y á nuestro prójimo mas que con las palabras, es disimulo, hipocresía, desprecio, puede tambien añadirse, impiedad. ¿Ignórase que Dios conoce perfectamente los verdaderos sentimientos del corazon, y que sin el culto interior cuenta por nada la articulacion de la voz y el movimiento exterior de los labios? Decir á Dios que se le ama mientras que el corazon desmiente nuestras palabras, es creer que el Señor es tan limitado como el hombre en sus conocimientos, tan poco penetrante en sus luces, tan fácil de ser engañado como nosotros; juzguemos qué impiedad seria esta. Vivir persuadidos de que Dios ve nuestro corazon, y que conoce perfectamente todo lo que pasa en él, y tener atrevimiento para decirle que se le ama, ¿no es esto un insulto y un sacrílego desprecio? ¿Nos atreveríamos á decirle á un hombre que le amábamos, si supiésemos que conocia nuestra frialdad en órden á él, nuestra aversion, la poca estimacion que de él haciamos? Se harian muchos menos cumplimentos, si mutuamente conociésemos nuestros pensamientos. Si somos tan poco sinceros con respecto á Dios, no hay mucho que extrañar el que lo seamos con respecto á los hombres. Verdad es que el disimulo y la mala fe es el dia de hoy una de las mas ordinarias, de las mas comunes cualidades de las gentes del mundo. Y ¿hay acaso mas sinceridad en las protestaciones graciosas, en los testimonios de amistad, aun entre los que hacen profesion de piedad? Jamás se ha visto mas atencion, mas civilidad, mas cortesía que en el dia de hoy; pero nunca menos amistad sincera. El interés es el gran móvil que da impulso á toda la máquina. La mas fuerte pasion es el resorte que obra con mas fuerza. ¡Buen Dios, cuán cierto es que la caridad cristiana de la cual habeis hecho vuestro precepto especial, vuestro mandamiento favorito, del que habeis declarado que debia ser semejante al mandamiento de amar á Dios, sobre el que gira toda la ley; cuán cierto es que esta caridad indispensable está cuási proscrita en el mundo, y como desterrada del comercio de la vida civil! La jerigonza del disimulo y de un bien parecer oficioso, pero vacío y estéril, ha tomado su lugar. No bien se ha enseñoreado del corazon del hombre, cuando se rinde

voluntariamente esclavo de su amor propio y de sus pasiones: *No sea, pues, nuestro amor de palabra*: digan nuestros sentimientos y nuestras obras mejor que nuestras palabras si amamos á Dios, y si amamos á nuestros hermanos. Decir que se ama á Dios, y no guardar sus mandamientos, es mentira. Decir que se ama á sus hermanos, y no tener para con ellos mas que dureza ó indiferencia, es mojiganga: las obras son un testimonio poco sospechoso de nuestros verdaderos sentimientos.

El Evangelio de la Misa está tomado del de san Lucas, capítulo XIV.

In illo tempore: Dixit Jesus pharisaeis parabolam hanc: Homo quidam fecit coenam magnam, et vocavit multos. Et misit servum suum hora coenae dicere invitatis ut venirent, quia jam parata sunt omnia. Et coeperunt simul omnes excusare. Primus dixit ei: Villam emi, et necesse habeo exire, et videre illam: rogo te habe me excusatum. Et alter dixit: Juga boum emi quinque, et eo probare illa: rogo te habe me excusatum. Et alius dixit: Uxorem duxi, et ideo non possum venire. Et reversus servus, nuntiavit haec domino suo. Tunc iratus paterfamilias, dixit servo suo: Exi cito in plateas et vicos civitatis: et pauperes ac debiles, et caecos et claudos introduc huc. Et ait servus: Domine, factum est ut imperasti, et adhuc locus est. Et ait dominus servo: Exi in vias et sepes: et compelle intrare, ut impleatur domus mea. Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustabit coenam meam.

En aquel tiempo dijo Jesús á los fariseos esta parábola: Cierto hombre dió una gran cena, y convidó á muchos. Cuando fue tiempo de cenar envió á su criado, que dijese á los convidados que viniesen, porque todo estaba pronto. Empezaron entonces todos á excusarse. Díjole el primero: He comprado una casa de campo, y me es preciso ir á verla; ruégote que me excuses. El otro dijo: He comprado cinco pares de bueyes, y voy á probarlos: ruégote que me excuses. Yo me he casado, dijo otro, y por esto no puedo ir allá. Volviéndose el criado, dió cuenta de todo á su señor. Entonces airado el padre de familias dijo á su siervo: Inmediatamente sal á las plazas y calles de la ciudad, y tráete acá los pobres, los paralíticos, los ciegos y los cojos. Señor, dijo el criado, está ejecutado lo que ordenásteis, y todavía queda lugar. Díjole el señor de nuevo á su siervo: Vé á los caminos y por los vallados, y á los que encuentres precísalos á entrar á fin de que se llene mi casa; porque yo os aseguro que ninguno de los que habian sido convidados gustará de mi banquete.

MEDITACION.

Sobre las excusas que alejan á muchos de la Comunion.

Punto primero. — Considera que el verdadero banquete celestial al cual están convidados todos los fieles, y de el que la cena de que habla el Evangelio no era mas que la figura, es la Comunion. Este

es el banquete divino en el que sirven de manjar y de bebida el cuerpo y la sangre de Jesucristo; el Salvador es el que lo ha preparado y convida á todo el mundo. Pero ¿cuántos se excusan y se niegan á concurrir á él? Yo he comprado una casa de campo, dice el uno, y no puedo menos de ir á verla. Yo me he casado, dice otro, y es bien claro que mi excusa es legítima. Otro dice: Yo he comprado cinco pares de bueyes, preciso es que vaya á probarlos. De aquí, dice san Gregorio, los tres grandes principios de nuestra indevocion, de nuestro alejamiento de la Comunion y de nuestra repugnancia. El apego á los bienes de la tierra, el interés y el amor del placer son los aciagos lazos que nos encadenan y nos detienen. Por mas que Jesucristo nos envia sus domésticos y sus siervos que nos digan que todo está pronto, y que nos espera á comer en su mesa donde él mismo quiere servirnos su precioso cuerpo, no se hace caso de un pan divino y de un maná enteramente celestial; nos gustan mas las cebollas de Egipto. Estamos pegados á la tierra por muchas partes: el corazon es demasiado terreno, y el entendimiento apenas es tampoco mas espiritual. Nos decidimos al servicio del mundo, y este señor, enemigo declarado de Jesucristo y de nuestra salvacion, no se conviene á permitir á sus esclavos el que se hallen en esta divina mesa. Los negocios temporales, el comercio, absorben todo el tiempo, y sufocan poco á poco todo espíritu de religion. Los dias de trabajo no bastan; un insaciable interés, una codicia dominante quiere tambien aprovecharse de los dias de fiesta. El dia santo del domingo apenas es para la mayor parte de los hombres el dia santo del Señor; las fiestas campestres y lo mas espinoso de los negocios se deja para los domingos y dias festivos. La Comunion no es cosa que interesa á la mayor parte de las gentes: pide demasiada preparacion y cuidado, y hay otras cosas que hacer. En fin, aun cuando no tuviésemos mas que la funesta pasion del placer, es innegable que los lazos que produce son muy fuertes y muy multiplicados; el obstáculo es muy grande para ir á participar de los divinos misterios. Cuando agradan los placeres carnales é impuros, la Comunion causa tedio. Por mas que el espíritu mundano aduzca cien pretextos plausibles, son vanas y frívolas excusas; siempre nacen de uno de estos fondos. Siempre hay tiempo para hallarse en todas las partidas y reuniones á que el mundo nos convida; pero si se trata del banquete sagrado, al cual nos convida el Salvador, jamás hay lugar. Por mas que se nos represente que este es el festin de Jesucristo, que es el pan de vida el que allí se nos da, y una vida celestial y eterna, cede siempre al pan ter-

restre de un puñado de dias. Ni la dignidad, ni la majestad del que nos convida, ni el precio infinito del alimento divino que allí se nos da, ni los auxilios y la fortaleza que allí se encuentra, ni los medios de salud que se hallan allí, ni las dulzuras puras y exquisitas que gustan en él las almas santas, nada basta para vencer la repugnancia, señal visible de reprobacion. ¡Cuántas gentes no comulgarian jamás, si bajo pena de pecado y de excomunion no se les forzase á comulgar al menos por la Pascua! y una Comunion hecha por fuerza, ¿es una prenda de salud?

Punto segundo. — Considera que no es menos frívola la excusa de aquellos que se alejan de la Comunion por un pretexto de respeto y de humildad, respeto simulado, humildad imaginaria y engañosa; puesto que una humildad sincera y religiosa seria una verdadera y santa disposicion del alma para comulgar. Nosotros no somos dignos de comulgar con frecuencia; pero ¿el retiro de la Comunion nos hace mas dignos? No se siente uno bien dispuesto; y ¿qué se hace para tener las disposiciones necesarias? Cuanto mas uno se aleja de la sagrada mesa, menos dignamente se acerca. Pocos hay de los que solo comulgan una vez al año que no hagan una comunion indigna. Os absteneis de la Comunion, dice san Francisco de Sales; no morís, es verdad, de veneno, pero morís de hambre y de inanicion. Por mas que se haga un mérito de los motivos especiosos que alejan de la Comunion, la verdadera razon para ello es el que no se quieren corregir los defectos, ni romper los lazos que son el verdadero obstáculo que lo impide. Conócese bien que comulgando mas á menudo seria necesario reformar las costumbres; romper ciertas aficiones poco inocentes, vivir con mas regularidad, corregir ciertos defectos, reformar el lujo, domar las pasiones, mortificar el natural, ser mas religiosos y mas devotos, en fin, llevar una vida menos mundana y mas cristiana, y esto es lo que no se quiere hacer y lo que tambien da márgen á todos esos vanos pretextos que tanto alejan de la Comunion y de que se vale el amor propio para tranquilizar y para enervar los remordimientos de una conciencia todavía cristiana. Conoce muy bien el demonio de cuán grande auxilio es para el alma este divino Sacramento, para que no se valga de todo género de medios á fin de alejar á los fieles de la sagrada mesa; así es que todos sus artificios tienden ó á impedir que se comulgue, ó á hacer que se comulgue indignamente. Comúlgase rara vez por el temor de comulgar mal; pero ¿este largo intervalo de una comunion á otra

sirve de disposicion para hacer una comunion mas santa y mas fervorosa? ¿Hácese uno mas fuerte contra las tentaciones porque se abstenga del pan de los fuertes? Privándose de este alimento divino que mantiene las vírgenes, ¿se hace mas religioso, mas mortificado, mas puro? Después de haber pasado los tres, los seis meses sin comulgar, ¿se siente uno mas abrasado en el fuego del amor divino? ¿mas corregido de sus defectos? ¿hállase en mayor inocencia? ¡Qué ilusion, buen Dios! ¡qué error imaginarse que estará uno en mejor disposicion para resistir al enemigo, rehusando lo que nos sirve de escudo contra sus tiros! ¡Creer que siempre se encontrará lugar en el banquete celestial, después de haberse privado de él por tan vanas excusas! La Comunion frecuente pide una vida pura, santa, fervorosa; pero la privacion de la Comunion ¿nos dispensa de este fervor y de esta santidad? Se trata de dejar los vicios ó la Comunion, y se determina dejar mas bien la Comunion que los vicios. ¡Buen Dios, qué inicua preferencia! ¡qué impiedad!

¡Ah, Señor! ¡no permitais jamás que yo observe una conducta tan monstruosa y tan chocante! Haced, ó Dios mio, por vuestra gracia que yo viva en adelante de un modo tan cristiano que esté en estado de comulgar con la mayor frecuencia.

Jaculatorias. —Jamás nos alejamos, Señor, de vuestra mesa sin que nos pongamos en peligro de perecer. (*Psalm.* LXXI).

Cuanto mas nos acercamos á este divino Sacramento, mas fortaleza y mas luz recibimos. (*Psalm.* XXXIII).

PROPÓSITOS.

1 Es mal modo de raciocinar el decir: yo no quiero comulgar, porque me reputo indigno de ello; debe, por el contrario, decirse: quiero trabajar cuanto me sea posible, con el auxilio de la gracia, para hacerme menos indigno de comulgar, por la inocencia de mi vida y por mi devocion. El creerse indigno y por tanto hacer lo posible para no serlo, es en alguna manera acercarse dignamente. «Si «los mundanos os preguntan por qué comulgais con frecuencia, dice «san Francisco de Sales en su admirable libro de la *Introduccion á «la vida devota,* decidles que es para aprender á amar á Dios, para «purificaros de vuestras imperfecciones, para libraros de vuestras «miserias, para consolaros en vuestras aflicciones, para adquirir fuer«zas contra vuestras flaquezas. Decidles que dos especies de gentes «deben comulgar á menudo: los perfectos, porque estando bien dis-

«puestos harian un gran mal en no acercarse á la fuente de la per-«feccion y de la santidad; y los imperfectos, á fin de corregirse para «llegar á ser perfectos. Los fuertes para no enflaquecerse, y los fla-«cos para llegar á ser fuertes. Los enfermos para curarse, y los sa-«nos para no caer enfermos; y que por lo que hace á vosotros, como «os considerais imperfectos, flacos y enfermos, necesitais comunicar «á menudo con aquel que es vuestra perfeccion, vuestra fortaleza y «vuestro médico. Decidles que las gentes del mundo, que no tienen «muchos negocios, deben comulgar con frecuencia porque tienen «comodidad para ello; y los que están cargados de negocios no de-«ben hacerlo con menos frecuencia porque tienen necesidad de ma-«yores auxilios, y que el que trabaja mucho y se fatiga mucho, de-«be tambien comer viandas sólidas y comer á menudo. Decidles que «comulgais muchas veces para aprender á comulgar bien, porque «apenas se hace bien lo que se hace pocas veces.» Seguid este sabio consejo. Comulgad con frecuencia siguiendo el parecer de vuestro director, y procurad que cada comunion sea una preparacion para la comunion siguiente.

2 No es posible, dice el Sabio, llevar fuego en el seno y no abrasarse. El amor divino ha encendido, por decirlo así, sobre nuestros altares un gran brasero en la adorable Eucaristía, y acercándose á este fuego sagrado es como los Santos se han abrasado en un amor ardentísimo y ternísimo á Jesucristo. Acercaos, pues, á él cuantas veces os lo aconsejare vuestro director, y vivid tan santamente que podais acercaros con frecuencia. No dejeis nunca de prepararos para la comunion desde la víspera. Todos los libros de piedad están llenos de prácticas santas para la comunion; adoptad una constante. Pero siempre es la mas útil la que sugiere el corazon, y en la que él tiene mas parte. Emplead todo el dia de la comunion ó en prepararos para ella, ó en dar gracias. No dejeis de asistir, si es posible, á los divinos oficios, y pasad una media hora á la tarde delante del santísimo Sacramento

DIA DE LA OCTAVA

DE LA

FESTIVIDAD DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO,

Ó DEL CORPUS.

Las fiestas solemnes de la Iglesia tienen su octava, esto es, su solemnidad dura ocho dias, en cada uno de los cuales se celebra siempre la misma fiesta. El dia octavo es tan célebre como el primero. La Iglesia ha tomado esta regla del Antiguo Testamento. Mandando el Señor á Moisés que haga celebrar la fiesta llamada de los Tabernáculos ó de las Tiendas con mucho aparato y solemnidad, le dice: El primer dia será celebérrimo y santísimo, y el octavo no cederá al primero en celebridad, en devocion y en culto; y san Juan llama á este último dia el gran dia de la fiesta. (*Joan.* VII). Este es el espíritu de la Iglesia celebrando la festividad de este dia, que es el último de la octava de la fiesta de Dios; renovando en algun modo en él la solemnidad del primer dia de la fiesta. Llámase vulgarmente este dia el de la fiesta menor de Dios, porque se deja en libertad al pueblo de que trabaje, no obstante que en algunos parajes se guarda. Como en este último dia termina toda la solemnidad del triunfo de Jesucristo en el santísimo Sacramento, la Iglesia exhorta á todos sus hijos á que redoblen su fervor, su culto y su devocion haciendo llevar en triunfo á Jesucristo en las procesiones particulares que hoy se hacen en los pueblos.

Ninguna fiesta, en verdad, deben celebrar los fieles con mas empeño, mas celo y mas devocion que esta. Su objeto es Jesucristo en la adorable Eucaristía; el motivo de reconocimiento es el amor inmenso que en ella nos testifica; el motivo de justicia son los ultrajes sacrílegos que le hacen los herejes en este estado humilde en que su amor le ha puesto, y las frecuentes profanaciones de los malos cristianos: los bienes infinitos que hallamos en este tesoro inagotable de las gracias y de las misericordias del Señor deben excitar nuestro celo, reanimar nuestra fe, y abrasar nuestro corazon con el fuego del divino amor. ¿Ignoramos todo lo que contiene, todo lo que nos dice, odo lo que nos arguye este divino misterio? ¿Podía darnos Jesucristo una prueba mas sensible ni una prenda mas brillante del exceso de

su amor? ¿Hubiésemos exigido jamás de su amor excesivo á nosotros una maravilla tan incomprensible? pero ¿hemos olvidado todo lo que ha sufrido de los malos cristianos y del furor impío de los herejes en este misterio de amor?

Este es el mas grande de todos los milagros de Jesucristo, dice santo Tomás: el milagro de su amor á nosotros, dice san Cirilo. Si alguna cosa pudiera alterar mi fe sobre este misterio, dice un gran siervo de Dios, no seria ciertamente del poder infinito que Dios ostenta en él de lo que yo dudaria, mas bien seria del amor extremo que en él nos testifica. ¿Cómo lo que es pan se convierte en carne sin dejar de aparecer pan? ¿cómo el cuerpo de un hombre se halla á un mismo tiempo en muchos lugares? ¿cómo puede estar encerrado en un espacio cuási indivisible? á todo esto no tengo mas que responder que Dios todo lo puede. Pero si se me pregunta cómo puede componerse que Dios ame á una criatura tan flaca, tan imperfecta, tan ingrata, tan miserable como el hombre, y que le ame con pasion, con transporte; que tenga por este hombre solicitudes que un hombre aun no tendria por otro hombre, confieso que no tengo respuesta alguna que dar, y que es una verdad que sobrepuja á todo entendimiento criado. Esto es lo que ha hecho decir á san Bernardo que el Sacramento del Altar es el amor de los amores, esto es, el efecto del mas grande de todos los amores. ¿Quién no quedará transportado de admiracion, exclama san Cirilo, considerando que este pan mudado no en apariencia sino realmente, no en figura sino en su naturaleza, se hace por la omnipotencia de Dios la propia carne de Jesucristo? El que come esta carne, dice san Cirilo, y bebe esta sangre, se hace un mismo cuerpo y una misma sangre con Jesucristo. ¡Qué gloria para los Cristianos y qué amor de Dios! continúa este Padre; por la participacion de los divinos misterios venís á ser una misma carne, por decirlo así, y una misma sangre con Jesucristo. Me atrevo á decir, dice san Agustin, que aunque el poder de Dios es infinito, no ha podido darnos nada mas grande; aunque su sabiduría es ilustradísima, no ha sabido hallar un medio mas excelente de hacernos bien; y aunque sus riquezas son inmensas, no ha tenido con que hacernos un presente mas magnífico. ¿Seria esto así, si como se atreven á sostener los protestantes, la Eucaristía no fuese mas que la figura del cuerpo y de la sangre de Jesucristo y no la realidad? Esta es la reflexion que hace el santo Doctor: Diciendo Jesucristo, dice él, el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él, demuestra con toda claridad que no habla de comer su cuerpo y beber su sangre en signo

ó en figura, sino verdadera y realmente. Así es, dice en otra parte el mismo santo Doctor, que nadie come esta carne sin que antes la haya adorado, y no solamente no se peca adorándola, sino que seria un pecado el no adorarla. Porque al fin, la carne que el Salvador nos da á comer en la Eucaristía, es la misma que tenia viviendo visiblemente entre nosotros. ¿En qué consistió, pues, prosigue aun hablando el mismo Padre, en qué consistió que habiendo dicho Jesucristo que su carne es verdaderamente un alimento, y que si no se come su carne, si no se bebe su sangre no se obtendrá la vida, se escandalizaron muchos de sus discípulos y dijeron: *Duro es este discurso; quién es el que puede oirlo con serenidad?* Esto consistió, dice san Agustin, en que ellos entendieron lo que el Salvador les decia de un modo enteramente carnal y en mal sentido. Creyeron ellos que trataba de darles su carne á pedazos, y que queria que la comiesen como se comeria un cadáver. Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron y no le siguieron mas. Si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su cuerpo y de su sangre en la Eucaristía, ¿hubiera dejado de explicar su pensamiento á aquella multitud de discípulos á quienes la suncion de su carne habia chocado tanto? ¿Hubiera dejado perder tantas gentes que le habian seguido hasta entonces, por no decirles que esta suncion de su carne no era mas que en figura; que lo que les escandalizaba no era mas que una manera de hablar alegórica; que este pan vivo de que les acababa de hablar no era, en su modo de sentir, mas que la figura de su cuerpo vivo; y que así como no se habian escandalizado cuando le habian oido decir que él era la verdadera vid, tampoco debian ofenderse cuando decia que su carne era verdaderamente un alimento que les habia de dar á comer? El Salvador, que tanto interés tenia por la salud de aquellos que le seguian, no les desengaña acerca de la realidad y de la verdad que les escandaliza. Se contenta con reprender su modo de concebir grosero y carnal, diciéndoles: Vosotros creeis que yo os hablo de comer mi carne como se comen las demás viandas; no, mi carne debe ser alimento de vuestras almas y no de vuestros cuerpos. Aun cuando deba dárseos verdaderamente, será sin embargo de un modo enteramente milagroso, y no aprovechará sino á aquellos que tuvieren una fe viva y un corazon puro. Este milagro solo mi omnipotencia puede obrarlo. Para creer esta maravilla es menester la fe; *y hay entre vosotros*, dice á sus discípulos, *quienes no creen. Muchos de sus discípulos se retiraron*. Esta desercion hasta de los discípulos, después de la explicacion que Jesucristo acababa de darles, es cier-

tamente, como ya se ha dicho, una prueba evidente de que ellos siempre tomaron sus palabras por una promesa de darles realmente su cuerpo á comer y su sangre á beber. Si todas estas cosas, en órden á este misterio, no hubieran debido suceder mas que en figura, la bondad y aun la justicia del Salvador, dicen los Padres, exigian que les desengañase, puesto que su error y su crímen solo hubiera estado en tomar las palabras de su Maestro en el sentido que naturalmente debian tener. Por lo demás, los discípulos de que aquí se habla no eran del número de los setenta y dos. Aun no los habia escogido Jesucristo.

La participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, dice san Basilio, es necesaria para alcanzar la vida eterna. No hay verdad de fe mejor establecida, ninguna mas claramente explicada por la fe unánime de todos los siglos, que la de la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el santísimo Sacramento.

Los herejes, dice san Ignacio mártir, que vivia en el siglo I, y que ha sido uno de los principales discípulos de los Apóstoles, y particularmente de san Juan; *los herejes*, dice, *se abstienen de la Eucaristía, porque no quieren confesar que sea la propia carne de nuestro Salvador Jesucristo la misma que ha padecido por nuestros pecados, y que Dios ha resucitado; y negando este don de Dios, tienen la desgracia de morir en su obstinacion.* Exhortando en seguida á los fieles á que no falten nunca á la asamblea, esto es, á la iglesia los dias de comunion: Acordaos, les dice, que el pan divino que comeis es el remedio eficaz para conseguir la inmortalidad, y el soberano antídoto que preservando al alma de todo lo que pueda darla muerte la conserva la vida.

San Justino, uno de los Mártires mas ilustres del siglo II, en su célebre apología en favor de los Cristianos, refiere todo lo que se practicaba en la celebracion de nuestros sagrados misterios y en la Comunion: Por lo demás, dice, este divino alimento, que nosotros llamamos Eucaristía, no se da sino á aquellos que creen verdaderamente que está aquí el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y que se han preparado para ella lavándose en el baño de la penitencia: porque solo á los que viven la vida de la gracia, es á quienes Jesucristo se da á comer; por esto no le recibimos como un pan ordinario, sino que, así como por la omnipotencia de Dios el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha tomado un cuerpo como el nuestro por nuestro amor, así tambien sabemos que por la misma omnipotencia de Dios, este cuerpo y esta sangre del Hijo de Dios hecho hombre se hace nuestro sagrado alimento. Sabemos por los mismos Apóstoles que habiendo

dicho Jesucristo: Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre, y habiéndoselo dado á comer y á beber, les mandó que hiciesen lo mismo en memoria de él.

San Ireneo, obispo de Leon, tan célebre en el siglo III, escribiendo contra las herejías: Después que Jesucristo, dice, habiendo tomado el pan comun, y habiéndole consagrado, ha asegurado que era su verdadero cuerpo, como la Iglesia lo ha recibido de los mismos Apóstoles; ¿cómo los herejes, que niegan la divinidad del Verbo, podrán creer la realidad de la Eucaristía, esto es, que ha sido consagrada? Por lo que hace á nosotros que creemos firmemente la divinidad de Jesucristo, creemos tambien firmemente el misterio adorable de la Eucaristía; lo que vale tanto como si este gran Santo dijese: No puede creerse la divinidad de Jesucristo, sin que se crea la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía: y negar la realidad del cuerpo y de la sangre de Jesucristo en la adorable Eucaristía, es negar la divinidad de Jesucristo.

Y pues que el Verbo dice: Esto es mi cuerpo, persuadámonos de la verdad de estas palabras, dice san Juan Crisóstomo que florecia en el siglo IV de la Iglesia, y á quien los Papas llaman el Agustin de los griegos. Creamos y miremos á Jesucristo con los ojos de la fe en este Sacramento. Jesucristo está realmente en este adorable misterio; pero invisiblemente bajo de las especies visibles. Este divino Salvador se acomoda á nuestra naturaleza. Si no tuviésemos cuerpo, nada habria corporal en los dones que Dios nos hace; mas porque nuestra alma está unida á un cuerpo, Jesucristo se nos ha dado invisiblemente, pero bajo de apariencias visibles y sensibles. Cuántos hay que dicen: Yo quisiera ver á Nuestro Señor revestido con el mismo cuerpo en que vivió sobre la tierra; quedaria yo encantado al ver su rostro, sus vestidos y hasta su calzado: Y yo os digo, responde este gran Santo, que él mismo realmente es el que tocais y poseeis: desearíais ver sus vestidos, y es á él mismo á quien teneis: no solo os permite que le toqueis, sino tambien que le recibais dentro de vosotros, que le comais.

San Ambrosio, san Agustin, san Gerónimo, que en el siglo V eran las luces y los oráculos del mundo cristiano, hablan del santísimo Sacramento del altar, como lo habia hecho siempre la Iglesia en los siglos precedentes, y como lo hace todavía en el presente; y seria nunca acabar si hubiera de referirse todo lo que confunde, y hace tan lastimosa la impiedad y la ceguera de los herejes de estos últimos tiempos. ¿Qué sentimientos de lástima y de compasion no deben cau-

sarnos aquellos que imitando á los falsos discípulos de Jesucristo que se retiraron, dicen como ellos: Duro es este modo de hablar; quién hay que pueda tolerarlo? Por lo que hace á vosotros, fieles verdaderos, dice san Juan Crisóstomo, responded como san Pedro: ¿A quién irémos? Vos teneis palabras de vida eterna. Creed la palabra de Jesucristo; considerad cuánto os honra el ser admitidos á la mesa del Hijo de Dios. No haya para nosotros otro sentimiento en esta vida, dice el mismo Santo, que el estar privados de este divino alimento, de estos manjares deliciosos.

La misa de este dia es la misma que la del primer dia de la fiesta. *Les ha alimentado con la flor del trigo, y les ha hartado con la miel de la piedra.* ¡Qué pastor, exclaman aquí los Padres, ha mantenido jamás á sus ovejas con su propia carne! Esta es la flor del trigo, pero del trigo de los elegidos. ¡Qué dulzuras no gustan en este banquete las almas puras! Jamás fue tan dulce la miel en la boca, como lo es Jesucristo para un corazon puro. Al salir de esta divina mesa, seamos, dice san Juan Crisóstomo, como leones que no respiran mas que fuego y llamas; hagámonos terribles á los demonios, y no pensemos ya en otra cosa que en el amor inmenso que Jesucristo nos testifica en la divina Eucaristía. Nadie, pues, se acerque á esta mesa sagrada con disgusto, con negligencia, con frialdad. Vaya léjos de este banquete sagrado todo falso discípulo, todo profanador, todo el que no esté revestido de la ropa nupcial. La mesa sacrosanta no admite tan indignos convidados: este divino alimento es solo para los discípulos; el mismo Jesucristo, continúa el mismo Santo, es el que lo ha dicho: *Yo celebro la Pascua con mis discípulos.* Estos son los que deben alimentarse con la flor del trigo puro y de la miel que se gusta en esta divina mesa. Aquí se da, añade san Juan Crisóstomo, aquí se da la misma cena que Jesucristo hizo con sus Apóstoles la víspera de su pasion; no hay ninguna diferencia, es el mismo Salvador, los mismos manjares, el mismo milagro. Porque no debemos pensar que aquella la haya hecho Jesucristo, y que esta la haga un puro hombre; el mismo Jesucristo es el que hace las dos.

Como se ha dado ya la explicacion de la Epístola en el dia de la fiesta, bástará dar en este dia la del Evangelio.

Este no es otra cosa que una exposicion del gran misterio de la Eucaristía. Queriendo Jesucristo disponer los ánimos, á fin de que concibiesen el milagro que queria hacer antes de su muerte de la real transustanciacion del pan y del vino en su carne y en su sangre para que sirviese de alimento y de bebida á nuestras almas, habló muchas

veces á sus discípulos de un alimento enteramente divino que queria darles; el cual alimentando el alma y comunicándola la vida de la gracia, la procuraria tambien la vida bienaventurada por toda la eternidad. Para una maravilla tan estupenda era necesaria esta preparacion de los ánimos; así que el Salvador hizo un discurso bastante largo para disponer aquellos entendimientos todavía tan groseros á creer una verdad tan admirable y tan importante. Ni comenzó á hablarles del misterio de la Eucaristía hasta después de haber hecho el milagro de la multiplicacion de los cinco panes, con lo cual parece que el Salvador quiso convencerles de su omnipotencia, antes de hablarles de un misterio en el que era absolutamente necesaria esta omnipotencia, y en el que aparecia de un modo tan claro.

Viendo Jesucristo el ansia con que le seguian, dijo á los que estaban junto á él: Vosotros no me buscais atraidos tanto de los milagros que me habeis visto hacer, sino mas bien por los panes que habeis comido. Los panes que yo os he dado os han satisfecho, y los habeis encontrado de un gusto delicioso. Esto es lo que os atrae, esto es todo lo que buscais. Elevad, pues, mas vuestros pensamientos y vuestras esperanzas; desead un alimento mucho mejor, un alimento que hace vivir eternamente. El que lo da, y á quien se lo debeis pedir, es el mismo que os habla; es á un mismo tiempo Hijo de Dios, é Hijo del hombre, el cual hasta ahora nada os ha dicho que su Padre no haya aprobado y como sellado con su sello; de este mismo Padre ha recibido el poder para hacer todos los milagros que habeis visto, y que son señales sensibles de la divinidad, cuya plenitud reside corporalmente en él, y obra todas las maravillas que hace.

Este discurso les dió bien á entender que el pan de que Jesús hablaba no era de la misma especie que el pan comun; y despertó en ellos una ansia tal de comerle, que inmediatamente preguntaron qué era preciso hacer para hacerse dignos de ello. Lo que debeis hacer, respondió entonces el Salvador, es tener una fe viva y entera, y creer en el que el Padre ha enviado. Déjase entender muy bien en estas palabras que el Salvador queria significarles que para llegarse al gran misterio de la Eucaristía de que les hablaba era necesaria una fe perfecta; y su respuesta manifestó bastantemente que la mayor parte de los que le oian no tenian una fe bastante pura, ni una idea adecuada del gran don que queria hacerles; así que inmediatamente replicaron: ¿Qué milagros haces para mostrar tu poder, y obligarnos á creer tu palabra? Si hubiésemos visto alguno que durase largo tiempo, y que hubiera sido útil generalmente á todo el pueblo, tal como

fue el del maná del desierto, inmediatamente te hubieras hecho dueño de la adhesion de nuestros ánimos; pero ¿qué tienen de extraordinario unos milagros que se obran en un momento, y que á tan pocos aprovechan? Es muy probable que los que hablaban así, no se habian tal vez hallado en el desierto cuando con cinco panes satisfizo á cinco mil personas; y es visible que fueron de los que habiéndole oido hablar en seguida mas positivamente sobre el misterio de la Eucaristía, se retiraron, y no volvieron á ser discípulos suyos.

El maná, le dijeron, que nuestros padres han comido, era, segun la relacion de nuestras antiguas Escrituras, un pan que diariamente venia del cielo, el cual fue el alimento ordinario del pueblo en los cuarenta años que permaneció en el desierto, y por el que hemos venido en conocimiento de la santidad y el poder de nuestro ilustre legislador Moisés, y en que además se funda la deferencia que damos á su testimonio, como de un hombre manifiestamente enviado de Dios. Este mal razonamiento de los judíos causó al Salvador mas bien compasion por su ignorancia, que indignacion por su incredulidad. Díjoles con mucha dulzura, pero con un tono afirmativo y como maestro, que el maná que Moisés habia dado á sus padres no era propiamente el pan del cielo, sino solo su figura: que el verdadero pan del cielo era el que les daba Dios su padre, y que no habia otro que este que hubiese descendido del cielo para dar la vida al mundo. Si así es, le dijeron, si Dios se digna darnos á comer este pan celestial, haz de modo que no carezcamos jamás de él. No esperaba Jesucristo, por decirlo así, mas que esta ocasion para descubrirles el misterio de los misterios. Hablóles de él tan claramente, que es necesario cegarse á sí mismo y llevar hasta el exceso la tenacidad para no creerlo. No tenemos en nuestra Religion una verdad de fe que Jesucristo haya explicado con tanta claridad, ni de un modo mas sensible.

Yo soy, les dice, *el verdadero y el solo pan de vida:* el que viene á mí no tendrá mas hambre, y el que cree en mí no tendrá nunca sed. Pero yo soy el que os lo he dicho, vosotros me habeis visto, y sin embargo no creeis. ¡Qué bien cuadra esta reprension del Salvador á los herejes! Viendo el Hijo de Dios que muchos murmuraban de él, porque habia dicho: Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo, tuvo á bien el explicarles la verdad de este misterio, confirmando en los mismos términos, y aun en términos mas claros, lo que les habia dicho: *Yo soy el pan de vida*. Sí, y un pan muy diferente que el maná, el cual no ha podido jamás librar de la muerte á vuestros padres que comian de él en el desierto, ni ha podido ser para ellos una pren-

da de la vida eterna. Solo el pan vivo que ha bajado del cielo es el que da la vida; y yo soy este pan vivo, y os prometo que los que se hicieren dignos de este pan, vivirán para siempre.

Comienza aquí Jesucristo á hablar positivamente de la suncion real y verdadera de su cuerpo. Son tan expresas las palabras de que se sirve, que los judíos, aunque acostumbrados á un estilo figurado y metafórico, no pudieron menos de tomarlas en el sentido propio y literal; y el Salvador, léjos de dulcificar ó de modificar lo que acababa de decir, continúa explicándose en términos todavía mas formales y mas manifiestos. Sí, les dice, *el pan que yo os daré es mi propia carne.* Estas palabras tan expresas, tan claras, hicieron toda la impresion que debian hacer naturalmente. ¿Cómo puede ser, se decian unos á otros, que este hombre nos dé á comer su carne? En verdad, si este divino Maestro, cuyas palabras son otros tantos oráculos, no hubiese querido dejar á los fieles mas que una figura de su cuerpo, y no darles mas que el pan comun, ¿hubiera podido ver y oir á sangre fria y sin explicarse la disputa que se suscitó entre sus oyentes y sus discípulos? ¿No era fácil y necesario para sosegar los ánimos conmovidos, decirles que este pan misterioso de que hablaba no debia ser mas que una figura de su propia carne? Mas como aquí se trataba de uno de los puntos principales de la fe y de una verdad importante contra la que debian suscitarse y vomitarse tantos errores en los siglos sucesivos, Jesucristo confirma con términos todavía mas expresivos y mas fuertes lo que habia sentado en órden á este divino misterio. Sí, dice el Salvador, disputad cuanto quisiéreis, y mirad mi proposicion como una verdad incomprensible: en verdad, en verdad, os lo repito, si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros; y vivid persuadidos que el que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna. ¡Qué prueba tan concluyente de la realidad del cuerpo de Jesucristo en el santísimo Sacramento es esta verdad, tantas veces repetida y expresada en términos tan claros á unas gentes á quienes se les hacia tan dura! Y como si el Salvador no se hubiese aun explicado bastante, añade: *Porque mi carne es,* no en figura, sino *verdaderamente una comida, y mi sangre es verdaderamente una bebida.* Al oiros hablar así, ó Salvador mio, exclama el sabio intérprete que queda ya citado, no temo pronunciar que si yo estoy engañado, sois Vos el que me engañais; el hereje rehusa adoraros bajo de las especies de pan, porque no comprende cómo podeis estar allí; y ¿comprende mejor como sois uno en tres personas? ¿Os habeis explicado con mas

claridad acerca del misterio de la Trinidad, que lo habeis hecho sobre el de la Eucaristía? Y queriendo enseñarnos que estais realmente presente bajo de las apariencias de pan y de vino en la Eucaristía, ¿podíais hacerlo de un modo mas preciso, mas expreso, ni en términos mas claros?

Diríase que como si Jesucristo recelase no haberse explicado bien todavía sobre la realidad de este misterio, á la manera que cuando tememos no haber sido bien entendidos en lo que hemos querido decir, repetimos muchas veces la misma cosa y con expresiones diferentes para hacer comprender mejor el verdadero sentido, así Jesucristo hace lo mismo tocante á la Eucaristía. Yo soy el pan de vida, el pan vivo que ha descendido del cielo. ¿Murmuran los judíos contra él, porque ha dicho que él es el pan vivo? Jesús les responde: No murmureis entre vosotros. Sí, yo soy el pan de vida; vuestros padres han comido el maná, y han muerto. Aquí está el pan bajado del cielo, á fin de que si alguno come de él, no muera. Yo soy el pan vivo que he bajado del cielo; si alguno come de este pan vivirá eternamente. Me expliqué, ¿y vosotros comprendeis mi pensamiento? Este pan celestial de que os hablo, y que yo os daré, es mi carne. Dice el pan celestial que yo os daré, porque no habia instituido todavía el sacramento de la Eucaristía; y aquí explicaba este misterio que no debia instituir hasta la víspera de su muerte. Disputais entre vosotros, les dice el Salvador, cómo puede ser que yo os dé á comer mi carne. Ciertamente que si Jesucristo no hubiese querido hablar mas que de la figura de su carne, este era el lugar en que debia explicar su pensamiento; lo explica en efecto, y del modo mas claro, pero es para no dejar duda alguna sobre la realidad. En verdad, en verdad, responde Jesús (notemos que cuando Jesucristo queria decir alguna cosa que mereciese una atencion particular, ordinariamente lo hacia con estas expresiones: *en verdad, en verdad os digo*): en verdad, en verdad os digo, responde Jesús, si no comeis la carne del Hijo del hombre, ni bebeis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, añade, tiene la vida eterna. *Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida.* Y como entre todas las maneras de union no conocemos otra mas íntima que la que se hace por el alimento, añade Jesucristo: *El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí, y yo en él: y como yo vivo por mi Padre, del mismo modo el que me come vivirá tambien por mí,* esto es, que así como Jesucristo es uno con su Padre, por razon de la naturaleza divina, y por su Padre le ha sido

comunicada esta vida divina, así tambien, guardando la debida proporcion, él se hace el principio de una vida espiritual y divina en aquellos que se unen á él por la participacion de su cuerpo y de su sangre: *Este es el pan que ha venido del cielo: el que come de este pan vivirá eternamente.*

Enseñaba Jesucristo este misterio en la sinagoga de Cafarnaum. Muchos de sus discípulos, bien penetrados del sentido de esta verdad, no pudieron resolverse á creerla: tanto les chocaba la realidad del cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía, que dejaron al Salvador. Este no les llamó, les dejó que se fuesen, contentándose con decir, que sabia bien que entre los que le seguian habia quienes no tenian fe. *Hay algunos de vosotros que no creen,* dijo á sus verdaderos discípulos: *porque,* añade el Evangelista, *siempre habia conocido á los que no creian.* Y dirigiéndose á los Apóstoles les dijo: *¿Quereis tambien vosotros marcharos?* lo cual hizo decir á san Pedro en nombre de todos: *Señor, ¿y á quién irémos? Vos teneis palabras de vida eterna:* como si dijese: no es posible ser salvo ninguno, si no se creen vuestras palabras. Por incomprensible que sea al entendimiento humano el misterio que acabais de enseñarnos, nosotros creemos que nada hay tan cierto como él, puesto que estamos persuadidos que sois el Mesías, el Hijo único de Dios vivo, y que nada os es imposible porque sois omnipotente.

La fiesta que celebramos durante esta octava ha sido instituida en honor del cuerpo de Jesucristo. Era justo que este cuerpo adorable, unido sustancialmente á la divinidad, que habia sido tan maltratado en la tierra, recibiese, en fin, el honor y el culto que le era debido. Esta es sin duda una de las razones que movieron al Hijo de Dios á instituir este adorable misterio. El honor que el Verbo habia hecho á la carne contrayendo con ella una alianza tan estrecha en su encarnacion, por la cual el Verbo se ha hecho carne, pedia que esta carne unida al Verbo fuese honrada y adorada sobre la tierra; y las humillaciones extremas á que habia sido reducido en su pasion y durante su vida mortal exigian que fuese el objeto del culto religioso mas perfecto en el mundo cristiano; y para satisfacer á este doble deber, se hace hoy la ceremonia de llevar con pompa el cuerpo del Hijo de Dios: 1.° En memoria de haberse llevado el Señor á sí mismo, cuando distribuyó á sus Apóstoles su carne y su sangre en su última cena, dice uno de los mas célebres oradores cristianos. 2.° En accion de gracias por haber ido él mismo en otro tiempo recorriendo las ciudades y las aldeas. 3.° Para ofrecerle una reparacion auténtica por

los oprobios que sufrió en las calles de Jerusalen cuando fue conducido de tribunal en tribunal. 4.° Para tributarle el honor que le es debido por las victorias que ha conseguido sobre la herejía en el sacramento adorable de su cuerpo. Para darle, en fin, como una pública satisfaccion por tantas sacrílegas profanaciones, tantas irreverencias y faltas de respeto, tantos ultrajes como ha recibido y recibe aun todos los dias en la Eucaristía. ¿Cuál, pues, debe haber sido en esta octava, y sobre todo en este último dia, la ocupacion de una alma fiel, conformándose, como debe hacerlo, con el espíritu y los sentimientos de la Iglesia á fin de honrar con ella la carne adorable del Redentor?

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili Passionis tuae memoriam reliquisti: tribue, quaesumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuae fructum in nobis jugiter sentiamus. Qui vivis et regnas...

Ó Dios, que habeis dejado la memoria de vuestra Pasion en un misterio tan admirable: concedednos la gracia de que de tal modo reverenciemos los sagrados misterios de vuestro Cuerpo y de vuestra Sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de la redencion que nos habeis merecido. Vos que vivís y reinais, etc.

La Epístola está tomada de la primera de san Pablo á los Corintios, capítulo XI.

Fratres: Ego enim accepi à Domino, quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accepit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite et manducate: hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem. Similiter et calicem, postquam coenavit, dicens: Hic calix novum Testamentum est in meo sanguine: hoc facite, quotiescumque bibetis, in meam commemorationem. Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat. Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de

Hermanos mios: Yo he aprendido del Señor lo que os he enseñado: que el Señor Jesús en la misma noche en que iba á ser entregado, tomó el pan, y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo, el cual será entregado por vosotros; haced esto en memoria de mí. Del mismo modo, después de haber cenado, tomó el cáliz y dijo: Este cáliz es el Testamento Nuevo por mi sangre. Haced esto en memoria de mí todas las veces que bebiéreis de él. Porque todas las veces que comiéreis de este pan, y bebiéreis de este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que él venga. Cualquiera, pues, que comiere de este pan, ó bebiere de este cáliz indignamente, será reo de crímen contra el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Así que examínese el hombre á

calice bibat. Qui enim manducat, et bibit indigne, judicium sibi manducat, et bibit: non dijudicans corpus Domini.

fondo á sí mismo, y hecho esto coma de este pan, y beba de este cáliz; porque el que come y bebe indignamente de él, come y bebe su condenacion por no discernir el cuerpo del Señor.

REFLEXIONES.

Haced esto en memoria de mí. Si antes de la venida del Salvador del mundo, cuando el Señor no se presentaba sino entre el fuego y los relámpagos, ni hablaba sino con la voz del trueno; en aquellos dias de rigor en que Dios exigia un culto tan respetuoso, y en que castigaba con tanta severidad las mas pequeñas faltas que se cometian contra el respeto que se le debia; si en aquel tiempo, repito, se hubiese previsto por un espíritu profético lo que nosotros hemos visto después; si los israelitas, dice un gran siervo de Dios, hubiesen comprendido bien el sentido de tantas figuras, como el sacrificio de Melquisedec, el maná, los panes de la proposicion, el pan de Gedeon y el de Elías; si se les hubiese dicho que este Dios tan terrible entonces, se abatiria hasta venir á nuestros altares, que su amor le llevaria hasta darse á comer todo entero bajo de las apariencias de pan, haciéndose nuestro sustento; si se les hubiese dicho que se dejaria encerrar dia y noche en nuestros tabernáculos, y exponer á las irreverencias y á los ultrajes de sus siervos, ¿lo hubieran creido? Sin embargo ha llegado á verificarse lo que les hubiera parecido aun mas increible, y que lo es en efecto á la razon natural: ¿hubieran podido jamás creer que abatiéndose de este modo, dándose, prodigándose así un Dios á los hombres, no hubiese reportado de ellos otra cosa que la indiferencia? ¿que estos hombres no se dignarian hacerle la corte; que hasta llegarian á olvidarle y maltratarle; y que un Dios convertido en su alimento seria recibido con disgusto? Confesemos que esta indiferencia, este disgusto en los Cristianos es tan incomprensible como el mismo misterio de la Eucaristía. Apenas puede darse otra razon de un hecho tan poco verosímil, y tan verdadero sin embargo, que atribuyéndolo á falta de fe, y que la fe de este misterio está cuási extinguida en la mayor parte de los fieles. Pero ¿compréndense las consecuencias de esta verdad? No creer la presencia real de Jesucristo en el santísimo Sacramento es ser hereje; creerla y mirar á Jesucristo en este divino Sacramento con indiferencia, con tedio, con poco respeto, y alejarse de él, es impiedad, es irreligion. No hay temperamento, no hay medio entre estas dos verdades. Creer

que Jesucristo está realmente presente en nuestros altares, y no pensar en él ni dignarse visitarle, no tener ningun conato, ninguna hambre de un alimento tan exquisito, de este pan vivo que es la fuente de la vida eterna; no es irreligion? No choca tanto este desórden porque se ha hecho comun, pero no por eso es menos criminal; y esta irreligion de que apenas hay ya quien se avergüence ¿no es la causa de todos los azotes que la cólera de un Dios justamente irritado descarga sobre todo su pueblo? Que los paganos hayan profanado nuestros templos y despreciado los mas sagrados misterios, deben sí hacernos gemir los ultrajes que en esto se han hecho al Señor; pero aquí no es tan extraña la abominacion de la desolacion: que los herejes, estos discípulos traidores y apóstatas, esta raza de víboras vomiten las mas horribles blasfemias contra Jesucristo, y que no cesen de gritar, *quítalo, quítalo, crucifícalo,* su rabia y su furor diabólico deben sí excitar nuestras lágrimas y nuestra indignacion; pero ¿qué puede esperarse de unos enemigos los mas furiosos del Salvador, y de quienes se sirve el infierno para ultrajar á Jesucristo en la Eucaristía? Mas lo que es tan extraño como impío, es la manera indigna con que es tratado Jesucristo en nuestros altares por sus propios hijos, por los que se llaman fieles. Yo no sé si tenemos algo en la Iglesia mas admirable ni mas chocante.

El Evangelio de la Misa es tomado del capítulo VI *del que escribió san Juan, y el mismo que el dia de la fiesta del santísimo Sacramento,* *página 257.*

MEDITACION.

De nuestra ingratitud con Jesucristo en el santísimo Sacramento.

Punto primero. — Considera cuán imposible es al entendimiento humano el comprender el exceso del amor inmenso, infinito, incomprensible que Jesucristo nos testifica en la divina Eucaristía. Es este un misterio, y un misterio en que un Dios se agota, por decirlo así, para probarnos su amor por sus liberalidades. Yo lo confieso, ó Dios mio, yo me pasmo, me sobrecojo cuando pienso en esta maravilla; yo no puedo volver en mí de mi asombro cuando considero todo lo que haceis aquí por nuestro amor. Pero ¿no tengo motivo para asombrarme y para sobrecogerme mas, cuando considero que todo esto no es capaz de hacer que amemos ardientemente á Jesucristo? ¿Qué amor tan singular no nos testifica en el momento de su encarnacion?

¡qué ternura en el dia de su nacimiento! ¡qué bondad en todo el curso de su vida mortal! y ¡qué exceso de amor inmolándose por nosotros en la cruz! pero todas estas puebas admirables de su amor ¿no se encuentran renovadas y como reunidas en la Eucaristía? Jesucristo se disfraza en ella bajo de las apariencias de pan; allí renace, por decirlo así, en la oscuridad; allí es inmolado y ofrecido muchas veces al dia en sacrificio. Todo esto no es ya para rescatar á los hombres; está ya plenamente cumplido el misterio de la redencion; el Redentor posee una gloria llena é incapaz de acrecentamiento; no vive, pues, en la Eucaristía de un modo tan inefable sino para satisfacer el amor inmenso que nos tiene; y ¿qué otro fruto puede sacar de esta muerte sacramental que el placer de inmolarse él mismo sin cesar á su Padre por nuestro amor? Si á lo menos hubiese comparecido en nuestros altares con aquel aire de majestad y con aquel esplendor tan conveniente á su adorable persona, si se hubiese disfrazado menos, seria mas respetado, es verdad, pero seria tambien mas temido, y su amor no se acomoda con un temor que espanta. Todo lo que puede disminuir ó debilitar la solicitud y la confianza es contrario á un amor grande. El Salvador divino tiene sus delicias en estar con los hombres; oculta todo lo que puede servirles de razon ó de pretexto para alejarse de él. Los príncipes de la tierra no derraman sus liberalidades mas que en ciertos tiempos y sobre ciertas personas; Jesucristo en el santísimo Sacramento lo da todo, en todo tiempo y á todos. Venid todos á mí los que estais trabajados y sobrecargados, y yo os aliviaré. ¿Podia presentarnos un motivo que mas nos interesase? basta ser pobre, estar afligido para tener derecho de beber en esta fuente de todo bien. La miseria y la adversidad son para nosotros un nuevo motivo de confianza, y con tal que no opongamos obstáculo á ella podemos estar seguros de ser bien recibidos. En fin, después de habernos dado todos los bienes de que él es la fuente, este divino Salvador dándose á sí mismo en este Sacramento para nuestra comida, nos da en ella el manantial de todos los bienes. Hé aquí uno de los principales artículos de nuestra fe; esto es lo que creemos: ¿quién no diria después de esto que nuestro respeto, nuestras ansias, nuestra hambre, nuestro amor á este divino Salvador iban á ser sin medida, sin límite? ¡Ah! sucede todo lo contrario: parece que hubiéramos amado mas á Jesucristo, si él nos hubiera amado menos. Hé aquí un misterio tan incomprensible como la misma Eucaristía.

PUNTO SEGUNDO. — Considera si es posible amar menos á Jesucristo y respetarle menos que lo que hacen la mayor parte de los Cristianos con este augusto Sacramento. Sin traer aquí á la memoria todas las profanaciones, todos los malos tratamientos, todas las impiedades, todos los desacatos de un furor diabólico y sacrílego que ha sufrido de los herejes, cuya idea solo causa horror; ¿de qué modo tan indigno no es tratado aun todos los dias por la mayor parte de los que se llaman fieles? ¡Qué indiferencia, qué olvido de este divino Salvador! Todas las reuniones, todas las plazas del pueblo, todos los juegos públicos y los sitios de los espectáculos no se vacian; y Jesucristo ¿tiene mucha concurrencia todos los dias y á todas las horas del dia en nuestras iglesias donde reside noche y dia? ¡Qué soledad, buen Dios, en vuestro palacio cuási todo el dia! y si se concurre allí en ciertos dias, ¡qué falta de respeto! ¡qué irreverencias! Estáse allí sin atencion, sin modestia, sin devocion, y podria decirse aun de muchos sin religion. Esos ademanes mundanos, esas posturas afeminadas, y muchas veces indecentes, esas conversaciones profanas, y acaso hasta escandalosas, ¿indican una gran fe, un amor grande? Al ver en nuestras iglesias esos jóvenes libertinos y esas mujeres mundanas, ¿se dirá que creen que Jesucristo está allí presente; que vienen allí para pedir á su Dios, y para implorar su misericordia? ¿No se dirá mas bien que su presencia escandalosa en aquel lugar es solo para insultar á su Dios? Á la verdad, por poca fe que uno tenga, ¿puede mirar sin estremecerse la irreligion con que se presentan en nuestros templos? ¿Se trata de rendir un culto respetuoso al Dios que está en nuestros altares con un comportamiento tan irreligioso en su presencia? En el concepto de tantos libertinos ¿pasa Jesucristo por su Redentor, por el supremo Señor del universo, por su soberano Juez? ¿no se creerá mas bien que ellos no le miran sobre nuestros altares sino como un fantasma de divinidad y como un rey de teatro? Jesucristo en nuestros altares, rodeado con mucha frecuencia de un monton de jóvenes indevotos y de mujeres poco cristianas, como en otro tiempo lo estaba de una tropa insolente de judíos que le cargaban de injurias y de salivas; ¿sufre el dia de hoy menos oprobios que entonces? ¿Es preciso esperar al fin de los siglos para ver en el lugar santo la abominacion de la desolacion? ¿qué otro nombre debe darse á las irreverencias que en él se cometen? ¿Qué padre por poco celoso que fuese de su autoridad sufriria que su hijo estuviese en su presencia con tan poco respeto como se ve á sangre fria que se hace á la presencia de Jesucristo? ¿qué amo su-

friria de un criado lo que Jesucristo sufre de la mayor parte de los fieles? Hácese callar á un niño cuando grita ó llora en la casa de una persona decente á quien se hace visita; y en el dia de hoy, desde sus primeros años se les acostumbra, por decirlo así, por una indulgencia criminal á estar con inmodestia en las iglesias desde luego que pueden ir á ellas. ¡Cosa extraña! la presencia de un ídolo inspiraba á los paganos un respeto y un recato que llegaba á ser supersticion. Cualquiera postura menos decente, una palabra dicha por ligereza, una risa involuntaria era un crímen imperdonable: no les era permitido sentarse; todo excitaba al respeto. ¿Será posible, buen Dios, que los paganos nos dén lecciones en materia de religion, y que su moderacion supersticiosa enseñe su obligacion á los fieles? ¿puede ir mas léjos la ingratitud á un beneficio tan grande? ¿será creible semejante ingratitud en un cristiano?

Yo me lamento, Señor, con tanto mas dolor, cuanto que yo mismo me reconozco sobradamente culpable de esta impiedad. Mas yo espero con el auxilio de vuestra gracia reparar en lo que me queda de vida mi conducta pasada, y que mi reconocimiento, mi amor y mi respeto serán en lo sucesivo una prueba visible de mi fe.

JACULATORIAS. — ¿Hasta cuándo, Dios mio, sufriréis que vuestros hijos os ultrajen, aun mas que vuestros enemigos? (*Psalm.* LXXIII).

¿Qué culto tan santo y tan respetuoso no se os debe, Señor, en vuestra propia casa y en vuestra presencia. (*Psalm.* XCII).

PROPÓSITOS.

1 Créese que Jesucristo está realmente presente en la Eucaristía; créese que nuestras iglesias son el santuario de la divinidad; míranse nuestros altares como el trono del Dios vivo; ¿y solo se ve un tedio criminal por este pan divino? y ¿se falta al respeto en el lugar santo? ¿y todos los dias se cometen cien irreverencias en nuestras iglesias, y todo esto se hace por cristianos que están prontos, dicen ellos, á derramar su sangre por la fe de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía? Hé aquí lo que no se puede comprender; hé aquí lo que nos daria vergüenza de imaginar y creer, si nuestra propia experiencia, si nuestros ojos no nos presentasen todos los dias tales monstruos de irreligion. Penetrados de un vivo dolor por la memoria de vuestra indevocion y de vuestras irreverencias, igualmente que de las de los demás, no concluyais esta octava sin ofrecer á Jesucristo una reparacion por tantas indignidades. Comulgad hoy para

reparar por medio de una piedad tierna y de un nuevo fervor tantas comuniones frias, sin fruto, y sacrílegas. Pasad ante el santísimo Sacramento todo el tiempo que pudiéreis. Asistid á la procesion con espíritu de penitencia, y con el fin de dar una pública satisfaccion á Jesucristo por tantas profanaciones como se hacen de la adorable Eucaristía; este es uno de los principales motivos que ha tenido la Iglesia para instituir esta célebre y augusta solemnidad.

2 Haced hoy la reparacion pública siguiente delante del santísimo Sacramento, y cuando la reciteis procurad que el corazon tenga mas parte en ella que la lengua.

Ó Jesús, mi Dios y mi Salvador, que por un exceso del mas ardiente y del mas prodigioso de todos los amores os habeis constituido en estado de víctima en la adorable Eucaristía, en donde os ofreceis por nosotros en sacrificio á vuestro Padre un millon de veces cada dia; ¿cuáles deben ser vuestros sentimientos en este estado, no encontrando por tanta fineza en el corazon de la mayor parte de los hombres mas que dureza, frialdad, olvido, ingratitud y desprecio? ¿No era bastante, Salvador mio, haber emprendido un camino tan duro para salvarnos aun cuando hubiérais podido testificarnos á mucho menos costa un amor excesivo? ¿no bastaba haberos abandonado una vez á la insolencia desenfrenada, á la bárbara impiedad, á la crueldad inaudita de los judíos? ¿Por qué exponeros aun todos los dias en el sacramento de la Eucaristía á todos los improperios, á todos los ultrajes, á todas las sacrílegas profanaciones de que podia ser capaz la malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah, mi amable Salvador! ¡De qué sentimientos debe estar poseido vuestro divino corazon á vista de tantos sacrilegios, de tantos ultrajes y profanaciones!

Penetrado de un vivo dolor y de un extremo sentimiento por todos estos vilipendios, vedme aquí postrado y anonadado delante de Vos para daros una pública satisfaccion á la vista del cielo y de la tierra por todas las irreverencias, desprecios y ultrajes que habeis recibido sobre nuestros altares desde la institucion de este adorable Sacramento. Con un corazon humillado y despedazado de dolor os pido mil y mil veces perdon de todas estas injurias. ¡Que no pueda yo, ó Dios mio, regar con mis lágrimas y lavar con mi sangre todos los lugares en que vuestro sagrado cuerpo ha sido tan horriblemente ultrajado, y recibidas con un desprecio tan extraño las señales de vuestro amor! ¡que no pueda yo con algun nuevo género de homenaje, de humillacion y de anonadamiento reparar tantas sacrílegas profanaciones! ¡que no pueda por algunos momentos ser dueño del

corazon de todos los hombres para reparar en alguna manera con el sacrificio que os haria de ellos el olvido y la insensibilidad de todos los que no han querido conoceros, ó que habiéndoos conocido os han amado tan poco, y con tanto ultraje os han despreciado!

Pero ¡ó divino Salvador mio! lo que me cubre todavía mas de confusion, lo que mas debe hacerme gemir es que yo mismo he sido del número de estos ingratos. Dios mio: Vos que veis el fondo de mi corazon, sabeis el arrepentimiento que tengo de mis ingratitudes y el sentimiento que me aflige por haberos tratado tan indignamente. Vos sabeis la disposicion en que estoy de sufrirlo todo, y de hacer cuanto esté de mi parte para repararlas. Vedme aquí, Señor, con el corazon contrito y humillado, postrado á vuestros piés, pronto á recibir de vuestra mano cuanto os agradare exigir de mí para la reparacion de tantos ultrajes. Castigadme, Señor, castigadme, yo bendeciré cien veces, yo besaré la mano que ejerciere tan justo castigo sobre mí. ¡Que no sea yo una víctima á propósito para reparar tantas injurias y para indemnizaros en algun modo de tantos sacrílegos desprecios! Por lo menos, ¡ó Dios mio! dignaos recibir esta reparacion pública que yo hago en union de la que Vos hicísteis á vuestro Padre sobre el Calvario, y de la que vuestra divina Madre os hizo al pié de vuestra cruz. Perdonadme tantos vilipendios, tantas irreverencias cometidas en vuestra presencia en el sacramento de la Eucaristía; y haced eficaz por vuestra gracia el vivo y ardiente deseo que tengo y la resolucion en que estoy de no omitir nada en el resto de mis dias para amaros con todo mi corazon, con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y de ofreceros todo el respeto y todo el culto que os es debido en el santísimo Sacramento. Amen.

Es una práctica piadosa, muy santa y muy útil el hacer esta reparacion todos los jueves ó todos los viernes del año delante del santísimo Sacramento.

DOMINGO TERCERO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Como el primer domingo después de Pentecostes está consagrado á la solemnidad de la fiesta de la santísima Trinidad, y el segundo concurre siempre en la octava del santísimo Sacramento, el primero que sigue inmediatamente á la celebracion de todas estas fiestas es siempre el tercero; y por consiguiente por el domingo tercero des-

pués de Pentecostes es por donde empiezan nuestros ejercicios de piedad para todos los domingos que quedan hasta el Adviento.

Los griegos llaman á este domingo el segundo de la doctrina ó predicacion de Jesucristo, ó en otros términos, el de *Cristo docente*; por los latinos es llamado el domingo de los Publicanos y de los Pecadores, y comunmente el *de la oveja descarriada*, con motivo de leerse este dia en la misa el Evangelio en que se refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos procuraban oir á Jesucristo. Habiendo murmurado de esto los fariseos, dieron ocasion al Salvador para proponerles la parábola consoladora de la oveja extraviada, que con tanto celo va el pastor á buscar, dejándose las noventa y nueve en el redil. Toda la historia del oficio de este domingo está llena de los rasgos de la bondad de Dios con el pecador, y de la confianza que debe inspirarnos una misericordia tan oficiosa.

La misa de este dia comienza por este versillo del salmo XXIV: *Volved, ó Dios mio, vuestros ojos hácia mí:* dignaos favorecerme con una de vuestras miradas; destituido de todo socorro, miradme como objeto de vuestra compasion. Considerad mi abatimiento y los males que yo padezco, y sírvanme al menos estos para expiar todos los pecados que he cometido.

Es verisímil que este salmo fue compuesto durante la rebelion de Absalon. Arrojado David de Jerusalen, y perseguido á todo trance por aquel hijo rebelde, abandonado de todos sus cortesanos, insultado por Semei, y obligado á salvarse á pié como el mas vil de los esclavos, reconoce que todos estos males son penas justas por su pecado, y señaladamente por su adulterio. Confiesa que su pecado es grande; pero reconoce que es mas grande todavía la misericordia de Dios, y penetrado de los mas vivos sentimientos de confianza en esta infinita misericordia, tanto por lo menos como de amargo dolor de su pecado, toma ocasion de la enormidad de este mismo pecado para tener mas confianza en esta divina misericordia: *Aplacaos sobre mi pecado, porque es muy grave.* Como si dijera: Yo estoy persuadido, Señor, que esta rebelion de mi hijo y todos los males que yo padezco son justos efectos de mi pecado. Grande es, en verdad, este pecado, yo conozco toda su enormidad; pero cuanto mas grande es, es mas á propósito para hacer brillar vuestra bondad, que siempre predomina en todas vuestras obras. Perdonando, pues, á un pecador tan grande como yo, es como se ostenta vuestra misericordia. Todo este salmo está lleno de admirables sentimientos de contricion, de humildad y de penitencia, y en todo él brilla la confianza de este ilustre

penitente. *Yo levanto mi corazon á Vos, Señor: en Vos solo, Dios mio, pongo toda mi confianza; no pase yo, Señor, por la confusion de verme abandonado de Vos.* Levantar el alma hácia algun objeto, es una manera de hablar bastante ordinaria en la Escritura; y significa el deseo ardiente que uno tiene, la viva confianza que le anima en la bondad de aquel que puede conceder lo que se le pide. En este sentido hablando Jeremías de los israelitas cautivos en Babilonia, los cuales suspiraban por la vuelta á su amada patria, á la que no debian volver, dice que aquel pueblo no volverá á la tierra, hácia la cual eleva su alma. *Elevemos nuestros corazones y nuestras manos al cielo hácia el Señor,* dice en otra parte. Fácil es ver la relacion que tiene el principio de la misa de este dia con todo el resto del oficio, el cual gira todo sobre la bondad de Dios con el pecador, y sobre la confianza del pecador en este Padre de las misericordias, en este Dios de toda consolacion.

La Epístola que se ha elegido para la misa de este dia está tomada de la exhortacion que hace san Pedro á los fieles para inclinarles á que se humillen delante de Dios, á que reposen en él y velen sobre sí, á fin de no dar motivo al enemigo de nuestra salvacion que nos observa, y da vueltas continuamente al rededor de nosotros para aprovecharse de todas las ocasiones de dañarnos.

Humillaos, pues, dice el santo Apóstol, *bajo de la mano poderosa de Dios, á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion.* Formando aquí san Pedro un compendio de la vida cristiana, comienza exhortando á los fieles á que tengan humildad, la cual debe ser la virtud fundamental de los Cristianos, puesto que ella es la base y el sólido fundamento de todas las virtudes cristianas. Sin ella se edifica sobre arena movediza. Por mas que el edificio de la perfeccion esté apuntado con cien prácticas de piedad, todas á cual mas especiosas, sin una humildad sincera y profunda todo bambolea, todo se hunde, el edificio y los puntales. Humillaos, pues, bajo de la mano del Omnipotente, adorad sus órdenes, obedeced su voluntad, someteos á las leyes de su providencia. Reconoced en su presencia que nada podeis sin su auxilio, que vuestra salud está en sus manos, que no teneis bien alguno que no hayais recibido de su pura liberalidad; espíritu, talento, bellas cualidades, penetracion, ciencia, genio: todas estas ventajas son puros dones, son bienes de los cuales le debeis el capital y los réditos. *Dios resiste á los orgullosos, y da su gracia á los humildes.* ¡Cosa extraña! estamos convencidos de nuestra pobreza; nuestra ignorancia, nuestros defectos, nuestras flaquezas, todo nos predica, todo nos da

á conocer nuestra nada; nada hay, hasta nuestro mismo orgullo, que no nos humille; mas en tanto, aunque nos vemos así humillados, no somos por eso mas humildes: sin embargo, es menester ser humildes para ser exaltados en el tiempo de la visitacion, esto es, en el dia decisivo de nuestra suerte eterna, en el que por mas virtud que hayamos tenido nos hallarémos todavía cargados de deudas. Sola la humildad puede enternecer á nuestro soberano Juez: ella es la que le desarma. Un corazon generoso, un corazon noble fácilmente perdona á un criminal que ve á sus piés.

Teneis un Dios que es tambien vuestro Padre, descargad en él todo lo que puede inquietaros. Dios ha tenido cuidado de vosotros antes que fuéseis, dice san Agustin; ¿os olvidará por ventura ahora que os ha criado? Procurad servir á Dios con fidelidad, y no tengais cuidado por lo venidero. ¡Cuántas inquietudes, temores y disgustos nos ahorraríamos si tuviésemos una verdadera confianza en Dios, y contásemos firmemente con su providencia! Dios quiere, sí, que seamos solícitos en proveer á nuestras necesidades, y no condena una sabia prevision. Las vírgenes necias son repudiadas por no haber tenido cuidado de hacer en tiempo su provision de aceite. Es menester obrar, dice un gran Santo, como si el éxito dependiese solo de nuestra industria; y sin embargo es preciso contar con la divina Providencia, como si para nada sirviesen todos nuestros cuidados y toda nuestra industria. Sirvamos á Dios con fervor, y estemos tranquilos en órden á todos los acontecimientos de la vida, porque él mismo tiene cuidado de nosotros. Dios todo lo ve, lo futuro como lo presente; Dios es omnipotente, y nos ama; tomando, pues, á su cargo el cuidado de nosotros, nada tenêmos que temer mas que nuestra desconfianza; ella es la que detiene muchas veces el curso de los beneficios y de las gracias de Dios sobre nosotros.

Sed sobrios, vivid con modestia y con templanza; pero con todas estas virtudes no dejeis de velar siempre. No conteis ni con vuestra piedad, ni con la seguridad del estado que habeis abrazado, ni con los auxilios que teneis, ni con la buena voluntad de que estais animados, ni con vuestra inocencia: velad incesantemente, estad siempre sobre las armas, porque vuestro enemigo el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Estais, es verdad, como en un coto y en el aprisco á la vista de Jesucristo vuestro divino Pastor; pero este mismo buen Pastor os exhorta á que oreis y veleis para que no seais sorprendidos por el leon rugiente que no duerme, y que da vueltas de continuo para de-

vorar á cualquiera que sale del redil, y aun para entrar en él apenas encuentre la mas pequeña brecha; y si entra, ¡qué estrago que hace! Manteneos, pues, en el aprisco, esto es, en la Iglesia católica, apostólica y romana; luego que se sale uno de ella, ó por la apostasía, ó por el cisma, ya está devorado. No es bastante permanecer en el aprisco, es menester una vigilancia eterna, y estar dia y noche alerta contra un enemigo que está al pié del muro buscando algun subterráneo por donde introducirse en la plaza, ó para volar alguna mina, y dar en seguida el asalto. El demonio no se cansa, y jamás duerme. Sutil, hábil y astuto observa los parajes débiles, y contra ellos dirige siempre todos sus esfuerzos. Por poco que descuidemos el reparar las brechas ó el fortificar los puestos mas descubiertos, la plaza es tomada. Resistidle, constituyendo vuestra fuerza en la fe. Las almas que así lo hacen son las que vencen al demonio y al mundo. Tomando en todo encuentro el escudo de la fe, es el medio por el cual se extinguen todos los tiros encendidos del espíritu maligno. La fe es la que nos descubre los bienes infinitos y eternos que debemos esperar, los males que debemos evitar, y los medios de que debemos servirnos para ello. Ella es la que nos inspira la confianza en Dios, el espíritu de oracion, la vigilancia y el temor saludable de los enemigos de nuestra salud. Sin la fe no hay mas que flaqueza, tinieblas, ilusion y error. Por esto el demonio deja muy tranquilos á los que han perdido la fe, ó que no están ya en la Iglesia. Siendo la fe el fundamento de la salvacion, no tiene mucho empeño en arruinar un edificio que flaquea por el fundamento. Los Cristianos perseguidos á quienes iba dirigida esta Epístola podian creer que no sucedia lo mismo en las demás iglesias, sino que gozaban en todas partes de la paz de que estaban ellos privados, lo que hubiera sido para ellos el colmo del desconsuelo. Desengáñales, pues, el Apóstol de esta falsa idea, y les manifiesta que la persecucion que suscitan contra ellos el mundo y el infierno es comun á todos los fieles derramados sobre la tierra. Sabed, les dice, que todos vuestros hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo. No os desanimeis cual si estuviéseis solos en el combate. Jesucristo está á vuestra cabeza, y todos vuestros hermanos repartidos por todo el universo combaten con vosotros y tienen los mismos enemigos que vencer. ¿Seria justo que vosotros permaneciéseis en inaccion, mientras que toda la Iglesia de Jesucristo está á las manos, por decirlo así, con el enemigo, con todas las potestades de las tinieblos? El cristianismo no quiere almas cobardes. Toda la vida, dice Job, es una guerra continua so-

bre la tierra. No hay paz, no hay tregua con unos enemigos que no la quieren sino á riesgo de nuestra salud. Vivimos en medio de peligros, hasta la muerte habitamos en país enemigo; es necesario tener de continuo las armas en la mano para combatir y para defendernos, y el cielo no se da por recompensa sino á los victoriosos. La carne, las pasiones, las tentaciones que nacen en nuestro propio terreno son enemigos tanto mas peligrosos, cuanto que son enemigos domésticos que nosotros mismos alimentamos. Nuestro propio corazon nos hace traicion: nuestros sentidos están de acuerdo con nuestras pasiones; tenemos que combatir contra nosotros mismos. (*II ad Tim.* III). Pero Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, nos hará perfectos, firmes é incontrastables, luego que hubiéremos sufrido un poco. Llama el Apóstol á Dios autor de toda gracia, esto es, de todo don perfecto, de todas las gracias que ha derramado sobre su Iglesia dándola el Espíritu Santo; desea que este Dios de bondad y de misericordia acabe en los fieles lo que su gracia ha comenzado en ellos, que los sostenga en sus aflicciones, que los asista en las pruebas, que les afirme en el bien, que les conceda, en fin, el don de la perseverancia á fin de que lleguen á la gloria y merezcan las coronas que solo serán concedidas á aquellos que hubieren combatido hasta el fin. Como si les dijese: por la gracia de Jesucristo habeis sido llamados á la fe, y habeis entrado en el seno de la Iglesia; pero no basta esto, es preciso sostener esta dichosa vocacion con la práctica de todas las virtudes, y sobre todo con una generosa paciencia en medio de las adversidades y de las persecuciones, que, como el fuego que purifica el oro, léjos de abatiros ó consumiros, deben hacer mas pura y mas brillante vuestra virtud. No basta tampoco el haber sido llamados á un estado tan santo, ni aun el haber brillado en él con el resplandor de vuestras virtudes; es menester perseverar hasta el fin, puesto que la gloria no se da como recompensa sino á la perseverancia final. Yo espero de la misericordia de nuestro Dios, que él acabará su obra; la afirmará contra los vientos y las borrascas de la persecucion, y la hará eterna por la gracia de la perseverancia. Á él es á quien pertenece la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Teniendo Dios el supremo poder, y no pudiendo resistirle cosa alguna, no debeis temer la malicia de los hombres: ellos no dejarán piedra por mover para espantaros, para trastornaros y perderos; pero tened una confianza firme en su bondad, y todos los hombres juntos no son capaces de arrancaros uno solo de vuestros cabellos sin su permiso,

ni toda su malicia producirá otro efecto que aumentar vuestro mérito y hacer mas brillante y de mayor precio vuestra virtud. Pero no dejeis de dar á Dios toda la gloria que le es debida; y por mas virtud que tengais, por mas obras buenas que hiciéreis, reconoced que todo bien procede de él.

El Evangelio refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos venian á oir á Jesucristo, hechizados de la dulzura y la bondad con que este divino Salvador les recibia, y del celo sobre todo que les manifestaba por su salvacion, mientras que los orgullosos é hipócritas fariseos no se dignaban ni aun consentirlos un momento en su presencia.

Jamás proponia el Salvador cosas difíciles y de una alta perfeccion, sin que tratase de suavizar las dificultades por algun temperamento, y ordinariamente por medio de alguna parábola cuyo sentido alegórico animase á los pecadores y excitase su confianza. Sabia mezclar el amor con el temor; y si de una parte imponia á sus oyentes, por otra les movia, les consolaba y les ganaba de tal modo por su dulzura, que jamás dejaban de oirle. No habia nadie, hasta los publicanos, gentes desacreditadas entre los judíos y miradas como pecadores públicos y escandalosos, que no procurasen su conversacion, y que no lo escuchasen con placer. Por esto eran siempre recibidos con dulzura y con cariño. Los escribas y fariseos murmuraban de esto, y decian altamente que un hombre como Jesucristo, que hacia una vida tan santa y tan perfecta, no debia sufrir que se le acercasen los pecadores, ni debia tener con ellos comercio alguno. La indignacion y las murmuraciones de los fariseos, dice san Gregorio, nos hacen ver que así como la verdadera justicia está llena de compasion, así la falsa no tiene mas que dureza y acritud. No hubo hipócrita que no quisiese exterminar á todos los pecadores, y cuyo celo no respirase muertes y rayos. No es esto decir, añade este Padre, que á los justos no se les vea tambien algunas veces indignados contra los pecadores; pero hay mucha diferencia entre la indignacion que procede del orgullo, y la que nace del celo puro de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Cuando los justos reprenden llevados de su celo, conservan en el corazon la dulzura inseparable de la caridad; aborrecen el pecado, aman al pecador y aprecian á aquellos á quienes corrigen, al paso que aquellos á quienes una falsa opinion de su mérito hincha de orgullo, desprecian á todo el mundo, y no tienen compasion alguna de los flacos, y tal es el carácter de todo espíritu de partido. Los fariseos eran de este número, dice este santo Doctor,

y por tanto el Salvador les propone de continuo, y ordinariamente bajo de alguna parábola, el maravilloso ejemplo de su dulzura.

Este hombre, decian, *recibe los pecadores, y come con ellos.* Esto es todo lo que aquellos hipócritas echaban en cara al Salvador. Jesucristo para confundirles les responde con una parábola fundada, á la cual no saben qué replicar: compárase á un pastor que corre tras de una oveja descarriada; á una mujer que busca con anhelo una dracma que ha perdido; y á un padre que lamenta los desórdenes de un hijo libertino. Los pecadores comparados á la oveja descarriada, detrás de la cual se corre; á la dracma perdida que se busca con tanta diligencia, todo esto justificaba admirablemente su conducta, y cubria de confusion la falsa delicadeza de los fariseos.

El raciocinio del Salvador es del todo concluyente y sin réplica. *¿Quién de vosotros*, les dice, *que tiene cien ovejas, si pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra?* Esta oveja, dice san Agustin, se habia perdido ella misma saliéndose de la majada, y siguiendo sus caprichos, y no podia reducirse otra vez si la misericordia del pastor no la hubiera buscado. No hay pecador que allá en el fondo de su corazon no perciba la voz del Dios de bondad que le busca, que le llama, que le invita y le solicita para que se vuelva á él; pero cuando uno se halla bien en sus extravíos, cuando deja gritar al pastor que llama, y se complace en extraviarse cada dia mas, ¿es acaso dócil á esta voz? ¿piensa volver á su deber? ¡Qué alegría, dice el Salvador, para el pastor cuando encuentra su oveja extraviada! Guárdase bien de maltratarla, ni aun la lleva por delante hácia el ganado, quiere ahorrarla todo el trabajo de la vuelta, y contando por nada la fatiga que ha tenido para buscarla, la carga él mismo sobre sus espaldas. ¡Qué bien se pinta el Salvador en esta figura, y qué bien hace en ella su retrato! *Y luego que llega á su casa reune á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que habia perdido.* Qué os parece, ¿es perdonable esta alegría en un pastor que ama su rebaño? El mercenario, un hombre asalariado ama demasiado su reposo, y muy poco á sus ovejas para que corra en seguimiento de ellas cuando se extravian; solo el espíritu de Jesucristo, sola la caridad cristiana inspiran un verdadero celo, así como á solo él es dado el sentir la dulce alegría que causa la conversion del pecador.

Sabed, pues, continúa el Salvador, *que la conversion de un pecador es un motivo de alegría para toda la corte celestial. Sí, la perseverancia*

de noventa y nueve justos en su inocencia, por agradable que ella sea, *no causa tanto placer*, por decirlo así, *á todo el cielo como la conversion sincera de un pecador*. La vuelta de una alma á Dios es una fiesta muy dulce para todos los espíritus celestiales: como conocen lo que vale, no pueden ver que se pierda sin lamentarse de ello. Si pensásemos que el alma del mas vil de los hombres ha sido rescatada al precio de la sangre de Jesucristo, ¿podríamos permanecer insensibles á su pérdida? Y ¿se puede conocer á Jesucristo y creer en él, sin ver con dolor el abuso indigno que se hace de su sangre? Por estas palabras, *que no tienen necesidad de penitencia*, debe entenderse que no están en pecado mortal, y no tienen necesidad de mudar enteramente de costumbres, ni de voluntad para entrar en la amistad y en la gracia de Dios, puesto que siendo justos no la han perdido. No quiere esto decir que los justos estén exceptuados de toda penitencia: no debiéndose considerar, ni aun las almas mas santas, absolutamente exentas de todo pecado, deben pedir perdon al Señor todos los dias.

No habia cosa mas á propósito para justificar la conducta de Jesucristo con los pecadores, y para condenar las injustas murmuraciones de los fariseos, que una comparacion tan concluyente. Refiere además otra segunda el Salvador que no podia dejar de hacer impresion en los ánimos mas groseros.

Cuando de diez piezas de plata se pierde una, se consuela uno fácilmente con las nueve que le quedan; del mismo modo parece que podria muy bien dejarse perder un alma, cuando se salvan noventa y nueve: sin embargo, se piensa y se dice constantemente lo contrario; porque, si á una mujer que tiene diez dracmas llega á perdérsele una, ¿se consuela acaso fácilmente? Nada de eso. Enciende inmediatamente una luz para buscarla, barre todos los rincones y escondrijos del aposento, todo lo remueve hasta que la encuentra. Las nueve que la quedan no la causan tanto gusto como sentimiento la produce la pérdida de una sola. Pero ¿ha vuelto á encontrarla? ¡qué gozo no experimenta! Lo comunica á todas sus amigas y á sus vecinas; cuéntales la pena que ha sufrido, la inquietud que tenia, la solicitud y la ansiedad con que la ha buscado, pero que al fin ha sido tambien grande el regocijo que ha tenido cuando la ha encontrado; las invita á que la feliciten por ello, y á que tomen parte en su alegría. ¿Podia Jesucristo, dice un sabio y piadoso intérprete, podia Jesucristo manifestarnos bajo de figuras mas sensibles ni mas expresivas el empeño que tiene en volver á traer á sí al pecador, los pasos que da para ello,

y la alegría que experimenta cuando ha triunfado de él por su gracia? Yo no sé, ó Dios mio, lo que es mas incomprensible, ó vuestra bondad para con los hombres, ó la insensibilidad de los hombres para con Vos. Vos no teneis necesidad alguna de mí, y me buscais infatigablemente, á pesar de haberos yo despreciado, y aun cuando me he declarado enemigo vuestro. Todo mi bien, toda mi felicidad depende de estar unido á Vos; y al tiempo que Vos me prevenís, me buscais, me solicitais de la manera mas viva, mas dulce, mas amable para qué vuelva á vuestra amistad, yo no puedo resolverme á ello, os resisto, huyo de Vos. ¿Qué ventaja encontrais, ó Dios mio, en la conversion de un pecador, para que ella sea para Vos un motivo tan grande de regocijo? ¿Cómo podeis ser tan sensible á la adhesion de una criatura vil, que pretendais, por decirlo así, que los Ángeles y las almas bienaventuradas os feliciten por ella? Así es, y *yo os lo digo,* añade el Salvador, *que entre los Ángeles de Dios habrá un regocijo grande por la conversion de un solo pecador.* ¿Podia Jesucristo darle al pecador motivos mas obligantes de confianza en su misericordia? y ¿qué pecador por poca razon y poca religion que tenga podrá desesperar del perdon, aun á la vista de la enormidad de sus crímenes? Aquí, dice san Gregorio, nos asegura el Salvador que *habrá una grande alegría en el cielo por la conversion de un solo pecador que hace penitencia;* y en otra parte asegura el Señor por su Profeta, *que desde el dia que pecare el justo, no se acordará mas de su justicia.* ¿Concebimos, hermanos mios, añade el santo Doctor, la conducta admirable de la bondad divina? Á fin de contener á los que están en pié, les amenaza con el castigo si llegan á caer; y para estimular á los que han caido á que hagan esfuerzos para volverse á levantar, les promete su divina misericordia, si lo hacen: amedrenta á los primeros para que su virtud no les inspire presuncion; lisonjea á los otros para que sus crímenes no les sumerjan en la desesperacion. Si somos justos, temamos la cólera de Dios para no caer; si somos pecadores, tengamos confianza en Dios para volvernos á levantar.

Nota. — La dracma era una pieza de plata que pesaba una dracma, esto es, una ochava ó una octava parte de una onza, y que podia valer cerca de diez sueldos de nuestra moneda [1]. Esta suma, aunque pequeña en sí misma, es sin embargo de consideracion para una persona que por todo caudal no tiene mas que diez piezas de plata.

[1] Equivale entre nosotros á poco menos de dos reales vellon.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Protector in te sperantium Deus, sine quo nihil est validum, nihil sanctum: multiplica super nos misericordiam tuam; ut, te rectore, te duce, sic transeamus per bona temporalia, ut non amittamus aeterna. Per Dominum nostrum...

Ó Dios, protector de los que en Vos esperan, y sin cuyo influjo nada hay firme ni santo en ningun hombre; haced que sintamos mas y mas los efectos de vuestra misericordia, á fin de que siendo nuestro conductor y nuestra guia, pasemos de tal modo por los bienes temporales y perecederos, que no perdamos los eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pedro, capítulo v.

Charissimi: Humiliamini sub potenti manu Dei, ut vos exaltet in tempore visitationis: omnem sollicitudinem vestram projicientes in eum, quoniam ipsi cura est de vobis. Sobrii estote, et vigilate: quia adversarius vester diabolus tamquam leo rugiens circuit, quaerens quem devoret: cui resistite fortes in fide: scientes eamdem passionem ei, quae in mundo est vestrae fraternitati fieri. Deus autem omnis gratiae, qui vocavit nos in aeternam suam gloriam in Christo Jesu, modicum passos ipse perficiet, confirmabit, solidabitque. Ipsi gloria, et imperium in saecula saeculorum. Amen.

Mis amadísimos hermanos: Humillaos bajo de la mano poderosa de Dios, á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion, descargando en él todo lo que puede inquietaros, porque él mismo cuida de vosotros. Sed sobrios, y velad, porque vuestro enemigo, el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Resistidle afianzándoos en la fe, estando persuadidos que todos los demás hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo que vosotros. Mas Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, él mismo nos hará perfectos, nos confirmará, y nos hará incontrastables, después que hubiéremos sufrido un poco. A él sea dada la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Amen.

REFLEXIONES.

Humillaos bajo de la mano poderosa de Dios. Propiamente hablando jamás podrá el hombre humillarse, en razon de que por bajo que esté está siempre en su lugar; y no siendo por sí mismo otra cosa que nada, para humillarse como debe seria necesario que se pusiese bajo de la nada. Nuestra humildad se mide con relacion á nuestro orgullo. Queremos subir mas alto de lo que debemos; no podemos sufrir el

vernos al nivel de los demás, y sin consultar ni la equidad, ni la razon, ni aun el buen sentido, aspiramos siempre á salirnos de nuestra esfera imaginándonos que estarémos mejor en otro grado. Nos hallamos naturalmente inquietos en el que hemos nacido, mientras sabemos que hay uno superior. Hácense toda la vida esfuerzos para elevarse; camínase, trépase, fatígase para llegar á donde se ve que han llegado ya otros, sin advertir que los puestos mas elevados no son los mas tranquilos; las borrascas y las tempestades estallan por lo comun en las alturas. Si tal vez se goza en ellas de alguna calma, apenas se mira desde tan alto sin que la cabeza se desvanezca. De aquí tan frecuentes caidas y tan tristes revoluciones. Lo que en el mundo se llaman grandes fortunas, son no mas que grandes palabras que significan muy poco. Una tierra que se ha comprado; algunos derechos de preeminencia que se han adquirido; títulos antiguos que se han trasladado á una nueva familia; un cargo de magistratura; un empleo en el ejército; una rica herencia que saca á uno del polvo de su condicion; un genio superior é industrioso; la amistad de los grandes; el favor del príncipe; todo esto da un nuevo lustre que lisonjea, que brilla, que deslumbra; pero en resúmen, no es todo ello á lo mas otra cosa que un barniz sobre un vaso de tierra. Por mas que se haya nacido grande, no por eso se deja de ser hombre, y por consiguiente flaco, enfermo, mortal, y toda la grandeza humana viene á parar en un puñado de ceniza. Puédese nacer sobre el trono; pero no hay monarca alguno que desde el trono no descienda al sepulcro. La mas elevada superioridad, la nobleza mas esclarecida, no exceptúan de las enfermedades. Nunca son las pasiones mas fieras ni mas imperiosas que en la prosperidad y en la abundancia. La enfermedad y la muerte no respetaron jamás á los grandes. La autoridad mejor establecida, y el poder mas extenso, no estuvieron nunca al abrigo de las adversidades y de las humillaciones: todo nos humilla; hasta la misma grandeza. Nuestro propio corazon, nuestra imaginacion, nuestro espíritu, son nuestros tiranos en defecto de otros. Un avaro es pobre en medio de sus tesoros. ¿Hubo jamás algun ambicioso contento en su elevacion? la soberanía tiene sus altos y sus bajos, y la corona sus cruces y sus espinas. No hay dia sin niebla sobre la tierra; aun los mas serenos se ven con frecuencia turbados con tempestades inesperadas. La calma no es fruto natural de esta vida; por esto, en todos los sexos, en todas las edades y en todas las condiciones encontramos un fondo de inquietud, de flaqueza, de pena y de disgusto que nos humilla. Son estas las pruebas indelebles y los

efectos propios de nuestra nada. Y después de esto ¿puede sernos penoso el humillarnos bajo de la mano poderosa de nuestro Dios? ¡Ah! que en efecto nos cuesta demasiado, y esto es lo que debe humillarnos mas. Nuestro orgullo natural es una de nuestras mas sensibles humillaciones. Ninguna cosa prueba mejor nuestra pobreza, nuestra imbecilidad y nuestra flaqueza. Ríese uno cuando ve un mono vestido de héroe; laméntase cuando se encuentra con un moribundo que no cesa de decir que va bien; le da lástima de un hombre de nada, que se imagina que es un gran príncipe. Solo, pues, en la verdadera humildad es en donde se cifra propiamente toda la sabiduría.

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del de san Lucas, capítulo XV.

In illo tempore: Erant appropinquantes ad Jesum publicani et peccatores, ut audirent illum. Et murmurabant pharisaei et scribae, dicentes: Quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis. Et ait ad illos parabolam istam, dicens: Quis ex vobis homo, qui habet centum oves, et si perdiderit unam ex illis, nonne dimittet nonagintanovem in deserto, et vadit ad illam, quae perierat, donec inveniat eam? Et cum invenerit eam, imponit in humeros suos gaudens: et veniens domum, convocat amicos et vicinos, dicens illis: Congratulamini mihi, quia inveni ovem meam, quae perierat? Dico vobis quod ita gaudium erit in coelo super uno peccatore poenitentiam agente, quam super nonagintanovem justis, qui non indigent poenitentia. Aut quae mulier habens drachmas decem, si perdiderit drachmam unam, nonne accendit lucernam, et everrit domum, et quaerit diligenter, donec inveniat? Et cum invenerit, convocat amicas et vicinas, dicens: Congratulamini mihi, quia inveni drachmam, quam perdideram? Ita dico vobis: gaudium erit coram Angelis Dei super uno peccatore poenitentiam agente.

En aquel tiempo, como los publicanos y los pecadores se acercasen á Jesús para oirle, murmuraban los fariseos y los escribas: Este hombre, decian, recibe á los pecadores, y come con ellos. Inmediatamente el Salvador les dijo esta parábola: ¿Quién hay entre vosotros, dueño de cien ovejas, que si se le pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que se le ha perdido hasta que la encuentra? Habiéndola encontrado, la carga lleno de gozo sobre sus espaldas, y apenas llega á su casa convoca á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he hallado mi oveja que habia perdido. Dígoos, pues, que habrá aun mas gozo en el cielo por un solo pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¿O qué mujer hay que teniendo diez monedas, si pierde una, no enciende la antorcha, barre la casa, y la busca con toda diligencia hasta haberla encontrado? Y cuando ya la halló, convoca á sus amigas y vecinas, y les dice: Congratulaos conmigo porque encontré la moneda que habia perdido. De este mismo modo, yo os lo aseguro, habrá un gran regocijo entre los Angeles de Dios, por la conversion de un solo pecador que hace penitencia.

MEDITACION.

De la alegría que causa en el cielo la conversion de un pecador.

Punto primero.—Considera que nada hay mas consolatorio para los pecadores, nada mas interesante, ni que mas deba excitar su confianza y acelerar su conversion, que la parábola del Evangelio de este dia. Habia dado ya á conocer el Salvador en muchas ocasiones su bondad singular para con los pecadores, el deseo que tenia de su salvacion, y aun el empeño con que ansiaba el verlos convertidos; sus palabras, sus obras, sus parábolas, todo demostraba las entrañas de misericordia que abrigaba este divino Salvador. Yo no he venido, decia, á llamar á los justos, sino á los pecadores; los que están sanos no tienen necesidad de médico; los remedios son para los enfermos. Si hace el retrato del pecador en los extravíos del hijo pródigo, hace tambien el suyo en el del padre de aquel hijo perdido, que le recibe con una alegría, una ansia, una fiesta, que causa celos aun á su hermano. En fin, el misterio de la Encarnacion del Verbo, del nacimiento del Salvador, su vida mortal y su muerte, son pruebas muy clásicas del amor que Dios tiene á los hombres, y del deseo activo que tiene de la salvacion de los pecadores; pero la doble parábola que propone en este Evangelio sobrepuja, al parecer, á todos los demás rasgos, aunque tan notables, de su tierna misericordia con los pecadores. Compárase aquí á un padre de familias que teniendo cien ovejas las conserva con cuidado y las ama á todas con ternura: provee á todas sus necesidades, vela continuamente sobre su querido rebaño, y nada omite para que ninguna se le descarrie; él mismo las lleva á pastar á los mejores pastos; impide que el lobo se acerque al rebaño. Pero si al fin, á pesar de toda su vigilancia y sus cuidados, llega una sola á descarriarse: ¡buen Dios! ¡qué inquietud la de este caritativo pastor! y ¿qué no hace, qué trabajo no se toma para encontrar y volver á traer á la oveja descarriada? Diríase que la conservacion de las noventa y nueve que quedan en el redil no le da tanto contento como sentimiento le causa la pérdida de una sola: á todas las deja para correr tras de esta sola; pero por fin la ha encontrado: ¡buen Dios, qué gozo, qué placer! Léjos de incomodarse y de echarla delante de él para volverla, él mismo la carga sobre sus espaldas para ahorrarla todavía la fatiga del camino. Cargado con tan dulce peso, entra como en triunfo en la majada; y no contento con no haberla perdido, quiere que todos sus amigos tomen parte en

su alegría. Bajo de esta imágen se pinta á sí mismo este amable Salvador; ¿podemos hallar ni imaginar un tipo, unos rasgos, una expresion, una figura mas propia para inspirarnos la mas dulce confianza? Pues hé aquí aun otra que no debe inspirar menos reconocimiento y deseo de convertirse al pecador. Una madre de familias pierde una moneda, y por esto se halla inconsolable. ¡Qué fatigas no se toma para volverla á encontrar! Enciende la luz, busca, vuelve á buscar, remueve todos los muebles de la casa, no deja rincon ni escondrijo que no escudriñe: llega por último á encontrarla: ¡qué demostraciones hace de regocijo, qué gritos da de alegría! Dirian que habia perdido toda su hacienda, y la ha recobrado: pues de este modo, añade el Señor, se regocijan en el cielo por la vuelta y la conversion de un pecador que después de haberse abandonado y perdido por el pecado, se rinde en fin á la gracia. Y después de esto, ¿se quieren otros motivos para convertirse?

Punto segundo.—Considera cuán inexcusable es un pecador, que después de unas solicitaciones tan ejecutivas, y de una bondad tan señalada de parte de Dios, no se convierte, aun difiere el convertirse. ¿Qué es lo que puede servir de pretexto y de excusa á su obstinacion, por poca religion que tenga? ¿Puede ignorar el peligro en que está de ser eternamente infeliz si vive en el pecado? y si no lo ignora, ¿qué es lo que puede retener á una persona á quien resta aun un vislumbre de buen sentido, una tintura de religion; qué es lo que puede retenerla en el precipicio, cuando se le presenta la mano que puede sacarla de él? ¿qué puede moverla á perseverar en el estado de pecado, cuando Dios la ofrece su gracia? ¿Qué es lo que puede retener al pecador? ¿Es la severidad de un Dios, justamente irritado por sus desarreglos y sus desórdenes? Mas después de la parábola de nuestro Evangelio, ¿puede dejar de ver anticipadamente la alegría que tendrá todo el cielo por su conversion y su vuelta? ¿Podia ofrecer el Salvador ninguna cosa mas á propósito para calmar nuestros temores, animar nuestra timidez, serenar aun nuestra confusion, é inspirarnos una dulce confianza en su misericordia, que esta parábola? Todo el cielo debe concebir mas alegría por nuestra conversion, que la que tiene por la perseverancia de los justos; el mismo Dios celebra, por decirlo así, una fiesta por nuestra vuelta á él. Tan terrible como es para el pecador cuando muere en el pecado, tan dulce, compasivo, misericordioso, amable é indulgente es cuando el pecador detesta sus pecados mientras le dura la vida. La

muerte en el pecado enciende los fuegos eternos, é irrita la cólera de Dios, y arma su venganza por toda la eternidad contra el pecador muerto en su desgracia; al paso que la conversion del pecador, su dolor sincero, su arrepentimiento, desarma su cólera, reanima, por decirlo así, toda su bondad para con el pecador, y le hace olvidar todos sus crímenes. Y á vista de todo esto, ¿se difiere la conversion, se vive y se muere en el pecado?

¡Ah Señor! emplead toda vuestra misericordia para impedir que me suceda semejante desgracia. Desde este mismo dia quiero, mediante vuestra gracia, regocijar al cielo con mi perfecta conversion y mi vuelta á Vos.

Jaculatorias. — He andado errante como una oveja descarriada; buscad, ó Dios mio, á vuestro siervo. (*Psalm.* cxviii).

Señor, salvad á una oveja extraviada, á un siervo que pone en Vos toda su esperanza. (*Psalm.* lxxxv).

PROPÓSITOS.

1 Cuanto mas bueno es el Señor para el pecador, mas criminal es el pecador si persiste en su rebelion contra un padre tan bueno: ninguna cosa demuestra mejor la justicia del castigo riguroso con que Dios castiga una malicia tan obstinada, como la obstinacion impía del pecador en su pecado. Penetrad bien todo el sentido de una parábola tan consoladora. Vosotros habeis entristecido, por decirlo así, largo tiempo á todo el cielo con vuestra vida licenciosa; podeis, pues, hoy regocijarle con vuestra sincera conversion á Dios; no difirais ni medio dia, ni un momento, el proporcionar á los santos Ángeles un gozo que os es tan ventajoso. Si todavía no os habeis convertido, convertíos en este momento haciendo un acto de contricion perfecta y una buena confesion. Si os habeis ya convertido, ratificad vuestra conversion por la renovacion de la penitencia interior, y por nuevos actos de contricion que debeis repetir muchas veces en este dia.

2 No os contenteis con una conversion afectuosa, dad pruebas de ella por los efectos; ofrecedlas hoy mismo, ya haciendo una confesion mas amplia, ya haciendo una visita de cortesía á aquellos con quienes os habeis reconciliado, ya ejercitándoos en obras de misericordia. Haced una profesion mas declarada de piedad y de regularidad. Practicad algunas visitas al santísimo Sacramento en las iglesias, sobre todo en aquellas á donde mas habeis concurrido en otro tiempo durante vuestros desarreglos, y estado con mas irreverencia. Dad al-

guna limosna extraordinaria con el fin de reparar las injusticias que hubiéreis podido cometer, y que no podeis absolutamente conocer; y pensad muchas veces, durante este dia, qué es lo que significan las dos parábolas que se refieren en el Evangelio de la misa.

DOMINGO CUARTO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Si el domingo precedente se llama con razon en los leccionarios antiguos el domingo de la misericordia y de la bondad de Dios con los pecadores, porque todo el oficio de la misa, esto es, el intróito, la Epístola y el Evangelio no predican mas que esta gran misericordia; por la misma razon puede llamarse este cuarto domingo el domingo de la confianza en Dios, pues que todo el oficio de este dia nos ofrece grandes motivos para ello, ya en el intróito de la misa, ya en la Epístola y el Evangelio, en donde todo inspira esta dulce confianza.

La misa comienza por este versículo del salmo XXVI: El Señor me instruye en sus consejos; él vela en mi conservacion; *el Señor es mi luz*, mi guia, mi apoyo, *mi salud;* toda mi confianza la tengo puesta en él; *¿á quién*, pues, *temeré?* ¿Qué enemigo puede espantarme, ni qué peligro puede hacerme temblar? Bajo de una proteccion semejante no podré perecer. Imagina alguno que sea mas poderoso que nuestro Dios, dice san Agustin, y entonces tendrá fundamento tu temor y tu desconfianza. *El Señor es el defensor de mi vida*, y como dice el texto Hebreo, el Señor es la fortaleza de mi vida; *¿podrán estremecerme ya los mayores peligros?* Líguense contra mí todos mis enemigos, véame yo en medio de las olas, agitado por los vientos mas furiosos, y amenazado á cada momento de un triste naufragio; siendo el Señor el defensor y la fortaleza de mi vida, nada hay que pueda espantarme. Agraviaria, ciertamente, á la omnipotencia, á la sabiduría infinita y á la bondad incomprensible de mi divino protector si yo temiese. Mi temor seria una insigne desconfianza; y ¿puedo yo ser capaz de esto despues de haber visto tantas veces que los mayores esfuerzos de mis enemigos han sido inútiles contra esta omnipotente proteccion? ¿Qué no han tentado los enemigos de mi salvacion para perderme, ó al menos para turbarme y amedrentarme? ¡cuántas veces arrebatados del deseo de perderme, se han precipitado sobre mí como otras tantas bestias feroces prontas para devorarme! vanos proyectos, inútiles esfuerzos, frívolas tentativas: ellos han pasado por la confusion de ver frustrados sus perversos designios, y se

han visto obligados á reconocer su debilidad. Toda esa nube fecunda en granizo y en piedras se ha desvanecido cuando estaba para aniquilarme. ¡Oh, qué dichoso es el que pone toda su confianza en Dios! Sí, aun cuando yo viera todas las fuerzas, todas las potestades de la tierra y del infierno reunidas delante de mí como un cuerpo de ejército, yo me mantendria intrépido: la proteccion del Señor es una muralla que no pueden forzar todas las potestades juntas. David tenia una larga experiencia de esto, y por lo mismo jamás podia tener una confianza incierta en la proteccion de Dios. Un Goliath ufano por su monstruosa talla, y por la fuerza enorme de su brazo, vencido, aterrado, muerto por un niño, sin otras armas que una honda. Un ejército formidable de filisteos, hasta entonces siempre victorioso de las tropas de Israel, batido, deshecho, disipado por este ungido del Señor; toda la malignidad de la envidia de Saul eludida; en fin, David victorioso de todos sus enemigos, pacífico ya en su trono después de tantos peligros, tantas persecuciones y contratiempos, ¿podia tener menos confianza en la bondad y en la proteccion de su Dios?

La Epístola de la misa de este dia está tomada de aquel pasaje de la carta de san Pablo á los romanos, en que el santo Apóstol dice que aquellos que han recibido por el Bautismo el espíritu de adopcion, que nos hace hijos de Dios y coherederos con Jesucristo de la gloria futura por la cual suspira todo fiel, cuentan por nada todo lo que hay que sufrir sobre la tierra para merecer la recompensa que nos está preparada en el cielo, á donde deben dirigirse todos nuestros deseos. Ordénase toda esta Epístola á inspirarnos un gran fondo de confianza y de ánimo en las mayores adversidades.

Estoy persuadido, dice el santo Apóstol, *que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros.* Seria necesario comprender en esta vida lo que es esta gloria; seria necesario gustar sus dulzuras inefables, dulzuras castas, llenas, satisfactorias, que sobrepujan todo cuanto puede pensar ó conocer el entendimiento humano; seria necesario, en fin, estar como sumergido en el torrente de delicias con que Dios embriaga á sus elegidos, para ver la infinita desproporcion que hay entre lo que sufrimos en este lugar de destierro, y la recompensa que nos está preparada en la patria celestial. Por algunas sombras de humillacion, ¡qué honor, qué gloria, buen Dios, en el cielo, en donde el menor de los Santos es objeto de la admiracion, del respeto, de la mas profunda veneracion de los mas grandes monarcas del mundo! por algunos amagos de dolor, ¡qué torrente, qué abundancia de dul-

zuras las què Dios reserva para los que le sirven! En fin, por algunos momentos de dolores y aflicciones que huyen, una felicidad pura y perfecta que jamás debe acabarse. Nuestras aflicciones presentes, dice san Pablo, que no duran mas que un momento, y que son tan ligeras, nos producen un peso eterno de gloria en un alto grado de excelencia superior á todo encarecimiento. (*II Cor.* IV). Y ciertamente la vida comparada con la eternidad no es mas que un instante indivisible é imperceptible. La misma proporcion que hay entre un punto de tiempo imperceptible y toda la eternidad incomprensible, esa misma es la que hay entre las aflicciones de esta vida y la gloria de la otra. Este es el dichoso hechizo que cambia en lágrimas de alegría las que hace derramar el dolor durante esta vida: yo peso lo què padezco con lo que espero, dice san Agustin, y encuentro el peso de mis padecimientos infinitamente mas ligero que el peso de gloria que producen. Todavía queda un momento de tribulacion; pero el reposo que sucederá á nuestras penas será eterno. Aquí abajo no se bebe mas que gota á gota el agua amarga de la tribulacion; en el cielo serémos inundados en un torrente de delicias que no se agotará jamás. Aunquè la gloria de la otra vida no tenga proporcion alguna con nuestros trabajos considerados en sí mismos; sin embargo, Dios ha querido que esta gloria inmensa fuese adquirida con ellos á título de recompensa y de justicia. Pero para hacérnosla merecer nos hace entrar en la participacion de los méritos de Jesucristo, y realza por su gracia el mérito de nuestros trabajos.

Por esto lo que mas esperan las criaturas, continúa san Pablo, es que brille esta gloria de los hijos de Dios. San Agustin cree que por las criaturas deben entenderse aquí todos los fieles que suspiran por el fin de las miserias de esta vida, y que descubriendo á favor de las luces de la fe la felicidad que les está preparada en el cielo, y que es el objeto de su esperanza, desean con ansia, esperan con una santa impaciencia, piden con fervor el dichoso momento que debe ponerlos en posesion de esta bienaventurada herencia. Otros muchos santos Padres sienten que las criaturas significan aquí todos los hombres, y singularmente los gentiles, cuya vocacion á la fe, que debe ser el principio de su libertad, comienza ya á anunciarla el Apóstol. Llámase el Mesías en la Escritura, el deseado de las naciones. Habia largo tiempo, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, habia mucho tiempo que los gentiles sentian el peso de sus miserias; gemian, y se hallaban tanto mas oprimidos, cuanto que tenian menos auxilios que los judíos para salir de ellas. Habíalo Dios

permitido así, para manifestar á su tiempo los tesoros de sus misericordias sobre ellos. Llegó por fin el dichoso momento en que debian ser reconciliados con su Dios. Las gracias que se les habian comunicado hacian sus miserias mas pesadas y mas sensibles, y les obligaban á dar en cierto modo los gritos que anunciaban su nacimiento espiritual al Evangelio. *Porque sabemos*, dice, *que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto.*

El hombre no ha sido criado mas que para Dios: este es nuestro fin; Dios no ha podido criarnos para otro que para sí, y cualquiera otro fin que no sea este, es incapaz de satisfacernos. No tenemos mas que consultar sobre esto á nuestro corazon. Dios solo es el centro de nuestro descanso, fuera de él está nuestro corazon en una agitacion continua. La propension natural á todo hombre; la extrema pasion que tenemos á ser dichosos, no puede satisfacerse aquí abajo. Despues de mas de seis mil años que hace que los hombres trabajan para ser felices, ninguno ha podido hallar todavía un reposo lleno y perfecto que haya fijado todos sus deseos: siempre queda un vacío infinito que no son capaces de llenar todos los objetos criados; no ha sido el hombre hecho para ellos: menester es que se eleve hasta Dios, y desde el momento que toma este partido, encuentra una paz, una dulzura que no ha encontrado en otra parte; señal evidente de que Dios es su fin, y el centro de su reposo: *Hicístenos, Señor, para tí,* dice san Agustin, *y nuestro corazon está inquieto hasta que repose en tí.* Solo, pues, en el cielo se encuentra el perfecto descanso, la felicidad plena y perfecta; por ella suspira naturalmente todo hombre, aun cuando la mayor parte no conozca en donde está el centro de su reposo y de su felicidad. Los judíos eran los únicos que poseian este conocimiento. De los demás pueblos puede decirse que lo deseaban sin saber en donde se hallaba. Jesucristo ha venido á mostrarle á todas las naciones de la tierra, y el Cristianismo las enseña en donde está, y donde se encuentra esta felicidad inseparable del soberano bien, por la cual suspira naturalmente todo hombre, y que no es posible encontrar aquí abajo. Esta dicha, esta felicidad de la otra vida es la que hacia gemir todavía mas á los Apóstoles y á todos los primeros fieles por el ardiente deseo que tenian de que se les llamase de este lugar de destierro para ir á gozar de aquella gloria celestial, de la cual tenian tan alta idea. Cuanto mas ilustrado está uno con las luces de la fe, con mas ardor ama á Jesucristo, y mas suspira por la mansion de la celestial Jerusalen. *Yo deseo con ardor*, decia san Pablo, *no vivir mas, ni estar mas que con Jesucristo.* (*Philip.* 1). En el mismo

sentido dice aquí el santo Apóstol, que no son solo los gentiles los que suspiran por su libertad: *Nosotros mismos que hemos recibido las primicias del Evangelio, nosotros que hemos sido santificados por el Espíritu Santo, esperamos tambien el entero cumplimiento de nuestra adopcion*, esto es, la gloria, que es la perfeccion y el efecto de la adopcion. Nosotros suspiramos sin cesar por la patria celestial, y nos lamentamos viéndonos todavía detenidos en este lugar de nuestro destierro.

La pesca milagrosa que Jesucristo concedió á san Pedro en el mar de Tiberíades es el asunto del Evangelio de este dia.

Habiendo recorrido el Salvador la Judea, la Galilea, la comarca llamada *Decápolis*, porque comprendia diez ciudades, y el país del otro lado del Jordan, haciendo por todas partes mucho bien, y obrando en todas un gran número de milagros, se vió muy pronto seguido de una multitud que no le dejaba descansar. Estando un dia en la orilla del lago de Genesareth, que tambien se llamaba mar de Tiberíades, viendo que la multitud que le sofocaba crecia por momentos, advirtió cerca de él dos barcas atadas á la orilla, mientras los pescadores habian saltado en tierra para lavar sus redes. Habiendo entrado en una de las dos, que era la de Simon, pidió á este que la alejase un poco de la ribera, y sentado en ella desde allí instruia al pueblo. No sin misterio, entre las dos barcas, eligió Jesucristo la de Simon. *Porque ¿qué otra cosa*, dice san Gregorio, *nos indica la barca de Pedro, á la cual sube Jesucristo para instruir al pueblo, sino la Iglesia que debe ser confiada al cuidado de Pedro?* Solo, pues, en esta Iglesia confiada á Pedro y á sus sucesores, dicen los intérpretes, es en donde Jesucristo nos instruye: ella es la fuente pura en donde bebemos la verdad sin mezcla; fuera de esta barca no hay mas que peligros y naufragio; fuera de esta sola Iglesia no hay salvacion.

Después que el Salvador hubo instruido á aquel pueblo, ansioso de la palabra de Dios, hizo un magnífico milagro, cuyas circunstancias todas son otros tantos misterios. Díjole á Pedro que se engolfase y avanzase á alta mar, y le mandó que echase las redes para pescar. No era en la Judea, significada por la orilla, en donde el Evangelio debia hacer las mayores conquistas; era sí en alta mar en donde debia hacerse la abundante y maravillosa pesca; esto es, en medio de las naciones, y hasta en el centro del paganismo era en donde Jesucristo debia triunfar por la conversion de los gentiles. *A vosotros era*, decian san Pablo y san Bernabé hablando á los judíos, *á vosotros era á quienes debia anunciarse primeramente la palabra de Dios; pero pues*

la rechazais, y vosotros mismos os juzgais indignos de la vida eterna, por esto nos convertimos á los gentiles.

Señor, le respondió san Pedro, *hemos trabajado toda la noche*, que era el tiempo mas á propósito para la pesca, *y no hemos cogido nada;* sin embargo, aunque naturalmente no debiésemos esperar de dia suerte mas ventajosa, voy á echar la red en virtud de vuestra palabra. Echóla, en efecto, inmediatamente; su fe, aunque débil todavía y naciente, le elevó sobre su razon y su experiencia; y no dejó por tanto de ser recompensada liberalmente. No bien hubo arrojado la red, cuando se llenó de peces en tan prodigiosa cantidad que la red se rompia; y los mismos pescadores no tenian fuerza para sacarla, de modo que fue necesario que hiciesen señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron, pues, y encontraron una pesca tan abundante que las dos barcas se llenaron, y de tal modo las cargaron, que faltó poco para que no se fuesen á fondo. Todo es misterioso, y todo está lleno de instruccion en esta milagrosa pesca. Pedro y sus compañeros habian de su motu propio pescado toda la noche, se habian fatigado y sudado mucho, sin haber cogido nada; una vez sola echan la red por mandato de Jesucristo, y sin trabajar mucho sacan bastante cantidad de peces para llenar dos barcas. La pesca es aquí la figura del ministerio evangélico: para ejercerle con fruto es preciso ser llamado á él por Jesucristo, estar animado de su espíritu, y no trabajar en él sino por mandato. Trabájase, tómanse grandes fatigas, pero todas inútiles cuando es el hombre solo el que trabaja. Jamás se gana cosa alguna, antes se pierde todo, trabajo, estudio, sudores, cuando en el trabajo se busca uno á sí mismo. ¡Cuántos harán algun dia esta triste confesion! Intrusos en el sagrado ministerio, ¡qué de trabajos sin frutos! animados de un espíritu de vanidad y conducidos por miras poco puras, movidos por una vivacidad enteramente natural, ¡qué de celos infructuosos, ó al menos sin mérito! Cuando no se obra mas que por el natural, cuando no se hace mas que la propia voluntad, cuando no se sigue otra cosa que el humor y el capricho, se trabaja, se fatiga uno mucho; pero siempre se fatiga de noche y sin fruto. Hay cierta clase de personas que al parecer debian estar muy ricas en buenas obras y en méritos, *varones de riquezas*, como habla el Profeta; pero que no habiendo trabajado mas que por la noche, no han sido ricos ni poderosos mas que como un sueño, y no habiéndose despertado hasta la muerte, se han encontrado con las manos vacías, y todos sus trabajos perdidos. San Pedro y san Andrés llaman á los

de la otra barca para que vengan á participar con ellos de la pesca que habian hecho: ¡desgraciados los ministros de Jesucristo que llevados de unos celos criminales querrian mas ver perecer una parte del rebaño que partir sus solicitudes con otros, con solo el objeto de llevarse ellos solos el honor!

Asombrado Simon Pedro de este milagro, se arroja á los piés de Jesús, y todo fuera de sí exclama: Alejaos de mí, Señor, porque soy un pecador indigno de ponerme en vuestra presencia. Estas palabras no significan otra cosa que un respeto profundo del santo Apóstol al Salvador, y un temblor santo producido por un milagro tan insigne. En este mismo sentido hablaba el Centurion cuando no se creia digno de recibir en su casa á Jesucristo. Siempre son agradables al Señor estos humildes sentimientos. Nada hay que nos haga menos indignos de estar con Jesucristo que la conviccion en que estamos, y la confesion sincera que hacemos de nuestra indignidad; esta es la disposicion que debemos tener cuando recibimos á Jesucristo en la sagrada Comunion. Ninguna cosa gana tanto el corazon de Dios, como una humildad pura y sincera. Esta virtud apenas se encuentra separada de las demás, y sobre todo de la verdadera contricion. Santiago y Juan y todos los demás que estaban con Simon Pedro no quedaron menos pasmados de la maravilla de que habian sido testigos; su admiracion llegó hasta una especie de pavor lleno de respeto que ordinariamente causa la vista de una cosa maravillosa é inesperada; pero el Salvador les aseguró, y dirigiéndose á Pedro le dijo: No temais, yo os he escogido para otra especie de pesca; no serán ya peces los que cogeréis sino hombres. La pesca material y sensible que hizo aquí san Pedro fue como el símbolo del ministerio apostólico y espiritual á que el Hijo de Dios los elevaba por su eleccion, á la manera poco mas ó menos que en los Sacramentos se sirve Jesucristo de los signos sensibles para significar la gracia espiritual que obran. La gracia acompañó á esta divina vocacion, y desde este momento habiendo san Pedro, san Andrés, Santiago y san Juan dejádolo todo para siempre, no dejaron ya mas á su buen Maestro. Hasta aquí, aunque los Apóstoles habian abrazado ya la doctrina de Jesucristo, y se habian declarado discípulos suyos, no habian aun renunciado á todo lo que poseian, conservaban todavía su casa, su barca y sus redes, y se ejercitaban en su tráfico ordinario. Esta fue la tercera y última vocacion en la que lo abandonaron todo para adherirse únicamente á Jesucristo.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Da nobis, quaesumus, Domine; ut et mundi cursus pacifice nobis tuo ordine dirigatur, et Ecclesia tua tranquilla devotione laetetur. Per Dominum...

Concedednos, Señor, por vuestra bondad que el curso de este mundo, que está sometido á las reglas y á las órdenes de vuestra divina Providencia, sea quieto y tranquilo, á fin de que gozando vuestra Iglesia de reposo y de sosiego, os testifique con su alegría el ardor de su piedad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola que hoy se lee en la Misa es del capítulo VIII *de la carta del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Existimo quod non sunt condignae passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quae revelabitur in nobis. Nam expectatio creaturae revelationem filiorum Dei expectat. Vanitati enim creatura subjecta est non volens, sed propter eum, qui subjecit eam in spe: quia et ipsa creatura liberabitur à servitute corruptionis in libertatem gloriae filiorum Dei. Scimus enim quod omnis creatura ingemiscit, et parturit usque adhuc. Non solum autem illa, sed et nos ipsi primitias spiritus habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes, redemptionem corporis nostri: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Así es que lo que esperan mas las criaturas es que brille la gloria de los hijos de Dios, porque ellas están sujetas á la vanidad, no de su grado, sino por disposicion de Aquel que las ha sujetado á ella en la esperanza de que serán libres algun dia de la corrupcion á que estaban sujetas, para pasar á la libertad que hace la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas gimen y sufren los dolores del parto. Y no solamente ellas, sino tambien nosotros mismos que tenemos las primicias del espíritu. Sí, nosotros mismos gemimos dentro de nosotros, esperando la adopcion de los hijos de Dios, y la libertad de nuestro cuerpo en Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Estoy persuadido que las aflicciones del tiempo presente no tienen proporcion alguna con la gloria futura que resplandecerá en nosotros. Ninguna con respecto á la duracion; porque ¿qué es un puñado de dias que dura la vida mas larga, comparada con la duracion eterna que debe ser la medida de la gloria futura? Ninguna con respecto al número y á la cualidad de las aflicciones que pueden padecerse en

esta vida. El Apóstol no habla simplemente de las aflicciones de un estado ó de una condicion particular: habla de las aflicciones del tiempo presente, de las aflicciones que nacen con nosotros, cuyos principios al menos traemos dentro de nosotros mismos al nacer. El cuerpo tiene sus aflicciones, dolores, alteracion en la sangre, desarreglo en los humores: ¡ah, Dios mio! ¡á qué infinito número de enfermedades no está sujeto el hombre durante su vida! enfermedades hereditarias; enfermedades crónicas, accidentales, incurables; predominacion de algun humor, flaqueza de los resortes; no hay sentido alguno que no esté sujeto á algun trastorno en sus órganos. Lo mismo que alimenta el cuerpo le consume, hasta el sueño le fatiga, muchas veces le daña el mismo descanso. El espíritu tiene sus aflicciones, y no son estas las menores: dudas sospechosas, temores, espantos, perplejidades, todo es suplicio, tanto mas insoportable, cuanto que no tiene remedio. ¡Cuánto no nos hace sufrir nuestra imaginacion! ingeniosa para atormentarnos á falta de motivos reales, ¿cuántos fantasmas no nos presenta con que nos hace padecer? ella tiene el secreto de inquietarnos solo con sus imágenes. Puede decirse que la imaginacion es el tirano de todos los hombres; ninguno hay que no sea su esclavo, ninguno que no le deba la mayor parte de sus inquietudes y de sus disgustos. Las aflicciones, en fin, del tiempo presente son universales. El corazon siente vivamente todas las del cuerpo y del espíritu, y él tiene tambien las suyas particulares, las cuales son tanto mas amargas, cuanto que extinguen todo vislumbre de consuelo y de gozo. Siendo las aflicciones de por vida, son frutos de todas las estaciones y de todas las tierras. Los dias mas bellos suelen oscurecerlos las nieblas mas densas, y ¿qué edad, qué condicion es la que goza de una calma duradera? Los grandes viven entre el esplendor y la abundancia; pero ¿son por esto sus dias mas serenos? sujetos á las mismas enfermedades que el mas vil de sus súbditos, ¿está su corazon menos destrozado por sus pasiones? ¿su espíritu está siempre tranquilo? Las inquietudes, los temores, los disgustos y las enfermedades no respetan ni los grandes nombres, ni la púrpura ni el trono; y si las aflicciones interiores no fuesen invisibles, lo que nos parece un objeto de envidia le veríamos con frecuencia como un motivo de compasion. En cualquiera estado, pues, que nos encontremos, no pensemos en ponernos al abrigo de las aflicciones; tratemos sí de hacer que nos sean fructuosas. El buen uso que hiciésemos de ellas para el cielo es el único secreto para que no sean menos amargas; sobre todo si tenemos presente la gloria, que debe ser el

fruto y la recompensa de este buen uso. No hay proporcion entre las humillaciones, las penas, las adversidades, las cruces de esta vida y la eternidad bienaventurada, la corona de gloria, la felicidad plena, satisfactoria, inalterable, que está prometida á los que sufren con corazon y espíritu cristiano. En este mundo no sentimos las aflicciones mas que gota á gota, mientras que por toda la eternidad estarémos como sumergidos, por decirlo así, y como anegados en un torrente de delicias puras. Aquí cada dia abrevia la duracion de nuestras aflicciones; en el cielo en cada momento se goza toda la eternidad de una dicha llena, que es y será siempre de un nuevo gusto, sin que pueda nunca acabarse. Aquí, en fin, endulza Dios con la uncion de su gracia las mas duras penas; en el cielo se complace Dios en embriagarnos, por decirlo así, en cada momento con su propia felicidad, segun la expresion del Profeta.

El Evangelio de la Misa de este dia es segun san Lucas, capítulo v.

In illo tempore: Cum turbae irruerent in Jesum, ut audirent verbum Dei, et ipse stabat secus stagnum Genesareth. Et vidit duas naves stantes secus stagnum: piscatores autem descenderant, et lavabant retia. Ascendens autem in unam navim, quae erat Simonis, rogavit eum à terra reducere pusillum. Et sedens, docebat de navicula turbas. Ut cessavit autem loqui, dixit ad Simonem: Duc in altum, et laxate retia vestra in capturam. Et respondens Simon, dixit illi: Praeceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluserunt piscium multitudinem copiosam: rumpebatur autem rete eorum. Et annuerunt sociis, qui erant in alia navi, ut venirent, et adjuvarent eos. Et venerunt, et impleverunt ambas naviculas, ita ut pene mergerentur. Quod cum videret Simon Petrus, procidit ad genua Jesu, dicens: Exi à me, quia homo peccator sum, Domine. Stupor enim circumdederat eum, et omnes qui cum illo erant, in captura piscium, quam ceperant. Similiter autem Jacobum et Joannem,

En aquel tiempo: Agolpándose el pueblo en tropas para oir la palabra de Dios, oprimia á Jesús que estaba á la orilla del lago de Genesareth. Vió, pues, allí dos barcas paradas; habian salido de ellas los pescadores y estaban lavando sus redes. Habiendo entrado en una de las barcas, que era la de Simon, le rogó que se alejase un poco de la ribera; y habiéndose sentado, instruia al pueblo desde dentro de la barca. Luego que hubo acabado su discurso, dijo á Simon: Llévanos á alta mar, y echa tus redes para pescar. Señor, le respondió Simon, toda la noche nos hemos fatigado y nada hemos cogido; pero pues Vos me lo mandais echaré la red. Y habiéndolo hecho así, cogieron tan gran cantidad de peces, que se les rompia la red. Entonces hicieron señas á sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que viniesen á ayudarles. Vinieron en efecto, y se llenaron las dos barcas de suerte que cuási se iban á fondo. Viendo esto Simon Pedro, dijo á Jesús: Apartaos de mí, Señor, porque soy un pecador; á vista de la pesca que acababan de hacer, tanto él como los que estaban con él se ha-

filios Zebedaei, qui erant socii Simonis. Et ait ad Simonem Jesus: Noli timere: ex hoc jam homines eris capiens. Et subductis ad terram navibus, relictis omnibus secuti sunt eum.

biau asombrado extraordinariamente, igualmente que Santiago y Juan, hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simon. Jesús entonces dijo á Simon: No temas, de hoy en adelante la pesca que harás será de hombres. Y habiendo echado las barcas á tierra lo dejaron todo, y le siguieron.

MEDITACION.

De la renuncia que debemos hacer de todo lo que mas amamos por amor de Jesucristo.

Punto primero. — Considera que el Evangelio no anuncia mas que la humildad, la mortificacion y la penitencia, ni predica en todas partes otra cosa que la renuncia á las mas dulces aficiones del mundo, hasta decirnos que si no nos aborrecemos á nosotros mismos, no serémos jamás discípulos de Jesucristo. ¿Qué nos parece? conforme á este plan ¿tiene Jesucristo el dia de hoy muchos discípulos?

¿Qué cosa mas loable, ni mas justa, que el amar á sus prójimos? Dios hasta nos ha impuesto un precepto de ello; sin embargo, cuando se trata de los intereses de Dios, es renunciar á él el no renunciar al amor de la carne y de la sangre, el no aborrecerse á sí mismo. Si alguno viene á mí (esta expresion comprende todos los estados y todas las condiciones de las personas cristianas), si alguno viene á mí sin aborrecer á su padre, á su madre, etc., sin aborrecer á su propia persona, no puede ser mi discípulo. No hay nada mas positivo, nada mas claro. Este oráculo no tiene necesidad de explicacion; pero ¿es muy de nuestro gusto esta moral? ¿está muy en uso en el dia de hoy?

¿Ceden siempre los intereses de familia á los deberes de la Religion? ¿No se escucha jamás la carne y la sangre en perjuicio de la conciencia? En los negocios, en los placeres, en los proyectos de establecimiento y de fortuna, ¿es Dios solo á quien se consulta, es él solo á quien se escucha? ¿Ninguna otra cosa entra en concurrencia con él? Ciertamente que Dios merece bien poco, si no merece todo nuestro corazon. Y ¿qué impiedad no es colocar el arca con el ídolo de Dagon en el mismo templo? ¡Dios mio! ¡qué mal concuerdan nuestras costumbres con nuestra creencia! Nosotros creemos á vuestras palabras, y nada hacemos de lo que ellas significan. Nuestras obras desmienten visiblemente nuestra fe.

No permitais, Salvador mio, que esta confesion solo sirva para ha-

cerme todavía mas criminal. Vos me asegurais que debo aborrecerme si quiero ser discípulo vuestro. Sí, quiero serlo, y quiero que mi conducta de hoy en adelante sea una prueba de mi sincera voluntad.

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuán grosero y pernicioso seria el error de aquella persona, que oyendo estas palabras de Jesucristo: *Si alguno viene á mí, y no aborrece á su padre y á su madre, etc., y aun á su propia persona, no puede ser mi discípulo,* se persuadiese que seria verdadero discípulo de Jesucristo, sin tener este odio evangélico, amándose únicamente á sí mismo, y no pensando mas que en su ambicion, su placer, y sus propios intereses. Prescindamos por un momento de nuestras antiguas preocupaciones. No hagamos caso de la autoridad de nuestro amor propio: ¿hacemos por ventura otra cosa? ¿Queremos acaso otra cosa que lo mismo que condenamos?

¡Ah! Estamos de tal modo llenos de nosotros mismos, tan esclavos de nosotros mismos, que somos, por decirlo así, nuestro ídolo, á quien ofrecemos sin cesar algun sacrificio, á quien hacemos votos, á quien sacrificamos nuestra propia salud, sacrificando hasta los intereses de Dios.

Comparando nuestra conducta con la de los Mártires, ¿no se diria que aquellos tenian otro Evangelio? Digámoslo mejor: nosotros no tenemos otro Evangelio; pero ¿no es la mas ridícula de las extravagancias, tener valor para lisonjearnos de ser discípulos del mismo Maestro, y de seguir la misma doctrina que los Mártires? Si yo paso mi vida entre la alegría y los placeres; si no busco mas que lo que halaga mis sentidos y mi codicia; si alimento y sigo mis pasiones; si no me ocupo mas que de satisfacer mi amor propio; ¿sirvo yo al mismo dueño que los Mártires? ¿sigo la misma ley? ¿Qué razon tengo yo, pues, para esperar la misma recompensa? Una mujer que vive en la molicie ¿tendrá la misma bienaventuranza que una santa Inés? Un hombre que no ansia mas que por los placeres ¿será tan dichoso como un san Timoteo?

Vos me mandais, Señor, que me aborrezca. Y ¿tengo yo acaso un enemigo mayor de mi verdadero bien que yo mismo? ¿Qué odio, pues, mas racional? ¿No es en verdad amarnos el aborrecernos de este modo?

Concededme, Señor, este odio santo de la carne y de la sangre, este odio saludable de mí mismo, y que no olvide jamás que quien ama alguna cosa tanto como á Vos, no es digno de Vos.

JACULATORIAS. — Yo no puedo serviros ni amaros, Señor, si no me desposo con vuestra cruz, y si no me aborrezco para no amar mas que á Vos. (*Exod.* IV).

¿Deseo yo, ni apetezco otra cosa que á Vos, Dios mio, en la tierra, ni en el cielo? (*Psalm.* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 Comenzad desde este dia á amar á Dios con aquel amor de preferencia, que le asegure de tal modo el primer lugar en vuestro corazon, que para conservarle esteis en disposicion de sacrificarle bienes, placeres, amigos, parientes, la vida misma; y para esto tomad una resolucion firme de no querer, ni emprender cosa alguna, sin que antes lo consulteis con Dios, siguiendo siempre su voluntad. No os fieis de vuestras luces; el amor propio ciega. No hagais nada de consideracion, sin que primero tomeis parecer de un sabio y celoso director.

2 Examinad si estais demasiadamente apegados á vuestra familia, ó á vuestros intereses temporales. Tiénense algunas veces ciertas predilecciones por los hijos, las cuales introducen la disension y los celos en las familias. Las amistades particulares no son menos odiosas, ni menos perniciosas en las comunidades; todas estas distinciones, todas estas preferencias, son efectos de nuestro amor propio. Tengamos un amor reglado á nuestros parientes y á nosotros mismos, no se esclavice nuestro corazon á la pasion, y entonces no cometerémos ya injusticias. Dios debe preceder á todo, este es su propio lugar. Sufocad, al mismo tiempo, ciertas sensibilidades, corregid cierto refinamiento de delicadeza y de blandura, que prueban que os amais demasiado. El amor propio es un enemigo astuto y doméstico, tanto mas temible, cuanto menos se desconfia de él. Cuando nos lisonjea, entonces nos vende. Siempre de inteligencia con nuestras pasiones, turba sin cesar nuestro reposo, y pone en gran peligro nuestra salvacion. Tomad hoy la resolucion de no contemplarle mas, de combatirle sin descanso hasta vencerle. Él se desliza en todas partes, no le perdoneis en ninguna: se nutre de nuestras conveniencias y comodidades; cercenad todo lo que no es absolutamente necesario. La mortificacion sola le debilita; determinad hoy las que hubiéreis de hacer. La mortificacion de los sentidos es el suplicio del amor propio; privaos de todas las satisfacciones que no tienden mas que á hacerle mas fiero. Por mas contrario que sea á la devocion, suele ave-

nirse con muchos de los que hacen profesion de devotos. Hacedle una perpetua guerra.

DOMINGO QUINTO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Como la denominacion del oficio de la misa de los domingos despues de Pentecostes se les ha dado del asunto del Evangelio que se lee en ella, este quinto domingo se llamaba antiguamente el domingo de la pesca, porque se leia en él la historia que el Evangelio refiere de la pesca prodigiosa que hizo san Pedro en virtud de la palabra de Jesucristo, y que hace ya muchos siglos es el asunto del Evangelio del domingo cuarto. Llámasele hoy el domingo de la perfeccion de la ley de Jesucristo, sobre la ley antigua que se habia dado á los judíos por el ministerio de Moisés; porque el Evangelio que la Iglesia ha fijado á este dia, declara que la mayor perfeccion de la antigua ley no basta para la salvacion de los fieles; que Dios exige de ellos una justicia mas exacta, una fe mas pura, una piedad mas espiritual, una caridad mas generosa y mas universal, una santidad, en fin, mas perfecta que la que pedia á los judíos. La Epístola tiene una perfecta relacion con esta obligacion, en razon de que es un compendio muy instructivo de la perfeccion cristiana y de las mas esenciales obligaciones del cristiano.

El intróito de la misa está tomado del salmo xxvi, que tiene por título Salmo de David antes que fuese ungido. David recibió la uncion real hasta tres veces. La primera por mano de Samuel en Belen, en casa de su padre Jesé; la segunda en Hebron después de la muerte de Saul; y la tercera después de la muerte de Isboset, cuando fue reconocido por rey de todo Israel. Este salmo, en el que el santo Rey reconoce una proteccion de Dios tan visible y tan marcada contra sus enemigos, no podia haber sido compuesto en su primera uncion, cuando David, todavía jóven, no tenia otros enemigos mas que las bestias feroces que perseguian á los rebaños que guardaba, y en el dia de esta uncion real fue cuando el espíritu de Dios se difundió sobre él, como dice la Escritura. No pudo, pues, este piadoso Príncipe haber compuesto este salmo sino en la ceremonia de la segunda uncion, ó tal vez en la tercera, cuando victorioso de todos los peligros que habia corrido, tanto por parte de Saul, como por parte de los partidarios de Isboset, hijo de Saul, se vió, por fin, pacífico poseedor de todo el reino de Judá y de Israel, y en estado de ir á ren-

dir á Dios en el tabernáculo humildes acciones de gracias. Como la confianza que tenia en Dios era la que le habia mantenido siempre intrépido en medio de los peligros, esta misma confianza es la que le estimula á implorar la misma proteccion y el mismo auxilio para todos los accidentes de la vida.

Oid, ó Dios mio, los clamores que dirijo hácia Vos: continuad socorriéndome; sed siempre mi protector omnipotente, mi apoyo, mi refugio. ¿Podréis, Señor, rechazarme, cuando pongo en Vos solo la esperanza de mi salvacion? Si Dios ha protegido de un modo tan particular á este santo Rey, tambien es verdad que este santo Rey ha tenido toda su vida la mas perfecta confianza en Dios. Puede asegurarse que era esta su virtud favorita, y son muy pocos los salmos que tenemos de él en que no resplandezca su confianza en Dios. *El Señor es mi luz y mi salud;* él me ilustra, me defiende, me sustrae á los lazos de mis enemigos, vela en mi conservacion; *¿á quién*, pues, *temeré?* Por estos dos versículos de este salmo comienza la misa de este dia: cuanto mas obligacion tenemos de aspirar á la perfeccion, tanto mas debemos orar con confianza; y cuanto mas difícil es el levantar el edificio de la perfeccion cristiana, tanto mas debemos contar con la gracia de Dios y sus auxilios.

La Epístola de la misa está tomada de la primera de san Pedro, en la cual el santo Apóstol exhorta á los fieles á que presenten entre sí una perfecta union, una bondad compasiva, una caridad universal, un afecto lleno de ternura, y una dulzura propia para ganar los corazones; á que no vuelvan mal por mal, sino que deseen todo género de bienes á aquellos mismos que los maldicen, teniendo presente que todos hemos sido llamados á esta perfeccion, á fin de recibir de Dios la bendicion que nos pone en posesion de la herencia. Exhórtales tambien á que eviten la murmuracion y la mentira; á sufrir por la justicia; á no temer los males de que puedan verse amenazados; en fin, á que por nada se turben, sino que en todo lance dén gloria y testimonio á la santidad del Señor, por una vida inocente y una conducta irreprensible.

Después de haber dado el santo Apóstol saludables avisos, en particular á personas de ciertos estados, desciende aquí á las obligaciones comunes á todas las condiciones; y el pormenor tan preciso que hace de ellas, es una corta leccion que encierra toda la perfeccion cristiana. Comienza por la oracion, cuyo ejercicio recomienda á todos los fieles como un medio seguro y eficaz para obtener los socorros del cielo en todas sus necesidades: *tened todos*, dice, *un mismo*

espíritu, así como todos debeis tener el mismo fin y el mismo principio: como la caridad es el vínculo de la perfeccion, profesaos unos á otros una bondad y un amor que se interese en las diferentes disposiciones de gozo ó de tristeza en que se encuentren los demás; y puesto que debeis amar á vuestro prójimo como á vosotros mismos, doleos de todas sus aflicciones como os doleis de las propias vuestras, y compadeceos de todos sus males. Tened misericordia; pero tened presente que la misericordia no consiste solamente en una ternura del alma sobre las miserias de otro, sino que se extiende á un deseo verdadero de remediarlas: en este concepto, no os contenteis con ser sensibles, ni aun con gemir sobre los males; aliviadlos con vuestros consejos, con vuestro crédito, con vuestras limosnas; la misericordia dice algo mas que la simple compasion. Sed modestos y humildes, jamás hubo verdadera humildad sin modestia: es muy natural el dar el primer lugar á los que se estiman mas que á sí mismos. Es uno contenido, circunspecto, discreto en sus palabras, en sus juicios, en sus acciones, cuando es modesto; todo lo es cuando es humilde; la humildad y la modestia forman en parte el carácter de los verdaderos cristianos: *No volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion.* La ley cristiana que ordena que amemos á nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos hacen mal, está muy léjos de permitir que volvamos mal por mal, y que nos venguemos. Por el contrario, añade san Pedro, bendecid á los que os maldicen, porque haciendo esto, segun la expresion de san Pablo, amontonaréis carbones ardiendo sobre su cabeza. Porque si vuestros beneficios les ganan, quedan bastante castigados de su odio por la vergüenza y la confusion que conciben; si continúan aborreciéndoos á pesar de vuestros beneficios, quedais bien vengados por la confesion que se ven precisados á hacer de vuestra virtud y de su miseria. *Tú eres mas justo que yo*, decia en semejante caso Saul á David. Y no penseis que se trate aquí solo de un deber de consejo y de perfeccion, es un precepto; *puesto que habeis sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion.* Esta es la vocacion de todos los cristianos, y la señal por la cual se conocen los discípulos de Jesucristo, los verdaderos fieles. Su carácter consiste en ser humildes, modestos, caritativos, benéficos, en colmar de bienes á los que mas les injurian. Tal ha sido la vida de los primeros cristianos; tal es todavía el dia de hoy el espíritu del Cristianismo.

El que desee gozar de la vida, y ver dias felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran nada falso. Estas palabras del santo Apóstol están tomadas del salmo XXXIII:

¿Quiere el hombre, dice David, *vivir dichoso, y ver pasar sus dias con regocijo? prohiba á su lengua la murmuracion, y no profieran nunca sus labios mas que la verdad.* Como es el mismo Espíritu Santo el que animaba á los Profetas y á los Apóstoles, no es extraño que tengan los mismos sentimientos, y que digan muchas veces lo mismo. El freno de la lengua, la reserva, la circunspeccion, la moderacion en hablar, la caridad, la sabiduría en las palabras, todo esto ha sido siempre recomendado como absolutamente necesario para la piedad y para la felicidad de la vida. Si hay alguno que no peque en la palabra, este, dice el apóstol Santiago, es un hombre perfecto. El freno de la lengua hace al hombre dócil; y como el timon aunque pequeño arregla el derrotero de los mayores navíos, á pesar de la violencia de los vientos y de las olas, así tambien, añade el Apóstol, la lengua es á la verdad un miembro muy pequeño, mas ella hace cosas estrepitosas. Ved como un poco de fuego es bastante para abrasar un gran bosque; pues no de otro modo la lengua es tambien un fuego, es una reunion de todo género de iniquidades. No hay bestias salvajes, ni clase alguna de animales, á quienes el hombre no reduzca, y que no haya reducido; pero la lengua ninguno puede reducirla sin la gracia. Es un mal incapaz de reposo, está llena de un veneno mortal: es el mismo Apóstol el que sigue hablando. Nada turba tanto nuestro reposo, nada causa tantas divisiones y enemistades como la lengua; nada descubre tampoco mejor el interior de un hombre por mas que disimule; la lengua tarde ó temprano quita el velo á la hipocresía, ella habla igualmente el idioma de todas las pasiones, y el de la virtud.

Evite el fiel el mal, continúa san Pedro, *y haga el bien.* No basta el no ser malo, es menester ser virtuoso. El siervo de que habla el Evangelio no habia malversado, ni habia hecho mal uso del talento que habia recibido; le habia conservado cuidadosamente; sin embargo, es reprobado por no haberle hecho producir. ¡Qué error imaginarse que con tal que no se haga mal, ya puede uno vivir seguro en conciencia! En el Cristianismo es un mal el no hacer bien. *Busque la paz y sígala.* Cuando no se goza de paz consigo mismo, apenas puede conservarse con los demás. La paz es un bien tan grande, que para conservarla con aquellos con quienes vivimos debe uno sacrificar sus propios intereses temporales, su placer y hasta sus resentimientos. *Porque el Señor,* prosigue el Apóstol, *tiene puestos los ojos en los justos, y abiertos sus oidos para escuchar sus ruegos.* El Señor, que es el Dios de la paz, y enemigo de la disension, de las enemistades y del

desórden, mira siempre con ojos favorables á los hombres de bien, al paso que mira con indignacion á los que obran mal. En todo este razonamiento demuestra muy bien san Pedro, que el espíritu de paz y de mansedumbre debe, por decirlo así, caracterizar á los buenos, á los fieles verdaderos, y que los espíritus turbulentos, los corazones llenos siempre de hiel, las almas inquietas que no pueden ni vivir en paz, ni dejar vivir á los demás, son objeto de la indignacion de Dios, y deshonran la augusta y santa cualidad de fieles que les distingue.

Tened celo por el bien, servid á Dios con fidelidad, cumplid vuestros deberes de cristianos con puntualidad, haced el bien con la mira de agradar á Dios, vivid piadosa é inocentemente, y nada temais. Toda la malicia de los hombres y de los demonios no puede dañarnos. Todos los que quieren vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion; pero bienaventurados los que padecen por la justicia. Si hubieras obrado bien, dijo Dios á Cain, ¿no hubieras recibido la recompensa? No tenemos que temer otra cosa que el pecado, este es el único mal que puede dañarnos. No temamos ni lo que la malicia tiene de mas espantoso, ni lo que la crueldad tiene de mas terrible. Conservemos la tranquilidad, mantengamos una paz inalterable en medio de las mas violentas tempestades. Todo el que, lleno de confianza en la bondad del Altísimo, buscase en él un asilo, bajo la proteccion divina estará á cubierto de todos los males. Santifiquemos en nuestros corazones al Señor Jesucristo, esto es, vivamos con tal inocencia, procuremos que nuestro corazon sea tan puro, nuestra conducta tan edificante y tan santa, que no solo habite el Señor en nuestros corazones como en su templo santo y sagrado, sino que los mismos infieles reconozcan que el Dios de los Cristianos es muy santo, puesto que sus discípulos llevan una vida tan pura, tan santa y tan perfecta; y que él es el único Dios verdadero, puesto que la probidad, la buena fe, la inocencia y todas las virtudes no se encuentran mas que en sus siervos. Nuestras costumbres deben glorificar al Señor, y toda nuestra conducta debe hacer el elogio de nuestra Religion. Santificarémos á Jesucristo en nuestros corazones, si somos santos como nuestro Padre celestial es santo; nosotros pedimos á Dios todos los dias que su nombre sea santificado, esto es, que Dios sea reconocido, adorado y glorificado en toda la tierra; nada, pues, contribuye mas para hacerle conocer, amar y servir en todas partes, que la verdadera piedad de los Cristianos. *Así como*, dice el Eclesiástico, *habeis sido santificado en vuestros siervos por la virtud y la santidad,*

que ha brillado en ellos, á vista de todos los pueblos; así tambien admiramos la fuerza omnipotente de vuestra gracia en su conversion.

El Evangelio está tomado del capítulo v de san Mateo, el cual es como un compendio de toda la perfeccion del santo Evangelio.

Acababa el Salvador de pronunciar aquel admirable discurso que habia hecho á sus discípulos de las ocho bienaventuranzas, en el cual les habia dado la idea mas alta de la perfeccion cristiana y del ministerio evangélico á que les habia llamado; cuando tomándolos aparte, como si no se hubiese explicado con bastante claridad en público, les repitió lo que acababa de decirles, pero en términos todavía mas fuertes y mas expresivos. Yo os digo, pues, añadió, que si vuestra virtud no es muy superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. La virtud aparente de los hipócritas tiene mucho brillo y poco fondo; toda ella consiste en exterioridades, sin que haya nada en el corazon; enseñan, predican, dicen mucho, pero nada hacen.

Los escribas entre los judíos eran los doctores de la ley, cuyo oficio era escribirla, leerla y explicarla al pueblo; sus decisiones eran recibidas con el mismo respeto que la ley de Dios. Eran muy distinguidos, ocupaban un lugar superior aun á los sacrificadores, y estaban tenidos en gran veneracion entre el pueblo, que no podia imaginar que los que poseian tan bien toda la ciencia de la ley de Dios, y que la explicaban á los demás, no la guardasen, ni fuesen tan santos como parecian. Como no se habla de los *escribas* antes de Esdras, se cree que este nombre no se les dió hasta después de la vuelta de la cautividad de Babilonia.

Los *fariseos* formaban una secta particular entre los judíos. Llamábanse así porque estaban separados de todos los demás por su género de vida; hacian una profesion ostentosa de una observancia mas rígida de la ley, y de una santidad afectada de que hacian alarde. La palabra *fariseo* se deriva de la voz *faris*, que en lengua caldáica significa separado. Créese que esta secta comenzó hácia el tiempo de Esdras, porque entonces comenzaron los judíos á tener intérpretes de sus tradiciones. Otros creen que no se estableció hasta el tiempo de los Macabeos. Sea como quiera, el *fariseismo* es aun en el dia de hoy, como lo era en tiempo de Jesucristo, la secta dominante en la religion de los judíos, porque todo el gran número de tradiciones que están en su *Talmud*, viene de los fariseos. Los que pertenecian á esta secta ayunaban el segundo y el quinto dia de la semana, practicaban á lo exterior grandes austeridades, con lo cual imponian al

pueblo; añadian nuevas cargas á la ley, y sostenian tenazmente la autoridad de las pretendidas tradiciones, cuya mayor parte habian forjado ellos mismos. Eran muy exactos en pagar los diezmos como les mandaba la ley, y por una afectada supererogacion daban tambien la trigésima y la quinquagésima parte de sus frutos, añadiendo muchos sacrificios voluntarios. Pero el orgullo y la hipocresía corrompian todas las acciones de los fariseos, que no pensaban mas que en hacerse dueños del espíritu de los pueblos, y ganar la estima y la benevolencia de los grandes. Por esto tenian tal crédito en la nacion, que ellos eran sus oráculos y sus maestros. Querian ocupar los primeros puestos en las asambleas y en los festines, y miraban como un crímen el que no se les saludase en las plazas públicas. Jesucristo describe el carácter y el verdadero retrato de ellos: Ellos ligan, dice, cargas pesadas y que no se pueden llevar, y las ponen á cuestas á los demás; sin embargo ellos no quieren aplicar ni un dedo para ayudar á sostenerlas. Hacen todas sus obras, añade, para ser vistos de los hombres; usan de vendas muy anchas, y llevan sus franjas muy largas. Estas vendas eran unas tiras de pergamino, sobre las cuales los judíos escribian algunas sentencias ó preceptos de la ley, á fin de conservarlos así mejor en su memoria; ataban una en la frente, y otra al pliegue del brazo izquierdo. Los fariseos afectaban llevar estas vendas muy anchas, y mayores que los demás judíos. Por las franjas que llevaban muy largas, se entienden ciertos cordones en forma de borlas ó bellotas de color violado, de los cuales se hace mencion en la ley. La vestidura de los judíos tenia cuatro faldones, de cuyos cabos pendian estos cordones, y servian para distinguir el pueblo judío de las demás naciones; como los fariseos afectaban en todas las cosas una vana singularidad, hasta en la longitud de estas franjas la procuraban. Ellos son los que han corrompido toda la ley por un monton de ridículas tradiciones imaginarias. Es verdad que ellos reconocian la inmortalidad del alma, y otra vida despues de esta; pero admitian al mismo tiempo una especie de metempsícosis, ó transmigracion de las almas, y toda su doctrina correspondia á la corrupcion de sus costumbres. Tales eran los escribas y fariseos, cuya falsa piedad y orgullosas austeridades reprueba el Salvador.

Habeis oido, prosigue Jesucristo, *que se dijo á vuestros antepasados, no matarás; y el que matare merecerá ser condenado por el tribunal del juicio*. Este tribunal, establecido en las ciudades considerables, se componia de veinte y tres jueces. Juzgaba las causas criminales, y podia condenar á muerte. La ley, pues, impuesta á vuestros pa-

dres, que prohibe el homicidio, condena la accion, dice el Salvador, sin hablar de la voluntad de ejecutarla; y vuestros doctores, los escribas y fariseos, limitan este precepto á la sola prohibicion del homicidio; *pero yo os declaro*, que el odio, las injurias, las calumnias, pueden hacer á un hombre homicida delante de Dios, y digno del último castigo. Moisés no os ha hablado materialmente mas que del homicidio efectivo; mas yo que soy vuestro soberano y primer legislador, vuestro supremo juez, os declaro que la cólera y el odio que concebís, ó que manteneis en vuestra alma, es un crímen grave, puesto que ofende á una persona á quien debeis amar como á vosotros mismos; una persona que estais obligados á querer como hermano, que tiene el mismo padre que teneis vosotros en el cielo.

Pero yo os digo que cualquiera que monta en cólera contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio: el que dijere á su hermano hombre de poco juicio (raca), *merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare hombre insensato, merecerá el suplicio del fuego.*

Para penetrar bien el sentido de las palabras del Salvador es menester saber, que habia tres tribunales ó grados de jurisdiccion entre los judíos, á los cuales se llevaban todas las causas. El primero era el del juzgado inferior compuesto de tres jueces solamente, en el cual solo se juzgaban las faltas poco considerables, y se castigaban con penas ligeras. El segundo era el tribunal que se llamaba del juicio, establecido en todas las ciudades considerables, compuesto de veinte y tres jueces, el cual juzgaba de las causas criminales y podia condenar á muerte. El tercero era el tribunal del consejo ó simplemente el gran consejo llamado Sanhedrin, establecido solamente en Jerusalen, compuesto de setenta y dos personas de las mas distinguidas de la nacion. Llamábase tambien el tribunal soberano á donde se llevaban las causas mayores y juzgaba en último recurso, condenando á los criminales á las penas mas rigurosas. Queriendo, pues, Jesucristo dar á entender á aquel pueblo grosero, cuán gran pecado es el odio contra el prójimo, y cuán severamente se castiga en el tribunal de la justicia divina segun sus diferentes grados de malicia, se sirve de la diferencia sensible de la jurisdiccion de estos tribunales para dar una justa idea de la gravedad del pecado, por el rigor de los diferentes suplicios á que estos diferentes tribunales condenaban los mayores crímenes. Aunque interior, aunque mudo el odio, no es por eso menos grave delante de Dios, ni dejará de recibir el mismo castigo á proporcion que sufrirá un criminal en el tribunal del juicio,

en el cual se condena á muerte á los homicidas. Porque si el odio se manifiesta á lo exterior en arrebatos y palabras ofensivas é injuriosas hasta tratar á un hombre de mentecato, fatuo, hombre de poco talento, en este caso será castigado de Dios tan severamente como lo eran los criminales acusados al tribunal del consejo á donde se llevaban los crímenes de primer órden, y todas las causas mayores. Y si el despreciar solamente á uno y tratarle de hombre de poco juicio es tan gran pecado en el juicio de Dios, ¿qué pecado será el arrebatarse hasta llamarle loco, insensato? Merecerá ciertamente á los ojos de Dios, á proporcion lo que merece delante de los hombres un crímen que hace al que le comete digno de ser condenado á que se le queme vivo. El Salvador da á entender por esta gradacion de diferentes pecados, pero todos inferiores al homicidio, cuán distantes estaban los escribas del verdadero sentido de la ley, puesto que el menor de estos pecados merecia una pena igual á la que aplicaban al homicidio, y que una injuria atroz merecia hasta el fuego del infierno. *Gehennae ignis*.

San Gerónimo nos instruye sobre el verdadero orígen de este nombre *Gehenna*, y su significacion. Dice que habia un ídolo de Baal ó de Moloch, próximo á Jerusalen, en un valle que se llamaba Gehennon, esto es, el valle de los hijos de Ennon, en el cual iban á sacrificar y quemar los hijos en honor del diablo. El ídolo de Moloch era un busto de bronce monstruoso cuya cabeza era de vaca, y sobre su medio cuerpo tenia siete grandes aberturas, por donde se introducian las víctimas en otros tantos hornos, en los cuales se cuidaba de mantener un gran fuego dia y noche; y de aquí es que el infierno, ó el lugar de las llamas eternas, se ha llamado *Gehenna*; y de aquí tambien nace que esta misma palabra se ha aplicado á todo género de tormentos, fatigas y dolores. Dice san Gerónimo que Jesucristo es el primero que se ha servido de ella para expresar metafóricamente el fuego del infierno y los tormentos de los condenados, en lo que él llama gehenna de fuego. Después de esto ¿debe mirarse como un pecado leve una aversion, un odio en el corazon que estalla en injurias?

Inferid de aquí, continúa el Salvador, cuánto importa el sofocar desde luego que nace, toda idea de odio y todo resentimiento de venganza. Sea cualquiera la injuria que se nos haya hecho, debemos perdonarla y reconciliarnos con nuestros enemigos. Ninguna cosa hay mas agradable á Dios que el sacrificio; pero le agrada mucho mas, que si hemos ocasionado algun disgusto á uno de nuestros hermanos, le demos prontamente una justa satisfaccion; porque nuestra re-

conciliacion le complace mucho mas que nuestro sacrificio. Si estando ya al pié del altar, prontos á ofrecer nuestro presente al Señor, nos acordamos de alguna falta cometida contra la caridad del prójimo, ó de alguna accion, aunque sea inocente, que haya lastimado á nuestro hermano, *dejemos allí nuestra ofrenda*, y marchemos á reconciliarnos con él, después de lo cual podrémos volver con confianza á hacer nuestra ofrenda, y Dios la recibirá con agrado. Aun cuando ofreciésemos al Señor la mitad de nuestros bienes como Zaqueo, si no le sacrificamos al mismo tiempo nuestros resentimientos contra nuestro hermano, no puede moverle nuestra ofrenda. La caridad pura y cristiana es la que valora las mejores acciones. Sin la caridad no hay virtud, ni aun acto alguno de Religion que sea meritorio y que agrade. Si yo tuviese el don de profecía, decia san Pablo, si tuviese la inteligencia de los misterios y una ciencia universal; si tuviese la fe mas cabal y mas perfecta que puede darse; si distribuyese todos mis bienes en la subsistencia de los pobres; si entregase mi cuerpo hasta para ser quemado, y me faltase la caridad; todo esto no me serviria de nada, seria reprobada toda mi pretendida virtud. Hanse visto héroes cristianos cargados de palmas y de laureles dispuestos ya para ser inmolados, y sin embargo rechazados de Dios por no haber querido reconciliarse con sus hermanos. No hay sacrificio agradable al Señor si falta en él el fuego de la caridad. ¿Qué deben, pues, pensar esos pretendidos devotos que conservan en el corazon un desabrimiento tenaz, en medio de una brillantez falsa de buenas obras? ¿Y qué debe pensarse de aquellos ministros del Señor que se atreven á ofrecer el divino sacrificio con un corazon ulcerado?

Notemos que Jesucristo no dice, si os acordais que teneis alguna incomodidad contra vuestro hermano; sino, si os acordais que vuestro hermano tiene algun sentimiento contra vosotros; es decir, que aunque no hayamos tenido intencion de ofender á nadie, si no obstante, sin quererlo nosotros, hemos dado motivo á alguno para que se ofenda, consultemos mas bien á su corazon que á su entendimiento; basta que esté incomodado con nosotros aunque sea sin razon, Dios quiere que nada omitamos para endulzarle, y para curar la llaga que le ha abierto su delicadeza por causa nuestra; ¿qué no debemos, pues, hacer con mas razon, cuando la ofensa ha sido maliciosa y voluntaria? ¡Buen Dios! ¡á cuántos perderán la envidia, los resentimientos, el odio y la cólera!

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui diligentibus te bona invisibilia praeparasti, infunde cordibus nostris tui amoris affectum: ut te in omnibus et super omnia diligentes, promissiones tuas, quae omne desiderium superant, consequamur. Per Dominum...

Ó Dios, que habeis preparado los bienes celestiales é invisibles para aquellos que os aman; derramad en nuestros corazones el movimiento y la impresion de vuestro amor, á fin de que amándoos en todas las cosas, y mas que todas las cosas, podamos gozar algun dia de la felicidad que nos habeis prometido, la cual sobrepuja todos nuestros anhelos y deseos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola de la Misa está tomada de la primera carta del apóstol san Pedro, capítulo III.

Charissimi: Omnes unanimes in oratione estote, compatientes, fraternitatis amatores, misericordes, modesti, humiles, non reddentes malum pro malo, nec maledictum pro maledicto, sed è contrario benedicentes: quia in hoc vocati estis, ut benedictionem haereditate possideatis. Qui enim vult vitam diligere, et dies videre bonos, coërceat linguam suam à malo, et labia ejus ne loquantur dolum. Declinet à malo, et faciat bonum: inquirat pacem, et sequatur eam. Quia oculi Domini super justos, et aures ejus in preces eorum: vultus autem Domini super facientes mala. Et quis est qui vobis noceat, si boni aemulatores fueritis? Sed et si quid patimini propter justitiam, beati. Timorem autem eorum ne timueritis, et non conturbemini. Dominum autem Christum sanctificate in cordibus vestris.

Mis muy amados hermanos: Permaneced todos unánimes en la oracion; sed compasivos, amadores de la caridad fraterna, misericordiosos, modestos, humildes, no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion, sino por el contrario bendiciendo á todos, puesto que hemos sido llamados para llegar á ser herederos de la bendicion. Porque el que desea gozar de la vida, y ver dias felices, refrene su lengua para que no diga nada malo, y sus labios para que no profieran la mentira. Evite el mal y haga el bien, busque la paz y sígala; porque el Señor tiene los ojos fijos sobre los justos, y los oidos abiertos á sus oraciones; mas el rostro del Señor se ostenta indignado sobre los que obran mal. ¿Y quién es el que os puede dañar, si sois celosos del bien? pero aun cuando padeciéseis alguna cosa por la justicia, dichosos vosotros. Por lo demás no temais la fiereza de los malos, ni os dejeis poseer de la turbacion; santificad antes bien al Señor Jesucristo en vuestros corazones.

REFLEXIONES.

Evite el mal, y obre el bien. Contentarse con evitar el mal sin hacer el bien, no fue jamás una vida cristiana. ¿Qué señor se acomodaria con un siervo que se contentase con no injuriarle, ni hacer pedazos sus muebles, sin quererle prestar ningun servicio, ni serle bueno para nada? En nuestra Religion no basta no ser malo, es menester ser bueno. Siempre es un gran mal el no hacer el bien que debe hacerse. El siervo haragan de quien se ha hablado en el Evan-

gelio, no fue condenado por haber hecho mal uso de su talento, sino solo por no haberle hecho producir poniéndole en el banco; y las vírgenes necias permaneciendo vírgenes no fueron rechazadas por el divino Esposo de la sala del festin, sino por haberse dormido cuando debieron hacer sus provisiones. ¡Qué de cristianos tendrán la misma suerte, por no haber sido mas laboriosos, por no haber sido mas sabios! El vicio inunda, es verdad; el libertinaje cunde en todas las edades, en todos los sexos y en todos los estados; pero al fin la disolucion no es universal; hay verdaderos israelitas, aun en medio de Babilonia: pero entre los fieles, ¿es pequeño el número de vírgenes necias, y de siervos haraganes? Evítase el mal, tiene uno un testimonio secreto de que no ha hecho agravio á nadie. No remuerde la conciencia ni de injusticias, ni de impurezas, ni de calumnias; pero esta conciencia tan tranquila sobre el mal que no ha hecho, ¿está muy consolada sobre el bien que debia hacer? Asegúrase uno porque no es tan perverso como otros muchos; pero ¿tendrá motivo para estar seguro por el número y el mérito de las buenas obras que no se han hecho? El pecado causa remordimientos y merece castigos; pero ¿es menos pecado la falta de virtud en aquel que está obligado á cumplir todos los deberes de la justicia? Un hereje, un pagano puede evitar el mal; pero un cristiano ¿puede salvarse sin buenas obras? El siervo fiel es recompensado con la bienaventuranza eterna, porque ha llenado con puntualidad hasta las mas pequeñas obligaciones; y el título que da derecho á todos los elegidos á la herencia del Padre celestial es el haber visitado á los pobres enfermos y á los encarcelados, y haber santificado sus dias con el ejercicio de las obras de misericordia. ¡Buen Dios! ¡qué error el imaginarse que basta evitar el mal, sin obrar el bien! ¡Y cuántas personas seculares, acaso tambien eclesiásticas y religiosas, serán excluidas de la mansion de los bienaventurados, por no haber hecho el bien que Dios exigia de ellas! ¡Qué de acciones de piedad omitidas! ¡cuántas buenas obras descuidadas! ¡cuántos actos de virtud, cuántas obligaciones del estado olvidadas! El padre de familias no quiere siervos desidiosos; recompensa á la verdad á los últimos que han llegado, tan liberalmente alguna vez como á los que han trabajado desde la primera hora; pero todos han trabajado, todos se han hecho dignos del salario por su fervor y por su piedad. *La recompensa que yo tengo de dar,* dice el Señor, *está conmigo, para dar á cada uno segun sus obras.* (*Apoc.* XXII). *No se lleva la corona sino el que ha combatido segun las reglas* con que debe hacerlo. (*II Timoth.* II).

El Evangelio de la Misa de este dia es tomado del capítulo v *de san Mateo.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Nisi abundaverit justitia vestra plus quam scribarum et pharisaeorum, non intrabitis in regnum coelorum. Audistis, quia dictum est antiquis: Non occides: qui autem occiderit, reus erit judicio. Ego autem dico vobis: quia omnis, qui irascitur fratri suo, reus erit judicio. Qui autem dixerit fratri suo, raca: reus erit concilio. Qui autem dixerit fatue: reus erit gehennae ignis. Si ergo offers munus tuum ad altare, et ibi recordatus fueris, quia frater tuus habet aliquid adversum te, relinque ibi munus tuum ante altare, et vade prius reconciliari fratri tuo: et tunc veniens offeres munus tuum.

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Si vuestra virtud no es superior á la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habeis oido que se ha dicho á vuestros antepasados: No matarás; mas el que matare (á su prójimo) merecerá ser condenado en el tribunal del juicio. Yo empero os digo, que cualquiera que se encoleriza contra su hermano, merecerá ser condenado por el tribunal del juicio. El que dijere á su hermano (para injuriarle) necio, merecerá ser condenado por el tribunal del consejo; y el que le llamare insensato, merecerá el suplicio del fuego. Así que, si presentando vuestra ofrenda al altar os acordáreis que vuestro hermano tiene algun motivo de queja contra vosotros, dejad allí vuestra ofrenda delante del altar, é id antes á reconciliaros con vuestro hermano, y entonces volved en seguida á presentar vuestra ofrenda.

MEDITACION.

De la caridad que debe tenerse con el prójimo.

Punto primero. —Considera que no hay cosa que Jesucristo haya recomendado tanto, después del mandamiento de amar á Dios, como el de amar á nuestro prójimo, llegando hasta cuási equiparar estos dos preceptos. *Amarás á tu prójimo como á tí mismo.* Sin embargo, acaso no hay precepto mas mal observado que este. ¿Ámase al prójimo como se ama uno á sí mismo? Consideremos el amor que nos tenemos á nosotros mismos, y podrémos fácilmente comprender cuál es la caridad que tenemos con nuestro prójimo. ¡Qué atencion, buen Dios, para conservar y para aumentar nuestra hacienda! ¡qué solicitud para procurarnos el placer, y todo cuanto gusta al amor propio! ¡qué indulgencia para con nosotros mismos! ¡qué delicadeza sobre el punto de honor! ¡Con qué rigor sostiene uno sus derechos y sus intereses! ¡Con qué estima miramos nuestra reputacion! Siempre alerta contra todo lo que puede dañarnos; siempre industriosos para buscar todo lo que nos puede acomodar, y para echar fuera todo lo que puede inquietarnos y darnos pena. Jamás se halla satisfecho nuestro amor propio; así es que siempre está trabajando por satisfacerse.

Nuestros deseos crecen con los años, y puede decirse que nuestro amor propio no envejece nunca. Este amor, pues, tan ardiente de nosotros mismos debe ser, segun el mandamiento del Señor, la medida y como el modelo del amor que debemos tener al prójimo: juzguemos, pues, por nuestra conducta y nuestros sentimientos del amor que tenemos á nuestros hermanos. ¿Hubo jamás una indiferencia mas comun? ¿una frialdad mas constante? ¿una insensibilidad mas dura? ¿un olvido mas universal y mas marcado? ¡Qué sensibilidad en nuestros mas pequeños males! ¿es igual la que tenemos en los males del prójimo? ¿nos conmovemos mucho á la vista de sus miserias? ¿qué parte tomamos en sus adversidades? ¿qué regocijo en su prosperidad? Digamos mas bien lo que con no poca frecuencia experimentamos, ¡qué disgustos, qué despecho, que envidia no nos causa! Y ¿no es efecto de una secreta antipatía? lo que inspira todos estos sentimientos tan poco cristianos es la pasion, es la disposicion de un corazon maligno lo que los produce. No se ama al prójimo, si no se le ama como á sí mismo; no se le ama, digámoslo mas exactamente, se le aborrece. De aquí la indiferencia, la insensibilidad, el disgusto, la dureza que llega alguna vez á producir un gozo maligno en sus desgracias. De aquí las palabras duras, los términos ofensivos, las injurias que el Señor condena á suplicios tan crueles. Qué os parece, ¿este segundo mandamiento, semejante al primero, amarás á tu prójimo como á tí mismo, se guarda como se debe? ¡Buen Dios! si cualquiera que se encoleriza contra su hermano merece ser condenado por el tribunal del juicio, esto es, á una pena muy rigurosa; si cualquiera que dice á su hermano, necio, merece ser condenado por el tribunal del consejo, es decir, á uno de los castigos mas crueles; si el que le llamare insensato merece el suplicio del fuego, ¿qué deben esperar los maldicientes, los calumniadores, los que desgarran la reputacion del prójimo y ennegrecen á sus hermanos? ¡Ah Señor! ¡á cuántos condenará la falta de caridad!

Punto segundo.—Considera lo que dice san Juan: el que no ama á su hermano, esto es, á su prójimo, está en estado de muerte. ¡Cuántos viven en el pecado! Sin duda este estado de pecado es el que ha hecho decir á Jesucristo, que si al presentar vuestra ofrenda al altar os acordais que vuestro hermano tiene alguna cosa contra vosotros, esto es, que le hubiéreis dado motivo para incomodarse, le hubiéreis causado algun disgusto, ó algun sinsabor, ya con vuestras palabras, ya con vuestra conducta, debeis dejar vuestra ofrenda

delante del altar, ir antes á reconciliaros con vuestro hermano, y venir en seguida á presentar vuestra ofrenda; sin esto aun cuando ofreciéseis toda vuestra hacienda al Señor, seria rechazado vuestro presente, vuestra ofrenda seria reprobada. ¿Qué deben pensar, segun esto, aquellos cristianos duros, vengativos, llenos de hiel contra su prójimo, qué deben pensar de sus pretendidas buenas obras? ¿Y con qué cara, con qué impudencia se atreven á acercarse al altar ó á la sagrada mesa, teniendo un corazon helado para con sus hermanos, y hasta lleno de ira contra el prójimo? ¡Qué error el creerse en buena conciencia, y que se vive con unas disposiciones cristianas, porque no se aborrece al prójimo, porque no se le hace ningun agravio, sino que solo se le mira con la mayor indiferencia! *El que no ama, está en un estado de muerte.* No basta, pues, el no quererles mal, es menester tambien quererles bien y hacerles bien. No basta el no estar irritados con ellos, es necesario tener con ellos una caridad ardiente y benéfica; es preciso, en fin, que el amor que nos tenemos á nosotros mismos sea la medida y el modelo de la caridad que debemos tener á nuestro prójimo. ¡En qué lamentable estado se hallan, pues, todos los que conservan una frialdad habitual con el prójimo! ¡Buen Dios! ¡á cuántos condenará la falta de esta caridad cristiana!

No quiero yo, Señor, ser de este número, y yo espero, mediante el auxilio de vuestra gracia, amar de hoy en adelante á mi prójimo como me amo á mí mismo, y mi conciencia no será ya engañada por mi propio corazon.

JACULATORIAS.—Sí, Señor, yo estoy persuadido que el que no ama á su prójimo, se halla en un estado de muerte. (*I Joan.* III).

Si nos amamos mutuamente, yo sé, ó Dios mio, que Vos habitais en nosotros. (*I Joan.* IV).

PROPÓSITOS.

1 No solo está resfriada el dia de hoy la caridad, puede tambien decirse que está extinguida; aun entre los que componen una misma familia es muy rara. ¿Vióse nunca mas indiferencia, mas antipatía, menos caridad? Si esta virtud consistiese en cumplimientos y en vanos ofrecimientos, no seria muy rara; jamás hubo siglo mas culto, mas cortesano, ni mas fecundo en ostentosas hazañerías de amistad, pero conócese hoy esta jerga; ella no es otra cosa que un comercio de ficcion y de monada, y cada cual se paga en la misma moneda. En el fondo no hay mas que disimulo, hipocresía. Mirad con

horror este vicio tan general y tan contrario al espíritu del Cristianismo. Acostumbraos á tener una verdadera caridad con vuestros hermanos, no exceptueis á ninguno, y en toda ocasion que se ofrezca dadles pruebas de ella. La verdadera caridad es siempre efectiva. Una caridad estéril no fue nunca verdadera caridad.

2 Tened un corazon tierno y sensible á las miserias de otro; regocijaos en su prosperidad, tomad parte en todas sus aflicciones, y complaceos en consolarle en su miseria. No hableis nunca mal de nadie, imponeos una ley de excusar hasta sus mayores defectos. Un corazon verdaderamente cristiano fija poco su atencion en la diferencia de condiciones cuando se trata de hacer un servicio. ¡Cosa extraña! vénse gentes que van á servir á los pobres en los hospitales, y se creerian deshonradas si fuesen á visitar á un pariente pobre; desde luego que se tiene aceptacion de personas, no hay ya caridad. Tened una caridad tierna y compasiva á vuestros domésticos; son tambien hermanos vuestros. Extended este amór benéfico á todas las personas afligidas, y en particular á los parientes pobres, á los pobres vergonzantes, y á los pobres presos.

DOMINGO SEXTO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Contiene tantos misterios el oficio de este domingo, que su historia no puede menos de ser muy interesante, y llena de saludables instrucciones. El segundo milagro de la multiplicacion de los panes, cuando con siete solamente y unos pocos peces satisfizo Jesucristo á mas de cuatro mil personas, es el asunto del Evangelio de este dia, y en cuya consideracion se llama este domingo el de la multiplicacion milagrosa de los siete panes, diferente de la que refiere san Juan cuando el Salvador con solos cinco panes y dos peces satisfizo á mas de cinco mil personas. La Epístola nos enseña cuál es la virtud del Bautismo, y sus maravillosos efectos; y cuán inocente y edificante debe ser la vida de los que han sido bautizados. Esto nos dará ocasion para explicar las ceremonias del Bautismo, todas á cual mas misteriosas y mas santas, y cuyo sentido ignoran un gran número entre los fieles.

Está tomado el intróito de la misa del salmo XXVII, que es una oracion afectuosa del justo en la afliccion, el cual pone toda su confianza en Dios, bajo de cuya proteccion nada tiene que temer. Puede aplicarse este salmo á los justos perseguidos por los impíos, á Jesucristo

tan maltratado por los judíos, y á la Iglesia perseguida por los paganos y por los herejes. David, inspirado por un espíritu profético, parece haber tenido presentes estos tres objetos manifestando sus sentimientos durante la persecucion injusta que sufria de parte de Saul, ó de su hijo Absalon, ó previendo lo que sufriria su pueblo algun dia durante su cautividad en Babilonia.

El Señor es la fortaleza de su pueblo, y á su proteccion especial es á la que el pueblo y el rey deben su salud. Salvad, Señor, á vuestro pueblo: Vos que le habeis elegido por vuestra heredad, derramad sobre él vuestras bendiciones; cuidad de conducirle, y haced que siempre triunfe de sus enemigos. Yo no cesaré de dirigiros, Señor, mis clamores; respondedme, Dios mio, porque si permaneceis silencioso, me consideraré como aquellos á quienes encierra el sepulcro, que ya no pueden hacerse oir, ni pedir socorro. La ingenuidad con que el Profeta representa á Dios sus necesidades, su confianza en su misericordia y en su auxilio, tan marcada en todos sus salmos, que la Iglesia elige cuási siempre para el intróito de la misa de la mayor parte de los domingos del año; todo esto nos demuestra con qué simplicidad debemos exponer á Dios nuestras necesidades, y cuál es la confianza de que deben estar animadas nuestras oraciones.

La Epístola contiene lo que san Pablo escribe á los romanos en órden á la vida nueva de los que han sido bautizados, los cuales habiendo muerto al pecado por el Bautismo deben tener gran cuidado de no dejarle revivir jamás.

Todos cuantos, dice, *hemos sido bautizados en Jesucristo, todos hemos sido bautizados en su muerte:* como si dijera, que solo por la sangre de Jesucristo, y por los méritos de su muerte, hemos sido lavados y limpios de la mancha del pecado, y que el Bautismo no solo adquiere toda su eficacia de la muerte de Jesucristo, sino que él es el símbolo y la figura de ella. Por el Bautismo representamos la muerte y la sepultura de Jesucristo, y por consiguiente debemos estar verdaderamente muertos al pecado, para vivir una vida nueva enteramente á ejemplo de Jesucristo resucitado. *Como por el Bautismo*, continúa el santo Apóstol, *hemos sido sepultados con él para morir, del mismo modo resucitemos y salgamos con él de esta especie de sepulcro para glorificar á Dios el resto de nuestros dias por la santidad de una nueva vida.* Alude san Pablo á la inmersion en las aguas del Bautismo, que es la figura de la muerte y de la sepultura del Salvador.

El Bautismo que hoy se administra por la aspersion, se administraba en la primitiva Iglesia sumergiendo enteramente en el agua

todo el cuerpo, de suerte que venia á quedar como sepultado en las aguas, como Jesucristo lo fue después de su muerte en el sepulcro. Esta inmersion de todo el cuerpo representa de un modo mas sensible la sepultura del cuerpo del Salvador. Ahora bien, así como el Salvador no salió glorioso del sepulcro sino para no vivir ya mas que una vida del todo espiritual, impasible, inmortal, gloriosa; del mismo modo, no debe el cristiano salir de este baño saludable, de esta especie de sepulcro en el que ha sido sepultado sumergiéndole en él; no debe, repito, salir de este baño sino para llevar una vida pura, inocente, resplandeciente en virtud, una vida enteramente contraria al espíritu y á las máximas del mundo, una vida, en fin, cristiana, animada del espíritu de Jesucristo.

Otra comparacion hace todavía san Pablo, que explica aun mas el sentido de la primera. *No solamente*, dice, *hemos sido sepultados como Jesucristo; hemos sido tambien engertados en la semejanza de su muerte, y por consiguiente debemos ser tambien como engertados en la semejanza de su resurreccion*. Admiremos la fuerza, la energía y el sentido maravilloso de este término: engertados: *complantati*. Así como una pua vive dependientemente del árbol en que está engertada y de donde saca toda su savia y su jugo, así tambien estando unidos á Jesucristo por el Bautismo, como miembros del mismo cuerpo, es menester que él sea por su resurreccion el principio y el modelo de nuestra resurreccion espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. La pua muere, por decirlo así, separada del árbol del cual habia nacido, y resucita unida al tronco del cual saca todo su alimento y su jugo. Preciso es, pues, que el Bautismo produzca en nosotros lo mismo que representa por su ceremonia; esto es, que así como la ceremonia del Bautismo representa la muerte, la sepultura y la resurreccion gloriosa de Jesucristo, lo que se ve admirablemente bien en un engerto, puesto que la pua muere separada de su tronco primitivo, es sepultada ingeriéndola en el nuevo, y resucita cuando arroja hojas, flores y frutos unida al nuevo árbol, del mismo modo es menester que por el Bautismo participemos de estos tres estados. Que sea por inmersion, ó por aspersion, es preciso que no solo estemos muertos á la vida del pecado que habíamos recibido de Adan, la cual ha destruido Jesucristo con su muerte en la cruz, sino que es necesario que seamos tambien sepultados como lo fue Jesucristo después de su muerte; esto es, que seamos tan insensibles á todos los atractivos del pecado, como lo es un cuerpo en el sepulcro á todos

los incentivos de los placeres de la vida: y como por la resurreccion tomó Jesucristo una vida nueva, impasible, gloriosa, inmortal, del mismo modo la nueva vida de la gracia que recibimos por el Bautismo debe estar exenta de la flaqueza de la recaida y de la muerte espiritual del alma que causa el pecado. Esto es lo que el santo Apóstol prueba siempre alegóricamente en todo el resto de la Epístola.

El hombre viejo, dice, ha sido crucificado con Jesucristo. El hombre viejo es el hombre tal como nace de Adan, con el pecado y los hábitos viciosos que le inclinan al pecado. Este hombre viejo ha sido crucificado con Jesucristo, esto es, que habiendo Jesucristo satisfecho plenamente á la justicia de su Padre por su muerte en la cruz, ha destruido y como dado muerte al pecado; de modo que el pecador, por la aplicacion que se le hace en el Bautismo de los méritos de la muerte del Salvador, obtiene la remision de sus pecados y es como mudado en un hombre nuevo por la infusion de la gracia santificante, mediante la cual deja de ser esclavo del demonio y se hace hijo de Dios; de pecador se hace justo; de hijo de ira, hijo amado con derecho á la herencia, heredero de Dios, coheredero del mismo Jesucristo, y hé aquí lo que san Pablo entiende cuando dice que por el Bautismo, esto es, por la aplicacion que se nos hace en este Sacramento de los méritos de la muerte de Jesucristo, queda destruido el cuerpo del pecado, lo que debe entenderse principalmente del pecado de orígen, que es como el tronco y la raíz de todos los demás, y que el santo Apóstol llama cuerpo de pecado. Como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre y de todo empeño civil, porque un muerto no es mas esclavo; del mismo modo, dice san Pablo, la muerte espiritual debe librarnos de toda sujecion y de toda servidumbre con respecto al pecado. Estamos muertos al pecado por el Bautismo, luego no debemos ya ser esclavos del pecado.

Continuando san Pablo la misma comparacion de nuestra muerte espiritual al pecado, con la muerte y la sepultura de Jesucristo, y de nuestra resurreccion á la vida de la gracia, con la resurreccion gloriosa del Salvador del mundo, exhorta patéticamente á todos los fieles á que no pierdan esta nueva vida. *No ignorais*, les dice, *que Jesucristo que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él.* Tal es el modelo de nuestra resurreccion y de nuestra perseverancia en la vida de la gracia; y como Jesucristo por su resurreccion no vive ya mas que una vida divina, gloriosa, inmortal, así tambien los que han resucitado por el Bautismo á la vida de la gracia no deben ya perderla; no deben vivir ya mas que para Dios;

para amar y servir á Dios; su vida espiritual debe ser una vida pura, una vida cristiana; *porque*, como el mismo Apóstol escribia á los colosenses, *habeis sido muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo*. Como si les dijera: vuestra vida está escondida en Dios: el mundo ve en vosotros una vida ordinaria y comun, no es esta de la que yo hablo; hablo de una vida enteramente espiritual y divina, escondida á los ojos de los hombres y únicamente conocida de Dios; esta es la vida de la fe y de la caridad que anima todas vuestras acciones, y las hace agradables á Dios. En fin, Jesucristo no vive ya mas que una vida gloriosa. *Así tambien vosotros consideraos en verdad muertos por el pecado, pero que vivis por Dios en Jesucristo Nuestro Señor*. Muriendo al pecado por el Bautismo y la Penitencia, expresamos en nosotros los tormentos y la muerte de Jesucristo; perseverando constantemente en la vida de la gracia, imitamos el ejemplo de la resurreccion de Jesucristo. Hermanos mios, concluye san Pablo, resucitados por el Bautismo á la vida de la gracia, guardaos bien de perder nunca esta nueva vida por el pecado.

En toda esta Epístola trata san Pablo de inspirar á todos los fieles un deseo ardiente y eficaz de conservar la gracia del Bautismo como el mas precioso de todos los tesoros, y de darles una idea justa de los efectos maravillosos del Bautismo, cuyo mérito y precio ignoran la mayor parte de los mismos Cristianos. No contribuye poco esta ignorancia tan universal en el dia de hoy, al desarreglo de las costumbres que tanto reina en el mundo. ¡Cuántos hay que no tienen mas que una nocion vaga é imperfecta de este Sacramento, base y principio de la religion cristiana! Basta solo penetrarse bien del sentido misterioso y moral de todas las santas ceremonias que le acompañan, para formar de él una alta idea; es vergonzoso que los fieles ignoren lo que les hace cristianos; y para remediar esta criminal ignorancia he creido á propósito explicar aquí estas sagradas ceremonias, y desenvolver el misterio y el sentido de ellas.

Explicacion de las ceremonias del Bautismo.

Llévase á la iglesia una vela apagada delante del niño que debe ser bautizado, para indicar que siendo todavía aquel niño esclavo del demonio por el pecado original en que ha sido concebido y en que ha nacido, está aun en las tinieblas. El Bautismo únicamente es el que las disipa, y por esto el Bautismo se ha llamado *iluminacion*, y el dia en que se bautizaban solemnemente todos los catecúmenos en

la iglesia, se llamaba la fiesta de las santas luces; en el mismo sentido la fe se llama un don y una iluminacion del Espíritu Santo, y por la misma razon tambien en la mayor parte de las diócesis, la vela que precede al niño que va á ser bautizado, se lleva apagada cuando se va á la iglesia, y encendida cuando se vuelve de ella.

San Carlos en su admirable instruccion sobre el Bautismo dice, que la razon porque el sacerdote detiene á la puerta de la iglesia á los que se presentan para recibir el Bautismo, es porque son indignos de entrar en ella á causa del pecado original, que los hace hijos y esclavos del demonio. El lugar santo no admite mas que á los fieles; la casa de Dios no está abierta mas que para sus hijos. Dáseles á los bautizados un padrino y una madrina, para que estos presenten á la iglesia á aquel que debe ser bautizado, le impongan el nombre, y sean testigos del Bautismo; para responder en su nombre á la Iglesia, dicen los padres, y ser como su caucion de que cumplirá las promesas que hacen por él; en fin, para encargarse, en defecto de sus padres, de su instruccion en los puntos necesarios de la Religion, y velar sobre su conducta. Por esto los Concilios, y singularmente el primero de Milan, ordenan que los padrinos y las madrinas séan gentes de bien y buenos católicos, y prohiben al padre y á la madre que sean padrinos ó madrinas del que es bautizado; no solo á causa de la alianza espiritual que contraen los padrinos y las madrinas con la persona que tienen en las fuentes bautismales, y con su padre y su madre, sino tambien porque siendo el Bautismo un nacimiento espiritual para la persona que es reengendrada, la Iglesia quiere que tenga, por decirlo así, una madre y un padre espiritual á quien el niño deba el respeto y la obediencia. Es muy extraño que teniendo los padrinos y las madrinas obligaciones tan importantes, las descuiden el dia de hoy hasta el punto de ignorarlas. ¡Qué cuenta tendrán que dar á Dios de una negligencia tan irreligiosa! En Francia se designaban antiguamente dos padrinos y una madrina para un niño, y dos madrinas y un padrino para una niña; mas en el dia el uso universal en la Iglesia es el de designar solo una madrina y un padrino.

Instruido ya el sacerdote por el padrino ó la madrina del nombre que se le quiere poner al niño que debe ser bautizado: *¿Qué pides,* le dice, *á la Iglesia?* — *La fe,* responde el padrino por el niño. No quiere Dios en su servicio gentes que le sirvan por fuerza; quiere que los que adopta por hijos suyos, le quieran de buena voluntad tener por padre; quiere, sí, que se exhorte, que se solicite, hasta que se apremie, en cierto modo; pero no quiere abrir su casa sino á aquellos que

desean y piden voluntariamente entrar en ella: dirígese siempre el sacerdote en esta ceremonia al que debe ser bautizado: él mismo es el que debe responder siendo adulto, y si es niño responden por él y en su nombre el padrino ó la madrina. *¿Y para qué debe servirte la fe que pides?* continúa el sacerdote.—*Para merecer la vida eterna*, responde el padrino ó la madrina.—*La vida eterna*, responde el sacerdote, *es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á tí mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.* Como si dijera, no basta simplemente tener fe para merecer la vida eterna. En nuestra Religion es necesario creer, y es necesario al mismo tiempo obrar conforme á lo que se cree. La fe de un cristiano no debe ser puramente especulativa, debe ser práctica. Para merecer la vida eterna es preciso creer sus misterios, seguir su moral, y guardar sus mandamientos. Ahora bien, toda la moral cristiana se contiene en este precepto, que es la base y el compendio de todos los demás: amarás al Señor tu Dios; no á medias y con reserva: Dios no quiere un corazon dividido, sino que quiere que le amemos con todo nuestro corazon; esto es, sin division: que le amemos con toda nuestra alma; esto es, que le amemos solo á él con un amor de preferencia, que no amemos á ninguna criatura como á él, ni con él; que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, pero por amor de él. El amor que nos tenemos á nosotros mismos debe ser la medida del que debemos tener á nuestro prójimo; y de la observancia de este doble mandamiento depende la observancia de todos los demás, así que, es el primero y el mas grande de todos; y para dar á entender el valor de esta primera leccion, el sacerdote repite tres veces estas importantes palabras: *La vida eterna es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á tí mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.*

En seguida el sacerdote sopla tres veces sobre el niño que debe ser bautizado, diciendo en cada una de ellas: *Sal de esta alma espíritu inmundo, y cede el lugar al Espíritu Santo, nuestro consolador,* nuestro abogado, nuestro maestro. Esta ceremonia de soplar tres veces sobre el niño en honor de la santísima Trinidad, se hace, dice san Agustin, para arrojar al demonio por la virtud del Espíritu Santo, que se llama soplo de Dios; sopla en forma de cruz, para denotar que el demonio debe ser arrojado por los méritos de Jesucristo crucificado.

No es menos misteriosa la ceremonia que sigue á esta. Hace el sacerdote la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho del niño, nombrándole por su nombre, diciendo estas palabras: *Recibe el sello*

de Dios Padre omnipotente, sobre la frente y sobre el corazon, á fin de qué cumplas todos sus mandamientos, y guardes todos sus preceptos. Después soplando tres veces sobre el rostro del niño, le dice: *Otra vez soplo sobre tí, catecúmeno, en virtud del Espíritu Santo, á fin de que todo lo que hay en tí de vicioso y corrompido por la invasion de los espíritus malignos, quede enteramente purgado por la virtud y la gracia de este divino espíritu, y por el misterio de este exorcismo.*

Dignaos, Señor, por vuestra bondad, continúa el sacerdote, *oir benignamente nuestras oraciones, y tomar bajo de vuestra proteccion al que habeis elegido por uno de vuestros hijos; conservadle por la virtud de la cruz del Señor, cuya señal acabamos de imprimirle, para que al paso que crezca en edad, conservando siempre cuidadosamente estas primeras prendas que le dais de vuestra gloria, merezca llegar á la gloria de la espiritual regeneracion por la exacta observancia de vuestros mandamientos. Por Jesucristo Nuestro Señor.*

Déjase ver fácilmente que la cruz que se hace en la frente del que debe ser bautizado significa que un cristiano léjos de avergonzarse de la cruz de Jesucristo, debe por el contrario preciarse de ella, poner su gloria en las humillaciones y en los sufrimientos, para asemejarse mas á este divino modelo; avergonzarse de la cruz, es avergonzarse de ser cristiano. Hácese tambien la señal de la cruz sobre el corazon para dar á entender que un cristiano debe amar la cruz, debe poner toda su confianza en Jesucristo crucificado, y que no le basta llevar la cruz en la frente, sino que es menester que ella sirva de freno á todas sus pasiones, que sazone tambien sus placeres, y que el amor de la cruz sea el contraveneno del amor propio. Todas las demás señales de la cruz que el sacerdote hace sobre la persona del que se quiere bautizar, significan que el Bautismo adquiere toda su virtud y toda su fuerza de la cruz de Jesucristo, y de los méritos de su pasion. Se le da el nombre de un Santo, el cual por este hecho se le constituye su protector particular después de Jesucristo, y que al mismo tiempo debe ser su modelo. Hácense sobre los que deben ser bautizados muchos exorcismos para arrojar al demonio, bajo de cuya potestad se hallan por el pecado original, dicen san Cipriano, san Agustin y san Gregorio de Nacianzo; y si se hacen estos mismos exorcismos sobre aquellos á los cuales no hay mas que suplir las ceremonias del Bautismo, no obstante que ya no están bajo la potestad del demonio, puesto que han sido bautizados, es para impedir que se acerquen á ellos y les dañe; lo cual hace ver de cuánta consecuencia son estas santas ceremonias.

Como en los primeros siglos de la Iglesia cuási no se bautizaban mas que adultos, se tenia gran cuidado de preparar para el Bautismo, por medio de repetidas instrucciones, las personas racionales que pedian este Sacramento. Llamábaseles los catequizados ó catecúmenos á causa de estas instrucciones: la palabra catecúmeno es una voz griega que significa una persona que se instruye y se catequiza. Habia propiamente dos especies de catecúmenos, á saber, los que eran solamente *oyentes*, que era el nombre que se les daba; y los que estaban ya suficientemente instruidos, á los cuales se les llamaba *competentes*. No solamente se distinguian los catecúmenos por el nombre, sino tambien por el lugar: colocábanse con los penitentes en el pórtico que estaba al extremo opuesto del coro ó del santuario. No se les permitia tampoco asistir á la celebracion de la Eucaristía. Después de las oraciones y el sermon, les intimaba un diácono que se retirasen, diciéndoles: *Idos, catecúmenos, concluyóse para vosotros.* No se queria que fuesen testigos de los sagrados misterios, porque no estando bautizados ni habiendo recibido el Espíritu Santo, no eran capaces de comprenderlos, y porque se les queria conducir á esta comprension por grados. Dábase parte del pan bendito á los catecúmenos, para que así tuviesen una especie de comunion con los fieles. La Iglesia en el dia dirige esta palabra á los niños que son presentados al Bautismo, lo mismo que á los adultos que le piden: á excepcion de la instruccion, de que los niños son incapaces, las mismas ceremonias se practican con los adultos que con los niños. Volvamos, pues, á las ceremonias del Bautismo.

Después de los exorcismos sobre el que debe ser bautizado, le pone el sacerdote sal en la boca, diciendo estas palabras: *N.* (aquí el nombre del que se bautiza) *recibe la sal de la sabiduría que te sirva para llegar á la vida eterna. Amen.* Jesucristo ha querido que todos los Sacramentos fuesen signos sensibles de la gracia interior é invisible que producen en el alma del que los recibe; y la Iglesia, animada del espíritu de Jesucristo, ha cuidado de que todas las sagradas ceremonias que acompañan á los Sacramentos fuesen tambien símbolos sensibles. Es el símbolo un signo y una especie de emblema ó representacion de alguna cosa moral, indicada por las imágenes ó propiedades de las cosas naturales. La propiedad principal de la sal es que no teme corrupcion alguna, y aun preserva de ella las viandas que con ella se sazonan; y sirve maravillosamente para darlas gusto, por lo cual es el símbolo de la sabiduría. Pone, pues, el sacerdote sal en la boca del que va á bautizar, para significar la verdadera sabi-

duría, que es la ciencia de la salud, el gusto de las cosas del cielo, la incorruptibilidad de las costumbres que la Iglesia pide por ellos, y que deben ser inseparables de la vida cristiana, y por esto, dice san Agustin, emplea la Iglesia la sal en esta ceremonia.

Dios de nuestros padres, Dios autor y origen de toda verdad, os suplicamos humildemente, dice el sacerdote, *que os digneis mirar con ojos favorables á vuestro siervo, á fin de que, habiendo gustado por la primera vez este misterioso alimento de sal, no permitais que sufra largo tiempo la hambre del alimento celestial. Haced, Señor, que toda su vida sea su espíritu fervoroso, que se alegre con la esperanza, y que jamás se desmienta á sí mismo en vuestro servicio; y dispensadle la gracia de que llegue á las sagradas fuentes de la regeneracion, á fin de que con todo el resto de los fieles merezca recibir la eterna recompensa que nos habeis prometido. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amen.*

Habiendo en seguida recitado el sacerdote aquel pasaje del Evangelio, segun san Mateo, donde se dice, que habiendo sido presentados al Salvador unos niños para que sobre ellos impusiese sus manos y orase, les echaban fuera los discípulos, pero Jesús les dijo: Dejad esos niños, y no les impidais que vengan á mí, porque el reino de los cielos pertenece á los que se parecen á ellos; y después de haber puesto las manos sobre ellos se salió de aquel lugar: habiendo, pues, recitado el sacerdote este pasaje del Evangelio, introduce al catecúmeno ó al niño en la iglesia, diciendo: (aquí el nombre del que se bautiza) *entra en la casa del Señor: su ministro es el que te lleva á su presencia, para que tengas la vida eterna. Amen.*

Dice luego el sacerdote la oracion Dominical, y recita el Símbolo, que rezan con él el padrino y la madrina en nombre del niño: el Símbolo, porque la Iglesia no recibe al Bautismo sino aquellos que hacen profesion de creer en Jesucristo, y de vivir en la fe de la Iglesia; la oracion Dominical, porque la Iglesia quiere asegurarse de que aquellos que recibe en el número de sus hijos, se servirán toda su vida de esta fórmula de oracion que Jesucristo mismo nos ha enseñado. Adviértase que al tiempo mismo que se introduce al catecúmeno en la iglesia es cuando se va rezando el Símbolo, para denotar que solo la profesion de la verdadera fe es la que puede merecernos la entrada en la Iglesia, la gracia del Bautismo, y por fin la eternidad bienaventurada. Aquí el sacerdote tomando con el dedo pulgar un poco de saliva, toca con ella las orejas y las narices del niño, diciendo aquella palabra siríaca ó caldáica, de que se sirvió Jesucristo para curar á un hombre sordo y mudo: *Ephpheta: sean abiertas tus*

orejas á la doctrina de Jesucristo, y *tus narices para que sientas el buen olor*. La Iglesia, dice san Carlos, pide que aquel que va á ser bautizado oiga la voz de Dios y sus mandamientos, *á fin de que esta divina doctrina que el Señor nos ha enseñado, entrando por sus oidos, pase á su corazon, y sienta en él su dulzura*. Pide tambien *que sepa discernir el buen olor del malo,* esto es, *la sana doctrina de la que está corrompida;* la una y la otra entra por los oidos, y es muy interesante tener este discernimiento. Para significar esta doble gracia, se hace esta santa ceremonia sobre el órgano del oido y el del olfato.

Como por la gracia del Bautismo nos admite Dios en su servicio, nos adopta por hijos suyos, y nos da derecho á su herencia, no quiere dispensar esta gracia tan singular sino con ciertas condiciones, las cuales son : el renunciar á Satanás, á su espíritu, á sus pompas y á sus obras; creer el misterio adorable de la Trinidad, el de la Encarnacion, de la Pasion de Jesucristo, de su Resurreccion y de la Eucaristía; en una palabra, todo lo que cree la Iglesia católica, apostólica, romana. El Bautismo, dicen los Padres, es un empeño recíproco en que se obligan Dios y el hombre. *¿Renuncias á Satanás?* dice el sacerdote al niño, nombrándole por su nombre, y él responde, *renuncio:* esto es, yo declaro que desde ahora y para siempre abandono el partido del demonio, y no quiero ya nunca pertenecer á su servicio. *¿Renuncias á sus obras,* es decir, á todos los pecados? —*Renuncio.* —*¿Renuncias á las pompas del demonio,* esto es, á las vanidades, al espíritu y á las máximas del mundo?—Sí, *renuncio* de todo mi corazon, y este empeño solemne, estas promesas las hago á la faz de la Iglesia; como si dijera : Pongo por testigo al cielo y á la tierra de que no quiero servir toda mi vida mas que á Jesucristo. Quiero guardar sus mandamientos; no trato de seguir mas que sus máximas; prometo que su Evangelio será la regla de mi conducta; miraré con horror, mientras me dure la vida, el espíritu y las máximas del mundo; me someto á creer todos los misterios que Jesucristo ha revelado; quiero seguir sus máximas y sus ejemplos; me coloco en el número de sus discípulos, á él es á quien tomo por maestro, y no quiero en adelante amar ni servir mas que á él. Esto es lo que todos los Cristianos han prometido y jurado solemnemente á la faz de los altares y de toda la Iglesia, y sobre esto serán juzgados. Todos los Cristianos están ligados á una promesa tan solemne. Y ¡cuántos mueren sin haber pensado en ello, y sin haberlo jamás ratificado! sin embargo, esta obligacion y estas promesas deben decidir de nuestra suerte eterna.

Hechas todas estas promesas, unge el sacerdote con el óleo sagrado de los catecúmenos el pecho y las espaldas del que va á bautizar, diciendo: *Yo te unjo con el óleo de salud en Jesucristo Nuestro Señor, para que tengas la vida eterna.* Esta uncion se hace en forma de cruz, y significa la gracia que fortifica al cristiano en los trabajos y los combates de la vida espiritual; y que le endulzan, dice san Cirilo, el yugo de Jesucristo á que se somete. Esta uncion sagrada, dice san Ambrosio, indica que por el Bautismo empezámos á ser como atletas de Cristo. Ungíanse los atletas con aceite para combatir en los juegos públicos, y esta uncion les servia para la victoria. Por esto dice san Carlos, nos enseña la Iglesia que no obtenemos la gracia del Bautismo por nuestros méritos, sino por un puro beneficio de la misericordia de Jesucristo. Son bien sabidas las propiedades del aceite; sirve de remedio para las llagas, suaviza é ilumina; todo esto nos da á entender el misterio de esta uncion. En fin, después de haber preguntado al que va á ser bautizado si cree en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra; en Jesucristo su único Hijo Nuestro Señor, que ha nacido y padecido por nuestra salud; en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia Católica, la Comunion de los Santos, la remision de los pecados, la resurreccion de la carne y la vida eterna; y después de haber respondido á todos estos artículos, *Creo*; se le pregunta si quiere ser bautizado, pues que la Iglesia no concede el Bautismo sino á los que le desean y le piden: habiendo respondido el catecúmeno ó el padrino ó la madrina en nombre del niño, *quiero*, el sacerdote le bautiza en la forma ordinaria, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Después haciendo la uncion del santo crisma en forma de cruz con el dedo pulgar sobre la cabeza del que acaba de ser bautizado, hace esta oracion: *Dígnese el Dios omnipotente, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que te ha reengendrado por el agua y el Espíritu Santo, y que te ha perdonado y remitido todos tus pecados, concederte la uncion del santo crisma y del óleo de salud para que consigas la vida eterna. Amen.* Hácese esta uncion en la cabeza del nuevo bautizado, para significar que el Bautismo le hace en alguna manera, segun la expresion del Apóstol, miembro de una nacion escogida, de un pueblo santo, y del real sacerdocio: como si le dijese: Tienes derecho para ofrecer á Dios hostias puras y santas; tus votos, tus oraciones, tus obras de misericordia y de penitencia son otros tantos sacrificios de alabanza y de acciones de gracias que ofreces al Señor, segun la expresion del Profeta. Tú eres de una estirpe real, puesto que, en calidad de cristia-

no, participas del reinado de Jesucristo, y debes reinar con él en su reino en la mansion de la gloria. San Carlos alega tambien otra razon de esta uncion que se hace en la cabeza del nuevo bautizado, á fin, dice, que sepa que desde aquel dia ha sido unido por el Bautismo á Jesucristo su cabeza, en cualidad de miembro de su cuerpo místico; y que así como la palabra Cristo significa el ungido del Señor, que procede tambien de la palabra crisma, del mismo modo la palabra cristiano se deriva de la de Cristo.

La antigüedad de estas unciones aparece por toda la tradicion. Todo lo que la Iglesia consagra á Dios de un modo particular, lo consagra por la uncion de los santos óleos y del santo crisma. Los Cristianos, pues, están enteramente consagrados á Dios por estas unciones, dicen los Padres. Son templos de Dios, y por consiguiente deben corresponder por la santidad de su vida á la santidad de esta consagracion. Pónese un lienzo blanco sobre la cabeza del nuevo bautizado, diciendo: *Recibe este vestido blanco, esta ropa santa y sin mancha, para que la lleves delante de Nuestro Señor Jesucristo, á fin de que, conservando hasta el fin la inocencia de que ella es el símbolo, obtengas la vida eterna. Amen.*

Dábanse en otro tiempo vestiduras blancas á los nuevos bautizados, lo cual se hace todavía hoy cuando se bautizan adultos, para denotar la inocencia que se habia recibido en el Bautismo; y las llevaban por espacio de siete dias, para significar que un cristiano debe conservar esta inocencia toda su vida, y no perderla jamás por el pecado. El lienzo blanco que en el dia se pone sobre la cabeza del niño que se ha bautizado, dice san Ambrosio, equivale á aquellas vestiduras. En fin, dásele un cirio encendido al nuevo bautizado, para enseñarle que habiendo recibido la luz de la fe, debe cuidar mucho que no se extinga, y que él mismo debe ser, por decirlo así, una luz que arda y que luzca por el resplandor de sus virtudes, y por el ardor de su caridad. *En otro tiempo érais las tinieblas mismas*, decia san Pablo á los fieles de Éfeso; *ahora sois la luz en Nuestro Señor. Caminad como hijos de la luz.*

Puede venirse en conocimiento de la antigüedad de las ceremonias que preceden, que acompañan y que siguen al Bautismo, por la autoridad de Tertuliano, de san Basilio, de san Ambrosio, de san Agustin y de todos los Padres de la primera edad de la Iglesia, que las refieren todas como un ejemplo de las cosas que hemos recibido por tradicion de los mismos Apóstoles. ¿Será, pues, excusable la ignorancia de los fieles sobre unos puntos tan interesantes, que pueden

llamarse los rudimentos de nuestra Religion? Las personas verdaderamente cristianas no dejan de celebrar todos los años el aniversario del dia de su Bautismo, y de renovar con nueva devocion los votos y las promesas que hicieron en él.

Como el Evangelio de la misa de este dia refiere el segundo milagro de la multiplicacion de siete panes y unos pocos peces, semejante poco mas ó menos al primero de la multiplicacion de cinco panes de cebada, referido en el cuarto domingo de Cuaresma, nos remitimos á la explicacion del Evangelio de aquel dia, para no hacer demasiado larga la historia de este.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus virtutum, cujus est totum quod est optimum: insere pectoribus nostris amorem tui nominis, et praesta in nobis religionis augmentum: ut quae sunt bona, nutrias; ac pietatis studio, quae sunt nutrita, custodias. Per Dominum...

Dios de las virtudes, de quien únicamente depende todo verdadero bien; imprimid en nuestras almas el amor de vuestro santo nombre, y haced que crezca en nosotros el amor y el celo de la Religion, para que cultivando Vos mismo las semillas de la virtud que habeis plantado en nosotros, las conserveis después de haberlas cultivado, inspirándonos el estudio y el amor de la piedad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola de este dia está tomada de la del apóstol san Pablo á los Romanos, capítulo VI.

Fratres: Quicumque baptizati sumus in Christo Jesu, in morte ipsius baptizati sumus. Consepulti enim sumus cum illo per baptismum in mortem: ut quomodo Christus surrexit à mortuis per gloriam Patris, ita et nos in novitate vitae ambulemus. Si enim complantati facti sumus similitudini mortis ejus: simul et resurrectionis erimus. Hoc scientes, quia vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruatur corpus peccati, et ultra non serviamus peccato. Qui enim mortuus est, justificatus est à peccato. Si autem mortui sumus cum Christo, credimus quia simul etiam vivemus cum Christo: scientes quod Christus resurgens ex mortuis, jam non moritur, mors illi ultra non dominabitur. Quod enim mortuus est peccato, mortuus

Hermanos mios: Todos y cualquiera de los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte. En efecto, por el Bautismo hemos sido sepultados con él para morir, á fin de que como Cristo ha resucitado por la gloria del Padre, del mismo modo tambien caminemos todos en una vida nueva. Porque si hemos sido ingeridos en la semejanza de su muerte, lo serémos igualmente en la de su resurreccion: sabiendo que nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él, á fin de que sea destruido el cuerpo del pecado, y que nosotros de hoy mas no seamos ya esclavos del pecado; puesto que el que ha muerto, está libre de pecado. Y si nosotros estamos muertos con Jesucristo, tambien creemos que vivirémos con él: sabiendo que Jesucristo que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya mas poder sobre él. Porque aunque ha muerto por el pecado, ha muerto solo una vez,

est semel: quod autem vivit, vivit Deo. Ita et vos existimate, vos mortuos quidem esse peccato, viventes autem Deo, in Christo Jesu Domino nostro.

mas cuando vive ya, no vive sino para Dios; así tambien vosotros haced cuenta que estais muertos para el pecado; pero que vivís para Dios en Jesucristo Nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Porque aunque ha muerto por el pecado, ha muerto solo una vez; mas cuando vive ya, no vive sino para Dios. Jesucristo es el divino modelo que todos debemos copiar. Las copias pueden ser á la verdad mas ó menos perfectas, pero todas deben ser semejantes: la salvacion, la predestinacion gira sobre esta semejanza: *los ha predestinado tambien, para que sean conformes á la imágen de su Hijo.* (*Rom.* VIII). Esto es, para que expresen en sí mismos la imágen de Jesucristo por su paciencia en las aflicciones, por la perseverancia en la inocencia, y por la práctica de todas las demás virtudes de que el Salvador les ha dado el modelo; á fin de que Jesucristo, que es el Hijo único por naturaleza, tenga muchos hermanos por adopcion, á los cuales comunique el derecho de entrar en la herencia de los hijos. Ahora bien, uno de los rasgos mas marcados de este divino modelo es, que habiendo muerto una sola vez por nuestros pecados, vive por siempre para Dios. Nosotros hemos muerto al pecado por el Bautismo, el cual no se reitera; no debemos, pues, morir ya por el pecado: hemos resucitado á la vida de la gracia por la virtud de este Sacramento; no debemos ya perderla por la recaida en el pecado. La pérdida de la inocencia bautismal borra toda esta semejanza preciosa con el divino modelo. ¡Buen Dios! ¡qué pocos retratos se encuentran en el dia de hoy entre los Cristianos que se os parezcan! Hay muchas copias, pero pocas que sean semejantes; el pecado borra los principales trazos. ¿Se hallan en el dia muchos que conserven hasta la muerte su inocencia bautismal? ¿Está nuestra resurreccion tan asegurada contra la muerte, como la de Jesucristo? Parece, por el contrario, que en estos tiempos el pecado previene en los niños al uso de la razon. Deben, sin duda, esta prematura malicia á los malos ejemplos que les dan los domésticos y los padres. En otros tiempos habia al parecer una edad privilegiada; mas hoy puede decirse que el pecado es de todas las edades. No se espera á que la razon se desenvuelva; previénenla las pasiones, las cuales restablecen muy pronto al demonio en todos sus antiguos derechos: tal es el fruto de una mala educacion y de los malos ejemplos. Pero en esta corrupcion general de las costumbres, en este triste naufragio de la primera inocencia, ¿qué re-

medio queda, qué recurso hay? El único recurso es la penitencia: así es; pero, segun san Ambrosio, ¿no es en la actualidad la verdadera penitencia tan rara como la inocencia bautismal? La penitencia sola puede reparar los rasgos borrados por el pecado. Pero ¿de qué edad es fruto la penitencia? Muérese á la gracia todos los dias; con frecuencia aun muchas veces al dia, por un monton de recaidas, y la resurreccion espiritual del alma se difiere hasta la muerte. Y ¿es esto á lo que nos exhorta el santo Apóstol? ¿En cuántos se encuentra lleno de vida en la hora de la muerte el hombre viejo destruido en el Bautismo? ¿Vívese hoy en el mundo para Dios? ¿Hállanse muchos fieles que no vivan mas que para Dios? y después de esto ¿se extraña que sea tan pequeño el número de los elegidos?

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del de san Marcos, capítulo VIII.

In illo tempore: Cum turba multa esset cum Jesu, nec haberent quod manducarent, convocatis discipulis, ait illis: Misereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent: et si dimisero eos jejunos in domum suam, deficient in via: quidam enim ex eis de longe venerunt. Et responderunt ei discipuli sui: Unde illos quis poterit hic saturare panibus in solitudine? Et interrogavit eos: Quot panes habetis? Qui dixerunt: Septem. Et praecepit turbae discumbere super terram. Et accipiens septem panes, gratias agens, fregit, et dabat discipulis suis, ut apponerent: et apposuerunt turbae. Et habebant pisciculos paucos: et ipsos benedixit, et jussit apponi. Et manducaverunt, et saturati sunt, et sustulerunt quod superaverat de fragmentis, septem sportas. Erant autem qui manducaverant, quasi quatuor millia: et dimisit eos.

En aquel tiempo: Como se hallase con Jesús una gran muchedumbre que no tenia nada que comer, llamó á sus discípulos y les dijo: Me compadezco de esa multitud, porque hace tres dias que no me dejan y nada tienen que comer, y si les despido á sus casas en ayunas, les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de léjos. Respondiéronle sus discípulos: En un lugar desierto como es este, ¿de dónde podrémos hacer pan para satisfacerlos? Y en seguida les preguntó: ¿Cuántos panes teneis? Siete le dijeron: Oido esto, ordenó que aquella multitud se sentase en tierra. Inmediatamente tomó los siete panes, y dando gracias los partió y los dió á sus discípulos para que los sirviesen á las tropas, y así lo hicieron. Tenian tambien unos pocos peces, los cuales bendijo y mandó que se les sirviesen. Toda la multitud comió y quedó satisfecha, y de los pedazos que quedaron se llenaron siete espuertas. Y el número de los que habían comido, era de cerca de cuatro mil personas; y los despidió.

MEDITACION.

Del cuidado que Dios tiene con los que se dedican á su servicio y le siguen.

Punto primero.—Considera que no puede uno ser dichoso en la tierra, sino en el servicio de Dios. ¿Qué tenemos que temer con un Señor semejante? Él ama tiernamente á todos sus siervos; ¿qué puede faltar bajo la proteccion de un Señor omnipotente á quien todo obedece, todo cede? Dichosos los que se han consagrado á Vos, Señor, exclama el Profeta; Vos les servís de asilo contra todos los accidentes de la vida, y bajo la proteccion divina están á cubierto de todos los males. El Señor se digna tomarme bajo su tutela, yo no careceré jamás de nada en los excelentes pastos á donde me ha conducido. Seamos fieles en servirle y en seguirle. El que mantiene á los pájaros del cielo, ¿dejará morir de hambre á los que están en su servicio? aunque fuera necesario obrar los mayores milagros, no dejará que jamás falte nada á sus siervos. Basta para prueba reflexionar con atencion sobre lo que refiere nuestro Evangelio. Una multitud de cerca de cuatro mil personas siguen al Salvador al desierto, y ocupados únicamente con el placer de verle y de oirle, se olvidan hasta de su alimento, y no piensan en buscar que comer; mas este amable Salvador no los olvida. Él solo piensa en su subsistencia. Me compadezco de esta muchedumbre, dice á sus discípulos, porque hace tres dias que no me dejan, y no tienen nada que comer; si los despido á sus casas sin tomar alimento, les faltarán las fuerzas en el camino, porque algunos han venido de léjos. Pensemos, meditemos, consideremos todas estas palabras: no hay una que no indique el fondo de bondad inagotable de que está lleno su corazon en favor de los que no le dejan. Ninguno de los Apóstoles piensa en las necesidades de aquellas gentes, solo piensan en sí mismos; pero Jesucristo las ama con mucho extremo para que deje de pensar en ellas. Siéntese movido de compasion de todo aquel pueblo, ve sus necesidades, no oye que nadie se las represente, y él por sí las previene. Fija su consideracion en lo largo del camino y en la fatiga para andarlo, piensa en los accidentes que podrian sucederles, y medita al mismo tiempo en los medios de prevenirlos. Y á vista de esto, ¿podrémos dejar de tener confianza en su bondad, teniendo la dicha de estar en su servicio? Su conocimiento no es un conocimiento seco y estéril; conoce sus necesidades y provee á ellas. ¿Es necesario hacer un milagro para

satisfacer su ternura? nada le cuesta el hacerlo. Con siete pequeños panes y unos pececillos satisface á aquella muchedumbre hambrienta. ¡Buen Dios! ¡qué cuidado teneis de los que os sirven, y qué liberal sois para con vuestros siervos!

PUNTO SEGUNDO.—Considera que todas las maravillas mas patentes que Jesucristo ha obrado durante su vida mortal son pruebas y símbolos de los milagros, por decirlo así, espirituales é invisibles que hace todos los dias en favor de sus siervos desde que ha subido al cielo. Su ternura para con nosotros no se ha debilitado por su triunfo. Además de que está continuamente con nosotros, vela desde el cielo sobre todas nuestras necesidades, las conoce perfectamente, y provee á ellas con el mismo cuidado, la misma bondad y la misma benevolencia. Amadísimos hermanos mios, decia san Pedro, poned toda vuestra confianza en Dios, servidle con buen ánimo, con ternura, con fidelidad, y no temais que os olvide en vuestras necesidades, ni que permita que os falte todo lo que necesitáreis; *descargad en él todo lo que puede inquietaros, porque él tiene cuidado de vosotros.* (*I Petr.* v). Ahora bien, si el Señor tiene cuidado de nosotros, si quiere que confiemos en él, ¿temerémos ó que carezca de poder, ó que falte á su palabra? Y si tal vez no experimentamos los dulces efectos de su providencia tan benéfica, culpémonos á nosotros mismos; á nuestra poca fe, á nuestras continuas desconfianzas, á nuestras infidelidades, á nuestra flojedad en el servicio de Dios, á nuestro poco fervor y devocion, á nuestra poca confianza. Nosotros le damos muy poco al Señor; aun cuando no nos pide sino lo mas fácil y lo mas justo, se lo negamos cuási todo; y lo poco que le damos se lo damos con tanto disgusto, que no parece dárselo sino por fuerza y de mala gana. Esto es lo que debilita, lo que apaga nuestra confianza. Aquel pueblo corre en pos de Jesucristo; el deseo de oirle, y el placer de seguirle, hace que se olvide hasta de las necesidades de la vida. Léjos de quejarse ni de murmurar, en lugar de desanimarse por lo largo del camino, ó por la falta de todas las cosas en el desierto, no piensa ni en la fatiga ni en su debilidad, no piensa ni aun en volverse; pero tambien experimenta inmediatamente los dulces efectos de la divina Providencia. Bella leccion; pero censura muda y muy elocuente para tantos cristianos que no siguen á Jesucristo mas que de léjos, poco tiempo, y quejándose eternamente del trabajo que su imaginacion les abulta, y que su poco amor á Jesucristo les hace demasiado duro. Sirvamos á Dios con fidelidad, y le servirémos con

confianza; sirvámosle con confianza, y él sabrá proveernos en todas nuestras necesidades. Esta es, Señor, la doble gracia que os pido: el que os ame sin division, que os sirva sin relajacion, y que os siga sin interrupcion; y yo espero en Vos que me dispensaréis el favor de velar sobre mi salvacion.

Jaculatorias. — El Señor se digna cuidar de mí, y nada me faltará. (*Psalm.* xxii).

Ninguno de cuantos han puesto su confianza en Dios ha sido confundido. (*Eccles.* ii).

PROPÓSITOS.

1 ¿Podia Dios exigir de nosotros una condicion mas fácil ni mas suave para colmarnos de sus bienes, que el que pongamos en él toda nuestra confianza? Sin embargo, muchos no la llenan. No seamos nosotros de este número. Determinémonos á seguir á Jesucristo con confianza, y estemos persuadidos que nada nos faltará; pero sigámosle con el mismo celo, con el mismo conato y la misma generosidad que el pueblo del Evangelio, y contemos seguramente con su proteccion. No nos desanimemos por dificultades pequeñas, ni por lo largo del camino; el amor de Jesucristo sostiene con facilidad y da fuerzas; consagrémonos á Jesucristo sin reserva, y él proveerá á todas nuestras necesidades.

2 Un medio para que Jesucristo provea á todas nuestras necesidades espirituales y corporales, es que nosotros mismos proveamos á las de los pobres. Seamos generosos en dar limosnas; nada obliga tanto al Salvador á que nos dispense grandes bienes como la caridad. Visitemos los pobres en los hospitales y en las cárceles, y hagamos cuantos servicios estén en nuestra mano á aquellos á quienes podamos ser útiles. Permanezcamos lo mas que pudiéremos con Jesucristo en el santísimo Sacramento, y tendrémos parte en sus liberalidades.

DOMINGO SÉPTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Pueblos esparcidos por el universo, dad palmadas, expresad con repetidas voces de alegría la parte que tomais en la gloria de vuestro Dios; porque él es el Señor; él es el Altísimo, Rey grande y terrible, cuyo imperio se extiende sobre toda la tierra. Estas son las palabras de entu-

siasmo, los clamores de alegría, las aclamaciones que la Iglesia ha elegido para el intróito de la misa de este dia, y que son tan propias de un dia de triunfo. Este salmo, que se cree haber sido hecho por la vuelta del Arca después de alguna célebre victoria, es una profecía clara del triunfo de Jesucristo sobre todo el infierno, y de la Iglesia sobre los gentiles y sobre las herejías todas. La Arca llevada en triunfo sobre la montaña santa, es una figura muy expresiva de Jesucristo subiendo al cielo; y los pueblos vencidos entonces por los judíos nos representan perfectamente á los gentiles y á todas las naciones del mundo sometidas á la Iglesia. En efecto, ¿qué triunfo mas brillante, qué victoria mas completa que la de la fe? Subyugar pueblos enteros por la fuerza de las armas no es una gran maravilla: un torrente impetuoso inunda fácilmente todo un país. Lo que sujeta los pueblos enteros es la multitud y la valentía de los soldados; no siempre son los conquistadores los que tienen la mayor parte en la victoria. Después de todo, las cadenas no sujetan mas que á los cuerpos: ¿qué victorioso, qué conquistador ha podido sujetar jamás el corazon y el espíritu de sus esclavos? Así es que tampoco hay victoria de los héroes que sea entera y completa. La parte mas noble del hombre que es el alma, queda siempre rebelada después que el general de un ejército lo ha subyugado y lo ha vencido todo; en medio de los hierros ella es libre y siempre enemiga. Solo Jesucristo, solo Dios es el que ha podido subyugar todos los pueblos, someterlos á su imperio, reducir, por decirlo así, á servidumbre el espíritu y el corazon, y hacer publicar y recibir por todas partes sus divinas leyes, sin el auxilio de la multitud ni de las armas. Por severas que hayan sido estas leyes, por incomprensibles que hayan sido los dogmas de la Religion, por opuesto que haya sido el Evangelio al corazon humano, todo se ha sometido; griegos y romanos, escitas y gaulas, pueblos bárbaros, pueblos civilizados y cultos, todo ha cedido, todo se ha humillado, todo se ha sometido voluntariamente al imperio de Jesucristo, y el corazon y el espíritu han sido su gloriosa conquista. Esta es la que debe llamarse victoria insigne, victoria completa, triunfo milagroso, el único que demuestra visiblemente la divinidad del conquistador, la santidad omnipotente de la ley, la verdad incontestable de nuestra Religion, la autenticidad del Evangelio de Jesucristo y la suprema autoridad de la Iglesia. Y el Profeta, que tenia presente esta maravilla, ¿no tenia motivo para exclamar: Palmotead, pueblos de la tierra, por vuestra dichosa suerte? saltad de alegría acordándoos de vuestra felicidad, y con vuestras aclamacio-

nes celebrad una victoria tan admirable. Este parece que es el intento de la Iglesia en el curso del año, despertando de tiempo en tiempo nuestra fe con estos rasgos escogidos de los Libros santos, y recordando al espíritu, en el oficio de los domingos, estos milagros permanentes.

La Epístola de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los fieles de Roma, para que en la vida nueva de la gracia observen una conducta diferente de la que llevaban cuando estaban en la servidumbre del pecado. Después de haber hecho el santo Apóstol un resúmen compendiado, pero patético, de las grandes ventajas de la ley de gracia sobre la ley antigua; después de haber explicado á los nuevos fieles sus deberes y sus obligaciones, y haberles hecho conocer la diferencia del estado funesto del pecado en que habian vivido, al estado dichoso de la gracia en que habian entrado por el Bautismo, significándoles esto en la comparacion del estado de servidumbre con el de la mas dulce libertad; les exhorta á que nada omitan para llevar una vida pura, fervorosa, ejemplar, que corresponda á la santidad del Evangelio, de que hacen profesion, y á que sean tanto mas santos, cuanto que tienen mas medios de llegar á serlo. Para obligarles á la práctica de las buenas obras, san Pablo les representa que en la ley de gracia encontrarán una abundancia de auxilios, que la ley de Moisés por sí misma no proporcionaba, y que no pueden hallarse mas que en la ley de Jesucristo. Por lo demás, añade, la libertad que este divino Salvador ha venido á procuraros, no consiste en vivir en la independencia, sino solo en cambiar de señor. Como habeis hecho obras de muerte y de condenacion, mientras que habeis estado bajo de la esclavitud del demonio y del pecado, hoy que estais bajo de la ley de gracia debeis hacer obras de justicia; y puesto que os habeis sometido al yugo del Evangelio, en este mismo hecho estais obligados á hacer todo lo que él prescribe.

Hablo como hombre, dice, *á causa de la flaqueza de vuestra carne;* como si dijera: conociendo vuestra flaqueza, no os pido nada sublime, ni que pueda pareceros demasiado difícil; os pido solamente que hagais para agradar á Dios lo que tantas veces habeis hecho para agradar al mundo, para satisfacer á vuestras pasiones, para llegar al cabo de vuestros frívolos y quiméricos designios. Renovad en vuestro ánimo la memoria de todo lo que habeis tenido que sufrir en el servicio del mundo: ¡qué sujecion á sus duras y extravagantes leyes! ¡qué violencia, qué incomodidad mas universal! Hállanse en él tan-

tos señores como concurrentes, á quienes es menester contemplar, y á quienes es preciso no desagradar. ¿Qué mas dura servidumbre que la del pecado? ¿qué tiranía mas cruel que la de las pasiones? Cuesta mucho el satisfacerlas. No hay estado alguno que no nos constituya en mayor esclavitud que el estado de pecado; ninguno en que haya mas que sufrir, y mas violencia que hacerse; y de todos estos trabajos, de todas estas sujeciones, de todas estas penas, ¿qué frutos, qué ventajas se reportan? turbaciones, temores, inquietudes en el espíritu, amargura, disgustos mortales, tristeza en el corazon, suplicios eternos después de esta vida. Dios nos promete una eternidad bienaventurada, una vida llena de dulzuras espirituales, una libertad aun en su servicio, acompañada de una dulce paz; y esto que no exige de nosotros todos los trabajos, toda la incomodidad, todos los sinsabores amargos que se hallan en el servicio del mundo: y después de todo esto, ¿rehusarémos servir á Dios, guardar sus mandamientos, vivir segun las máximas del Evangelio? *Hablo como hombre.* Me avergüenzo de proponeros estos motivos naturales é interesados: ¿debe ser Dios amado y servido por otro motivo que por el honor y el placer de agradarle? El mismo Dios ¿no es un motivo suficiente para obligarnos á amarle? pero yo me acomodo á vuestra flaqueza, y las consideraciones caritativas y de compasion que guardo con vosotros deben inclinaros á obrar por motivos mucho mas perfectos; *porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crímen, así tambien hacedlos servir ahora á la justicia para llegar á ser santos.* Dios os ha perdonado vuestros pecados; pero no os ha dispensado de la obligacion de hacer penitencia. Vosotros por el Bautismo habeis llegado á ser templos de Dios, menester es purificar este templo que habia sido manchado con tantas abominaciones é inmundicias: la gracia del Bautismo le ha blanqueado, preciso es que la penitencia le adorne. La impureza, el orgullo, la intemperancia, y todos los demás vicios, habian hecho de él un objeto de horror á los ojos de Dios: es necesario que por la humildad, la pureza, el ayuno, y por la práctica de todas las virtudes cristianas, llegueis á ser un objeto de complacencia á sus ojos. Háceles entrar luego el santo Apóstol en una reflexion muy á propósito para desengañar á todo hombre de buen sentido, en órden á los placeres y vanos honores de esta vida: Vosotros os habeis entregado á todos los deseos criminales de vuestro corazon, os habeis constituido víctimas de vuestras pasiones: ¿qué no habeis hecho y sufrido para agradar á un mundo, á un tirano de quien voluntariamente os ha-

beis hecho esclavos? *y ¿qué ventaja habeis encontrado en estas cosas de que ahora os avergonzais? Porque en lo que ellas vienen á parar es la muerte.* El desarreglo de las costumbres, los placeres criminales cuestan mucho, y no dejan mas que arrepentimientos y disgustos. ¿Qué ventajas sacan de sus pecados los pecadores mas afortunados? El placer, que ha sido como la flor de ellos, ha pasado en un instante; los remordimientos; la confusion, la vergüenza, frutos amargos de la iniquidad, permanecen. ¿Qué les queda á todas estas víctimas desgraciadas del infierno de todas sus injusticias, de su licencia desenfrenada, de todos sus pecados? Una desesperacion eterna, mas sensible que las mismas llamas que las devoran: hé aquí los frutos de sus crímenes. Y aun cuando el pecado hiciese al hombre feliz sobre la tierra, ¿qué puede ganar uno en esto, cuando se pierde por toda una eternidad?

Por lo que hace al presente, estando como estais libres del pecado, y sujetos á Dios, la ventaja que en ello teneis os conduce á vuestra santificacion, y termina en la vida eterna. Esto es lo que se gana en el servicio de Dios: una paz del corazon inalterable, una conciencia tranquila, una alegría interior sin mezcla, una vida llena de las satisfacciones mas puras, y ¡qué consuelo en la muerte y por toda la eternidad! una felicidad sin medida, sin intervalo, sin límite. *Porque el estipendio del pecado,* continúa el santo Apóstol, *es la muerte: mas la gracia que se recibe de Dios, es la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.* ¡Qué dueño tan magnífico y liberal es el Señor, exclama un sabio y devoto intérprete! Recompensa con la vida eterna una fidelidad de pocos años, y alguna vez de pocos dias; y aun esta fidelidad es siempre debida á la gracia. Son sus propios dones, dice san Agustin, lo que recompensa cuando recompensa nuestra fidelidad. Justa idea, continúa, la que san Pablo nos da aquí del pecado: es un tirano que tiene á su sueldo míseros esclavos; les promete las mayores ventajas, y después de haberles arrebatado la libertad, y hecho experimentar mil penas, el estipendio con que les paga es la muerte.

El Evangelio de la misa de este dia nos enseña á conocer los falsos profetas, y nos exhorta á que estemos alerta contra sus seductores artificios. La voz profeta entre los hebreos no solo significa unos hombres inspirados de Dios para predecir lo futuro, sino tambien unos doctores esclarecidos é inspirados de Dios para enseñar al pueblo, y en este sentido deben tomarse los de que habla el Evangelio de este dia.

Jesucristo después de aquel admirable discurso que hizo á sus dis-

cípulos y á una muchedumbre que habia concurrido con él á un valle, situado al pié de una montaña, en donde habia pasado toda la noche en oracion; después de haberles enseñado las bienaventuranzas; esto es, las fuentes de la verdadera felicidad, y de haberles impuesto muchos preceptos y muchas máximas espirituales que comprenden cuási toda la moral cristiana, quiso prevenirles contra los lazos y los artificios de los herejes, y de todos aquellos de quienes se serviria el demonio para perderlos, por medio de sus exterioridades hipócritas é imponentes. No hay en verdad cosa mas fácil que el imponer á las almas sencillas con un exterior devoto, estudiado y edificante. Como la caridad forma siempre una parte del carácter de las almas buenas, no pueden creer que los que no manifiestan mas que bondad sean malos. Un aire modesto y mortificado, una afectacion devota y austera, deslumbran; y como no se desconfia de ello, fácilmente es uno engañado. Conociendo el Salvador cuán peligroso era este artificio; y previendo los grandes males que hacian en todos tiempos estos hipócritas artificiosos, quiso prevenir á sus discípulos, y enseñarles á conocer los lobos disfrazados bajo de la piel de ovejas. Esto nos demuestra cuánto importa el no dejarse engañar de ellos, y qué desgracia es para una alma el caer en semejante lazo.

Guardaos, dice el Salvador, de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados en ovejas, mas en lo interior son lobos rapaces. No hay cosa que mas seduzca que el artificio de que se sirven; un exterior que nada presenta que no sea laudable, engaña. Un aire de piedad, de mortificacion, de dulzura y de modestia, no es algunas veces otra cosa que una exterioridad de oveja de que se vale un falso doctor para engañar con mas seguridad bajo de esta máscara.

Ya desde el tiempo de Jesucristo eran en gran número estos falsos doctores, y causaban un mal infinito en el pueblo, imitando, en todo lo que imponia, á los verdaderos Profetas. Los antiguos y verdaderos Profetas vestian muy sencillamente, y hacian una vida muy austera: llevaban vestidos de pieles, ayunaban rigorosamente, y se cubrian con sacos y cilicios. Tales eran Jeremías, Isaías y Juan Bautista. Los falsos profetas se vestian del mismo modo, presentábanse á la vista del pueblo grandes ayunadores, predicaban con énfasis la penitencia; nada habia mas fácil que el ser engañados por ellos. El Salvador, pues, nos enseña aquí á conocerlos y á desenmascararlos.

Los conoceréis, dice, *por sus frutos*. Jamás fue equívoca esta prueba. ¿Cógense racimos de las espinas, ni higos de los cardos? Júzgase de la naturaleza del árbol por los frutos que produce; como es

el fruto, así es el árbol, y tal como es el árbol, tal es tambien el fruto; la prueba es recíproca: y como no es posible que un buen fruto venga de un árbol malo, tampoco es posible que un árbol bueno produzca un fruto malo. No os fieis de exterioridades deslumbradoras, dice san Gregorio, porque los lobos pueden cubrirse con la piel de las ovejas. Verdad es que por poco que se les observe de cerca se descubre muy pronto la artimaña. Una piel sobrepuesta no da ni la voz, ni las inclinaciones del animal á que pertenece por naturaleza. Una humildad sincera, una caridad universal, una piedad sin artificio, una dulzura sin añagaza, una austeridad de vida sin ostentacion, un celo que nada tiene de excesivo, nada de amargo, distinguen al verdadero pastor á quien se debe seguir, del lobo de quien se debe huir. Desconfiemos de un celo que no pierde nunca de vista sus propios intereses; de un celo que impone cargas pesadas, á que no querria él aplicar un dedo; de una piedad sin caridad, de una caridad acompañada de aceptacion de personas. Los cardos no pueden llevar higos, ni los espinos racimos. Pero ¿qué se hace de un árbol que no da buen fruto, dice el Salvador? *Se corta y se arroja al fuego.* No habla aquí el Salvador de un árbol estéril, habla de un árbol que lleva frutos, pero malos frutos. Terrible leccion para aquellas personas que hacen muchas obras buenas con la apariencia, pero que no producen mas que frutos ásperos, de mal gusto, frutos podridos por la falta de pureza de intencion, por sus malos motivos. Gentes ricas en apariencia, pero que nada encuentran sus manos á la hora de la muerte. Personas celosas que pueden decir: *Señor, Señor, ¿no hemos profetizado en vuestro nombre? ¿no hemos hecho muchos milagros en vuestra virtud?* Y á quienes se responderá: Retiraos de mí, *porque jamás os he conocido.* Vuestras pretendidas buenas obras han sido frutos de un corazon dañado por las pasiones y por vuestro amor propio. Un árbol malo lleva frutos; pero no puede llevarlos buenos.

No todos los que me dicen, Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos; quiere decir, que los que hacen profesion de cristianos y creen en Jesucristo no se salvarán, si no añaden á su creencia la observancia de los mandamientos: no basta creer el Evangelio, es preciso seguir sus máximas; y hablar de Dios con uncion, hablar á Dios con confianza, sin hacer lo que manda, es un error que condena á muchas gentes. Vosotros decís á Dios: Señor, Señor, dice el nuevo autor de las Reflexiones morales; pero si vosotros le reconoceis por vuestro Dueño, y no le obedeceis, es lo mismo que pronunciar vosotros mismos el decreto de vuestra condenacion. ¡Cuántos hay que creen haber

hecho todo lo que deben para su santificacion, porque han estado mucho tiempo al pié de los altares, ó dentro de su oratorio! Menester es el orar; necesario es el orar mucho; preciso aun, en cuanto sea posible, el orar siempre; pero la oracion que no nos hace mas fieles á nuestros deberes, mas sumisos á la voluntad de Dios, mas dulces, mas caritativos, mas humildes, mas mortificados, mas ejemplares, seria una pura ilusion, y no nos abriria el cielo. *El que hace la voluntad de mi Padre celestial,* dice el Salvador, *ese es el que entrará en el reino de los cielos.* Esto es lo que caracteriza el valor y el mérito de las mejores acciones. Lo que parece mas laudable á los ojos de los hombres, suele ser algunas veces reprobado por el Señor. El justo vive de la fe, pero la fe sin la caridad es muerta; sin las buenas obras es inútil para la eternidad. Es menester que el corazon y la conducta correspondan á la fe y á las palabras. Las manos, y no la voz de Jacob, son las que atraen la bendicion.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, cujus providentia in sui dispositione non fallitur: te supplices exoramus; ut noxia cuncta submoveas, et omnia nobis profutura concedas. Per Dominum...

Ó Dios, cuya providencia no se engaña en su conducta; humildemente os suplicamos que aparteis de nosotros todo lo que puede dañar á nuestras almas, y nos concedais todo lo que puede servirlas para la eternidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del capítulo VI *de la del apóstol san Pablo á los Romanos.*

Fratres: Humanum dico, propter infirmitatem carnis vestrae, sicut enim exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem. Cum enim servi essetis peccati, liberi fuistis justitiae. Quem ergo fructum habuistis tunc in illis, in quibus nunc erubescitis? Nam finis illorum mors est. Nunc vero liberati à peccato, servi autem facti Deo, habetis fructum vestrum in sanctificationem, finem vero vitam aeternam. Stipendia enim peccati, mors. Gratia autem Dei, vita aeterna: in Christo Jesu Domino nostro.

Hermanos mios: Hablo como hombre á causa de la flaqueza de vuestra carne. Porque así como habeis hecho servir los miembros de vuestro cuerpo á la impureza y á la injusticia para cometer el crímen, así tambien ahora hacedlos servir á la justicia para que llegueis á ser santos. En efecto, cuando érais esclavos del pecado, habíais sacudido el yugo de la justicia. ¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? porque todas ellas no van á parar sino á la muerte. Ahora, pues, ya libres del pecado y sujetos á Dios, reportais de ello el fruto de vuestra santificacion, que lleva por fin á la vida eterna; porque el estipendio del pecado es la muerte; mas la gracia que se recibe de Dios, da la vida eterna en Jesucristo nuestro Señor.

REFLEXIONES.

¿Y qué ventajas habeis encontrado entonces en las cosas de que ahora os avergonzais? La vergüenza, el pesar y el arrepentimiento son los únicos frutos del pecado; no se debe esperar de él otra cosa. Es una serpiente, dice el Sabio, que lisonjea, pero que pica; es un veneno preparado que se traga con placer, pero que tarde ó temprano causa crueles dolores; si se previesen bien todas las consecuencias funestas del pecado, habria pocos pecadores. ¿Qué ventajas se sacan de vivir enemigo de Dios, esclavo del demonio, víctima de mil remordimientos, destinado á las llamas eternas? El estipendio del pecado es la muerte; solicitándonos el demonio al pecado no nos promete otra recompensa. Satisfácese uno cuando peca, pero ¡qué cara cuesta esta criminal satisfaccion! Impureza, injusticia, venganza, ¿de qué sinsabores no vais seguidas, y de qué vergüenza, de qué amargo pesar, de qué espantosa desesperacion, de qué rabia por toda la eternidad. El pecado es una injuria insigne hecha á Dios, y al mismo tiempo el tirano mas cruel del hombre pecador. Puede decirse que el pecado mismo es la pena y el castigo del pecador. Embruteciendo el entendimiento, atormenta horriblemente el corazon; arma, por decirlo así, todas las furias contra el hombre pecador. Adormécese, atúrdese con el tumulto y el desarreglo; mas esto no es otra cosa que una pócima que suspende por algunas horas, por algunos dias, no el sentimiento, sino la razon y el buen sentido; no se raciocina ya cuando se peca; pero al fin el adormecimiento no dura siempre; vuélvese de él, despiértase, y ¿qué vergüenza, qué indignacion, qué despecho no se concibe contra su propia tontería? ¡Buen Dios! ¡qué terribles tormentos causa la sola memoria de una vida pasada en el desarreglo y en el vicio! No hay crímen que no lleve consigo su suplicio. Salud arruinada, bienes disipados, familia atrasada, reputacion mancillada, nombre desacreditado, vosotros no sois el único gaje, por decirlo así, el único estipendio del pecado. ¡Qué confusion mas horrorosa, qué sentimiento mas amargo, cuando se ve, cuando se siente la pérdida que se ha hecho de un Dios, fuente de todos los bienes, cuando se compara la duracion eterna de la pena con la brevedad del placer; la sabiduría de los hombres de bien con la extravagancia de los libertinos; la felicidad incomprensible de los Santos con la desgracia infinita de una alma condenada! No hay pecador alguno que tarde ó temprano no se avergüence de su pecado; no hay

réprobo que por toda la eternidad no se llene de rabia al acordarse de su vida criminal. ¿Qué se han hechó al presente todos aquellos insignes pecadores, aquellos mundanos altaneros, aquellos libertinos insolentes que hacian alarde de sus desórdenes? ¿De qué les ha servido aquella licencia desenfrenada, aquel libertinaje triunfante, aquel desprecio orgulloso de las leyes mas santas, aquella ostentacion de sus propios crímenes? ¡Con qué arrogancia se mofaban de las mas terribles amenazas de un Dios omnipotente! ¡con qué impiedad hacian burla de las mas espantosas verdades de la Religion! ¡con qué irreligion se vanagloriaban de sus delitos! Estos arrebatos de impiedad se han calmado en el lecho de la muerte; estos excesos violentos de un libertinaje desmedido se han extinguido en el sepulcro; los fuegos del infierno han hecho recordar á la razon, han restablecido el buen sentido, han hecho, por decirlo así, revivir aquella fe cuási extinguida por el libertinaje; y entonces, ¿de qué nos ha servido, exclaman con el Sabio, *de qué nos ha servido aquel orgullo,* aquella jactancia impía, que nos ha conducido á despreciar los buenos ejemplos, los avisos saludables, los remordimientos importunos de una conciencia justamente alarmada? ¿Qué fruto hemos sacado de aquellos tristes placeres, de aquella rebelion criminal de las pasiones, de aquellas satisfacciones odiosas? El placer ha pasado, la vergüenza y el arrepentimiento estéril no pasará. ¡Buen Dios! ¡qué amargo es un arrepentimiento; qué cruel cuando no debe acabarse jamás, y cuando siempre es sin fruto y sin remedio!

El Evangelio es de san Mateo, capítulo VII.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Attendite à falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. A fructibus eorum cognoscetis eos. Numquid colligunt de spinis uvas, aut de tribulis ficus? Sic omnis arbor bona fructus bonos facit: mala autem arbor malos fructus facit. Non potest arbor bona malos fructus facere: neque arbor mala bonos fructus facere. Omnis arbor, quae non facit fructum bonum, excidetur, et in ignem mittetur. Igitur ex fructibus eorum cognoscetis eos. Non omnis, qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum coelorum: sed qui facit vo-

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con las exterioridades de ovejas; mas en su interior son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Cógense por ventura racimos de los espinos, ni tampoco higos de los cardos? Así es, que todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo los da malos: un árbol bueno no puede dar malos frutos, ni uno malo llevarlos buenos. Todo árbol que no da buenos frutos, será cortado, y arrojado al fuego; por los frutos, pues, los habeis de conocer. No todos los que me dicen Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino

luntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse intrabit in regnum coelorum.

aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial; este es el que entrará en el reino de los cielos.

MEDITACION.

De la verdadera devocion.

PUNTO PRIMERO. — Considera que el desencadenarse tanto el dia de hoy contra la verdadera devocion, consiste en que no se la conoce, y se la confunde con cierta hipocresía exterior que agravia sobremanera á la verdadera piedad. Hay falsos devotos que se cubren con la máscara de la verdadera devocion; pero esta máscara no engaña mucho tiempo: por poco que se les considere de cerca, luego se descubre su falsedad. Los lobos cubiertos con la piel de oveja no tienen mas que la piel, y al través de esta piel dejan siempre entrever su humor feroz y carnicero. Su voz, su alimento, su marcha, todo les descubre. Los cardos no llevarán nunca higos; el fruto no desmiente jamás la naturaleza del árbol; los espinos no dejan nunca sus puntas, y por mas verdes que sean sus hojas, la aspereza de su fruto es insoportable. Por mas que la falsa devocion contrahaga la verdadera, sus frutos son muy contrarios para que pueda uno engañarse luego que de cerca observe su color, y haga la prueba por el gusto. No hay cosa mas amable, mas dulce, mas respetable que la verdadera piedad; su aire no es ni austero, ni desagradable; no consiste en excesos de un celo desmedido; aborrece la ostentacion y el fausto; es humilde, modesta, benigna, decorosa, sencilla, sin afectacion, sin gazmoñería, sin doblez. Enemiga de todo disfraz, gana el ánimo por su rectitud, y el corazon por su dulzura. Majestuosa en su simplicidad, cuanto mas humilde es, es tanto mas respetable: su mérito no depende del capricho ó de las ideas extravagantes de los hombres; su principio es la virtud sólida; la gracia es el alma; y Dios solo el objeto, el motivo y el fin. Sin razon se piensa que la rusticidad es natural á la devocion, porque alguna vez se encuentra en los que hacen profesion de devotos. La descortesía es un defecto que condena la verdadera piedad. La devocion no afecta, es verdad, un aire de excesiva cortesía, pero no olvida las menores atenciones, ni el mas pequeño de los deberes. Animada del espíritu de Jesucristo, mira con horror el espíritu del mundo; hace una guerra irreconciliable al amor propio, y su ejercicio ordinario es la mortificacion de los sentidos y de las pasiones. La voluntad de Dios es el gran móvil que la hace

obrar; Jesucristo en la cruz el gran modelo que se propone; el Evangelio su ley; la vida de los Santos su escuela; y su aplicacion y estudio consiste en la práctica de las virtudes cristianas. El pensamiento de la muerte la consuela, el de la eternidad la ocupa, y el único objeto de sus votos es el cielo. Una piedad estudiada y artificial apenas va mas que por caminos extraviados y extravagantes. La verdadera piedad no sale nunca de su estado. La humildad, la modestia, la mansedumbre, una mortificacion continua, una caridad sin límites, un deseo puro de agradar á Dios, una puntualidad en cumplir con sus obligaciones, una fe generosa y universal, una confianza en Dios sin reserva, una perseverancia inalterable y superior á todos los acontecimientos, tales son los rasgos mas señalados de la verdadera devocion: consideremos si es este el carácter de la nuestra.

Punto segundo. — Considera que para agradar á Dios es necesario querer las cosas en el mismo órden que Dios las quiere, porque su voluntad debe ser regla de la nuestra, como que ella es el principio de todo bien. De aquí es, que el hombre justo no medirá jamás su condicion por su devocion, sino que siempre reglará su devocion por la condicion á que Dios le llama, y la hará consistir sobre todo en cumplir perfectamente todas las obligaciones de su estado. No tanta ostentacion de piedad, no tanta reforma exterior, no tantos lamentos por la relajacion de los demás; sino mas caridad, mas desinterés, mas buena fe, mas mortificacion, mas sentimientos bajos de sí mismo, menos vivacidad sobre el punto de honor, menos dureza sobre las miserias de otro, menos delicadeza para su persona, estos son los puntos capitales y como el fundamento de la verdadera devocion. ¡Qué error el buscar uno su perfeccion fuera de su estado! Las condiciones son diferentes; pero la obligacion de cumplir en ellas todas sus obligaciones es la misma: no toda devocion es á propósito para todo género de condiciones. Lo que serviria para la santidad de los unos, seria un obstáculo para la salud de los otros. Son las diferentes condiciones, segun el Evangelio, como otros tantos árboles que deben todos llevar fruto, pero cada uno el fruto de su especie; y esto es puntualmente lo que hace nuestra cobardía y nuestras infidelidades mas inexcusables. Si fuese necesario adquirir la perfeccion propia de un estado diferente de aquel á que Dios nos ha llamado, costaria esto mucho y la virtud seria penosa; pero ¿qué excusa le queda á ninguno sabiendo que la verdadera devocion consiste en el cumplimiento de las obligaciones de su estado? Una persona religiosa no

está obligada para santificarse, mas que á observar exactamente sus votos; desempeñar con puntualidad todos sus deberes, y guardar sus reglas; su perfeccion, por decirlo con precision, consiste en la perfecta observancia de todas sus reglas. Un padre, una madre de familia halla, por decirlo así, reducida su perfeccion á la práctica de las obligaciones de su casa; omitirlas para ejercitarse en otras buenas obras, aunque sean de mayor perfeccion, es una ilusion. Correr á las iglesias y á los hospitales, mientras que el cuidado de la educacion de los hijos queda abandonado á discrecion de los domésticos, es una ilusion lamentable. Omitir los deberes de su estado, no guardar las reglas en el estado religioso que se ha abrazado, para hacer otras buenas obras, es, sí, trabajar mucho, pero todo en balde. Por mas santo que sea el celo, deja de ser meritorio luego que es incompatible con los deberes que prescribe nuestro estado. Dios quiere ser servido conforme á su voluntad, y no conforme á nuestra inclinacion y capricho; solamente ejecutando con puntualidad las órdenes de su Señor es como agrada el siervo.

De este modo y con esta condicion quiero yo tambien, Señor, agradaros. Las obligaciones de mi estado serán de hoy mas las primeras que, mediante vuestra santa gracia, me propongo cumplir, y mi mayor devocion consistirá en hacer vuestra voluntad.

Jaculatorias. — Enseñadme, Señor, á que en todo haga vuestra voluntad, puesto que Vos sois mi Dios. (*Psalm.* CXLII).

Renovad en mí, Señor, la pureza del corazon y la rectitud del espíritu, sin las que es imposible que yo os agrade. (*Psalm.* L).

PROPÓSITOS.

1 Una persona sólidamente virtuosa, es una persona sin amor propio, sin doblez, sin ambicion. Es una persona severa siempre consigo misma, y que no se perdona cosa alguna, al mismo tiempo que es indulgente con los demás, en cuyo favor todo lo excusa. Atenta sin afectacion, complaciente sin bajeza, oficiosa sin interés, exacta observadora de la ley sin escrúpulo, unida á Dios sin violencia. Un hombre verdaderamente devoto es un hombre que siente bajamente de sí mismo, que estima á todos los demás, porque no ve en ellos mas que las virtudes que tienen, y no considera en sí mas que los defectos á que está sujeto. Como no se gobierna sino por las máximas sobrenaturales, nunca cree que los que le desprecian le hacen agravio, porque no cree se le deba el honor que le rehusan. Instruido

en la escuela de los Santos, prefiere las mas pequeñas obligaciones de su estado á las acciones mas brillantes por su eleccion y por su gusto. En fin, es un hombre que nutre su inocencia con los ejercicios de la penitencia. Siempre contento, siempre afable, siempre en paz, siempre con una igualdad de humor inalterable, á quien no engrien los mas faustos sucesos, ni abaten los accidentes mas funestos; porque sabe que los bienes y los males de esta vida vienen siempre de una misma mano, y como la única regla de su conducta es la voluntad de Dios, hace siempre todo lo que Dios quiere, y quiere siempre todo lo que Dios hace. Tengamos continuamente este retrato y este espejo á la vista, y consideremos de tiempo en tiempo si nuestra devocion se parece á este modelo.

2 Confrontemos frecuentemente nuestra devocion con este retrato, y corrijamos los defectos que notáremos en nuestra conducta. Apreciemos como se debe las obligaciones mas pequeñas de nuestro estado, y consideremos qué reglas de nuestro instituto son las que guardamos con flojedad. No hay cosa pequeña en el servicio de Dios; sirvámosle con fervor; no sea nuestra devocion, ni enfadosa, ni floja, ni variable. Nada hay que así agravie á la verdadera devocion como el mal humor y los defectos groseros de los que pasan por devotos.

DOMINGO OCTAVO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Como la Iglesia nuestra buena madre en nada tiene tanto empeño como en la salvacion de sus hijos, reune todos los domingos á los fieles para darles lecciones importantes de salud, para reanimar mas su fe, renovar su fervor, prevenirles contra los peligros, animarles contra los esfuerzos y las astucias del tentador, consolarles en sus males, y sostenerles en todos los accidentes molestos de la vida. Ella les alimenta con el pan de la palabra de Dios, les fortifica con el uso de los Sacramentos, y recordándoles cada domingo la memoria de las grandes verdades de la Religion, procura siempre por medio de aquellos rasgos mas señalados de la bondad y de la misericordia de Dios con nosotros, excitar nuestro amor y nuestro reconocimiento hácia él, é inclinarnos á que pongamos en él toda nuestra confianza. Á esto precisamente se dirige todo el oficio de la misa de este dia. El intróito nos trae á la memoria los mas señalados beneficios del Señor; la Epístola en pocas palabras nos presenta el retrato de un hombre espiritual tal como debe serlo todo verdadero fiel; el Evangelio nos

enseña el buen uso que debemos hacer para el cielo de los bienes terrenos, y en el ejemplo de un recaudador, infiel, pero ingenioso y previsor, quiere el Salvador darnos á entender la industria piadosa por medio de la cual debemos hacer servir á nuestra salvacion los falsos bienes de este mundo, de los que no tenemos, por decirlo así, mas que la administracion, y con los que, sin embargo, podemos ganarnos amigos y poderosos protectores en la otra vida. Esta industriosa sabiduría, este buen espíritu junto con un corazon acomodado á él, es lo que pedimos á Dios en la oracion de la misa de este dia, la cual debe ser una oracion diaria para todos los fieles.

Nosotros, Señor, nos acordamos de todos los beneficios de que habeis colmado á vuestros siervos; *hemos recibido vuestra misericordia en medio de vuestro santo templo;* en medio de vuestro pueblo, como traducen los Setenta, san Crisóstomo, Teodoreto y san Agustin. ¡Qué de maravillas, ó Dios mio, no habeis obrado á favor nuestro! ¡qué solicitud, qué bondad, qué providencia paternal! ¿Podríamos, ó Dios, olvidar nunca á un Señor tan benéfico, ó dejar de confiar en un Salvador, en un Padre semejante? Vuestra gloria ha penetrado, ó Dios mio, hasta las extremidades de la tierra; en todas partes se os alaba de un modo proporcionado á la grandeza de vuestro nombre; exáltese, sobre todo, ese brazo justiciero que se ha armado para nuestra defensa. Es bien patente que el salmo XLVII, que en el sentido literal puede entenderse de la proteccion de Dios sobre Jerusalen y sobre el pueblo judío, no debe entenderse en el sentido figurado sino de la proteccion singular de Dios sobre la Iglesia. Solo en el cristianismo es donde puede decirse que la gloria de Dios ha penetrado hasta los confines de la tierra, y que el Señor es alabado en todos los pueblos de un modo proporcionado á la grandeza de su santo nombre. Antes de Jesucristo no era Dios conocido mas que en la Judea, y solo después de la venida de este divino Salvador ha sido llevado y predicado á todas las naciones del mundo el conocimiento del verdadero Dios, y los predicadores evangélicos han anunciado á Jesucristo por todo el universo. La memoria de esta maravilla, de esta gran misericordia es lo que nos recuerda el intróito de la misa de este domingo, para despertar nuestra fe y nuestro amor á Dios, y obligarnos á ocuparnos en continuas acciones de gracias.

La Epístola está tomada del capítulo octavo de la de san Pablo á los romanos. Habiendo hecho ver el Apóstol cuán diferente debe ser la vida de un cristiano de la de un hombre carnal, nos advierte que aunque la concupiscencia y las pasiones no queden enteramente ex-

tinguidas por la gracia del Bautismo, quedan no obstante muy debilitadas, y no tienen mas imperio sobre nuestro corazon que el que nosotros les damos voluntariamente. Cita en seguida las razones que tenemos para tenerlas sujetas, y demuestra que debiendo ser un fiel un hombre enteramente espiritual, no debe vivir segun las inclinaciones de la carne.

No somos deudores á la carne, dice, *para que vivamos segun la carne.* No debemos nuestra vida á la carne. Nacemos hijos de ira, puesto que nacemos esclavos del pecado; solo á Jesucristo debemos nuestra libertad; somos reengendrados por el Bautismo; debemos, pues, vivir para Jesucristo, segun su espíritu y sus máximas. En virtud de este nuevo nacimiento del agua y del espíritu, no estamos ya sujetos á la carne, al pecado, á la concupiscencia; no tiene ya esta imperio alguno sobre nosotros, y únicamente Jesucristo es el que debe reinar en nuestros corazones. Desgraciados de nosotros si renunciando á la dichosa libertad de hijos de Dios, nos sometemos de nuevo al imperio del pecado. Jesucristo por los méritos de su sangre y de su muerte ha hecho pedazos nuestras cadenas, y ha destruido el imperio del demonio. Este enemigo mantiene, á la verdad, todavía alguna inteligencia en la plaza; nuestro amor propio, nuestros sentidos, nuestro mismo corazon pueden hacernos traicion, y nosotros debemos continuamente desconfiar de ellos; pero á menos que nosotros no queramos introducirle en el fuerte, serán inútiles todos sus esfuerzos; es un perro rabioso, dice san Agustin, que está encadenado; puede ladrar, puede chillar, pero no puede morder sino á los que se le acercan demasiado. *El que ha nacido de la carne*, decia el Salvador á Nicodemus, *es carne; pero el que ha nacido del espíritu es espíritu.* Á este oráculo alude aquí el santo Apóstol. Solo en el cristianismo es en donde Dios tiene adoradores que le adoren en espíritu y en verdad; solo en la religion cristiana es en donde se hallan hombres espirituales. Por esto el pueblo judío, aunque pueblo escogido y privilegiado, no obstante que él solo fue el que tuvo el conocimiento del verdadero Dios, y al que Dios eligió por su pueblo, era todavía un pueblo enteramente carnal. Esta maravillosa mutacion del hombre en hombre espiritual, debia ser la obra del Salvador; era necesario un Redentor que fuese hombre y Dios á un mismo tiempo para obrar esta insigne maravilla; la ha obrado, en efecto, y el hombre cristiano es la obra maestra de este Hombre Dios.

Porque si vivís, continúa el Apóstol, *segun la carne moriréis*: esto es, si seguís los deseos de la carne y los movimientos de la concupis-

cencia, si haceis las obras de la carne que significan todo pecado grave, perderéis la vida de la gracia; moriréis con una muerte espiritual desde esta vida, que será seguida en la otra de la muerte eterna; de la eterna condenacion. Por el contrario, si mortificais las obras de la carne; ésto es, si os mortificais, si reprimís las malas inclinaciones de vuestro corazon, si las haceis morir en vosotros, y no cometeis el pecado á que os solicita la concupiscencia, si domais vuestras pasiones, en una palabra, si mortificais por el espíritu las obras de la carne, viviréis una vida enteramente espiritual, vida sobrenatural, vida cristiana sobre la tierra, la cual será seguida de la bienaventuranza en el cielo. Vívese segun la carne, cuando se hacen las obras de ella, cuando se vive segun el espíritu y las máximas del mundo; y esta vida no tiene otro término que el infierno. Vívese segun el espíritu de Jesucristo, cuando se vive conforme al espíritu y las máximas del Evangelio. La vida del espíritu es la vida de la gracia, y ayudados de esta gracia nos mortificamos, domamos las pasiones, reprimimos las malignas impresiones de la concupiscencia, y dejamos de obrar las obras de la carne.

Porque todos los que obran por el espíritu de Dios, son hijos de Dios; y puede añadirse que no hay propiamente otros hijos de Dios que los que están animados del espíritu de Dios, que obran por la dulce impresion de este divino espíritu, que siguen sus luces y sus movimientos. Si nuestras obras, por mas laudables que sean, por mas buenas que parezcan, tienen otro motivo, nacen de otro principio, son obras vacías, obras defectuosas, obras muertas por las cuales nos dice Dios: *No os conozco.* No así las de aquellos á quienes el espíritu de Dios hace obrar, dice san Agustin, no por fuerza ni con violencia, sino exhortando por medio de sus dulces inspiraciones, ilustrando con sus vivas luces, ayudando con los auxilios de su gracia. *Sabemos,* continúa el Apóstol, *que todas las cosas concurren al bien de los que aman á Dios.* Si no obráseis nada, *si nada hiciéseis*, añade el santo Doctor (*serm. 13 de verb. Apost.*) *no podria decirse que cooperabais con el Espíritu Santo.* El hombre coopera á su conversion con el Espíritu Santo; mas no coopera sino con el auxilio de la gracia.

Por lo demás, *vosotros no habeis recibido el espíritu de servidumbre de modo que vivais de nuevo en el temor.* No, no es ya un espíritu de temor el que debe haceros obrar como si continuáseis esclavos; el motivo que debe conduciros y debe ser como el alma de todas vuestras obras, después que habeis llegado á ser hijos adoptivos del Padre celestial, es el espíritu de amor. El espíritu de la ley de Moisés

era un espíritu de temor; el espíritu del Evangelio de Jesucristo es un espíritu de amor. La antigua ley habia sido promulgada entre truenos y relámpagos que siempre inspiran terror; la ley nueva nació sobre el Calvario, sufriendo el Salvador la muerte por efecto de su grande amor: era raro en el Antiguo Testamento el que se sirviese á Dios por puro amor; el temor de los castigos era el principal motivo que animaba á aquel pueblo carnal, á aquellos siervos medio esclavos; en el Nuevo quiere Dios ser servido por amor. El espíritu propio de la ley de Moisés era un espíritu de terror y de amenaza, y bajo de esta idea es como la representa el Apóstol. La ley nueva por el contrario, siendo una ley de gracia que nos comunica por sí misma el Espíritu Santo, y nos eleva á la dignidad de hijos de Dios, nos hace encontrar en la caridad un motivo mas eficaz y mas noble para obedecer. No es esto decir que no sea el mismo Espíritu Santo el autor del temor saludable y del amor puro y sobrenatural; así lo ha definido la Iglesia, enseñándonos que en la ley nueva, que es una ley de amor, no debe excluirse el temor de las penas y de la justicia divina, con tal que comprenda las disposiciones señaladas por el santo concilio de Trento. El temor saludable es un don de Dios, lo mismo que el amor; mas estos dones no son iguales aunque vengan de la misma mano. El temor, dice san Agustin, comienza, por decirlo así, la conversion, y la caridad la acaba. Muchos Profetas y Patriarcas de la antigua ley han servido á Dios por amor: habíaseles ya desde entonces comunicado por anticipacion el espíritu del Evangelio, mirando á los méritos de Jesucristo; mas hoy debe reinar universalmente este espíritu en todos los fieles, puesto que en virtud de la gracia de adopcion que hemos adquirido por Jesucristo, no solo debemos llamar á Dios nuestro Señor, sino Padre nuestro. *Habeis recibido,* dice el Apóstol, *el espíritu de adopcion de los hijos de Dios en virtud del que clamamos abba, padre.* Como si dijese el Apóstol: Nosotros hebreos llamamos al Señor en nuestra lengua siríaca *abba,* que en vuestra lengua significa *padre.* Porque este mismo espíritu, añade, da testimonio al nuestro de que somos hijos de Dios; esto es, el mismo Espíritu Santo es el que nos autoriza para esta confianza de llamar á Dios nuestro Padre; él es el que nos da interiormente testimonio de que somos hijos de Dios, sobre todo después que ha derramado en nuestros corazones su santo Espíritu. La nueva alianza que Dios ha hecho con nosotros por medio de Jesucristo es lo que nos da este derecho. No es esto decir que el dulce testimonio de una buena conciencia deba darnos una entera y absoluta certidumbre de nuestra

justicia, dice el sabio intérprete que hemos citado repetidas veces, como falsamente piensan los herejes: lo que únicamente quiere decir el Apóstol es, que la confianza que los verdaderos fieles tienen de ser del número de los hijos de Dios no es ni vana ni presuntuosa, puesto que está fundada en la inspiracion y en el testimonio del Espíritu Santo. Todos aquellos á quienes el Espíritu Santo da interiormente este testimonio son verdaderamente hijos de Dios; pero nadie sabe con una entera certeza si efectivamente el Espíritu Santo les da este testimonio. *No sabe el hombre*, dice el Sabio (*Eccl.* IX), *si es digno de amor ó de odio:* y tiene mucha razon, por tanto, el Apóstol para exhortar á los fieles á que trabajen en su salvacion con temor y con temblor. (*Philip.* II). *Y si somos hijos*, concluye san Pablo, *somos tambien herederos; herederos, digo, de Dios, y coherederos de Jesucristo.* Esta augusta cualidad de hijos de Dios es la que nos da derecho á la herencia de nuestro Padre. Pero es menester que seamos hijos sumisos y respetuosos si queremos conservar este derecho. Un padre tiene derecho para desheredar á los hijos rebeldes. Nosotros no serémos reconocidos por verdaderos hijos de Dios, sino en tanto que fuéremos conformes á la imágen de Jesucristo paciente.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la parábola del administrador, infiel en verdad, pero ingenioso para procurarse amigos que puedan servirle de escudo en su desgracia. El fin de esta parábola es inclinarnos á hacer amigos para el cielo por medio de las limosnas.

Habia un mayordomo de la casa de un hombre de cualidad, decia un dia el Salvador á sus discípulos, el cual habiendo disipado el caudal de su señor, fue acusado de malversacion en su encargo. Informado de ello el señor, le hizo presentar, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? asegúraseme que has disipado mi caudal, que has hecho mal uso del dinero que te he confiado, y que no tienes cuidado alguno de mis negocios; no puedo por tanto servirme de un hombre de quien todos se quejan. Prepárate, pues, para darme cuenta de tu administracion; porque no puedo continuarte ya la confianza de cuidar mis bienes. Fácil es comprender el sentido moral de esta parábola. ¿Quién no sabe que todos somos responsables al Señor; todos somos sus arrendadores y sus ecónomos? Todos los bienes que poseemos son de él, nosotros mismos somos suyos, y debemos un dia darle cuenta, no solo de los bienes exteriores que tenemos á nuestra disposicion, ricas herencias, terrenos dilatados, cuantiosas rentas, sino tambien de nuestro tiempo, de nuestra salud, de nuestros talentos, de las facul-

tades de nuestro cuerpo y de nuestra alma; en fin de todo lo que tenemos y de todo lo que somos; todo esto son bienes, son fondos que debemos beneficiar, y de que hemos de darle cuenta. Administradores infieles, apenas hay uno de nosotros que no sea acusado delante de él de haber disipado los bienes que nos habia confiado, y de haber hecho mal uso de ellos; y nuestro acusador es nuestra propia conciencia. *Dame cuenta de tu administracion.* En la hora de la muerte, en el momento de nuestro juicio particular es cuando cada uno de nosotros recibirá esta órden: ¡Gentes mundanas, dad cuenta del uso que habeis hecho de vuestra salud, de vuestro tiempo, de vuestros talentos! ¡Grandes del mundo, dad cuenta de esos grandes bienes, de esos empleos brillantes, de esa autoridad, de esa magnificencia! ¡Ministros de la Iglesia, dad cuenta de esas pingües rentas, patrimonio de los pobres, de que no érais mas que unos administradores, de esos talentos que debísteis hacer fructificar! ¡Personas religiosas, dad cuenta de todas las ventajas temporales y espirituales que habeis recibido de mi bondad en vuestro estado! Todos hemos recibido; todos, pues, debemos un dia dar cuenta de nuestra administracion. ¡Buen Dios, y cuántos desgraciados!

Viéndose perdido y sin recurso el recaudador de nuestra parábola, ¿qué haré yo ahora, dice, porque mi señor me va á quitar el manejo de su hacienda? ¿qué partido tomaré? ¿Ponerme á cavador? no tengo fuerzas para azadonar la tierra; ¿pedir limosna? debe serme muy vergonzoso; mi edad no me permite tampoco aprender un oficio; en tal extremo le ocurre un expediente, ingenioso á la verdad, aunque injusto. Resuelve ganarse amigos á expensas del mismo caudal de su amo, á fin de encontrar por lo menos una acogida en su casa cuando hubiere perdido su empleo. Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á los deudores de su señor, les preguntó en particular á cada uno cuánto era lo que debian: uno respondió que debia cien barriles de aceite; y el otro cien medidas de trigo. Volvióles al uno y al otro sus obligaciones, haciéndoles formar otras nuevas en las cuales redujo los cien barriles de aceite del primer deudor á cincuenta, y las cien medidas de trigo del segundo á ochenta. Por este medio, aunque injusto, se aseguró un recurso en caso de necesidad en casa de aquellos á quienes acababa de agraciar; lo cual sabido por el señor, no pudo menos de admirar la agudeza de su mayordomo que tan bien habia sabido proveer á su seguridad á costa de su amo, y hasta le alabó por haberse conducido con tanta habilidad y obrado con tanta advertencia en órden á su interés particular. Todo

esto, concluye el Salvador hablando á sus discípulos, y en su persona á nosotros, todo esto os demuestra que las gentes del mundo, los hijos del siglo corrompido son mas hábiles, mas industriosos, mas vigilantes, mas ardientes, mas atentos para llegar al cabo de sus designios, para enriquecerse, para elevarse, para prevenir una desgracia, que los hijos de la luz para asegurar una felicidad eterna. ¡Qué vergüenza el vernos obligados á servirnos de esta comparacion, de este contraste de conducta para excitar nuestro celo, y precisados á decirnos á nosotros mismos: hagamos por los bienes eternos lo que hacen los mundanos por los bienes perecederos; y lo que ellos hacen todos los dias para perderse, hagámoslo al menos para salvarnos! *Y yo os digo*, concluye el Salvador, *tratad de ganaros amigos en el cielo por el buen uso de vuestras riquezas, las cuales no son otra cosa que bienes falsos, y muchas veces frutos de vuestras injusticias*: emplead en buenas obras los bienes que Dios os ha confiado, y de que debeis darle cuenta. El administrador no pudo sin faltar á la justicia emplear, como aquel lo hizo, los bienes de su señor en procurarse amigos para el tiempo de su desgracia; pero Dios nos permite, nos manda aun que empleemos los bienes cuyo uso nos ha concedido en procurarnos amigos en el cielo. Dios, dice san Agustin, no autoriza aquí la injusticia; no aconseja que se empleen en buenas obras los bienes mal adquiridos. Jamás fue permitido hacer limosnas con el caudal de otro. Lo que se posee injustamente no debe darse á los pobres, sino que debe volverse á aquel á quien se le ha quitado: lo que el Salvador quiere darnos á entender en este pasaje es, que en lugar de emplear las riquezas en procurarnos la falsa amistad de los grandes, en tener muebles preciosos, una mesa delicada y espléndida y equipajes suntuosos; en lugar de emplear los bienes en gastos desatinados, en el juego, en el lujo y en diversiones que tarde ó temprano obligan al soberano Señor á arrojarnos de su servicio, y á reprobarnos como administradores infieles; pongamos en manos de los pobres los bienes que no pasan en la otra vida sino por el comercio de la caridad. Por medio de este cambio aseguramos su justo valor en el cielo; sin él todos los bienes terrenos perecen entre nuestras manos. Son de ningun valor para el cielo los bienes de la tierra, y solo por el comercio de la limosna logramos que nos sean útiles en la otra vida. Esto es lo que el Salvador ha querido enseñarnos en esta parábola. Es esta una leccion importante para todos; pero leccion, sin embargo, de que muy pocos quieren aprovecharse. *Mammon* es una palabra siríaca que significa riquezas, tesoros. La palabra *iniquidad* que

se añade aquí á la de riquezas, no solo significa los bienes mal adquiridos, sino principalmente los bienes falsos, las riquezas engañosas, fuente ordinaria de todo género de iniquidad. El sabio Maldonado cree que para hacer una aplicacion justa de esta parábola es menester que estas palabras, *cuando llegáreis á faltar, cum defeceritis*, se entiendan no de la muerte, sino del estado del hombre pecador sobre la tierra, cuando desprovisto de mérito y privado de la gracia, se halla como sin funciones y degradado de sus antiguos privilegios. Entonces la limosna y las oraciones de los pobres son el medio mas eficaz para que obtenga la gracia y vuelva á entrar en el camino de la salvacion.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Largire nobis, quaesumus, Domine, semper spiritum cogitandi quae recta sunt, propitius et agendi: ut qui sine te esse non possumus, secundum te vivere valeamus. Per Dominum nostrum...

Haced, Señor, por vuestra misericordia, que vuestro espíritu nos inspire siempre santos pensamientos, y nos haga obrar constantemente acciones santas, á fin de que los que no podemos nada sin vuestra gracia, vivamos siempre conforme á vuestro espíritu. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la que escribió el apóstol san Pablo á los Romanos, capítulo VIII.

Fratres: Debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus. Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. Quicumque enim spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. Non enim accepistis spiritum servitutis iterum in timore, sed accepistis spiritum adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba (Pater). Ipse enim Spiritus testimonium reddit spiritui nostro quod sumus filii Dei. Si autem filii, et haeredes: haeredes quidem Dei, cohaeredes autem Christi.

Hermanos mios: No somos deudores á la carne, para que vivamos segun la carne. Porque si viviéreis segun la carne, moriréis; mas si conducidos por el espíritu mortificáreis las obras de la carne, viviréis; puesto que todos los que obran conforme al espíritu de Dios, son hijos de Dios. No habeis tampoco recibido el espíritu de servidumbre de modo que deba ocuparos de nuevo el temor; sino que habeis recibido el espíritu de adopcion de los hijos, en virtud del que clamamos *abba*, padre; porque este mismo espíritu da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, luego somos tambien herederos; herederos, digo, de Dios, y coherederos con Jesucristo.

REFLEXIONES.

Si viviéreis segun la carne, moriréis. Vivir segun la carne, propiamente hablando, es vivir segun el espíritu del mundo, seguir sus máximas, ser partidarios de todos sus caprichos, obedecer á todas sus extravagantes leyes. Vivir segun la carne, es ser uno esclavo de sus pasiones, prestarse, abandonarse aun á las inclinaciones de la concupiscencia, dar toda la libertad á sus sentidos. Vivir segun la carne, es seguir los deseos de la carne. La vida de la carne es la vida del pecado, y esta vida es la muerte espiritual del alma. Vivir segun la carne, es emplearse uno en las obras de ella, y las obras de la carne son el pecado. ¡Cuántos, buen Dios, viven hoy segun la carne! acaso no reinó nunca mas despóticamente el espíritu del mundo. Sus leyes prevalecen sobre las de la Religion, y sus máximas sobre las del Evangelio. Apenas la razon se ha desenvuelto en un niño, cuando el espíritu del mundo se apodera de él; cuási no se le dan otras lecciones; al lado de sus padres no encuentra acaso sino una perniciosa escuela de ambicion, de lujo y de vanidad: sus discursos enteramente mundanos, sus ejemplos muchas veces pésimos, son los modelos que se le presentan. Y después de esto ¿extrañarémos que sea tan universal la corrupcion de las costumbres, y que se extinga el espíritu de la Religion? *Mi espíritu no permanecerá en el hombre*, decia Dios poco antes del diluvio, al tiempo que su indignacion justamente irritada iba á estallar de la manera mas terrible sobre todo el universo: mi espíritu no permanecerá mas en el hombre; porque el hombre no es mas que carne, ni vive sino conforme á la carne. ¿Tiene el dia de hoy menos motivo el Señor para hacernos esta terrible amenaza? ¿y en qué siglo con mas razon que en este ha podido Dios decir que la malicia de los hombres era grande sobre la tierra, y que todos los pensamientos de su corazon se ordenaban á toda hora hácia el mal? ¿en qué siglo ha podido decirse con mas verdad, que toda carne habia corrompido sus caminos sobre la tierra? esto es, ¿que el espíritu de la carne esparcido en cási todos los hombres ha inundado la tierra con todo género de pecados? ¿Qué edad, qué condicion, qué estado hay en que no dominen el amor de los placeres, la codicia, la ambicion, el lujo y el desórden? Cuási en todas partes no reina mas que el espíritu del mundo; por do quiera triunfa la iniquidad. Mas bien nos avergonzamos en el mundo de parecer cristianos, que de ser pecadores en sus reuniones. Un libertino, una mujer mundana reputan como un mérito el ser poco reca-

tados, tener poca religion, dudar de las verdades mas esenciales, no tener ni remordimientos ni escrúpulos. El vicio parece que ha franqueado todas las barreras; diríase que es un torrente que ha forzado, trasbordado todos los diques de la Religion, de la educacion, y hasta del buen sentido. La soledad, el desierto, hasta el lugar santo, este asilo sagrado de la piedad cristiana, se resienten de la inundacion. ¿Qué es lo que en el dia sirve de antemural, de abrigo á la rectitud, á la buena fe, á la modestia? Una sola familia se halló exenta de aquella universal iniquidad, así es que solo aquella familia dichosa fue la que se salvó en el tiempo del diluvio. ¿No es esta una figura bien marcada de la corrupcion tan general de nuestro siglo, y del pequeño número de los elegidos? ¿y lo es menos visible de la justa indignacion del Señor y de los terribles azotes de su justa cólera?

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del de san Lucas, capítulo XVI.

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis parabolam hanc: Homo quidam erat dives, qui habebat villicum: et hic diffamatus est apud illum quasi dissipasset bona ipsius. Et vocavit illum, et ait illi: Quid hoc audio de te? redde rationem villicationis tuae: jam enim non poteris villicare. Ait autem villicus intra se: Quid faciam, quia dominus meus aufert à me villicationem? fodere non valeo, mendicare erubesco. Scio quid faciam, ut, cum amotus fuero à villicatione, recipiant me in domos suas. Convocatis itaque singulis debitoribus domini sui, dicebat primo: Quantum debes domino meo? At ille dixit: Centum cados olei. Dixitque illi: Accipe cautionem tuam: et sede cito, scribe quinquaginta. Deinde alii dixit: Tu vero quantum debes? Qui ait: Centum coros tritici. Ait illi: Accipe litteras tuas, et scribe octoginta. Et laudavit dominus villicum iniquitatis, quia prudenter fecisset: quia filii hujus saeculi prudentiores filiis lucis in generatione sua sunt. Et ego vobis dico, facite vobis amicos de mammona iniquitatis: ut, cum defeceritis, recipiant vos in aeterna tabernacula.

En aquel tiempo, dijo Jesús á sus discípulos esta parábola: Un hombre rico tenia un recaudador, el cual fue acusado delante de él como disipador de sus bienes. Hízole comparecer, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo decir de tí? Dame cuenta de tu recaudacion, porque ya no es posible que sigas recaudando. Al oir esto el recaudador, dijo dentro de sí: ¿Qué haré yo, pues, que mi amo me quita la recaudacion? Cavar la tierra no puedo; pedir limosna me es bochornoso. Mas ya sé lo que haré, para que cuando estuviere privado del empleo, tenga quienes me reciban en sus casas. Habiendo, pues, hecho venir uno á uno á los deudores de su señor, dijo al primero: ¿Cuánto debes tú á mi amo? Cien barriles de aceite, le respondió. Díjole el recaudador: Toma tu obligacion, rómpela inmediatamente y haz una de cincuenta. En seguida dijo á otro: ¿Y tú qué es lo que debes? el cual respondió que cien medidas de trigo. Toma, pues, tu póliza, le dijo el recaudador, y haz otra de ochenta. Alabó, pues, el señor á este recaudador inicuo, porque habia obrado con destreza, porque los hijos del siglo son mas precavidos en sus negocios que los hijos de la luz. Y yo os digo tambien: Emplead en procuraros amigos por medio de las riquezas que hacen injustos, á fin de que cuando llegáreis á faltar os reciban en las moradas eternas.

MEDITACION.

De la limosna.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la limosna en nuestra Religion no es un simple consejo, sino un precepto. ¡Qué grosero error es el creer que la caridad cristiana sea una obra de supererogacion!

Jesucristo nos ha impuesto un precepto expreso de hacer limosna, y es tan riguroso este mandamiento, que bastará no haberle cumplido para ser reprobado de Dios, y oir este formidable decreto: Id malditos, léjos de mí, al fuego eterno.—Y ¿por qué?—Porque tuve hambre, dirá el Señor, y no me habeis dado de comer; porque no tenia vestido, y no me le habeis proporcionado. Un Dios tan bueno y tan justo no reprobará jamás á los hombres por haber omitido simples consejos, sino por haber violado sus preceptos. Después de esto ¿se dirá que la limosna no es mas que un acto de devocion? En verdad os digo, dice el Salvador del mundo, cuantas veces hiciéreis estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos, lo habeis hecho conmigo mismo. ¿No hay motivo para extrañar que haya todavía en la Iglesia gentes que carezcan de todo entre los Cristianos persuadidos de este artículo, uno de los mas importantes y mejor fundados de nuestra creencia, á saber, que todo el bien que se hace á los demás, se hace á la persona misma del Salvador?

¿Podia Jesucristo hacer un partido mas ventajoso á los pobres que ponerse en su lugar? ¿podia la Providencia asignarles un fondo mas abundante para su subsistencia; y si hubiese fe entre nosotros, habria gentes mas felices que ellos? No es ya á un pobre al que se le niega el socorro, es al mismo Jesucristo: no es á un hombre vil y abyecto al que yo despido con dureza, es al Señor del universo, es al Redentor y Juez soberano de todos los hombres al que yo desprecio; y no pensemos que el pobre nos pide una pura gracia cuando nos pide la limosna; es un derecho lo que exige, y nosotros debemos pagársele.

Todos nuestros bienes son de Dios por derecho de soberanía; debémosle, pues, el tributo y el homenaje. Dios hipoteca este tributo y estos frutos para la subsistencia de los pobres. Dios sustituye los pobres para exigir en su nombre este tributo. Y después de esto ¿se considera por nada el no asistir á los desgraciados? ¿se mira como indiferente el negar la limosna?

¡Ah! ¡ya comprendo, Dios mio, por qué no echaréis otra cosa en

cara á los réprobos que el haber negado la limosna, puesto que esta denegacion es una injusticia, una injuria que se hace á vuestra persona; es una impiedad escandalosa de que acaso me hallo demasiadamente culpable!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que la limosna es una de las señales mas ciertas de la predestinacion, así como la dureza con los pobres es un signo visible de una reprobacion poco dudosa.

La misericordia de Dios es el fundamento mas sólido de nuestra salvacion; y ¿quién nos asegura mas este fundamento que la misericordia con los pobres? Bienaventurados los que ejercitan la misericordia, dice el Salvador (*Matth.* v), porque ellos alcanzarán misericordia. De la misma medida, dice tambien, de que os hubiéreis servido, se servirá él para vosotros. Dad y se os dará (*Luc.* vi); se derramará en vuestro seno una medida llena, bien repleta, y que después de agitarla todavía rebosará.

La limosna, decia Tobías, purifica nuestras almas de sus pecados alcanzándonos un verdadero dolor. (*Tob.* xii). Después de todo, haced limosna, decia el Salvador (*Luc.* xi), y seréis purificados de todos vuestros crímenes, por la gracia de la conversion que ella os obtendrá. Redime tus pecados con tus limosnas, decia Daniel al rey. (*Dan.* iv). Y á la verdad, la única ventaja que las riquezas proporcionan á los ricos para su salvacion, entre los muchos obstáculos que á ella les oponen, es la de poder pagar lo que deben á la justicia de Dios, poniendo estas riquezas en manos de los pobres. ¡Cuántos protectores poderosos y amigos sinceros no pueden ganar por ellas para con Dios!

Dichoso aquel, dice el Profeta (*Psalm.* xl), á quien la compasion hace atento á las necesidades del pobre; porque no solamente le guardará el Señor en todos los peligros de la vida, no solo le hará feliz en la tierra, sino que en el último dia de su vida, en el momento crítico y decisivo de la eternidad, le asistirá Dios de un modo particular, y le librará de los lazos y de las asechanzas del enemigo. ¿Y qué, Señor, después de todas estas seguridades de vuestra liberalidad, todavía se niega la limosna?

Se cree empobrecerse aliviando á los pobres. ¡Ah! la limosna únicamente es la que fija las fortunas, la que nutre la abundancia en las familias; ella es la que perpetúa las prosperidades. Menester es tener muy poca Religion, preciso es que nuestro corazon sea muy malo, para ser poco caritativos.

¡Dios mio, cuánto sentimiento tengo por haber conocido hasta aquí tan poco la virtud de un medio tan eficaz! Si yo no estoy en estado de dar mucho, espero que tendréis consideracion á los sentimientos de mi corazon, y al deseo que tengo de serviros y de honraros en la persona de los pobres. ¿Y qué, Señor, puedo yo haciéndoles bien hacéroslo á Vos, y dudaré aun si os lo he de hacer?

JACULATORIAS. — Dichoso aquel á quien la compasion hace atento á las necesidades del pobre. (*Psalm.* XL).

No, mi Dios, jamás nos empobrecerá el daros á Vos. (*Proverb.* XXVIII).

PROPÓSITOS.

1 ¿Quereis dejar bienes á vuestros hijos, pasar vuestra vida con abundancia, transmitir aun los frutos de vuestros sudores y de vuestra industria, las prosperidades mismas, hasta una larga y dichosa posteridad? Haced limosna, dad liberalmente á los pobres, abrid vuestra bolsa á los infelices. Pocos preceptos hay mas positivos, pocas recompensas mas seguras. No solamente no empobreció jamás á nadie la limosna, sino que puede decirse que hay pocas fortunas bien cimentadas, pocas prosperidades largas, que no sean la recompensa de la caridad de los hijos, ó de la de sus padres. Tomemos hoy la resolucion de no dejar pasar dia alguno sin santificarle con alguna obra de caridad. Si teneis bienes, pagad el diezmo á vuestro Dios, y mirad los pobres como los recaudadores de lo que á él le pertenece. ¿Estais imposibilitados de hacer limosna? Honrad al menos á los pobres, y hacedles todo género de servicios; procuradles todos los socorros que pudiéreis segun vuestro estado. Si tuviésemos una verdadera fe, una fe viva y activa, pocas personas habria que nos pareciesen mas respetables que los pobres, porque veríamos siempre en su persona á Jesucristo.

2 Arreglad vuestras limosnas con proporcion á vuestros bienes y á vuestras rentas. ¿Qué quedará las mas veces para dar á los pobres, si las limosnas se arreglan con relacion á lo superfluo? Hay pocos que crean que tienen nada superfluo. Los que mas expenden en el juego, en muebles, en equipaje, en banquetes, son, por lo comun, los que menos limosnas hacen; y después de esto ¿se extrañan las revoluciones de fortuna que sepultan en el polvo á los que rehusan á su Dios el tributo de sus bienes? Estableced lo que debeis dar todos los años, todos los meses, todos los dias, á aquel de quien todo lo

esperais, y á quien debeis vuestros bienes y vuestra vida. No sirvan los reveses de los tiempos sino para haceros mas caritativos, este es el medio de que os sean poco sensibles sus efectos. El número de vuestros hijos, y otras cien razones domésticas, deben ciertamente hacer que reformeis vuestros gastos en el lujo, en las diversiones, en el juego; pero jamás en las limosnas. Teneis ocho hijos: en verdad que no abandonaríais el noveno si Dios os lo hubiese dado; poned, pues, en lugar suyo á Jesucristo, y el gasto que os haria el noveno dadlo á los pobres. No jugueis, y lo que creyéreis que hubiérais perdido aquel dia en el juego, distribuidlo en obras de caridad. Os viene gana de comprar un mueble sin el cual podeis pasaros; dar por gusto una comida; hacer algun gasto de pura vanidad ó de capricho; privaos de esta vana satisfaccion, y aquella suma dadla en los pobres á aquel que quiere daros por ella el céntuplo. Pocas comunidades, y aun familias, hay que no puedan socorrer á algun pobre con lo que en ellas se desperdicia por negligencia ó por olvido. En fin, tened siempre en vuestra casa el tesoro de los pobres, esto es, una bolsa en la cual depositeis alguna cosa siempre que cobráreis vuestras rentas, ó hiciéreis alguna ganancia en el comercio. Este fondo debe ser independiente de vuestras limosnas ordinarias, y lo llamaréis el tesoro de los pobres, porque de él sacaréis con qué asistirlos extraordinariamente en sus necesidades.

DOMINGO NONO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Parece que la Iglesia en este noveno domingo después de Pentecostes se propone persuadir á los fieles que todas las desgracias ruidosas que suceden en el mundo, las estrepitosas revoluciones que hacen á tantos llorar, los azotes terribles de la cólera del Altísimo, las desolaciones, las aflicciones públicas, son todas estas cosas castigos visibles de la corrupcion de las costumbres, del desprecio que se hace de la ley, y de la irreligion de los pueblos. La Epístola nos trae á la memoria las rigurosas penas con que Dios ha castigado la insigne ingratitud y la porfiada indocilidad de un pueblo privilegiado, colmado de bienes, criado en medio de los mayores milagros; pero al que el número de tantos beneficios habia hecho todavía mas ingrato y mas irreligioso, y que con sus crímenes enormes habia obligado á Dios á descargar sobre él todo el rigor de su indignacion: y por este pormenor abreviado, pero vivo, nos advierte el santo Apóstol que esto no

era mas que una figura instructiva de lo que debe suceder á los Cristianos que imitaren los desórdenes de los judíos; y que cuanto mas favorecidos han sido del Señor, tanto mas deben esperar el ser castigados con mayor severidad, aun desde esta vida, si abandonándose á sus deseos depravados abusan de las misericordias infinitas del Señor, é irritan su justicia con su vida licenciosa. El Evangelio de la misa tiende al mismo fin, y confirma la misma verdad. Hácenos el Salvador en él un retrato vivo é interesante de las desgracias espantosas de Jerusalen y de toda la nacion judía, y esto en castigo de su impía tenacidad en no querer reconocer al Mesías. Las lágrimas del Salvador á vista de aquella ciudad desventurada son una prueba muy sensible de su ternura, y deben convencernos de que nuestros crímenes y nuestra infidelidad son los que nos atraen todas nuestras desgracias. El intróito de la misa tiene mucha relacion con la Epístola y el Evangelio, y al mismo tiempo tiende á inspirarnos mucha confianza en la misericordia de Dios, aun á vista de nuestra ingratitud. Cuási todos los domingos del año se ve á la Iglesia muy solícita de inspirarnos esta virtud.

Hé aquí el Dios lleno de bondad que acude á mi socorro, y que toma visiblemente mi defensa contra mis enemigos. Apartad, Señor, y haced que recaiga sobre mis enemigos el mal que ellos me preparan; haced que perezcan, y que de este modo se convenzan de vuestra fidelidad en proteger al inocente. Dios mio, por la gloria de vuestro nombre, salvadme del peligro en que me encuentro, y desplegando vuestro poder en favor mio, dad á conocer el juicio que haceis de mi inocencia. Vendido David por los zifeos, y cercado por el ejército de Saul que habia resuelto perderle, compuso este salmo, en el cual implora el auxilio del cielo para librarse de un peligro tan inminente; y en efecto fue oido, y como por milagro quedó libre de las manos de Saul. La cosa pasó del modo siguiente:

Habiendo deshecho David el ejército de los filisteos que sitiaban la ciudad de Ceila, y que arrasaban toda la campiña, entró en la ciudad que acababa de librar; pero habiendo sabido que Saul venia con todo su ejército para sorprenderle en la ciudad, se retiró al desierto de Zif con los pocos que le acompañaban. Mas habiendo advertido los zifeos á Saul que David se hallaba en su país, y que no tenia mas que ir allá con sus tropas, porque sin duda se apoderaria de él; viéndose David vendido y perseguido por todas partes, se retiró al pié de la roca del desierto de Maon. Entró Saul en el desierto con todo su ejército; y habiendo cogido todas las avenidas cercó á David, é

iba ya á cogerle, cuando llegó un expreso á decir á Saul, que aprovechándose los filisteos de su ausencia, habian hecho una irrupcion en el país, y causaban en él un destrozo horrible. Esta triste nueva le obligó á abandonar á David para ir á oponerse á los filisteos; y David reconociendo una proteccion singular de la divina Providencia en este recurso tan inesperado, compuso este salmo en accion de gracias por un beneficio tan grande.

La Epístola de la misa de este dia refiere lo que san Pablo dice á los corintios, estó es, que todo lo que sucedia á los judíos eran figuras de las verdades evangélicas que miran á nosotros.

En este décimo capítulo hace san Pablo un compendio de las maravillas que Dios habia obrado en favor de su pueblo, y al mismo tiempo refiere las terribles penas con que el Señor castigó tan rigurosamente el abuso impío que los judíos habian hecho de tan señalados beneficios.

El designio del Apóstol es advertir á los corintios para que no abusasen de las gracias que Dios les habia hecho; y para esto les propone el ejemplo de los israelitas, los cuales no habiendo hecho el uso que debian de los favores de que Dios les habiá colmado en el desierto, perecieron todos en él, y no tuvieron la dicha de entrar en la tierra prometida. A fin de que no presumais de vosotros mismos, les dice el Apóstol, y contando demasiado con las ventajas que os da sobre aquellos la ley de gracia, no temais como se debe el desagradar á Dios; no quiero que ignoreis que nuestros padres han pasado todos el mar Rojo á pié enjuto; que han tenido una nube que durante el dia los ponia á cubierto de los ardores del sol, y durante la noche los iluminaba y les servia de guia. Que queriendo Dios proveer á su subsistencia en aquel vasto desierto, hacia que les lloviese todos los dias un maná de un gusto delicioso, que con razon debia hacerles olvidar los puerros de Egipto. ¿Y qué fuente de agua viva no sacó de una roca para refrigerarles en su sed? ¿y qué otras maravillas no obró el Señor en favor de este pueblo? Todos estos asombrosos beneficios no eran mas que la figura de los que Dios os ha hecho en la ley nueva. Era aquel el pueblo escogido, el pueblo privilegiado, el pueblo muy amado: vosotros lo sois mucho mas que él; pero no conteis tanto sobre esta bondad de Dios para con vosotros, que descuideis el agradarle; y guardaos bien de que así como los beneficios de que Dios les habia colmado eran la figura de los que vosotros habeis recibido en la ley de gracia; su infidelidad y sus crímenes sean tambien la figura de los vuestros, y de que los males con que Dios en

este caso os castigaria hubiesen estado figurados en los suyos. Para evitar esta desgracia no nos inclinemos como ellos al mal. Tenemos en nosotros mismos la concupiscencia funesta, fuente emponzoñada de nuestras miserias y de nuestros pecados. Ella hace al hombre desgraciado por sus propios deseos, y mas desgraciado aun por el goce de los bienes que ella le estimula á procurar; pero ella no le hace culpable sino por su consentimiento en el mal; y si este enemigo doméstico es poderoso, la gracia de Jesucristo, que jamás nos falta, es todavía mas poderosa para hacernos alcanzar la victoria. *No os hagais idólatras, como lo hicieron algunos de ellos, segun lo que está escrito: Sentóse el pueblo para comer y beber, y se levantó en seguida para jugar.* La libertad que os concede el Evangelio para asistir á los convites de los paganos, léjos de haceros mas disolutos, debe por el contrario haceros mas reservados. Guardaos de que el comercio que se os permite con gentes sujetas á mil vicios no os sea ocasion de pecado. Sírvaos de instruccion el ejemplo de la disolucion y de las impías extravagancias de los hijos de Israel: es muy raro que las comidas muy frecuentes con gentes corrompidas no degeneren en desórdenes; jamás la glotonería mantuvo la inocencia y la virtud.

Guardémonos tambien, continúa el Apóstol, *de ser fornicadores, como lo fueron algunos de los que en un solo dia perecieron en número de veinte y tres mil.* No hay pasion mas tiránica que la de la impureza, no hay vicio al que siga mas de cerca el castigo, no hay cosa que sea castigada tan rigurosa ni tan prontamente como este pecado infame. Habla aquí san Pablo de los crímenes que cometieron los israelitas con las hijas de Moab. Viendo Balac, rey de los moabitas, acampado el ejército de los israelitas en una gran llanura cerca del Jordan, envió á buscar á Balaam, famoso mago, para que maldijese todo aquel ejército. Persuadido Balaam que los hebreos serian invencibles mientras que guardasen la ley del Señor, aconsejó á los moabitas que enviasen á sus hijas al campo para que indujesen al crímen á los soldados y oficiales, y las ordenasen que cuando viesen á los hebreos poseidos de un amor impuro, les obligasen á ofrecer sacrificios á sus ídolos. Este consejo inspirado por el demonio, fue exactamente ejecutado. Los israelitas pasaron fácilmente de la impureza á la idolatría; dedicáronse, dice la Escritura, al culto de Beelfegor. San Agustin cree que los jefes del pueblo y los oficiales del ejército autorizaron con sus ejemplos tan infames desórdenes, y que por esto mandó Dios á Moisés que les hiciese morir en los patíbulos. Veinte y tres mil hombres perecieron en aquel dia, y solo el celo de Finees pudo inpedir

que Dios no exterminase enteramente todo aquel pueblo manchado con la impureza y la idolatría. La impureza, en efecto, cuási extingue la fe y la razon, y conduce á todos los vicios y á todos los excesos.

Guardémonos tambien de tentar á Jesucristo, como le tentaron algunos de aquellos á quienes hicieron perecer las serpientes. El crímen de los judíos en esta ocasion fue, que habiéndose enojado el pueblo por lo dilatado y fatigoso del camino, habló contra Dios de un modo que daba bien á entender que dudaba de su poder y de su providencia; y tambien contra Moisés, diciendo: *¿Por qué nos has sacado de Egipto para que muramos en el desierto por falta de pan y de agua, pues que no tenemos mas que el maná, alimento insípido y ligero?* Segun Moisés, los judíos murmuraron contra Dios; segun san Pablo, fue contra Jesucristo; prueba bien positiva de la divinidad de Jesucristo, puesto que en el sentir del santo Apóstol, Jesucristo es el Dios contra el cual hablaron tan indignamente los hebreos, y al que tentaron con sus quejas. Tentar á Jesucristo es quejarse y desconfiar de su providencia; es hablar abiertamente contra Dios, insultándole como si nada tuviésemos que temer; es provocarle á que nos castigue. Así es, que Dios justamente irritado les convenció bien pronto de su poder haciendo que en el momento apareciese un número prodigioso de serpientes que los hicieron perecer; y no permitiendo que ninguno de ellos, á excepcion de dos, entrasen en la tierra prometida á sus padres. *Estos hombres ingratos que me han tentado ya diez veces,* dice Dios. Por aquí se ve que tentar á Dios, y murmurar contra Dios, segun el modo de hablar de la Escritura, es una misma cosa.

Guardaos, en fin, de murmurar, como murmuraron algunos de los que el exterminador hizo perecer, continúa el Apóstol. No murmureis contra los que el Señor ha establecido para gobernaros, y que para esto están en lugar suyo, porque esto es murmurar contra el mismo Dios. Eran muy frecuentes estas murmuraciones entre los judíos, y por tanto Dios les castigó con mucho rigor y de una manera ruidosa, unas veces encendiendo milagrosamente fuego que les consumiese, como cuando se quejaron contra el Señor por la fatiga del camino, en cuya ocasion un fuego enviado por Dios consumió cerca de quince mil hombres (*Num.* xi); otras veces por medio de la peste, como cuando se rebelaron contra Moisés y Aaron; otras haciendo que se abriese la tierra para tragarlos, como á Coré, Dathan y Abiron, en castigo de su rebelion. San Pablo asegura que estos castigos fueron ejecutados por el Ángel exterminador, del cual se ha hablado en el libro de Judith y en el de la Sabiduría.

Todas estas cosas que les sucedian eran figuras, continúa san Pablo; *pero se han escrito para instruirnos á nosotros que hemos venido en estos últimos tiempos:* como si dijera, que todas las cosas acaecidas á los judíos son otras tantas lecciones para los Cristianos, á fin de que nos sirvamos de ellas para arreglar nuestra conducta.

Guárdese, pues, de caer aquel que cree mantenerse firme. El temor y la desconfianza de sí mismo, junto con una gran confianza en Dios, son los dos guardianes de la virtud; sírvenla de antemurales y de apoyo, en vez de que la presuncion la socava por sus fundamentos y la arruina. Creerse firme, es no pocas veces hallarse en vísperas de alguna caida. Este aviso saludable lo dirigia san Pablo principalmente á aquellos que pasaban por mas ilustrados entre los corintios, ó á lo menos que se creian tales. Si los directores, los que sirven de guias á los otros, no son muy humildes, devotos y mortificados, están en mas peligro que aquellos á quienes conducen por los caminos de Dios.

No se apodere de vosotros ninguna tentacion que no esté al alcance del hombre. Queriendo siempre san Pablo confirmar mas á los corintios en los piadosos y necesarios sentimientos de humildad y de desconfianza de sí mismos, les dice que no debian contar demasiado sobre su virtud; que aun no habian pasado por pruebas muy crudas, que son las que dan á conocer al hombre el fondo de su flaqueza, y lo ridículo de su presuncion. En muchos ejemplares de la Vulgata se lee *apprehendit*, en lugar de *apprehendat*. Desea tambien que Dios les libre de aquellas tentaciones violentas y extraordinarias, que exponen la virtud á pruebas extrañas y á terribles peligros: es verdad que al mismo tiempo les inclina á que tengan una confianza en Dios todavía mas grande, asegurándoles que Dios no permitirá que sean nunca tentados mas allá de sus fuerzas: Dios, lleno siempre de bondad, proporciona sus auxilios en razon á los esfuerzos de nuestros enemigos. Jamás lo que nos hace caer es una fuerza superior; por flojedad, y no por pura flaqueza, es por lo que somos siempre vencidos. La gracia no falta jamás á nadie, siempre es proporcionada á la fuerza del enemigo: ninguno es vencido sino por su culpa, y el Dios siempre fiel á sus promesas, y que jamás podria mandar á nadie ninguna cosa imposible, os proveerá tambien en la tentacion de medios en abundancia para poderla sostener; y con tal que vosotros mismos no os expongais á ella, ni arrostreis el peligro por vuestro gusto, Dios hará que saqueis provecho de vuestras tentaciones, y *llegaréis* á ser fuertes para resistir á ellas en lo sucesivo; porque cuanto

mas violentas son las tentaciones, son tambien mas poderosos los auxilios de la gracia.

El Evangelio de la misa de este dia nos demuestra todavía mejor que la Epístola, que todas las desgracias que nos suceden debemos siempre atribuirlas á nuestros pecados, y que la mayor parte de ellas son penas con que Dios nos castiga.

Dirigiéndose Jesucristo á Jerusalen para consumar allí su gran sacrificio, y el gran misterio de nuestra redencion, no bien hubo apercibido la ciudad, cuando movido de un nuevo sentimiento de ternura por la triste suerte de sus habitantes, y por el deicidio que iba á poner el colmo á su reprobacion, no pudo detener sus lágrimas. Estas lágrimas de Jesucristo en medio de su triunfo, y la prediccion que hace de su muerte al tiempo que todo el mundo le colmaba de bendiciones, y le acompañaba con cánticos de alegría, son una prueba incontestable de que conocia el porvenir, y que debia morir por eleccion suya. Estas lágrimas no indicaban en él ninguna flaqueza indigna de su majestad; eran del todo voluntarias, y pruebas sensibles de la ternura de su corazon y de su compasion por nuestras desgracias. En todo el curso de su pasion no vertió Jesucristo ni una sola lágrima. El Evangelio, que no se olvida de decirnos que sudó sangre y agua al representársele todo lo que debia sufrir, no nos dice que haya llorado; no, el Salvador no da sus lágrimas sino á nuestros males. La muerte de Lázaro, la ruina de Jerusalen, la reprobacion de los judíos, hé aquí el motivo de sus lágrimas.

¡Oh si en este dia, que es para tí de bendicion, *conocieses* al menos *las cosas que eran capaces de darte la paz!* Como si dijera el Salvador: Ciudad desafortunada, si después de tantas infidelidades pasadas, pudieses al menos comprender que en este dia se cumple la profecía que te se habia anunciado por el profeta Malaquías: *Decid á la hija de Sion: hé aquí tu Rey que viene á tí en espíritu de mansedumbre.* Ó segun algunos intérpretes: Ciudad desventurada, ¿por qué tanto tiempo hace has cerrado los ojos á la luz? ¡Oh! si al menos los abrieses hoy, que es para tí un dia de gracia y de paz; en este dia en que la voz del pueblo te convida á reconocer y á recibir á tu Salvador: tú podrias por tu penitencia prevenir las desgracias que te amenazan, y que serán la consecuencia de tu endurecimiento. Pero eres ciega, y quieres serlo. Sabe, pues, ciudad desgraciada, que puesto que recibes tan mal la visita del que únicamente puede hacer tu felicidad, Dios te visitará bien pronto en todo el furor de su ira: el tiempo de tu ruina no está muy léjos. Tú verás dentro de pocos años que

te sitiarán tus enemigos, circunvalarán tus murallas, te encerrarán, te acosarán, te estrecharán por todas partes, y habiéndote forzado á rendirte, pasarán tus habitantes á cuchillo, arrasarán tus muros, y arrancarán por los cimientos tus soberbios edificios: tu magnífico templo será destruido, sin que dejen de él piedra sobre piedra; y todo esto por no haber querido conocer el tiempo de la visita de tu Salvador; este tiempo de bendiciones predicho por todos los Profetas, y tan ardientemente deseado por todos los buenos.

No se ha hecho prediccion alguna mas precisa ni mas especificada, ni ha habido alguna que se haya cumplido mas á la letra en todas sus circunstancias en el último sitio de Jerusalen, cerca de cuarenta años después, cuando Tito, hijo del emperador Vespasiano, á la cabeza de mas de cien mil hombres, impelido mas bien por un poder superior, como él mismo lo dijo, que por un motivo de venganza ni otra razon ninguna, vino á sitiar aquella capital en el tiempo de la solemnidad de la Pascua, que habia reunido en ella infinidad de pueblos de todas partes. Viendo aquel general la dificultad de envolver toda la ciudad con su ejército á causa de la desigualdad del terreno y la vasta extension de su recinto, y no pudiendo por otra parte levantar terraplenes contra los muros y los fuertes á causa de la escasez de maderas; tomó la resolucion de cercar toda la ciudad de una gruesa muralla, defendida de espacio en espacio con altas torres y reductos, á fin de que viéndose los judíos sin medio, ni de salvarse, ni de recibir socorros por fuera, se viesen obligados, ó á rendirse voluntariamente, ó á perecer de hambre dentro de la ciudad. Su ejército trabajó allí con tanto ardor, que en pocos dias quedó acabada una muralla tan vasta con todos sus fuertes. Mientras que los sitiadores mataban á todo el que se presentaba de los sitiados, una hambre, la mas horrible que jamás se ha conocido, desolaba toda la ciudad. Viéronse madres alimentarse con la carne de sus propios hijos, á quienes ellas mismas habian degollado, y hombres que por espacio de algunos dias se alimentaron tambien de carne humana. En fin, después de cinco á seis meses de sitio, aquella soberbia ciudad, la maravilla del universo, fue tomada por los romanos un sábado 8 de setiembre; el templo tan famoso fue enteramente destruido, y toda la ciudad robada, saqueada é incendiada cuarenta años después de la prediccion del Salvador. Josefo, que ha hecho la enumeracion de los que perecieron durante el sitio de Jerusalen, dice que fueron un millon y cien mil personas, y noventa y siete mil fueron hechos prisioneros. Apenas quedaron rastros de aquella opulenta ciudad que

habia sido la reina del Oriente y la silla de la religion de los judíos por espacio de mas de mil y cien años, desde que David la habia hecho capital de la Judea. El mismo Tito confesó que una virtud superior, una mano invisible le empujaba para que arruinase enteramente aquella asesina de los Profetas, cumpliéndose á la letra lo que habia sido predicho por el Hijo de Dios, esto es: *Que no quedaria en ella piedra sobre piedra.* Tal ha sido la funesta suerte de aquella infeliz ciudad por no haber querido reconocer al Salvador, y hace ya mas de mil y ochocientos años que permanece sepultada entre sus ruinas. ¡Oh si en este dia dichoso para tí, en el que el Salvador venia á visitarte como rey lleno de dulzura, y como padre lleno de ternura, hubieses sabido conocer al que venia á traerte la paz; esto es, todo género de felicidad! tus enemigos no hubieran circulado tus murallas, no te hubiesen encerrado y estrechado por todos lados, no te hubiesen arruinado á tí y á tus habitantes, hasta no dejar piedra sobre piedra en el recinto de tus murallas. *Todo esto sucederá porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitada.* Jesucristo predice aquí dos cosas: la ruina absoluta de la ciudad y del pueblo judío, y la causa de esta ruina. Y puesto que el suceso ha verificado la primera hasta en la menor de sus circunstancias, ¿quién es capaz de dudar de la verdad de la segunda? Tanta verdad es que todas las desgracias de los judíos son el castigo de su obstinacion en no haber querido reconocer al Mesías, como era cierto que su ciudad seria enteramente destruida, segun se lo predecia Jesucristo. Tal fue la suerte funesta de una ciudad, de una nacion por tanto tiempo tan amada de Dios y tan colmada de sus favores, tan enriquecida con sus beneficios, tan distinguida entre los demás pueblos, por no haber sabido conocer ni aprovecharse del tiempo de la visita del Salvador. Símbolo espantoso, cuadro horrible, pero natural, de las desgracias que amenazan á todos los pueblos que abandonan la fe; tristes presagios de los terribles castigos con que tarde ó temprano aflige Dios las almas infieles á la gracia, que no quieren conocer la visita del Salvador, ó que abusan de ella.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Pateant aures misericordiae tuae, Domine, precibus supplicantium, et ut petentibus desiderata concedas, fac eos, quae tibi sunt placita, postulare. Per Dominum...

Estén, Señor, abiertos los oidos de vuestra misericordia á los ruegos de los que la imploran; y á fin de que les concedais lo que os piden, haced que no os pidan sino lo que os agrada. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo X.

Fratres: Non simus concupiscentes malorum, sicut et illi concupierunt, neque idololatrae efficiamini, sicut quidam ex ipsis: quemadmodum scriptum est: Sedit populus manducare, et bibere, et surrexerunt ludere. Neque fornicemur, sicut quidam ex ipsis fornicati sunt, et ceciderunt una die viginti tria millia. Neque tentemus Christum, sicut quidam eorum tentaverunt, et à serpentibus perierunt. Neque murmuraveritis, sicut quidam eorum murmuraverunt, et perierunt ab exterminatore. Haec autem omnia in figura contingebant illis: scripta sunt autem ad correptionem nostram, in quos fines saeculorum devenerunt. Itaque qui se existimat stare, videat ne cadat. Tentatio vos non apprehendat, nisi humana: fidelis autem Deus est, qui non patietur vos tentari supra id, quod potestis, sed faciet etiam cum tentatione proventum, ut possitis sustinere.

Hermanos mios: No nos dejemos arrastrar del mal como lo hicieron los israelitas. No os hagais idólatras como algunos de ellos lo hicieron, segun lo que está escrito: Sentóse el pueblo para comer y beber, y después se levantó para divertirse. Guardémonos tambien de ser fornicarios, como lo fueron algunos de ellos, de los que perecieron en un solo dia veinte y tres mil. No tentemos tampoco á Jesucristo como lo tentaron algunos de ellos, los cuales perecieron por las serpientes. Cuidemos, en fin, de no murmurar como lo hicieron algunos de ellos, y á quienes el exterminador hizo perecer. Todas estas cosas que les sucedian eran solo figuras; pero han sido escritas para instruirnos á nosotros los que hemos venido en el fin de los siglos. Así que, el que se cree estar firme, mire no caiga. No os seduzca tentacion alguna, que no esté al alcance del hombre. Dios que es fiel no permitirá que seais tentados mas de lo que alcanzan vuestras fuerzas, sino que en la tentacion os proveerá de medios en abundancia para poderla sobrepujar.

REFLEXIONES.

El que se cree estar firme, mire no caiga. La presuncion inseparable del orgullo y de una devocion aparente es el orígen ó al menos la ocasion de muchas caidas. En materia de moral, nunca está uno mas próximo á caer que cuando no se teme la caida. Una alma santa es siempre timorata. Cuando uno es verdaderamente devoto es humilde, y cuando es humilde siempre desconfia de su propia virtud. Solo las almas llenas de la idea de sí mismas, y de su pretendido mérito, son presuntuosas, y las caidas mas funestas son el efecto ordinario de la presuncion. Pocos siglos hay que no hayan ofrecido tristes ejemplos de nuestra flaqueza. Hanse visto columnas de la Iglesia bambolear en medio de la calma; navíos ricamente cargados, que después

de una larga y feliz navegacion, después de haber resistido á las tempestades mas furiosas, y á las olas embravecidas que parecian deberlos absorber, después de haber salvado los bancos de arena y los sitios mas peligrosos del mar, naufragaron tristemente en medio del puerto, ó en alta mar hallándose en la mayor bonanza. David mismo, aquel hombre segun el corazon de Dios, que habia escapado de tantos peligros, tan fiel en las mas grandes pruebas, da una caida funesta en medio de la abundancia y de la paz. Salomon, aquel rey tan sabio, tan ilustrado, tan religioso, cuya sabiduría y piedad le hacian la admiracion de su siglo; Salomon, el oráculo de su tiempo, cuyos escritos son la obra del Espíritu Santo, y á quien Dios habia dado la sabiduría como patrimonio; Salomon, en fin, de quien Dios, por decirlo así, habia hecho el elogio; Salomon, después de haber como envejecido en la práctica de la virtud, cae en los excesos mas vergonzosos, y después de haber edificado un templo tan magnífico al verdadero Dios, consiente que á sus propias expensas se levanten templos á los falsos dioses, y él mismo se hace idólatra. Judas llamado por el mismo Jesucristo al apostolado, criado en la escuela del divino Salvador, colmado de sus favores y de sus beneficios, educado á su vista, y hasta dotado con el don de los milagros; Judas viene á parar en medio de los Apóstoles en un infame apóstata, y entrega á su buen Maestro. Orígenes, conocido en todo el mundo cristiano por sus sabios escritos; Orígenes, abrasado en el deseo del martirio en sus primeros años, por su orgullo viene á dar en los errores mas groseros, y se le mira hoy como uno de los heresiarcas mas odiosos. Tertuliano, en fin, aquel grande hombre, oráculo de su siglo, tan célebre por su apología de los Cristianos y por otros sabios escritos, muere montanista. Después de estos ejemplos tan notables, ¿quién es el que puede vivir tranquilo y en una larga seguridad? ¿Qué virtud hay á prueba de todos los peligros? ¿qué inocencia, qué retiro, qué soledad hay que esté al abrigo de la tentacion? ¿qué devocion exenta de riesgo? ¿Y qué fervor, qué celo, qué edad tampoco puede contarse segura contra todo género de caidas? Pocos hay que no hayan sido testigos de la caducidad de nuestra virtud, y que no hayan visto ejemplos de nuestra flaqueza. Tiene, pues, mucha razon el santo Apóstol para decir: Guárdese no caiga aquel que cree mantenerse firme.

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del de san Lucas, capítulo XIX.

In illo tempore: Cum appropinquaret Jesus Jerusalem, videns civitatem, flevit super illam, dicens: Quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quae ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis. Quia venient dies in te: et circumdabunt te inimici tui vallo, et circumdabunt te, et coangustabunt te undique: et ad terram prosternent te, et filios tuos, qui in te sunt, et non relinquent in te lapidem super lapidem: eo quod non cognoveris tempus visitationis tuae. Et ingressus in templum, coepit ejicere vendentes in illo, et ementes, dicens illis: Scriptum est: Quia domus mea domus orationis est. Vos autem fecistis illam speluncam latronum. Et erat docens quotidie in templo.

En aquel tiempo: Como Jesús se acercase á la ciudad de Jerusalen, fijando en ella la vista, lloró sobre ella, y exclamó: ¡Oh si al menos en este dia que te se ha concedido conocieses las cosas que podian traerte la paz! Pero por ahora están escondidas á tus ojos. Porque vendrá un tiempo desgraciado para tí, y tus enemigos circunvalarán tus murallas; te encerrarán y te estrecharán por todas partes. Te arruinarán á tí y á tus habitantes, y no dejarán piedra sobre piedra en el recinto de tus muros, porque no has sabido aprovecharte del tiempo en que has sido visitada. Y habiendo entrado inmediatamente en el templo, comenzó á echar á los que vendian y compraban en él, diciéndoles: Está escrito: mi casa es casa de oracion, y vosotros habeis hecho de ella una cueva de ladrones. Y todos los dias enseñaba en el templo.

MEDITACION.

Qué desdicha es el no corresponder á la gracia.

Punto primero. — Considera que hay tiempos y circunstancias críticas y delicadas, de las que importa muchísimo aprovecharse para la salvacion. Aunque todos los dias y todas las edades sean propias para trabajar en el grande é importante negocio de nuestra salvacion, es cierto sin embargo que la divina Providencia nos proporciona ciertas gracias en ciertas circunstancias, de las que depende toda nuestra felicidad, ó toda nuestra desventura eterna. ¡Dichoso el que sabe aprovecharse de estos auxilios particulares; desgraciado el que abusa de ellos! Toda la economía de la salvacion depende de nuestra correspondencia á ciertas gracias que en ocasiones son mas importantes. Resistir en ciertos tiempos á ciertas gracias es arriesgarlo todo, y aun muchas veces es perderlo todo. Si la Samaritana no se hubiera aprovechado del encuentro del Salvador; si se hubiese contentado con verle, con oirle, y haciendo poco caso de los avisos saludables que la daba, hubiese sofocado los llamamientos interiores de aquella gra-

cia preveniente, solicitante, convincente; aquella pecadora endurecida hubiera muerto en su pecado, y hubiera sido reprobada eternamente. Si Zaqueo se hubiese dado por satisfecho con ver pasar al Salvador, ó habiendo tenido la fortuna de recibir á Jesucristo en su casa, no se hubiese aprovechado de tan ventajosa circunstancia para convertirse y para volver sin detenerse la hacienda mal adquirida, ¿de qué le hubiera servido la visita del Salvador? Y ¿cuál hubiera sido su suerte? Si los Apóstoles, aquellos pobres pescadores, hubiesen sido sordos á la voz del Hijo de Dios cuando los llamó; si no hubiesen dejado en el momento lo poco que poseian; si hubieran permanecido en su barca con sus redes, ¿qué serian hoy los Apóstoles? En fin, sin salir de nuestro Evangelio, ¿qué terribles desgracias no vinieron sobre el pueblo judío por no haber querido reconocer el tiempo de la visita del Salvador, el tiempo de la venida del Mesías? ¿Á qué excesos no les ha conducido aquella ceguera voluntaria, aquel obstinado endurecimiento? El pueblo tan amado de Dios, la nacion privilegiada, única que conocia y adoraba al verdadero Dios, á la que todos los Profetas habian predicho que este Dios vendría y apareceria visiblemente entre ellos para hacerlos dichosos y sacarlos de la servidumbre, este pueblo, repito, ha sido reprobado; Dios se ha hecho efectivamente hombre, ha nacido y ha vivido entre ellos; los milagros que ha hecho han sido demasiado ruidosos para no convencerles de que él era el Mesías prometido y esperado. Ellos no han querido aprovecharse de un tiempo tan precioso, han resistido á sus solicitaciones, á sus instrucciones y á sus milagros. Pero ¿hasta qué punto ha llegado su impiedad? Han hecho morir en una cruz á este Dios Salvador; y ¿qué desolacion tan terrible no se ha seguido á este deicidio? La ciudad de Jerusalen destruida hasta sus fundamentos; el templo abrasado, demolido, sepultado para siempre entre sus propias ruinas; los pueblos degollados; la nacion dispersa por todo el universo, y por todas partes hecha el horror y la execracion de todos los hombres: hé aquí lo que ha producido el desprecio impío de las bondades del Señor; hé aquí el triste efecto de una obstinada resistencia á la gracia. Comprendamos bien cuál es la desdicha á que conduce el abusar de la misericordia del Salvador.

Punto segundo.—Considera que lo que ha sucedido á aquellos grandes hombres que deben servir de ejemplo de la justa cólera de Dios contra los que abusan de su bondad, las tragedias y los horrores que han afligido á la nacion judía, como consecuencias de su des-

gracia por no haber sabido reconocer la visita que el Salvador la hacia para colmarla de bienes, y haber despreciado tan tercamente la gracia de esta visita; todo esto, repito, sucede todos los dias en compendio á cada particular. Hay tiempos, y circunstancias de tiempo, de las cuales puede depender toda la economía de la salvacion de cada uno de nosotros en particular. El no saber conocer estas visitas de benevolencia, de misericordia y de favor, es arriesgarlo todo, es exponerse á la última desgracia, es perderlo todo. Penetrémonos de cuánta consecuencia es el aprovechar estas ocasiones favorables, estas circunstancias del tiempo, estas ilustraciones, estas piadosas emociones de la gracia. El sermon que se acaba de oir, la lectura de un libro de piedad, aquel accidente funesto que ha sucedido, aquella inspiracion que se ha tenido, son muchas veces circunstancias muy críticas para la salvacion, son medios saludables de predestinacion, vienen á ser como la visita del Salvador que tanto importa conocer. ¡A cuántos se les presentaba en ella abierto el camino que los debia conducir á la salud! ¡Cuántos tambien se han extraviado por haber cerrado los ojos á esta divina luz! ¡cuántos se han perdido desgraciadamente por no haber querido aprovecharse de esta gracia! Podráseles decir á la mayor parte de los que habiéndose condenado serán por toda la eternidad víctimas desdichadas de la indignacion divina: ¡Oh si hubiéseis sabido conocer las cosas que eran capaces de daros la paz, de colmaros de todo género de bienes, de procuraros una felidad eterna! ¡Si hubiéseis sabido aprovecharos de aquella fuerte inspiracion, de aquella luz interior tan viva, de aquellas advertencias que Dios os daba en tantos lances! ¡si hubiéseis sabido aprovecharos de aquella enfermedad, de aquella desgracia, de aquella ocasion favorable tan á propósito para convertiros, y por tanto tan eficaz para daros la paz! Vosotros estaríais ahora en la mansion de los bienaventurados, colmados de alegría, y á cubierto de todos los temores: al paso que después de haber llevado una vida tan criminal, y por lo mismo una vida triste, tumultuosa, amarga, gemís entre los fuegos inextinguibles del infierno, presa de todos los suplicios mas rigorosos, víctimas eternas de la cólera terrible de un Dios irritado, y esto porque no habeis sabido conocer el tiempo en que fuísteis visitados amorosamente por el Señor, y en que os ofrecia su gracia.

¡Ah, Señor! ¿no es este el tiempo precioso de vuestra visita, el momento feliz en que me convidais para que me convierta? La meditacion que acabo yo de hacer, ¿no es uno de aquellos puntos críticos, uno de aquellos medios importantes de donde pende tal vez mi

salvacion? Haced, Señor, por vuestra gracia que por lo menos no sea inútil para mí, y que todas estas reflexiones no me ofrezcan jamás un motivo de sentimiento.

JACULATORIAS. — No quiero ya, Señor, diferir el convertirme; yo conozco que la voluntad que tengo de ser ya de hoy en adelante todo vuestro, es un efecto de la gracia. (*Psalm.* LXXVI).

Si oyéreis hoy la voz del Señor, obedecedle fielmente, y no endurezcais vuestro corazon resistiendo á la gracia. (*Psalm.* LIV).

PROPÓSITOS.

1 Puesto que todos los acontecimientos de la vida pueden ser medios de salvacion, cuidemos de no inutilizar ninguno. Sobre todo, atendamos á la voz del Señor; Dios habla de muchas maneras. Habla por medio de sentimientos vivos é interesantes; habla por boca de los superiores y de los directores; habla por los predicadores y los libros de piedad; por acontecimientos aun imprevistos, y tambien por los movimientos interiores de la gracia. No se trata aquí sino de la conversion y de la perfeccion en materia de moral; por lo que mira al dogma y la fe, Dios no habla sino por la Iglesia, y de ninguna manera por el espíritu particular. Rindámonos á sus amorosas solicitaciones, tengamos cuidado de conocer siempre sus visitas, y de sacar provecho de todo lo que él nos enseña.

2 No nos contentemos con conocer su voz y su visita, es menester poner en práctica sus lecciones. La humildad, la caridad cristiana, la mortificacion, la puntualidad exacta en cumplir todas las obligaciones de nuestro estado, la piedad, el celo por la salvacion de nuestros hermanos, en una palabra, la victoria sobre nuestras pasiones y sobre nuestro espíritu, y las máximas del mundo, son el asunto ordinario de todas las que nos hace. Veamos cuál es el punto de moral que mas nos toca, y de que mas necesidad tenemos, y apliquémonos la instruccion que nos corresponde. Tenemos á Jesucristo en la adorable Eucaristía, en donde son muchos los que le desconocen: hagamos ver por nuestro deseo de comulgar, por nuestras frecuentes visitas, cada vez mas devotas y mas respetuosas, que le reconocemos allí realmente presente.

DOMINGO DÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

ADVERTENCIA. *En la Dominica después de la Asuncion de Nuestra Señora celebra la Iglesia la fiesta del glorioso* SAN JOAQUIN, *padre de Nuestra Señora, que comunmente suele concurrir en la Dominica décima después de Pentecostes; puede verse su historia en el dia 20 del mes de marzo, conformándonos con el Martirologio romano.*

Llámase el domingo décimo después de Pentecostes el domingo de la humildad, ó sea el domingo del fariseo y del publicano, á causa del Evangelio que se lee en la misa, en el cual Jesucristo hace el paralelo entre el orgulloso fariseo y el humilde publicano, por medio de una parábola que propuso á los que erigiéndose en jueces ponian su confianza en sí mismos, despreciando á los demás como imperfectos y pecadores en comparacion de ellos. Déjase conocer bastante que el designio del Salvador es el enseñarnos por medio de esta parábola, que sin la humildad no hay justicia ni virtud cristiana; y que la inocencia debe tener por base la humildad, la cual la sirve tambien de apoyo y de defensa. La Epístola es como el preludio razonado de esta parábola, y confirma la necesidad que tenemos de esta importante virtud, sin la cual todas las demás son defectuosas. San Pablo en esta Epístola trae á la memoria á los fieles de Corinto el lastimoso estado en que estaban antes de su conversion á la fe. Ninguna cosa humilla tanto al hombre como la vista de su propia miseria; nuestro amor propio, que produce nuestro orgullo, lleva tambien en sí el contraveneno. Háceles notar el Apóstol, que todos los dones espirituales, todas las diferentes operaciones del Espíritu Santo son puros dones, y por consiguiente que seríamos muy injustos en orgullecernos. Cuanto mas nos enriquece el Salvador con sus favores, tanto mas humildes debemos ser; los tesoros de la gracia no se conservan mas que por la humildad. No tiene menos relacion con esta virtud el intróito de la misa, inspirándonos siempre una humilde confianza en la bondad de Dios, que es á un tiempo nuestro Criador, nuestro Salvador y nuestro Padre. Como el Evangelio nos representa dos hombres que oran de un modo muy diferente en el templo, la Iglesia en el intróito de la misa nos representa un modelo de oracion muy conforme al que nos ofrece el humilde publicano.

Cuando he clamado al Señor ha oido mi voz, esto es, mi oracion, *y me ha librado de los que no se acercan á mí sino para dañarme: el que es antes de todos los siglos, y será por toda la eternidad, les ha humillado. Poneos enteramente en las manos de Dios, y él os alimentará. Oid, Dios mio, mi oracion, y no desecheis mis ruegos; dignaos considerar el estado en que estoy, y no me negueis la asistencia que imploro.* Estas palabras están tomadas del salmo LIV. David, obligado por la rebelion de su hijo Absalon á salir de Jerusalen, representa á Dios el triste é infeliz estado en que se halla, y en este estado humilde le pide su socorro. Este salmo en el sentido figurado conviene perfectamente á Jesucristo. David destronado y arrojado de Jerusalen representa al Salvador rechazado y condenado á muerte por los judíos. Absalon, á la cabeza de los revoltosos, representa á los sacerdotes sublevando al pueblo contra el Salvador; en fin la traicion de Aquitofel, segun los intérpretes, representa la de Judas. Nótase que David en una y otra fortuna no ha estado nunca sin cruz y sin tribulacion, no obstante que en todo tiempo haya sido un hombre segun el corazon de Dios, y siempre fiel en el cumplimiento de sus deberes. ¿Qué no ha tenido que sufrir contra toda justicia de parte de Saul? Elevado sobre el trono, victorioso de todos sus enemigos, ¿qué no ha tenido que tolerar hasta de su propio hijo? Allá desterrado de la corte, perseguido, errante por los desiertos; aquí obligado á salir de su capital, y huir á pié para no verse entregado á los insultos y á la inhumanidad de un hijo rebelde. De este modo templa Dios las dulzuras de esta vida en sus elegidos. Los mantiene en las humillaciones, á fin de que una sucesion no interrumpida de prosperidades no corrompa su corazon, y el orgullo no les haga indignos de sus gracias. Las adversidades en esta vida son necesarias para purificar el alma en el fuego de las tribulaciones, y para preservarla del contagio por medio de una humildad perseverante.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la primera de san Pablo á los corintios, en la que el santo Apóstol declara quiénes son los que tienen el espíritu de Dios, y quiénes los que no le tienen. Hé aquí lo que dió ocasion á san Pablo para escribirles lo que les dice en esta Epístola. En los primeros dias de la Iglesia, el Espíritu Santo derramaba sus dones liberalmente y de un modo sensible sobre la mayor parte de los que eran bautizados: el don de lenguas era muy comun en los nuevos convertidos; el de los milagros no era menos conocido entre ellos. Veíanse un gran número de fieles que hablaban todo género de lenguas, y otros á quienes el Espíritu Santo daba una

ciencia infusa y la gracia de las curaciones. Pero como el hombre abusa frecuentemente de los mayores dones de Dios, muchos no siempre hacian el buen uso que debian de estos dones espirituales, y abusaban de sus ministerios. La mayor parte, en verdad, hacian de ellos un excelente uso para la conversion de los gentiles, y para la edificacion é instruccion de los fieles; mas otros abusaban de ellos para alimentar su vanidad: hacian alarde y no se servian de ellos sino para tomar de aquí motivo para su ostentacion. Los que hablaban diversas lenguas, se interrumpian á cada paso unos á otros en las reuniones, y hablaban algunas veces tres ó cuatro á un tiempo; otras veces hablaban todos diferentes lenguas, sin que nadie interpretase lo que decian, y esta confusion era siempre un motivo de murmuracion y de escándalo: los que habian recibido dones mas excelentes, llevaban su presuncion algunas veces al mas alto grado, y parecia que despreciaban á los demás; aquellos, por el contrario, que los habian recibido menores; se encelaban muchas veces de los que los habian recibido mas brillantes. Es muy natural al hombre el abusar de los mas preciosos dones de la gracia, luego que deja de estar alerta sobre su propio corazon. Los corintios mas sabios y mejor intencionados escribieron en esta ocasion á san Pablo, para preguntarle el uso que debia hacerse de los dones espirituales; por qué señales podia conocerse el espíritu de Dios, y de qué medio podian valerse para corregir estos abusos tan contrarios al verdadero espíritu del Evangelio.

Vosotros sabeis, les responde el santo Apóstol, *que mientras estuvisteis envueltos en las tinieblas del paganismo, os dejásteis conducir* como ciegos *por los que os llevaban á adorar los ídolos*, á estas estatuas mudas é incapaces de haceros ningun bien. Yo os aseguro, pues, que entonces no teníais el espíritu de Dios, ni estábais animados sino del espíritu del demonio que se gozaba de vuestra imbecilidad y de vuestra tontería. Los que dicen anatema á Jesucristo, esto es, niegan su divinidad, rehusan reconocerle por el Dueño del universo, único Dios verdadero, Salvador y Redentor del género humano, y verdadero Mesías, como hacen los idólatras y los judíos, y como lo hicísteis vosotros mismos en otro tiempo, no tienen este divino espíritu. Aquellos, por el contrario, que reconocen al Señor Jesús, que confiesan su nombre, que le adoran como su Dios, que le aman como su Redentor y su Salvador, que le sirven como su soberano Señor, como no pueden hacer todo esto sin ser inspirados de Dios, todos estos tienen el espíritu de Dios; porque nadie puede reconocer á Jesucristo por el Mesías, por el Señor del universo, por el verdadero Hijo de

Dios y Salvador de los hombres, adorarle y servirle en esta cualidad sin que sea inspirado por el Espíritu Santo. La fe es un don de Dios, y solo el Espíritu Santo es el que nos hace creer las verdades cristianas, así como el espíritu de tinieblas únicamente es el que nos hace dudar de las verdades de la Religion, y nos induce al error.

Por diferentes que sean los dones espirituales, todos se derivan del mismo principio. El Espíritu Santo es el que los comunica como quiere y á quien quiere. Todos estos dones son igualmente preciosos, aunque los ministerios son diferentes; no hay empleo en la Iglesia que no sea honorífico, y que no deba referirse á la utilidad comun de los fieles y á la gloria del Señor. Da san Pablo aquí esta leccion á los corintios, porque los que tenian empleos superiores despreciaban algunas veces á los que estaban en un rango subalterno. Los ministerios son diferentes; los unos son elevados al obispado, los otros al sacerdocio: estos sirven en un grado inferior, aquellos en funciones menos brillantes aun: sin embargo todos son ministros de un mismo Señor, todos concurren al mismo fin, todos pertenecen al mismo Señor, y aunque los empleos sean diferentes, y los talentos desiguales, las funciones son igualmente santas por la santidad del ministerio. Tócale al ministro corresponder á la santidad de su ministerio y á la dignidad de su empleo, por la dignidad, por la regularidad, por la santidad de sus costumbres y de su vida.

Las operaciones son diferentes, pero es el mismo Dios el que obra todas estas cosas en todos. Aquí parece que distingue el Apóstol los dones espirituales en gracias, en ministerios y en operaciones. Las gracias se atribuyen á la bondad del Espíritu Santo, dice un sabio intérprete; los diferentes ministerios para el gobierno de la Iglesia, á la sabiduría del Hijo; los milagros y las operaciones naturales, al poder del Padre. Mas en estas tres adorables personas, así como es la misma la divinidad, es la misma bondad, la misma sabiduría, el mismo poder. Como los ministerios son diversos, las gracias para cumplirlos son diferentes; pero Dios exige de todos los que las reciben el mismo reconocimiento y la misma fidelidad. *El don visible del Espíritu Santo se concede á cada uno de por sí para bien.* Es un talento que es menester no enterrarlo; es un don espiritual para utilidad pública; ¡qué abuso tan criminal seria el apropiársela y no hacerlo servir mas que para la ostentacion y la codicia!

Desciende san Pablo en seguida á la relacion individual de las gracias particulares. El Espíritu Santo, dice, concede al uno el hablar el lenguaje de la sabiduría, este es propiamente el don de consejo;

á otro el lenguaje de la ciencia, este es el don de inteligencia; á otro este mismo Espíritu Santo da la fe, esto es, aquella viva, aquella firme confianza en Dios, que nos asegura que en la necesidad no nos negará su asistencia para obrar las cosas mas maravillosas, y este es propiamente el don de los milagros; á otro la gracia de las curaciones, y aun el don de resucitar los muertos; á este el don de profecía, de pronosticar lo venidero, y de interpretar las divinas Escrituras; á algunos el discernimiento de los espíritus, tan necesario en el gobierno y en la direccion de las almas; á otros el don de las lenguas, y el de entenderlas aunque no se supiesen hablar. *Todas estas cosas las obra el mismo Espíritu Santo, dividiéndolas á cada uno segun le agrada.* El Espíritu Santo reparte sus dones, dice el mismo intérprete, á fin de que la necesidad mutua una mas estrechamente á los fieles, y los haga mas humildes. Si hubiéremos recibido unos dones tan brillantes, temamos el abuso que pudiéramos hacer, y la cuenta que tendríamos que dar de ellos. Si no los hemos recibido, pensemos que hubieran podido habernos hinchado de orgullo, y que la humildad es mas preciosa que todos estos talentos, los cuales son en provecho de los demás. Estos dones son gracias puramente gratuitas, diferentes de la gracia justificante que nos hace santos y justos delante de Dios. Llámase gracia puramente gratuita la que no santifica al que la recibe, aunque se le confiera como remuneracion por Dios. Puede sin embargo serle útil al que se le confiere para su salud, pero principalmente mira á la santificacion del prójimo: tales son la gracia de los milagros, el don de la sabiduría, el del discernimiento de espíritus, el de ciencia, el don de lenguas; pueden poseer estos dones, y no ser santos por el mal uso que se hace de ellos. Con todo es raro que el don de lenguas, el de profecía, el de los milagros, no estén acompañados de una santidad eminente. La Iglesia las mira como pruebas de santidad en la canonizacion de los Santos, mas esto es despues de haber tenido pruebas ciertas de la heroicidad de sus virtudes. Estos dones visibles del Espíritu Santo eran muy ordinarios en los primeros siglos de la Iglesia; eran entonces necesarios milagros brillantes para convertir á los judíos y á los paganos. No es esto decir, dice el venerable Beda, que estos dones hayan cesado enteramente en lo sucesivo. No hay siglo alguno de la Iglesia en que no haya habido taumaturgos, sobre todo cuando á Dios le ha agradado enviar hombres apostólicos para convertir á los gentiles. San Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, es en los últimos tiempos una prueba muy solemne de esta verdad, y la Francia ha visto en el siglo pasa-

do, y ve todavía en el presente (téngase presente que esto se escribia en el siglo XVIII) un beato Juan Francisco Regis, de la misma Compañía de Jesús, célebre por un número prodigioso de milagros que Dios obra aun todos los dias por su intercesion.

El Evangelio de la misa de este dia es del capítulo XVIII de san Lucas, en el que refiere el Salvador una parábola de las mas instructivas, la cual en el contraste del fariseo orgulloso y del humilde publicano nos presenta un verdadero retrato de la humildad cristiana y del vicio contrario, y nos demuestra cuáles son los efectos respectivos.

Instruyendo el Hijo de Dios al pueblo, que se habia reunido en rededor de él, vió algunos de los mas principales, que se lisonjeaban de llevar una vida mas regular, y que le escuchaban con bastante atencion; á estos principalmente les dirigió esta parábola, en donde se ve el precio y la eficacia de la humildad. *Cierto dia*, les dijo, *subieron al templo juntamente dos hombres para orar, el uno era fariseo, y el otro era publicano.* Hase dicho ya en otra parte que los fariseos era una secta célebre que se levantó en Judea hácia el tiempo de los Macabeos, y á cuyos individuos se les dió el nombre de fariseos, que significa gentes separadas de todos los demás por un género de vida que engañaba al pueblo, y de la que hacian alarde sus vanos y orgullosos sectarios: afectaban delante de las gentes una modestia estudiada, una regularidad exterior que imponia, y todo no era mas que como unos sepulcros blanqueados, llenos de basura y podredumbre. El orgullo era el alma y el gran móvil de todas sus acciones. El publicano era entre los romanos un arrendador de los impuestos y de las rentas públicas. Este nombre era muy odioso entre los judíos; con él designaban un gran pecador, un hombre de mala vida, un usurero de profesion; era, en fin, un género de vida propio de gentes muy desacreditadas por la corrupcion de sus costumbres y por sus violencias. Esto era lo que se entendia por un fariseo y por un publicano. Volvamos, pues, á nuestro Evangelio.

Dos hombres, decia el Señor, subieron juntamente al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, en lugar de orar y de humillarse delante de Dios, se puso á ponderarle la justicia de sus obras, porque manteniéndose en pié: Yo os doy gracias, Señor, decia dentro de sí mismo, de que no soy yo como el resto de los hombres, y particularmente como este publicano que está aquí. Él y los otros son ladrones, malvados, adúlteros; por lo que hace á mí, tengo religion, ayuno dos veces en la semana, además de los ayunos prescritos por la ley. Créese que estos dos dias de que habla

el fariseo eran el lunes y el jueves, y por esto, y por no parecer que se conformaban con este uso de los fariseos, los antiguos Cristianos ayunaban el miércoles y el viernes, lo que practican aun hoy muchas comunidades religiosas, y muchas personas piadosas en el mundo, añadiendo á la abstinencia de carne del viernes y del sábado, la del miércoles. Yo pago el diezmo de todos mis bienes, continuaba, no solo de los frutos mayores de la tierra, como está ordenado por la ley, sino que tambien pago por supererogacion el diezmo de la yerbabuena, del hinojo, del comino y de las legumbres menores; en fin, yo me distingo del resto de los hombres por mi exacta probidad. ¿Qué es lo que encontramos en esta odiosa ostentacion, dice san Agustin, que tenga ni aun una sombra de oracion? Viene para rogar, y se alaba; y esto mismo es lo que hacen todos los herejes: vanas ostentaciones de regularidad y de pretendida reforma; orgullosas declamaciones contra los abusos; eternas lamentaciones por la relajacion; censores implacables del género humano; proclamadores desvergonzados de su pretendida justicia y de su secta. No hay cosa que mas se parezca á un fariseo que un hereje; el mismo orgullo, el mismo odio contra Jesucristo y sus verdaderos discípulos, el mismo espíritu de error, la misma impudencia, la misma inhumanidad.

El publicano del Evangelio es de un carácter muy distinto. Manteníase á la entrada del atrio de los judíos, sin atreverse ni aun á levantar los ojos al cielo, dándose golpes de pecho; su corazon contrito y humillado no cesaba de repetir estas palabras: Señor, sed propicio para con un pecador como yo. Este signo del dolor de los pecados, y esta indicacion de la penitencia golpeándose el pecho, no solo es comun y ordinario en la Iglesia, sino que se usaba ya en la misma Sinagoga. Él es un signo exterior de una contricion interior, y de un vivo arrepentimiento. Hé aquí dos oraciones bien diferentes; así lo fueron tambien en su efecto. El publicano, dice el Salvador, se fué justificado á su casa: Dios, que oye la súplica de los humildes con tanto mas placer, cuanto es mayor el horror que tiene á los soberbios, tuvo misericordia del humilde publicano; aceptó su arrepentimiento, escuchó sus votos, oyó su oracion, y le perdonó en el acto sus pecados, al paso que reprobó al orgulloso fariseo, el cual con aquella imprudente vanidad, puso el colmo por decirlo así, á su iniquidad y á su malicia. Así que al entrar en el templo el publicano era acaso mayor pecador que el fariseo; pero al salir del templo, el publicano se halló justificado, y el fariseo salió mas criminal. Así sucede, concluye el Salvador del mundo; así sucede que cual-

quiera que se ensalza será humillado, y cualquiera que se humilla será ensalzado. Así el pecado que sirve para humillar al hombre, sirve tambien para sacarle de la humillacion por la confusion saludable que le inspira. Nada debe humillar tanto al hombre como su orgullo, y solo descendiendo á su nada es como encuentra el fundamento de una verdadera grandeza, y el secreto de ensalzar su bajeza. Por poco que se eleve, se le trastorna la cabeza. La opinion excesivamente ventajosa que tiene de sí mismo, de su pretendido mérito, de su propia excelencia, en que consiste el orgullo, es una prueba de pequeñez de espíritu y de locura. Dios se complace tambien en confundir á las almas vanas, y elevar á los que hacen un estudio en abatirse.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo maxime et miserando manifestas: multiplica super nos misericordiam tuam, ut ad tua promissa currentes, coelestium bonorum facias esse consortes. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum...

Ó Dios, que señalais de un modo especial vuestro poder infinito en los efectos admirables de vuestra bondad; derramad mas y mas sobre nosotros las riquezas de vuestra misericordia, á fin de que habiendo suspirado sin cesar sobre la tierra por los bienes celestiales que nos habeis prometido, nos concedais la gracia de que gocemos de ellos en la gloria por toda la eternidad. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es de la primera que el apóstol san Pablo escribió á los Corintios, capítulo XII.

Fratres: Scitis quoniam cum gentes essetis, ad simulachra muta prout ducebamini euntes. Ideo notum vobis facio, quod nemo in Spiritu Dei loquens, dicit anathema Jesu. Et nemo potest dicere, Dominus Jesus, nisi in Spiritu sancto. Divisiones vero gratiarum sunt, idem autem Spiritus. Et divisiones ministrationum sunt, idem autem Dominus. Et divisiones operationum sunt, idem vero Deus, qui operatur omnia in omnibus. Unicuique autem datur manifestatio Spiritus ad utilitatem. Alii quidem per Spiritum datur sermo sapientiae: alii autem sermo scientiae secundum eumdem Spiritum: alteri fides in eodem Spiritu: alii gratia sanitatum in uno Spiritu: alii operatio virtutum, alii pro-

Hermanos mios: Vosotros sabeis que cuando érais gentiles, os llevaban á que adoráseis los ídolos mudos. Por tanto os hago saber que ninguno que habla inspirado del espíritu de Dios, dice anatema á Jesús; y ninguno puede tampoco decir Jesús es el Señor, sin que esté inspirado del Espíritu Santo. Son, sí, diversas las gracias, mas el espíritu es el mismo. Los ministerios son diferentes, mas el Señor es el mismo; las operaciones son distintas, pero es el mismo Dios el que obra en todas las cosas. El don visible del Espíritu Santo no se da á cada uno sino con utilidad. Concédese el espíritu á unos para que hablen el lenguaje de la sabiduría; y el mismo espíritu se concede á otros para que hablen el lenguaje de la ciencia. Á otros el mismo espíritu les da fe, y á otros este propio espíritu da la gracia de las curaciones. A otros el poder de obrar milagros; á otros el don

phetia, alii discretio spirituum, alii genera linguarum, alii interpretatio sermonum. Haec autem omnia operatur unus atque idem Spiritus, dividens singulis prout vult.

de profecía; á estos el discernimiento de los espíritus; á esotros el don de lenguas; á otros el don de interpretar la divina palabra. Todas estas cosas las obra el mismo espíritu, repartiéndolas á cada uno segun le agrada.

REFLEXIONES.

Las gracias son diversas, mas el espíritu es el mismo. No debe haber celos entre los diferentes ministerios, ni tampoco negligencia ó dejadez en el ejercicio de las sagradas funciones. En el supuesto de que los diferentes dones, gracias, talentos y empleos vienen todos de la misma mano y que es el mismo espíritu el que los distribuye, todos deben tener el mismo fin, todos merecen nuestra estima. Por esto puede decirse con verdad que nada hay pequeño en el servicio de Dios. ¡Qué error el no estimar los empleos en la Iglesia, sino con relacion al esplendor ó á la preeminencia del lugar en que se ejercitan! Su dignidad procede de su principio y de su fin. Los coros de los Ángeles en el cielo son diferentes en dignidad, segun la excelencia y la dignidad de su ministerio; pero todos son respetables, como que todos son ministros del Altísimo. Los dones del Espíritu Santo son puras gracias: don de consejo, don de sabiduría, don de lenguas, don de ciencia, hasta el don de los milagros, todo se ha dado por utilidad del prójimo, y de ningun modo para la gloria particular y en provecho solo del sugeto á quien el Espíritu Santo ha enriquecido con estas gracias puramente gratuitas. ¡Cuál, pues, debe ser su reconocimiento! pero ¿de qué crímen no se hace reo el que entierra estos talentos, ó si solo una vana reputacion es todo el fruto que saca de un tesoro de que no es mas que administrador? *La ciencia hincha,* dice el Apóstol; pero toda hinchazon está llena ó de podredumbre ó de viento. No hay cosa mas vana que la gloria que se busca, y de que uno se llena por unos bienes que solo se han recibido en depósito. *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorias de ello, como si no lo hubieses recibido?* Pocos hay de aquellos que tanto se han distinguido por su raro saber, por su alta sabiduría, que tarde ó temprano, si viven mucho tiempo, no vengan á parar en otros tantos objetos de lástima, después de haberlo sido de envidia, por las flaquezas, y muchas veces por las imbecilidades de una vejez prematura. ¡Cuántos de estos grandes hombres se han visto portarse como niños, aun antes de ser decrépitos, complaciéndose Dios en convencernos por medio de estos ejemplos tan frecuentes, lo

mal que hacemos en enorgullecernos por una ciencia que se extingue, se desvanece con el trastorno de una fibra! Pues hé aquí, no obstante, lo que hace tan altaneros á esos grandes genios que jamás aciertan á conocer lo pequeños que son. La emulacion de los talentos es la mas delicada, la mas ciega, y acaso la mas difícil de curar; nada ensoberbece tanto, sin embargo de que nada deberia humillarnos tanto como esta enfermedad cuási incurable. ¡ Ridícula vanidad del hombre! no se humilla, aunque nada es mas que polvo y ceniza, y habiendo sido formado no mas que de un poco de lodo; este lodo que todo lo debe á la mano omnipotente que le ha formado, se gloría de las ventajas que ha recibido de ella, y no pocas veces pretende arrebatarle toda la gloria. Lo que nos da reputacion, lo que nos distingue de los demás son dones de Dios, y el resplandor de estos dones debe servirnos para descubrir mas nuestras sombras. Es verdad que el orgullo es siempre la señal de un genio pequeño: las almas grandes, los sugetos de un mérito mas distinguido, son ordinariamente mas humildes; solo unos entendimientos superficiales y limitados son los que están llenos de una falsa estima de sí mismos. El orgullo humilla á cualquiera que tiene suficientes luces para conocer su presuncion y su vanidad.

El Evangelio de la Misa está tomado del capítulo XVIII *de san Lucas.*

In illo tempore: Dixit Jesus ad quosdam, qui in se confidebant tamquam justi, et aspernabantur ceteros, parabolam istam: Duo homines ascenderunt in templum ut orarent: unus pharisaeus, et alter publicanus. Pharisaeus stans, haec apud se orabat: Deus, gratias ago tibi, quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri: velut etiam hic publicanus. Jejuno bis in sabbato: decimas do omnium, quas possideo. Et publicanus à longe stans, nolebat nec oculos ad coelum levare: sed percutiebat pectus suum, dicens: Deus, propitius esto mihi peccatori. Dico vobis, descendit hic justificatus in domum suam ab illo: quia omnis, qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat, exaltabitur.

En aquel tiempo dirigió Jesús esta parábola á ciertas gentes que presumian de sí mismos como si fuesen Santos, y despreciaban á los demás. Subieron dos hombres al templo para orar; el uno era fariseo, y el otro publicano. El fariseo, manteniéndose de pié, hacia para sí esta oracion: Dios mio, yo os doy gracias porque no soy como el resto de los hombres, los cuales son ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco tal como este publicano. Yo ayuno dos veces en la semana y pago el diezmo de todos mis bienes. El publicano por su parte, retirado á lo léjos, ni aun se atrevia á levantar los ojos al cielo, é hiriéndose el pecho decia: Dios mio, sed propicio á un pecador como yo. Este, pues, os aseguro, se volvió á su casa justificado, al contrario que el otro; porque cualquiera que se exalta será humillado, así como el que se humilla será exaltado.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes ilustrados con las luces mas vivas de la fe. ¡Qué error, el confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas tímidas! La humildad cristiana no es aquella oscura y floja ociosidad de un corazon fastidioso y de un espíritu medio apagado; es un conocimiento vivo, es una persuasion práctica de su propia indigencia y de su nada que le inspiran á uno sentimientos conformes á sus luces, y le hacen concebir un verdadero desprecio de sí mismo, inspirándole una confianza en Dios tierna y respetuosa.

No hay cosa mas racional ni mas noble que estos sentimientos bajos que uno tiene de sí mismo, porque son verdaderos. Es menester tener espíritu para conocer que tenemos muchos defectos y poco mérito. Un genio superficial y limitado no admira ni aprecia mas que lo que él cree considerable, como aquellas gentes groseras que jamás salen de su aldea; pero cuando la gracia perfecciona el espíritu y el corazon, cuando á favor de unas luces sobrenaturales vemos lo que somos y lo que podemos ser, cuando vemos la multitud de defectos, el fondo de debilidades, la inclinacion natural al mal, la flaquéza para el bien, la indigencia de que estamos cercados, ¿podemos menos de despreciarnos? ¿podemos sin llenarnos de rubor, sufrir que se nos alabe? ¿No es una imbecilidad de espíritu, no es una especie de locura el llenarnos de satisfaccion cuando se nos tiene por lo que no somos, é incomodarnos cuando se nos reconoce por lo que somos? tal es el carácter del orgullo. La humildad se complace mucho en que nadie se engañe en el concepto en que forma de nosotros; ¿qué cosa mas conforme á la sana razon? Queremos ser estimados, y este mismo deseo tan frívolo prueba cuán poco estimables somos. ¿Qué injusticia mas visible que exigir del público un tributo que no se nos debe?

¿Qué tienes, dice el Apóstol, *que no hayas recibido? y si lo has recibido, ¿por qué te glorías de ello como si no lo hubieses recibido?* (*I ad Cor.* IV). ¿Es necesario acaso atormentar mucho nuestro entendimiento para encontrar en nosotros de qué humillarnos? Error en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, flaqueza en la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en

el hombre; hasta sus cualidades mas brillantes dejan entrever las sombras. No es menester mas que bajar á los sepulcros para convencernos que el mayor monarca, como el mas pequeño de sus vasallos, no son mas que polvo y ceniza. *¿Por qué*, pues, *se ensoberbecen la tierra y la ceniza?* (*Eccles.* x). Ciertamente no hay nada que tanto deba humillarnos como nuestro propio orgullo; ¿y con todos estos motivos de humildad, Señor, me cuesta todavía trabajo el ser humilde, y serlo teniendo delante de los ojos un Dios humillado para curar mi orgullo?

PUNTO SEGUNDO.—Considera que además de los motivos que tenemos para humillarnos, las ventajas que son inseparables de esta importante virtud deben con mucha razon inclinarnos á ser humildes.

No hay virtud alguna sin humildad; pero ¿qué virtud hay que sea difícil á un alma humilde? La gracia, dice el apóstol Santiago (*Jacob.* IV), se le ha dado con profusion. Témese á Dios, dice el Sabio (*Prov.* XXII), cuando uno es humilde: créese para mérito y para gloria, y el edificio de la perfeccion cristiana sube muy alto, cuando tiene por fundamento una profunda humildad: la humildad cristiana es siempre una prenda de satud. (*Psalm.* XXXIII). ¿Sobre quién fijaré yo mis miradas favorables, dice Dios por su Profeta (*Isai.* LXVI); en favor de quién abriré los tesoros de mis misericordias, sino en favor de un corazon humilde y de un espíritu humillado?

Puede decirse que la humildad es la que desarma la ira de Dios, la que gana el corazon de Dios, la que obliga, por decirlo así, á Dios á que haga las mayores maravillas. La santísima Vírgen no atribuye ni á su virginidad, ni á su devocion, ni á tantas otras virtudes que poseia en el mas alto grado, la gracia de haber sido elevada á la dignidad sublime de madre de Dios, sino á su humildad; *porque atendió á mi humildad.* Seamos humildes, no salgamos nunca de nuestra nada, y aquel Dios que de nada ha hecho todo este vasto universo, se servirá de nosotros para hacer maravillas.

Miremos á los Apóstoles, atendamos á los mayores Santos, y verémos que todos han sido los mas humildes. ¡Qué de maravillas no ha hecho un san Francisco de Paula en los pueblos y en las casas de los grandes; él ha sido el prodigio de su siglo! ¿y hubo jamás un hombre mas humilde? ¡Cuándo curarán nuestro orgullo, y nos inspirarán gusto á la humildad, tan grandes ejemplos, motivos tan poderosos, razones todas á cual mas interesantes!

¡Ah, Señor! ¿puedo yo veros humillado hasta morir en una cruz,

y puedo yo verme hinchado de orgullo y no ser humilde? ¡Ah! demasiado que puedo, y mis sentimientos y mi conducta prueban bastante lo que yo soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia. Vos quereis que aprenda de Vos á ser humilde de corazon, haced que llegue á serlo; yo os lo pido y lo deseo con todo mi corazon.

JACULATORIAS. —¿Me atreveré á hablar á mi Señor y mi Dios, yo que no soy mas que polvo y ceniza? (*Genes.* XVIII).

Yo estoy humillado, y paso mis dias en la tristeza. Por esto, Dios mio, tendréis compasion de mí, y me salvaréis (*Psalm.* LXVIII).

PROPÓSITOS.

1 La humildad sin la humillacion no es por lo comun otra cosa que el conocimiento y la estima que tenemos del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. No somos humildes porque conozcamos las razones que tenemos para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura y menos equívoca de la virtud de la humildad, es la alegría en la humillacion. Si esta importante virtud no consistiese mas que en humillarse de palabra, las expresiones menos sinceras probarian que muchos que se alimentan del orgullo son humildes. Cosa extraña; tenemos defectos crasos que saltan á los ojos, y no podemos sufrir que se nos adviertan; ¡qué despecho si se repara en ellos! Mira uno con desprecio sus propios defectos y los de los otros, y cada uno quiere que de los suyos no se hable. Corregid hoy un vicio tan comun. ¿No teneis tanta virtud que ameis la humillacion? sed al menos bastante cristianos para recibirla con mansedumbre y con paciencia; no os justifiqueis en aquellas ocasiones de poca importancia, en las que el amor propio es maltratado, y vuestra vanidad se ve ajada. Os alegraréis de haber callado; no perdais por un aire desabrido, por una palabra violenta, por una indignacion demasiado manifiesta, el mérito de una pequeña humillacion, que es un remedio soberano contra la exaltacion del ánimo.

2 No siempre es el natural ó el mal humor el que hace á los señores tan delicados y poco pacientes; con mas frecuencia el orígen de estos fogosos arrebatos es un orgullo secreto. La humildad del corazon es inseparable de la penitencia y de la mansedumbre. No podemos sufrir una palabra poco respetuosa; nos incomodamos por la poca exactitud de un doméstico; nos choca la cachaza de nuestros dependientes; su poca deferencia á nuestras órdenes nos pone de mal

humor. Llamad como quisiéreis esas impaciencias, esas asperezas, coloradlas con el pretexto que os dé la gana, vosotros seríais mas pacientes si fuéseis menos orgullosos; comenzad desde este momento á poner en práctica las reglas siguientes: 1.ª Excusad con caridad los defectos de otro, y no consintais jamás que los que dependen de vosotros traben conversacion sobre tales defectos. 2.ª Cuando se os hubiere faltado á alguna cosa tocante á vuestra persona, á ciertos deberes, á no sé qué atenciones; cuando se hubieren olvidado de haceros ciertos servicios de poco momento, no perdais el mérito de estas pequeñas humillaciones: la falta de memoria ó de disposicion de un doméstico; la impolítica de cierta especie de gentes; el mal corazon de tantos amigos falsos, os ofrecerán todos los dias muchas ocasiones para ejercitaros en estos pequeños sacrificios: alarmaráse el amor propio, padecerá el orgullo; pero ¡qué tesoro de méritos si sabeis aprovecharos de estas frecuentes pero preciosas humillaciones! 3.ª Decíos á menudo á vosotros mismos con san Bernardo: Yo adoro un Dios humillado por mi amor hasta la muerte de la cruz, ¿y yo no soy humilde?

DOMINGO UNDÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Llámase comunmente en la Iglesia romana este domingo el domingo del *Sordo-Mudo* curado por Jesucristo, porque el Evangelio de este dia refiere la historia de este milagro. Como todas las maravillas de la vida del Salvador eran pruebas visibles de su omnipotencia y de su divinidad, y al mismo tiempo pruebas evidentes de la santidad de la Religion que venia á establecer en el mundo; la Iglesia ha escogido para la Epístola de la misa de este dia aquel pasaje de la carta que san Pablo escribió á los Corintios, en donde después de haberles dado cuenta del modo con que les habia anunciado el Evangelio, les declara que no les ha enseñado y como dado en depósito mas que lo que él mismo habia recibido de Jesucristo, y por el compendio que les hace de los principales misterios de nuestra Religion les da una idea justa de la excelencia del Redentor, de su divinidad, y de la bondad infinita que ha tenido con los hombres. El Evangelio no es una prueba menor de esto, no pudiendo ser el milagro asombroso que refiere sino el efecto de esta omnipotencia que no puede convenir mas que á Dios solo. El intróito de la misa expresa perfectamente los sentimientos de un corazon animado de una fe viva en

este divino Salvador, y lleno de una santa confianza en su bondad y en su omnipotencia.

Yo veo al Señor en la nueva Sion; allí ha remitido á los hombres, y los une por unos mismos sentimientos y por unas mismas leyes: el Dios de Israel inspira valor y fortaleza á su pueblo, y le hace formidable á sus enemigos. Preséntese, nada mas, este Dios, levántese y disperse sus enemigos; muéstrese este Dios omnipotente, y huyan de su presencia los que sacuden el yugo de sus leyes. Todo este salmo, uno de los mas magníficos y mas admirables que David ha compuesto en un estilo sublime y elevado, y que es una alegoría continua, todo este salmo, repito, debe entenderse de la venida de Jesucristo, de sus milagros, de sus victorias, de los misterios realizados en su persona, y del establecimiento de la Iglesia por los Apóstoles. El Profeta hace en él la relacion de diversos prodigios del Antiguo Testamento que fueron figura de lo que debia suceder en el Nuevo, y en particular de todas las maravillas que debia obrar el Salvador. El milagro cuya historia refiere el Evangelio de este dia, ha determinado á la Iglesia para hacer la eleccion de este salmo, que es propiamente uno de los mas bellos cánticos que tenemos en honor de las maravillas y de los misterios de Jesucristo. Todos los santos Padres griegos y latinos, que lo explican segun la alegoría y el sentido místico, lo aplican á la venida, á la resurreccion y á la ascension del Salvador, á todos los milagros que ha obrado, á la predicacion de los Apóstoles, á la conversion milagrosa de los gentiles y á la destruccion victoriosa del paganismo. Si el Profeta habla en él de la salida de Egipto y de la publicacion de la ley, no es sino por alegoría á la libertad del cautiverio del pecado, que ha sido el fruto principal de la venida del Salvador y de la publicacion del Evangelio, cuyos hechos estaban allí figurados. Esto es lo que movió á comenzar este cántico por unos términos entusiasmados y con expresiones enfáticas. *Levántese Dios y disperse sus enemigos: huyan de su presencia todos sus adversarios.* Desaparezcan los impíos delante del Señor, como el humo se desvanece en el aire, ó como la cera que en un momento se derrite al fuego; *mas los justos, por el contrario, alégrense y regocíjense* viendo á su Dios y su libertador. *Pueblos fieles, celebrad su gloria, cantad salmos en su honor.* Todo este salmo es un cántico de regocijo, un cántico de alegría continua para celebrar las maravillas del Salvador y la pompa de su triunfo.

La Epístola de la misa de este dia puede mirarse como un compendio de las pruebas mas brillantes de nuestra Religion, y de las

verdades fundamentales del Cristianismo. Como la verdad de la resurreccion de Jesucristo es el fundamento sólido y la base de nuestra creencia, no es de extrañar que los Apóstoles se aplicasen con tanto ahinco á demostrar esta importante verdad, que tanto interés tenia el infierno en debilitar, pero cuya evidencia no habia podido oscurecer todo el infierno: así es que no hay dogma alguno mejor establecido, ninguna verdad mas á menudo ni mas útilmente sostenida. Habia entre los cristianos de Corinto ciertos espíritus dañados, que no abrigaban sentimientos muy ortodoxos en órden á la resurreccion. Como este artículo era, por decirlo así, el fundamento de todo el cristianismo, san Pablo se aplica á establecer esta verdad en el capítulo quince de su carta con todo género de razones, y al mismo tiempo prueba la resurreccion futura de los muertos por la resurreccion de Jesucristo, la cual confirma con muchos testimonios.

Voy á poneros á la vista uno de los puntos capitales y mas importantes del Evangelio que os he predicado, que habeis recibido por una gracia especial de Jesucristo, y en el cual os manteneis con tanta fidelidad á pesar de los artificios seductivos de los falsos doctores, que os deslumbran con sus sofismas. Vosotros sabeis que solo creyendo las verdades que os he anunciado os salvaréis; no hay que esperar salud fuera de esta creencia; porque á menos que no hayais creido en vano, debeis acordaros de qué manera os he predicado. *Mis predicaciones*, dice en otra parte, *nada tenian parecido á los mañosos discursos de la sabiduría humana*, antes bien, *el Espíritu Santo y su virtud eran visibles en ellas*, y esto á fin de que *la sabiduría humana no fuese el fundamento de vuestra fe, sino la virtud divina*. A esto alude san Pablo cuando dice aquí á los fieles de Corinto que se acuerden de qué manera les ha predicado, de las maravillas que han acompañado á su predicacion, y que si han creido las grandes verdades que les ha anunciado, no ha sido ligeramente como gentes que se dejan llevar de la novedad sin exámen, y que son tan fáciles para abandonar la fe, como lo han sido para abrazarla. Por mas incomprensibles que sean nuestros misterios, por mas sublimes que sean las verdades de nuestra Religion, por mas austera que sea su moral; nunca me he servido para persuadiros todo esto de términos escogidos, ni de maneras de hablar seductivas y estudiadas; no he empleado para ello los artificios de una elocuencia alucinadora. Yo os he enseñado con toda sencillez lo que á mí mismo se me ha enseñado por el Señor, que siendo la verdad por esencia, no puede ser engañado ni engañarnos. Os he dicho desde luego que Jesucristo nuestro Salvador ha

muerto por nuestros pecados conforme á las Escrituras, esto es, como lo habia predicho por los Profetas, y singularmente por Daniel que con tanta precision marca el tiempo de su muerte; *y pasadas setenta y dos semanas de años, será Jesucristo condenado á muerte* (*Dan.* c. IX): lo cual sucedió precisamente en el tiempo señalado segun los cálculos de la mas exacta cronología; por Isaías, que predijo el fin de su muerte; esto es, por los pecados de los hombres (*cap.* LIII): y las circunstancias de su muerte: *será llevado á la muerte como una oveja sin quejarse, y será cubierto de llagas sin decir palabra.*

Os he enseñado, continúa el santo Apóstol, que habiendo muerto este divino Señor fue sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras, como un testimonio de los mas persuasivos y de los mas concluyentes. No hay cosa que persuada mejor al entendimiento en órden á las verdades incomprensibles, que el ver que han sido predichas; porque solo Dios es el que puede conocer y pronosticar lo venidero: la prediccion es un motivo muy poderoso para creer una verdad, aunque no se la pueda comprender. La resurreccion de Jesucristo era una verdad demasiadamente esencial en nuestra Religion, para que no hubiera sido predicha y figurada en muchos pasajes de la Escritura. David, Isaías, Oseas, y en particular el profeta Jonás, nos la han anunciado en mas de un pasaje. No se contenta san Pablo con esta prueba, sacada de la prediccion; trae tambien el testimonio de los que han sido testigos de ella, y este testimonio no tiene réplica. Os he dicho, añade, que el Salvadar resucitado ha aparecido á Cefas, y después á los once. El santo Apóstol no refiere aquí en particular todas las apariciones de Jesucristo, sino solo aquellas que juzga mas á propósito para hacer impresion en el ánimo de los fieles de Corinto. Después de haber referido san Lucas la aparicion del Salvador á los dos discípulos que iban al castillo de Emaús y la vuelta de estos á Jerusalen, dice, que habiendo encontrado estos dos discípulos á los once Apóstoles, y á los que estaban con ellos, todos juntos, y habiéndoles contado lo que acababa de sucederles, supieron de ellos que el Señor habia resucitado verdaderamente, y que habia aparecido á Simon. (*Luc.* XXIV). Os he dicho tambien, continúa aun el santo Apóstol, que después apareció á mas de quinientos hermanos al mismo tiempo, de los cuales algunos han muerto, pero todavía están muchos en el mundo. Habla aquí san Pablo de la aparicion que hizo el Salvador á todos los discípulos que se congregaron en la montaña de los Olivos, cuando el Salvador subió al cielo. ¡Qué nube de testigos y de pruebas para establecer el solo

milagro de la resurreccion de Jesucristo! Con todo, dice aquí un sabio intérprete, no era necesario menos para convencer al mundo de una verdad, que por una consecuencia necesaria le obligaba á creer todos los misterios, y á practicar todas las máximas del Cristianismo. San Pablo añade que muchos de los que se habian hallado en esta aparicion vivian aun, á fin de que pudiesen, si querian, asegurarse por sí mismos de un hecho tan importante.

Después de esto, continúa san Pablo, *apareció á Santiago; después á todos los Apóstoles.* El Evangelio no habla de esta aparicion; pero los Padres siguiendo la antigua tradicion nos refieren que Santiago, dicho el Menor, hijo de Cleofás y de María, primo del Salvador, y por tanto llamado hermano del Señor, segun el uso de los judíos; los Padres, repito, nos refieren que este Apóstol, que fue el primer obispo de Jerusalen, y que era tambien apellidado el Justo, habia resuelto después de la muerte de su divino Maestro no tomar alimento alguno hasta haberle visto resucitado, y que el Salvador por una bondad singular hácia este fervoroso Apóstol se le apareció inmediatamente después de su resurreccion, y habiéndole colmado de alegría con su presencia, le dió por sí mismo pan que habia bendecido, diciéndole que tomase de aquel alimento, pues que ya veia á su Salvador resucitado.

Por fin, y en último lugar, prosigue el santo Apóstol, *tambien me ha aparecido á mí que no soy mas que un aborto.* Siempre fue la humildad el carácter comun de todos los Santos. Los mayores entre ellos han sido siempre los mas humildes. Cuanto mas los ha distinguido el Señor con los favores mas sublimes, tanto mas bajamente han sentido de sí mismos; las gracias mas brillantes descubren siempre la profundidad de nuestra nadá. San Pablo se llama á sí mismo un aborto, para significar por esta expresion que no habia nacido al Cristianismo ni sido llamado al apostolado sino después de todos los demás, cuando todavía se hallaba informe, como de ordinario están los niños que vienen al mundo trabajosamente, ó antes del término, esto es, antes de haber podido recibir el aumento y la forma conveniente. Los demás Apóstoles habian sido alimentados mucho tiempo por el Salvador con sus divinas instrucciones; san Pablo habia sido llamado al apostolado estando todavía por limar, por decirlo así, desfigurado por su tenaz apego al judaismo. Á la verdad, el Señor habia suplido en él lo que le faltaba con su gracia y con sus revelaciones, que en menos de nada le formaron el doctor de las naciones, y una de las lumbreras mas brillantes de la Iglesia; pero san Pablo, como todos los grandes Santos, no mira en sí mismo sino lo que tiene de su pro-

pia cosecha, y lo que en sí descubria mas defectuoso, reconociendo humildemente que toda la ciencia y la inteligencia que poseia, y cuanto bueno podia adornarle, era un puro don de Dios. Poseido de los sentimientos mas bajos de sí mismo, en medio de todas las maravillas que obraba, este gran Santo no pierde nunca de vista lo que ha sido, reconociendo siempre que todo lo que es, lo debe á la Gracia. *Porque*, dice, *yo soy el menor de los Apóstoles, que no merezco este nombre, habiendo perseguido la Iglesia de Dios*. Tal ha sido siempre el carácter de los mayores Santos; no consideran en sí mismos mas que el mal que han hecho ó que han podido hacer; las maravillas mas grandes que Dios obra por su ministerio, las miran desde el fondo de su nada. La humildad fue siempre la virtud favorita de todos lós Santos. Cuando el perseguidor de Jesucristo, convertido en apóstol suyo, anuncia á los hombres su resurreccion, ¿qué podia oponer la incredulidad para enervar su testimonio? Su conducta, sus trabajos, la persecucion misma que él habia suscitado contra la Iglesia, son otras tantas pruebas de la sinceridad y de la verdad de su predicacion, dice un sabio intérprete. No se le puede acusar de haber creido con ligereza lo que predica, y se ve bien claro que ha sido necesario un milagro muy marcado para hacer un apóstol del que era el mas violento y el mas pertinaz de los perseguidores de Jesucristo. Reconoced, pues, pueblos incrédulos, la fuerza victoriosa de la gracia del Redentor; porque *lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios*, que se complace muchas veces en elegir lo mas flaco para con el mundo, para confundir lo mas fuerte, á fin de que ninguno tenga de que gloriarse delante de él. Siendo, pues, tan indigno del apostolado, como acabo de decir, solo por un favor enteramente gratuito, y por una bondad del todo particular de Dios, soy yo apóstol. En mi vocacion no ha sido ciertamente á mis méritos á lo que ha tenido el Señor consideracion, sino solo á su pura misericordia; lo poco que soy, y todo el bien que hago, lo debo á la Gracia, sin la que nada soy, ni puedo nada. Por la gracia de Dios soy todo lo que soy, y de mí mismo no puedo gloriarme mas que de mis humillaciones y de mi nada. ¿Qué somos, en efecto, en el órden sobrenatural sin la Gracia? Flaqueza, ignorancia, pecado; y todavía entre tantas miserias se desliza el orgullo para poner el colmo á todas ellas: ninguna cosa, en efecto, prueba tanto nuestra imbecilidad y nuestra nada como nuestro orgullo. Pero ¿qué no somos y qué no podemos con la Gracia? ¡Qué luz, qué sabiduría, qué ánimo, qué fortaleza! Todo lo puedo, dice en otra parte el mismo Apóstol, en aquel que me da la fortale-

za; y ciertamente, la gracia que me ha dado no ha quedado sin efecto. ¿Qué no ha hecho en mí? ¡qué mutacion tan portentosa! De un perseguidor obstinado de Jesucristo y de sus siervos, ha hecho un apóstol; el amor tierno á este divino Salvador ha sucedido al furor con que le aborrecia; la fe mas animosa, á la incredulidad mas terca; y el celo mas ardiente por extender la fe de Jesucristo, á la pasion mas violenta que jamás hubo y que yo tenia por extinguirla. Dios ha querido hacer ver en la persona de san Pablo lo que puede la gracia de Dios en un corazon que no pone obstáculo á ella, y que dice como este Apóstol: Señor ¿qué quereis que haga? Rindámonos con docilidad á las dulces impresiones de la Gracia, y tendrémos el consuelo de poder decir muy pronto como él: *la gracia que Dios me ha concedido no ha quedado sin efecto*; pero para esto, es menester tambien decir sinceramente como él: *Señor, ¿qué quereis que haga?*

El Evangelio de la misa de este dia refiere la curacion milagrosa de un hombre sordo y mudo: todo es misterioso en esta historia.

Habiendo dejado el Salvador por un poco tiempo la Judea, de la cual no estaba muy contento, vino hácia los confines del país de Tiro y de Sidon, sin ruido, y al parecer como queriendo ocultar su llegada á aquellos extranjeros; pero una luz tan resplandeciente no podia estar escondida mucho tiempo. Los pueblos de aquellos contornos eran cananeos, descendientes de Canaan, y por consiguiente gentiles, y confinaban con la Judea; habia entre ellos algunos que se llamaban siro-fenicios, á causa de que ocupaban la region de la Fenicia que constituia entonces una parte de la verdadera Siria. Allí fue en donde una mujer siro-fenicia, llamada comunmente la Cananea, mereció por su perseverancia que el Salvador hiciese el elogio de su fe, y que librase á su hija de un demonio de que estaba poseida. El hijo de Dios no se detuvo allí mucho tiempo; solamente queria dar á entender que habia venido principalmente para convertir á los judíos, segun se les habia prometido; pero que igualmente habia venido tambien para los gentiles, aun cuando no debiesen ser llamados á la fe, sino después que los judíos se hubiesen hecho indignos del Evangelio.

Volviéndose, pues, Jesús del país de Tiro, se fué por Sidon, esto es, pasó solamente por el territorio de los sidonios; y encaminándose hácia el mar de Galilea, atravesó una parte del país de la Decápolis. Llamábase así una comarca de la Galilea en Judea. Extendíase desde el monte Líbano hasta cerca del mar de Galilea, y tomaba su

nombre de diez ciudades principales que contenia, las cuales eran: Dan ó Cesarea de Filipo, Cades, Neftali, Asor, Sefer, Cafarnaum, Corozaim, Bethsaida, Jotapáte, Tiberíades y Bethsan ó Scitópolis. Habiendo llegado el pueblo á entender que Jesús habia llegado al país, le salió al encuentro. Lleváronle un hombre que era sordo y mudo. Este pobre daba grandes gritos, con algunas palabras confusas y poco articuladas, como hacen por lo comun los mudos, arrojando impetuosamente la voz, sin poderse dar á entender. Pidiéronle al Salvador que le tocase con su mano y le curase. Hizo, en efecto, lo que deseaban; pero con ciertas ceremonias de que no acostumbraba servirse cuando hacia otros milagros. Queria mostrarnos el Salvador en esto que sus menores acciones eran misterios que debemos reverenciar, instrucciones mudas de que nos debemos aprovechar, y ejemplos que debemos seguir. Queria al mismo tiempo con estas ceremonias hacernos comprender que no hay demonio mas peligroso que el que nos cierra la boca, y nos impide descubrir las llagas del alma. No hay tampoco pecador mas difícil de convertir que el que está sordo á la voz de Dios. Estas dos enfermedades del alma son cuási incurables; es menester un gran milagro para curar esta sordera espiritual; no hay una señal mas visible de reprobacion que cuando un pecador rehusa oir la voz de Dios que le llama y le ofrece su misericordia; ninguno está en mayor peligro que el que no quiere descubrir las llagas de su alma al médico caritativo que las puede curar.

La primera cosa que hizo el Salvador fue sacar á aquel hombre de entre la multitud. Esta especie de pecadores apenas se convierten, mientras permanecen en medio del tumulto del mundo; necesitan del retiro; él solo puede poner al pecador en estado de oir la voz del Señor. En la soledad es en donde Dios habla al corazon del pecador. Habiendo, pues, el Hijo de Dios tomado aparte á este hombre sordo y mudo, le mete sus dedos en los oidos, le toca la lengua con su saliva; después levantando los ojos al cielo suspira por él y por todos los pecadores, figurados en este enfermo, y habiendo pronunciado esta palabra siríaca, que era la lengua del país, *Ephpheta,* que significa ábrete, el enfermo se halló curado: sus oidos se abren, su lengua se desata; el sordo oye la voz de su médico; el mudo habla con una facilidad que asombra y llena de regocijo á todos los que estaban presentes. ¡Qué de misterios, á cual mas instructivos, en un solo milagro! Notemos aquí que el Salvador se contenta con decir á los oidos *Ephpheta,* ábrete; y que no dice á la lengua desátate, porque

basta que el pecador oiga la palabra de Dios: inmediatamente habla, desátase la lengua luego que el corazon es movido. Es muy difícil convertir á un pecador cuando no quiere oir hablar de su estado, ni explicarse él mismo con aquellos que podrian sacarle de él. El Salvador gime, levanta sus ojos al cielo, lo que hacia ordinariamente antes de obrar los mayores milagros. Todo esto muestra la dificultad de aquella curacion. El Hijo de Dios no tenia necesidad de hacer todas estas ceremonias para volver la palabra y el oido al sordomudo, no era menester mas que el que quisiera que hablase y que oyese; pero queria el Salvador instruirnos y enseñarnos al mismo tiempo que es necesario levantar los ojos al cielo, que es preciso gemir, esto es, que es menester orar y hacer penitencia por esta especie de pecadores. Queria tambien el Salvador enseñar á sus discípulos por estas ceremonias las que ellos debian observar en la administracion del sacramento del Bautismo, y en efecto comprendiéronlo perfectamente los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo, y así lo enseñaron luego á la Iglesia. En la explicacion que se ha dado en la historia del sexto domingo después de Pentecostes, ha podido verse lo que significan estas misteriosas ceremonias. Todo lo que el Salvador ha hecho y dicho durante su vida pública en la tierra ha sido para nuestra instruccion.

No es menos saludable la órden que dió el Salvador á todo el pueblo de que no hablasen de la maravilla de que habian sido testigos. La humildad ha sido siempre el rasgo mas brillante y mas señalado de Jesucristo y de todos sus verdaderos discípulos. Sabia bien que se publicaria; pero queria enseñarnos que en el ejercicio de las buenas obras, sobre todo en los actos de esplendor que acompañan algunas veces las funciones del divino ministerio, no se ha de buscar la gloria delante de los hombres, ni hemos de tener otra mira que la gloria de Dios; esto es todo lo que debemos proponernos en los servicios que hacemos al prójimo.

San Juan Crisóstomo, san Gerónimo y los demás santos Padres creen que Nuestro Señor no pretendia imponerles una obligacion estrecha de que no hablasen de los milagros, cuando les prohibia publicarlos: era mas bien una leccion de humildad y de modestia que les daba, que un precepto riguroso que les imponia; ni tampoco ellos tomaron la prohibicion que les habia hecho, mas que como la expresion de un simple deseo, tan ordinario en las almas humildes, de evitar el esplendor y la alabanza. Todos los que estaban presentes no podian imaginarse que aquel fuese un mandamiento absoluto que les

obligase á callar; por otra parte, su admiracion era demasiado grande y demasiado general para que pudiese contenerse, ni dejar de publicarse; por mas que el Salvador tratase de huir del honor que le reportaba, era imposible que les cerrase la boca. *Cuanto mas se lo prohibia, mas altamente hablaban y mas se maravillaban:* honor, gloria, alabanza, exclamaban en un santo transporte de admiracion, bendicion, salud á este hombre extraordinario que *todo lo hace con perfeccion:* él ha dado oidos á los sordos, lengua á los mudos, vista á los ciegos. Nuestras acciones son las que deben hacer nuestro elogio. Cualquiera otro título de alabanza es vano.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, qui abundantia pietatis tuae et merita supplicum excedis et vota: effunde super nos misericordiam tuam, ut dimittas quae conscientia metuit, et adjicias quod oratio non praesumit. Per Dominum...

Ó Dios omnipotente y eterno, que por un exceso de bondad sobrepujas los méritos y los deseos de los que te piden, derrama sobre nosotros los efectos de tu misericordia; y dígnate perdonarnos lo que nuestra conciencia nos hace temer, y concedernos lo que por nuestras oraciones no nos atreveríamos á prometernos. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada del capítulo XV *de la primera carta del apóstol san Pablo á los Corintios.*

Fratres: Notum vobis facio Evangelium, quod praedicavi vobis, quod et accepistis, in quo et statis, per quod et salvamini: qua ratione praedicaverim vobis, si tenetis, nisi frustra credidistis. Tradidi enim vobis in primis quod et accepi: quoniam Christus mortuus est pro peccatis nostris secundum Scripturas: et quia sepultus est, et quia resurrexit tertia die secundum Scripturas: et quia visus est Cephae, et post hoc undecim: deinde visus est plus quam quingentis fratribus simul: ex quibus multi manent usque adhuc, quidam autem dormierunt: deinde visus est Jacobo, deinde Apostolis omnibus: novissime autem omnium tamquam abortivo, visus est et mihi. Ego enim sum minimus Apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus, quoniam persecutus sum

Hermanos mios: Voy á poneros á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permaneceis, y por el cual os habeis de salvar: voy á deciros, si os acordais, y si no creísteis en vano, de qué manera os he predicado. Antes de todo, os he hecho saber lo que á mí mismo se me ha enseñado, esto es, que Jesucristo ha muerto por nuestros pecados, segun estaba anunciado en las Escrituras: que ha sido sepultado; que ha resucitado al tercero dia, conforme á las Escrituras; que ha aparecido en seguida á Cefas, y después de él á los once; luego ha aparecido á mas de quinientos hermanos á un tiempo, de los cuales viven todavía muchos y algunos han muerto; después de esto ha aparecido á Santiago, y luego á todos los Apóstoles; por fin, y en último lugar, ha aparecido tambien á mí que no soy mas que un aborto. Porque yo soy el mas pequeño de todos los Apóstoles, que no merece el nombre de

Ecclesiam Dei. Gratia autem Dei sum id quod sum ; et gratia ejus in me vacua non fuit.

Apóstol, habiendo perseguido la Iglesia de Dios. Así que, lo que yo soy, lo soy por la gracia de Dios, y su gracia que me ha sido dada no ha quedado en mí sin efecto.

REFLEXIONES.

Voy á poneros á la vista el Evangelio que os he predicado, que vosotros habeis recibido, en cuya creencia permaneceis, y por el cual os habeis de salvar. Este Evangelio puesto á la vista ¿será un objeto muy consolante para todos los Cristianos? ¿les asegurará contra los espantos de la muerte? y próximos ya á ir á dar cuenta á Dios, ¿hallarán todos en este libro de salud con que justificar su conducta? ¡Ah! poner ante los ojos de un mundado que muere, de un religioso tibio imperfecto que ha recibido los últimos Sacramentos; poner á la vista de un libertino que espira este Evangelio, regla suprema de las costumbres, conforme al que debemos ser juzgados; en cuyos preceptos y máximas se halla todo lo que se necesita para instruir nuestro proceso, del cual depende en algun modo nuestro destino eterno; ¿no es anunciarle su triste suerte, ponerle á la vista el decreto de su condenacion, lanzarle en la desesperacion, adelantar su suplicio? Apártanse los ojos de este Evangelio durante la vida porque no se quieren obedecer sus mandamientos, ni seguir sus consejos, ni arreglar las costumbres á sus máximas; apenas se mira ya el Evangelio en el mundo mas que como unos antiguos derechos de la Religion, títulos añejos que ha derogado la costumbre, que no tienen ya fuerza de ley sino entre un pequeño número de elegidos, que apenas tienen vigor mas que en el claustro. El espíritu del mundo ha sustituido en su lugar máximas del todo contrarias, leyes absolutamente opuestas, costumbres perniciosas que tienen lugar de leyes. Diríase en el dia de hoy que la irreligion ha prescrito hasta este punto el desenfreno; y la corrupcion de las costumbres ha prevalecido sobre la santidad del Evangelio. Cuási no se avergüenzan ya del vicio, aun en medio del Cristianismo: la indevocion, la mala fe, la venganza, la impureza, la ambicion, pasan hoy, por decirlo así, por costumbres del siglo. El vicio lo ha inundado todo; ¿y extrañamos que aguas tan corrompidas infecten el aire, y causen tantas enfermedades contagiosas? Trátase mas bien de entretenernos y adormecernos que de curarnos. De aquí los juegos, los espectáculos profanos, los bailes, las comedias, las diversiones enteramente paganas, que parece han ocupado ya el lugar de los ejercicios de Religion. El tiempo que la codicia no ab-

sorbe, se destina á los placeres. ¿Qué pruebas de Religion dan hoy tantos jóvenes libertinos, tantos cristianos ociosos, tantas mujeres mundanas? La modestia, el pudor, la devocion habian formado siempre el carácter y el adorno de un sexo piadoso; ahora parecen de moda el lujo, la licencia, la indevocion. Compongamos estas máximas tan humildes, tan puras, tan perfectas del Evangelio: abnegacion de sí mismo, humildad de corazon y de espíritu, mortificacion rígida de los sentidos, victoria continua de las pasiones, piedad perseverante sin artificio, vida inocente sin apariencia, amor de las cruces, ejercicios amados de penitencia, horror de las menores faltas, caridad ardiente, fe generosa é inalterable: compongamos este cuadro con el que cada dia trazan nuestras costumbres y nuestra conducta á los ojos de Dios y aun á los de los hombres; ¡qué oposicion, buen Dios! ¡qué desproporcion, qué contraste! Véase el Evangelio de Jesucristo que hemos recibido, de que hacemos profesion, por el cual nos hemos de salvar; veamos nuestro retrato formado no mas que con los colores de nuestros propios vicios. Santidad del Evangelio; corrupcion de nuestras costumbres: reglas de perfeccion; irregularidad, impiedad aun de nuestra conducta: ¡qué oposicion mas monstruosa ni mas atroz! y con todo esto se vive en una perfecta seguridad. Recordemos muchas veces la memoria del Evangelio que hemos recibido para comparar los deberes que nos impone con nuestra conducta, y los bienes que nos promete con las penas á que nos obliga. No somos tan impíos ni tan ciegos que no las creamos: ¿serémos tan insensatos que creamos en vano, esto es, que no arreglemos nuestras costumbres á nuestra creencia?

El Evangelio de este dia es del capítulo VII *de san Marcos.*

In illo tempore: Exiens Jesus de finibus Tyri, venit per Sidonem ad mare Galilaeae, inter medios fines Decapoleos. Et adducunt ei surdum et mutum, et deprecabantur eum, ut imponat illi manum. Et apprehendens eum de turba seorsum, misit digitos suos in auriculas ejus: et expuens, tetigit linguam ejus: et suspiciens in coelum, ingemuit, et ait illi: Ephpheta, quod est adaperire. Et statim apertae sunt aures ejus, et solutum est vinculum linguae ejus, et loquebatur recte. Et praecepit illis ne cui dicerent.

En aquel tiempo: Volviendo Jesús del país de Tiro, fué por Sidon hácia el mar de Galilea, atravesando por los confines de la Decápolis. Presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que le impusiese las manos; Jesús sacándole de entre la multitud, tomándole aparte, le metió sus dedos en los oidos, y habiendo escupido, con su saliva le tocó la lengua; después, levantando los ojos al cielo, dió un suspiro, y le dijo: *Ephpheta*, que quiere decir, ábrete; é inmediatamente se abrieron sus oidos, se desató su len-

Quanto autem eis praecipiebat, tanto magis plus praedicabant: et eo amplius admirabantur, dicentes: Bene omnia fecit: et surdos fecit audire, et mutos loqui.

gua, y habló libremente. Prohibióles Jesús que esto lo dijesen á nadie; pero cuanto mas les mandaba (que callasen) tanto mas lo predicaban, y tanto mas se maravillaban. Todo, decian, lo ha hecho bien; ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos.

MEDITACION.

De la verdadera piedad propia de cada estado.

Punto primero. — Considera que cada uno mira la santidad con respecto al estado en que no está, y pocos se aplican á adquirir la virtud propia del estado en que se hallan. El pobre piensa en los grandes medios que tienen los ricos para santificarse; los ricos creen que no es fácil hacerse santos sino en la pobreza; la vejez parece á los jóvenes el único tiempo á propósito para hacer por su salud; llégase á viejos, y se cree que la estacion de la santidad ha pasado ya con la juventud. Las gentes del mundo creen que su estado es poco á propósito para la santidad; las mismas personas religiosas apenas consideran la santidad mas que en lo sublime y lo maravilloso; nada les parece santo si no es extraordinario, si no es milagro. Así es que la santidad, que es un fruto, por decirlo así, que nace en todos los terrenos, no se da ya si se cree á nuestro amor propio y á nuestra imaginacion mas que en los lugares inaccesibles.

Pero, ó Dios mio, ¿qué significa ese precepto tan preciso que nos habeis impuesto de que seamos perfectos como nuestro Padre celestial? ¿Qué edad, Señor, ó qué estado habeis dispensado de esta ley? Y si hay un solo cristiano que no pueda ser santo, ¿por qué proponer universalmente á todos un modelo semejante?

Es cierto que Dios quiere verdaderamente que cada uno sea santo; pero no es menos verdad que nadie llegará jamás á ser santo sino llenando perfectamente los deberes particulares del estado en que Dios le ha puesto. Toda idea de santidad que no es de este carácter, es falsa. Las prácticas de piedad poco proporcionadas y poco convenientes á nuestro estado son puras ilusiones de nuestro orgullo ó del amor propio. El enemigo de la salvacion se burla con estos relumbrones de la credulidad de un alma simple: toda devocion que nos saca de nuestro lugar es un extravío.

¡Dios mio! ¡qué error mas grosero! Pero ¡y qué error mas universal! Quiérese representar cualquiera otro personaje que el que nos conviene; quiérese servir á Dios de todos modos, menos como él lo

manda. Un doméstico que no sirviese mas que por su capricho, no serviria mucho tiempo. La observancia de los preceptos, la inocencia, la mortificacion y todas las virtudes cristianas convienen á todo género de gentes; pero no todas las prácticas de piedad convienen á todo el mundo. La aplicacion continua á la oracion, la abstraccion de los negocios seculares, el olvido de sus parientes son virtudes propias de personas religiosas; pero un artesano, un magistrado, un padre de familias serian reprensibles si descuidasen los deberes de su condicion. Precisamente en la puntualidad en cumplir estos deberes, en la fidelidad en hacer lo que Dios manda es en lo que consiste, por decirlo así, la perfeccion cristiana: ¡qué error el no colocarla jamás sino en la soledad y en los desiertos, ó sobre la cima de las mas altas montañas! Puede decirse que la santidad está al alcance de todo el mundo; la virtud cristiana nace en todos los terrenos del Padre de familias; el que no lleven todas las tierras este fruto, es falta únicamente de los obreros.

¡Qué consolador es el saber que puede uno hacerse santo en todos los estados; que la santidad propia de cada estado es fácil! pero ¡qué aflictivo es y qué triste el no haberse hecho santo!

PUNTO SEGUNDO.—Considera cuán bueno es Dios por haber ligado la santidad de cada uno á los deberes de su estado respectivo; ¿podia, en efecto, haberla acercado mas á cada condicion, podia tampoco hacerla mas fácil, y á nosotros mas inexcusables?

¿Está uno en el estado religioso? la mas alta santidad consiste en la perfecta observancia de su instituto. Está uno elevado á los primeros empleos, ¿qué mérito mejor que cumplir todos los deberes, y qué virtud mas brillante que la que está unida á sus buenos ejemplos? La oscuridad del nacimiento, lo bajo de la condicion, la pobreza, la enfermedad, las desgracias son los medios más eficaces para llegar á una eminente santidad; ni la prosperidad fue jamás un obstáculo para ella. ¿Es menester ser humilde, manso, paciente, caritativo? Se puede ser en todos los estados. ¿Son necesarias las cruces para entrar en el cielo? Dios por una providencia sapientísima las ha esparcido abundantemente en todas las condiciones: no hay mas que hacer un santo uso de ellas. ¿Se necesitan buenas obras? ¿Cuántas no puede uno hacer sin salir de su casa? Las atenciones de la familia son los principales deberes de la virtud.

Por mas laudables, por mas preciosas que sean todas las prácticas de devocion, jamás estarémos seguros de que hacemos las que Dios

quiere de nosotros, sino cuando nos empleamos en las que son propias de nuestro estado. Estas solas son las que nos corresponden. No les toca á los siervos el elegir sus ocupaciones, tócale al Señor el determinar el servicio. Los trabajos mas penosos, las solicitudes menos interesadas se estiman poco si ellos no las han elegido. ¿Qué sirve el hacer mucho si con ello se desagrada?

¡Qué ilusion la de aquellas personas que descuidan los deberes ordinarios de su estado por satisfacer á su pretendida devocion, la cual no es propiamente entonces mas que un refinamiento de amor propio disfrazado! Aun cuando hubiésemos omitido todas las obras de supererogacion, visitas de enfermos, ejercicios de caridad, mortificaciones penosas, habrémos cumplido todos los deberes cuando hubiéremos desempeñado perfectamente los de nuestro estado. *Ha hecho bien todas las cosas.* Este es el elogio que se hacia de Jesucristo, y este es el que debe hacerse de todos los verdaderos cristianos, de todos los Santos: ha llenado perfectamente todos los deberes de su estado, ha cumplido con puntualidad y con fervor hasta los mas pequeños, los menores preceptos. Esta es la prueba mas segura de una verdadera virtud. Cualquiera otra idea de devocion es falsa; aun cuando uno hubiese hecho todas las obras de piedad, aun cuando hubiese puesto en ejercicio el celo mas ardiente, aun cuando hubiese gastado su vida en la práctica de las obras de misericordia, no es uno un siervo bueno y fiel, si no se han cumplido las obligaciones de su estado. Busquemos en todas las condiciones algun Santo que no haya marchado por este camino; cualquiera otro extravia. ¡Qué consuelo el hallar cada uno en su condicion, en su estado, en su edad, esta abundancia de gracias, esta multiplicidad de auxilios, esta multitud de medios y de ejemplos! pero ¡qué sentimiento, buen Dios, qué desesperacion el no haberlas conocido, ó el no haberse querido servir de ellas!

Yo, Señor, me lo echo ya en cara, y conozco todo el mal que me he hecho por haberme forjado una imaginaria imposibilidad de llegar, sin salir de mi estado, á una virtud eminente. Yo encuentro en mis obligaciones ordinarias con qué hacerme santo, mediante el auxilio de vuestra gracia; haced que de hoy mas ella me sirva para que saque provecho de todo.

JACULATORIAS.—Sí, Dios mio, yo estoy seguro de hacer siempre lo que os agrada, cumpliendo fielmente todas las obligaciones de mi estado. (*Joan.* VIII).

¡Qué bondad la del Dios de Israel para con aquellos que le sirven con un corazon recto! (*Psalm.* LXXII).

PROPÓSITOS.

1 Es un artificio ordinario del enemigo de la salud, para darnos la idea de la santidad, el presentarla como un fruto de países extraños, y que solo crece en la cima de las montañas mas altas. A favor de estas falsas preocupaciones jamás vemos la santidad al alcance de nuestras fuerzas; nuestra imaginacion nunca nos la pinta sino allá como en una lontananza y con colores poco comunes. Estamos en el mundo; no se considera posible la santidad sino atrincherada en el claustro al abrigo de las maceraciones y austeridades del estado religioso. Tenemos la dicha de haber abrazado la vida religiosa; piérdese el ánimo en el camino de la perfeccion, porque se nos representa la santidad ceñida solo á las acciones brillantes, á los milagros de penitencia, á los dones de contemplacion sublime que se admiran en la vida de los mayores Santos. Corrijamos hoy esta falsa idea, y depongamos nuestro error; descubramos este tesoro dentro de nosotros mismos. Vivamos persuadidos de que nuestra perfeccion está ligada á las obligaciones de nuestro estado. El Espíritu Santo alaba á la mujer fuerte por haber hilado, porque ha velado de continuo sobre sus criados, ha sido cuidadosa para proveer á las necesidades de su familia, y ha tenido una religiosa sumision á la voluntad de su esposo. Tal debe ser el elogio de una señora cristiana. Dios no aprueba nuestras largas estaciones en la iglesia ó en los hospitales, *si nuestra* familia padece algun detrimento por nuestra ausencia. No hay virtud sin el órden; nosotros le trastornamos desde que descuidamos las obligaciones de nuestro estado. Hay tiempo para todo; pero hagamos todas las cosas en su tiempo. Seamos celosos de la salvacion de otro; pero no desatendamos la nuestra. No tomemos sino del tiempo que tenemos libre, el que empleemos en las obras de supererogacion. Hagamos limosnas; pero despues de satisfechos los trabajadores, y pagadas nuestras deudas. Esta leccion es de las mas importantes. No hay devocion si se abandonan las obligaciones de su estado.

2 Sea siempre este artículo el primero de nuestro exámen de conciencia; tengan siempre el primer lugar en todas nuestras confesiones las faltas contra las obligaciones de nuestro estado, y no contemos por nada las buenas obras, aun las que mas honran, si faltamos á nuestros primeros deberes, que muchas veces son de ningun

esplendor, pero siempre de un gran precio. ¿Somos religiosos? Estudiemos nuestras obligaciones, y seamos exactos observadores hasta de las menores reglas. Un gran celo es muy loable; los rigores de la penitencia sirven mucho para la perfeccion; pero si haciendo bien las cosas á que no estamos obligados nos dispensamos de las que Dios nos pide; si á vuelta de un celo tan ardiente, tan vivo y tan laborioso violamos habitualmente las observancias religiosas; si exhortando á los demás con tanta elocuencia á que sean fervorosos, puntuales, mortificados, somos nosotros poco sumisos, poco exactos, poco humildes; ¿no habrá nada que echarnos en cara? Es demasiado interesante este consejo para que no lo pongamos en práctica. Informémonos de un sábio y celoso director lo que tenemos que reformar en este punto.

DOMINGO DUODÉCIMO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Llámase el domingo duodécimo despues de Pentecostes el domingo del caritativo Samaritano, ó en otros términos, el domingo del prójimo, á causa de la parábola que constituye el asunto del Evangelio de este dia. La Iglesia, que distribuye á sus hijos todo el año el alimento espiritual por medio de sus instrucciones particulares, por la celebracion de nuestros sagrados misterios, y por los ejemplos de los Santos, que cada dia nos pone á la vista como otros tantos modelos de perfeccion, cuida de darnos cada domingo lecciones mas escogidas y mas importantes para todos los fieles á quienes reune particularmente en este dia, y este es el motivo que ha tenido en la eleccion meditada que ha hecho de los Evangelios para cada domingo. La caridad con el prójimo era una virtud muy esencial al Cristianismo para haberla olvidado. Habiendo impuesto Jesucristo un precepto de ella, que puede llamarse su precepto favorito, y queriendo que sea tan ordinaria y tan familiar á sus discípulos que se la intima como un mandamiento de distincion que los caracterice; la Iglesia, conducida siempre por el espíritu de Jesucristo, renueva hoy esta importante leccion, y nos enseña en el oficio de la misa de este dia quién es nuestro prójimo, y cuál debe ser con respecto á él la caridad compasiva, operante y efectiva de todos los fieles. El Evangelio de la misa contiene esta instruccion; la Epístola es como el exordio, en el cual san Pablo, realizando la santidad de su ministerio por Jesucristo que da á sus ministros los talentos propios para sus funciones, designa

bien la caridad infinita que este divino Salvador tiene con todos los hombres, en cuya salud vela continuamente; comparándose él mismo al caritativo Samaritano, que no quiere que el enfermo carezca de nada de cuanto pueda necesitar, y encarga de ello al posadero á quien le confia, como el Salvador confia la salud de nuestras almas á sus ministros. No tiene menos relacion con esto el intróito de la misa. Es una oracion afectuosa y llena de confianza que David hace á Dios, en medio de las desgracias á que se ve reducido, y por la que implora su caridad y su misericordia.

Aplicaos, Dios mio, dice, *á socorrerme, daos prisa, Señor, á asistirme: cubrid de confusion y de vergüenza á mis enemigos, que me buscan para quitarme la vida.* Los santos Padres explican este salmo de Jesucristo, de quien David en muchas cosas es la figura. Viéndose este Profeta perseguido y hostigado sin cesar por sus enemigos, que habian jurado perderle, pone toda su confianza en Dios, implora su auxilio, pide su asistencia, y le suplica que confunda á los que le persiguen tan injustamente. San Atanasio, san Ambrosio, san Gerónimo y san Agustin no le explican solamente de Jesucristo, perseguido cruelmente por los judíos, sino tambien de todos sus siervos, cuya pérdida ha jurado el enemigo de la salvacion. Asaltados de mil tentaciones, expuestos á mil peligros, continuamente agitados por las olas en un mar borrascoso lleno de escollos, expuestos en todo momento á un triste naufragio; ha querido el Espíritu Santo enseñarles la fórmula de una corta, pero eficaz oracion, muy á propósito para atraerles el auxilio celestial, del que tan grande necesidad tienen en medio de tan grandes peligros. La Iglesia, gobernada por el mismo Espíritu, pone tambien la propia oracion al principio de todas sus horas. Instruida de la necesidad que todos tenemos de la asistencia del Señor para obrar el bien, y para merecer su benevolencia, comienza todas sus oraciones por esta: *Dios mio, venid en mi auxilio; apresuraos, Señor, á socorrerme.* Esta es tambien la oracion que todos los fieles deben hacer al principio de todas sus empresas.

La Epístola de la misa del dia está tomada de la segunda carta de san Pablo á los de Corinto. Habiendo sabido el Apóstol que algunos falsos apóstoles, herejes malignos, aprovechándose de su ausencia, dogmatizaban impunemente, y que para introducir mejor sus errores no cesaban en todas las juntas de hablar mal de él, de desacreditarle, y hasta de condenar su doctrina; se vió obligado á hacer su apología refiriendo el modo milagroso con que habia sido convertido y llamado al apostolado, los favores extraordinarios de que le

habia colmado el Señor, y cuál era la excelencia de su ministerio, cuyo valor ensalza por la comparacion que hace de la ley antigua con la ley nueva, y por el testimonio brillante de las conversiones milagrosas que ha hecho y de que los mismos corintios eran una prueba por su fe y su piedad. Pero, añade, ¿qué hemos de volver ahora á comenzar nuestro elogio? ¿ó tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendacion para vosotros, ó de vuestra parte? Tan léjos estoy de tener que mendigar sufragios extraños para justificar mi apostolado, que con solo mostraros á vosotros mismos tengo hecha mi apología y mi elogio. Vosotros sois para mí una carta de recomendacion; pero una carta viva, que yo llevo grabada en mi corazon, y que da fe á todo el mundo de mis trabajos, y de los resultados de mi mision. Basta para gloria mia ver el estado floreciente de esa Iglesia, ser testigo de vuestro fervor, y saber que soy yo el que ha sido vuestro Apóstol.

Ahora bien, si yo cuento con vuestra perseverancia, no es vana mi confianza, pues que estoy asegurado de todo lo que digo *por la confianza que tengo en Dios por Jesucristo*. Porque, á la verdad, yo reconozo que soy indigno del ministerio que ejerzo, y que los efectos de vuestra fe y de mi predicacion, igualmente que la propagacion del Evangelio y el progreso que habeis hecho, son muy superiores á mis fuerzas; por tanto yo refiero toda la gloria á Dios, y reconozco que si vosotros sois como el sello de mi predicacion, mi corona y mi gloria, es todo un puro efecto de la bondad de Jesucristo, y de Dios su Padre. *No porque por nosotros mismos seamos capaces de concebir cosa alguna como de nosotros mismos; sino que si somos capaces de alguna cosa, esto viene de Dios*. Lo que dice aquí el Apóstol debe entenderse de aquellas cosas que miran á la salud eterna, y que son meritorias, como dice el concilio de Orange; y en este sentido es de fe, no solo que no podemos ejecutar bien alguno, pero que ni aun somos capaces de formar el designio de hacerle sin la divina gracia: *Sin mí, nada podeis hacer*, dice Jesucristo; sin la gracia del Salvador, sin la fe, sin el auxilio sobrenatural de Dios, somos con respecto al bien meritorio, lo que es el sarmiento separado de la cepa, esto es, para nada bueno. Pero si nosotros nada podemos de nosotros mismos para el cielo, lo podemos todo, dice el santo concilio de Trento, con el auxilio de la gracia. Pero así como es verdad que nada podemos hacer bueno y meritorio con respecto á la salvacion sin la gracia de Jesucristo, así tambien es falso que no obremos verdaderamente por nuestra libre cooperacion á la gracia; y seria un error no menos

criminal y grosero querer inferir de estas palabras que todas las acciones de los infieles son pecados, cuando se dice aquí que nosotros no podemos de nosotros mismos formar pensamiento alguno bueno, dice un sabio intérprete; es menester que esto se entienda de los pensamientos santos y meritorios que nos conducen á la fe, á la conversion, á la salvacion, y de ningun modo de los pensamientos laudables y de un órden natural, cuyo fin no es otro que un bien y una bondad del mismo órden y de la misma naturaleza. Tales han sido, segun san Agustin, los buenos pensamientos de los antiguos filósofos, y los de los pueblos que no reconocian á Jesucristo, ni la verdadera Religion; como cuando piensan que deben amar y honrar á sus padres, y hacer bien á los miserables. Pero sin los auxilios de la gracia no podemos hacer nada que nos conduzca á la salud eterna.

Tambien por el auxilio de su gracia nos ha hecho el Señor á propósito para el ministerio de la nueva alianza, continúa el santo Apóstol; *no por la letra*, esto es, por la ley de Moisés escrita sobre la piedra y en los libros de la antigua ley, *sino por el espíritu* de la ley nueva, que nos da el Espíritu Santo, y la gracia para hacer lo que ella manda. La ley de Moisés mandaba el bien y prohibia el mal, pero no daba la fortaleza para practicar el uno y evitar el otro. La ley de Jesucristo enseña con mucha mas perfeccion lo que se debe evitar y lo que se debe hacer, y al mismo tiempo da la gracia y la fortaleza para obrar como es debido; *porque la letra mata, y el espíritu vivifica;* es decir, la ley de Moisés causaba la muerte; ya porque era una ley de rigor que castigaba de muerte las transgresiones mas ligeras, ya porque siendo extraordinariamente pesado el yugo que imponia, daba por lo mismo ocasion á una infinidad de pecados que causaban la muerte del alma, sin dar socorros poderosos para evitarlos. *El Espíritu*, al contrario, *vivifica;* esto es, que la ley de Jesucristo es una ley de amor y de dulzura, que tiene la fuerza de comunicar por sí misma la gracia del Espíritu Santo, en la cual consiste la vida del alma. *La letra mata*, es decir, que la ley escrita no era la causa ciertamente del pecado; no inducia á pecar; solamente daba ocasion para que se hiciesen muchos pecados, por el gran número de ceremonias legales, todas santas á la verdad, á que sujetaba á los judíos, y las cuales hubieran podido omitir impunemente si la ley no se las hubiese prescrito: esto es lo que hacia decir á san Pablo que donde no hay ley, no hay transgresion; el espíritu vivifica; pero la ley escrita, cargada de tantos preceptos, todos impuestos bajo de penas tan graves, dando las luces para conocer el mal, no da por sí misma las

gracias para evitarlo. El espíritu, por el contrario, vivifica, esto es, la ley nueva, la ley de gracia no sujeta á todas estas ceremonias legales, prescribe lo que se debe evitar y lo que se debe hacer, y da al mismo tiempo, por los méritos de la sangre de Jesucristo, los auxilios necesarios para ejecutarlo.

Por todo esto, ensalza infinitamente san Pablo á los ministros de la nueva ley, sobre el ministerio de la ley antigua; *porque si lo que estaba escrito en la piedra*, dice, *siendo un ministerio de muerte, ha sido no obstante tan colmado de gloria*, que los hijos de Israel no podian fijar sus ojos en el rostro de Moisés á causa del resplandor que despedia de él, y sin embargo de que debia pasar aquella ley; ¿cómo no estará mucho mas colmado de gloria el ministerio del Espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es en algun modo glorioso, con mas razon debe estar lleno de gloria el ministerio que justifica. Escribia san Pablo á unos hombres nuevamente convertidos, á quienes unos falsos hermanos encaprichados en el judaismo querian sujetar á todas las ceremonias legales; por cuya razon ensalzaban infinitamente el ministerio de Moisés, de quien Dios se habia servido para dar la antigua ley, al paso que envilecian el ministerio del santo Apóstol como muy inferior al de aquel primer legislador; y de este modo inspirando el desprecio del ministerio de la nueva ley, lo inspiraban de la ley misma. El santo Apóstol prueba por la excelencia de la ley la dignidad del ministerio, é inspira por la comparacion que hace de la ley nueva con la antigua, la estima, el respeto y la justa idea que debe formarse de los ministros de las dos. Si, pues, la ley de Jesucristo es superior en santidad, en dignidad, en excelencia á la ley antigua, ¿cuánto mas respetables son los ministros de Jesucristo que los ministros del Antiguo Testamento? Porque un ministerio que confiere el Espíritu Santo con la verdadera justicia, y que no debe concluir jamás, tal como el de Jesucristo, es sin duda mucho mas glorioso que un ministerio de servidumbre, de condenacion y de muerte, y cuya duracion era tan limitada como ha sido la de la antigua alianza. Si, no obstante esto, la gloria de este ha sido tan brillante que ha llegado hasta deslumbrar los ojos de los que miraban á Moisés, luego que se presentó en el campo, ¿cuál debe ser á los ojos de los fieles el esplendor del ministerio enteramente divino de la ley nueva?

El Evangelio de la misa de este dia está tomado del capítulo décimo de san Lucas, en el que el Salvador da lecciones importantísimas á todo el pueblo, y en particular á sus discípulos. *Dichosos los*

ojos que ven lo que vosotros veis, les decia; creedme, muchos profetas, muchos reyes han deseado con ardor el verme como vosotros me veis, conversar conmigo y oirme como vosotros, y no se les ha concedido esta gracia. ¡Qué desgracia para los que no se aprovecharen de la ventaja que tienen de poseerme! En esto, un doctor de la ley, muy satisfecho de la estima que gozaba y de su suficiencia, se levantó, y creyendo embarazarle: *Maestro*, le dijo, *¿qué debe hacerse para merecer la vida eterna?* Su pregunta era capciosa; porque decia él entre sí: Si dice que es preciso observar la ley y las ceremonias legales, es inútil que nos venga á anunciar el reino de Dios como una cosa nueva. Si responde que no debe observarse la ley, se le debe convencer de prevaricacion y mirársele como un falso profeta. Pero el Salvador, á quien nada estaba escondido, confundió con su respuesta la malicia del pretendido doctor, haciéndole ver que no carecia de conocimiento para saber lo que debia hacerse, sino de buena voluntad para hacer lo que debia. ¿Ignoras lo que está escrito en la ley? le responde el Salvador: *¿Qué lees?* —Amarás al Señor tu Dios, repuso el doctor, con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu; y á tu prójimo como á tí mismo. —*Has respondido bien*, le dijo el Salvador. *Haz lo que acabas de decir y vivirás*. Guarda bien estos dos principales mandamientos. Ama á tu Dios sin miramiento, sin reserva, ama á tu prójimo como te amas á tí mismo, y alcanzarás la vida bienaventurada que no tendrá fin.

Lleno el doctor de una opinion ventajosa de sí mismo, y temiendo que se conjeturase el maligno motivo que le habia inducido á preguntar al Señor sobre una cosa que segun aparecia de su propia respuesta no ignoraba, quiso desvanecer toda sospecha que hubiera podido concebirse de su mala fe, haciendo ver que aun cuando no ignorase lo que estaba escrito en la ley, tenia con todo una dificultad que era la que le habia obligado á hacer su pregunta. Maestro, replicó, pues, el doctor, ¿quién es mi prójimo?

Este doctor, que era del número de aquellos escribas soberbios poco versados en la ley, y que sin embargo pretendian entenderla mejor que nadie, jamás habia comprendido la obligacion del precepto de la caridad con el prójimo. Encaprichado como todos los demás en sus supersticiosas y falsas tradiciones, estaba tan lleno del espíritu del judaismo y tan supersticiosamente apegado á la idea de su nacion, que no reconocia como prójimo á ninguno que no fuese judío, y abrigaba una absoluta aversion á todos los demás pueblos, sobre

todo á los pueblos de Samaria. El odio era recíproco entre estas dos naciones; y lo que prueba bien hasta donde llegaba la ceguedad de estos pretendidos doctores, es que cubrian con el pretexto de la ley el aborrecimiento que los judíos tenian á todos los demás pueblos, como si Dios, que es el Padre comun de todos los hombres, les hubiese prohibido el ejercitar con los extranjeros los oficios de la caridad y el amarlos á todos como hermanos. Este era el error de un pueblo infatuado con sus falsas tradiciones; lo era principalmente el de este orgulloso doctor, que no habiéndose dirigido al principio á Jesucristo para aprender de él la verdad, sino para tantearle y hallar en que censurarle su doctrina, viéndose confundido no continuó tampoco en hacerle nuevas preguntas, contentándose con preguntarle quién era el prójimo á quien debia amar como á sí mismo. Aprovechóse de esta coyuntura el Salvador para darnos una idea justa de la palabra prójimo, por medio de una parábola que instruyó á aquel ignorante doctor y le cerró la boca. Hizo entrar en ella de propósito á un samaritano para enseñar á los judíos que bajo el nombre de prójimo debian comprender á todos los extranjeros, y aun á sus enemigos, sin exceptuar á los samaritanos, á quienes aborrecian de muerte, y con los que habia mucho tiempo no tenian comercio alguno.

Cierto hombre, le dice, que iba de Jerusalen á Jericó, cayó en manos de unos ladrones, que no contentos con robarle su dinero, le despojaron y dieron tantos golpes que le dejaron por muerto en el sitio. Sucedió por casualidad, que pasando por allí un sacerdote, vió á aquel pobre magullado á golpes, todo ensangrentado; pero no hizo caso, y pasó adelante: poco después vino un levita, el cual reparó en aquel hombre que moria y pedia socorro; pero léjos de enternecerse, continuó su camino sin prestarle auxilio alguno. Por fin, poco después pasó un samaritano, que mas caritativo que el sacerdote y el levita no pudo mirar sin compasion el lastimoso estado en que se hallaba aquel judío, y á pesar de ser extranjero, y como samaritano enemigo del herido, se movió á piedad, se acercó á él, y vendó sus llagas después de haberlas lavado con aceite y vino; no contento con haber hecho con él este oficio de caridad, le puso sobre su caballo, le llevó á la posada mas inmediata, y pasó allí todo el dia cuidando de él. Al siguiente sacó de su bolsa dos piezas de plata, las dió al hospedero, le recomendó el enfermo, rogóle que cuidase de él, y le prometió que á su vuelta le pagaria todos los gastos que hubiese hecho para su curacion, y le abonaria lo que le pidiese por su trabajo.

Nada podia decirse mas á propósito para instruir á nuestro doctor. La parábola era sencilla é ingenua: tratábase de hacer la aplicacion de ella, y el Salvador quiso que fuese el mismo doctor el que la hiciese. Preguntóle, pues, lo que pensaba de aquellas tres clases de personas cuyo retrato acababa de hacer, y cuyas disposiciones y conducta le habia pintado: ¿Cuál de ellos te parece á tí, le dijo, es el prójimo de aquel judío tan maltratado por los ladrones? ¿es el sacerdote que le ha visto sin decirle una palabra? ¿es el levita que ha pasado sin compadecerse de él? ¿ó es el samaritano que movido de compasion y lleno de caridad ha hecho en favor suyo servicios tan importantes? — Lo es ciertamente, repuso el doctor, el que le ha tratado con tanta caridad; los otros dos han obrado como verdaderos bárbaros. — Pues hé aquí, concluyó el Salvador, el modelo que debes tú seguir. Reconoce que ni la parentela, ni la alianza, ni el país ó la condicion constituyen el prójimo; por grande que sea la antipatía entre los dos pueblos, encuentras, no obstante, en el samaritano la cualidad de prójimo con respecto al judío enfermo; no hagas, pues, ya diferencia entre el compatriota y el extranjero; Dios es el Padre comun, y es preciso que todos se amen mutuamente como hermanos. Sabe que el amor del prójimo debe extenderse indiferentemente á todo género de personas. No olvides jamás una leccion tan importante; ponla en práctica y vivirás.

El venerable Beda y muchos intérpretes creen que Jesucristo refiere aquí mas bien una historia, que una simple parábola. El camino de Jerusalen á Jericó estaba muy desacreditado por los robos y los asesinatos que en él se cometian. Estaba situado en el tránsito el valle de Adomnin, dice san Gerónimo, llamado de los Sanguinarios á causa de la sangre que allí se derramaba, lo cual hacia aquel camino muy peligroso y cuási intransitable. Los levitas propiamente son los descendientes de Leví, y en este sentido los mismos secerdotes, como pertenecientes todos á esta tribu, podian llamarse levitas; pero como en esta tribu el sacerdocio estaba vinculado á la sola familia de Aaron, quedó el nombre de levitas á los que componian las demás familias, y estos estaban destinados á servir y ayudar á los sacerdotes en sus funciones.

Es evidente que el Salvador en esta narracion ha querido darnos á entender que todo aquel que necesita nuestro auxilio es nuestro prójimo; y que la ley, dice san Agustin, que obliga á amar al prójimo como á sí mismo, es general, y á nadie excluye de los deberes de la caridad.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens et misericors Deus, de cujus munere venit, ut tibi à fidelibus tuis digne et laudabiliter serviatur: tribue, quaesumus, nobis, ut ad promissiones tuas sine offensione curramus. Per Dominum...

Dios omnipotente y soberanamente misericordioso, sin cuya gracia no podrian vuestros fieles siervos haceros servicio alguno agradable y digno de Vos; dignaos sostenernos de tal manera, que sin caer por nuestra flaqueza, corramos sin cesar en busca de los bienes que nos habeis prometido. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola está tomada de la segunda carta del apóstol san Pablo á los Corintios, capítulo III.

Fratres: Fiduciam talem habemus per Christum ad Deum: non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est: qui et idoneos nos fecit ministros novi Testamenti; non littera, sed Spiritu: littera enim occidit, Spiritus autem vivificat. Quod si ministratio mortis litteris deformata in lapidibus, fuit in gloria, ita ut non possent intendere filii Israël in faciem Moysi, propter gloriam vultus ejus, quae evacuatur, quomodo non magis ministratio Spiritus erit in gloria? Nam si ministratio damnationis gloria est: multo magis abundat ministerium justitiae in gloria.

Hermanos mios: Por Jesucristo es por quien tenemos tan gran confianza en Dios: no porque de nosotros mismos seamos capaces de concebir cosa alguna como de nosotros mismos; sino que si somos capaces de algo, esto viene de Dios que nos ha hecho á propósito para el ministerio de la nueva alianza, no por la letra, sino por el espíritu; porque la letra mata y el espíritu vivifica. Porque si lo que estaba escrito en la piedra, siendo un ministerio de muerte, fue tan lleno de gloria que los hijos de Israel no podian fijar su vista en el rostro de Moisés á causa del resplandor que de él despedia, cuya gloria sin embargo debia pasar, ¿cuánto mas lleno de gloria estará el ministerio del espíritu? En efecto, si un ministerio que condena es glorioso, con mas razon debe abundar en gloria el ministerio que justifica.

REFLEXIONES.

La letra mata, y el espíritu vivifica. No hay heresiarca, no hay hereje á quien la letra, por decirlo así, no haya muerto por el abuso que han hecho de la Escritura santa. Entregados por un secreto orgullo á su propio espíritu, han seguido los errores, y han sido los juguetes de todas las flaquezas. Como Dios en las divinas Escrituras ha hablado á los hombres, les ha hablado, por decirlo así, en el lenguaje de los hombres; pero los términos, las expresiones, el idioma con que les hablaba, encerraba el sentido de Dios. La letra no es mas que la corteza bajo de la cual está oculto un sentido místico y enteramente divino. Ahora bien, solo el Espíritu divino es el que bajo de la letra humana puede descubrir el sentido espiritual, el cual por lo comun

es el solo verdadero: el entendimiento del hombre no puede pasar de la corteza sin desbarrar, y no viendo mas que lo que la letra presenta naturalmente á su entendimiento, no concibe sino lo que está á su alcance; si va mas léjos, se extravia; solo, pues, el espíritu de Dios es el que entiende, el que penetra el verdadero sentido de la habla divina. En esto consiste que antes de la venida del Salvador el pueblo judío nunca tuvo mas que una inteligencia baja, material y grosera de la Escritura; nada concebia que no fuese terreno y natural. Los Patriarcas, los Profetas y algunos otros Santos del Antiguo Testámento fueron únicamente los que penetraron el sentido espiritual de los Libros santos; pero esto fue por una revelacion especial de Dios. Así es que solo Jesucristo es el que ha podido darnos la inteligencia, y dejando su espíritu á su Iglesia, la ha dejado con el depósito de la fe la inteligencia de las santas Escrituras; ella sola tiene el derecho inenajenable de conocer el verdadero sentido de ellas, y descubrirle á los fieles; á ella sola pertenece el derecho de interpretar y de enseñar: ella sola no puede errar, puesto que el Espíritu Santo es quien la anima, quien la conduce, quien la ilumina; fuera de su escuela no hay mas que ignorancia, ilusion, falsedad, extravagancia; fuera de la Iglesia no hay mas que tinieblas; y si aparece alguna luz, solo pueden ser sombríos vislumbres que producen las malignas exhalaciones, falsos brillos, fuegos fatuos que llevan todos al precipicio, y que no pueden hacer otra cosa que extraviar. Recordemos todos los herejes desde el nacimiento de la Iglesia, no hay uno que no haya seguido su propio espíritu y sus propias luces en perjuicio de la verdad. Obstinados en no querer escuchar á la Iglesia, ¿en qué espantosas extravagancias, en qué lamentables errores no han caido, no siguiendo mas que las débiles luces de su propio espíritu? No hay siglo alguno que no produzca tristes ejemplos de ello. ¡Qué de absurdos en sus sistemas! ¡qué de libertinaje en su moral! ¡qué de variaciones en sus dogmas! ¡qué de irreligion en sus sectas! ¡qué de corrupcion en sus costumbres! En las colonias de la rebelion y del error, la policía civil ha reglado toda la religion, si se puede llamar religion un monton de errores, de contradicciones y de reglamentos arbitrarios; sectas donde no se sabe lo que se cree, y en donde ordinariamente no se cree nada. Tales han sido hasta hoy, y tales serán hasta el fin de los siglos todas las herejías: sin embargo, ninguna hay que no se lisonjee de poseer la Escritura; pero concebida, interpretada segun el espíritu particular de cada uno. Una simple mujer, pobre de talento, de corto alcance, im-

bécil, imagina que está inspirada, y pretende entender la Escritura santa tan bien como un concilio; ella interpreta, enseña, profetiza, y se la escucha; ¿no es esto lo que se ha visto en nuestros dias entre los herejes fanáticos? á la verdad, el fanatismo es inseparable de todas las sectas heréticas; no hay ningun ignorante que no se crea doctor. Tanta verdad es que la letra sin el espíritu de Jesucristo mata: solo el espíritu vivifica; pero solo el espíritu de Jesucristo y de la Iglesia, y de ningun modo el espíritu particular.

El Evangelio de la Misa es lo que sigue del capítulo x *del Evangelio segun san Lucas.*

In illo tempore: Dixit Jesus discipulis suis: Beati oculi, qui vident quae vos videtis. Dico enim vobis, quod multi Prophetae et Reges voluerunt videre quae vos videtis, et non viderunt; et audire quae auditis, et non audierunt. Et ecce, quidam legisperitus surrexit, tentans illum, et dicens: Magister, quid faciendo vitam aeternam possidebo? At ille dixit ad eum: In lege quid scriptum est? quomodo legis? Ille respondens, dixit: Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex omnibus viribus tuis, et ex omni mente tua: et proximum tuum sicut teipsum. Dixitque illi: Recte respondisti: hoc fac, et vives. Ille autem volens justificare seipsum, dixit ad Jesum: Et quis est meus proximus? Suscipiens autem Jesus, dixit: Homo quidam descendebat ab Jerusalem in Jericho, et incidit in latrones, qui etiam despoliaverunt eum: et plagis impositis, abierunt semivivo relicto. Accidit autem ut sacerdos quidam descenderet eadem via: et viso illo, praeteribit. Similiter et levita cum esset secus locum, et videret eum, pertransiit. Samaritanus autem quidam iter faciens, venit secus eum: et videns eum, misericordia motus est. Et appropians alligavit vulnera ejus, infundens oleum et vinum: et imponens illum in jumentum suum, duxit in stabulum, et

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis; porque yo os aseguro que muchos profetas y reyes desearon ver lo que vosotros veis, y no lo han visto, y oir lo que vosotros oís, y no lo han oido. En esto un doctor de la ley se levantó con ánimo de sondearle: Maestro, le dijo, ¿qué haré yo para poseer la vida eterna? Respondióle Jesús: ¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Cómo lees? Contestó él entonces: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todas tus fuerzas, con todo tu entendimiento, y á tu prójimo como á tí mismo. Has respondido bien, dijo Jesús: haz esto y vivirás. Mas queriéndose justificar, le dijo á Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Sobre lo cual tomando Jesús la palabra, dijo: Cierto hombre que iba de Jerusalen á Jericó cayó en manos de unos ladrones que le despojaron, y después de haberle llenado de heridas le dejaron medio muerto. Sucedió que por acaso un sacerdote llevaba el mismo camino, y visto aquel hombre pasó adelante: lo mismo hizo un levita, que estando cerca de aquel sitio, y habiéndole visto, pasó tambien. Mas un samaritano que viajaba, se llegó á él, y viéndole (como estaba) le movió á compasion: acercóse á él, y vendó sus llagas después de haber derramado sobre ellas aceite y vino. Púsole en seguida

curam ejus egit. Et altera die protulit duos denarios, et dedit stabulario, et ait: Curam illius habe: et quodcumque supererogaveris, ego cum rediero, reddam tibi. Quis horum trium videtur tibi proximus fuisse illi, qui incidit in latrones? At ille dixit: Qui fecit misericordiam in illum. Et ait illi Jesus: Vade, et tu fac similiter.

sobre su caballo, llevóle á una posada, y cuidó de él. Al dia siguiente sacó de su bolsa dos denarios de plata, los cuales dió al posadero, diciéndole: Cuida de este hombre, y todo lo que adelantares de mas, yo te lo pagaré á mi vuelta. ¿Cuál de estos tres te parece que ha sido el prójimo de aquel hombre que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que le ha tratado con caridad. A lo cual repuso Jesús al doctor: Vé, y haz tú lo mismo.

MEDITACION.

De las obras de misericordia.

Punto primero. — Considera que la misericordia es un enternecimiento del alma á vista de las miserias de otro, y un deseo vivo y ardiente de remediarlas. El enternecerse únicamente á vista de lo que padecen los demás sin el deseo de aliviarles, no es una virtud cristiana; es solo un movimiento natural, señal de una alma buena, el cual en la mayor parte de los hombres no está mas que *en los sentidos*, los cuales se conmueven por los objetos, y no pueden negar este homenaje á la naturaleza. Por obras de misericordia se entienden los efectos de esta virtud moral, que segun Jesucristo debe caracterizar á todos los Cristianos, y que consiste en amar á su prójimo como se ama uno á sí mismo, y en socorrerle con sus bienes, con sus consejos y con su ayuda en todas sus necesidades; estos son los frutos de una caridad pura, compasiva, eficaz, que no encuentra mayor placer que el de hacer bien á todos los que se hallan en la indigencia, y sobre todo en consolar á las personas afligidas, y aliviarlas en sus necesidades. No hay virtud mas ordinaria en todos los Santos: ella es como natural á una alma verdaderamente cristiana. Cuando hay una piedad sólida, cuando se ama verdaderamente á Dios, se encuentra un placer tan exquisito en derramar liberalmente las limosnas en el seno de los pobres, en consolar á los desgraciados, en visitar á las personas afligidas, en aliviar á los que padecen, que se diria que las buenas obras llevan consigo su recompensa, y hacen gustar tantas dulzuras interiores á las personas caritativas, como ellos hacen sentir á los que favorecen. Pero ¡y qué consoladoras son las dulzuras que causan las obras de misericordia en la hora de la muerte á las personas caritativas! puede asegurarse que no hay cosa que así

consuele y asegure á un moribundo, como la memoria dulce de las obras de misericordia que ha practicado. Disípanse los espantos de la muerte á la sola imágen de las grandes limosnas que se han hecho durante la vida. ¿Qué cosa de mas consuelo entonces que el acordarse de aquellos pobres á quienes se ha visitado en los hospitales, de aquellos pobres vergonzantes á quienes se ha consolado, á quienes se ha prolongado la vida con sus limosnas, de aquellos presos de quienes se ha cuidado, y de los cuales se han constituido, por decirlo así, los abogados, los patronos, y como los padres; en fin, de todos aquellos infelices de quienes pueden considerarse como salvadores? Los actos de Religion, por mas santos que sean, son á la verdad de un grande auxilio en la hora de la muerte: uso de los Sacramentos, ejercicios de piedad, oraciones, todo esto consuela; pero todo esto no asegura. Si alguna cosa puede asegurar entonces, puede decirse que son las obras de misericordia hechas por motivos puros y sobrenaturales. ¡Dios mio, qué poco se conoce el dia de hoy el precio y el mérito de este género de obras buenas!

PUNTO SEGUNDO. — Considera cuán agradables son á Dios y cuán necesarias á todos los fieles las obras de misericordia, puesto que solo sobre ellas se funda, por decirlo así, el derecho que tienen los elegidos para entrar en posesion de la herencia celestial después de su muerte. *Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que teneis preparado desde la creacion del mundo.* Quiere el Señor que se sepa á qué título reciben una recompensa tan grande: porque tuve hambre, dice, y me habeis dado de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; no tenia donde alojarme, y me habeis recibido en vuestra casa; me faltaba el vestido, y me lo habeis dado; estuve enfermo, y me visitásteis; estuve en prisiones, y me habeis ido á ver. Los justos, añade el Salvador, le responderán entonces: Señor, ¿y cuándo os hemos visto con hambre, y os hemos dado de comer, ó que teníais sed, y os hemos dado de beber? ¿cuándo hemos visto que no sabíais en dónde alojaros, y os hemos recibido en nuestra casa, ó que carecíais de vestido, y os lo hemos dado? ¿cuándo os hemos visto enfermo, ó en prision, y os hemos ido á ver? — Sabed, responderá el Señor, y os lo digo en verdad (continúa hablando Jesucristo) sí, os lo digo en verdad, que cuantas veces habeis hecho estas cosas con uno de los mas pequeños de mis hermanos que están aquí, lo habeis hecho conmigo mismo. El decreto de condenacion por el que el soberano Juez precipita á los réprobos al fuego eterno, no se funda en otro motivo que

en su insensibilidad por los males y las necesidades del prójimo. ¿Y podemos creer esta gran verdad, y permanecer duros en órden á las miserias de otro? ¿y pasar un dia sin santificarle con algunas obras de misericordia? El Señor en aquel dia tan terrible en que el Juez soberano dará á cada uno segun sus obras, en aquel dia decisivo de nuestra suerte eterna, el Señor no hace mencion alguna de las maceraciones del cuerpo, de las prácticas de devocion, de las oraciones; no porque no haga caso de ellas, no porque no le sean muy agradables, y que no sean medios de salud, igualmente que actos de virtud dignos de recompensa, sino que el Salvador ha querido que comprendamos cuál es la necesidad de las obras de misericordia, cuál su mérito, y que sin esta caridad cristiana Dios hace poco caso de todas las demás virtudes. En medio de todo esto, esta caridad se ve *el dia* de hoy muy debilitada entre los Cristianos; míranse las obras de misericordia como unos actos heróicos propios solo de un pequeño número de gentes devotas; pero ¿podrán considerarse como simples consejos, puesto que ellas constituyen los motivos de una sentencia decisiva? No hay cosa mas abandonada que las obras de misericordia; porque la caridad que debe caracterizar á los cristianos está cuási extinguida. ¡Cuántos hay que jamás han puesto los piés en *un hospital*! Esas personas tan opulentas, tan adornadas, tan magníficas en muebles, en vajillas, en caballos, ¿alivian, visitan á los pobres presos, á los vergonzantes, que quedarian ricos con solo lo supérfluo de tantos ricos? ¡Ah Señor! si la caridad cristiana es tan rara en el dia de hoy, si está cuási extinguida, ¿cuál es nuestra fe?

Comprendo bien, Señor, cuánta razon habeis tenido para decir que es pequeño el número de los elegidos. Pero ¡ó Dios mio! aun cuando fuese mas pequeño que lo que es, yo quiero ser de este número pequeño; os pido vuestra gracia, y con su auxilio espero que la resolucion que hago de pasar el resto de mis dias en el ejercicio de las buenas obras será eficaz, y me hará menos dudosa mi salvacion.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los que hacen obras de misericordia, porque ellos alcanzarán misericordia. (*Matth.* v).

Dichoso aquel que movido de compasion atiende á las necesidades del pobre y del afligido; porque si él se halla en afliccion, acudirá el Señor á su auxilio. (*Psalm.* XL).

PROPÓSITOS.

1 No se entienden aquí por buenas obras sino ciertas acciones particulares que miran á la caridad, como aliviar á los desgraciados, consolar á los afligidos, socorrer á los pobres. En este concepto toda buena obra es una accion buena, mas no toda accion buena es una buena obra. Hay siete obras de misericordia espirituales, y otras tantas corporales, por medio de las cuales se socorre al prójimo en sus necesidades del espíritu y del cuerpo. Las corporales son visitar los encarcelados y á los pobres enfermos en los hospitales, dar de beber á los que tienen sed, dar de comer á los que tienen hambre, rescatar los cautivos, vestir á los desnudos, hospedar á los pobres, sepultar los muertos. Las espirituales son dar buen consejo á los que lo han menester, corregir á los que yerran, instruir á los ignorantes, consolar á los afligidos, olvidar las injurias, perdonar las ofensas, rogar por los vivos y por los muertos, y por los que nos persiguen. No hay nadie que no pueda cumplir con alguna de estas obras de misericordia, muchos aun con todas. Determina las que puedes hacer, y cuya omision te hará desesperar á la hora de la muerte, y en adelante sé fiel en ejercitarte cada dia en alguna si es posible.

2 Si tienes parientes pobres ó afligidos no dejes de verlos y asistirlos con preferencia; son tus parientes, y deben ser preferidos en tus buenas obras. Cosa extraña: se ven alguna vez gentes que se avergüenzan de ir á ver á sus parientes pobres, como si su visita debiera deshonrarlos; nada hay mas opuesto al espíritu de Jesucristo, y á la caridad cristiana, que esta mal entendida vergüenza. Iráse mas pronto á visitar á los pobres en el hospital, que á un pariente pobre á su casa; la verdadera causa de esta preferencia no es mas que una secreta vanidad. La visita de los pobres en el hospital hace siempre algun honor; mas un pobre que es pariente nuestro humilla á una alma orgullosa. Guardaos bien de dar oidos á una vanidad tan necia; informaos si teneis algun pariente que padezca, y no paseis el dia sin visitarle y asistirle. Si alguno de los que os han ofendido se halla afligido ó miserable, visitadle, socorredle, preferid esta obra de caridad á todas las demás; este es el espíritu del Evangelio y del Cristianismo. En fin, imponeos una ley de no pasar dia alguno, ó á lo menos ninguna semana, sin practicar alguna obra de misericordia; semejante práctica es acaso la señal mas segura de predestinacion y de salvacion.

DOMINGO DÉCIMOTERCIO DESPUÉS DE PENTECOSTES.

Como el Evangelio de la misa del dia es siempre el que sirve de título y da el nombre á los domingos después de Pentecostes, se ha llamado por tanto comunmente á este el de la curacion de los diez leprosos; los griegos y los latinos convienen en esta denominacion del décimotercio domingo. Podria tambien llamarse el domingo de la ingratitud, puesto que de los diez leprosos que fueron milagrosamente curados por el Salvador, no hubo mas que uno solo que viniese á dar gracias á su bienhechor, sin que los otros nueve hubiesen parecido mas. *Solo este extranjero es*, dice el Salvador, *el que ha vuelto y ha dado gloria á Dios*. La atencion que el Salvador hace aquí sobre el reconocimiento de este extranjero, que fue el único de los diez que volvió á darle gracias, es una instruccion misteriosa. Hase dicho ya que la Iglesia reune á los fieles todos los domingos, no solo para orar y asistir al divino sacrificio, sino que tambien para alimentarlos con el pan de la divina palabra, é instruirlos en las grandes verdades de la Religion, les da cada domingo una leccion particular sobre algun punto de la moral y del dogma. La leccion de moral se contiene ordinariamente en el Evangelio del dia, y la del dogma se halla en la Epístola. El intróito de la misa es por lo comun una oracion que puede servir de modelo para enseñarnos á orar bien.

El intróito de la misa de este dia está tomado del salmo LXXIII. Previendo el Profeta las desgracias que debian suceder á todo el pueblo, dirige á Dios una piadosa demanda, llena de amor y de confianza; quéjase á Dios en nombre del pueblo de la desolacion de Jerusalen y de toda la nacion, é implora el auxilio del cielo. Este salmo conviene perfectamente á la Iglesia perseguida no solo por los paganos, sino mucho mas tiempo todavía por los herejes, que no cesan aun de perseguirla. Vense en él rasgos vivos y elocuentes, expresiones fuertes, grandes y patéticas que convienen admirablemente al asunto, y que traen á la memoria los excesos y los sacrilegios de los herejes; hé aquí algunos de ellos: *Levantad cuanto antes, Señor, la mano sobre nuestros enemigos, para que su orgullo quede abatido para siempre: ¡ah! ¡cuántas impiedades han cometido en el lugar santo!* ¡en vuestro templo! ¡Con qué insolencia han profanado el lugar santo, en el cual

celebrábamos nosotros fiestas en vuestro honor! Ellos han enarbolado sus estandartes en el lugar mas alto del templo, igualmente que en las encrucijadas, sin hacer diferencia entre lo sagrado y lo profano. Hanse animado los unos á los otros para echar las puertas abajo á golpes de hachas, como hubieran derribado los árboles en una floresta; han volcado las puertas á hachazos y á golpes. Esta nacion impía, y todas sus sectas, aunque diferentes entre sí en dogmas, en errores, en intereses, han convenido siempre en este artículo; todos han dicho unánimemente: *Abolamos en la tierra todas las fiestas del Señor*. ¿Quién no ve en esta muestra el verdadero retrato de los herejes de los últimos siglos? Tal es el salmo del cual ha tomado la Iglesia las palabras que componen el intróito de la misa de este dia: *Acordaos, Señor, de la alianza que hicísteis en otro tiempo con nuestros padres, y no olvideis para siempre á vuestro pobre pueblo.* Acordaos, Señor, de todas las maravillas que obrásteis en nuestro favor; acordaos que sois nuestro Criador, nuestro protector, nuestro libertador; no olvideis que sois nuestro Dios, y nosotros somos vuestro pueblo; vuestro honor está, en cierto modo, interesado en socorrernos, puesto que nuestros enemigos son los vuestros. Levantaos, Señor; vuestra causa igualmente que la nuestra es la que os pedimos encarecidamente que defendais, y que no rechaceis las súplicas humildes de los que os buscan con todo su corazon. ¿Por qué ¡ó Dios mio! nos habeis abandonado, como si nada tuviésemos que esperar de Vos? ¿por qué estais tan irritado contra las ovejas de vuestro rebaño? ¿Está por ventura ¡ó Dios mio! encendida para siempre contra nosotros vuestra ira? ¿No acabarán jamás estos males? ¿Habeis arrojado para siempre este pueblo, en otro tiempo tan querido, tan privilegiado, que Vos mismo habeis conducido por el desierto, y como buen pastor alimentado con el pan de los Ángeles? En todo este salmo se ve un modelo perfecto de una oracion afectuosa y llena de confianza, muy á propósito para todas las calamidades públicas, y para pedir al Señor que se digne hacer que cesen los azotes bajo de los cuales gime el pueblo.

La Epístola de la misa de este dia está tomada de la instruccion que san Pablo da á los gálatas para enseñarles que la ley no justifica, y que no puede ninguno justificarse sino por la fe, la cual es como la vida del justo. Para comprender toda esta Epístola, y entrar en el verdadero sentido del Apóstol, conviene saber que habiendo predicado san Pablo la fe de Jesucristo en Galacia, que era una provincia del Asia Menor, entre la Capadocia y la Frigia, convirtió allí

tan gran número de gentiles, que en poco tiempo formó una Iglesia considerable. La primera vez que fué allá fue recibido como un ángel de Dios, y como lo hubiera sido Jesucristo mismo, segun él mismo lo dice: *Sin que mis humillaciones*, añade, *ni mis flaquezas os hayan disgustado*. Pero turbóse muy pronto la tranquilidad y el fervor de aquella Iglesia naciente, por el falso celo y la envidia de los judíos que san Pedro habia convertido allí á la fe, antes que san Pablo hubiese ido á predicar á los gentiles. Estos falsos hermanos, mas bien judíos que cristianos, encaprichados en su antigua ley, no podian sufrir que san Pablo habiendo convertido á los gentiles á la fe de Jesucristo, no les hubiese obligado á guardar las ceremonias legales. Comenzaron á desacreditar al santo Apóstol para desacreditar mejor su doctrina; trataron de hacerle pasar por un intruso en el ministerio del apostolado; y no hallando nada reprensible en su conducta, ni en sus costumbres, se agarraron á lo que parecia defectuoso é irregular en su aire, en su voz, y en toda su persona. Después de haber procurado hacerle á él despreciable, comenzaron á predicar la obligacion de observar en el cristianismo la ley de Moisés. Los gálatas, pueblo simple y grosero, se dejaron persuadir de los halagüeños discursos de aquellos falsos doctores; sin embargo, muchos se opusieron á estas novedades, de lo que resultó muy pronto un cisma en aquella Iglesia. Habiéndolo advertido san Pablo, y queriendo cortar el curso á un mal tan grave, escribió á los gálatas con toda la fuerza y la vehemencia que exigia semejante abuso. Comienza por establecer invenciblemente su apostolado, como que ha sido llamado á él por el mismo Jesucristo. Refiere su conversion milagrosa, y prueba la autenticidad de su mision. Desciende luego al orígen del mal, y á lo que habia dado lugar á aquellas contestaciones y al cisma. Demuestra por un raciocinio, al cual nada hay que replicar, y por diversos pasajes de la Escritura, que ni la circuncision ni la ley de Moisés sirven ya para nada; que las bendiciones prometidas á Abraham son para los fieles que han creido en Jesucristo; que propiamente hablando, solo el Salvador divino y sus discípulos son los verdaderos hijos de Abraham, y los herederos de las bendiciones y de las promesas. Que en la Escritura es preciso distinguir el sentido histórico y carnal, y el sentido alegórico y espiritual, que es al que principalmente ha atendido el Espíritu Santo; que los judíos carnales, esto es, segun la carne, están figurados en Agar é Ismael, y al contrario los Cristianos en Sara é Isaac; que por la fe hemos entrado en la dichosa libertad de hijos de Dios, y herederos de las bendiciones

y las promesas; que los hebreos bajo de la ley no han sido mas que esclavos; que segun la Escritura el esclavo debe ser arrojado con su hijo, porque el hijo de la que es esclava no será heredero con el hijo de la que es libre. Por lo que hace á nosotros, añade, no somos hijos de la esclava para que estemos sujetos á los preceptos serviles de la antigua ley, sino de la que es libre, esto es, de la ley de gracia, y esta dichosa libertad es la que Jesucristo nos ha dado, y la que vuestros falsos doctores quisieran destruir, ó al menos inutilizar si pudiesen. Sus perversos designios y sus persecuciones han sido figuradas en la Escritura, y su cumplimiento lo veis bien claro en el dia; porque así como entonces el que habia nacido segun la carne, esto es, Ismael, perseguia al que lo era segun el espíritu, esto es, Isaac, así sucede ahora. Sabed, pues, continúa el santo Apóstol, que la ley no se ha dado á vuestros padres sino para detener sus transgresiones; igualmente los que vivian bajo de la ley estaban sometidos á la maldicion fulminada tantas veces contra los que no observaban las ceremonias legales. Jesucristo solo es el que nos ha librado de esta maldicion por la muerte que ha querido sufrir en la cruz: Jesucristo, les dice, nos ha eximido de la maldicion de la ley, habiéndose hecho por nuestro amor un objeto de maldicion, segun lo que estaba escrito: maldito el hombre que está clavado en una cruz. En fin, les hace recordar que por la fe, y no por la ley, han recibido los dones sobrenaturales del Espíritu Santo, lo cual con respecto á ellos era una prueba evidente de que la ley no era de modo alguno necesaria para recibir la gracia de la justificacion. Habla de la ley de Moisés, en cuyo lugar ha sustituido la ley de Jesucristo, que es la única que ahora debemos seguir. Hé aquí lo que desenvuelve el verdadero sentido de la Epístola.

Las promesas se han hecho á Abraham, y al que de él nacerá. No se ha dicho, advierte san Pablo, y á los que nacerán de él como si fuesen muchos, sino como si solo se tratase de uno, y al que nacerá de él, esto es, á Cristo. Habia Dios hecho dos especies de promesas á Abraham: las unas miraban á su propia persona; las otras á su linaje y á su posteridad. Dios cumplió lo que habia prometido á la persona de Abraham, colmándole de bienes temporales, y concediéndole con una numerosa posteridad una vida tan dichosa como larga; pero su justicia, su obediencia y su fe no debia recompensársele sino en el cielo. Por lo que hace á su posteridad, se la puede considerar, dicen los intérpretes, segun la carne y segun el espíritu: Isaac es el hijo de Abraham segun la carne, y Jesucristo en cuanto hombre es

su hijo segun el espíritu, y á Jesucristo propiamente es á quien se dirigen las promesas hechas á Abraham y á su estirpe, y solo en Jesucristo es en quien se ha cumplido esta promesa: *Todas las naciones de la tierra serán benditas en el que saldrá de tí.* Es evidente que esta promesa no se ha cumplido en Isaac, puesto que los hebreos no tenian comercio alguno con las naciones extranjeras, á las cuales miraban con horror. Estas bendiciones universales y sobreabundantes no se han cumplido sino en Jesucristo, verdadero Isaac inmolado en la cruz por todas las naciones, por todos los hombres, y del que el primer Isaac no era mas que la figura; en Jesucristo únicamente es en quien han sido benditas todas las naciones: no era tampoco la raza de los judíos la que debia multiplicarse como las estrellas del cielo, y como la arena que está en la orilla del mar: nada fue mas limitado que la Judea; debe, pues, entenderse esta promesa de la generacion espiritual de Jesucristo, que son los Cristianos, y se ha cumplido en la Iglesia, y de ningun modo en la Sinagoga.

No entra aquí san Pablo en el pormenor del cumplimiento de las promesas hechas á la estirpe carnal de Abraham; limítase á la estirpe espiritual, que es Jesucristo, dice san Agustin, en cuanto que ella es la que forma toda la Iglesia de los fieles de todos los siglos, de cualquiera nacion y de cualquiera país que sean. Si los Patriarcas, los Profetas, los Santos del Antiguo Testamento han tenido parte en las bendiciones de la generacion espiritual, no es en cualidad de hijos de Abraham segun la carne, sino solo como imitadores de su fe, y como pertenecientes ya á la generacion espiritual de Jesucristo y á la nueva alianza; puesto que ninguno, ni en una ni en otra alianza, ha podido salvarse sino en contemplacion y por los méritos de Jesucristo. Esto es lo que hace decir aquí á san Pablo, que la Escritura no dice que las promesas hayan sido hechas á Abraham y á los que nacerán de él, sino á Abraham y al que debia nacer de él, que es Jesucristo. La promesa, dice santo Tomás, es histórica y figurativa: histórica y literal en Isaac y su posteridad segun la carne; figurativa y espiritual en Jesucristo y los fieles. San Pablo tenia toda la autoridad necesaria, dice este gran Doctor, para dar al texto figurativo un sentido determinado y cierto, y capaz de fijar nuestra fe.

Hé aquí, pues, lo que yo digo: habiendo hecho Dios como un contrato y una alianza con Abraham, por la cual promete á su generacion espiritual, esto es, al que debia nacer de él, que es Jesucristo, todo género de bendiciones; la ley, que no se ha dado hasta cuatrocientos treinta años después, no ha podido anular ni desvanecer la promesa hecha á Abra-

ham. Ahora bien, si por la fe, independientemente de la ley, hemos llegado á ser herederos de los bienes celestiales, luego no será ya por la promesa, la cual queda vana y nula por la ley. Sin embargo, á Abraham y á su linaje es á quien se han prometido las bendiciones independientemente de la ley; no es, pues, la ley la que justifica y la que da la herencia, sino la fe. *¿De qué sirve,* luego, *la ley,* si sin ella puede uno justificarse y llegar á ser heredero de las bendiciones prometidas? *La ley,* responde san Pablo, *se ha establecido á causa de los crímenes que se cometian.* Aquel pueblo, enteramente carnal y grosero, cometia mil faltas graves todos los dias sin temor y sin remordimiento. Para darles, pues, á conocer estas faltas, é instruirles de ellas, se les ha dado la ley á fin de que reconociesen, violándola, los crímenes de que se hacian culpables, y se contuviesen por lo menos, por el temor del castigo ordenado por la ley. No se habia dado en efecto la ley para merecer las bendiciones y la herencia prometidas en virtud de la alianza contratada, sino para que sirviese como de luz para reconocer las faltas, y como de freno para evitarlas. Esta ley no se habia dado mas que hasta la venida del que debia nacer, esto es, hasta la venida de Jesucristo, que mediante su espíritu y su gracia nos da bastante á conocer hasta las faltas mas ligeras, y al mismo tiempo nos da la fortaleza para evitarlas; así que, habiendo venido Jesucristo, la ley antigua que los Ángeles habian intimado por el ministerio de un mediador que es Moisés, no es ya necesaria para la salvacion en cuanto á sus preceptos y ceremonias legales.

Pero me diréis, continúa san Pablo, ¿luego la ley es contra las promesas de Dios? De ningun modo. Las promesas se han hecho independientemente de la ley, y la misma ley es como un efecto de las promesas, puesto que ella es una señal de la proteccion de Dios sobre los hebreos, á quienes se ha dado para que les sirviese de luz, de freno y de guia; mas esta ley no tenia la virtud de justificarlos por sí misma; recordábales las promesas, y les hacia entender que no debian ver los efectos y el cumplimiento de ellas segun su verdadero sentido, sino por la fe de Jesucristo. *Mas la Escritura,* añade san Pablo, *lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fe en Jesucristo se cumpliese la promesa con respecto á los que creyesen.* La ley, dice san Crisóstomo, ha convencido á los que han vivido antes de la fe, que vivian en el error, acerca de un gran número de puntos de moral. Ella ha hecho ver á los judíos que vivian bajo de la ley que eran prevaricadores; en fin, ella les ha hecho esperar; pero no les ha dado el remedio eficaz á sus males. Este no le han podido obtener sino

por la fe en Jesucristo. La antigua ley no se ha promulgado, concluye el santo Apóstol, para justificar á los hombres, sino para hacerles conocer su flaqueza, y que se penetrasen mejor de la necesidad que tenian de la fe de Jesucristo, su Redentor y Mesías, y que no habia otro medio que esta fe para adquirir la herencia.

El Evangelio de la misa de este dia contiene la curacion milagrosa de diez leprosos, cuya historia es como sigue:

El Salvador, que por donde quiera que pasaba iba haciendo bien, y que obraba maravillas por todas partes, yendo á Jerusalen para la fiesta de la Dedicacion, pasó por medio de la Samaria y de la Galilea. Al tiempo de entrar en un pueblecillo vió venir hácia él diez leprosos, que deteniéndose léjos, porque la ley les prohibia comunicar con nadie, inmediatamente que le vieron desde donde estaban, gritaron diciendo: Jesús, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador hizo alto en ellos: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes. La ley establecia jueces de esta enfermedad á los sacerdotes, á los cuales tocaba el declarar si los que se les presentaban estaban atacados de ella, ó si estaban bien curados. Aquellos cuya curacion estaba reconocida ofrecian desde luego dos gorriones, y ocho dias después ofrecian dos corderos y una oveja, y si eran pobres un cordero y dos tórtolas. Enviando Jesucristo los leprosos á los sacerdotes, les daba á entender que quedarian curados en el camino, puesto que no debian irse á presentar á los sacerdotes sino á fin de que estos pronunciasen sobre su curacion, y que no pudiesen dudar de su mision con un testimonio tan seguro como el del milagro.

Cumplieron con gusto los leprosos lo que el Salvador les mandaba; no dudaron un momento en tomar el camino de Jerusalen como si ya hubiesen quedado enteramente limpios de su lepra. Su fe recibió sobre la marcha su recompensa; y apenas se pusieron en camino, cuando todos se hallaron perfectamente sanos. El regocijo que les causó su curacion hizo que se olvidasen de aquel á quien se la debian; de los diez que eran, no hubo mas que uno á quien ocurriese el pensamiento de volver á dar gracias á su insigne bienhechor, y aun este era samaritano, y por consiguiente mirado como gentil y extranjero; los otros nueve, que eran judíos, no fueron tan reconocidos. El samaritano, pues, volvió al mismo sitio sin dejar de alabar en alta voz la bondad del Salvador, y exaltar su omnipotencia. Luego que llegó á donde estaba Jesucristo, se postró á sus piés, pegado su rostro con la tierra, y le rindió mil acciones de gracias por su curacion.

Recibióle Jesús con su acostumbrada dulzura; pero significó bien lo que le llamaba la atencion el paso que acababa de dar, y la ingratitud de los otros que no estaban menos obligados que él á hacer lo mismo. Por esto dijo en alta voz: Qué, ¿no han sido diez los curados? ¿dónde están, pues, los otros nueve? ¿Precisamente no hay otro que este extranjero que haya sido agradecido, y que haya dado gloria y gracias á Dios por el beneficio recibido? La sorpresa que demuestra aquí el Salvador, no es efecto de una extrañeza verdadera, ó de una especie de ignorancia: Jesús no podia admirarse de nada, conociendo todo lo que debia suceder aun antes que sucediese; queria solo abrirnos los ojos para que viésemos nuestra ingratitud para con Dios. Dichoso aquel, dice san Agustin, que á ejemplo de este samaritano, considerándose como extranjero con respecto á Dios, le da muestras del mayor reconocimiento por los beneficios mas pequeños, persuadido que nada es tan gratuito como lo que se hace por un extranjero y un desconocido. Tenia tambien el Salvador la idea de indicar por estas palabras cuán diferente seria con respecto á él la conducta de los gentiles de la del pueblo judío, el cual no debia pagar los favores tan insignes de que habia sido colmado sino con la mas insigne y la mas negra de las ingratitudes. *Levántate*, le dice, *vé, tu fe te ha salvado*. Seguramente los otros habian tenido fe, puesto que sin replicar habian obedecido, y habian sido curados; pero el reconocimiento de este le atrajo otras nuevas gracias, y es verosímil que el Salvador promete aquí alguna cosa particular á este samaritano, con respecto al bien de su alma y á su conversion. Figura instructiva de lo que sucede todos los dias en el Cristianismo. Muchos hay que reciben de la misericordia del Señor curaciones milagrosas, y muchos pecadores convertidos beneficios singulares, gracias particulares; pero pocos se portan con un verdadero reconocimiento, y por esta negra ingratitud se hacen indignos de nuevos favores.

La Oracion de la Misa de este dia es como sigue:

Omnipotens sempiterne Deus, da nobis fidei, spei et charitatis augmentum: et ut mereamur assequi quod promittis, fac nos amare quod praecipis. Per Dominum...

Dios omnipotente y eterno: aumentad en nosotros siempre mas y mas la fe, la esperanza y la caridad; y á fin de que podamos adquirir lo que nos prometeis, haced que amemos lo que nos mandais. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del capítulo III *de la carta de san Pablo apóstol á los Gálatas.*

Fratres: Abrahae dictae sunt promissiones, et semini ejus. Non dicit et seminibus, quasi in multis; sed quasi in uno: et semini tuo, qui est Christus. Hoc autem dico, testamentum confirmatum à Deo: quae post quadringentos et triginta annos facta est lex, non irritum facit ad evacuandam promissionem. Nam si ex lege haereditas, jam non ex promissione. Abrahae autem per repromissionem donavit Deus. Quid igitur lex? Propter transgressiones posita est, donec veniret semen, cui promiserat, ordinata per Angelos in manu mediatoris. Mediator autem unius non est: Deus autem unus est. Lex ergo adversus promissa Dei? Absit. Si enim data esset lex, quae posset vivificare, vere ex lege esset justitia. Sed conclusit Scriptura omnia sub peccato, ut promissio ex fide Jesu Christi daretur credentibus.

Hermanos mios: Las promesas se han hecho á Abraham, y al que nacerá de él. No ha dicho á los que nacerán, como si hubiesen de ser muchos, sino como que no se tratase mas que de uno, y al que nacerá de tí, el cual es Cristo. Hé aquí, pues, lo que yo digo. La alianza que el mismo Dios ha ratificado, no la anula la ley que se ha promulgado cuatrocientos y treinta años después, de suerte que sea vana su promesa; porque si el derecho de heredar está fundado en la ley, ya no lo está en la promesa. Ahora bien, á Abraham se lo ha dado Dios por la promesa; ¿para qué sirve, pues, entonces la ley? Esta se ha establecido á causa de los crímenes hasta la venida del que debia nacer, y en favor de quien se habia hecho la promesa; y los Angeles la han intimado por el ministerio de un mediador. Ahora bien, el mediador no lo es de uno solo, y sin embargo Dios no es mas que uno. ¿Luego la ley es contra las promesas de Dios? Nada menos. Porque si la ley se hubiese dado de modo que pudiese justificar, la justicia vendria efectivamente de la ley. Pero la Escritura lo ha sujetado todo al pecado, á fin de que por la fe en Jesucristo se cumpliese la promesa en los que creyeren.

REFLEXIONES.

A fin de que por la fe de Jesucristo se cumpliese la promesa en los que creyeren. Toda nuestra salud se apoya en la fe en Jesucristo: la fe en Jesucristo es la base de nuestra salvacion; de la fe vive el justo, y por ella hizo todas las obras de la ley: aun cuando hubiese tenido probidad, buena fe, rectitud, aun cuando hubiese sido irreprensible en sus costumbres, aun cuando hubiese tenido caridad con los pobres, sin la fe en Jesucristo hubieran sido virtudes aparentes, bellas cualidades puramente naturales, frutos agrestes y nunca maduros de un árbol silvestre. La promesa de la herencia ha sido hecha á aquel que debia nacer de Abraham, esto es, á Jesucristo; es menester ser miembro de su Iglesia para ser del número de sus hijos. Todo miembro separado del cuerpo se pudre. Puede muy bien embalsamársele, esto es, conservarse artificiosamente su color y su consistencia. La carne

se conserva; pero el miembro está muerto desde que no pertenece á la cabeza, y no pertenece á la cabeza desde que está separado del cuerpo. Terrible y espantosa verdad para todos los herejes, para todos los cismáticos, esto es, para todos aquellos á quienes la Iglesia de Jesucristo separa de su cuerpo. Por mas que se lisonjeen de que pertenecen al cuerpo, si el cuerpo no les reconoce por miembros suyos, y si no son ya miembros, ¿cómo pertenecerán á la cabeza? Los Apóstoles lamentaban la suerte desgraciada de aquellos que habiendo sido reengendrados por las aguas saludables del Bautismo, instruidos por el espíritu de verdad en la escuela de Jesucristo, habian cerrado los ojos á la luz para no caminar mas que en las tinieblas, y abandonándose á su propio espíritu, no tenian ya por guia mas que al espíritu del error: Estaban entre nosotros, decian, sin pertenecer á nosotros; llevaban el nombre de cristianos, sin tener el espíritu de cristianos. Todo género de bendiciones, dice el Apóstol, gozo, confianza, inmortalidad bienaventurada para los verdaderos fieles, para aquellos que incontrastables en la fe no se dejan llevar acá y allá á todo viento en materia de doctrina, ni seducir por la malicia de los hombres, ni por las astucias de que se sirven para empeñarlos en el error; sino que poniendo la verdad en práctica, crecen de todos modos en aquel que es la cabeza y el Cristo. Pero para los que quieren contradecir, que se aferran en no rendirse á la verdad, que permanecen obstinadamente en el error y en el extravío, no hay mas que ira, indignacion y desventura eterna. Carácter de los herejes, que no rehusan el rendirse á la verdad sino por un espíritu de indocilidad y de contradiccion. Ahora bien, si este espíritu de division, de rebelion, de obstinacion, subleva tan justamente contra ellos á las potestades de la tierra, ¿qué deben esperar de la indignacion de Jesucristo cuando vendrá á juzgarlos? Entonces sabrá muy bien humillar á estos corazones rebeldes, á estos espíritus indóciles, y vengar á la Iglesia su esposa del desprecio que habrán hecho de sus juicios: no hay nieblas que oscurezcan la fe, que no nazcan de la corrupcion del corazon, y que no condense el orgullo. De aquí nace la ceguera que impidiendo ver el extravío, causa la tenacidad en el error. Quitad la corrupcion del corazon y el orgullo del espíritu, dicen los Padres, y ya no habrá herejes. Jamás se arraigó el error en un espíritu humilde, ni en un corazon puro.

El Evangelio de la Misa de este dia está tomado del de san Lucas, capítulo XVII.

In illo tempore: Dum iret Jesus in Jerusalem, transibat per mediam Samariam et Galilaeam. Et cum ingrederetur quoddam castellum, occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longe: et levaverunt vocem, dicentes: Jesu praeceptor, miserere nostri. Quos ut vidit, dixit: Ite, ostendite vos sacerdotibus. Et factum est, dum irent, mundati sunt. Unus autem ex illis, ut vidit quia mundatus est, regressus est, cum magna voce magnificans Deum, et cecidit in faciem ante pedes ejus, gratias agens: et hic erat samaritanus. Respondens autem Jesus dixit: Nonne decem mundati sunt? et novem ubi sunt? Non est inventus qui rediret, et daret gloriam Deo, nisi hoc alienigena. Et ait illi: Surge, vade: quia fides tua te salvum fecit.

En aquel tiempo: Yendo Jesús á Jerusalen, por medio de la Samaria y de la Galilea, al entrar en un pueblecillo divisó diez leprosos, que manteniéndose á lo léjos exclamaron, diciendo: Jesús, Maestro nuestro, compadeceos de nosotros. Luego que los apercibió: Id, les dijo, mostraos á los sacerdotes; y cuando iban quedaron curados. Uno de ellos, inmediatamente que se vió curado, volvió á donde habia partido alabando á Dios en alta voz, y se arrojó á los piés de Jesús, pegado su rostro contra el suelo, dándole repetidas gracias; era este un samaritano. Dijo entonces Jesús: ¿No eran diez los curados? ¿dónde están los ótros nueve? ¿Solo este extranjero es el que ha venido á dar gloria á Dios? Después le *dijo á él*: Levántate, vé, tu fe te ha salvado.

MEDITACION.

Que no hay otro mal verdadero en la tierra mas que el pecado.

Punto primero. — Considera que la lepra se ha mirado *siempre* en el sentido moral como la figura y la imágen del pecado. La analogía es bastante clara: la lepra es una efusion de sangre alterada y corrompida, que corrompe todo lo exterior del cuerpo; es una especie de cáncer universal, que apenas se cura sino por milagro, y que pone deforme y horrible todo el cuerpo. La lepra hace la voz enronquecida y cascada; el pulso del enfermo es pequeño y pesado, lento y retraido. El rostro del leproso se parece á un carbon medio apagado, grasiento, lustroso é hinchado, sembrado de barros muy duros, y causa horror; sus ojos están encarnados é inflamados; su lengua está seca, negra y ulcerada; toda su piel está cubierta de úlceras ó escamas como el pez; todo su cuerpo exhala una hediondez horrible, y llega á tal grado de insensibilidad, que puede atravesársele un brazo y las partes mas sensibles sin que experimente dolor alguno; en fin, todo su cuerpo se pudre y muere, por decirlo así, antes que muera el enfermo, el cual siente un calor maligno tan gran-

de, que arde en medio del mayor frio. No es posible hacer un retrato mas semejante del pecador que el del leproso, ni se necesita hacer la aplicacion; no hay nada que se eche de ver tanto como esta semejanza; por tanto puede llamarse el pecado la lepra del alma. Comprendamos, pues, de aquí, qué mal es el pecado; no hay verdadero mal sobre la tierra mas que aquel que jamás puede mirarse como un bien, que es el único que nos priva del verdadero bien, y hasta de la fuente de todos los bienes, y tal es el pecado.

De cualquier modo que se mire el pecado, siempre es pecado. Juzguemos de él como juzga Dios: el pecado será eternamente el objeto de su odio y de su indignacion; lo será tambien eternamente de nuestro arrepentimiento, ¿y cómo puede serlo hoy de nuestra solicitud y de nuestra complacencia?

Todo lo que llamamos males en la tierra, no lo son sino en tanto que son consecuencias del pecado. El pecado es el que ha inundado la tierra de tantas desdichas; él es el que ha encendido el fuego del infierno; solo el pecado es el que hace desgraciados; la alegría y la tranquilidad se encuentran donde quiera que reina la inocencia. Siendo Dios un bien infinito, constituyendo él mismo todo bien, nunca podria comunicar otra cosa. Solo el pecado produce todo mal privándonos de este bien. Esta es la verdadera idea del pecado. Pero ¿es menor mal el pecado, es menos pecado porque tengamos de él otra idea?

Las reuniones divertidas de las que está siempre desterrada la inocencia; los regocijos del carnaval, siempre tan criminales; los espectáculos, los placeres profanos, orígen fatal de tantos desórdenes; ¿prueba todo esto que se mira el pecado con horror? y las mismas personas que viven encenagadas en tales desarreglos, ¿viven siempre con mayor inocencia? familiarízanse con el pecado; pero ¿se acostumbrarán tambien á la pena que debe seguirle?

¡Ah Señor, qué mal he conocido hasta aquí el pecado! pero ya le detesto: aumentad mi dolor, y perdonadme mis pecados.

Punto segundo.—Considera que nos engañamos llamando males á lo que puede contribuir á nuestra felicidad. Todo, menos el pecado, puede ser útil á una alma fervorosa.

Las desgracias, las persecuciones, las enfermedades, la pobreza, la muerte misma, todo puede servir para hacernos felices, puesto que todo esto puede servirnos para hacernos santos.

Pocos Santos hay que no deban, por decirlo así, á las persecucio-

nes, á la adversidad, á los padecimientos, algun grado, por lo menos, de su elevacion en el cielo. ¿Qué no deben los Mártires á los suplicios? Vuestros parientes, vuestros amigos os perseguirán, dice el Salvador, pero no por esto seréis desgraciados: toda la malicia, toda la rabia de los mas crueles tiranos no es capaz de arrancaros un solo cabello de vuestra cabeza. Cuando es uno agradable á Dios, cuando Dios le quiere, ¿qué es lo que tiene que temer? ¡Qué error el mirar el aborrecimiento de parte del mundo como un mal! cuando si el mundo nos aborrece es porque amamos á Dios, porque le servimos. ¡Qué favores, qué ventajas no ofreció el mundo á san Vicente para pervertirle! y cuando rechazó todas sus seductoras promesas, ¡con qué suplicios tan crueles no le amenazó! Pero ¡con qué ánimo despreció aquel Santo las caricias y los tormentos del tirano! el tormento mas crudo lo encuentra en sus caricias: pierde la vida antes que perder la amistad de su Dios; ¿cuándo pensarémos nosotros así? ¿cuándo raciocinarémos conforme á estos principios? ¿Pasa el dia de hoy el pecado por el mayor de todos los males? ¿se le mira como un mal por aquellos que se complacen, que tal vez tienen como un honor el cometerle? Llámase un mal la pérdida de la hacienda, una afliccion, una persecucion, una desgracia, que son sin duda unas fuentes de bendiciones segun los designios de la Providencia. Pero ¿se mira el pecado como un gran mal cuando se le considera como un medio de hacer fortuna?

¡En qué ceguedad he vivido hasta aquí, Dios mio! perdonadme mis iniquidades, dignaos escuchar mis votos. Haced, Señor, que antes sufra todos los tormentos; sujetadme á todos los males de esta vida antes que yo cometa jamás un solo pecado.

Jaculatorias. — ¡Desgraciados de vosotros, hombres impíos, que habeis abandonado la ley de vuestro Dios! (*Eccli.* XLI).

¡Qué horrible es caer en las manos del Dios vivo, y llegar á ser el objeto de su ira! (*Hebr.* X).

PROPÓSITOS.

1 Concibe tan grande horror al pecado, que estés pronto á perder los bienes, la salud, la vida misma antes que perder la gracia. Seríamos muy dignos de lástima si estuviésemos en otra disposicion. Pero porque de nada sirven los mejores sentimientos si no se reducen á la práctica, siempre que nos sucediere alguna cosa sensible, ó que aconteciere á los demás alguna desgracia, tomemos la santa costum-

bre de decirnos á nosotros mismos: no hay mal sino el pecado; consolémonos; esta pérdida de la hacienda ó de la salud puede sernos ventajosa: preservadnos, Señor, de todo pecado; ningun otro mal tememos.

2 Sirvámonos de todos los accidentes molestos que suceden en la vida para decir á nuestros hijos, á nuestros amigos, á nuestros domésticos, que no hay propiamente mas que un solo mal que temer sobre la tierra, y que este es el pecado. Sea este nuestro proverbio favorito. Repitámoslo sin cesar á nuestros hijos; digámonoslo á nosotros mismos cien veces al dia, y no nos pasemos ni aun las mas pequeñas mentiras oficiosas, ni las restricciones mentales, que son verdaderas mentiras disfrazadas, ni las menores impaciencias. Todo lo que pueda alterar, por poco que sea, la caridad, debe sernos entredicho. La demasiada indulgencia con nosotros mismos al tiempo que tenemos tan poca con los demás, es por lo comun el orígen de muchas faltas. Todo lo que puede hacer algun agravio al prójimo, por ligero que sea, y cuanto tenga la sombra solamente de pecado, debe causarnos horror. La imágen sola de un monstruo horrendo espanta. Repitamos muchas veces estas hermosas palabras: *Quiero mejor morir, que manchar jamás mi alma.* No nos contentemos con tener horror al pecado, tengámosle tambien á las ocasiones del pecado; huyamos de ellas tanto como del pecado mismo. No se detesta el pecado, cuando no se tiene horror á la ocasion.

FIN DEL TOMO TERCERO DE LAS DOMINICAS.

NOTA. *La aprobacion del Ordinario se hallará en el último tomo de las Dominicas.*

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO TERCERO.

FIN DEL ÍNDICE.

